

COMENTARIO DE
LA VERDAD PARA HOY



EDDIE CLOER, D.MIN.
EDITOR GENERAL

COMENTARIO DE LA VERDAD PARA HOY

UNA EXPLICACIÓN & APLICACIÓN DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS



LA VIDA DE CRISTO, 1

DAVID L. ROPER

Escuela Mundial de Misiones
La Verdad para Hoy
2209 Benton
Searcy, AR 72143

Comentario de La Verdad para Hoy
La vida de Cristo, 1
Copyright © 2021 Truth for Today World Mission School
2209 Benton, Searcy, AR 72143

Todos los derechos reservados. Ninguna porción del texto de este libro puede ser reproducida de manera alguna sin el permiso escrito del editor.

ISBN: 978-0-945441-74-8

Traducción realizada por la Escuela Mundial de Misiones La Verdad para Hoy.

Permiso concedido por Resource Publications (2205 Benton, Searcy, AR, EE.UU.) para el uso del texto único y arreglo del comentario, *The Life of Christ, 1* (2003).

Texto bíblico: *Reina-Valera 1960*® © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960.

Renovado © Sociedades Bíblicas Unidas, 1988. Utilizado con permiso.

Reina-Valera 1960® es una marca registrada de las Sociedades Bíblicas Unidas y puede ser usada solo bajo licencia.



CONTENIDOS

Prefacio del editor	vii
Abreviaciones	ix
Introducción	1
Compendio del volumen 1	29
Parte I: El período de la vida de Cristo anterior a Su ministerio	35
Mt 1.1—2.23; Lc 1.1—2.52; 3.23—38; Jn 1.1—18	
Parte II: El comienzo del ministerio de Juan el Bautista	93
Mt 3.1—12; Mr 1.1—8; Lc 3.1—18	
Parte III: El comienzo del ministerio de Cristo	103
Mt 3.13—4.11; Mr 1.9—13; Lc 3.21—22; 4.1—13; Jn 1.19—2.12	
Parte IV: El ministerio de Cristo de la primera pascua a la segunda	127
Mt 4.12—25; 8.2—4, 14—17; 9.1—9; Mr 1.14—2.14; Lc 3.19—20; 4.14—15, 31—44; 5.1—28; Jn 2.13—4.54	
Parte V: El ministerio de Cristo de la segunda pascua a la tercera	189
Mt 5.1—8.1, 5—13, 18, 23—34; 9.1, 10—38; 10.1—14.36; Mr 2.15—6.56; Lc 4.16—30; 5.29—9.17; 11.14—36; Jn 5.1—6.71	
Sección I: Las sanidades de Jesús	191
Sección II: El Sermón del Monte	219
Sección III: Las enseñanzas y sanidades de Jesús	291
Sección IV: El primer gran grupo de parábolas	345
Sección V: A través de Galilea	375
Parte VI: El ministerio de Cristo de la tercera pascua hasta Su arribo a Betania	495
Mt 15.1—20.34; Mr 7.1—10.52; Lc 9.18—19.27; Jn 7.1—11.54	
Sección I: En Galilea	497
Apéndice: Tablas, listas, y mapas	607
¿Qué es la Escuela Mundial de Misiones de La Verdad para Hoy?	623

APLICACIÓN

¿Por qué eligió Dios a María? (Lc 1; 2)	51
En búsqueda del Salvador (Mt 2.1-13)	76
«De tal manera amó Dios al mundo» (Jn 3.16)	136
El llamado al discipulado (Lc 5.1-11)	155
«Todos se asombraron, y glorificaron a Dios»: El ministerio de sanidad de Jesús	178
«Igual a Dios» (Jn 5.16-47)	199
Usted vale más de lo que cree (Mt 5.13)	226
«Así alumbre vuestra luz» (Mt 5.14-16)	234
La oración modelo (Mt 6.9-15; Lc 11.1-4)	253
Cómo llevarnos bien con los demás (Mt 7.1-12)	273
Amor, lágrimas y perdón (Lc 7.36-50)	306
Nuestras dos familias (Mt 12.46-50; Mr 3.20-21, 31-35; Lc 8.19-21)	331
«Oíd [...] la parábola del sembrador» (Mt 13.3-10, 18-23; Mr 4.2-10, 13-20; Lc 8.4-9, 11-15)	365
Extendiendo la mano a personas desagradables (Mr 5.1-20)	391
Cómo Jesús hizo frente al rechazo (Lc 4.16-31)	419
El Rey y Sus embajadores (Mt 10)	433
«Una voz que clama en el desierto»: El ministerio de Juan	450
Cuando la gente realmente necesita ayuda (Mt 14.13-21; Mr 6.33-44; Lc 9.11-17; Jn 6.2-14)	464
Una buena idea que dejó de serlo (Mt 15.1-6; Mr 7.1-5, 9-13)	503
¿Cuándo es mala una tradición? (Mt 15.7-20; Mr 7.6-8, 14-23)	513
«Vimos Su gloria» (Mt 17.1-8; Mr 9.2-8; Lc 9.28-36)	556
«Ayuda mi incredulidad» (Mt 17.14-20; Mr 9.14-29; Lc 9.37-43)	568

PREFACIO DEL EDITOR

El presente volumen es la 1ª parte de un estudio en dos partes de la vida de Cristo. En realidad, es un suplemento de una serie más amplia sobre las Sagradas Escrituras que eventualmente cubrirá todos los libros de la revelación divina de Dios para nosotros. Este estudio especial de la vida de Cristo no pretende reemplazar otras obras disponibles sobre Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Su propósito es brindar un trato continuo de la vida de nuestro Señor para que podamos estudiar directamente Su vida sin mucha interrupción.

La intención del autor no es que sus comentarios sean considerados infalibles; sabe que está sujeto a errores, como todos los demás. Con escribir una armonía de los Evangelios, lo único que desea el autor es compartir con otros los frutos de su estudio de las Escrituras de toda su vida. Esperamos que este compartir ayude y anime al lector en su búsqueda del conocimiento de Dios revelado en las Escrituras inspiradas.

Conozco a David Roper desde hace muchos años. Ha demostrado ser uno de los mejores siervos de Dios. Muchos han leído otros materiales bíblicos escritos por él y han descubierto que son estudios fieles de esos libros. Creemos que este estudio de la vida de Jesús le ayudará a todo el que lo lea a comprender mejor por qué Jesús vino a la tierra, qué hizo mientras estuvo aquí y las bendiciones que trajo Su vida.

Hasta donde sabemos, los eruditos de la iglesia no han publicado una armonía de los Evangelios desde los días de J. W. McGarvey. Si bien no le llamaríamos a este trato de la vida de Jesús una verdadera armonía de los Evangelios, tiene ese sabor y será muy útil para comprender Su vida y ministerio terrenales. No es posible dejarles a las generaciones futuras un legado mejor que las presentaciones de cada acto y discurso de la vida de nuestro Señor, resultado de nuestra fiel erudición.

Que todos, mediante un estudio diligente de la Palabra de Dios, andemos en la voluntad que Dios tiene para nosotros y para el mundo.

Eddie Cloer, editor general

ABREVIACIONES

ANTIGUO TESTAMENTO

Génesis	Gn	Eclesiastés	Ec
Éxodo	Ex	Cantares	Cnt
Levítico	Lv	Isaías	Is
Números	Nm	Jeremías	Jer
Deuteronomio	Dt	Lamentaciones	Lm
Josué	Jos	Ezequiel	Ez
Jueces	Jue	Daniel	Dn
Rut	Rt	Oseas	Os
1 Samuel	1 S	Joel	Jl
2 Samuel	2 S	Amós	Am
1 Reyes	1 R	Abadías	Abd
2 Reyes	2 R	Jonás	Jon
1 Crónicas	1 Cr	Miqueas	Mi
2 Crónicas	2 Cr	Nahum	Nah
Esdras	Esd	Habacuc	Hab
Nehemías	Neh	Sofonías	Sof
Ester	Est	Hageo	Hag
Job	Job	Zacarías	Zac
Salmos	Sal	Malaquías	Mal
Proverbios	Pr		

NUEVO TESTAMENTO

Mateo	Mt	1 Timoteo	1 Ti
Marcos	Mr	2 Timoteo	2 Ti
Lucas	Lc	Tito	Tit
Juan	Jn	Filemón	Flm
Hechos	Hch	Hebreos	He
Romanos	Ro	Santiago	Stg
1 Corintios	1 Co	1 Pedro	1 P
2 Corintios	2 Co	2 Pedro	2 P
Gálatas	Gá	1 Juan	1 Jn
Efesios	Ef	2 Juan	2 Jn
Filipenses	Fil	3 Juan	3 Jn
Colosenses	Col	Judas	Jud
1 Tesalonicenses	1 Ts	Apocalipsis	Ap
2 Tesalonicenses	2 Ts		

- ASV American Standard Version
(Versión Estándar Estadounidense)
- KJV King James Version
(Versión del Rey Jacobo)
- NASB New American Standard Bible
(Nueva Biblia de Estándar Estadounidense)
- NIV New International Version
(Nueva Versión Internacional)
- RVR Reina Valera de 1960
- LBLA La Biblia De Las Américas

INTRODUCCIÓN

LOS CUATRO RELATOS DEL EVANGELIO

Estamos dando comienzo a un estudio de los primeros cuatro libros del Nuevo Testamento, cada uno de los cuales lleva el nombre de su autor:

Mateo, antiguo recolector de impuestos y apóstol de Jesús.

Marcos, el Juan Marcos del libro de Hechos y joven predicador de la era apostólica.

Lucas, el médico que acompañó a Pablo en varios de sus viajes misioneros, incluyendo el viaje a Roma.

Juan, antiguo pescador, también conocido como el apóstol «amado».

Este estudio, como una clase de armonía de los Evangelios, reúne los cuatro relatos de Su vida en una historia.

Cuatro relatos de una misma historia

A los libros de Mateo, Marcos, Lucas y Juan se les llama a menudo «los cuatro evangelios», pero en realidad son *cuatro relatos* de un solo evangelio. Fue a partir de los siglos II y III que se empezó a usar el término «evangelios» para referirse a los cua-

tro primeros libros del Nuevo Testamento.

A los tres primeros libros se les llama por lo general «los evangelios sinópticos». La palabra «sinóptico» combina dos palabras griegas, una que significa «juntos», y otra que significa «ver u observar». «Sinóptico» significa, por lo tanto, «ver juntos». A los primeros tres libros se les ha dado la designación de «evangelios sinópticos» porque las visiones de Jesús que presentan son parecidas. Es probable que los tres se escribieran antes de la destrucción de Jerusalén, en el año 70 d. C.

Al libro de Juan se le llama a veces «el evangelio autóptico [ver por sí mismo]» La palabra «autéptico» también puede dar la idea de testigo presencial porque aborda el material de un modo bastante diferente de los otros tres. Es probable que el relato de Juan se escribiera después de los otros tres, en la última década del siglo I.

¿Por qué cuatro relatos?

¿Por qué nos dio Dios cuatro libros que abarcan el mismo período de tiempo, y la misma historia? En las Escrituras hay otros períodos de tiempo abarcados por más de un libro (muchos eventos que se comienzan a narrar en 1 S, y se terminan en 2 R, son eventos de los cuales también se informa en 1 y 2 Cr); sin embargo, que haya cuatro relatos de una misma historia, es algo fuera de lo corriente.

Al principio de la historia de la iglesia, los hombres especularon acerca de por qué había cuatro relatos. Una conjetura era que «cuatro es el número [simbólico] del hombre». En realidad no sabemos por qué Dios decidió este número en particular, pero el hecho de que inspiró múltiples relatos indica varias posibles razones:

1) Cuatro relatos demuestran *cuán importante* es la historia de Jesús.

2) Cuatro relatos dejan patente la necesidad de *autenticar* la historia de Jesús. Moisés dijo que «por el testimonio de *dos o tres* testigos» se confirmará un asunto (Dt 19.15b; énfasis nuestro). La confirmación de *cuatro* testigos es aún mejor.

3) La existencia de cuatro relatos revelan *la multifacética naturaleza de Jesús*. Un solo autor no hubiera bastado para cap-

tar todas Sus facetas.

En la Galería Nacional de Londres hay tres representaciones en un mismo lienzo de Carlos I. En una de ellas su cabeza mira hacia la derecha; en otra, hacia la izquierda; y en la del centro se le presenta de rostro entero. La anterior producción tiene su historia: Van Dyck pintó las tres imágenes para Bernini, el escultor romano, con el fin de que, ayudado por ellas, este pudiera hacer un busto del rey. Al combinar las impresiones recibidas de esa manera, Bernini estaría en mejor capacidad de producir una viva imagen. Un solo punto de vista no hubiera sido suficiente.

Puede que los evangelios hayan tenido el mismo propósito de estos retratos. Cada uno presenta un aspecto diferente de la vida que vivió el Señor sobre la tierra. Los cuatro son necesarios para captar el cuadro completo. Él era Rey, pero también era el Siervo Perfecto. Era el Hijo del Hombre, pero no debemos olvidar que también era el Hijo de Dios.¹

Comparación de los cuatro relatos

Los cuatro relatos tienen el mismo propósito fundamental, que es dar a conocer a Jesús, pero cada uno fue escrito desde un punto de vista ligeramente diferente, y esto, con el aparente propósito de atraer diferentes clases de personas. Para un ejemplo de adaptación de un relato a diferentes públicos, vea los tres relatos de la conversión de Pablo en el libro de Hechos: En Hechos 9, el relato fue escrito para los lectores de Lucas; en Hechos 22, fue parte de la defensa que presentó Pablo ante los judíos en Jerusalén; en Hechos 26 fue parte del sermón que predicó Pablo en Cesarea, y que fue dirigido primordialmente al rey Agripa. Simon Kistemaker hizo este comentario sobre los últimos dos de estos relatos: «A partir del mismo suceso [su conversión], [Pablo] eligió sabiamente diferentes palabras y recalcó diferentes aspectos, en su esfuerzo por llevar el evangelio a cada grupo

¹Henrietta C. Mears, *What the Bible Is All About (Acerca de qué se trata la Biblia)* (Glendale, Calif.: Gospel Light Publications, 1966), 348.

en particular...»²

Con respecto a los cuatro relatos del evangelios, Mateo estaba aparentemente escribiendo primordialmente a los *judíos*. Citó más de un centenar de pasajes antiguotestamentarios, y usó expresiones conocidas para los judíos, tal como «hijo de David» (Mt 1.1). Presentó a Jesús como un Rey que vino a establecer Su reino; la palabra «reino» aparece cincuenta y cinco veces en el libro. Puso énfasis especial en Jesús como el Mesías, y escribió acerca de Sus enseñanzas, Su reino y Su autoridad.

A diferencia de Mateo, Marcos parece haber escrito para un público no judío. Eliminó asuntos de poco interés para los gentiles, tales como las genealogías. Cuando mencionó la tradición judía, por lo general la explicó. Muchos autores creen que Marcos se estaba dirigiendo a un público *romano*; en algunas ocasiones usó frases en latín en relatos donde los demás autores usaron frases griegas. Según Clemente de Alejandría (h. 150–215 d. C.), Marcos recibió una solicitud de los cristianos de Roma en la que le pidieron poner por escrito la vida de Cristo, tal como la oyó de Pedro.³ Marcos parece haberse interesado más por lo que Jesús *hizo*, que por lo que *enseñó*. Presentó a Jesús como un Siervo, que ayudaba a los demás (Mr 10.45). Recalcó los milagros de Jesús porque en estos se podían apreciar el amor y el cuidado del Señor por las personas.

Al igual que Marcos, Lucas aparentemente escribió para una audiencia no judía. No obstante, si bien el relato de Marcos parece dirigido a los romanos amantes de la acción, el de Lucas parece haberse escrito para el intelectual, el estudioso. Muchos han concluido que Lucas tenía un público *griego* en mente. Su relato presenta a Jesús como «el Hijo del Hombre» (Lc 19.10) y recalca principalmente Su humanidad perfecta.

Es probable que el relato de Juan se escribiera después de los otros tres, y tiene su propio énfasis especial. Se habían originado conceptos erróneos acerca de la naturaleza de Jesús, los cuales

²Simon Kistemaker, *New Testament Commentary: Exposition of the Acts of the Apostles* (Comentario del Nuevo Testamento: Exposición de los Hechos de los Apóstoles) (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1990), 899.

³Clement, *Fragments* (Fragmentos) 4.

INTRODUCCIÓN

causaban confusión entre los *creyentes*. Juan presentó a Jesús como «el Hijo de Dios» (Jn 20.31) e hizo énfasis en Su deidad.

Podríamos decir que Mateo tiene atractivo especial hoy día para el estudioso de la Biblia, y que Marcos tiene atractivo especial para la persona media, incluyendo a los hombres de negocios, mientras que Lucas atrae especialmente a eruditos, pensadores, idealistas y buscadores de la verdad. Por otro lado, a Juan se le ha llamado «el evangelio universal», que atrae a todas las personas de todos los tiempos.

Además, podríamos decir que Mateo tuvo como propósito presentar a Jesús como el Salvador *prometido*; Marcos, como el Salvador *potencioso*; Lucas, como el Salvador *perfecto*; y Juan, como el Salvador *personal*. Al hacer estas distinciones, no obstante, no debemos perder de vista el hecho de que el propósito fundamental de cada libro es el mismo: *¡Dar a todos los hombres el conocimiento de Jesús!*

Lo que abarcan los cuatro relatos

A veces se aplica el término «biografía» a los relatos del evangelio; sin embargo, en el sentido estricto de la palabra, estos cuatro libros no son biografías. Son, más bien, «narrativas didácticas». (La palabra «didáctica» proviene de una palabra griega, y significa principalmente «enseñanza».) He aquí algunas razones por las que decimos que los relatos no son verdaderas biografías:

1) No se proponen en modo alguno abarcar la totalidad de la vida de Jesús. Los primeros treinta años se fueron casi en blanco, mientras que una tercera parte del texto de los cuatro relatos se ocupa de un único evento (la muerte de Jesús). No tenemos constancia de evento alguno de la vida de Jesús entre los años doce y treinta.

2) Aunque los relatos usan fundamentalmente un enfoque cronológico —nacimiento, niñez, bautismo, ministerio, muerte y resurrección— la cronología no siempre fue importante para los autores. A menudo agruparon eventos para recalcar ciertas verdades.

3) Ninguno de los autores describió la apariencia física de Jesús. ¿Habría algún biógrafo que no haga esto?

En vista de que los cuatro libros son narrativas didácticas, que no se ocupan en gran manera de la cronología, es difícil formar con los cuatro relatos una sola narrativa (una «armonía»). Sin embargo, puede tener valor hacer el intento.

Los relatos sinópticos presentan básicamente el mismo material, mientras que el relato de Juan presenta principalmente material adicional. Aun cuando abarcan los mismos períodos, Juan por lo general presenta información diferente de la que se encuentra en Mateo, Marcos y Lucas. El relato de Juan omite el nacimiento de Jesús, el bautismo y la tentación de Jesús, el sermón del monte, todas las parábolas, la transfiguración, la institución de la cena del Señor, la angustia sufrida en Getsemaní, que son todos abarcados en los evangelios sinópticos.

Aparte de la muerte, la sepultura y la resurrección de Jesús, sólo unos pocos eventos se mencionan en todos los cuatro relatos. Cuando todos los cuatro libros se refieren a un evento, eso es digno de notar; ese evento debió de haber tenido especial importancia.

Variaciones de los cuatro relatos

Cuando uno empieza a darle forma a una armonía del evangelio, pronto se nota que existen variaciones entre relatos de un mismo evento. ¿Cómo se pueden explicar estas variaciones? Hice notar anteriormente que en el libro de Hechos, Lucas dio tres relatos de la conversión de Saulo (Hch 9; 22; 26). John Stott comentó sobre esto, diciendo: «Nuestro estudio de cómo un solo autor (Lucas) cuenta la misma historia de forma diferente, nos ayudará a entender cómo los tres evangelistas sinópticos (Mateo, Marcos y Lucas) pudieron también contar sus mismas historias de modo diferente».⁴

En la mayoría de los casos, un relato sencillamente complementa a otro. Considere la historia de la unción que recibió Jesús en Betania. En el relato de Mateo (Mt 26.6–13), Jesús estaba en Betania, en la casa de Simón el leproso, cuando una mujer cuyo

⁴John R. W. Stott, *The Message of Acts: The Spirit, the Church & the World (El mensaje de Hechos: El Espíritu, la iglesia y el mundo)*, The Bible Speaks Today Series, ed. John R. W. Stott (Downers Grove, Ill.: Inter-Varsity Press, 1990), 380.

INTRODUCCIÓN

nombre no se menciona, entró con un vaso que contenía un precioso perfume, y ungió a Jesús, acto que resultó en que Sus discípulos expresaran su desaprobación. El relato de Marcos (Mr 14.3–9) es muy parecido, pero se añaden algunos detalles: El perfume era de nardo puro, la mujer quebró el vaso, y el perfume tenía un valor de trescientos denarios. Un denario equivalía al salario de un día de un obrero común. El relato de Juan (Jn 12.1–8) da otros detalles, entre los cuales se incluyen estos: Jesús estaba en un banquete que se había ofrecido en Su honor; Marta estaba sirviendo la comida; Lázaro también era invitado de honor; la mujer que ungió a Jesús fue María, hermana de Marta; y el que comenzó la crítica fue Judas Iscariote. Es obvio que estos detalles no tienen nada de contradictorios, sino que son complementarios.

Se ha hecho notar que cuando los testigos de un suceso dan detalles complementarios, esto no desacredita su testimonio, sino que demuestra su veracidad. El Dr. [Henry] Van Dyke dijo:

Si ante un juez comparecieran cuatro testigos para informar de cierto evento, y si cada uno contara exactamente la misma historia con las mismas palabras, es probable que el juez concluyera, no que el testimonio de ellos fue extraordinariamente valioso, sino que el único evento cierto, más allá de toda duda, fue que se pusieron de acuerdo para contar la misma historia. Pero si cada hombre hubiera dicho lo que vio, tal como lo vio, la prueba sería creíble. Y cuando leemos los cuatro evangelios, ¿no es exactamente esto lo que hallamos? Los cuatro hombres cuentan la misma historia, y cada uno lo hace a su propia manera.⁵

No obstante, en algunos casos, los detalles no son sencillamente complementarios; sino que diferentes. Puede que el orden de los eventos no sea el mismo, que se mencionen diferentes personas, o que varíen los números. Note, por ejemplo, la historia acerca de la sanidad que Jesús dio a uno o más ciegos, cerca de Jericó. En

⁵Citado en Mears, 345.

el relato de Mateo (Mt 20.29–34), Jesús estaba *saliendo* de Jericó y *dos* hombres fueron sanados. En el relato de Lucas (Lc 18.35–43), Jesús se estaba *acercando* a Jericó y sólo se menciona a *un* ciego. En el relato de Marcos (Mr 10.46–52), sólo un ciego es sanado (Bartimeo). ¿Cómo explicamos diferencias como estas? He aquí algunas posibilidades:

1) Existe cierta variación en los detalles, debido a la diferencia de énfasis de los autores. En el ejemplo anterior, Lucas se centró únicamente en un sólo ciego, pero esto no elimina la posibilidad de que estuvieran presentes dos ciegos, y que los dos fueran sanados.

2) Puede que existan detalles diferentes porque los autores estuvieron tomando nota de eventos parecidos, pero no del mismo evento. F. LaGard Smith hizo notar:

A veces es [...] difícil determinar si fue que dos eventos muy parecidos ocurrieron dos veces, o si solo hubo un evento de tal clase, el cual fue puesto por escrito en un contexto algo diferente, por un autor diferente. Ejemplos de este problema son la purificación del templo, y los lamentos sobre Jerusalén.⁶

3) Las contradicciones pueden parecer existir cuando no conocemos todos los hechos relacionados con el caso. En relación con el ejemplo anterior, se ha explicado que estaba el sitio antiguo de Jericó, y que también estaba la nueva ciudad de Jericó. Por lo tanto, el suceso pudo haber tenido lugar cuando Jesús *salía* de un sitio y *entraba* en el otro. Los que afirman que existen contradicciones están revelando falta de conocimiento.

4) Las contradicciones pueden parecer que existen porque no entendemos algo acerca del texto original. Por años, los escépticos afirmaron que en el Antiguo Testamento había una contradicción relacionada con un pago que se hizo: Un relato se refería a una cantidad del citado pago, mientras que otro relato se refería a una cantidad diferente. Más adelante, los arqueólogos

⁶F. LaGard Smith, *The Narrated Bible in Chronological Order (La Biblia narrada en orden cronológico)* (Eugene, Oreg.: Harvest House Publishers, 1984), 1351.

descubrieron que en aquel tiempo había dos sistemas de valoración para los metales preciosos; es probable que un autor se refería a un sistema de valoración, mientras que el segundo autor se refería al otro. De vez en cuando, la arqueología arroja nueva luz sobre el texto.

A medida que avanzamos por la historia de Jesús, algunas de las «diferencias» entre relatos, que más se han divulgado serán notadas y posibles maneras de reconciliar las variaciones serán propuestas.

Semejanzas entre los cuatro relatos

Para esos que creen en la inspiración de las Escrituras (2 Ti 3.16-17), son las variaciones en los relatos del evangelio las que causan preocupación. No obstante, muchos eruditos se ocupan de las *semejanzas* entre los relatos del evangelio, especialmente entre Mateo, Marcos y Lucas. Tales eruditos se refieren al «problema sinóptico» y dedican largas jornadas al debate sobre por qué los tres libros son tan parecidos: por qué los autores usan a veces lenguaje parecido, o incluso idéntico. Luchan con preguntas como estas: «¿Copió un autor del otro?»; «¿Copiaron los autores de una fuente común?».

Tal desconcierto de estas personas ilustradas es innecesario. Tales semejanzas son el resultado natural de que todos los libros son inspirados por un mismo Autor: el Espíritu Santo. Al igual que en los tiempos antiguotestamentarios, «los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo» (2 P 1.21). Si uno tiene fe en que Dios inspiró las Escrituras, el presunto «problema sinóptico» queda resuelto por la Autoría que les es común a los cuatro libros.

En todo este comentario se dará por sentado que Mateo, Marcos, Lucas y Juan, fueron inspirados por el Espíritu Santo, para escribir lo que escribieron. Algunas veces se declarará esto; otras veces no. Cada vez que se afirme algo en el sentido de que uno de los autores del evangelio «dijo» esto o aquello, debe entenderse que lo dijo por *inspiración*.

Se puede confiar en los cuatro relatos

Los relatos de Mateo, Marcos, Lucas y Juan, de la vida de Jesús, han sido considerados parte del Nuevo Testamento inspirado, desde los primeros días de la iglesia, y *solamente* estos cuatro relatos han sido incluidos.

A excepción de unas pocas aseveraciones fragmentarias [que se encuentran en otros libros del Nuevo Testamento] los documentos auténticos que registran la vida [de Jesús] son únicamente los evangelios de Mateo, Marcos, Lucas y Juan, que la Iglesia Cristiana ha considerado canónicos, desde el período más temprano de su historia. Aunque hubo numerosos evangelios además de estos, los cuales se propusieron hacer un recuento de los hechos relacionados con Su vida que no recogen los reconocidos cuatro relatos, los evangelios apócrifos, como se les llama, tienen por lo general una fecha tardía y son de dudosa fiabilidad. Tienen poca información que no sea una duplicación de la que imparten los evangelios canónicos, y mucho de lo que añaden es obviamente fantasioso y legendario. Además, a menudo revelan, por el lenguaje que usan, que fueron escritos para reforzar los puntos de vista de alguna secta en particular...⁷

Al comenzar el estudio de la vida de Cristo, es importante entender que los cuatro relatos son dignos de toda nuestra *confianza*.

Uno de los más grandes abogados estadounidenses del pasado, fue Simón Greenleaf, que escribió una de las obras más importantes sobre la ley de las pruebas, que alguna vez se publicó en el idioma inglés. Su libro, *A Treatise on the Law of Evidence (Un tratado sobre la ley de las pruebas)*, se mantuvo casi cien años sin ser superado en esa materia. Pasó por dieciséis ediciones. Cuando ya era un

⁷Merrill C. Tenney, *New Testament Survey (Reseña del Nuevo Testamento)* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1961), 131.

INTRODUCCIÓN

abogado maduro de sesenta y tres años, a tan solo siete años de su muerte, Simón Greenleaf publicó un volumen, en el cual examinó el testimonio de los cuatro evangelistas de Jesucristo. Usó las mismas leyes de las pruebas, que se emplean en los tribunales de justicia del mundo civilizado. Dijo: «Nuestra profesión nos lleva a explorar los laberintos de falsedad, para detectar sus estratagemas, para horadar sus más gruesos velos, para seguir y exponer sus sofismas, para comparar con severidad las aseveraciones de diferentes testigos, para descubrir la verdad y separarla del error». En este libro, que llenaba 543 páginas, Simón Greenleaf llegó a la conclusión de que los evangelios son totalmente fidedignos, y de que los cuatro evangelistas no hubieran tenido la posibilidad de mentir acerca de Jesucristo, pues el testimonio de ellos suena a cierto.⁸

Mateo, Marcos, Lucas y Juan son exactamente lo que afirman ser: ¡verdaderos relatos de la vida más grande que jamás se vivió! Usted puede apostar su vida, y su eternidad, a estos libros. Pablo lo expresó de esta manera: «Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores» (1 Ti 1.15a)

EL MUNDO AL CUAL VINO CRISTO

Los primeros lectores de los relatos del evangelio estaban familiarizados con el mundo al cual vino Jesús; la mayoría de nosotros, sin embargo, no lo estamos. En relación con la tierra de Palestina de los tiempos de Cristo, esto fue lo que B. S. Dean observó: «el escenario natural es el mismo sobre el cual Abraham, al principio de su peregrinaje, armó su tienda en Siquem», pero «todo lo demás ha cambiado».⁹ El período durante el cual ocurrieron la mayoría de los cambios, lo constituyen los años

⁸John Phillips, *Exploring the Scriptures (Examen de las Escrituras)* (London: Victory Press, 1965), 189–90.

⁹B. S. Dean, «Bosquejo de la historia del Nuevo Testamento», *La Verdad para Hoy*, p. 6.

que transcurrieron entre los relatos del Antiguo Testamento y los del Nuevo.

El período entre los Testamentos

Los cambios surgidos a partir de los tiempos antiguotestamentarios incluían los siguientes: la sinagoga había llegado a ser una característica clave del panorama religioso; las sectas, tales como la de los fariseos y la de los saduceos, ejercían gran influencia; además, el país estaba gobernado por Roma. ¿Cómo llegaron a producirse tales cambios?

Al final del Antiguo Testamento, muchos judíos habían vuelto recientemente del cautiverio en Babilonia a Canaán¹⁰, y se encontraban bajo dominio persa. El último de los libros históricos del Antiguo Testamento que se escribió fue Nehemías, y el último de los proféticos fue Malaquías. Los judíos estaban esperando al Mesías de Dios y al mensajero que le prepararía el camino a Este. Esto fue lo que Malaquías escribió:

He aquí, yo envío mi mensajero, el cual preparará el camino delante de mí; y vendrá súbitamente a su templo el Señor a quien vosotros buscáis, y el ángel del pacto, a quien deseáis vosotros. He aquí viene, ha dicho Jehová de los ejércitos (Mal 3.1; vea también 4.5–6).

Silencio

Entre Malaquías y los eventos de los relatos del evangelio, transcurrieron aproximadamente cuatrocientos años de silencio profético. La última Escritura antiguotestamentaria fue escrita cerca del 430–425 a. C. Los primeros eventos neotestamentarios, los que se relacionan con el nacimiento de Juan el Bautista, tuvieron lugar cerca del 5 a. C. Esto deja un intervalo de poco más de cuatrocientos años. Durante ese tiempo, Dios no envió mensajeros especiales inspirados. Los israelitas se guiaron por lo que estaba escrito en la ley y los profetas (Mt 11.13; Lc 16.16;

¹⁰Hubo otros judíos que no volvieron, sino que se quedaron en las tierras donde habían sido esparcidos. A estos se les llegó a conocer como «la Dispersión» (Jn 7.35; vea Stg 1.1).

INTRODUCCIÓN

vea también Lc 24.44).

¿Por qué permitió Dios este intervalo de varios siglos para enviar a Su Hijo? F. LaGard Smith ha propuesto varias posibilidades¹¹: 1) Tal vez Dios deseaba dramatizar el evento más importante de la historia de la humanidad. Para el tiempo cuando Jesús por fin vino, la expectativa estaba al máximo. 2) Tal vez Dios deseaba hacer más impresionante el cumplimiento de las profecías mesiánicas. El prolongado intervalo aseguraría que el cumplimiento no fuera artificial. 3) Tal vez Dios estaba esperando que la situación religiosa y política fuera exactamente la que convenía a la misión del Mesías. Esto fue lo que Pablo escribió: «Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo» (Gá 4.4a). En la New Living Translation se lee: «Pero cuando vino el tiempo apropiado, Dios envió a Su Hijo».

Fuentes

El hecho de que el período entre uno y otro Testamento fue un tiempo de silencio profético, no significa que no sabemos nada de los años que dieron forma al mundo de Jesús. Para ello contamos con varias fuentes de información.

1) *Los escritos apócrifos*. La expresión «los apócrifos» es el nombre que se da a los catorce libros que se incluyen en algunas versiones de la Biblia, entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. La palabra «apócrifo» significa «oculto». Los judíos no consideraban que estos libros fueran inspirados. No fueron incluidos en el «canon» del Antiguo Testamento (la colección de libros antiguo-testamentarios que se consideran inspirados). Tampoco Jesús y los apóstoles los consideraban inspirados. Jesús y Sus apóstoles a menudo hicieron citas del Antiguo Testamento, pero no de los apócrifos. Algunos de los libros reflejan las creencias supersticiosas de los persas y de otros pueblos paganos. No obstante, tomados en conjunto, tales libros arrojan algo de luz sobre la historia y las costumbres de los judíos. Primero de Macabeos es especialmente útil; contiene la historia del pueblo judío, en Judea, entre el 175 y el 132 a. C.

¹¹Tres de las posibilidades de Smith fueron seleccionadas y adaptadas (Smith, 1338–39).

2) *Los escritos de Josefo*. Josefo fue un historiador judío que nació cerca del 37 d. C. Sobrevivió al sitio y a la destrucción de Jerusalén que llevó a cabo Tito, y escribió dos libros importantes: *Las antigüedades de los judíos* (una historia de su pueblo, desde la creación) y *Las guerras de los judíos* (un relato desde el 170 a. C. hasta su tiempo). Josefo también escribió dos obras más, que son de menor importancia para nosotros: *Contra Apion* y *Autobiografía*. Algunos de los «datos» de Josefo han sido puestos en duda, pero sus escritos siguen siendo una fuente importante de información.

3) *Varios testigos griegos y romanos*. Se hará mención de algunas de estas fuentes.

4) *Descubrimientos arqueológicos*. Los descubrimientos hechos en Palestina y en otros lugares, a veces arrojan luz sobre la historia y el estilo de vida de los judíos.

5) *Las Escrituras*. De los mismos relatos del evangelio puede entresacarse alguna información acerca de este período de tiempo.

Cuatro imperios

Durante los cuatrocientos años aproximados que transcurrieron entre uno y otro Testamento, Dios estuvo moviendo los asuntos de los hombres, haciendo que se cumplieran Sus propósitos. El marco político de esos años fue resumido en Daniel 2, en un sueño que tuvo Nabucodonosor rey de Babilonia.

... y he aquí una gran imagen [...] que era muy grande, y cuya gloria era muy sublime [...] y su aspecto era terrible. La cabeza de esta imagen era de oro fino; su pecho y sus brazos, de plata; su vientre y sus muslos, de bronce; sus piernas, de hierro; sus pies, en parte de hierro y en parte de barro cocido (Dn 2.31–33).

Daniel le dijo al rey Nabucodonosor que él (y el reino de Babilonia) estaba representado por la cabeza de oro (Dn 2.37–38). Luego el profeta dijo:

Y después de ti se levantará otro reino inferior al tuyo; y

INTRODUCCIÓN

luego un tercer reino de bronce, el cual dominará sobre toda la tierra. Y el cuarto reino será fuerte como hierro, y como el hierro desmenuza y rompe todas las cosas, desmenuzará y quebrantará todo (Dn 2.39–40).

Sabemos por las Escrituras y la historia, que los cuatro reinos de Daniel 2 fueron 1) el Imperio Babilónico, 2) el Imperio Medo-persa, 3) el Imperio Griego y 4) el Imperio Romano. El sueño profético también contenía otros detalles, tales como la debilidad inherente del Imperio Romano. Para nosotros, el aspecto más importante de la profecía es la promesa en el sentido de que Dios establecería Su reino (Dn 2.44), una promesa que se cumplió cuando se estableció la iglesia.

Antes que el Antiguo Testamento se terminara de escribir, el primer imperio (el Babilónico) había caído, y el segundo (el Medo-persa) había llegado al poder (vea Dn 5.28, 30–31; 6.8, 12, 15, 28; 8.20; 10.1; 11.1; Esd 1.1–4; Est 1.19). Nuestro interés se centrará, entonces, en los eventos ocurridos durante el segundo, el tercero y el cuarto reino.

El período medo-persa (539–333 a. C.)

Los medos y los persas combinaron fuerzas para conquistar el mundo, de modo que este se puede considerar como el Imperio Medo-persa. Por otro lado, Persia predominaba, por lo tanto, a este se le designa a menudo con el sencillo nombre de Imperio Persa o dominio persa. Las fechas de los diferentes períodos varían algunos años según sean las diferentes autoridades que las den. Las fechas que se dan en los diferentes períodos se reducen al gobierno sobre Palestina solamente.

Como ya se hizo notar, cuando el Antiguo Testamento llegó a su fin, los persas dominaban Canaán. Este fue básicamente un período de tolerancia para los judíos. Los persas permitieron que la nación judía fuera gobernada por un sumo sacerdote —sujeto a un gobernador persa que estaba cerca.

Durante este período, creció la tensión entre los judíos que habían vuelto y los habitantes de raza mixta de la tierra de Canaán (vea Esd 4.4; Neh 4.1–8). Estos habitantes se habían establecido

principalmente al norte de Judá, en la región conocida como Samaria (vea Esd 4.10, 17; Neh 4.2); estos llegaron a ser conocidos como los «samaritanos». Segundo de Reyes 17.24–33 habla acerca de cómo los samaritanos mezclaron el culto de Jehová con el de las deidades paganas. En el versículo 33 dice: «Temían a Jehová, y honraban a sus dioses...». Cuando Jesús vino, los samaritanos ocupaban la región central del país (Jn 4.3–4). Las tensas relaciones entre los judíos y los samaritanos sirvieron de marco histórico a varios eventos de la vida de Jesús (Lc 10.33; 17.16; Jn 4.9).

El período griego (333–165 a. C.)

Al período griego también se le conoce también como «el período macedonio», debido a que Alejandro Magno era de Macedonia. Daniel 8.21 usa la palabra «Grecia», por lo tanto, esta es la que usaremos en esta reseña.

1) *Alejandro Magno (333–323 a. C.)*. En el 336 a. C., teniendo Alejandro Magno veinte años de edad, asumió el mando del ejército de Grecia. No le tomó muchos años conquistar el mundo. Durante sus conquistas, aniquiló la ciudad de Tiro, cumpliendo la profecía contra esta ciudad, que se recoge en Ezequiel 26 y 28. Debido a su influencia, la cultura griega se propagó por el mundo. Fundó una ciudad sobre el Nilo, Alejandría, para que fuera un centro de la influencia griega. De especial importancia para los cristianos es el hecho de que el griego se convirtió en el idioma universal. El Nuevo Testamento se escribió en griego koiné (común). El griego koiné era el que hablaba el hombre común de aquellos tiempos, en vez del griego clásico.

Alejandro asumió el dominio de Jerusalén cerca del 333 a. C. Los escritos de Josefo cuentan cómo el sumo sacerdote dio la bienvenida al conquistador fuera de los muros de la ciudad. Alejandro les concedió privilegios especiales a los judíos. Los usó como colonizadores, persuadiéndolos a establecerse en lejanas regiones de su imperio.

Durante este período, los escribas hicieron su aparición como una clase diferenciada entre los judíos. Más adelante hablaremos más acerca de los escribas.

La muerte de Alejandro en el 323 a. C. fue seguida de una

INTRODUCCIÓN

lucha por el poder, que duró veinte años. Al final, su reino se dividió en cuatro territorios: Grecia, Asia, Egipto y Siria. Los dos que nos interesan son Egipto y Siria. Los tolomeos asumieron el dominio de Egipto, y los seléucidas gobernaron sobre Siria. El nombre «tolomeos» se deriva del nombre del general que consiguió el dominio de Egipto: Tolomeo. El nombre «seléucidas» proviene del nombre del general que consiguió el dominio de Siria: Seleuco.

2) *Los tolomeos (323–198 a. C.)*. Al estar situada entre Egipto y Siria, Palestina estaba atrapada en la lucha entre dos poderes. Cuando los ejércitos egipcios marchaban contra Siria, ellos tomaban Palestina en el camino hacia el norte. Cuando los ejércitos sirios se trasladaban hacia el sur, contra Egipto, trataban de tomar Palestina, ya fuera yendo o viniendo.

Durante los cien años siguientes, los judíos estuvieron de vez en cuando bajo el dominio de Siria, pero la mayor parte del tiempo estuvieron sujetos a Egipto. Tolomeo I tomó Jerusalén y se llevó varios judíos para ayudar a colonizar Alejandría. Les dio plena ciudadanía y estimuló la erudición judía.

El tiempo del dominio de los tolomeos fue básicamente un período pacífico para el pueblo judío. Un importante logro lo constituyó la traducción de la Septuaginta en Egipto. Tolomeo II encargó una traducción griega de las Escrituras hebreas, para la gran biblioteca de Alejandría. Esta traducción se terminó de hacer cerca del 285 a. C. Según una tradición, fue escrita por setenta eruditos judíos. (De allí que lleve el nombre de «Septuaginta» que significa «setenta».) Muchas citas del Antiguo Testamento que hacen autores y hablantes neotestamentarios, provienen de la Septuaginta.

Las luchas entre Egipto y Siria continuaron durante todo este período. Por último, cerca del 198 a. C., Palestina pasó a estar bajo el dominio sirio.

3) *Los seléucidas (198–165 a. C.)*. Para facilitar su dominio de la tierra, los seléucidas dividieron Palestina en cinco provincias: Judea, Samaria, Galilea, Perea y Traconite. Más adelante diremos más sobre estas y otras divisiones.

El período del gobierno sirio fue el más sombrío de la historia del judaísmo. El principal villano fue Antíoco IV, cono-

cido también como Antíoco Epífanes. F. LaGard Smith lo describió como «uno de los hombres más crueles que jamás ostentó un cargo público».¹² Existe acuerdo generalizado en el sentido de que varias profecías de Daniel se refieren al reino tiránico de Antíoco Epífanes (por ejemplo, Dn 8.9–11). Epífanes (175–165 a. C.) odiaba al pueblo judío y procuraba hacerlos griegos. Erigió un templo a Júpiter en Jerusalén, y trató de erradicar la religión judía. Cerró el templo, declaró ilegal la circuncisión y amenazó de muerte a todo el que practicara el judaísmo. Vendió a millares de judíos como esclavos, y mató a millares más. Tomó tesoros del templo y sacrificó una puerca sobre el altar. Luego puso las cenizas en agua y roció «agua de puerca» por todo el templo, ya que, el cerdo era un animal inmundo para los judíos (Lv 11.3, 7), estas acciones profanaron la santa estructura.

El período de la independencia (165–63 a. C.)

Las atrocidades de Antíoco Epífanes proporcionaron el catalizador para una insurrección judía, que fue dirigida por un sacerdote de avanzada edad llamado Matatías. Este tenía cinco hijos valientes y guerreros, uno de los cuales, Judas, llegó a ser líder de la revuelta. Este era conocido como «Judas el Martillo». «Macabeo» es la palabra griega que significa «martillo», de modo que a veces se le llama el período macabeo de la historia judía. También se le conoce como el periodo asmoneo (derivados del nombre de Asmón, un ancestro de Macabeo).

Judas Macabeo reconquistó Jerusalén en el 165 a. C. El templo fue purificado y dedicado nuevamente a Jehová. Este fue el origen de la fiesta de la Dedicación (vea Jn 10.22).

La guerra con Siria continuó desde el 163 hasta el 143 a. C. Al final, los judíos ganaron la independencia. Una dinastía judía bajo Juan Hircano fue establecida en el 135 a. C.

Durante este período, se levantaron sectas judías, incluyendo la de los fariseos y la de los saduceos. También, durante este período, el cargo de sumo sacerdote llegó a ser un puesto más político que religioso. Moisés había decretado que el sumo sacerdote debía ser descendiente de Aarón (vea Ex 29.9; Nm 25.10–13),

¹²Smith, 1346.

INTRODUCCIÓN

por lo general el hijo mayor. Aparentemente, las instrucciones de Moisés fueron olvidadas o pasadas por alto.

Los años finales de este período fueron años de conflictos civiles. Diferentes miembros de la descendencia de Juan Hircano rivalizaron entre sí por el trono. Hubo complots, contra-complots y asesinatos políticos. Al final, uno de los bandos de la disputa pidió a una potencia creciente, a Roma, que le diera su apoyo. Procurar la participación de Roma en esta disputa judía, era como si los pollos invitaran a un zorro a entrar en el gallinero, para resolver sus diferencias. No pasó mucho tiempo para que los judíos perdieran su independencia.

El período romano (63 a. C.—70 d. C.)

Jerusalén fue conquistada por Pompeyo el Grande en el 63 a. C. En aquel tiempo, Roma era gobernada por un triunvirato que incluía a Pompeyo y a Julio César. Al final, Julio César asumió el mando. Los gobernantes romanos durante el tiempo en que vivió Jesús fueron Augusto (Octavio) César (27 a. C.—14 d. C.) (Lc 2.1), y Tiberio César (14–37 d. C.) (Lc 3.1).

Palestina fue puesta bajo gobernadores responsables ante Roma. Al comienzo, Antípater fue nombrado gobernador de Judea. Este fue sucedido por su hijo Herodes el Grande, que fue rey de Judea del 37 al 3 a. C. (Lc 1.5). Herodes tenía un don especial para gobernar, pero sus vicios eran mayores que sus dotes de gobernante. Despertó el odio de los judíos al introducir carreras de carros y otras costumbres griegas en Jerusalén. En un intento por recobrar el favor de ellos, comenzó a reconstruir el templo (vea Jn 2.20), que básicamente había sido destruido por Epífanes. Este Herodes fue el infame rey que mandó matar a los niños en un esfuerzo por destruir a Jesús (Mt 2.1–18).

Cuando Herodes el Grande murió (Mt 2.19), el país pasó a ser gobernado por una tetarquía («gobierno de cuatro»): 1) al comienzo, un hijo de Herodes llamado Arquelao fue nombrado sobre Judea y Samaria (Mt 2.22). Este fue quitado del cargo en el 6 d. C. y sustituido por una serie de gobernadores. (Pilato fue el sexto gobernador [Lc 3.1].) 2) Otro hijo, Herodes Antipas (llamado a veces Herodes a secas, y distinguido a veces como «Herodes el Tetrarca», en el Nuevo Testamento), fue hecho

tetrarca de Galilea y de Perea (Lc 3.1; vea Mt 14.1). Este es el más conocido de los Herodes, pues gobernó durante el ministerio personal de Jesús. 3) Un tercer hijo, Felipe, fue «tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconite» (Lc 3.1; vea Mt 14.3), una región llamada a veces el Distrito de Basán. «Basán» se menciona a menudo en el Antiguo Testamento (Jos 22.7; 1 Cr 6.71; Is 33.9), pero no en el Nuevo Testamento. La región que estaba alrededor de Iturea y Traconite corresponde más o menos a la antigua nación de Basán, de modo que a la región se le designa a menudo en los mapas como «El Distrito de Basán». 4) Una cuarta región, llamada Abilinia, fue concedida a Lisania (Lc 3.1), que no era un Herodes. Abilinia no formaba parte de la región que había estado bajo dominio de Herodes el Grande.

Los romanos hicieron varias concesiones a los judíos: a estos se les eximió del servicio militar, no se les podía citar en corte en los días de reposo, se les permitía acuñar monedas de cobre solamente con inscripción, y sin imagen. Sí circulaban monedas con la imagen de César (Mt 22.20); sin embargo, los judíos no estaban obligados a manipular las «monedas malditas», excepto para pagar sus tributos a Roma. A los soldados romanos se les prohibía portar estandartes con imágenes, cuando marchaban sobre la tierra de ellos.

Lo más importante para los cristianos es cómo el período romano preparó el camino para Cristo. Las maneras como hizo esto incluyen el establecimiento de la *Pax Romana* (la paz romana), la propagación de un lenguaje universal (el griego), y la construcción de una enorme red de caminos, que permitió el transporte y la comunicación a lo largo y a lo ancho del imperio.

La tierra de Palestina

En el Antiguo Testamento, a la tierra donde Jesús nacería más adelante, se le llamaba «Canaán» (Gn 12.5; Ex 6.4; Jos 14.1). Para los tiempos neotestamentarios, se le conocía como «Palestina», aunque este nombre no se encuentra en el Nuevo Testamento. El nombre «Palestina» se encuentra una vez en el Antiguo Testamento de la KJV, en Joel 3.4. La NASB traduce la palabra por «Filistea». (N. del T.: La Reina-Valera también lo traduce por «Filistea».)

INTRODUCCIÓN

El nombre «Palestina» se derivó de los filisteos. Los filisteos vivieron sobre la costa sur de Canaán (vea Sof 2.5). Los Macabeos pelearon contra los filisteos, pero a estos no se les menciona por nombre en el Nuevo Testamento. Hay quienes creen que ellos fueron absorbidos dentro de la nación judía.

Un buen mapa bíblico ayuda a visualizar los traslados de Jesús. Los relatos del evangelio recogen cerca de 150 eventos de la vida de Cristo; más o menos un centenar de estos están vinculados a lugares geográficos concretos.

Una forma favorita de referirse a la longitud de la tierra era la expresión «desde Dan hasta Beerseba» (Jue 20.1; vea 1 S 3.20; 1 R 4.25). Desde Dan en el norte, hasta Beerseba en el sur, había una distancia de unos doscientos cuarenta kilómetros. La tierra abarcaba una superficie de unos veintiséis mil a treinta y un mil kilómetros cuadrados.¹³ A modo de comparación, cuarenta de los cincuenta estados de la Unión Americana tienen mayor superficie que esta.

Hay tres provincias que se destacan en la vida de Cristo, y las tres se encuentran al oeste del río Jordán. La primera es Judea. En esta provincia dominaban los judíos. Los habitantes de Judea estaban orgullosos de su ortodoxia. Jesús visitaba Judea muy a menudo, especialmente durante las fiestas. La segunda es Samaria. Esta, como hemos visto, estaba ocupada por una raza mixta conocida como «los samaritanos». Jesús pasó algunas veces por Samaria cuando viajaba de norte a sur o viceversa. La tercera provincia es Galilea. Esta tenía una mezcla de judíos y gentiles (vea Mt 4.15). Los habitantes de Judea la consideraban una región atrasada. Jesús pasó la mayor parte de Su vida en Galilea.

Otras regiones del mapa son también de importancia en la vida de Cristo. En varias oportunidades, Jesús pasó a la ribera oriental del mar de Galilea, a la cual se le designa con la expresión de «el Distrito de Basán». Al sur de esta región se le llamó «Decápolis», que significa literalmente «diez ciudades» (Mt 4.25; Mr 5.20; 7.31). Había más de diez ciudades en la región, pero aparentemente solo diez de ellas se consideraban

¹³John D. Davis, "Palestine," *A Dictionary of the Bible (Un diccionario de la Biblia)*, 4th ed. (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1956), 562.

predominantes.

Cerca del final del ministerio de Jesús, Este se retiró varias veces de Galilea. En una de estas ocasiones lo hizo hacia la región de Tiro y de Sidón, ciudades que pertenecían al país de Fenicia (Mt 15.21). También hizo varios viajes al oriente del Jordán. Según Josefo, esta región se designaba con el nombre de «Perea», pero la frase que se usa en los relatos del evangelio es «el otro lado del Jordán» (Mt 4.25; 19.1; Mr 10.1; Jn 10.40).

Otros cambios

Los días finales del Antiguo Testamento, y los años transcurridos entre uno y otro Testamento, también afectaron otros aspectos del mundo judío.

Cambios de designación

Al final del Antiguo Testamento, a los que formaban parte del pueblo de Dios ya se les conocía como «judíos» (Esd 4.12; 5.1). Este nombre se deriva del reino sureño de Judá: la mayoría de los que volvieron del cautiverio en Babilonia, eran descendientes de la gente que habitaba esa región (y de la tribu de Judá). Para los tiempos neotestamentarios, la expresión «judíos» era la que primordialmente se usaba para referirse a este pueblo (Mt 2.2; Jn 1.19).

De vez en cuando todavía se les llamaba «israelitas» (vea Jn 1.47; 2 Co 11.22), con lo cual se daba a entender que eran descendientes de Israel. También se les llamó algunas veces «hebreos» (Hch 6.1; 2 Co 11.22) debido a su lenguaje nacional.

Cambios de idioma

Después de volver del cautiverio en Babilonia, el arameo tomó gradualmente el lugar del hebreo, como la lengua común de los judíos. El arameo, el lenguaje de Siria, era parecido al hebreo, como el italiano lo es al latín. Los niños judíos todavía estudiaban hebreo en la escuela, del mismo modo que los escolares italianos estudian latín.

El idioma universal de los tiempos de Jesús era el griego, mientras que el lenguaje oficial del gobierno romano era el latín. Cuando Jesús fue clavado en la cruz, el rótulo que pusieron sobre

INTRODUCCIÓN

Su cabeza tenía una inscripción en tres idiomas: hebreo, latín y griego (Jn 19.20).

Cambios de ocupación

Antes del cautiverio, los judíos habían sido principalmente granjeros y pastores. Al ser separados de sus propiedades durante el cautiverio, descubrieron que tenían habilidades para el comercio. Para el tiempo de Jesús, los comerciantes judíos estaban esparcidos por todo el mundo.

Cambios en el culto

El templo que estaba en Jerusalén todavía era importante para los judíos. El templo que había sido construido por Zorobabel después que volvieron del cautiverio en Babilonia, había sido destruido en gran parte por Epífanés. Herodes el Grande había comenzado a reconstruirlo (vea Jn 2.20) unos dieciséis años antes del nacimiento de Cristo; este proyecto estaba todavía llevándose a cabo durante el ministerio de Jesús. El templo no fue terminado sino hasta finales del 60 d. C., poco antes que fuera destruido por el ejército romano en el 70 d. C. Hay quienes creen que la construcción todavía no se había terminado para ese tiempo.

Los fieles que vivían en Palestina se trasladaban a Jerusalén varias veces al año para las fiestas (vea la tabla «Las fiestas de los judíos» en el apéndice). Todas estas fiestas se mencionan en el Nuevo Testamento, con la excepción de la fiesta de las Trompetas y la fiesta de Purim. Los judíos piadosos de otras tierras también hacían el arduo viaje a Jerusalén de vez en cuando (Hch 2.5–11).

Para el tiempo de Cristo, no obstante, la *sinagoga* era el centro de la vida religiosa entre los judíos. La sinagoga no se menciona en el Antiguo Testamento; sin embargo, ocupa un lugar prominente en el Nuevo (Mt 12.9; 13.54). Es probable que la sinagoga se originara cuando los judíos se encontraban en el cautiverio y no podían ir a Jerusalén en los días de fiesta obligatoria. Sólo se necesitaban diez hombres judíos para organizar una sinagoga. La palabra «sinagoga» se refiere en realidad a las personas, más que al edificio en que se reunían. No obstante, la palabra se usa a menudo en el Nuevo Testamento para referirse al edificio en

que se reunían las personas (Lc 7.5). Había cientos de sinagogas en Jerusalén y por todo el mundo. Los servicios que se llevaban a cabo en el día de reposo en la sinagoga, eran sencillos, ya que consistían en cánticos y oraciones, además de la lectura y el estudio de las Escrituras. Junto a la mayoría de las sinagogas había escuelas, a las cuales estaban obligados a asistir los niños judíos de los alrededores.

Cambios en la dirigencia religiosa

En el Antiguo Testamento, los sacerdotes eran los dirigentes religiosos reconocidos. El trabajo de estos era complementado por un profeta que de vez en cuando era enviado por Dios. Al estudiar la vida de Cristo, todavía hallaremos sacerdotes y sus asistentes levitas (Lc 10.31–32). De especial importancia será el hecho de que, durante el ministerio de Jesús, en efecto, el judaísmo tuvo *dos* sumos sacerdotes (Lc 3.2). El sumo sacerdote Anás había sido destituido del cargo por el gobernador romano, pero tenía suficiente influencia para hacer que se nombrara a su yerno, Caifás (Jn 18.13; Mt 26.3, 57; Jn 11.49; 18.24). A los ojos de la mayoría de los judíos, Anás seguía siendo el verdadero sumo sacerdote (vea Hch 4.6).

Además de los sacerdotes, surgieron otros dirigentes durante los tiempos neotestamentarios. Primero estaban los *rabíes* (Mt 23.7–8), que eran los maestros de las sinagogas y de las escuelas de estas. «Rabí» (רַבִּי) es una palabra hebrea que significa «mi maestro» (vea Jn 20.16; «raboni» es una variación de «rabí»). A Jesús le llamaban «rabí» Sus discípulos como señal de respeto (Mt 26.25; Mr 9.5; Jn 3.2). Con el tiempo, estas interpretaciones llegaron a reunirse en un solo libro que se conocía como el *Talmud*.

Después estaban los *escribas*, que se mencionaron anteriormente (Mt 2.4; 5.20; 7.29; 9.3). La palabra griega que se traduce por «escriba» (γραμματεὺς, *grammateus*) significa literalmente «escritor». Originalmente, los escribas tenían la responsabilidad de poner por escrito eventos importantes. Vea 2 Samuel 8.17 (la palabra que se traduce por «secretario» en la NASB es la misma que se usa para «escriba»). Para los tiempos neotestamentarios, ellos eran los responsables de hacer copias del Antiguo Testamento. Eran conocidos como autoridades en la ley, y a veces se

les llamaba «intérpretes de la ley» (Lc 7.30; 11.45–46, 52). En algunos versículos se usa la expresión «doctores» para referirse a los maestros de la ley (Lc 2.46; 5.17). No eran especialistas en ley civil, sino en ley religiosa. Muchos de los escribas eran fariseos.

Después, estaba el *sanedrín*. El sanedrín era la «Corte Suprema» judía. «Sanedrín» es una transliteración de la palabra griega (συνέδριον, *sunedrion*). La KJV y la NASB [y la Reina-Valera, N. de la T.] la traducen como «concilio», mientras que la NVI la presenta como «consejo» (Mt 26.59; Mr 15.43; Lc 22.66). El sanedrín aparece por primera vez en la historia cerca del 200 a. C. como el organismo responsable de regular los asuntos internos de la nación judía. Tradicionalmente, el sanedrín tenía setenta miembros, más el sumo sacerdote, que servía como presidente. Una mayoría de los miembros eran saduceos, pero había una poderosa minoría farisaica.

Para todos los judíos influyentes que se mencionan arriba, era importante mantener el estatus quo y sus puestos de autoridad. Por lo tanto, se convirtieron en los más grandes enemigos de Jesús.

El desarrollo del sectarismo

El tema de las sectas judías de los tiempos de Jesús, es de importancia suficiente para dedicarle toda una sección por separado. La mayoría de estas sectas estaban motivadas por la política y la cultura, así como por la religión.

Los fariseos

La palabra «fariseo» procede de un verbo hebreo que significa «separar» (פָּרַשׁוּת, *perushim*). Hay quienes piensan que esta secta se originó cuando se ejerció presión durante el dominio seléucida para que los judíos aceptaran la cultura griega. Originalmente, los fariseos combinaron el patriotismo con la devoción religiosa. Para el tiempo de Jesús, se habían deteriorado hasta convertirse en una secta de hombres que confiaban en sí mismos como justos, y en el formalismo (Mt 23.1–36). Eran pequeños en número, pero gozaban del favor del pueblo, y por esta razón tenían considerable influencia. A efectos prácticos, ellos consideraban que «la tradición de los ancianos» (Mr 7.3), no inspirada, era tan vincu-

lante como la misma ley. Cuando Jesús hizo caso omiso de estas tradiciones (Mt 15.1–14), los fariseos se convirtieron en sus más implacables enemigos.

Los saduceos

El nombre «saduceo» puede derivarse de Sadoc, el primero de la línea de sumos sacerdotes, que ofició bajo el reinado de Salomón (1 R 1.32, 34, 38, 45; vea Ez 40.46; 44.15). Todos los sumos sacerdotes que oficiaron desde el tiempo de Herodes el Grande hasta la caída de Jerusalén, fueron saduceos. Este era un grupo de hombres acaudalados y aristocráticos, muchos de los cuales fueron sacerdotes. Se cree que los saduceos se originaron cerca del mismo tiempo de los fariseos. Ellos sí aceptaron la cultura griega. Gracias a su disposición a cooperar con quienquiera que ostentara el poder, llegaron a convertirse en una fuerza política. Debido a que aceptaron la filosofía griega, rechazaron los conceptos de la resurrección y de la vida después de la muerte (Mr 12.18; Hch 23.6–8). Llegaron a odiar a Jesús porque Este ponía en peligro la autoridad de ellos.

Otras sectas

En los relatos del evangelio se mencionan también otras sectas. Una de ellas la constituían los herodianos (Mt 22.16; Mr 3.16; 12.13; vea Mr 8.15), un activo grupo político que se dedicaba a poner a un Herodes en el trono sobre toda Palestina.

Los zelotes eran un grupo de rebeldes judíos que se dedicaban a tratar de vencer a Roma con la espada. Uno que procedía de este grupo, Simón, llegó a ser apóstol (Mt 10.4; Mr 3.18; Lc 6.15).

Sabemos, por la historia secular, que existía otro grupo religioso: los esenios. Este era un cuerpo de extremistas religiosos que se habían apartado de la sociedad. (Pudieron haberse originado dentro de la secta de los fariseos.) Hay quienes creen que la comunidad del Qumrán (la fuente de los famosos «Rollo del Mar Muerto») estaba relacionada con los esenios. El nombre «esenios» no aparece en la Biblia. Menciono este grupo tan solo para negar una afirmación que a menudo se oye, en el sentido de que Juan el Bautista fue esenio, o de que al menos derivó de

ellos su doctrina y prácticas. No hay prueba para confirmar esta afirmación, y más bien hay mucho que demuestra lo contrario. El Nuevo Testamento enseña que Juan fue enviado de Dios, con el mensaje de Dios (Jn 1.6; Lc 3.2). Además, una comparación de las doctrinas y prácticas de los esenios con las de Juan, revela muchas diferencias.

Esperanzas Mesiánicas

Como mencionamos anteriormente, los judíos esperaban el Mesías del Dios.

«Mesías» proviene de una palabra hebrea (מָשִׁיחַ, *mashiach*) que significa «[el] ungido». El equivalente griego es «Cristo» (Χριστός, *Christos*; Jn 1.41). El ungimiento se hacía para constituir a hombres en el sacerdocio [...] y en otros oficios; sin embargo, cuando un judío oía la expresión «ungido de Dios», él la asociaba con un *rey* (vea 1 S 10.1; 24.6; Sal 2.2, 6).

Para el tiempo cuando Jesús por fin vino, las expectativas por la venida del Mesías se habían elevado hasta el máximo. Esto es lo que se puede observar en el entusiasmo de Simeón y de Ana, que le dieron la bienvenida al niño Jesús en el templo (Lc 2.25–38). Simeón había estado esperando «al Ungido del Señor» (Lc 2.26). Ana hablaba de Jesús «a todos los que esperaban la redención en Jerusalén» (Lc 2.38). Cuando Juan el Bautista comenzó su obra, «el pueblo estaba en expectativa, preguntándose todos en sus corazones si acaso Juan sería el Cristo» (Lc 3.15). Incluso los samaritanos creían que «[había] de venir el Cristo» (Jn 4.25). A José de Arimatea se le describe como alguien «que también esperaba el reino de Dios» (Lc 23.51). El anhelo de la gente en general puede observarse en el intento por hacer rey a Jesús (Jn 6.15), y en el entusiasmo demostrado durante la entrada triunfal en Jerusalén (Jn 12.13).

La venida del Mesías era aparentemente un tema favorito de conversación. Se conocían los detalles de Su vida: había de ser descendiente de David (Mt 22.42); había de nacer en Belén (Mt 2.5–6; Jn 7.42). Relacionada con el tema del Mesías, estaban las conjeturas acerca de Su precursor (vea Jn 1.21; Mt 16.14). Aparentemente, se habían levantado falsos Mesías, lo cual avivaba las esperanzas del pueblo. Jesús les dijo a Sus discípulos

que esto sucedería después de Su partida (Mt 24.5, 23–24). La mayoría de los eruditos creen que también sucedió antes de Su nacimiento. En Hechos 5.36–37 puede estarse hablando de dos pretendientes.

Con todas estas expectativas que se estaban dando, las palabras de Juan pueden ser difíciles de entender: «A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron» (Jn 1.11). El hecho de que Jesús fue desechado por los judíos en general y por los dirigentes judíos en particular, constituye un tema prominente del Nuevo Testamento (Mt 21.42; Mr 12.10; Lc 17.25; Hch 4.11; 1 P 2.4, 7). ¿Por qué no fue recibido Jesús como el Mesías que por tanto tiempo esperaron?

Básicamente, fue desechado porque los judíos tenían una noción preconcebida del Mesías, y Jesús no encajó en las ideas preconcebidas de ellos. El Antiguo Testamento enseñaba que el Mesías había de ser un Rey enviado por Dios (Is 9.6–7) del linaje real de David (Sal 89.3–4). El Antiguo Testamento *también* enseñaba que el Mesías había de ser un Siervo *sufriente* (Sal 22.1–21; Is 53.1–12); sin embargo, las profecías de esta naturaleza fueron en gran parte pasadas por alto. Lo que estaba claro en las mentes de las personas judías era que necesitaban un caudillo con suficiente fuerza militar y política para derrotar a los romanos y reinstaurar el reino de Israel, tal como había sido en los tiempos de David y de Salomón. Un Cristo que decía «Mi reino no es de este mundo» (Jn. 18.36a) no serviría para nada. Jesús era como una piedra preciosa que no encajaba en el engaste preconcebido que Su pueblo le había preparado al Mesías.

En cuanto al mundo al cual vino Jesús, terminemos notando la profecía en el sentido de que el Mesías subiría «como raíz de tierra seca» (Is 53.2). Dios había hecho preparativos para Su venida (Gá 4.4), pero el corazón de las personas todavía era como tierra seca. De este inhóspito ambiente, saldría Cristo. Al final, la religión de Jesús crecería y se propagaría por todo el mundo.

COMPENDIO DEL VOLUMEN 1

I. PERÍODO DE LA VIDA DE CRISTO ANTERIOR A SU MINISTERIO.

- A. Prefacio y dedicatoria de Lucas (Lc 1.1–4).
- B. Introducción de Juan (Jn 1.1–18).
- C. Las genealogías de Jesús (Mt 1.1-17; Lc 3.23-38).
 - 1. La genealogía de Mateo (Mt 1.1-17).
 - 2. La genealogía de Lucas (Lc 3.23-38).
- D. Los anuncios (Lc 1.5–38).
 - 1. El anuncio del ángel a Zacarías sobre el nacimiento de Juan el Bautista (Lc 1.5–25).
 - 2. El anuncio del ángel a María sobre el nacimiento de Jesús (Lc 1.26–38).
- E. La visita de María (la futura madre de Jesús) a Elisabet (la futura madre de Juan el Bautista) (Lc 1.39–56).
- F. El nacimiento y los primeros años de Juan el Bautista (Lc 1.57–80).
- G. El anuncio a José sobre la venida de Jesús (Mt 1.18–25).
- H. El nacimiento de Jesús (Lc 2.1–7).
 - I. El nacimiento de Jesús es anunciado a los pastores (Lc 2.8–20).
 - J. La circuncisión y el nombramiento de Jesús; el servicio del templo (Lc 2.21–39).
- K. Jesús es visitado por magos («sabios») del oriente (Mt 2.1–12).
- L. La huída a Egipto y la matanza de los niños varones de Belén (Mt 2.13–18).

- M. El niño Jesús es llevado de Egipto a Nazaret (Mt 2.19–23; vea Lc 2.39b).
- N. Vida de Jesús en Nazaret; visita a Jerusalén cuando tenía doce años de edad (Lc 2.40–52).

II. EL COMIENZO DEL MINISTERIO DE JUAN EL BAUTISTA

- A. El ministerio de Juan (Mt 3.1–6; Mr 1.1–6; Lc 3.1–6).
- B. El mensaje de Juan (Mt 3.7–12; Mr 1.7–8; Lc 3.7–18).

III. EL COMIENZO DEL MINISTERIO DE JESÚS.

- A. Jesús es bautizado por Juan en el río Jordán (Mt 3.13–17; Mr 1.9–11; Lc 3.21–22; Jn 1.31–34).
- B. Jesús es tentado en el desierto (Mt 4.1–11; Mr 1.12–13; Lc 4.1–13).
- C. Testimonio de Juan acerca de Jesús (Jn 1.19–34).
- D. Los primeros discípulos de Jesús (en Judea) (Jn 1.35–51).
- E. El primer milagro de Jesús (en Caná de Galilea) (Jn 2.1–11).
- F. La primera residencia de Jesús en Capernaum (en Galilea) (Jn 2.12).

IV. DE LA PRIMERA PASCUA A LA SEGUNDA.

- A. La primera Pascua del ministerio de Jesús. (Jn 2.13–3.21).
 - 1. Purificación del templo (Jn 2.13–25).
 - 2. Enseñanza dada a Nicodemo (Jn 3.1–21).
- B. El primer ministerio en Judea (y testimonio adicional dado por Juan) (Jn 3.22–36).
- C. El traslado de Judea a Galilea (Mt 4.12; Mr 1.14; Lc 3.19, 20; Jn 4.1–45).
 - 1. Las razones para el traslado a Galilea (Mt 4.12; Mr 1.14; Lc 3.19, 20; Jn 4.1–3).
 - 2. El episodio de Samaria (Jn 4.4–42).
 - 3. Llegada a Galilea (Lc 4.14; Jn 4.43–45).
- D. Una relación general de la enseñanza de Jesús en Galilea (Mt 4.17; Mr 1.14, 15; Lc 4.14, 15).

COMPENDIO

- E. El segundo milagro en Caná (Jn 4.46–54).
- F. El traslado a Capernaum de Galilea (Mt 4.13–16).
- G. El llamamiento de cuatro pescadores (Mt 4.18–22; Mr 1.16–20; Lc 5.1–11).
- H. En Capernaum: sanidad de un endemoniado en la sinagoga (Mr 1.21–28; Lc 4.31–37).
- I. En Capernaum: sanidad de la suegra de Pedro y de otros (Mt 8.14–17; Mr 1.29–34; Lc 4.38–41).
- J. En Galilea: La primera enseñanza de Jesús y recorrido de sanidad (Mt 4.23–25; Mr 1.35–39; Lc 4.42–44).
- K. En Galilea: sanidad de un leproso, y el entusiasmo que generó (Mt 8.2–4; Mr 1.40–45; Lc 5.12–16).
- L. De vuelta en Capernaum: sanidad de un paralítico (Mt 9.2–8; Mr 2.1–12; Lc 5.17–26).
- M. Cerca de Capernaum: el llamamiento de Mateo (Mt 9.9; Mr 2.13, 14; Lc 5.27, 28).

V. DE LA SEGUNDA PASCUA A LA TERCERA.

- A. Jesús sana a un lisiado en el día de reposo y defiende la acción (Jn 5.1–47).
- B. Jesús defiende a Sus discípulos, que arrancaron espigas en el día de reposo (Mt 12.1–8; Mr 2.23–28; Lc 6.1–5).
- C. Jesús defiende la sanidad de una mano seca en el día de reposo (Mt 12.9–14; Mr 3.1–6; Lc 6.6–11).
- D. Jesús sana multitudes junto al mar de Galilea (Mt 12.15–21; Mr 3.7–12).
- E. Después de orar, Jesús escoge a los doce apóstoles (Mt 10.2–4; Mr 3.13–19; Lc 6.12–16).
- F. El Sermón del Monte (Mt 5.1–7.29; Lc 6.17–49).
 - 1. Declaraciones de introducción (Mt 5.1, 2; Lc 6.17–20).
 - 2. Las bienaventuranzas. promesas hechas a los súbditos del Mesías (Mt 5.3–12; Lc 6.20–26).
 - 3. Influencia (y responsabilidades) de los súbditos del Mesías (Mt 5.13–16).
 - 4. La relación de la enseñanza mesiánica con el Antiguo Testamento, y con las tradiciones de los hombres en cuanto a la enseñanza antigotestamentaria

(Mt 5.17–48; Lc 6.27–30, 32–36).

5. Las acciones religiosas han de nacer del corazón, no son para llamar la atención (Mt 6.1–18).
 6. La seguridad de los tesoros celestiales es contrastada con los afanes terrenales (Mt 6.19–34).
 7. Enseñanza sobre juzgar (Mt 7.1–6; Lc 6.37–42).
 8. Enseñanza sobre la oración (Mt 7.7–11).
 9. La regla de oro (Mt 7.12; Lc 6.31).
 10. Los dos caminos, y los falsos profetas (Mt 7.13–23; Lc 6.43–45).
 11. Conclusión y aplicación (los dos edificadores) (Mt 7.24–29; Lc 6.46–49).
- G. La sanidad del siervo de un centurión (Mt 8.1, 5–13; Lc 7.1–10).
- H. Jesús resucita al hijo de una viuda (Lc 7.11–17).
- I. Jesús envía respuesta a Juan el Bautista (Mt 11.2–30; Lc 7.18–35).
 - J. Le ungen los pies a Jesús (Lc 7.36–50).
 - K. Segundo recorrido de Galilea (Lc 8.1–3).
 - L. Acusaciones blasfemas (Mt 12.22–37; Mr 3.20–30; Lc 11.14–23).
- M. Buscadores de señales (Mt 12.38–45; Lc 11.16, 24–26, 29–36).
- N. La familia de Jesús (Mt 12.46–50; Mr 3.31–35; Lc 8.19–21; 11.27, 28).
- O. El primer gran grupo de parábolas (Mt 13.1–53; Mr 4.1–34; Lc 8.4–18).
1. La ocasión y el ambiente (Mt 13.1–3; Mr 4.1, 2; Lc 8.4).
 2. La parábola del sembrador, y explicación de esta (Mt 13.3–23; Mr 4.3–25; Lc 8.5–18).
 3. La parábola del crecimiento silencioso (Mr 4.26–29).
 4. La parábola de la cizaña, y la explicación de esta (Mt 13.24–30, 36–43).
 5. Las parábolas de la semilla de mostaza y de la levadura (Mt 13.31–35; Mr 4.30–34).
 6. Las parábolas del tesoro y de la perla (Mt

COMPENDIO

- 13.44–46).
7. La parábola de la red (Mt 13.47–53).
- P. Jesús calma la tempestad (Mt 8.18, 23–27; Mr 4.35–41; Lc 8.22–25).
- Q. La sanidad de dos endemoniados (Mt 8.28–34; 9.1; Mr 5.1–21; Lc 8.26–40).
- R. Jesús come con pecadores (y pronuncia un discurso sobre el ayuno) (Mt 9.10–17; Mr 2.15–22; Lc 5.29–39).
- S. Jesús resucita a la hija de Jairo (y sana a una mujer inválida) (Mt 9.18–26; Mr 5.22–43; Lc 8.41–56).
- T. La sanidad de dos ciegos y de un endemoniado (y críticas) (Mt 9.27–34).
- U. Jesús visita Nazaret (y es rechazado) (Mt 13.54–58; Mr 6.1–6a; Lc 4.16–30).
- V. Tercer recorrido de Galilea (e instrucciones para los doce) (Mt 9.35–38; 10.1–42; 11.1; Mr 6.6b–13; Lc 9.1–6).
- W. Interés de Herodes en Jesús (y relato acerca de la muerte de Juan el Bautista) (Mt 14.1–12a; Mr 6.14–29; Lc 9.7–9).
- X. Salida fuera del territorio de Herodes (y regreso) (Mt 14.12b–36; Mr 6.30–56; Lc 9.10–17; Jn 6.1–21a).
1. El regreso de los doce apóstoles y la salida hacia la ribera oriental del mar de Galilea (Mt 14.12b, 13; Mr 6.30–32; Lc 9.10; Jn 6.1).
 2. La alimentación de los cinco mil (Mt 14.13–21; Mr 6.33–44; Lc 9.11–17; Jn 6.2–14).
 3. Jesús anda sobre el agua (Mt 14.22–36; Mr 6.45–56; Jn 6.15–21a).
- Y. El discurso de Jesús sobre el Pan de Vida (y la confesión de Pedro) (Jn 6.21b–71).

VI. DE LA TERCERA PASCUA AL ARRIBO DE JESÚS A BETANIA.

- A. La tercera Pascua (vea Jn 6.4; 7.11).
- B. Reprochado por desacatar la tradición (Mt 15.1–20; Mr 7.1–23).
- C. Retirada del territorio de Herodes (Mt 15.21; Mr

- 7.24).
- D. La sanidad de la hija de una mujer sirofenicia (o cananea) (Mt 15.21–28; Mr 7.24–30).
 - E. Jesús evita pasar por el territorio de Herodes (Mt 15.29; Mr 7.31).
 - F. Muchos son sanados, incluyendo a un sordo (Mt 15.30, 31; Mr 7.32–37).
 - G. La alimentación de los cuatro mil (Mt 15.32–39; Mr 8.1–9).
 - H. Otra retirada del territorio de Herodes (Mt 15.39—17.23; Mr 8.10—9.32; Lc 9.18–45).
 - 1. En Galilea: otro ataque de los enemigos de Jesús —seguido de otra salida— (Mt 15.39—16.12; Mr 8.10–21).
 - 2. En Betsaida: sanidad de un ciego (Mr 8.22–26).
 - 3. Cerca de Cesarea de Filipo: la buena profesión (Mt 16.13–20; Mr 8.27–30; Lc 9.18–21).
 - 4. Cerca de Cesarea de Filipo: Jesús anuncia Su muerte (Mt 16.21–28; Mr 8.31–38; Lc 9.22–27).
 - 5. Cerca de Cesarea de Filipo (¿sobre el monte Hermon?): la transfiguración (Mt 17.1–13; Mr 9.2–13; Lc 9.28–36).
 - 6. La sanidad de un muchacho endemoniado (Mt 17.14–21; Mr 9.14–29; Lc 9.37–43).
 - 7. El regreso a Galilea (la muerte de Jesús es anunciada de nuevo) (Mt 17.22, 23; Mr 9.30–32; Lc 9.43–45).
 - I. La pregunta sobre el tributo para el templo (Mt 17.24–27).
 - J. La enseñanza sobre la necesidad de hacerse como niños (Mt 18.1–14; Mr 9.33–50; Lc 9.46–50).
 - K. La última enseñanza en Galilea: los problemas entre los hermanos (Mt 18.15–35).

PARTE I

EL PERÍODO DE LA VIDA DE CRISTO ANTERIOR A SU MINISTERIO

Incluye una armonía de

Mt 1.1—2.23

Lc 1.1—2.52; 3.23—38

Jn 1.1—18

PREFACIO Y DEDICATORIA DE LUCAS (LC 1.1–4)

¹Puesto que ya muchos han tratado de poner en orden la historia de las cosas que entre nosotros han sido ciertísimas, ²tal como nos lo enseñaron los que desde el principio lo vieron con sus ojos, y fueron ministros de la palabra, ³me ha parecido también a mí, después de haber investigado con diligencia todas las cosas desde su origen, escribírtelas por orden, oh excelentísimo Teófilo, ⁴para que conozcas bien la verdad de las cosas en las cuales has sido instruido.

En la introducción que hace Lucas, de su relato del evangelio, esto es lo que escribe: «... me ha parecido [escribirte la vida de Cristo] para que conozcas bien la verdad de las cosas en las cuales has sido instruido» (Lc 1.3–4). Un propósito primordial de su presentación de la vida de Jesús era ayudarle a Teófilo a «[conocer] bien la verdad» acerca de Jesús.

Consideremos algunas ideas que destacan en esta introducción: **Puesto que ya muchos han tratado de poner en orden la historia de las cosas que entre nosotros han sido ciertísimas.** Aparentemente, había un conjunto básico de creencias acerca de Jesús que era común a toda la iglesia.

... tal como nos lo enseñaron los que desde el principio lo vieron con sus ojos, y fueron ministros de la palabra. Es probable que las palabras «los que [...] lo vieron» y «ministros» se refieran primordialmente a los apóstoles (vea Hch 1.21–22); sin embargo, ellas indican también cuánta adhesión había al conjunto de creencias.

... me ha parecido también a mí, después de haber investigado con diligencia todas las cosas. Esto puede ser indicio

de que algunos que escribieron relatos de la vida de Cristo *no* investigaron todo con diligencia. Mateo, Marcos y Juan estarían excluidos de este enunciado. Hoy día existen varios manuscritos antiguos no inspirados, que pretenden ser relatos de la vida de Jesús, pero están llenos de tonterías.

... **desde su origen.** Aparentemente, Lucas estuvo en contacto con los que «lo vieron», al comienzo de la historia de la iglesia.

... **escribírtelas por orden.** Esto puede ser indicio de que el esfuerzo de Lucas por producir un relato cronológico de la vida de Cristo fue más deliberado que el de los demás autores del evangelio. No obstante, como veremos más adelante, ni siquiera el relato de Lucas es cronológico en su totalidad. Es probable que la expresión «por orden» se refiera a la escritura de un relato *ordenado*, esto es, una versión lógica y cuidadosamente planeada.

... **oh excelentísimo Teófilo.** La expresión «excelentísimo» era el tratamiento de respeto que se daba a un funcionario. «Teófilo» es un nombre griego que significa «amador de Dios». Podría referirse a todos los que aman a Dios, pero es probable que se refiera a una persona concreta. Tal vez esta persona fue el patrocinador de Lucas, y quien financió la publicación del libro.

... **para que conozcas bien la verdad de las cosas en las cuales has sido instruido.** Hay quienes creen que la frase «cosas en las cuales has sido instruido» se refiere a la educación formal. De todas maneras, las palabras recalcan una vez más la existencia de un conjunto de creencias que se había extendido en la iglesia primitiva.

A Lucas se le podría considerar el primer «crítico» formal del cristianismo: No se limitó a aceptar los diferentes relatos que estaban en circulación. En lugar de ello, comprobó de forma exhaustiva todos los datos. De modo que lo que escribió es «la verdad». Parece invitar a sus lectores a comprobar su relato, pues constantemente da información histórica que puede verificarse (vea 1.5; 2.1–2; 3.1; 13.1–2). Los descubrimientos arqueológicos confirman que Lucas fue un historiador fiel, lo cual confiere gran credibilidad a su relato de la vida de Cristo y a su relato de la iglesia primitiva.

INTRODUCCIÓN DE JUAN (JN 1.1–18)

¹En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. ²Este era en el principio con Dios. ³Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. ⁴En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. ⁵La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella.

⁶Hubo un hombre enviado de Dios, el cual se llamaba Juan. ⁷Este vino por testimonio, para que diese testimonio de la luz, a fin de que todos creyesen por él. ⁸No era él la luz, sino para que diese testimonio de la luz.

⁹Aquella luz verdadera, que alumbra a todo hombre, venía a este mundo. ¹⁰En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho; pero el mundo no le conoció. ¹¹A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron. ¹²Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; ¹³los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios.

¹⁴Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad. ¹⁵Juan dio testimonio de él, y clamó diciendo: Este es de quien yo decía: El que viene después de mí, es antes de mí; porque era primero que yo. ¹⁶Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia. ¹⁷Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo. ¹⁸A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer.

Quando consideramos la vida de Cristo, por lo general comenzamos con Su nacimiento en Belén. Juan deseaba que sus lectores supieran que Jesús existía mucho antes de ese evento. Existía incluso antes de la creación del mundo, porque Él, de hecho, es Dios: **En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios** (Jn 1.1).

Jesús es una de las tres Personalidades divinas que forman lo que la Biblia llama la «Divinidad» o la «Deidad» (Hch 17.29;

Ro 1.20; Col 2.9). A los tres se les menciona en Mateo 28.19: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. El hecho de que Jesús es Dios no es un concepto fácil de comprender. Cuando usamos la palabra «Dios», por lo general nos referimos a Dios Padre. También debemos recordar que Jesús es Dios Hijo.

Cuando pensamos en Jesús, por lo general nos imaginamos que siempre tuvo el nombre «Jesús», o que siempre se le designó como «Cristo». Sin embargo, cuando el ángel habló a José, diciéndole que María daría a luz un hijo, esto fue lo que dijo: «... y llamarás su nombre JESÚS» (Mt 1.21; énfasis nuestro). En relación con la designación de «Cristo» («el ungido»), a Jesús lo ungió Dios con el Espíritu (Lc 4.18; Hch 10.38) en el momento de Su bautismo (Mt 3.13–17). ¿Cuál era el nombre de Jesús *antes* de Su ministerio terrenal?

Juan dijo que, anterior a Su existencia terrenal, Jesús era el *logos*, esto es, «el Verbo» o «la Palabra». *Logos* (λόγος) es la palabra griega que se traduce por «Verbo» en Juan 1.1, 14 (N. del T.: en otras versiones, *logos* se traduce por «Palabra»). Es la palabra de la cual obtenemos «lógica». También se usa en combinación con otras palabras para dar a entender «estudio de», tal como en «*biología*» (el estudio de la vida). El apóstol Juan también usó *logos* en otros escritos, para referirse a Jesús (vea 1 Jn 1.1; Ap 1.2; 19.13). Fue el único autor neotestamentario que usó este término para referirse a Cristo.

Cristo vino a esta tierra como la Palabra de Dios personificada. Esto fue lo que escribió Juan en 1.18: **A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer.** Fue por medio de Su enseñanza y de Su Persona, que Jesús «[dio] a conocer» a Dios. Esto fue lo que le dijo a Felipe: «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre...» (Jn 14.9).

La parte que más hace reflexionar, de la introducción de Juan, es el versículo 14, que dice: **Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros...** A esto es lo que llamamos «la Encarnación» (del latín *incarnāre*, que significa «hacerse carne»). La clásica aseveración bíblica acerca de la Encarnación es Filipenses 2.5–8. Jamás podremos entender todos los misterios de la Encarnación, pero por fe aceptamos la gran verdad en el sentido de que «aquel Verbo fue hecho carne». Esto fue lo que

escribió el autor del libro de Hebreos:

Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote [...] Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados (He 2.17–18).

Juan tenía más que decir en su introducción (1) Jesús es la Luz (la fuente de la iluminación) (Jn 1.4–5, 9; vea también vers.^{os} 16–18). (2) El precursor de Jesús dio testimonio de la Luz (Jn 1.6–8, 15). (3) Fue un mundo en tinieblas el que rechazó la Luz (Jn 1.5, 10–11). (4) Fueron pocos los que recibieron la Luz, lo cual hicieron por medio de la fe y un nacimiento espiritual (Jn 1.12–13). Por el momento, no obstante, nos centraremos en la realidad de la preexistencia de Cristo.

LAS GENEALOGÍAS DE JESÚS (MT 1.1–17; LC 3.23–38)

Genealogía de Mateo (Mt 1.1–17)

¹Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham.

²Abraham engendró a Isaac, Isaac a Jacob, y Jacob a Judá y a sus hermanos. ³Judá engendró de Tamar a Fares y a Zara, Fares a Esrom, y Esrom a Aram. ⁴Aram engendró a Aminadab, Aminadab a Naasón, y Naasón a Salmón. ⁵Salmón engendró de Rahab a Booz, Booz engendró de Rut a Obed, y Obed a Isaí. ⁶Isaí engendró al rey David, y el rey David engendró a Salomón de la que fue mujer de Urías. ⁷Salomón engendró a Roboam, Roboam a Abías, y Abías a Asa. ⁸Asa engendró a Josafat, Josafat a Joram, y Joram a Uzías. ⁹Uzías engendró a Jotam, Jotam a Acaz, y Acaz a Ezequías. ¹⁰Ezequías engendró a Manasés, Manasés a Amón, y Amón a Josías. ¹¹Josías engendró a Jeconías y a sus hermanos, en el tiempo de la deportación a Babilonia.

¹²Después de la deportación a Babilonia, Jeconías engendró a Salatiel, y Salatiel a Zorobabel. ¹³Zorobabel engendró a Abiud, Abiud a Eliaquim, y Eliaquim a Azor. ¹⁴Azor engendró a Sadoc,

Sadoc a Aquim, y Aquim a Eliud. ¹⁵Eliud engendró a Eleazar, Eleazar a Matán, Matán a Jacob; ¹⁶y Jacob engendró a José, marido de María, de la cual nació Jesús, llamado el Cristo.

¹⁷De manera que todas las generaciones desde Abraham hasta David son catorce; desde David hasta la deportación a Babilonia, catorce; y desde la deportación a Babilonia hasta Cristo, catorce.

El libro de Mateo carece de un prefacio formal como el que tienen los libros de Lucas y de Juan. En lugar de escribir prefacio, Mateo entra de inmediato a recalcar que Jesús era el Mesías que los judíos esperaban. Así comienza diciendo: **Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham** (Mt 1.1). Esto fue lo que Ken Gire dijo: «A manera de portada de su evangelio, Mateo pone un árbol genealógico. El árbol está enraizado en el más grande patriarca de Israel, Abraham, y en su más grande rey, David».¹ Según las profecías antiguotestamentarias, el Mesías había de ser descendiente de Abraham (Gn 22.18; vea Gá 3.16), y también de David (vea 2 S 7.16; Jn 7.42).

Así, Mateo comienza el árbol genealógico con Abraham (Mt 1.2), pasa por David (Mt 1.6–7), y sigue hasta Jesús (Mt 1.16). Su lista se divide en tres partes: (1) De Abraham hasta David, (2) de David hasta la deportación, y (3) desde la deportación hasta Jesús, dividiéndose cada parte en catorce nombres (Mt 1.17). El nombre de David se incluye en los catorce nombres de la primera división, y también se incluye como uno de los catorce nombres de la segunda división. Es probable que este doble uso del nombre de David constituya un reconocimiento a su considerable aporte al cumplimiento de los propósitos de Dios.

Al comparar la lista de Mateo con las genealogías antiguotestamentarias, se observará que se omitieron varios nombres. Mateo 1.8, por ejemplo, dice que «Jorán [engendró] a Uzías», sin embargo, Uzías en realidad era tataranieto de Jorán (vea 2 R 8.25; 13.1; 14.1, 21). No estamos seguros por qué no se mencionan estos dos individuos en particular. Eran inicuos, pero

¹Ken Gire, *Moments with the Savior (Momentos con el Salvador)* (Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1998), 18.

también lo eran otros que no se mencionan. Tenga presente dos verdades: (1) a los judíos les interesaba demostrar el linaje, no les interesaba enumerar a todos los individuos de ese linaje, y (2) a los judíos les gustaban las listas «nítidas».

A uno le puede parecer que Mateo 1.1–17 no es más que una aburrida lista de nombres, pero esto cambia cuando se toma el tiempo para examinar los nombres en el Antiguo Testamento. Esto fue lo que dijo F. LaGard Smith:

La genealogía de Mateo incluye varias sorpresas felices. Entre las primeras raíces de Jesús se encuentran no sólo hombres justos tan notables como Abraham y David, sino también varios que se destacan en la historia como hombres especialmente injustos, entre los que se incluye al inicuo rey Manasés. No solo hay allí judíos, como se esperaría, sino también gentiles, entre los que se incluye una cananea y una moabita, cuyos paisanos han sido notorios enemigos del pueblo de Dios. También causa alguna sorpresa, en vista del estatus social que tenían en ese tiempo, el hecho de que en la lista se incluyan tanto mujeres como hombres. Además, por lo menos dos de las mujeres son mejor conocidas por los pecados que habían cometido.²

En la lista se incluyen individuos que fueron grandes, pero hay otros que no lo fueron tanto, y aún otros, hay que reconocerlo con pena, que fueron despreciables. Es como Gire observó, «el árbol genealógico del Salvador tuvo su cuota de plagas y de esterilidad, de brotes que crecieron torcidos, y de ramas que se quebraron».³ Si alguna vez necesitábamos prueba de que Dios puede realizar Sus propósitos a pesar de las debilidades (e incluso la obstinación) de la humanidad, en la genealogía de Mateo hallamos abundancia de ella.

²F. LaGard Smith, *The Narrated Bible in Chronological Order (La Biblia narrada en orden cronológico)* (Eugene, Oreg.: Harvest House Publishers, 1984), 1353.

³Gire, 19.

La genealogía de Lucas (Lc 3.23–38)

²³Jesús mismo al comenzar su ministerio era como de treinta años, hijo, según se creía, de José, hijo de Elí, ²⁴hijo de Matat, hijo de Leví, hijo de Melqui, hijo de Jana, hijo de José, ²⁵hijo de Matatías, hijo de Amós, hijo de Nahum, hijo de Esli, hijo de Nagai, ²⁶hijo de Maat, hijo de Matatías, hijo de Semei, hijo de José, hijo de Judá, ²⁷hijo de Joana, hijo de Resa, hijo de Zorobabel, hijo de Salatiel, hijo de Neri, ²⁸hijo de Melqui, hijo de Adi, hijo de Cosam, hijo de Elmodam, hijo de Er, ²⁹hijo de Josué, hijo de Eliezer, hijo de Jorim, hijo de Matat, ³⁰hijo de Leví, hijo de Simeón, hijo de Judá, hijo de José, hijo de Jonán, hijo de Eliaquim, ³¹hijo de Melea, hijo de Mainán, hijo de Matata, hijo de Natán, ³²hijo de David, hijo de Isaí, hijo de Obed, hijo de Booz, hijo de Salmón, hijo de Naasón, ³³hijo de Aminadab, hijo de Aram, hijo de Esrom, hijo de Fares, hijo de Judá, ³⁴hijo de Jacob, hijo de Isaac, hijo de Abraham, hijo de Taré, hijo de Nacor, ³⁵hijo de Serug, hijo de Ragau, hijo de Peleg, hijo de Heber, hijo de Sala, ³⁶hijo de Cainán, hijo de Arfaxad, hijo de Sem, hijo de Noé, hijo de Lamec, ³⁷hijo de Matusalén, hijo de Enoc, hijo de Jared, hijo de Mahalaleel, hijo de Cainán, ³⁸hijo de Enós, hijo de Set, hijo de Adán, hijo de Dios.

Lucas también proporciona una genealogía; sin embargo, esta no se encuentra al comienzo del libro, sino en el capítulo 3, y tiene un propósito diferente del de la lista de Mateo. La genealogía de Mateo comienza con Abraham (Mt 1.1–2), y muestra el parentesco de Jesús con los judíos; en cambio, la parte terrenal de la genealogía de Lucas termina con Adán (Lc 3.38), y muestra el parentesco de Jesús con todas las personas.

Las versiones que dan Mateo y Lucas, de la genealogía de Jesús, presentan notables diferencias. Ambas muestran que Jesús fue descendiente de Abraham (Mt 1.2; Lc 3.34), y de David (Mt 1.6; Lc 3.31); sin embargo, la mayoría de los demás nombres de las dos listas son diferentes. Una excepción de esto podría ser Zorobabel (Mt 1.12; Lc 3.27), aunque hay quienes no creen que el Zorobabel de una de las listas sea el mismo de la otra.

Son varias las explicaciones que se han dado para dar cuenta de las diferencias. La más sencilla, y tal vez la mejor, es que Mateo proporciona el linaje *legal* de Jesús, por medio de *José*; mientras que Lucas da el linaje *carnal*, por medio de *María*. Jesús era el hijo *legal*, pero no *carnal*, de José. El único Padre de Jesús fue Dios. Estas dos maneras de ver el linaje de Jesús se distinguen a veces como el linaje *legal* (a través de José) y el linaje *real* (a través de María).

Esta es la conclusión que se encuentra en escritos cristianos tan antiguos como Eusebio (h. 260–340 d. C.). Este punto de vista tiene correlación con el énfasis que le da Mateo al nacimiento de Cristo desde la perspectiva de José (Mt 1.18–25; 2.13–15, 19–23) y el énfasis que le da Lucas a este mismo nacimiento desde la perspectiva de María (Lc 1.26–56; 2.1–20 [note 2.19]). También se acopla tal punto de vista, con el énfasis judío de Mateo, y el énfasis griego de Lucas.

La dificultad primordial con el anterior punto de vista estriba en que la genealogía de Lucas no hace mención de María.

Puede que la razón para esto sea que, como regla general, los judíos no incluían a las mujeres en las genealogías. Puede que a las mujeres se les mencione por casualidad (Mt 1.3, 5); sin embargo, era a través de los hombres que se transmitían las líneas de descendencia. Note, no obstante, que el texto da a entender implícitamente que Jesús no era en realidad hijo de José (**hijo, según se creía, de José**), lo cual indica que no era por medio de José que Lucas estaba dando el linaje de Jesús. Si no era por medio de José, entonces ¿por medio de quién era? La respuesta más sencilla es que Lucas estaba dando el linaje de Jesús por medio de María. Es probable que las palabras «hijo, según se creía, de José», deberían considerarse una frase parentética, de modo que la frase «hijo de Elí» se refiere a Jesús, y no a José. (En algunas traducciones se lee «Elí», mientras que en otras, «Heli». Son dos maneras de deletrear el mismo nombre.) Esto fue lo que A. T. Robertson escribió: «Jesús sería, de este modo, nieto de Heli, una forma permitida de traducir la palabra “hijo”».⁴

⁴A. T. Robertson, *A Harmony of the Gospels for Students of the Life of Christ* (*Una armonía de los evangelios para estudiantes de la vida de Cristo*) (New York: Harper & Row, 1950), 261.

«Hijo» podría indicar «descendía de» (vea Mt 1.1). Otro posible significado de «hijo» en la Biblia es el de «yerno». Hay quienes conjeturan que Elí solo tenía hijas, lo cual significa que un yerno pudo haber heredado como hijo (Nm 27.1–11; 36.1–13).

Por lo tanto, Mateo recalcaba que Jesús era descendiente legal de David; mientras que Lucas recalcaba que Jesús era descendiente carnal de David. Mateo siguió la línea por un hijo de David, el rey Salomón; mientras que Lucas dio el linaje por medio de otro hijo de David, Natán (2 S 5.14). El diagrama de la página 609 ilustra las dos líneas. Si el Zorobabel de las dos listas genealógicas es el mismo hombre, los linajes podrían estar convergiendo en el medio, para después separarse nuevamente.

Las dos genealogías que se dan en los evangelios no dejan duda de que se ha cumplido la profecía de 2 Samuel 7.16.

LOS ANUNCIOS (LC 1.5–38)

El libro de Lucas contiene el relato más completo de los eventos que sucedieron inmediatamente antes de la llegada de Cristo. Después de su introducción, Lucas pasó a contar dos historias acerca de anuncios que se hicieron.

El anuncio del ángel a Zacarías sobre el nacimiento de Juan el Bautista (Lc 1.5–25)

⁵Hubo en los días de Herodes, rey de Judea, un sacerdote llamado Zacarías, de la clase de Abías; su mujer era de las hijas de Aarón, y se llamaba Elisabet. ⁶Ambos eran justos delante de Dios, y andaban irreprensibles en todos los mandamientos y ordenanzas del Señor. ⁷Pero no tenían hijo, porque Elisabet era estéril, y ambos eran ya de edad avanzada.

⁸Aconteció que ejerciendo Zacarías el sacerdocio delante de Dios según el orden de su clase, ⁹conforme a la costumbre del sacerdocio, le tocó en suerte ofrecer el incienso, entrando en el santuario del Señor. ¹⁰Y toda la multitud del pueblo estaba fuera orando a la hora del incienso. ¹¹Y se le apareció un ángel del Señor puesto en pie a la derecha del altar del incienso. ¹²Y se turbó Zacarías al verle, y le sobrecojió temor. ¹³Pero el ángel le dijo: Zacarías, no temas; porque tu oración ha sido oída, y

tu mujer Elisabet te dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Juan. ¹⁴Y tendrás gozo y alegría, y muchos se regocijarán de su nacimiento; ¹⁵porque será grande delante de Dios. No beberá vino ni sidra, y será lleno del Espíritu Santo, aun desde el vientre de su madre. ¹⁶Y hará que muchos de los hijos de Israel se conviertan al Señor Dios de ellos. ¹⁷E irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías, para hacer volver los corazones de los padres a los hijos, y de los rebeldes a la prudencia de los justos, para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto. ¹⁸Dijo Zacarías al ángel: ¿En qué conoceré esto? Porque yo soy viejo, y mi mujer es de edad avanzada. ¹⁹Respondiendo el ángel, le dijo: Yo soy Gabriel, que estoy delante de Dios; y he sido enviado a hablarte, y darte estas buenas nuevas. ²⁰Y ahora quedarás mudo y no podrás hablar, hasta el día en que esto se haga, por cuanto no creíste mis palabras, las cuales se cumplirán a su tiempo. ²¹Y el pueblo estaba esperando a Zacarías, y se extrañaba de que él se demorase en el santuario. ²²Pero cuando salió, no les podía hablar; y comprendieron que había visto visión en el santuario. Él les hablaba por señas, y permaneció mudo. ²³Y cumplidos los días de su ministerio, se fue a su casa.

²⁴Después de aquellos días concibió su mujer Elisabet, y se recluyó en casa por cinco meses, diciendo: ²⁵Así ha hecho conmigo el Señor en los días en que se dignó quitar mi afrenta entre los hombres.

Zacarías vivía en las montañas que estaban al suroeste de Jerusalén. De acuerdo a las instrucciones de Moisés, para ser sacerdote, el candidato tenía que ser descendiente del sacerdote original, Aarón (Ex 28.1). La esposa de Zacarías, **Elisabet**, también era descendiente de Aarón. Los dos eran justos y piadosos. Sólo había una cosa que echaba a perder sus vidas, y ello era que habían alcanzado una edad avanzada sin tener hijos (Lc 1.7).

Los sacerdotes habían sido distribuidos en veinticuatro divisiones u órdenes (1 Cr 24.1–19). Zacarías era de la división de Abías (Lc 1.5; vea 1 Cr 24.10). Las órdenes se turnaban en el servicio del templo, una semana a la vez. Cada semana, se echaban suertes en relación con los servicios del templo (Lc 1.9). La

tarea más codiciada era la de ofrecer incienso sobre el altar que estaba delante del velo que ocultaba el Lugar Santísimo. Esto era lo más cerca que un sacerdote corriente podía llegar a aquel sagrado lugar. Era un honor que podía recibirse solamente una vez en la vida.

Según se relata al comienzo de la historia, se trataba de la semana que le correspondía a Zacarías servir en el templo, y este tenía el privilegio de ofrecer el incienso. Cuando entraba en el Lugar Santo, debió de haber estado pensando qué especial era ese día. Había de ser aún más especial de lo que había esperado, pues se le apareció un ángel del Señor llamado **Gabriel**. En la Biblia solo hay dos ángeles que se les menciona por nombre: Gabriel (Lc 1.19, 26; vea Dn 8.16; 9.21) y Miguel (Jud 9; Ap 12.7; vea Dn 10.13, 21; 12.1). La palabra **ángel** es transliteración de una palabra griega ἄγγελος (*aggelos*) cuyo significado literal es «mensajero».

El mensajero de Dios le dijo al anciano sacerdote que él y Elisabet iban a tener un hijo (Lc 1.13). Este hijo, que había de llamarse Juan, vendría **con el espíritu y el poder de Elías**, como el precursor del Mesías (Lc 1.17). Gabriel citó de Malaquías 4.5–6, una profecía acerca de ese precursor. En el anuncio de Gabriel, este mencionó que Juan **no** [bebería] **vino ni sidra** (Lc 1.15 compare con Nm 6.2–30). Aparentemente, Juan había de ser nazareo desde el nacimiento. Otros que fueron nazareos desde que nacieron, fueron Sansón (Jue 13.3–7) y Samuel (1 S 1.11).

Al sacerdote le parecieron difíciles de creer las palabras del ángel (Lc 1.18, 20). A manera de señal, y de castigo por su incredulidad, a Zacarías se le privó del habla (Lc 1.20).

Después de terminar su semana de servicio, Zacarías volvió a casa (Lc 1.23). Su esposa pronto quedó encinta, como el ángel había anunciado (Lc 1.24). El sacerdote debía entender, al igual que todos nosotros, que «nada hay imposible para Dios» (Lc 1.37).

El anuncio del ángel a María sobre el nacimiento de Jesús (Lc 1.26–38)

²⁶Al sexto mes el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una

ciudad de Galilea, llamada Nazaret, ²⁷a una virgen desposada con un varón que se llamaba José, de la casa de David; y el nombre de la virgen era María. ²⁸Y entrando el ángel en donde ella estaba, dijo: ¡Salve, muy favorecida! El Señor es contigo; bendita tú entre las mujeres. ²⁹Mas ella, cuando le vio, se turbó por sus palabras, y pensaba qué salutación sería esta. ³⁰Entonces el ángel le dijo: María, no temas, porque has hallado gracia delante de Dios. ³¹Y ahora, concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS. ³²Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; ³³y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin. ³⁴Entonces María dijo al ángel: ¿Cómo será esto? pues no conozco varón. ³⁵Respondiendo el ángel, le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios. ³⁶Y he aquí tu parienta Elisabet, ella también ha concebido hijo en su vejez; y este es el sexto mes para ella, la que llamaban estéril; ³⁷porque nada hay imposible para Dios. ³⁸Entonces María dijo: He aquí la sierva del Señor; hágase conmigo conforme a tu palabra. Y el ángel se fue de su presencia.

El primer anuncio fue hecho en la ciudad más sagrada de Palestina; el segundo, en una de las ciudades más despreciadas (Jn 1.46).

Cuando Elisabet tenía unos seis meses de estar encinta (Lc 1.26, 36), Gabriel se le apareció a una joven de Nazaret, una insignificante aldea de Galilea. Josefo, el historiador judío del siglo primero, mencionó 204 ciudades y pueblos de Galilea, pero no hizo referencia alguna a Nazaret.⁵ El Talmud enumeró sesenta y tres ciudades de Galilea, pero no a Nazaret. La joven era **una virgen desposada con un varón que se llamaba José [...] y el nombre de la virgen era María** (Lc 1.27). Suponiendo que María quedó encinta poco después del anuncio que le hizo Gabriel, esto

⁵J. W. McGarvey y Philip Y. Pendleton, *The Fourfold Gospel or A Harmony of the Four Gospels (El evangelio cuádruple, o armonía de los cuatro evangelios)* (Cincinnati: Standard Publishing Co., 1914), 14.

haría que Juan el Bautista fuera seis meses mayor que Jesús.

La palabra griega *μνηστεύω* (*mnesteuo*), que se traduce por **desposada**, se refería a un compromiso más vinculante que el que muchos de nosotros conocemos. Los casamientos judíos se llevaban a cabo en dos etapas: primero, se hacía una ceremonia de compromiso (llamada «el desposorio» [Mt 1.18]), y luego, algún tiempo después, se celebraba el casamiento en sí. Como regla general, la ceremonia de matrimonio se llevaba a cabo un año después de la ceremonia de desposorio. La primera ceremonia vinculaba legalmente al novio y a la novia, aunque el matrimonio no se consumaba. María estaba vinculada legalmente a José, aunque todavía no estaban oficialmente casados (vea Dt 22.23–24). Esto explica la acongojante situación de José cuando se enteró de que María estaba encinta (Mt 1.18–19).

El ángel le dijo a María: **Y ahora, concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS** (Lc 1.31). «Jesús» es la forma griega del nombre hebreo «Josué», que es la forma abreviada de un nombre que significa «Jehová salva», o «Jehová es salvación». Era un nombre bastante corriente en aquellos tiempos. Lea Hechos 13.6 y note que «Barjesús» significa «hijo de Jesús». «Jesús» todavía es un nombre corriente en algunas culturas. Sin embargo, fue el nombre que se escogió para el hijo de María, por lo apropiado que era (vea Mt 1.21).

A diferencia de Zacarías, a María no le costó creer que lo anunciado por el ángel realmente ocurriría (Lc 1.45). Sin embargo, sí tenía una pregunta sobre cómo ocurriría:

Entonces María dijo al ángel: ¿Cómo será esto? pues no conozco varón. Respondiendo el ángel, le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios (Lc 1.34–35).

En Lucas 1.27 se usa la palabra griega que normalmente se usa para «virgen» (*παρθένης* *parthenos*). Aunque en el versículo 34, María dijo literalmente: «no conozco varón», el texto no deja duda alguna de que ella era virgen cuando el ángel se le apareció.

La doctrina bíblica del nacimiento virginal escapa a nuestra capacidad de comprenderla en su totalidad, pero la aceptamos por fe. Hay quienes enseñan que no tiene importancia que uno crea o no en el nacimiento virginal. John Franklin Carter enumeró algunas razones por las que esta doctrina es esencial para nuestra fe.⁶

1) En vista de que el Nuevo Testamento enseña el nacimiento virginal de Jesús, negarlo supone negar la inspiración de las Escrituras.

2) En vista de que el nacimiento virginal fue parte indispensable del proceso por el que «Dios se hizo carne», su negación destruye la deidad esencial de Jesús.

3) En vista de que el nacimiento virginal está vinculado con el hecho de que Jesús es Dios, negarlo equivale a negar la eficacia de la muerte de Jesús. ¿Cómo podría expiar la muerte de un mortal los pecados de todos los demás mortales?

4) En vista de que el nacimiento virginal fue el primero de los milagros de la vida de Jesús, negarlo hace que uno no pueda aceptar los demás milagros, incluyendo el de la resurrección. Es incredulidad lo que yace en la raíz y también es incredulidad lo que se manifiesta en el fruto de la negación del nacimiento virginal.

APLICACIÓN:

¿POR QUÉ ELIGIÓ DIOS A MARÍA? (LC 1; 2)

En el «Elogio de la mujer virtuosa», se hace notar que los hijos de esta «se levantan [...] y la llaman bienaventurada» (Pr 31.28a). En otras versiones se lee: «Sus hijos se levantan y la bendicen».

Las madres son especiales. En una historieta de Peanuts, esto fue lo que Carlitos dijo: «Toda persona necesita a alguien que le ame, alguien de quien reciba confianza, que le cuide, que le apoye, alguien con quien reír y llorar». A lo cual Lucy respondió: «Es mucha gente la que se necesita». Pero Snoopy⁷ añadió: «O

⁶John Franklin Carter, *A Layman's Harmony of the Gospels (Una armonía de los evangelios por un laico)* (Nashville: Broadman Press, 1961), 41–42.

⁷N. de la T. Snoopy es el perro de Carlitos. En las historietas, los animales de caricatura a veces expresan ideas por medio de palabras.

una buena madre». De todas las personas que han creído en mí, y me han dado su apoyo, hay dos madres que ocupan el primer lugar de la lista: mi propia madre y la madre de mis tres hijas. La mayoría de nosotros podríamos levantarnos y llamar bienaventuradas a nuestras madres.

En Lucas 1 se nos anima a llamar bienaventurada, o bendita, a la madre de alguien más. En el versículo 42, Elisabet dijo a una que había de ser madre: «Bendita tú entre las mujeres». Esta era una expresión hebrea que significaba: «Eres la más bendita entre las mujeres». En el versículo 48, la madre que recibió este elogio respondió, diciendo: «he aquí, desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones». Los que la llamarían bienaventurada no serían solamente sus hijos, sino que serían todas las personas las que reconocerían que ella había sido bienaventurada de Dios. El pasaje se refiere a María, la madre de Jesús.

Todas las madres son benditas o bienaventuradas, pero María lo fue de modo especial. Dios la eligió de entre todas las mujeres hebreas que vivían en aquel tiempo, para que fuera la madre de Su Hijo. Cuando consideramos esta verdad, nos preguntamos: «¿Por qué? ¿Qué tenía María de especial?».

Dios no estaba obligado a elegirla. No hay nada en la Palabra que indique que fuera tan buena y tan perfecta que Dios se vio obligado a elegirla. Más bien, lo que se nos dice es que al elegirla, Dios manifestó Su gracia. El ángel saludó a María con estas palabras: «¡Salve, muy favorecida!» (Lc 1.28). «Favorecida» es traducción de *χαριτόω* (*charitoo*), una forma de *χάρις* (*charis*), que equivale a «gracia», palabra que se refiere a «favor *no merecido*». Sin embargo, María debió de haber tenido ciertas cualidades especiales para ser elegida por Dios. Por lo tanto, preguntamos nuevamente: «¿Qué cualidades fueron estas?». En esta lección haremos una reseña de su vida, para averiguar «¿Por qué eligió Dios a María?».

Pase primero a Lucas 1.26. Con estas palabras comienza este versículo: «Al sexto mes...». Era el sexto mes del embarazo de Elisabet, la madre de Juan el Bautista. «Al sexto mes el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret». Nazaret era una pequeña aldea que se ubicaba a veinticuatro kilómetros al oeste del extremo occidental del Mar de

Galilea, y a treinta y cinco kilómetros del Mar Mediterráneo, en las faldas del extremo sur de la cadena montañosa del Líbano.

El ángel fue enviado «a una virgen desposada con un varón que se llamaba José, de la casa de David» (Lc 1.27a). José era descendiente de David el rey, pero era una descendencia real que estaba pasando por dificultades económicas. José era un carpintero pobre (Mt 13.55) que vivía en Nazaret (Lc 2.4). Una manera de saber que José y María eran pobres, es que ofrecieron un sacrificio que se permitía a los pobres ofrecer (compare Lc 2.24 con Lv 12.6–8). J. W. McGarvey estaba sin duda en lo cierto cuando escribió: «Conociendo la grandeza del niño, José y María jamás habrían ofrecido el sacrificio de menor costo, si hubieran podido pagar por el sacrificio normal y más costoso»⁸ El estilo de vida de Jesús (Mt 8.20) también insinúa una crianza modesta.

El nombre de la virgen a la cual fue enviado el ángel, era María (Lc 1.27b). «María» es la forma griega del nombre hebreo «Miriam». «Miriam» significa «amarga». Al igual que José, era descendiente del rey David.

El texto que estamos estudiando recalca que el Cristo era descendiente de David (Lc 1.32, 69). Dios le dijo a David que el Mesías procedería de las «entrañas» de él (2 S 7.12). En la NIV se lee: «vendrá de tu propio cuerpo». En vista de que Jesús no fue descendiente carnal de David por medio de José, tuvo que haberlo sido por medio de María, para que esta promesa se cumpliera.

María estaba comprometida, o «desposada», con José (Mt 1.18). En esos tiempos, la mayoría de los desposorios se celebraban a una edad muy temprana en la vida de una joven, de modo que María debió de haber sido una adolescente cuando se le apareció Gabriel. Por otro lado, José debió de haber sido un hombre mayor. A este jamás se le menciona durante el ministerio personal de Jesús, lo cual insinúa la posibilidad de que muriera antes de que Jesús llegara a los treinta.

Cuando de cumplir los propósitos de Dios se trata, no son tan importantes el ambiente y las circunstancias. Dios puede usar a quienquiera y dondequiera. El pasaje también da a entender

⁸McGarvey and Pendleton, 34.

que uno no tiene que esperar a estar anciano y arrugado para ser usado por Dios. El ángel de Dios vino a una joven que probablemente se encontraba en los primeros años de su adolescencia, con el fin de usarla en el cumplimiento del plan divino.

Ella no tenía miedo de usar su mente

El ángel dijo a María: «¡Salve, muy favorecida! El Señor es contigo» (Lc 1.28). María «se turbó» por las palabras del ángel (Lc 1.29a). En la Biblia, a la mayoría de las personas que se vieron enfrentadas por un visitante celestial, les produjo gran zozobra la experiencia. María, en cambio, en lugar de entrar en pánico, pensó «qué salutación sería [aquella]» (Lc 1.29b).

María era la clase de persona que usaba su mente. Más adelante se nos dice que guardaba todas las cosas que rodeaban el nacimiento de Jesús (Lc 2.19). No tenía miedo de usar la mente que Dios le había dado.

Ella era una mujer piadosa

El ángel le dijo: «María, no temas, porque has hallado gracia delante de Dios» (Lc 1.30). Nadie halla gracia delante de Dios sin ser en el fondo una buena persona. Podemos imaginar que María era sincera y religiosa, que tenía altos valores morales, y que era una persona de integridad.

Ella creía en Dios y en Su poder

Continuó diciendo el ángel:

Y ahora, concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS [que significa «Jehová salva»]. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin (Lc 1.31–33).

El reino de Cristo es la iglesia (Mt 16.18–19). Nuestro Señor se sentó en el trono de David y comenzó a reinar sobre Su reino cuando ascendió y fue exaltado por la diestra de Dios (Hch 2.25–36). Las palabras del ángel anticiparon todo esto.

No obstante, la preocupación de la joven María no tenía que ver con lo que pasaría en unos treinta y tantos años en el futuro. Las palabras que resonaban en sus oídos eran estas: «concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo». Le dijo al ángel: «¿Cómo será esto? pues no conozco varón» (Lc 1.34).

A primera vista, estas palabras se parecen a la respuesta de incredulidad que dio Zacarías, que le significó no poder hablar durante nueve meses (Lc 1.18, 20); sin embargo, la pregunta de María no reflejaba duda acerca de *si* ocurriría, sino el deseo de saber *cómo* ocurriría. Lo que se recalca en el texto es que ella *creyó* al ángel (Lc 1.45).

El ángel le respondió la pregunta del «cómo». Le dijo: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios» (Lc 1.35). La palabra griega ἐπισκιάζω (*episkiazō*), que se traduce por «cubrirá» se usó en la Septuaginta (la traducción griega del Antiguo Testamento) para referirse a la presencia de Dios llenando el tabernáculo (vea Ex 40.35).

Y aunque María no pidió señal, el ángel le dio una: «Y he aquí tu parienta [prima, KJV] Elisabet, ella también ha concebido hijo en su vejez; y este es el sexto mes para ella, la que llamaban estéril» (Lc 1.36). Y añadió: «porque nada hay imposible para Dios» (Lc 1.37). El texto griego dice literalmente: «porque toda palabra no será imposible con Dios». En la ASV se lee: «porque ninguna palabra del Señor estará vacía de poder». Esto fue lo que se le pidió a María que creyera, y esto fue lo que ella creyó (Lc 1.45). Esto es también lo que usted y yo debemos creer si es que hemos de hacer frente a las pruebas de la vida.

Ella tenía un espíritu humilde

Esto fue lo que María respondió: «He aquí la sierva del Señor; hágase conmigo conforme a tu palabra» (Lc 1.38a). Si hay algún versículo que da a entender claramente por qué Dios eligió a María, este es. En primer lugar, note la frase «la sierva del Señor». La palabra griega δοῦλος (*doulos*), que se traduce por «la sierva» se refiere a una esclava. De todas las clases de esclavos, a las esclavas mujeres se les consideraba de la más baja categoría, y eran a las que más a menudo se les despreciaba y maltrata-

taba. Más adelante, María cantó: «[ÉL] ha mirado la bajeza de su sierva» (Lc 1.48).

Ella era sumisa a la voluntad de Dios

Analice la segunda parte de Lucas 1.38: «hágase conmigo conforme a tu palabra». Considere todas las implicaciones de esto. (Recuerde que María era una persona que pensaba; ella sabía en qué se estaba metiendo.) Era una joven, comprometida para casarse, que pronto estaría encinta. El que iba a ser su esposo, de seguro protestaría diciendo que el niño no era de él.

Para nosotros es difícil entender cuán precaria era su situación en un pequeño pueblo como Nazaret. Imagínese las miradas, los gestos, las murmuraciones, el chisme y los comentarios crueles. Hay quienes creen que el mensaje implícito de Juan 8.41 es «Nosotros no somos nacidos de fornicación, pero *tú* sí lo fuiste». Ella podía incluso perder la vida, pues la ley decía que una mujer comprometida que cometía fornicación había de ser apedreada hasta morir (Dt 22.23–24 vea también Lv 20.10; Ez 16.38; Jn 8.5.) De todos los pecados que debían castigarse con pena de muerte, en el Antiguo Testamento, el de fornicación era el que más difícilmente podía negar una mujer, cuando por el acto ella quedaba encinta. Habría sido muy fácil encontrar dos o tres personas que testificaran contra ella (Dt 17.6; 19.15), pues hubieran bastado los primeros dos o tres hombres que pasaran al lado de María, al sexto o séptimo mes de embarazo de esta.

Sin duda, María estaba consciente de todas las repercusiones. A pesar de esto, le dijo al ángel: «hágase conmigo conforme a tu palabra». En otras palabras: «Si así es como Dios lo desea, que así sea». Era sumisa a la voluntad de Dios. *Esa* es la clase de persona que Dios puede usar, sea madre, padre, hijo o hija.

Después que «el ángel se fue de su presencia» (Lc 1.38b), María se levantó y «fue de prisa a la montaña» (Lc 1.39) para ver a su pariente Elisabet. Es probable que esta fuera una de las pocas personas que creería lo que le había sucedido a ella.

Cuando Elisabet vio a María, ella «fue llena del Espíritu Santo» (Lc 1.41b) y «exclamó a gran voz» (Lc 1.42): «Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre. ¿Por qué se me concede esto a mí, que la madre de mi Señor venga a mí?»

(Lc 1.42b, 43).

Ella conocía las Escrituras

María respondió con un magnífico cántico de alabanza, que comienza en el versículo 46 y sigue hasta el 55. Ernest Hauser escribió que este breve y jubiloso poema «es una de las joyas literarias del Nuevo Testamento».⁹ En estos diez versículos, tenemos la mayoría de las palabras de la madre de Jesús que se han puesto por escrito.

Las palabras de María nos recuerdan el cántico de Ana, que se recoge en 1 Samuel 2.1–10. El cántico de María incluye tres temas principales: (1) lo que Dios había hecho por ella (1.46–49), (2) lo que Dios había hecho por todos los hombres; había ayudado a los desvalidos, a los humildes y a los hambrientos (1.50–53), y (3) lo que Dios había hecho por Israel (1.54–55). Lo último era prueba de que Dios siempre cumple Su palabra

Al considerar lo que dijo María, nos impresiona el conocimiento que tenía ella de las Escrituras. No estoy descontando la posibilidad de que María hubiese sido «llena del Espíritu Santo» como lo fue Elisabet (1.41) y como más adelante lo fue Zacarías (1.67). No obstante, creo que las palabras de María indican un conocimiento personal de la Palabra. Son doce pasajes antiguo-testamentarios los que se reflejan en sus palabras de alabanza. Este hecho se consideraba extraordinario en una época cuando solo a los jóvenes varones se les permitía asistir a las escuelas de las sinagogas.

Debemos apresurar el ritmo que llevamos por la vida de María. Lucas 2 cuenta la historia del nacimiento de Jesús y de la venida de los pastores. El versículo 19 dice que «María guardaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón».

Ella era valiente

Unos cuarenta días después del nacimiento de Jesús, María y José llevaron al niño al templo de Jerusalén, para ofrecer sacrificio (Lv 12.2–4, 6–8). Allí, un hombre llamado Simeón tomó a

⁹Ernest O. Hauser, "Mary, Mother of Christ" («María, la madre de Cristo»), *Reader's Digest* (Diciembre 1971): 170.

Jesús en sus brazos y habló acerca de todo lo que el Niño llegaría a lograr (Lc 2.25–35). Sus palabras inspiradas incluyen esta siniestra advertencia para María: «y una espada traspasará tu misma alma...» (Lc 2.35).

Deténgase a considerar la tarea que aguardaba a María. A mi esposa y a mí nos costó mucho criar a tres hijas. María tenía por lo menos *siete* hijos, (con José, vea Mr 6.3) y el mayor de ellos era nada menos que el Hijo de Dios. Ahora, sobre esta carga, Simeón le decía que al final una espada le traspasaría su alma. Le aguardaban dolores en el futuro.

Solo una mujer valiente pudo haberle dado la cara a tales desafíos, y haberlos enfrentado. María demostró su valentía al estar dispuesta a aceptar las consecuencias de ser una madre soltera en un tiempo cuando tal cosa era algo inaudito. Demostró aún más valentía al aceptar las consecuencias de ser la madre de nuestro Señor.

Esta verdad puede ayudar a explicar por qué Dios eligió a una pobre mujer desconocida, de una aldea cuya existencia pasaba desapercibida, e incluso se le despreciaba; en lugar de elegir a una encantadora jovencita consentida, que viviera en el palacio de un rey. Dios necesitaba a alguien que fuera fuerte y tenaz.

Nunca leemos acerca de José en el ministerio personal de Jesús; solamente leemos acerca de María y sus hijos. Muchos creen que esto es indicio de que José era mayor que María, y de que murió antes que Jesús comenzara Su obra pública. El hecho de que Jesús le encargara el cuidado de su madre a Juan (Jn 19.26–27) también es indicio de que José ya había fallecido. Existe una gran posibilidad de que María hubiera tenido que encargarse ella sola de gran parte de la crianza de sus siete o más hijos. Como primogénito que era, Jesús habría asumido parte de la responsabilidad, cuando Su padre murió. No obstante, la carga que llevó María como progenitora sobreviviente, habría sido pesada.

Ella estaba dispuesta a asumir responsabilidad

La fortaleza de María se engrana con otra característica que ella tenía, y de la cual muchos carecen: estaba dispuesta a asumir responsabilidades. Podríamos usar el relato de cuando Jesús

tenía doce años, para ilustrar esto (Lc 2.41–51). Cuando José y María no sabían dónde estaba Jesús, ellos lo buscaron diligentemente en Jerusalén. Después de todo, Dios les había dado la responsabilidad de cuidarlo. Lamentablemente, hay algunos hoy día, que no están dispuestos a asumir responsabilidades, ya sea en su vida personal, en su matrimonio o en su familia.

Ella manifestó confianza en su Hijo

Damos un salto de dieciocho años, al momento cuando Jesús comienza su ministerio público. Al principio de este ministerio, María y su Hijo se encontraban en un banquete de bodas en Caná. Cuando a los anfitriones se les acabó el vino, María le dijo a Jesús: «No tienen vino» (Jn 2.3). Luego, le dijo ella a los siervos: «Haced todo lo que os dijere» (Jn 2.5). Estaba segura de que su Hijo podía hacerse cargo de la situación.

Manifestó una característica que todo padre necesita: Confianza en su hijo, y daba a conocer esa confianza. Uno de los más grandes dones que mi madre me dio, fue el constante refuerzo de mis capacidades, lo cual hacía cada vez que me decía: «Vamos, tú puedes».

Ella se preocupaba por el bienestar de los demás

Una de las pocas veces que leemos acerca de María durante los siguientes tres o más años, es cuando pareció preocuparse de que Jesús no estuviera comiendo lo suficiente (Mr 3.20–21). Ella y sus demás hijos vinieron a Él para llevarlo a casa (Mr 3.31–35). El incidente no favorece mucho a María ni a su familia; es obvio que todavía les faltaba entender quién era Jesús, y en qué consistía Su misión. No obstante, demuestra que María tenía cuidado de su Hijo.

Ella fue fiel a su tarea, y lo fue hasta el final

A partir de ese momento de la narrativa perdemos de vista a María, y no la volvemos a ver sino hasta el evento de la cruz. Juan recogió esta conmovedora escena:

... Estaban junto a la cruz de Jesús su madre, y la hermana de su madre, María mujer de Cleofas, y María Magda-

lena. Cuando vio Jesús a su madre, y al discípulo a quien él amaba [probablemente Jn], que estaba presente, dijo a su madre: Mujer, he ahí tu hijo. Después dijo al discípulo: He ahí tu madre... (Jn 19.25–27).

¿Puede usted imaginarse a María estando presente allí, y mirando a su Hijo que colgaba de la cruz? ¿Puede usted ver las lágrimas que ruedan por sus mejillas? ¿Puede usted ver cómo acuna sus brazos, al recordar cuando sostenía Su diminuto cuerpo? Hace años memoricé un poema que captó este momento:

Oí dos mujeres llorar
Cuando del monte descendían;
Y una era como una rosa rota;
La otra, como una llama.
Una decía: «Se arrepentirán
De lo que Sus inicuas manos hicieron»
La otra por entre sus lágrimas solo clamaba:
«Mi Hijo, mi Hijo, mi Hijo».¹⁰

Sobre un monte llamado Gólgota, María al fin entendió las palabras dichas años atrás: «y una espada traspasará tu misma alma» (Lc 2.35a). Corro el riesgo de ser tedioso, pero debo decir una vez más que Dios necesitaba a alguien que fuera fuerte.

Una última escena queda por describir: Después de la muerte, la sepultura y la resurrección de Jesús, los discípulos esperaron en Jerusalén la venida del Espíritu y el comienzo del reino, o la iglesia. Lucas escribió que allí con los discípulos se encontraban María y los hermanos de Jesús (Hch 1.14). Los hermanos habían llegado a creer; y la fe de María la había llevado a comprender.

Aquí debemos dejar a María. Una tradición no inspirada dice que ella murió en Jerusalén; otra dice que se trasladó a Éfeso, con Juan, y que murió allí. No sabemos qué le pudo haber ocurrido. Dios nos permitió enterarnos de que ella formó parte de los emocionantes primeros años de la iglesia, y con este dato le puso fin a la historia de la madre de nuestro Señor.

¹⁰Autor desconocido.

Conclusión

¿Por qué eligió Dios a María? Hemos propuesto varias características que seguramente contribuyeron para que María pudiera hacer frente a la casi imposible tarea que Dios le dio:

- Ella no tenía miedo de usar su mente
- Ella era una mujer piadosa.
- Ella creía en Dios y en Su poder.
- Ella tenía un espíritu humilde.
- Era sumisa a la voluntad de Dios.
- Ella conocía las Escrituras.
- Ella era valiente.
- Ella estaba dispuesta a asumir responsabilidad.
- Ella manifestó confianza en su Hijo.
- Ella se preocupaba el bienestar de los demás.
- Ella fue fiel a su tarea, y lo fue hasta el final.

Quienquiera que posea las anteriores características, se verá ayudado para llevar a feliz término las tareas de la vida. Lo más importante es que con ellas tendrá los requisitos para ser usado por Dios en Su servicio.

LA VISITA DE MARÍA (LA FUTURA MADRE DE JESÚS) A ELISABET (LA FUTURA MADRE DE JUAN EL BAUTISTA) (LC 1.39–56)

³⁹En aquellos días, levantándose María, fue de prisa a la montaña, a una ciudad de Judá; ⁴⁰y entró en casa de Zacarías, y saludó a Elisabet.

Gabriel mencionó que Dios también visitó a una pariente de María llamada Elisabet, y que esta estaba encinta. Poco después de la aparición del ángel, María viajó de ciento veinte a ciento treinta kilómetros al sur, a la ciudad donde vivían Zacarías y Elisabet (Lc 1.39–40). Tal vez pensaba que su prima era la única persona que podía entender y apreciar lo que le estaba sucediendo.

Elisabet alabó a María (Lc 1.41–45)

⁴¹Y aconteció que cuando oyó Elisabet la salutación de María, la criatura saltó en su vientre; y Elisabet fue llena del Espíritu Santo, ⁴²y exclamó a gran voz, y dijo: Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre. ⁴³¿Por qué se me concede esto a mí, que la madre de mi Señor venga a mí? ⁴⁴Porque tan pronto como llegó la voz de tu salutación a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. ⁴⁵Y bienaventurada la que creyó, porque se cumplirá lo que le fue dicho de parte del Señor.

¡Piense en la reunión que debió haber ocurrido, dos mujeres, una anciana y otra que todavía era muchacha, ambas tocadas por la mano de Dios! Cuando Elisabet vio a María, ella rompió en alabanzas para esta, y exclamó: **Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre** (Lc 1.42).

María alabó a Dios (Lc 1.46–55)

⁴⁶Entonces María dijo:

Engrandece mi alma al Señor;

⁴⁷Y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador.

⁴⁸Porque ha mirado la bajeza de su sierva;

Pues he aquí, desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones.

⁴⁹Porque me ha hecho grandes cosas el Poderoso;

Santo es su nombre,

⁵⁰Y su misericordia es de generación en generación

A los que le temen.

⁵¹Hizo proezas con su brazo;

Esparció a los soberbios en el pensamiento de sus corazones.

⁵²Quitó de los tronos a los poderosos,

Y exaltó a los humildes.

⁵³A los hambrientos colmó de bienes,

Y a los ricos envió vacíos.

⁵⁴Socorrió a Israel su siervo,

Acordándose de la misericordia

**⁵⁵De la cual habló a nuestros padres,
Para con Abraham y su descendencia para siempre.**

María respondió con alabanza para el Señor. Habló de las grandes maravillas que Dios había hecho en el pasado, y anticipó las que Él haría en el futuro. A las palabras de María se les llama a veces el *Magnificat*, en latín, que es la primera palabra del cántico con que ella engrandece al Señor.

María se quedó en Judea tres meses, hasta el final del embarazo de Elisabet. Luego volvió a casa en Nazaret. Aparentemente, salió poco antes del nacimiento de Juan. Tal vez no deseaba responder preguntas sobre su propio embarazo cuando los parientes de Elisabet llegaran para el nacimiento. (Estos también serían parientes de ella.)

EL NACIMIENTO Y LOS PRIMEROS AÑOS DE JUAN EL BAUTISTA (LC 1.57–80)

Nacimiento de Juan (Lc 1.57–79)

⁵⁷Cuando a Elisabet se le cumplió el tiempo de su alumbramiento, dio a luz un hijo. ⁵⁸Y cuando oyeron los vecinos y los parientes que Dios había engrandecido para con ella su misericordia, se regocijaron con ella. ⁵⁹Aconteció que al octavo día vinieron para circuncidar al niño; y le llamaban con el nombre de su padre, Zacarías; ⁶⁰pero respondiendo su madre, dijo: No; se llamará Juan. ⁶¹Le dijeron: ¿Por qué? No hay nadie en tu parentela que se llame con ese nombre. ⁶²Entonces preguntaron por señas a su padre, cómo le quería llamar. ⁶³Y pidiendo una tablilla, escribió, diciendo: Juan es su nombre. Y todos se maravillaron. ⁶⁴Al momento fue abierta su boca y suelta su lengua, y habló bendiciendo a Dios. ⁶⁵Y se llenaron de temor todos sus vecinos; y en todas las montañas de Judea se divulgaron todas estas cosas. ⁶⁶Y todos los que las oían las guardaban en su corazón, diciendo: ¿Quién, pues, será este niño? Y la mano del Señor estaba con él.

⁶⁷Y Zacarías su padre fue lleno del Espíritu Santo, y

profetizó, diciendo:

- ⁶⁸Bendito el Señor Dios de Israel,
Que ha visitado y redimido a su pueblo,
⁶⁹Y nos levantó un poderoso Salvador
En la casa de David su siervo,
⁷⁰Como habló por boca de sus santos profetas que fueron
desde el principio;
⁷¹Salvación de nuestros enemigos, y de la mano de todos
los que nos aborrecieron;
⁷²Para hacer misericordia con nuestros padres,
Y acordarse de su santo pacto;
⁷³Del juramento que hizo a Abraham nuestro padre,
Que nos había de conceder
⁷⁴Que, librados de nuestros enemigos,
Sin temor le serviríamos
⁷⁵En santidad y en justicia delante de él, todos
⁷⁶Y tú, niño, profeta del Altísimo serás llamado;
Porque irás delante de la presencia del Señor, para prepara-
rar sus caminos;
⁷⁷Para dar conocimiento de salvación a su pueblo,
Para perdón de sus pecados,
⁷⁸Por la entrañable misericordia de nuestro Dios,
Con que nos visitó desde lo alto la aurora,
⁷⁹Para dar luz a los que habitan en tinieblas y en sombra
de muerte;
Para encaminar nuestros pies por camino de paz.

Cuando nació el niño de Zacarías y Elisabet, se reunieron vecinos y parientes para gozarse con ellos.

De conformidad con la ley judía, los niños habían de ser circuncidados al octavo día (Lv 12.3). En la ceremonia de circuncisión del recién nacido, la familia sugirió que se le llamara **Zacarías** por su padre, pero Elisabet (a quien aparentemente se le habían dicho las palabras del ángel) dijo: **No; se llamará Juan** (Lc 1.60). Recurrieron a Zacarías, pero este confirmó el nombre elegido por Elisabet. **Al momento fue abierta su boca y suelta su lengua, y habló bendiciendo a Dios** (Lc 1.64).

Los versículos 68 al 79 recogen las palabras inspiradas del

anciano sacerdote. Los versículos 68 al 75 son alabanzas dadas a Dios, por las promesas hechas a Su pueblo; mientras que los versículos 76 al 79 están dirigidas a su hijo. Esto le dijo al pequeño Juan: **Y tú, niño, profeta del Altísimo serás llamado; porque irás delante de la presencia del Señor, para preparar sus caminos** (Lc 1.76). Al igual que el ángel, Zacarías citó del profeta Malaquías lo relacionado con la venida del precursor del Mesías.

Primeros años de la vida de Juan (Lc 1.80)

⁸⁰Y el niño crecía, y se fortalecía en espíritu; y estuvo en lugares desiertos hasta el día de su manifestación a Israel.

Lucas 1.80 hace un pequeño esbozo de los primeros treinta y tantos años de la vida de Juan. El desierto era la región escasamente poblada de Judea que estaba justo al oeste del Mar Muerto.

Se aparecieron ángeles a seres humanos. Hubo personas inspiradas por el Espíritu de Dios, para que hablaran. Cuatrocientos años de silencio se estaban rompiendo. «El cumplimiento del tiempo» (Gá 4.4) había llegado. ¡El Mesías estaba viniendo!

EL ANUNCIO A JOSÉ SOBRE LA VENIDA DE JESÚS (MT 1.18–25)

¹⁸El nacimiento de Jesucristo fue así: Estando desposada María su madre con José, antes que se juntasen, se halló que había concebido del Espíritu Santo. ¹⁹José su marido, como era justo, y no quería infamarla, quiso dejarla secretamente. ²⁰Y pensando él en esto, he aquí un ángel del Señor le apareció en sueños y le dijo: José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es. ²¹Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados. ²²Todo esto aconteció para que se cumpliese lo dicho por el Señor por medio del profeta, cuando dijo:

**²³He aquí, una virgen concebirá y dará a luz un hijo,
Y llamarás su nombre Emanuel,
que traducido es: Dios con nosotros. ²⁴Y despertando José del**

sueño, hizo como el ángel del Señor le había mandado, y recibió a su mujer. ²⁵Pero no la conoció hasta que dio a luz a su hijo primogénito; y le puso por nombre JESÚS.

Con las siguientes palabras profetizó Isaías la venida del Mesías: «Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz» (Is 9.6).

Los judíos esperaban a un varón de guerra que los llevara a la victoria; Dios envió a un niño que los llevara nuevamente a Él. Los hombres deseaban a un gobernante sentado sobre un trono terrenal; Dios les dio un niño que yació en un pesebre. No ocurrió como el hombre lo esperaba, sino como Dios quiso.

Cuando María entró en Nazaret, regresando de sus tres meses con Elisabet debió de haber sido evidente para todo el mundo que ella estaba encinta. Es probable que los chismes se hayan comenzado a propagar rápidamente.

José debió de haber estado destrozado. Se debatía pensando qué debía hacer. Un desposorio era sagrado, y legalmente vinculante, aunque la ceremonia de casamiento no se hubiera llevado a cabo y el matrimonio no se hubiera consumado. Tenía tres opciones:

1) Podía desentenderse de la condición de María, y proceder con el casamiento. Aparentemente no consideró esta posibilidad. Como hombre justo que era (Mt 1.19), es probable que pensara que era un error consentir lo que obviamente era una inmoralidad. No sabemos si María le dio a conocer a José las nuevas del visitante celestial; pero si lo hizo, es probable que a este le parecieran difíciles de creer.

2) Podía haber hecho que apedrearan de muerte a María, como se hacía con la mujer que era infiel a los votos de desposorio (Dt 22.23–24). José desechó esta opción. Era justo, pero también compasivo. Es probable que el amor por María todavía ardía en su corazón.

3) Podía divorciarse de ella. La ley estipulaba que el hombre le escribiera «carta de divorcio» a su esposa si hallaba en ella «alguna cosa indecente» (Dt 24.1). Este fue el curso de acción que decidió tomar José, porque era el menor de tres males. Abando-

naría a María tan rápida y tan calladamente como pudiera, con el fin de evitarle mayor pena. Como regla general, la carta de divorcio se entregaba en presencia de dos o más testigos. Si el hombre lo deseaba, la ceremonia podía ser muy pública y humillante para la esposa. José deseaba evitar esto: ... **como [...] no quería infamarla, quiso dejarla secretamente** (Mt 1.19). Su decisión sin duda lo llenó de tristeza. Entre otras consideraciones, una vez que le entregara el acta de divorcio a María, él podía perderla para siempre (Dt 24.2-4)

Dios libró a José del dilema en que se encontraba, enviándole un ángel. (Uno de los aspectos principales en Mateo 1, es cómo Dios dispuso las cosas de modo que se cumpliera el anuncio de Isaías, en el sentido de que venía un niño.) El ángel le dijo al carpintero,

José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es. Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados (Mt 1.20-21).

José debió de haberse llenado de emociones encontradas: Le habría alegrado saber que su amada María no había sido infiel, y le habría llenado de entusiasmo el anuncio sobre el Mesías. Por otro lado, debió de haberse dado cuenta de que tanto él como María serían objeto de las risas y los comentarios sarcásticos de los groseros y los insensibles. Sin embargo, no dudó. **Y despertando [...] hizo como el ángel del Señor le había mandado, y recibió a su mujer. Pero no la conoció hasta que dio a luz a su hijo primogénito** (Mt 1.24-25a). La interpretación lógica y natural de estas palabras es que *después* que María «dio a luz a su hijo», ella y José tuvieron la vida sexual normal de una pareja casada.

Mateo, cuyo deseo era demostrar que Jesús era el Mesías prometido, insertó una observación inspirada:

Todo esto aconteció para que se cumpliese lo dicho por el Señor por medio del profeta, cuando dijo: He aquí,

una virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Emanuel, que traducido es: Dios con nosotros (Mt 1.22–23).

Merece repetirse el siguiente comentario de J. W. McGarvey, sobre «Emanuel»: «La naturaleza nos muestra a Dios sobre nosotros; la ley nos muestra a Dios contra nosotros; pero el evangelio nos muestra a Dios con nosotros, y por nosotros».¹¹

EL NACIMIENTO DE JESÚS (LC 2.1–7)

¹Aconteció en aquellos días, que se promulgó un edicto de parte de Augusto César, que todo el mundo fuese empadronado. ²Este primer censo se hizo siendo Cirenio gobernador de Siria. ³E iban todos para ser empadronados, cada uno a su ciudad. ⁴Y José subió de Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, por cuanto era de la casa y familia de David; ⁵para ser empadronado con María su mujer, desposada con él, la cual estaba encinta. ⁶Y aconteció que estando ellos allí, se cumplieron los días de su alumbramiento. ⁷Y dio a luz a su hijo primogénito, y lo envolvió en pañales, y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón.

El amor que se tenían José y María, junto con la confianza de ellos en las promesas de Dios, les permitió sobrevivir cualquier indirecta o insulto que les deslizaran en el camino. A medida que María se acercaba a los nueve meses de embarazo, sus expectativas debían de ser mayores cada día. Sin embargo, había un problema del cual no estaban conscientes: el Mesías había de nacer en Belén (Mi 5.2), y ellos vivían en Nazaret.

Anteriormente, Dios había usado a un ángel para promover Su causa. En esta situación, usó a quien menos se esperaba: al emperador de Roma. **Aconteció en aquellos días, que se promulgó un edicto de parte de Augusto César, que todo el mundo fuese empadronado (Lc 2.1).** Es probable que este empadrona-

¹¹McGarvey y Pendleton, 26.

miento tuviera como propósito ampliar la base de contribuyentes de Roma.

A todos los habitantes del Imperio Romano se les exigió volver a la ciudad de sus antepasados. José, que era descendiente del rey David, tenía que hacer el viaje a la población donde había nacido David, **Belén**, una aldea que estaba ocho kilómetros al sur de Jerusalén. A Belén se le menciona varias veces en el Antiguo Testamento (Gn 48.7; Rt 1.22), pero se le conoce primordialmente como la ciudad natal de David (1 S 16.1; 17.12; 20.6).

Las Escrituras dan a entender que José no hubiera hecho el viaje a Belén si Roma no hubiera insistido en ello, lo cual es otra indicación de que Dios no les dijo a José y a María que el niño debía nacer en Belén. Es probable que la ley no exigiera que María fuera. ¿Entonces, por qué fue? Es probable que no deseaba estar lejos de José cuando el niño naciera.

Y José subió de Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, por cuanto era de la casa y familia de David; para ser empadronado con María su mujer, desposada con él, la cual estaba encinta (Lc 2.4–5).

Queda para nuestra imaginación el penoso viaje de Nazaret a Belén, junto con la desilusión de la pareja al encontrar que «no había lugar para ellos en el mesón» (Lc 2.7). Ni siquiera se nos dice cómo acabaron durmiendo con el ganado. Se nos habla sencillamente del nacimiento del niño. El evento más trascendental de la historia es narrado con economía de palabras:

Y aconteció que estando ellos allí [en Belén], se cumplieron los días de su alumbramiento. Y dio a luz a su hijo primogénito, y lo envolvió en pañales, y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón (Lc 2.6–7).

El nacimiento de Jesús no fue más trascendental que Su muerte y resurrección. El «evento trascendental» es cuando Dios se hizo carne *para* poder pagar el precio por nuestros pecados.

El término «primogénito» pudo usarse de varias maneras (He 1.6); sin embargo, en el contexto de Lucas 2, el significado lógico y normal de «primogénito» en el versículo 7, es indicio de que María tuvo otros hijos.

EL NACIMIENTO DE JESÚS ES ANUNCIADO A LOS PASTORES (LC 2.8–20)

⁸Había pastores en la misma región, que velaban y guardaban las vigili­as de la noche sobre su rebaño. ⁹Y he aquí, se les presentó un ángel del Señor, y la gloria del Señor los rodeó de resplandor; y tuvieron gran temor. ¹⁰Pero el ángel les dijo: No temáis; porque he aquí os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo: ¹¹que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es CRISTO el Señor. ¹²Esto os servirá de señal: Hallaréis al niño envuelto en pañales, acostado en un pesebre. ¹³Y repentinamente apareció con el ángel una multitud de las huestes celestiales, que alababan a Dios, y decían:

¹⁴¡Gloria a Dios en las alturas,

Y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!

¹⁵Sucedió que cuando los ángeles se fueron de ellos al cielo, los pastores se dijeron unos a otros: Pasemos, pues, hasta Belén, y veamos esto que ha sucedido, y que el Señor nos ha manifestado. ¹⁶Vinieron, pues, apresuradamente, y hallaron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre. ¹⁷Y al verlo, dieron a conocer lo que se les había dicho acerca del niño. ¹⁸Y todos los que oyeron, se maravillaron de lo que los pastores les decían. ¹⁹Pero María guardaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón. ²⁰Y volvieron los pastores glorificando y alabando a Dios por todas las cosas que habían oído y visto, como se les había dicho.

El llanto del recién nacido habría pasado en gran parte desapercibido en medio del murmullo de una ciudad atestada de visitantes, pero Dios no dejó que el momento pasara sin ser dado a conocer. Sin embargo, el anuncio divino no se hizo a los diri-

gentes de la ciudad, y ni siquiera a los oficiales de la sinagoga. Se hizo a un grupo de pastores **que velaban y guardaban las vigi-lias de la noche sobre su rebaño** (Lc 2.8).

El relato de la aparición del ángel a los pastores es uno de los más conocidos del mundo. Las palabras del ángel se han repetido una y otra vez:

No temáis; porque he aquí os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo: que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es CRISTO el Señor. Esto os servirá de señal: Hallaréis al niño envuelto en pañales, acostado en un pesebre (Lc 2.10–12).

Los pastores probablemente tuvieron que revisar muchos comederos antes de encontrar a uno que tenía a un niño en él. Una vez que encontraron al Niño, les dijeron a todos los que encontraron (Lc 2.7–18). Esta es la razón por la que se les ha llamado «los primeros evangelistas», los primeros que dieron a conocer las buenas nuevas en el versículo 19: **Pero María guardaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón**. Este versículo, junto con la última parte de 2.51, ha llevado a muchos a concluir que María debió de haber hecho partícipe a Lucas de sus pensamientos.

LA CIRCUNCISIÓN Y EL NOMBRAMIENTO DE JESÚS; EL SERVICIO DEL TEMPLO (LC 2.21–39)

²¹Cumplidos los ocho días para circuncidar al niño, le pusieron por nombre JESÚS, el cual le había sido puesto por el ángel antes que fuese concebido.

²²Y cuando se cumplieron los días de la purificación de ellos, conforme a la ley de Moisés, le trajeron a Jerusalén para presentarle al Señor ²³(como está escrito en la ley del Señor: Todo varón que abriere la matriz será llamado santo al Señor), ²⁴y para ofrecer conforme a lo que se dice en la ley del Señor: Un

par de tórtolas, o dos palominos. ²⁵Y he aquí había en Jerusalén un hombre llamado Simeón, y este hombre, justo y piadoso, esperaba la consolación de Israel; y el Espíritu Santo estaba sobre él. ²⁶Y le había sido revelado por el Espíritu Santo, que no vería la muerte antes que viese al Ungido del Señor. ²⁷Y movido por el Espíritu, vino al templo. Y cuando los padres del niño Jesús lo trajeron al templo, para hacer por él conforme al rito de la ley, ²⁸él le tomó en sus brazos, y bendijo a Dios, diciendo:

²⁹Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz,
Conforme a tu palabra;

³⁰Porque han visto mis ojos tu salvación,

³¹La cual has preparado en presencia de todos los
pueblos;

³²Luz para revelación a los gentiles,
Y gloria de tu pueblo Israel.

³³Y José y su madre estaban maravillados de todo lo que se decía de él. ³⁴Y los bendijo Simeón, y dijo a su madre María: He aquí, éste está puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel, y para señal que será contradicha ³⁵(y una espada traspasará tu misma alma), para que sean revelados los pensamientos de muchos corazones.

³⁶Estaba también allí Ana, profetisa, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, de edad muy avanzada, pues había vivido con su marido siete años desde su virginidad, ³⁷y era viuda hacía ochenta y cuatro años; y no se apartaba del templo, sirviendo de noche y de día con ayunos y oraciones. ³⁸Esta, presentándose en la misma hora, daba gracias a Dios, y hablaba del niño a todos los que esperaban la redención en Jerusalén.

³⁹Después de haber cumplido con todo lo prescrito en la ley del Señor, volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret.

Hay quienes piensan que el nacimiento de Jesús marcó el fin de la era antiguotestamentaria; sin embargo, la Biblia enseña que Cristo nació «bajo la ley» (Gá 4.4). El Nuevo Testamento enseña que fue la muerte de Jesús en la cruz lo que marcó el final del período antiguotestamentario (Col 2.14) y el comienzo del período neotestamentario (He 9.16–17). Era un niño judío,

nacido de una madre judía, y sujeto a normas judías. Cuando Cristo cumplió ocho días de nacido, fue circuncidado como la ley estipulaba (Lv 12.3). En ese momento, se le puso por nombre **Jesús**, como el ángel había dicho (Lc 1.31; Mt 1.21).

La ley también les daba otras responsabilidades a José y a María: a un primogénito había que redimirlo con dinero, en reconocimiento de la liberación de los primogénitos israelitas durante la décima plaga de Egipto (Ex 13.2, 10–14; 34.19–20; Nm 3.40–51; 18.15–16). También, cuarenta días después del nacimiento de un hijo, la madre judía había de ir al templo para celebrar una ceremonia de purificación, que incluía un sacrificio (Lv 12.2–8). José y María ofrecieron el sacrificio que se permitía a los pobres. Es evidente que la presentación de Jesús en el templo, y la purificación de María, se llevaron cabo a un mismo tiempo.

La mayoría de los que se encontraban en el templo no habrían notado a José y a su pequeña familia; sin embargo, había dos personas que se emocionarían al verlos. En primer lugar, estaba Simeón, un anciano devoto y temeroso de Dios, a quien Dios le había dicho que no moriría sin haber visto al Mesías. Al hablar lleno de entusiasmo por haber visto a Jesús, reveló el hecho de que Este traería salvación a los gentiles así como a los judíos (Lc 2.31–32). Las palabras de Simeón también incluyeron una aseveración acerca de la espada que traspasaría el alma de María (Lc 2.35).

En segundo lugar, estaba Ana, una profetisa de ochenta y cuatro años. Aun en los tiempos de la inspiración, era poco común que hubiera profetisas. Una de las profetisas del Antiguo Testamento fue Débora (Jue 4.4). Cuando Ana vio a Jesús, se puso a [dar] **gracias a Dios, y [a hablar] del niño a todos los que esperaban la redención en Jerusalén** (Lc 2.38).

Después de haber cumplido con todo lo prescrito en la ley del Señor (Lc 2.39a), volvieron a Belén (vea Mt 2.8–9). Al final de Lucas 2.39 se lee: **volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret**. Esto podría referirse a un viaje de regreso a Nazaret, con el fin de recoger sus pertenencias, y las herramientas de José, después de lo cual volvieron a Belén. Tal viaje podría haberse hecho; sin embargo, las palabras de Lucas en 2.39 parecen referirse al

regreso a Nazaret, para hacer de esta ciudad su hogar. Lo más probable es que Lucas sencillamente condensara su relato a estas alturas, no incluyendo la visita de los magos, ni el viaje a Egipto. Algo parecido hizo Lucas cuando más adelante narró los eventos posteriores a la conversión de Saulo (Hch 9.19–26), al no incluir el hecho de que este pasó algún tiempo en Arabia (Gá 1.17). Se entiende que no era el propósito de los autores de las Escrituras dar a conocer todos los detalles.

Es evidente que José y María habían llegado a la conclusión de que el lugar más apropiado para criar al hijo de David (Mt 1.1; Lc 1.32) era la ciudad de David (Lc 2.4, 11). Habían encontrado una casa en la cual vivir (Mt 2.11), y es probable que José hubiera comenzado a sacarle provecho a su oficio de carpintero.

JESÚS ES VISITADO POR MAGOS («SABIOS») DEL ORIENTE (MT 2.1–12)

¹Cuando Jesús nació en Belén de Judea en días del rey Herodes, vinieron del oriente a Jerusalén unos magos, ²diciendo: ¿Dónde está el rey de los judíos, que ha nacido? Porque su estrella hemos visto en el oriente, y venimos a adorarle. ³Oyendo esto, el rey Herodes se turbó, y toda Jerusalén con él.

⁴Y convocados todos los principales sacerdotes, y los escribas del pueblo, les preguntó dónde había de nacer el Cristo. ⁵Ellos le dijeron: En Belén de Judea; porque así está escrito por el profeta:

⁶Y tú, Belén, de la tierra de Judá,
No eres la más pequeña entre los príncipes de Judá;
Porque de ti saldrá un guiador,
Que apacentará a mi pueblo Israel.

⁷Entonces Herodes, llamando en secreto a los magos, indagó de ellos diligentemente el tiempo de la aparición de la estrella; ⁸y enviándolos a Belén, dijo: Id allá y averiguad con diligencia acerca del niño; y cuando le halléis, hacédmelo saber, para que yo también vaya y le adore. ⁹Ellos, habiendo oído al rey, se fueron; y he aquí la estrella que habían visto en el oriente iba delante de ellos, hasta que llegando, se detuvo sobre donde estaba el niño. ¹⁰Y al ver la estrella, se regocijaron

con muy grande gozo. ¹¹Y al entrar en la casa, vieron al niño con su madre María, y postrándose, lo adoraron; y abriendo sus tesoros, le ofrecieron presentes: oro, incienso y mirra. ¹²Pero siendo avisados por revelación en sueños que no volvieran a Herodes, regresaron a su tierra por otro camino.

Simeón indicó que Jesús no sería solamente el Mesías de los judíos, sino también el de los gentiles. De esto se dio prueba pronto: en las personas de dignatarios de oriente: **Cuando Jesús nació en Belén de Judea [...] vinieron del oriente a Jerusalén unos magos...** (Mt 2:1). «Magos» es transliteración del texto griego (μάγοι). Los magos eran buscadores de conocimiento, aunque el conocimiento de ellos era una mezcla de ciencia y superstición. Una nota al margen de mi ejemplar de la NASB, se lee: «una casta de sabios que se especializaban en la Astrología, la Medicina y las ciencias naturales». No eran reyes, pero a menudo servían de asesores de los reyes. Los «sabios» de Ester 1.13, y de Daniel 2.12, habrían ocupado la misma categoría de los magos de Mateo 2. Lamentablemente, algunos magos se habían hecho charlatanes y enemigos de la verdad. (Esta misma palabra griega básica, se encuentra en Hechos 8.9 y 13.6, 8.) Sin embargo, estos magos eran sinceros buscadores de la verdad. De algún modo, Dios los había convencido de que si seguían cierta estrella, encontrarían al Mesías.

La estrella los llevó primero a Jerusalén. Probablemente esperaban que la ciudad estuviese atestada por las nuevas del nacimiento de un Rey. En lugar de ello, solo oyeron el bullicio de todos los días de un importante centro comercial.

Comenzaron a preguntar: «**¿Dónde está el rey de los judíos, que ha nacido?**» (Mt 2.2). A oídos del rey Herodes llegó la noticia de lo que estaban averiguando. El rey preguntó a los dirigentes religiosos judíos dónde había de nacer el Mesías. Sin dudarlos, dijeron: «**En Belén**» (Mt 2.5–6). Herodes dio a conocer esta información a los magos, y les hizo prometer que, cuando hallaran al niño, se lo dirían. Y mintió diciendo: «**para que yo también vaya y le adore**» (Mt 2.8).

Jesús no llegó a ser Rey más adelante, sino que *nació* Rey. Esta frase habría horrorizado a Herodes. Este no había nacido

rey; había sido nombrado en este puesto por los romanos. Además, no tenía derecho escritural al trono en Palestina, al no ser del linaje de David. Habría considerado una gran amenaza para su reinado a cualquier «rey de los judíos que [hubiese] nacido».

Cuando los magos salieron de Jerusalén en dirección sur, la estrella volvió a aparecer y los guió **hasta que llegando, se detuvo sobre donde estaba el niño** (Mt 2.9b). Se regocijaron, y **al entrar en la casa, vieron al niño con su madre María, y prostrándose, lo adoraron; y abriendo sus tesoros, le ofrecieron presentes: oro, incienso y mirra** (Mt 2.10–11). Usted ya sabrá qué es oro. En cuanto al incienso, era una costosa resina o goma blanca que se obtenía de cierto árbol. Los ricos lo quemaban para llenar con su aroma la casa. La mirra se producía casi del mismo modo que el incienso; también tenía un agradable aroma, pero se usaba principalmente para embalsamar a los muertos.

Una vez cumplida su misión, los magos emprendieron su regreso a casa: **siendo avisados por revelación en sueños que no volviesen a Herodes, regresaron a su tierra por otro camino** (Mt 2.12).

APLICACIÓN: EN BÚSQUEDA DEL SALVADOR (MT 2.1–13)

La gente busca muchas cosas en la vida, buscan la fama, la fortuna, la felicidad; sin embargo, tomando prestadas las palabras de Jesús, «sólo una cosa es necesaria» (Lc 10.42), y esta es buscar al Señor. Pablo les dijo a los oyentes del Areópago, que el Señor ha dado «a todos vida y aliento y todas las cosas [...] para que busquen a Dios» (Hch 17.25–27a). David oró diciendo: «Dios, Dios mío eres tú; de madrugada te buscaré...» (Sal 63.1). Moisés instó a los israelitas a «[buscar] a Jehová [su] Dios», y les aseguró, diciendo: «lo hallarás, si lo buscares de todo tu corazón y de toda tu alma» (Dt 4.29).

En Mateo 2.1-13 encontramos a un grupo de hombres que buscaron al Señor «de todo su corazón y de toda su alma» (2 Cr 15.12). Casi digo «tres hombres que buscaron al Señor», porque es el número que invariablemente se usa cuando se les menciona.

Es probable que haya adivinado a quiénes me estoy refiriendo: a los sabios que vinieron a adorar al niño Jesús en Belén.

Este es un estudio sencillo: deseo recalcar que los sabios buscaron a Jesús, que lo encontraron, lo adoraron, y que el resultado fue que sus vidas fueron bendecidas. También deseo sugerir que nosotros necesitamos seguir el ejemplo de ellos. En vista de que es una historia muy popular, no dedicaré mucho tiempo a los detalles conocidos, pero sí haré esta pregunta: «¿Seremos tan sabios como ellos?».

Ellos buscaron a Jesús (Mt 2.1–9, 11, 13)

Los Magos

Necesitamos dedicar algunos momentos a comentar quiénes eran estos que buscaban a Jesús. Las muchísimas tradiciones que los han envuelto, han impedido ver claramente a los visitantes originales de Mateo 2.

Se les llama magos. En aquellos tiempos, a los magos se les conocía por su sabiduría y entendimiento; de allí que a menudo usemos la palabra «sabios». Medido por los estándares actuales, el conocimiento de ellos era deficiente, al ser una mezcla de ciencia y superstición. Sin embargo, tenían reputación de sabios, y a menudo servían como consejeros de reyes.

Existe la creencia popular de que estos magos eran tres, creencia que puede deberse a los tres presentes que se mencionan más adelante (Mt 2.11); sin embargo, estos presentes pudieron haber sido dados por pocos o por muchos. El uso del plural «magos» indica que se trataba de por lo menos dos; sin embargo, pudieron haber sido una docena o más.

Los magos vinieron «del oriente», pero no se nos informa del país de origen. Algunos eruditos creen, por los presentes que trajeron, que ellos vinieron de Arabia. Persia es una suposición más acertada, debido a que allí prosperaban los magos. Realmente no sabemos dónde dio inicio el viaje de ellos. Al oriente de Palestina se encontraban Arabia, Persia, toda la región de Mesopotamia, la India y otras tierras.

Hay un detalle acerca de estos hombres que salta a la vista,

y es que eran gentiles; pues, al referirse al recién nacido, no dijeron: «nuestro Rey», sino: «el Rey de los judíos». Cuando el niño Jesús fue llevado al templo, el anciano Simeón dijo que Él sería «luz para revelación a los gentiles» (Lc 2.32; vea Is 42.1, 6; 49.6, 22; Mt 12.18–21). La historia de los sabios subraya las implicaciones universales del nacimiento de Cristo. Jesús no había de ser solamente el Salvador de Israel; sino que había de ser también «el Salvador del mundo» (Jn 4.42).

Es mucho lo que no sabemos acerca de estos hombres, pero sí conocemos la característica más importante de ellos, y es que eran buscadores incansables del «Rey de los judíos». La verdadera sabiduría de ellos no residía en las décadas de estudio, ni en el entendimiento que tuvieran del mundo natural, sino en la comprensión que tenían de lo realmente importante. Puede que sea usted muy inteligente y muy culto, y puede que no lo sea; sin embargo, si mantiene una búsqueda diligente del «Rey de reyes, y Señor de señores» (Ap 19.16), estará demostrando que es sabio.

La misión

¿Para qué hicieron los magos el largo y extenuante viaje a Palestina? ¿Acaso venían como mercaderes, a vender sus mercancías? ¿Acaso como turistas, cuyo interés era nadar en el Mediterráneo, o flotar en el Mar Muerto? ¿O tal vez como embajadores que deseaban entablar relaciones favorables con el rey Herodes? No, no les movía ninguno de los anteriores intereses. Cuando llegaron a Jerusalén, esto fue lo que preguntaron: «¿Dónde está el rey de los judíos, que ha nacido?» (Mt 2.2). Por lo tanto, llegaron a Palestina con el único propósito de encontrar al Mesías.

¿Para qué exactamente deseaban encontrarlo? Ellos mismos lo dijeron: «venimos a adorarlo» (Mt 2.2b; énfasis nuestro). De modo que Jesús no era solamente «Rey de los judíos»; también lo era de los magos, que habían viajado cientos, o quizás miles de kilómetros, con el fin de postrarse delante de Él.

Para llegar a ser tan sabios como estos hombres, necesitaríamos entender que ningún sacrificio es demasiado grande, cuando de buscar a Jesús se trata. Esto es así porque Dios «nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo»

(Ef 1.3; énfasis nuestro). En nadie más se encuentran tales bendiciones. Dios todavía está buscando almas sinceras que harán de la búsqueda del Señor, la motivación que les impulsará en sus vidas. Él continúa siendo «galardonador de los que le buscan» (He 11.6).

El método

Ahora que ya entendemos algo acerca de los magos y la misión de ellos, puede que nos preguntemos cómo iban a poder cumplir tal misión, pues, siendo gentiles, ¿cómo podían siquiera saber acerca del Rey de los judíos? Otra pregunta es que, habiendo sabido de Este, ¿cómo iban a encontrarlo?

Hay quienes conjeturan que ellos supieron de Cristo por sus vecinos judíos. Es posible que así haya sido. Por ese tiempo, los judíos estaban dispersados por todo el mundo. En el extranjero, ellos no solo ejercían su oficio, sino que también hacían partícipes de su fe a los demás.

En cuanto a la pregunta sobre cómo llegaron a saber los sabios dónde encontrar a Jesús, la única pista se encuentra en las palabras «su estrella hemos visto en el oriente». Hay quienes creen que la estrella era un fenómeno natural. Una de las pseudociencias a la cual se dedicaban los magos, era la Astrología. El Antiguo Testamento ridiculiza la Astrología (Is 47.13–15; Dn 1.20; 2.27; 4.7; 5.7–8), y prohíbe al pueblo de Dios participar en ella (Jer 10.1–2). No obstante, muchos están convencidos de que fue el interés de los magos en la Astrología lo que les trajo a Palestina. Hay páginas enteras llenas con especulaciones sobre la exacta configuración celestial que movió a los magos a viajar hacia el occidente. Las especulaciones incluyen conjunciones planetarias, novas y cometas. Ninguno de estos corresponde a las descripciones textuales de la estrella ni al comportamiento de esta.

Después de considerar todas las especulaciones relacionadas con la manera como los sabios llegaron a saber acerca del Mesías, y sobre cómo llegaron a decidir que debían seguir cierta estrella, mi conclusión es la misma a la cual llegó J. W. McGarvey hace muchos años. McGarvey enumeró todas las influencias que pudieron haber tenido los sabios y concluyó: «Pero al juntar todas estas no se consigue explicar la visita de los magos. Fue-

ron guiados directamente por Dios, y no hay nada más que los podría haber influenciado de tal modo».¹²

Debemos entender que, aunque el Antiguo Testamento se centra en los tratos de Dios con los judíos, Dios no se desentendió totalmente del mundo no judío. Es muy poco lo que sabemos acerca de cómo Dios actuó para con los gentiles, debido a que el propósito del Antiguo Testamento es contar cómo Dios preparó a una nación (a los israelitas) a través de la cual vendría Su Hijo. No obstante, de vez en cuando, el Antiguo Testamento da vislumbres del interés del Señor por las naciones gentiles que eran vecinas de los judíos. Por ejemplo, Dios envió a Jonás a Nínive, una ciudad gentil (Jon 1.1–2). Dios usó incluso a un no judío, llamado Balaam, para proclamar una vívida afirmación mesiánica: «Saldrá ESTRELLA de Jacob, y se levantará cetro de Israel» (Nm 24.17). La historia de los sabios parece ser otro ejemplo del interés de Dios en los gentiles.

Todo lo que podemos decir con certeza es que de algún modo Dios se cercioró de que los magos se enteraran del nacimiento de Jesús, y de algún modo les informó de cómo podían encontrar al Mesías. Más adelante, Dios habló a los sabios en un sueño (Mt 2.12). Tal vez el Señor usó un método parecido para transmitirles la información inicial acerca del Rey de los judíos.

Si es necesaria alguna prueba de que era Dios quien estaba guiando a los sabios orientales, la estrella misma es esa prueba. No hay cuerpo celeste que se mueva como la estrella de los magos: Ninguna estrella se mueve del norte al sur, y ninguna estrella se detiene, y menos «sobre» algún sitio de la tierra (Mt 2.9).

Podemos aplicar lo anterior a los que buscarían al Señor hoy día. Sugeriría, antes que todo, que Dios está tan interesado en que usted encuentre al Salvador como lo estaba en hacer que estos sabios encontraran al pequeño Rey. Sugeriría además, que si usted está dispuesto a buscar al Salvador, Él le ayudará a encontrarlo (no milagrosa, sino providencialmente).

No obstante, si usted ha de encontrar a Jesús, deberá estar dispuesto a aceptar la guía de Dios. «El hombre no es señor de su camino, ni del hombre que camina es el ordenar sus pasos»

¹²McGarvey y Pendleton, 42.

(Jer 10.23). Es importante hacer uso de la razón (Is 1.18), pero la razón no puede tomar el lugar de la revelación. «Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos» (Is 55.8–9).

Una vez que usted acepte la guía de Dios, deberá estar dispuesto a seguirla, y de hacer esto de inmediato. Después que Dios dio a conocer Su mensaje a los magos (como sea que lo haya hecho), ellos no titubearon. Entraron en acción, para emprender un viaje que supondría cientos, o quizás miles de kilómetros de extenuante marcha, en la cual pasarían algunos años de su vida.

Otra cualidad necesaria que debe mencionarse es esta: Para seguir la guía de Dios, usted debe seguir siendo humilde. Cuando los sabios salieron de sus casas, no sabían cuál iba a ser su destino final; lo único que sabían era que tenían que seguir la estrella. Cuando llegaron a Jerusalén, no sabían en qué dirección debían proseguir el viaje. Dichosamente, no había en ellos orgullo como para no pedir señas. (Algunos de nosotros los hombres tenemos la reputación de no estar dispuestos a pedir señas cuando estamos viajando a un lugar desconocido.) La humildad es una característica esencial para buscar al Señor. Entre los muchos pasajes sobre la necesidad de ser humildes para agradar a Dios, se encuentran Santiago 4.6 y 1 Pedro 5.5.

Dios reveló por medio de las Escrituras las instrucciones más importantes del viaje de ellos. La estrella los guió hasta Jerusalén. Todavía necesitaban información que se encontraba en la Palabra. Cuando Herodes oyó acerca de las averiguaciones de los magos, convocó a los dirigentes judíos y «les preguntó dónde había de nacer el Cristo» (Mt 2.4). Esto fue lo que respondieron:

En Belén de Judea; [a diferencia de Belén de Palestina] porque así está escrito por el profeta: Y tú, Belén, de la tierra de Judá, no eres la más pequeña entre los príncipes de Judá; porque de ti saldrá un guiador, que apacentará a mi pueblo Israel (Mt 2.5, 6).

Para encontrar las respuestas a la pregunta del rey, ellos tuvieron que acudir a las Escrituras, a Miqueas 5.2. Los escribas y los sacerdotes también añadieron una frase de 2 Samuel 5.2.

Hay algunas cosas de Dios que se pueden conocer sin necesidad de la Biblia. Él está activo en el mundo. Por ejemplo, es Él quien hace salir el sol y quien hace llover (Mt 5.45). «Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos» (Sal 19.1). Hasta cierto punto «las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad» son entendidas por medio de la creación (Ro 1.20). No obstante, para buscarlo y encontrarlo, uno siempre tendrá que llegar a *la Palabra* (y en sus pensamientos subraye usted la palabra «tendrá»). Hablando de las Escrituras, Jesús dijo: «en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí» (Jn 5.39).

Por lo tanto, Santiago escribió: «recibid con mansedumbre la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas» (Stg 1.21). Pablo dijo que solamente «las Sagradas Escrituras [...] te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús» (2 Ti 3.15). Dios no nos va a dar una estrella en los cielos para guiarnos; pues para esto nos ha dado iluminación celestial, nos ha dado Su Libro. De esta manera describió el salmista la Palabra: «Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino» (Sal 119.105).

Para ser tan sabios como los magos, debemos estar dispuestos a estudiar la Palabra de Dios y a hacer lo que ella dice. El Nuevo Testamento revela la senda que debemos seguir en nuestra ruta hacia el Señor: Debemos creer en Jesús (Jn 3.16); debemos arrepentirnos de nuestros pecados (Lc 13.3); debemos confesar nuestra fe en Jesús (Mt 10.32); debemos ser bautizados (sumergidos en agua) (Mr 16.16; Hch 2.38). La Biblia nos dice que nuestro bautismo nos pone «en Cristo» (Ro 6.3; Gá 3.27), y nuestra meta es estar con Cristo. El destino que deseamos es nuestra habitación con Él.

Ellos encontraron a Jesús (Mt 2.7–11)

Los magos encontraron a Jesús. Siempre es emocionante encontrar lo que uno está buscando, sea un destino desconocido o simplemente unas llaves que uno haya perdido. Sin embargo, ¡no hay emoción que se compare con la de encontrar al Salvador!

Años antes que Cristo naciera, David le había dicho a su hijo Salomón: «Si tú le buscares, lo hallarás» (1 Cr 28.9). Debido a que los magos buscaron a Jesús de la forma debida, y con la actitud debida, Dios se cercioró de que lo encontrarán.

Apenas se les dijo a los sabios dónde había de nacer el Mesías, ellos se dirigieron al sur de Jerusalén (Mt 2.7–9a). Cuando emprendieron la marcha de ocho kilómetros a Belén, la estrella volvió a aparecer. «Y al ver la estrella, se regocijaron con muy grande gozo» (Mt 2.10). Sabían que no se estaban equivocando de rumbo. La estrella «iba delante de ellos, hasta que llegando, se detuvo sobre donde estaba el niño» (Mt 2.9). Al fin, «al entrar en la casa, vieron al niño con su madre María» (Mt 2.11).

Trate de imaginarse el gozo que sintieron cuando encontraron al que habían estado buscando por tanto tiempo. Años atrás, la gente gritaba «¡Eureka!», cuando hacían un descubrimiento. (Eureka es una palabra griega que significa «¡lo encontré!») No sé lo que los magos gritaron, ni si del todo dijeron algo, cuando vieron a aquel Niño en los brazos de María. Estoy seguro, no obstante, que entre sus pensamientos no estaba ninguna de las dificultades del viaje, ni ningún sacrificio que hubieran hecho. En lugar de ello, sus corazones sin duda se llenaron de gozo por haber llegado a feliz término su búsqueda.

Si usted busca al Señor del modo debido, con la actitud debida, Dios también le ayudará a encontrarlo. Luego, cuando sea bautizado en Cristo, podrá decir, igual que Felipe: «[He] hallado a aquél de quien escribió Moisés en la ley, así como los profetas: a Jesús, el hijo de José, de Nazaret» (Jn 1.45). Al igual que los sabios, usted puede regocijarse, «con gozo inefable y glorioso» (1 P 1.8).

Ellos adoraron a Jesús (Mt 2.2, 11)

Una vez que encontraron a Jesús, los magos lo adoraron. Buscaron al Rey de los judíos, pero no para vanagloriarse de que resolverían el acertijo divino. Ya habían anunciado el propósito de su llegada a Palestina, cuando dijeron: «venimos a *adorarle*» (Mt 2.2; énfasis nuestro), y esto fue lo que de hecho hicieron, pues, cuando lo vieron: «[se postraron y] lo adoraron» (Mt 2.11b). Le dieron la adoración que merecía como Rey de reyes (Ap 19.16).

Si embargo, hicieron más que simplemente postrarse delante de él: «... abriendo sus tesoros, le ofrecieron presentes: oro, incienso y mirra» (Mt 2.11c). Hay quienes ven un significado simbólico en estos presentes: el oro era un presente digno de un rey. El incienso, como su nombre lo indica, era un presente digno de un sacerdote. La mirra se usaba para preparar cadáveres para ser sepultados (Jn 19.39); era un presente digno de un Salvador, un Salvador que tenía que morir por nuestros pecados. Jesús era todos los anteriores: Rey, Sacerdote y Salvador; sin embargo, es probable que los presentes fueran escogidos sencillamente porque, aunque eran valiosos, ocupaban poco espacio y podían transportarse en el largo viaje.

El verdadero significado de los presentes reside no en lo que eran, sino en lo que representaban: Eran una expresión del deseo de los sabios por rendir homenaje a su Rey. La verdadera adoración no puede separarse del acto de dar. El Antiguo Testamento tenía sus sacrificios, y el Nuevo Testamento tiene sus ofrendas voluntarias el primer día la semana (1 Co 16.1-2; 2 Co 9.7)

¿No tiene usted oro, incienso, ni mirra para poner a los pies del Señor? Entonces déle lo mejor que tiene. Primero dése a sí mismo (2 Co 8.5; vea Ro 12.1-2); luego dé de lo suyo; y siempre, déle a Él lo mejor de sí. David no le ofrecía al Señor, lo que no le había costado nada (2 S 24.24).

Cuando los magos encontraron a Jesús, ellos lo adoraron y le ofrecieron presentes. ¿Seremos tan sabios como ellos?

Conclusión (Mt 2.10, 12)

Es mucho lo que no sabemos acerca de los magos. Es poco lo que sabemos de ellos antes de llegar a Jerusalén, y no sabemos nada después que volvieron a su propio país. Aparecen en las páginas de la Biblia para una memorable escena, y luego desaparecen. Sin embargo, hay una verdad que sí conocemos: Sus vidas fueron bendecidas como resultado de buscar al Señor. Recuerde el versículo 10: «Y al ver la estrella, se regocijaron con muy grande gozo». Al traducirse literalmente el texto original, dice que «se regocijaron con gozo». El autor usó una expresión hebrea que indica que se *llenaron* de gozo. Este dato por sí solo bastaría para hacernos saber cuán felices estaban los sabios, pero

el texto añade después las palabras «muy» y «grande». Los magos estaban tremendamente felices de que habían hallado al Señor. Cuando dejaron atrás aquella humilde casa de Belén, al igual que los pastores que les antecedieron (Lc 2.17–18), debieron de haber hablado a todos los que encontraron, acerca del pequeño Rey que habían hallado.

El pasaje que hemos estado estudiando contrasta las actitudes de tres grupos de personas para con Jesús: Estaban los sabios que buscaron a Cristo para adorarlo. Estaba Herodes, que buscó a Jesús para matarlo. Estaban los dirigentes religiosos, que no hicieron ningún esfuerzo por hallarlo, a pesar de que se encontraba a unos pocos kilómetros de distancia. Estas tres clases de personas se encuentran todavía con nosotros hoy día: Están los que resienten a Jesús y se le oponen, porque lo ven como una amenaza a sus vidas egocéntricas. Están las grandes masas que no desean saber acerca de Jesús, ni de cómo podría bendecirles sus vidas. Sin embargo, gracias a Dios, todavía hay algunos que lo buscan. Espero que sea usted uno de ellos.

LA HUIDA A EGIPTO Y LA MATANZA DE LOS NIÑOS VARONES EN BELÉN (MT 2.13–18)

¹³Después que partieron ellos, he aquí un ángel del Señor apareció en sueños a José y dijo: Levántate y toma al niño y a su madre, y huye a Egipto, y permanece allá hasta que yo te diga; porque acontecerá que Herodes buscará al niño para matarlo. ¹⁴Y él, despertando, tomó de noche al niño y a su madre, y se fue a Egipto, ¹⁵y estuvo allá hasta la muerte de Herodes; para que se cumpliese lo que dijo el Señor por medio del profeta, cuando dijo: De Egipto llamé a mi Hijo.

¹⁶Herodes entonces, cuando se vio burlado por los magos, se enojó mucho, y mandó matar a todos los niños menores de dos años que había en Belén y en todos sus alrededores, conforme al tiempo que había inquirido de los magos. ¹⁷Entonces se cumplió lo que fue dicho por el profeta Jeremías, cuando dijo:

¹⁸Voz fue oída en Ramá,

**Grande lamentación, lloro y gemido;
Raquel que llora a sus hijos,
Y no quiso ser consolada, porque perecieron.**

Anticipando la reacción de Herodes, el Señor envió a José un ángel para decirle que llevara su familia a Egipto. Mateo recalcó que el viaje dio como resultado el cumplimiento de una Escritura antiguotestamentaria (Mt 2.15). Una vez más, José no dudó en obedecer. Ciento sesenta kilómetros de viaje habrían llevado a la familia a la frontera con Egipto. Otros ciento sesenta kilómetros por el accidentado trayecto que atraviesa el Sinaí, los habría llevado hasta el Nilo. Allí habrían encontrado compatriotas, pues muchos judíos se habían establecido en Alejandría y en otros lugares de Egipto.

No sabemos cuánto tiempo se quedaron José, María y Jesús en Egipto. Pudieron haber sido muchos meses. ¿Cómo se mantuvieron mientras vivieron allí? Tal vez José encontró algún trabajo como carpintero; pero no olvidemos los presentes de oro, incienso y mirra. Esta vez Dios había usado emisarios extranjeros para contribuir a Sus propósitos.

Herodes se enfureció porque los magos no volvieron a él con la información que deseaba. En un esfuerzo irracional por erradicar a todos los posibles rivales que pudieran arrebatarle el trono, **mandó matar a todos los niños menores de dos años que había en [la región de] Belén, conforme al tiempo que había inquirido de los magos»** (Mt 2.16). En los Estados Unidos, consideramos que un niño tiene «dos años de edad» después que ha vivido veinticuatro meses. Los judíos consideraban que un niño tenía «dos años de edad» después de los doce meses de vida. Esta forma de calcular la edad se usa en muchos países hoy día. (Un recién nacido se encuentra en su primer año de vida; y cuando celebra su primer cumpleaños, entra en su segundo año; y así por el estilo.) El versículo 16 da a entender que la estrella había comenzado su aparición unos doce meses atrás. Hay quienes creen que la estrella apareció unos seis meses antes, y que Herodes multiplicó por dos esta cifra «para mayor seguridad». Es probable que Jesús estuviera entre los seis y los doce meses de edad cuando los magos llegaron a Palestina.

Belén no era una ciudad grande, de modo que el número de niños que murieron, habría sido relativamente bajo (las estimaciones oscilan entre los doce y los cincuenta). No obstante, el despiadado acto de Herodes destrozó cientos de corazones. Mateo comparó la tragedia con el luto por la caída de Jerusalén (Mt 2.17–18).

Hay quienes preguntan: «¿Por qué no protegió Dios a los niños, del mismo modo que protegió a Jesús?». No olvidemos que Dios hizo a los hombres seres con libre albedrío. Por lo tanto, dejó que Herodes fuera Herodes. Sin embargo, podemos estar seguros de que Dios invalidará las acciones de los hombres, cuando tales acciones en última instancia frustren Sus propósitos. La muerte de los niños de Belén no iba a invalidar Su plan para la salvación del mundo, la muerte del niño Jesús sí. Aun cuando nos duela la muerte de los inocentes, regocijémonos de la liberación de Emanuel. Alguien dijo que «traspasó con su espada el nido, pero el ave ya lo había dejado».¹³

EL NIÑO JESÚS LLEVADO DE EGIPTO A NAZARET (MT 2.19–23; VEA LC 2.39b)

Mateo 2.19–23

¹⁹Pero después de muerto Herodes, he aquí un ángel del Señor apareció en sueños a José en Egipto, ²⁰diciendo: Levántate, toma al niño y a su madre, y vete a tierra de Israel, porque han muerto los que procuraban la muerte del niño. ²¹Entonces él se levantó, y tomó al niño y a su madre, y vino a tierra de Israel. ²²Pero oyendo que Arquelao reinaba en Judea en lugar de Herodes su padre, tuvo temor de ir allá; pero avisado por revelación en sueños, se fue a la región de Galilea, ²³y vino y habitó en la ciudad que se llama Nazaret, para que se cumpliese lo que fue dicho por los profetas, que habría de ser llamado nazareno.

Después que Herodes murió, un ángel vino a José, diciendo:

¹³Autor desconocido. Citado por B. S. Dean, «Bosquejo de la historia del Nuevo Testamento», *La Verdad para Hoy*, p. 10.

Levántate, toma al niño y a su madre, y vete a tierra de Israel, porque han muerto los que procuraban la muerte del niño (Mt 2.20). Aparentemente, entre los planes de José estaba volver a Belén, pero se abstuvo cuando se enteró de que el Hijo de Herodes, Arquelao, reinaba en Judea (Mt 2.22). Arquelao tenía la reputación de ser tan cruel como su padre.

Por lo tanto, evitaron pasar por Judea (Mt 2.22) y viajaron hacia el norte, a su ciudad natal de Nazaret, en Galilea. Ya había pasado más de un año desde que habían salido para ir a Belén; ahora volvían (Mt 2.23; Lc 2.39b). El regreso a Nazaret era también parte del plan de Dios (Mt 2.23).

VIDA DE JESÚS EN NAZARET; VISITA A JERUSALÉN CUANDO TENÍA DOCE AÑOS DE EDAD (LC 2.40–52)

⁴⁰Y el niño crecía y se fortalecía, y se llenaba de sabiduría; y la gracia de Dios era sobre él.

⁴¹Iban sus padres todos los años a Jerusalén en la fiesta de la pascua; ⁴²y cuando tuvo doce años, subieron a Jerusalén conforme a la costumbre de la fiesta. ⁴³Al regresar ellos, acabada la fiesta, se quedó el niño Jesús en Jerusalén, sin que lo supiesen José y su madre. ⁴⁴Y pensando que estaba entre la compañía, anduvieron camino de un día; y le buscaban entre los parientes y los conocidos; ⁴⁵pero como no le hallaron, volvieron a Jerusalén buscándole. ⁴⁶Y aconteció que tres días después le hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores de la ley, oyéndoles y preguntándoles. ⁴⁷Y todos los que le oían, se maravillaban de su inteligencia y de sus respuestas. ⁴⁸Cuando le vieron, se sorprendieron; y le dijo su madre: Hijo, ¿por qué nos has hecho así? He aquí, tu padre y yo te hemos buscado con angustia. ⁴⁹Entonces él les dijo: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar? ⁵⁰Mas ellos no entendieron las palabras que les habló. ⁵¹Y descendió con ellos, y volvió a Nazaret, y estaba sujeto a ellos. Y su madre guardaba todas estas cosas en su corazón.

⁵²Y Jesús crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres.

Jesús era Dios en todo el sentido de la expresión, pero también era humano en todo el sentido de la expresión. Por lo tanto, creció como todos los muchachos, o por lo menos, como todos deberían crecer: **Y el niño crecía y se fortalecía, y se llenaba de sabiduría; y la gracia de Dios era sobre él** (Mt 2:40; compare Lc 1:80 y 1 S 2:26).

No hay duda de que la voluntad de Dios era que Jesús experimentara lo mismo que todos nosotros (He 4.15), al pasar de la niñez a la edad adulta. Jesús no solamente «se despojó» de Su deidad esencial (Fil 2.6–7), sino que aparentemente también se despojó de prerrogativas divinas, tales como la omnisciencia (vea Mr 13.32).

A estas alturas de la historia de Jesús, llega a ser obvio que el propósito de los autores de los relatos del evangelio, no era componer una biografía de Cristo. Lucas fue el único que recogió algo sobre los siguientes veintiocho años más o así, y solo dio a conocer los detalles de un único suceso.

Nos gustaría saber acerca de las primeras palabras de Jesús, acerca de Sus primeros pasos, Sus primeros días en una humilde casa de Nazaret, y Su reacción cuando otros niños nacieron en esa familia. No obstante, Dios consideró suficiente que supiéramos que Jesús creció de un modo bastante parecido a como nosotros tenemos que crecer.

Lucas corrió el telón para que viéramos una sola vez los años de formación de Jesús: cuando Este llegó a los doce años de edad. Esta edad era un hito significativo en la vida de un muchacho judío: comenzaba a aprender un oficio, se le llamaba «hijo de la ley», y comenzaba a sentarse con los hombres en la sinagoga. Cuando Jesús llegó a los doce años, José y María lo llevaron a la más sagrada de las tres fiestas judías más importantes: la fiesta de la Pascua.

Cuando José y María volvían a casa, ellos notaron que Jesús no estaba. Presa del pánico, se apresuraron a volver a Jerusalén, y comenzaron a buscarlo.

Y aconteció que tres días después le hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores de la ley, oyéndoles y preguntándoles. Y todos los que le oían, se mara-

villaban de su inteligencia y de sus respuestas (Lc 2:46, 47).

Evitemos malinterpretar esta escena. No era que Jesús hubiese tomado control de la clase. No era que estuviese enseñando a los maestros. Era la clase religiosa normal de aquellos tiempos, en la cual, tanto los maestros como los estudiantes hacían preguntas y las respondían. La razón por la que todos se maravillaban, se debía a que, siendo un muchacho de doce años, tuviera tanto interés en realidades espirituales, y que comprendiera de modo tan extraordinario los principios espirituales.

El arrebató de María al encontrar a Jesús, es típico de una reacción maternal: estaba aliviada y al mismo tiempo irritada. ... **y le dijo su madre: Hijo, ¿por qué nos has hecho así? He aquí, tu padre y yo te hemos buscado con angustia** (Mt 2.48). A Jesús parece haberle desconcertado verdaderamente tal reacción, pues dijo: **¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?»** (Mt 2.49).

Estas son las primeras palabras de Jesús, que se recogen por escrito. En el texto original, las palabras significan literalmente esto: «Debo estar en las cosas de mi Padre», sin embargo no se precisa qué cosas. En la traducción de Hugo McCord se lee: «los asuntos de mi Padre». ¹⁴ Cual sea la traducción, ya a la edad de doce años, Jesús tenía una idea de Su misión divina.

¿Le llegó esta percepción repentinamente, como el destello de un relámpago; o le llegó gradualmente, como el amanecer de un nuevo día? ¿Comprendía Jesús plenamente Su misión, a la edad de doce años, o sólo la comprendía parcialmente? No podemos responder con certeza estas preguntas, pero sí podemos decir que el Jesús de doce años estaba en camino de convertirse en el Hombre que sería.

A la luz de la comprensión que tenía Jesús de Su estatus divino, es asombroso lo que dice el siguiente versículo: **Y descendió con ellos, y volvió a Nazaret, y estaba sujeto a ellos**

¹⁴Hugo McCord, *McCord's New Testament Translation of the Everlasting Gospel* (Traducción neotestamentaria del evangelio eterno, de McCord) (Henderson, Tenn.: Freed-Hardeman University, 1988).

(Mt 2.51). Si alguna vez hubo un hijo que podía justificarse en desobedecer a Sus padres, ese era Jesús; sin embargo, Él sabía que la obediencia a los padres no era opcional (Ex 20.12; vea Ef 6.1–3). Nota: Cuando la gente viajaba hacia Jerusalén, esta acción siempre se expresaba en términos de «subir». Cuando volvían a casa, se expresaba en términos de «bajar». Esto es porque Jerusalén se ubicaba en el sitio más elevado del país. Esta puede haber sido una razón por la que David la eligió como su capital siglos atrás.

El telón se corre nuevamente, ocultando los siguientes dieciocho años o así de la vida de Jesús. Las Escrituras nos dan algunas pistas de cómo pudieron haber sido esos años. Jesús creció en el seno de una gran familia: Tenía por lo menos dos hermanas y cuatro hermanos (Mt 13.55–56; Mr 6.3). Sus hermanos menores pudieron haberse resentido con Él; por lo menos al comienzo de Su ministerio, ellos no creían en Su origen divino (Jn 7.5). Aprendió de José el oficio de carpintero (Mt 13.55; Mr 6.3). El uso que hizo Jesús de la palabra «Abba» (Mr 14.36)—una forma cariñosa de referirse a un padre— puede indicar que tuvo una cordial relación con José. Cuando este murió, Jesús, por ser el mayor, debió de haber asumido la mayor parte del sostenimiento de su familia. Jesús aprendió las Escrituras, tal vez en una escuela de sinagoga, y con toda certeza, en los servicios de la sinagoga. Asistía regularmente a la sinagoga (Lc 4.16). Jesús citó de un alto porcentaje de libros del Antiguo Testamento. Él énfasis en el crecimiento de Jesús insinúa que aprendió las Escrituras del mismo modo que nosotros: por medio de la lectura, la memorización y la meditación. La aseveración hecha más adelante, acerca de no haber estudiado (Jn 7.15), se refiere sencillamente al hecho de que no asistió a las escuelas rabínicas. Hoy día diríamos que «no era graduado universitario». Bien podríamos seguir añadiendo a esta lista de observaciones y conjeturas acerca de la juventud y primeros años de adultez de Jesús, sin embargo, todo lo que las Escrituras dicen acerca de esos años se encuentra en Lucas 2.52: **Y Jesús crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres.**

El crecimiento de Jesús se produjo en cuatro aspectos (como el de nosotros debería producirse): Creció mental («en sabidu-

ría»), física («en estatura»), social («en gracia para con [...] los hombres») y espiritualmente («en gracia para con Dios»). Su crecimiento no fue fácil (como tampoco lo es el nuestro): La palabra que se traduce por «crecía», es un verbo griego compuesto (προέκοπτεν, *proekopten*) que combina la palabra que significa «cortar», con la preposición «hacia». Significa literalmente «cortar camino hacia adelante».¹⁵ Una ilustración que se nos ocurre es la de un explorador que se abre camino cortando en medio de la densa maleza, con el fin de avanzar.

Isaías anunció que nacería un niño (Is 9.6). En esta lección, vimos cumplido ese anuncio, cuando el Niño nació, fue protegido y preparado por Dios. Hemos tratado de recalcar en cada eslabón del relato, que Dios estuvo firmemente al mando.

Hemos hecho un rápido repaso de los primeros treinta años de la vida de Jesús. Hay quienes se preguntan por qué Dios se tomó treinta años para prepararlo. Se preguntan por qué Jesús no comenzó Su ministerio más pronto. B. S. Dean dijo que «si de algo tiene necesidad el mundo, es de carácter; y no se pueden considerar desperdiciados los años de preparación, cuando estos se invierten en producir la clase de hombría que salió de la recóndita aldea de Nazaret».¹⁶ Jesús estuvo «en los negocios de [Su] Padre» en los años de silencio del período de preparación, tanto como lo estuvo más adelante en el ajetreo de Su ministerio público. Para toda gran tarea es necesaria una preparación.

¹⁵W. E. Vine, *The Expanded Vine's Expository Dictionary of New Testament Words* (El diccionario ampliado de palabras neotestamentarias de Vine), ed. John R. Kohlenberger III con James A. Swanson (Minneapolis: Bethany House Publishers, 1984), 25.

¹⁶B. S. Dean, «El período de preparación», en «Bosquejo de la historia del Nuevo Testamento», *La Verdad para Hoy*, p. 11.

PARTE II

EL COMIENZO DEL MINISTERIO DE JUAN EL BAUTISTA

Incluye una armonía de

Mt 3.1–12

Mr 1.1–8

Lc 3.1–18

Quando Juan el Bautista vino «predicando en el desierto de Judea», esta fue la esencia de su mensaje: «Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado» (Mt 3.1–2). Es difícil que nosotros podamos comprender cuán emocionantes habrían sido estas palabras para los oyentes. La era mesiánica «se [había] acercado». No pasaría mucho tiempo para que apareciera el Mesías.

EL MINISTERIO DE JUAN (MT 3.1–6; MR 1.1–6; LC 3.1–6)

Mateo 3.1–6

¹En aquellos días vino Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea, ²y diciendo: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado. ³Pues éste es aquel de quien habló el profeta Isaías, cuando dijo:

Voz del que clama en el desierto:
Preparad el camino del Señor,
Enderezad sus sendas.

⁴Y Juan estaba vestido de pelo de camello, y tenía un cinto de cuero alrededor de sus lomos y su comida era langostas y miel silvestre. ⁵Y salía a él Jerusalén, y toda Judea, y toda la provincia de alrededor del Jordán, ⁶y eran bautizados por él en el Jordán, confesando sus pecados.

Marcos 1.1–6

¹Principio del evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios.

²Como está escrito en Isaías el profeta:

He aquí yo envío mi mensajero delante de tu faz,
El cual preparará tu camino delante de ti.

³Voz del que clama en el desierto:
Preparad el camino del Señor;

Enderezad sus sendas.

⁴Bautizaba Juan en el desierto, y predicaba el bautismo de arrepentimiento para perdón de pecados. ⁵Y salían a él toda la provincia de Judea, y todos los de Jerusalén; y eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados. ⁶Y Juan estaba vestido de pelo de camello, y tenía un cinto de cuero alrededor de sus lomos; y comía langostas y miel silvestre.

Lucas 3.1–6

¹En el año decimoquinto del imperio de Tiberio César, siendo gobernador de Judea Poncio Pilato, y Herodes tetrarca de Galilea, y su hermano Felipe tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconite, y Lisania tetrarca de Abilinia, ²y siendo sumos sacerdotes Anás y Caifás, vino palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto. ³Y él fue por toda la región contigua al Jordán, predicando el bautismo del arrepentimiento para perdón de pecados, ⁴como está escrito en el libro de las palabras del profeta Isaías, que dice:

Voz del que clama en el desierto:

Preparad el camino del Señor;

Enderezad sus sendas.

⁵**Todo valle se rellenará,**

Y se bajará todo monte y collado;

Los caminos torcidos serán enderezados,

Y los caminos ásperos allanados;

⁶**Y verá toda carne la salvación de Dios.**

Los profetas habían anunciado que antes del Mesías, alguien vendría a prepararle Su camino (Is 40.3–5; Mal 3.1; 4.5–6). A Zacarías el sacerdote se le había dicho que su hijo, Juan, había de ser ese precursor (Lc 1.17). En el recuento de Lucas sobre el ministerio de Juan, él citó de Isaías, quien comparó la obra que había de hacer Juan, con la de un constructor de caminos:

Preparad el camino del Señor;

Enderezad sus sendas.

Todo valle se rellenará,

Y se bajará todo monte y collado;

**Los caminos torcidos serán enderezados,
Y los caminos ásperos allanados;**
(Lc 3.4–5; vea Is 40.3–4).

En aquellos tiempos, cuando un rey viajaba sobre un terreno áspero, a menudo iba delante de él una cuadrilla de obreros que le preparaban una senda llana. Esta es la imagen que usa el profeta. Por supuesto que en el caso de la tarea de Juan, no eran barrancos en la tierra los que necesitaban rellenarse, sino barrancos de ignorancia. No eran montes de roca los que necesitaban bajarse, sino montañas de orgullo. Los conceptos torcidos en relación con el Mesías, debían enderezarse por la enseñanza de la verdad.

La totalidad del pueblo judío tenía un entendimiento equivocado del Mesías y de Su obra. Creían que Él iba a ser un rey terrenal que derrotaría a los enemigos de ellos, y que restablecería a la nación sus glorias del pasado. A Juan se le encomendó la difícil tarea de presentar la idea de que el reino del Mesías sería un dominio *espiritual*, para el cual había que llenar *requisitos espirituales*.

La importancia del trabajo de Juan no se puede sobre enfatizar. Marcos la llamó **principio del evangelio** (Mr 1.1). En el libro de Hechos, se dice que el comienzo formal del ministerio de Jesús se fecha a partir del bautismo de Juan (Hch 1.21, 22; vea 10.37, 38).

La última vez que vimos a Juan, él estaba «en lugares desiertos» (Lc 1.80). En esa árida región, llevaba una vida austera: usaba una tosca vestimenta (Mt 3.4; vea 2 R 1.8); y se alimentaba de langostas y miel silvestre (Mt 3.4).

Por fin, le **vino palabra de Dios** (Lc 3.2), que era la señal de que debía comenzar su predicación. Lucas subrayó la importancia del ministerio de Juan al mencionar a cinco dirigentes políticos y a dos dirigentes religiosos para fijar la fecha cuando comenzó a predicar (Lc 3.1, 3).

Una palabra clave de la predicación de Juan era **arrepentirse** (Mt 3.2). La palabra «arrepentirse» significa «cambio de mentalidad, que hace que cambie la vida». Los que no estaban dispuestos a arrepentirse, tendrían que hacer frente a la ira de Dios (Mt 3.7,

10; Lc 3.9). El reino no era para los que tenían cierto linaje, sino para los que tuvieran cierto carácter moral (Mt 3.8–9; Lc 3.8).

EL MENSAJE DE JUAN (MT 3.7–12; MR 1.7–8; LC 3.7–18)

Mateo 3.7–12

⁷Al ver él que muchos de los fariseos y de los saduceos venían a su bautismo, les decía: ¡Generación de víboras! ¿Quién os enseñó a huir de la ira venidera? ⁸Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento, ⁹y no penséis decir dentro de vosotros mismos: A Abraham tenemos por padre; porque yo os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham aun de estas piedras. ¹⁰Y ya también el hacha está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado en el fuego.

¹¹Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento; pero el que viene tras mí, cuyo calzado yo no soy digno de llevar, es más poderoso que yo; él os bautizará en Espíritu Santo y fuego. ¹²Su aventador está en su mano, y limpiará su era; y recogerá su trigo en el granero, y quemará la paja en fuego que nunca se apagará.

Marcos 1.7–8

⁷Y predicaba, diciendo: Viene tras mí el que es más poderoso que yo, a quien no soy digno de desatar encorvado la correa de su calzado. ⁸Yo a la verdad os he bautizado con agua; pero él os bautizará con Espíritu Santo.

Lucas 3.7–18

⁷Y decía a las multitudes que salían para ser bautizadas por él: ¡Oh generación de víboras! ¿Quién os enseñó a huir de la ira venidera? ⁸Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento, y no comencéis a decir dentro de vosotros mismos: Tenemos a Abraham por padre; porque os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham aun de estas piedras. ⁹Y ya también el hacha está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no da buen fruto se corta y se echa en el fuego.

¹⁰Y la gente le preguntaba, diciendo: Entonces, ¿qué haremos? ¹¹Y respondiendo, les dijo: El que tiene dos túnicas, dé al que no tiene; y el que tiene qué comer, haga lo mismo. ¹²Vinieron también unos publicanos para ser bautizados, y le dijeron: Maestro, ¿qué haremos? ¹³Él les dijo: No exijáis más de lo que os está ordenado. ¹⁴También le preguntaron unos soldados, diciendo: Y nosotros, ¿qué haremos? Y les dijo: No hagáis extorsión a nadie, ni calumniéis; y contentaos con vuestro salario.

¹⁵Como el pueblo estaba en expectativa, preguntándose todos en sus corazones si acaso Juan sería el Cristo, ¹⁶respondió Juan, diciendo a todos: Yo a la verdad os bautizo en agua; pero viene uno más poderoso que yo, de quien no soy digno de desatar la correa de su calzado; él os bautizará en Espíritu Santo y fuego. ¹⁷Su aventador está en su mano, y limpiará su era, y recogerá el trigo en su granero, y quemará la paja en fuego que nunca se apagará.

¹⁸Con estas y otras muchas exhortaciones anunciaba las buenas nuevas al pueblo.

En cuanto a la necesidad de cambiar, Juan no generalizó, sino que fue concreto. Les dijo a los hombres que hicieran **frutos dignos de arrepentimiento** (Mt 3.8; vea Lc 3.8). Dio ejemplos precisos. Les dijo a las masas egoístas que compartieran (Lc 3.11), los funcionarios públicos debían ser honrados (Lc 3.13), y a los que ocupaban puestos de autoridad les dijo que no cometieran abusos de autoridad (Lc 3.14). Llamó a todos los hombres a confesar sus pecados (Mr 1.5). Describió como **generación de víboras** a los que no estuvieron dispuestos a hacer lo anterior (Mt 3.7). Hoy día hay quienes, en lugar de esta expresión, usarían el epíteto de «traidores».

A pesar de la audacia de su mensaje, o tal vez debido a ella, atrajo a gran número de seguidores. «Y salían a él toda la provincia de Judea, y todos los de Jerusalén; y eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados» (Mr 1.5; vea Mt 3.5, 6).

El bautismo era parte indispensable del ministerio de Juan. Hay quienes han tratado de encontrar precedente para el bautismo de Juan en los lavamientos ceremoniales de los judíos,

sin embargo, el bautismo de Juan era único. Estas diferencias entre el bautismo de Juan y los lavamientos ceremoniales, son muchas, incluyendo una diferencia de propósito y una en la forma de administrarlo. Juan llegó a ser conocido como «el Bautista» (Mt 3.1), porque esta era la vocación que lo distinguía. Si hubiera habido muchos otros administrando la misma clase de bautismo, como a veces se afirma, a Juan no se le hubiera dado tal título de identificación.

«Bautista» es de βαπτιστής (*baptistes*), una palabra griega transliterada. Un sufijo (-tes) indicando una característica distintiva fue añadida a la palabra griega para «bautizar», βαπτίζω (*baptizo*). Este sufijo es más o menos comparable con el sufijo «tor» de las palabras «actor» y «doctor». «Bautista» significa literalmente «alguien que bautiza».

Juan bautizaba a la gente en el río Jordán. Aparentemente, él se trasladaba río arriba y río abajo, con el fin de que su mensaje fuera oído por todos. Lucas 3.3 dice: «Y él fue por toda la región contigua al Jordán». La paráfrasis de la Living Bible dice: «Entonces Juan fue de un lugar a otro, sobre ambas márgenes del río Jordán». Se nos habla de varias de las diferentes regiones en las que él bautizaba (Jn 1.28; 3.23).

El bautismo de Juan era una inmersión. La palabra «bautizar» es una palabra griega transliterada que significa «zambullir, sumergir».¹ Podríamos saber que el bautismo de Juan era una inmersión, aun si no supiéramos el significado de la palabra griega. Esto es lo que se desprende de Juan 3.23, donde se recalca que «Juan bautizaba también en Enón [...] porque había allí muchas aguas». Para derramar agua no se necesitan «muchas aguas», en cambio para sumergir sí. Esto es lo que se lee acerca de lo sucedido después que Juan bautizó a Jesús: «Y luego, cuando [Cristo] subía del agua...» (Mr 1.10; vea Mt 3.16). Lo que mantiene fuera del agua hoy día a los que derraman agua, en lugar de sumergir en agua, habría mantenido fuera del río a Juan, si este hubiera estado solamente derramando agua sobre la gente.

Al bautismo de Juan se le llamaba «bautismo de arrepenti-

¹*The Analytical Greek Lexicon (El léxico griego analítico)* (London: Samuel Bagster & Sons Ltd., 1971), 65.

miento para perdón de pecados» (Mr 1.4; Lc 3.3). Se le llamaba «bautismo de arrepentimiento» porque era una expresión de arrepentimiento. Era «para perdón de pecados»: Juan no solamente convencía a los hombres de pecado, sino que también les daba esperanza en cuanto al perdón de esos pecados. Su bautismo anticipaba la muerte de Cristo por los pecados de la humanidad. Al bautismo de la Gran Comisión se le podría llamar «bautismo de fe», porque es una expresión de nuestra fe. Los que se someten al bautismo de la Gran Comisión confiesan la fe en Jesús (Hch 8.35, 38; Ro 19.9, 10), mientras que los candidatos al bautismo de Juan confesaban sus pecados (Mr 1.5; vea Mt 3.6).

El propósito fundamental de Juan era hacer que el corazón y la vida de las personas estuvieran preparados para el Mesías (vea Jn 3.28). Les decía a las multitudes: **el que viene detrás de mí es más poderoso que yo, a quien no soy digno de quitarle las sandalias** (Mt 3.11, LBLA; vea Jn 1.27, 30). Quitar el calzado era tarea de los esclavos. Juan estaba diciendo, en efecto, que no era digno de ser Su esclavo.

Hizo un contraste entre su obra y la de Cristo: **Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento [...] »** (Mt 3.11). El contexto muestra que el bautismo en el Espíritu Santo y el bautismo en fuego no son el mismo bautismo. Juan estaba hablando a un grupo mixto: había gente receptiva y gente no receptiva (Mt 3.5–7). Marcos, que no mencionó a los no receptivos, solo habló del bautismo en el Espíritu Santo (Mr 1.8). Juan también solo habló del bautismo en el Espíritu Santo (Jn 1.33). Por otro lado, Lucas, al igual que Mateo, presentó un grupo de oyentes mixto (Lc 3.7), y por ende habló tanto del bautismo en el Espíritu Santo como del bautismo en fuego (Lc 3.16).

El bautismo en el Espíritu Santo vino sobre los apóstoles el primer día de Pentecostés posterior a la muerte, sepultura y resurrección de Cristo (Hch 1.5, 8; 2.1–4). Ellos fueron sumergidos en el poder del Espíritu. Por otro lado, el bautismo en fuego se refiere a la inmersión de los impíos en fuego el Día del Juicio (Mt 3.12).

PARTE III

EL COMIENZO DEL MINISTERIO DE CRISTO

Incluye una armonía de

Mt 3.13—4.11

Mr 1.9—13

Lc 3.21—22; 4.1—13

Jn 1.19—2.12

**JESÚS ES BAUTIZADO POR JUAN
EN EL RÍO JORDÁN**
(MT 3.13–17; MR.1.9–11; LC 3.21–22; JN 1.31–34)

Mateo 3.13–17

¹³Entonces Jesús vino de Galilea a Juan al Jordán, para ser bautizado por él. ¹⁴Mas Juan se le oponía, diciendo: Yo necesito ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí? ¹⁵Pero Jesús le respondió: Deja ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia. Entonces le dejó. ¹⁶Y Jesús, después que fue bautizado, subió luego del agua; y he aquí los cielos le fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma, y venía sobre él. ¹⁷Y hubo una voz de los cielos, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia.

Marcos 1.9–11

⁹Aconteció en aquellos días, que Jesús vino de Nazaret de Galilea, y fue bautizado por Juan en el Jordán. ¹⁰Y luego, cuando subía del agua, vio abrirse los cielos, y al Espíritu como paloma que descendía sobre él. ¹¹Y vino una voz de los cielos que decía: Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia.

Lucas 3.21–22

²¹Aconteció que cuando todo el pueblo se bautizaba, también Jesús fue bautizado; y orando, el cielo se abrió, ²²y descendió el Espíritu Santo sobre él en forma corporal, como paloma, y vino una voz del cielo que decía: Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia.

Juan 1.31–34

³¹Y yo no le conocía; mas para que fuese manifestado a Israel,

por esto vine yo bautizando con agua. ³²También dio Juan testimonio, diciendo: Vi al Espíritu que descendía del cielo como paloma, y permaneció sobre él. ³³Y yo no le conocía; pero el que me envió a bautizar con agua, aquél me dijo: Sobre quien veas descender el Espíritu y que permanece sobre él, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo. ³⁴Y yo le vi, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios.

Cuando la popularidad de Juan alcanzó la cima, y cuando las expectativas por la venida del Mesías estaban al máximo, Jesús vino a Juan para que este lo bautizara. En ese momento, Cristo «era como de treinta años»

No sabemos si Juan había visto a Jesús anteriormente. Como se hizo notar al comienzo, las madres de ellos eran parientes y amigas. Es posible, y hasta probable, que Juan y Jesús se hayan conocido, tal vez durante los días de fiesta en Jerusalén. Se hayan conocido o no, Juan sabía de algún modo que Jesús no era como los demás que esperaban ser bautizados. El bautismo de Juan era un bautismo de arrepentimiento, y Jesús no tenía pecados de los cuales arrepentirse. El bautismo de Juan era para perdón de pecados, y Jesús no tenía pecados de los cuales ser perdonado. Al comienzo, Juan rehusó bautizar a Cristo, diciendo: **Yo necesito ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?** (Mt 3.14).

En vista de que, a diferencia de nosotros, Jesús no tenía pecado, ¿por qué *fue* bautizado? Cristo mismo respondió esta pregunta, diciendo: **Deja ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia** (Mt 3:15). El salmista dijo que todos los mandamientos de Dios son justicia (Sal 119.172). El bautismo de Juan era «del cielo» (vea Mt. 21.25), y los que lo desechaban, también «[desechaban] los designios de Dios respecto de sí mismos» (Lc 7.30). Jesús estaba dedicado a mantenerse en el centro de la voluntad de Dios, entendía que el bautismo de Juan era parte de esa voluntad. Por lo tanto, en su mente no había duda acerca de qué debía hacer: Debía ser bautizado, y lo fue. Sería maravilloso que todo el mundo tuviera una actitud tan favorable para con el bautismo hoy día.

Juan por fin se convenció de bautizar a Jesús. Cuando era bautizado, Cristo estaba orando (Lc 3.21). El libro de Lucas nos

informa de que Jesús oraba en momentos cruciales de Su vida (vea Lc 6.12–13; 9.28–29; 22.44–45; 23.33–34, 46). Mientras Cristo oraba, Juan vio y oyó algo maravilloso:

Y Jesús, después que fue bautizado, subió luego del agua; y he aquí los cielos le fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma, y venía sobre él. Y hubo una voz de los cielos, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia (Mt 3.16–17).

Los autores inspirados no dijeron que el Espíritu Santo fuera una paloma, sino que descendió como lo haría una paloma. Con las palabras **este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia**, Dios puso Su sello de aprobación sobre los treinta años más o menos que duró la preparación de Jesús, y fue así como lo preparó para el ministerio (vea Lc 4.18; Hch 10.38).

(Este es un buen texto a usarse en el comentario sobre las tres Personas de la Deidad, pues en ese momento, había tres Personas en tres lugares, haciendo cada una algo diferente. Hay mucho que no entendemos acerca de la idea de que Dios es Tres y a la vez Uno, pero la recibimos como verdadera por la fe, porque la Biblia la enseña.)

Antes de este evento, Juan pudo haber intuido que Jesús era el Mesías, pero no lo sabía. El Señor le había dicho cómo lo reconocería: **Sobre quien veas descender el Espíritu y que permanece sobre él, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo (Jn 1.33)**. Juan debió de haberse puesto que no cabía de gozo, cuando vio al Espíritu descendiendo del cielo. Dios había sido fiel a Su palabra. El Cristo había venido.

JESÚS ES TENTADO EN EL DESIERTO **(MT 4.1–11; MR 1.12–1** **LC 4.1–13)**

Mateo 4.1–11

¹Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto, para

ser tentado por el diablo. ²Y después de haber ayunado cuarenta días y cuarenta noches, tuvo hambre. ³Y vino a él el tentador, y le dijo: Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan. ⁴El respondió y dijo: Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.

⁵Entonces el diablo le llevó a la santa ciudad, y le puso sobre el pináculo del templo, ⁶y le dijo: Si eres Hijo de Dios, échate abajo; porque escrito está:

A sus ángeles mandará acerca de ti,

y,

En sus manos te sostendrán,

Para que no tropieces con tu pie en piedra.

⁷Jesús le dijo: Escrito está también: No tentarás al Señor tu Dios.

⁸Otra vez le llevó el diablo a un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, ⁹y le dijo: Todo esto te daré, si postrado me adorares. ¹⁰Entonces Jesús le dijo: Vete, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás. ¹¹El diablo entonces le dejó; y he aquí vinieron ángeles y le servían.

Marcos 1.12–13

¹²Y luego el Espíritu le impulsó al desierto. ¹³ Y estuvo allí en el desierto cuarenta días, y era tentado por Satanás, y estaba con las fieras; y los ángeles le servían.

Lucas 4.1–13

¹Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán, y fue llevado por el Espíritu al desierto ²por cuarenta días, y era tentado por el diablo. Y no comió nada en aquellos días, pasados los cuales, tuvo hambre. ³Entonces el diablo le dijo: Si eres Hijo de Dios, di a esta piedra que se convierta en pan. ⁴Jesús, respondiéndole, dijo: Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra de Dios. ⁵Y le llevó el diablo a un alto monte, y le mostró en un momento todos los reinos de la tierra. ⁶Y le dijo el diablo: A ti te daré toda esta potestad, y la gloria de ellos; porque a mí me ha sido entregada, y a quien quiero la doy. ⁷Si tú postrado me adorares, todos serán tuyos. ⁸Respondiendo Jesús, le dijo: Vete de mí, Satanás, porque escrito está:

Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás. ⁹Y le llevó a Jerusalén, y le puso sobre el pináculo del templo, y le dijo: Si eres Hijo de Dios, échate de aquí abajo; ¹⁰porque escrito está:

A sus ángeles mandará acerca de ti, que te guarden;

¹¹y,

En las manos te sostendrán,

Para que no tropieces con tu pie en piedra.

¹²Respondiendo Jesús, le dijo: Dicho está: No tentarás al Señor tu Dios. ¹³Y cuando el diablo hubo acabado toda tentación, se apartó de él por un tiempo.

Inmediatamente después de la descripción del bautismo de Jesús, tenemos el relato de Sus tentaciones. El bautismo no significa el cese de las tentaciones. Cuando somos bautizados, Satanás no aminora sus ataques, sino que los intensifica. El hecho de que hayamos sido bautizados *sí* significa que ahora contamos con la ayuda de Dios para hacer frente a esas tentaciones (1 Co 10.13; He 13.5).

Justo antes que Cristo comenzara Su ministerio público, Él enfrentó al enemigo en el supremo conflicto de Su prueba.¹ Apareció ante Él el mal con toda su tremenda fortaleza y su horror al descubierto. Jamás hubo tal ataque anteriormente, y jamás lo habría otra vez. Jamás podremos entender los propósitos de Dios, pero la palabra «tentación» nos puede dar una idea. La palabra griega *πειράζω* (*peirazo*), que se traduce por «tentar» puede traducirse también por «probar». Desde el punto de vista de Satanás, la estancia de Jesús en el desierto era un tiempo de *tentación*, cuando el diablo trataría de inducir a Cristo a pecar. (Bastaba con hacerlo pecar una vez, para destruir Su misión.) No obstante, desde el punto de vista de Dios, los cuarenta días constituían un tiempo de *prueba*, esto es, un tiempo en el que se conocería el verdadero valor y carácter de Jesús.

Necesitamos destacar tres aspectos de las tentaciones, relacionados con los antecedentes que las rodearon.

¹Algunos de los pensamientos vinieron de G. Campbell Morgan, *The Crises of the Christ (Las crisis del Cristo)* (New York: Fleming H. Revell Co., 1936), 162–99.

1) El *lugar*: El escenario era el desierto. Se eligió como campo de batalla un lugar solitario, aislado de la compasión humana. No se nos dice dónde estaba situado este desierto. Puede que haya sido el desierto de Judea, donde Juan había sido preparado, e hizo gran parte de su obra (Mt 3.1, 3; 11.7; Lc 1.80; 3.1–2). Vea el mapa «Palestina durante la vida de Cristo» en el apéndice. Marcos 1.13 nos dice que a Jesús únicamente le acompañaban «las fieras». Este lugar estaba desprovisto de todos los adornos superficiales, y solo había en él la esencia de la tentación. Se ha dicho que Adán convirtió un huerto en desierto por pecar, pero que Jesús convirtió un desierto en huerto por resistir el pecado.

2) Los *antagonistas*: En primer lugar, estaba Jesús, recién bautizado, una ocasión en que Dios lo había reconocido como Su Hijo. Había salido del agua dispuesto a comenzar Su ministerio personal. Luego, estaba el diablo. En la experiencia del desierto Jesús se enfrentó cara a cara con el príncipe del aire, el dios de este siglo, el príncipe de las huestes espirituales de las tinieblas (2 Co 4.4; Ef 2.2; 6.12).

3) El *significado*: Esta confrontación no fue casual; no sucedió «por casualidad». En Mateo 4.1 se lee: **Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto, para ser tentado por el diablo** (énfasis nuestro.) Un plan divino se estaba llevando a cabo. Tal vez nada muestra esto más claramente que el hecho de que el diablo había sido llevado a campo abierto para esta contienda. Así no es como a Satanás le gusta pelear. Él prefiere trabajar tras bastidores, a través de algún agente. Sin embargo, fue obligado a hacerle frente cara a cara a Jesús, con el fin de que se pudieran cumplir los propósitos de Dios.

Un beneficio que se obtiene al estudiar las tentaciones de Jesús, proviene del hecho de que el diablo *fue* obligado a salir a campo abierto. Sus métodos y objetivos quedan así al descubierto. Al estudiar las tres tentaciones de Jesús, prestemos especial atención a las sutilezas de Satanás. Había estado engañando a las personas durante miles de años. Toda la experiencia acumulada durante milenios de práctica se concentraba ahora en Cristo.

Uno de los más grandes beneficios al estudiar las tentaciones de Cristo, reside en tratar de analizar cada tentación: *por qué* era mala, y cómo la enfrentó Cristo. Hay quienes creen que las insi-

nuaciones de Satanás eran malas sencillamente porque provenían de él, así que no les dedican más tiempo a su consideración. Nos ahorraría mucho análisis si el diablo se nos presentara vistiendo un traje rojo, con cuernos y una cola terminada en punta. Si así fuera, bien podríamos responder a su tentación, diciendo: «Es mala porque proviene de Satanás». Lamentablemente, él puede venir a nosotros como «ángel de luz» (2 Co 11.14). Si no entendemos *por qué* una tentación en particular es mala, él puede engañarnos fácilmente.

Mateo menciona las tentaciones en cierto orden y Lucas las menciona en orden diferente. Muchos comentaristas creen que el orden en que las menciona Mateo es más probablemente el orden cronológico. La secuencia exacta no es asunto de gran importancia. Estas corresponden básicamente a las tres vías de tentación que se enumeran en 1 Juan 2.16: «los deseos de la carne [convertir las piedras en pan, para saciar el hambre], los deseos de los ojos [ver la gloria de los reinos del mundo], y la vanagloria de la vida [asombrar a las multitudes echándose abajo, desde el pináculo del templo, sin sufrir daño]».

La primera tentación (Mt 4.1–4)

La primera tentación que Satanás le tendió a Cristo fue una prueba física. . . . **Y después de haber ayunado cuarenta días y cuarenta noches, tuvo hambre. Y vino a él el tentador . . .** (Mt 4.2, 3). El objetivo de Satanás en la primera tentación, era probar la lealtad de Cristo para con Dios. Con estas palabras provocó a Jesús: **Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan** (Mt 4.3b). Cuarenta días atrás, la Voz del cielo había dicho: «Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia» (Mt 3.17). Ahora, esto es lo que el diablo, en efecto, le decía: «Si la Voz decía la verdad —si realmente eres el Hijo de Dios— ¿por qué tienes tanta hambre? ¿De qué sirve el puesto, sin el privilegio que le acompaña?». Satanás estaba insinuando que Jesús podía lograr dos objetivos al convertir las piedras en pan: Podía saciar una necesidad legítima (el hambre), y, al mismo tiempo, podía demostrar que era el Hijo de Dios.

Cristo adivinó la estrategia de Satanás. **Él respondió y dijo:**

Escrito está... (Mt 4.4a). El arma que Jesús usó contra la tentación fue la Palabra de Dios. El salmista dijo: «En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti» (Sal 119.11). Una de las mejores defensas para no ceder a la tentación, consiste en llenar el corazón con la Palabra de Dios.

El texto apropiado para hacerle frente a esta tentación provino de Deuteronomio 8.3. Jesús dijo: **No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios** (Mt 4.4b). Subraye, en primer lugar, la palabra «hombre»: «No sólo de pan vivirá el *hombre*...». Los cuarenta días que Jesús estuvo en el desierto no fueron primordialmente una prueba de la deidad de Jesús, sino una prueba de Su humanidad. Su propósito no era probar que Él era Dios, sino demostrar que era Hombre perfecto que vivía en perfecta armonía con la voluntad revelada de Dios.

Note, después, el contraste entre las expresiones «pan» y «toda palabra que sale de la boca de Dios». Jesús podía elegir entre el pan, o la voluntad de Dios. La voluntad de Dios era obviamente que, en esta ocasión, Él siguiera con hambre, para permanecer justo dentro del círculo de esa voluntad.

Jesús había hecho frente a la primera tentación.

La segunda tentación (Mt 4.5–7)

La segunda tentación fue una prueba espiritual.

Satanás no se rinde fácilmente. Para su siguiente tentación, se preocupó por elegir el lugar. Llevó a Cristo a **la santa ciudad**, Jerusalén (Mt 4.5a), un lugar precioso para los judíos, y para Jesús (Sal 48.2; 137.5; Mt 23.37). Después, lo llevó al templo, el sitio más reverenciado de aquella ciudad. Por último, lo llevó al lugar más prominente de aquella estructura. El texto dice que **le puso sobre el pináculo del templo** (Mt 4.5b). El templo no tenía un rasgo arquitectónico que pudiéramos llamar pináculo, así que probablemente esto significa que llevó a Jesús al lugar más alto del templo, que habría estado sobre el ala sur. Desde allí se podía contemplar el complejo del templo, y observar la ciudad que se extendía en la distancia. Era una posición espléndida y estratégica.

Situado a la par de Jesús, en aquella elevada posición, Satanás le dijo: **Si eres Hijo de Dios, échate abajo; porque escrito está: A sus ángeles mandará acerca de ti, y, en sus manos te sostendrán, para que no tropieces con tu pie en piedra** (Mt 4.6).

El diablo estaba probando la confianza de Cristo en Dios. En otras palabras, le estaba diciendo: «Tú confías en Dios, ¿no? Veamos *cuánto* confías en Dios. ¿Confías en Él lo suficiente para echarte abajo desde este pináculo?». Esto fue lo que, en efecto, le dijo a Jesús: «Has citado las Escrituras. Yo también conozco algo de las Escrituras. Escucha...». Y le citó el Salmo 91.11–12. El Salmo 91 es un salmo de confianza implícita en el Señor. El primer versículo dice: «El que habita al abrigo del Altísimo morará bajo la sombra del Omnipotente».

Esta fue (y es) una tentación muy sutil. Insinúa que la confianza se expresa más perfectamente al intentar lo extraordinario, al emprender lo heroico, lo arriesgado, e incluso lo peligroso.

El diablo trató de esgrimir «la espada del Espíritu» (Ef 6.17), pero Jesús resultó ser el mejor espadachín: **Jesús le dijo: Escrito está también...** (Mt 4.7a). En otras palabras: «Satanás, has citado un pasaje de la Escritura, pero un solo texto no agota lo que la Palabra dice acerca de un tema dado. Es necesario tomar en cuenta *todo* lo que la Biblia dice sobre ese tema». Son muchos los errores que resultan de aislar Escrituras y no considerar otros pasajes que tratan sobre el mismo tema.

Jesús pasó después a citar de Deuteronomio 6.16: **No probarás al Señor tu Dios** (Mt 4.7b; NASB). No malentendamos la respuesta de Cristo. Él no se refirió a sí mismo como a Dios, diciendo: «Es malo probarme a *Mí*». (Tenga presente que Él estaba haciendo frente a estas tentaciones cuando estaba en Su perfecta humanidad, no en Su Deidad.) Más bien, dijo que sería malo que Él probara a *Dios*.

Satanás decía que saltar del templo equivalía a demostrar que Jesús *confiaba* en Dios; Jesús decía que más bien indicaba que Él estaba *probando* a Dios. De hecho, estaría demostrando que *no* confiaba en Dios. Cuando se tiene confianza total en una persona, no vemos la necesidad de probarla. Es solamente cuando nuestra confianza en alguien flaquea, que viene a la mente la necesidad de probarla.

La confianza en Dios se expresa en la seguridad que tenemos de que Él nos ayudará a hacerle frente a lo que la vida nos ponga en el camino. *No* se expresa por medio de pruebas artificiales que nosotros le pongamos y que Él haya de enfrentar.

Una vez más, Jesús demostró ser un Hombre a quien sólo gobernaba un único principio: Estaba resuelto a permanecer dentro de la voluntad de Dios. Había hecho frente a la segunda tentación.

La tercera tentación (Mt 4.8–10)

La tercera tentación era la más crucial de todas, pues se sometía a prueba la misión de Jesús, o, más exactamente, se probaba la determinación de Jesús para llevar a cabo Su misión, sin importar el costo. Como no pudo destruir al Siervo, Satanás trataría ahora de destruir Su servicio.

Esta tentación era la más atrevida y audaz de todas. En las primeras dos tentaciones, Jesús había despojado al diablo de todos sus astutos disfraces, y había revelado los verdaderos motivos del mal. En la tercera tentación, Satanás mismo abandonó toda farsa y dejó de utilizar estratagemas secundarias. De una manera deliberada, directa y desafiante, pidió a Cristo que le rindiera homenaje.

Otra vez le llevó el diablo a un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo y la gloria de ellos (Mt 4.8). Trátemos de imaginar la gloria de todos los reinos del mundo, todos los imperios, presentes y pasados: el gran Imperio Romano, Grecia, Persia, Babilonia, Asiria, Egipto, el reino de David y de Salomón; sin mencionar reinos como los de Bitinia y Siria, además de todos los reinos de las tierras no exploradas. Todos estos pasaron en un instante ante los ojos de Jesús.

Después Satanás dijo: **Todo esto te daré, si postrado me adorares** (Mt 4.9). Con esto se insinúa que todo esto era algo que el diablo podía dar (vea Lc 4.6), y Jesús no lo negó. Si la oferta no hubiera sido auténtica, no habría habido tentación. Hay quienes creen que esta tentación llevaba aparejada una mentira, creen que Satanás prometió lo que no podía dar. Tal tentación podría haber funcionado con usted o conmigo, pero ciertamente no con Jesús,

que tenía un íntimo conocimiento del mundo del espíritu. En los tiempos de Jesús, era como hoy día: Satanás ejercía influencia sobre los reinos del mundo. Estos se habían sometido a sus caprichos; eran obedientes a sus mandamientos; habían sido llevados cautivos a su voluntad. Jesús lo llama más adelante «el príncipe de este mundo» (Jn 12.31). Pablo usó una expresión parecida en 2 Corintios 4.4. (Debe entenderse que Dios es quien en *última instancia* tiene el mando, y que Él ha *concedido* a Satanás todo el poder que posee. Dios limita las actividades del diablo.)

El diablo estaba insinuando que Cristo podía lograr *casi* el mismo fin sin padecimiento ni muerte. Le ofreció un atajo a un destino divino. Hubiera sido más sencillo doblar la rodilla que morir.

La tentación pudo haber significado para Jesús más de lo que Satanás, en su más profunda sutileza, pudo haber comprendido. Para entender cuán terrible era lo que aguardaba a Cristo, imagínese en el huerto de Getsemaní, con el sudor bajando por su rostro, al derramar Su corazón al Padre en oración, diciendo: «Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa» (Mt 26.39). Imagínese en la cruz, clamando: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» (Mt 27.46). No dude que esta fue una verdadera tentación.

De paso, observe el valor que le daba Satanás a Cristo. Creía que Cristo valía más que todos los reinos que él había ganado. Hay quienes no creen que la muerte de Jesús sea suficiente para todos; sin embargo, el diablo sí entendía el verdadero valor de Este.

En la respuesta que Jesús le dio al diablo, Él habló por primera vez en el lenguaje de Su propia autoridad. Esta autoridad había sido creada por las victorias ganadas en los ataques anteriores.

Cristo primero le dio al tentador una tajante orden, al decirle: **Vete, Satanás** (Mt 4.10a). Luego Jesús esgrimió nuevamente la espada del Espíritu, al citar de Deuteronomio 6.13: ... **porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás** (Mt 4.10b). Las palabras de Cristo expusieron la sutil naturaleza de esta tentación. El diablo había dicho, en efecto: «Adórame, y te haré señor de los reinos». Cristo señaló que la *adoración* y la *servidumbre* no se pueden separar. Él no podía adorar a Satanás sin llegar a ser su siervo. Satanás podía haberlo hecho un rey títere de

los reinos del mundo, pero en realidad Cristo no hubiera ganado nada. Satanás hubiera mantenido el control.

Nuevamente Jesús se mantuvo firmemente dentro de la voluntad de Su Padre. Estaba prearado para ir a la cruz a establecer Su reino.

La respuesta de Cristo reveló que los galardones de Dios son infinitamente mejores que los de Satanás. Satanás puede hacer que sus galardones *parezcan* buenos, como se evidencia con la demostración visual de la gloria de los reinos del mundo. El relato que hace Lucas de la tentación tiene un detalle revelador: el diablo le mostró a Jesús los imperios **en un momento** (Lc. 4.5). Si se hubiera pasado un instante más, habría mostrado que los reinos valen poco o nada. Su gloria era la gloria del oropel,² no la del oro. Es como Juan dijo: «... el mundo pasa, y sus deseos» (1 Jn 2.17a).

Después de la reprensión y respuesta de Jesús, el diablo se quedó callado, lo cual es prueba de su derrota. Mateo 4.11 dice: **El diablo entonces le dejó; y he aquí vinieron ángeles y le servían.** Hace años, T. B. Larimore predicó sobre las tentaciones de Jesús. Su relato fue tan vívido que cuando dijo: «el diablo le dejó», los oyentes soltaron un suspiro colectivo.

El relato de Lucas añade que **cuando el diablo hubo acabado toda tentación, se apartó de él por un tiempo** (Lc 4.13; énfasis nuestro). A medida que nuestros estudios avancen, veremos cómo Satanás siguió tratando de tentar a Cristo: las multitudes trataron de coronarlo como Rey terrenal (Jn 6.15); la gente constantemente le pedía señales (Lc 11.29); uno de Sus propios discípulos incluso trató de disuadirlo para que no fuera a la cruz (Mt 16.21–23). Sin embargo, a partir de ese momento, Jesús habló al diablo y a sus agentes como hablaría un señor a sus siervos. Había obtenido la victoria.

Cristo salió del desierto preparado para Su ministerio. Lucas 4.14a nos dice que «Jesús volvió en el poder del Espíritu a Galilea». También salió de las tentaciones preparado para la crucifixión. Siguió siendo el Hijo de Dios sin pecado, el «cordero sin

²El oropel es un material brillante, barato, que se usa para la decoración en eventos especiales. Una vez que ha pasado el evento, el material se desecha.

mancha y sin contaminación» (1 P 1.19).

La historia de la tentación tiene muchas lecciones prácticas para nosotros. La historia recalca que para prepararnos para la tentación, necesitamos aprender, incluso memorizar, la Palabra de Dios. También demuestra la verdad de Santiago 4.7b: «resistid al diablo, y huirá de vosotros». Uno de los más preciosos mensajes es que, cuando sufrimos tentación, Jesús comprende y se compadece. El autor del libro de Hebreos dijo:

Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro (He 4.15–16).

Con la ayuda de Dios, nosotros también, podremos tener la victoria sobre Satanás.

TESTIMONIO DE JUAN ACERCA DE JESÚS (JN 1.19–34)

¹⁹Este es el testimonio de Juan, cuando los judíos enviaron de Jerusalén sacerdotes y levitas para que le preguntasen: ¿Tú, quién eres? ²⁰Confesó, y no negó, sino confesó: Yo no soy el Cristo. ²¹Y le preguntaron: ¿Qué pues? ¿Eres tú Elías? Dijo: No soy. ¿Eres tú el profeta? Y respondió: No. ²²Le dijeron: ¿Pues quién eres? para que demos respuesta a los que nos enviaron. ¿Qué dices de ti mismo? ²³Dijo: Yo soy la voz de uno que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor, como dijo el profeta Isaías.

²⁴Y los que habían sido enviados eran de los fariseos. ²⁵Y le preguntaron, y le dijeron: ¿Por qué, pues, bautizas, si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni el profeta? ²⁶Juan les respondió diciendo: Yo bautizo con agua; mas en medio de vosotros está uno a quien vosotros no conocéis. ²⁷Este es el que viene después de mí, el que es antes de mí, del cual yo no soy digno de desatar la correa del calzado. ²⁸ Estas cosas sucedieron en Betábara, al

otro lado del Jordán, donde Juan estaba bautizando.

²⁹El siguiente día vio Juan a Jesús que venía a él, y dijo: He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. ³⁰Este es aquel de quien yo dije: Después de mí viene un varón, el cual es antes de mí; porque era primero que yo. ³¹Y yo no le conocía; mas para que fuese manifestado a Israel, por esto vine yo bautizando con agua. ³²También dio Juan testimonio, diciendo: Vi al Espíritu que descendía del cielo como paloma, y permaneció sobre él. ³³Y yo no le conocía; pero el que me envió a bautizar con agua, aquél me dijo: Sobre quien veas descender el Espíritu y que permanece sobre él, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo. ³⁴Y yo le vi, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios.

Después de la tentación, Jesús volvió a la región donde Juan estaba predicando

Aparentemente, la popularidad de Juan había inquietado a los dirigentes religiosos de Jerusalén. Por lo tanto, los fariseos (Jn 1.24) enviaron sacerdotes y levitas para interrogar al profeta. Deseaban saber si él era el Mesías (el Cristo), Elías o **el profeta**. Juan respondió con un categórico, «**No**» (Jn 1.19-21).

El uso de la expresión «el profeta», además de la frase «**el Cristo**», ilustra la confusión de los dirigentes religiosos judíos. Algunas de las profecías mesiánicas no eran acordes con sus ideas preconcebidas, de modo que decidieron que tales pasajes se referían a Uno de quien Moisés dijo que sería profeta como él mismo (Dt 18.15). Las palabras de Moisés se referían al Mesías que venía (cumplida con Jesús [Hch 3.20, 22]), sin embargo, los maestros judíos habían concebido otra personalidad indefinida conocida como «el profeta».

Puede que le extrañe a usted la categórica aseveración de Juan en el sentido de que él no era Elías (Jn 1.21). Después de todo, les dijo a sus interrogadores que él era el precursor del Mesías, y citó Isaías 40.3. La profecía de Isaías 40.3 está vinculada con Malaquías 3.1 (Mr 1.2-3), que cuenta la historia del que venía delante del Mesías, a quien Malaquías llamó «el profeta Elías» (Mal 4.5). Juan *era* el «Elías» anunciado por Malaquías. Jesús mismo confirmó que esto era así. Dijo: «[Juan] es aquel Elías que había de

venir» (Mt 11.14; vea 17.10–13).

¿Por qué, entonces, negó Juan que él era Elías? Los judíos creían que el que vendría era el Elías *original*. Muchos judíos todavía esperan hoy día el regreso del Elías original. Lo que Juan estaba negando era que él fuese Elías en la carne. Venía «*con el espíritu y el poder de Elías*» (Lc 1.17; énfasis nuestro), pero no era literalmente Elías.

El día después que Juan hizo frente a la comitiva de Jerusalén, tuvo la primera oportunidad de llamar la atención pública a Jesús como el Mesías. Esto es lo que leemos: ... **vio Juan a Jesús que venía a él, y dijo: He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo** (Jn 1.29).

Note que Juan no presentó a Jesús como el militar conquistador que derrotaría a los enemigos de los judíos, sino como «el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo». Jesús vino a enseñar una mejor manera de vivir; vino a darnos ejemplo de cómo debemos vivir; pero, antes que todo, vino a morir por nuestros pecados (vea Lc 19.10). A los corderos no se les conoció como maestros. Su relación con el pecado estribaba en dar su vida sobre el altar. Jesús es nuestro Cordero Pascual (1 Co 5.7), el «cordero sin mancha y sin contaminación» (1 P 1.19).

Después Juan pasó a explicar cómo llegó a saber que Jesús era el Mesías (Jn 1.31–33). Y concluyó, diciendo: **yo le vi, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios** (Jn 1.34).

El propósito de la obra de Juan prácticamente se había alcanzado, aunque continuaría enseñando y bautizando algunos meses más. Había cumplido fielmente la misión que Dios le había encargado. Ningún hombre puede hacer más.

LOS PRIMEROS DISCÍPULOS DE JESÚS (EN JUDEA) (JN 1.35–51)

³⁵El siguiente día otra vez estaba Juan, y dos de sus discípulos. ³⁶Y mirando a Jesús que andaba por allí, dijo: He aquí el Cordero de Dios. ³⁷Le oyeron hablar los dos discípulos, y siguieron a Jesús. ³⁸Y volviéndose Jesús, y viendo que le seguían,

les dijo: ¿Qué buscáis? Ellos le dijeron: Rabí (que traducido es, Maestro), ¿dónde moras? ³⁹Les dijo: Venid y ved. Fueron, y vieron donde moraba, y se quedaron con él aquel día; porque era como la hora décima. ⁴⁰Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían oído a Juan, y habían seguido a Jesús. ⁴¹Este halló primero a su hermano Simón, y le dijo: Hemos hallado al Mesías (que traducido es, el Cristo). ⁴²Y le trajo a Jesús. Y mirándole Jesús, dijo: Tú eres Simón, hijo de Jonás; tú serás llamado Cefas (que quiere decir, Pedro.)

⁴³El siguiente día quiso Jesús ir a Galilea, y halló a Felipe, y le dijo: Sígueme. ⁴⁴Y Felipe era de Betsaida, la ciudad de Andrés y Pedro. ⁴⁵Felipe halló a Natanael, y le dijo: Hemos hallado a aquél de quien escribió Moisés en la ley, así como los profetas: a Jesús, el hijo de José, de Nazaret. ⁴⁶Natanael le dijo: ¿De Nazaret puede salir algo de bueno? Le dijo Felipe: Ven y ve. ⁴⁷Cuando Jesús vio a Natanael que se le acercaba, dijo de él: He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño.

⁴⁸Le dijo Natanael: ¿De dónde me conoces? Respondió Jesús y le dijo: Antes que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi. ⁴⁹Respondió Natanael y le dijo: Rabí, tú eres el Hijo de Dios; tú eres el Rey de Israel. ⁵⁰Respondió Jesús y le dijo: ¿Porque te dije: Te vi debajo de la higuera, crees? Cosas mayores que estas verás. ⁵¹Y le dijo: De cierto, de cierto os digo: De aquí adelante veréis el cielo abierto, y a los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del Hombre.

A los primeros días del ministerio de Cristo se les ha llamado «el período de las sombras». Los autores sinópticos empezaron sus informes sobre la obra pública de Jesús, narrando sobre un período posterior que se centra en el éxito que Él tuvo en Galilea. Juan no hizo así, sino que comenzó enterándonos de los días anteriores, que fueron menos espectaculares.

Hemos notado el primer testimonio que da Juan el Bautista acerca de Jesús: «He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Jn 1.29). Al día siguiente, Juan estaba con dos de sus discípulos. Uno era Andrés, hermano de Simón Pedro (Jn 1.40), y es probable que el otro fuera Juan, el autor del cuarto evangelio. Hay varias razones para creer que este era Juan: (1) Los detalles

que siguen parecieran haber sido referidos por un testigo presencial; (2) Juan acostumbra omitir su nombre; (3) si este no era Juan, no habría dado cuenta de cómo fue llamado para ser discípulo. Por alguna razón, Juan rehusó mencionarse a sí mismo. En otras siete ocasiones, omitió su nombre (Jn 13.23; 19.26, 35; 20.2–8; 21.7, 20, 24).

Cuando Jesús pasaba, el predicador dijo de nuevo: **He aquí el Cordero de Dios** (Jn 1.36). Sus dos discípulos siguieron a Cristo y pasaron el día con Este (Jn 1.37–39). El texto dice qué hora era: **la hora décima** (Jn 1.39). Suponiendo que el discípulo no mencionado era el mismo Juan, la ocasión fue tan memorable que recordó la hora exacta. Si el estaba usando la forma judía de calcular el tiempo, esta habría sido las cuatro de la tarde. Los judíos contaban el tiempo desde la puesta del sol hasta la salida de este, y desde la salida del sol hasta la puesta. Si estaba usando la forma romana de calcular el tiempo, eran las diez de la mañana. En vista de que esto fue escrito mucho tiempo después de la destrucción de Jerusalén, y en vista de que Juan usó más adelante el tiempo romano la mayoría de los autores creen que la expresión se refiere a las diez de la mañana.

Después de varias horas con Jesús, Andrés halló a su hermano Simón y lo trajo a Cristo (Jn 1.40–42). Uno de los dones de Andrés era traer a otros a Jesús (vea Jn 6.8–9; 12.20–22). Son dignas de notarse las palabras que dijo Andrés a Simón: **Hemos hallado al Mesías (que traducido es, el Cristo)** (1.41). Los primeros discípulos de Jesús reconocieron a Este por lo que era (vea también Jn 1.45, 49). Como veremos después, ellos no entendían *todas* las implicaciones de los términos usados, pero, por lo menos, se daban cuenta de que Él era el cumplimiento de los anuncios antiguotestamentarios acerca del Mesías.

Cuando Jesús conoció a Simón, le dijo que se llamaría «Cefas» o «Pedro». El primer nombre es arameo, y el segundo es griego; los dos significan «roca». Jesús vio las posibilidades de este hombre, así como ve el potencial de todos nosotros.

Al día siguiente, cuando Jesús se preparaba para volver a Galilea, Él llamó a Felipe, que probablemente también era discípulo del Bautista. El llamado de Cristo al discipulado era entonces, y es ahora, **sígueme** (Jn 1.43). Felipe halló de inmediato a un

amigo llamado Natanael, y lo trajo a Jesús (Jn 1.45–46).

Cristo dejó boquiabierto a Natanael al revelar detalles de su carácter y de su vida (Jn 1.47–49). Jesús le dijo: «**Cosas mayores que estas verás**» (Jn 1.50). Esta enigmática aseveración de Cristo, acerca de **ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del Hombre** (Jn 1.51) es probable que se base en la historia antiguotestamentaria de la escalera de Jacob (Gn 28.12). Por medio de Su muerte, sepultura y resurrección, Jesús llegaría a ser la «escalera» de Dios para que los hombres lleguen al cielo. No tenemos certeza acerca de quién era Natanael, pero se cree que pudo haber sido el mismo Bartolomé, uno de los doce apóstoles de Jesús. Hay varias razones para llegar a esta conclusión. Entre ellas está el hecho de que el resto de los primeros discípulos de Jesús, fueron elegidos más adelante como Sus apóstoles. Es como J. W. McGarvey señaló: «Ninguno fue tan elogiado como Natanael». ³

Fue de este modo como Jesús consiguió formar Su primer grupo de discípulos (vea 2.2). Se mencionan específicamente cinco discípulos en Juan 1.35–51: cuatro de ellos son mencionados por nombre, y a uno no se le menciona el nombre, que probablemente era el autor del libro. Hay quienes creen que el contexto indica que Juan también halló a su hermano Jacob. Si así fue, el número de discípulos era de por lo menos seis, cuando Jesús se dirigió al norte.

Note: La palabra griega μαθητής (*mathetes*), que se traduce por **discípulo** significa básicamente «aprendiz». Se refería a alguien que seguía a otro con el fin de aprender de él. Jesús desearía que todos fuéramos Sus discípulos. Jesús a menudo habló acerca del desafío del discipulado (Lc 14.26–27, 33; Jn 15.8). Después que la iglesia se estableció, el término más corriente para los miembros de ella era «discípulos» (Hch 6.1–2, 7; 9.1).

³J. W. McGarvey y Philip Y. Pendleton, *The Fourfold Gospel or A Harmony of the Four Gospels (El evangelio cuádruple, o armonía de los cuatro evangelios)* (Cincinnati: Standard Publishing Co., 1914), 111.

EL PRIMER MILAGRO DE JESÚS (EN CANÁ DE GALILEA) (JN 2.1–11)

¹Al tercer día se hicieron unas bodas en Caná de Galilea; y estaba allí la madre de Jesús. ²Y fueron también invitados a las bodas Jesús y sus discípulos. ³Y faltando el vino, la madre de Jesús le dijo: No tienen vino. ⁴Jesús le dijo: ¿Qué tienes conmigo, mujer? Aún no ha venido mi hora. ⁵Su madre dijo a los que servían: Haced todo lo que os dijere. ⁶Y estaban allí seis tinajas de piedra para agua, conforme al rito de la purificación de los judíos, en cada una de las cuales cabían dos o tres cántaros. ⁷Jesús les dijo: Llenad estas tinajas de agua. Y las llenaron hasta arriba. ⁸Entonces les dijo: Sacad ahora, y llevadlo al maestresala. Y se lo llevaron. ⁹Cuando el maestresala probó el agua hecha vino, sin saber él de dónde era, aunque lo sabían los sirvientes que habían sacado el agua, llamó al esposo, ¹⁰y le dijo: Todo hombre sirve primero el buen vino, y cuando ya han bebido mucho, entonces el inferior; mas tú has reservado el buen vino hasta ahora. ¹¹Este principio de señales hizo Jesús en Caná de Galilea, y manifestó su gloria; y sus discípulos creyeron en él.

Jesús y Sus discípulos se dirigieron al norte, esto es, a Galilea. Al tercer día, llegaron a Caná de Galilea (vea el mapa «Palestina durante la vida de Cristo» en el apéndice). Esta aldea, no lejos de Nazaret, era el pueblo natal de Natanael (Jn 21.2). Habían llegado para asistir a unas bodas (Jn 2.1, 2). Jesús se identificó con los que vino a salvar.

También estaba presente la madre de Jesús, María (Jn 2.1). Los eventos posteriores indican que ella estaba ayudando a servir en el banquete de bodas (vea Jn 2.3, 5). Tal vez era un pariente o un amigo el que se estaba casando.

Estaban en medio de la celebración, cuando se les acabaron los refrescos. Tal vez habían llegado más personas de las que esperaban. Cual haya sido la razón, era una situación que se podía tornar embarazosa. María se acercó a su Hijo, y le dijo: «No tie-

nen vino» (Jn 2.3). No sabemos qué esperaba ella que hiciera Él; pues anteriormente no había llevado a cabo ningún milagro (Jn 2.11). Sin embargo, es probable que, al haber dependido de Él por varios años, ella creía que Él podía hacer *algo*.

La respuesta de Cristo es significativa: «¿Qué tienes conmigo, mujer? Aún no ha venido mi hora» (Jn 2.4). En aquella sociedad, no era un insulto llamar «mujer» a la madre de uno. (El término sería usado más adelante con cariño [Jn 19.26].) No obstante, las palabras de Cristo constituían una leve reprimenda. Ernest Hauser escribió que esta fue una de tres reprobaciones cuyo fin era «acostumbrar a María a la idea de que Jesús, aunque hijo suyo, no le “pertenece” a ella». Hauser añadió que la aseveración de Cristo aquí, «sirve para notar que, a partir de ese momento, sus vínculos terrenales debían soltarse».⁴

María no desistió. Les dijo a los siervos: **Haced todo lo que os dijere** (Jn 2.5), lo cual es buen consejo para todo el mundo. Aparentemente, Jesús llegó a la conclusión de que este uso de Sus poderes milagrosos no sería incongruente con el propósito de ellos (hacer bien), y no apresuraría Su «hora» (el momento de Su muerte), siempre y cuando sólo lo supieran los siervos. Después, Él llevó a cabo el muy conocido milagro de convertir el agua en vino (Jn 2.6–10).

Ha habido una encendida polémica sobre si este suceso prueba que Jesús estaba de acuerdo con el consumo de bebidas alcohólicas. Un bando de la controversia recalca la palabra «vino» y el comentario que se recoge en el versículo 10. El otro bando ha hecho notar que Jesús hizo entre 120 y 180 galones de vino. Eran seis tinajas que servían para almacenar agua para los lavados ceremoniales (vea Mr 7.3). El texto griego hace notar que en cada una cabían dos o tres *metretas* (μετρητάς), y que fueron llenadas hasta arriba (Jn 2.7). En términos de hoy día, esto equivaldría a veinte o treinta galones (esto es, 75 a 115 litros) en cada tinaja. Si el vino tenía un nivel significativo de alcohol, (a veces se hace notar que la bebida corriente de la tierra consistía en una parte de vino por seis partes de agua) entonces Él habría

⁴Ernest O. Hauser, “Mary, Mother of Christ” («María, la madre de Cristo»), *Reader’s Digest* (Diciembre 1971): 171.

estado instando a la ebriedad, que es censurada en toda la Biblia (Pr 20.1; Gá 5.21). No obstante, este no es el pasaje para resolver esta cuestión. Las palabras tan a menudo citadas del versículo 10, serían verdaderas, haya tenido el vino contenido alcohólico o no. Además, la palabra griega que se traduce por «vino» (*oinos*) es la palabra general para referirse al vino, y se usaba incluso en el Antiguo Testamento (la Septuaginta) para referirse al jugo que todavía estaba en la uva (Is 65.8).

Tal disputa pasa por alto el punto del pasaje: De una forma callada, casi inadvertida, en una recóndita y minúscula aldea, Jesús había comenzado a flexionar Sus músculos espirituales. Había llevado a cabo Su primer milagro.

Hoy día usamos la palabra «milagro» muy a la ligera, para referirnos a cualquier cosa que sea extraordinaria. La Biblia, en cambio, usa la palabra en un sentido especial, para referirse a un acto sobrenatural. Jesús ciertamente había hecho mucho que se consideraba *extraordinario*, durante Sus primeros treinta años de vida, pero esta era la primera vez que usaba Sus poderes *sobrenaturales*. Debido a que vivimos en el mundo natural, no estamos capacitados para explicar lo sobrenatural. Es por fe que recibimos lo que la Biblia dice sobre el tema.

Juan no pasó por alto la trascendencia del evento. Usó su palabra favorita para referirse a los milagros: la palabra **señal** (Jn 2.11). Lo que Jesús había hecho era señal de que Él realmente venía de Dios. Juan hizo notar que Cristo «manifestó su gloria» (Jn 2.11). Este fue un anticipo de las poderosas obras que haría. Además, como resultado de esta primera señal, **sus discípulos creyeron en él** (Jn 2.11b). La fe de ellos en que Jesús era el Mesías, se fortaleció.

LA PRIMERA RESIDENCIA DE JESÚS EN CAPERNAUM (EN GALILEA) (JN 2.12)

¹²Después de esto descendieron a Capernaum, él, su madre, sus hermanos y sus discípulos; y estuvieron allí no muchos días.

De Caná, Jesús viajó al norte y al este. **Después de esto descendieron a Capernaum, él, su madre, sus hermanos y sus discípulos; y estuvieron allí no muchos días** (Jn 2.12). Capernaum era un activo centro comercial, que estaba a la orilla del mar de Galilea, no lejos de Betsaida, la ciudad natal de Pedro y de Andrés (Jn 1.44), aunque, aparentemente, Pedro y Andrés se mudaron más adelante a Capernaum (Mr 1.21, 29). (Vea el mapa «Palestina durante la vida de Cristo» en el apéndice.) La ciudad no estaba lejos de una importante carretera que cruzaba Palestina de este a oeste. Más adelante se convertiría en el centro de operaciones de Jesús (Mt 4.13).

PARTE IV

EL MINISTERIO DE CRISTO DE LA PRIMERA PASCUA A LA SEGUNDA

Incluye una armonía de

Mt 4.12–25; 8.2–4, 14–17; 9.1–9

Mr 1.14—2.14

Lc 3.19–20; 4.14–15, 31–44; 5.1–28

Jn 2.13—4.54

LA PRIMERA PASCUA DEL MINISTERIO DE JESÚS (JN 2.13—3.21)

Jesús tuvo que abreviar Su estadía en Capernaum, con el fin de asistir a la fiesta de la Pascua. La fiesta de la Pascua conmemoraba cuando Dios «pasó por encima» de los israelitas, en Egipto, que habían untado con sangre de cordero el dintel y los dos postes de su puerta (Ex 12.1–28). Podemos estar seguros de que Jesús había estado asistiendo regularmente a esta fiesta desde que tenía doce años (Lc 2.41–42); sin embargo, esta fue la primera Pascua de Su ministerio público. Esta era también la primera aparición en público que hacía Jesús, desde que había comenzado Su ministerio. Comenzó de una manera dramática, llevando a cabo Su primera purificación del templo.

Purificación del templo (Jn 2.13–25)

¹³Estaba cerca la pascua de los judíos; y subió Jesús a Jerusalén, ¹⁴y halló en el templo a los que vendían bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas allí sentados. ¹⁵Y haciendo un azote de cuerdas, echó fuera del templo a todos, y las ovejas y los bueyes; y esparció las monedas de los cambistas, y volcó las mesas; ¹⁶y dijo a los que vendían palomas: Quitad de aquí esto, y no hagáis de la casa de mi Padre casa de mercado. ¹⁷Entonces se acordaron sus discípulos que está escrito: El celo de tu casa me consume. ¹⁸Y los judíos respondieron y le dijeron: ¿Qué señal nos muestras, ya que haces esto? ¹⁹Respondió Jesús y les dijo: Destruid este templo, y en tres días lo levantaré. ²⁰Dijeron luego los judíos: En cuarenta y seis años fue edificado este templo, ¿y tú en tres días lo levantarás? ²¹Mas él hablaba del templo de su cuerpo. ²²Por tanto, cuando resucitó de entre los muertos, sus discípulos se acordaron que había dicho esto; y

creyeron la Escritura y la palabra que Jesús había dicho.

²³Estando en Jerusalén en la fiesta de la pascua, muchos creyeron en su nombre, viendo las señales que hacía. ²⁴Pero Jesús mismo no se fiaba de ellos, porque conocía a todos, ²⁵y no tenía necesidad de que nadie le diese testimonio del hombre, pues él sabía lo que había en el hombre.

El comercio que se llevaba a cabo en el templo había sido el resultado de la llegada de los judíos que venían de todo el mundo, para celebrar las fiestas judías más importantes (vea Hch 2.5, 9–11). A todo judío se le exigía pagar al templo un impuesto anual de medio siclo. Las autoridades judías sustentaban esta práctica en Éxodo 30.13, a pesar de que no había indicio de que este fuera un requisito permanente. El incidente de Mateo 17.24–27 tiene que ver con el pago de este impuesto. Las autoridades del templo no permitían que tal impuesto se pagara con moneda extranjera, de modo que eran necesarios los cambistas. También, todo judío debía hacer ciertos sacrificios de animales durante los días de fiesta. La mayoría de los que venían de otras tierras, no podían traer animales con ellos, de modo que tenían que comprarlos después que llegaban. Fue así como se originó la venta de ganado en el templo. Pudieron haberse originado como un servicio para los viajeros que venían de todo el mundo, pero se deterioraron hasta convertirse en una forma de hacer dinero, controlada por los sacerdotes. Estos negocios se llevaban a cabo, aparentemente, en el atrio de los gentiles. Hay dos palabras griegas para referirse al **templo**. Una de ellas (*ναός*, *naos*) se refería a la parte sagrada del templo. La otra (*ἱερόν*, *hieron*) se refería al complejo del templo en su totalidad, incluido el atrio de los gentiles. Es la segunda palabra la que se usa aquí.

El primer acto público de Jesús constituyó una manifestación de Su celo por la casa de Dios y la voluntad de Dios. Cuando echaba a los mercaderes, decía: **no hagáis de la casa de mi Padre casa de mercado** (Jn 2.16b). Más adelante, en una ocasión parecida, diría: «Escrito está: Mi casa, casa de oración será llamada; mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones» (Mt 21.13).

El primer acto público de Jesús también fue una manifestación de Su autoridad aprobada por Dios (Mt 3.17; vea Mt 7.29).

Molestos, los jefes del templo desafiaron esa autoridad. La New Living Translation (Traducción del nuevo vivir) traduce Juan 2.18, con estas palabras: «“¿Qué derecho tienes de hacer estas cosas?” —preguntaron los dirigentes judíos— “Si tienes autoridad de Dios, muéstranos una señal milagrosa para probarlo”».

A los que estaban dispuestos a ver y a creer, Jesús les daría muchas señales durante Su ministerio (vea Jn 2.23), pero el milagro más trascendental sería el de Su resurrección (Ro 1.4). Por lo tanto, respondió diciendo: **Destruid este templo**, [griego: *naos*] **y en tres días lo levantaré** (Jn 2.19). ... **él hablaba del templo de su cuerpo** (Jn 2.21), pero Sus enemigos le entendieron mal (Jn 2.20), al pensar únicamente en el edificio de mármol y de oro que les rodeaba. Esta aseveración de Jesús causó una impresión en ellos. La mala interpretación del anuncio fue presentada en el juicio de Cristo (Mr 14.58) y en Su crucifixión (Mt 27.40).

Mientras Jesús estuvo en Jerusalén, Él hizo sus primeros milagros en público (Jn 2.23). No se nos dice la naturaleza de esos milagros, pero sí habrían incluido la sanidad de los enfermos (Mt 4.23). No hay indicio de que, a estas alturas, Jesús estuviera echando demonios. El primer evento que se recoge de esta clase de milagro se encuentra en Marcos 1.23–28 y Lucas 4.33–37. El asombro causado en esa ocasión puede ser indicio de que el echar fuera demonios era una nueva manifestación del poder de Jesús. El grupo de creyentes comenzó a crecer (Jn 2.23), pero Jesús sabía que la fe de ellos era débil (Jn 2.24–25). La Living Bible parafrasea el versículo 25 de esta manera: «¡No tenía necesidad de que nadie le dijese cuán fácilmente cambia la naturaleza humana!».

Enseñanza dada a Nicodemo (Jn 3.1–21)

¹Había un hombre de los fariseos que se llamaba Nicodemo, un principal entre los judíos. ²Este vino a Jesús de noche, y le dijo: Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él. ³Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de

Dios. ⁴Nicodemo le dijo: ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer? ⁵Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. ⁶Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es. ⁷No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo. ⁸El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu. ⁹Respondió Nicodemo y le dijo: ¿Cómo puede hacerse esto? ¹⁰Respondió Jesús y le dijo: ¿Eres tú maestro de Israel, y no sabes esto? ¹¹De cierto, de cierto te digo, que lo que sabemos hablamos, y lo que hemos visto, testificamos; y no recibís nuestro testimonio. ¹²Si os he dicho cosas terrenales, y no creéis, ¿cómo creeréis si os dijere las celestiales? ¹³Nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo; el Hijo del Hombre, que está en el cielo. ¹⁴Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, ¹⁵para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.

¹⁶Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. ¹⁷Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él. ¹⁸El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios. ¹⁹Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. ²⁰Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas. ²¹Mas el que practica la verdad viene a la luz, para que sea manifiesto que sus obras son hechas en Dios.

Mientras Jesús estaba en Jerusalén, **un principal entre los judíos** (un miembro del concilio o el sanedrín [vea Jn 7.45-52]) que se llamaba Nicodemo, vino a verlo una noche (Jn 2.1-2). El hecho de que Nicodemo **vino [...] de noche** puede tener algún

motivo (Jn 19.39); tal vez fue indicio de algún nerviosismo de su parte. Por otro lado, pudo haber sido la única hora en que Jesús y Nicodemo pudieron reunirse. Era uno de los que habían sido impresionados por los milagros de Jesús (2.23). Este le dijo: **Rabí**, [un título honorario de respeto] **sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él** (Jn 3.2).

Jesús, que podía leer los pensamientos de los hombres (2.24–25), sabía por qué había venido Nicodemo. Aparentemente, el dirigente judío tenía preguntas acerca del reino mesiánico. También tenía el concepto erróneo, generalizado entre los judíos, acerca del reino. Por esta razón, Cristo respondió: **De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios** (Jn 3.3). La expresión «de cierto» es traducción de la palabra griega que significa «amén», ἁμήν (*amen*), que puede significar: «esto es (así)». La repetición de la palabra es una manera categórica de recalcar, como si dijera: «Lo que estoy a punto de decir es *verdadero*».

La figura del nuevo nacimiento es llamativa, y expresa el dramático cambio que debe caracterizar a quienquiera que desee ser discípulo de Jesús. No obstante, no era el propósito de Cristo dar una lista de las condiciones del discipulado. Después que la iglesia se estableció, a nadie se le dijo alguna vez que «[naciera] de nuevo» para llegar a ser cristiano. En lugar de esto, a los que sinceramente deseaban conocer las condiciones, se les decía que debían creer, arrepentirse y bautizarse (Hch 2.37–38; 22.16). Pedro señaló más adelante a los cristianos que, al haber obedecido estos mandamientos, habían «renacido» (vea 1 P 1.22–23).

Las condiciones para llegar a ser cristiano están *implícitas* en las palabras de Jesús sobre el nuevo nacimiento: Se menciona la fe varias veces (Jn 3.15–16). Con el paso de los años, la mayoría de las personas han coincidido en que la expresión «naciere del agua» (Jn 3.5) es una referencia al bautismo. No obstante, Jesús no estaba haciendo énfasis en estas condiciones, sino en la naturaleza del reino.

El propósito de Jesús era, más bien, recalcar la naturaleza del reino mesiánico: no era un reino terrenal en el que se entraba por un nacimiento terrenal (como había sido el reino de Israel). Más

bien, era un reino celestial, en el que se entraba por medio de un renacimiento celestial (esto es, un cambio de carácter). No era un reino que se caracterizara por la marcha de ejércitos humanos, sino por la obra del Espíritu de Dios (Jn 3.6–8). La ilustración del viento que usa Jesús, consiste en un juego de palabras: La palabra griega que significa «viento» es la misma que significa «Espíritu»: πνεῦμα (*pneuma*). No podemos ver el viento, pero sí podemos ver el efecto de su presencia. Lo mismo pasa con la obra del Espíritu. Estos eran conceptos nuevos para Nicodemo, y los halló difíciles de entender (Jn 3.4, 10).

El mensaje básico de Jesús es seguido de una prolongada porción que es característica del evangelio de Juan. El libro de Juan se distingue por sus segmentos reflexivos. Que estas palabras hayan sido una continuación de los comentarios que Jesús hizo a Nicodemo, o que hayan sido comentarios inspirados de Juan, no es algo que sepamos. La manera más sencilla de enfocar el asunto es recibiendo el discurso como palabras de Jesús, y esta es la forma como lo trata la NASB. (N. del T.: La Reina-Valera trata el discurso de igual manera.) De todos modos, contienen un caudal de verdades que invitan a reflexionar; incluyendo el hecho de que Jesús sería **levantado** (en la cruz) (Jn 3.14) y la necesidad de creer que Jesús es el Cristo (el Mesías) (Jn 3.15–16, 18).

Se incluye en el discurso el pasaje de las Escrituras que más se conoce en el mundo: Juan 3.16, el llamado «texto de oro de la Biblia». No se incluye en él todo lo que necesitamos saber acerca de la salvación (como algunos afirman), pero *es* una hermosa y poderosa aseveración sobre el amor de Dios para con nosotros.

EL PRIMER MINISTERIO EN JUDEA (Y TESTIMONIO ADICIONAL DADO POR JUAN) (JN 3.22–36)

²²Después de esto, vino Jesús con sus discípulos a la tierra de Judea, y estuvo allí con ellos, y bautizaba. ²³Juan bautizaba también en Enón, junto a Salim, porque había allí muchas aguas; y venían, y eran bautizados. ²⁴Porque Juan no había

sido aún encarcelado.

²⁵Entonces hubo discusión entre los discípulos de Juan y los judíos acerca de la purificación. ²⁶Y vinieron a Juan y le dijeron: Rabí, mira que el que estaba contigo al otro lado del Jordán, de quien tú diste testimonio, bautiza, y todos vienen a él. ²⁷Respondió Juan y dijo: No puede el hombre recibir nada, si no le fuere dado del cielo. ²⁸Vosotros mismos me sois testigos de que dije: Yo no soy el Cristo, sino que soy enviado delante de él. ²⁹El que tiene la esposa, es el esposo; mas el amigo del esposo, que está a su lado y le oye, se goza grandemente de la voz del esposo; así pues, este mi gozo está cumplido. ³⁰Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe.

³¹El que de arriba viene, es sobre todos; el que es de la tierra, es terrenal, y cosas terrenales habla; el que viene del cielo, es sobre todos. ³²Y lo que vio y oyó, esto testifica; y nadie recibe su testimonio. ³³El que recibe su testimonio, éste atestigua que Dios es veraz. ³⁴Porque el que Dios envió, las palabras de Dios habla; pues Dios no da el Espíritu por medida. ³⁵El Padre ama al Hijo, y todas las cosas ha entregado en su mano. ³⁶El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él.

Después de la fiesta en Jerusalén, Jesús y sus discípulos se dirigieron a la campiña de Judea con el fin de predicar y enseñar. Los estimados de tiempo de este ministerio varían entre los tres y los ocho meses. Se nos dan dos datos sobre este período. En primer lugar, Cristo **estuvo allí con** [sus discípulos]; les estuvo enseñando y dándoles la oportunidad de que lo conocieran. En segundo lugar, **bautizaba** (Jn 3.22), como Su precursor había hecho. Este bautismo aparentemente era una continuación del bautismo de Juan, y era, por lo tanto, un bautismo preparatorio.

El ministerio de Jesús en Judea fue aparentemente exitoso, pues los discípulos de Juan se quejaron, diciendo: ... **mira que** [...] **bautiza, y todos vienen a él** (Jn 3.26). El capítulo que sigue asevera que «Jesús [hacía y bautizaba] más discípulos que Juan (aunque Jesús no bautizaba, sino sus discípulos)» (Jn 4.1–2).

El éxito de Jesús fue recibido favorablemente por el Bautista,

pero no por los discípulos que quedaban con él. Se habían llenado de celos (Jn 3.26). Se han perdido batallas por causa de los celos entre generales. Los celos constituyen una constante amenaza a la armonía de la obra del Señor.

Las quejas de los discípulos de Juan hicieron que este diera testimonio nuevamente, acerca de quién era Jesús (Jn 3.27–35). El Bautista recalcó la importancia de creer que Jesús era el Mesías: **El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que no obedece al Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios permanece sobre él** (Jn 3.36; LBLA). Los conceptos creer y obedecer se usan de modo intercambiable. En la KJV se lee «cree» dos veces en el versículo, sin embargo, en los mejores manuscritos griegos se usan dos palabras diferentes. (N. del T.: En la Reina-Valera se lee igual que en la KJV.)

Cuando Juan definió una vez más su propia función (Jn 3.28–29), él manifestó uno de los más nobles sentimientos de las Escrituras: **Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe** (Jn 3.30). Vendrá un tiempo cuando nosotros tendremos que hacernos a un lado y dejar que otros tomen nuestros lugares. Los resentimientos se podrían evitar si cada uno de nosotros pudiera decir cortésmente, sin animosidad, «El (o ella) debe crecer, pero yo debo menguar.»

APLICACIÓN: «DE TAL MANERA AMÓ DIOS AL MUNDO» (JN 3.16)

En Juan 3.14–17, tenemos el texto más conocido de la Biblia, ese versículo «de oro», Juan 3.16, que dice: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna». Este es uno de los más grandes versículos de la Biblia, y lo es por dos razones al menos: (1) Menciona de paso el espectro total del plan de Dios. Martín Lutero, el renombrado dirigente de la Reforma del siglo dieciséis, lo llamó «la Biblia en miniatura». (2) Está lleno de superlativos: palabras supremas que insinúan los más maravillosos temas conocidos por el hombre.

«Porque [...] Dios»: el más grande Ser

Así como el mundo, el hombre y todas las cosas buenas comenzaron con Dios, también comienza el texto: «Porque de tal manera amó Dios al mundo...».

He aquí el más grande Ser. Nuestra mente no puede concebir algo más grande que Dios. Un conocido estadista norteamericano dijo que la idea más grande que alguna vez albergó en su mente fue Dios y su responsabilidad personal para con Este.¹

Refiriéndose a Dios, Pablo escribió que Él «es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos...» (Ef 3.20). Uno no puede imaginar nada que Dios no pueda hacer. Dios es tan grande, que para poder comprenderlo en Su totalidad, tendríamos que ser iguales a Él: Nosotros mismos tendríamos que ser dioses.

«De tal manera amó»: el más grande atributo

Esto es lo que se dice del más Grande Ser: «Porque de tal manera amó Dios al mundo...». El amor es el más grande atributo del mundo: «Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor» (1 Co 13.13). El texto bajo estudio declara además que Dios tiene el más alto grado de Su más grande atributo: «Porque de tal manera amó Dios al mundo...».

Efesios 3.17–19 anuncia que el amor de Dios tiene dimensiones. Esto es lo que dice: «... a fin de que [...] seáis plenamente capaces de comprender [...] cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento...». (Énfasis nuestro.) ¿Cuál es la «longitud» del amor de Dios? El texto bajo estudio nos dice: «De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito...». El amor de Dios recorrió toda la longitud.

«Al mundo»: la más grande agrupación

¿A quién ofreció Dios el más grande atributo? «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado...»: el mundo, la más

¹Daniel Webster, citado en Frank S. Mead, comp. and ed., *12,000 Religious Quotations (12,000 citas religiosas)* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1989), 189.

grande agrupación que podemos concebir en nuestra mente: todos los que han vivido, los que están viviendo ahora, y los que vivirán antes que esta tierra sea destruida. No obstante, no fue solamente la más grande agrupación que nuestras mentes pueden imaginar, sino la agrupación más indigna: un mundo pecador, un mundo desobediente, un mundo en tinieblas. Dios miró abajo hacia este mundo impío y lo amó. Dios miró abajo hacia *nosotros* y *nos* amó.

Una vez un misionero de África le dirigió la palabra a un grupo de niños pequeños, y les dijo: «Quiero contarles acerca del evangelio que predicamos en África. Levanten la mano todos los chicos *buenos* que están presentes». Ni una sola mano se levantó. El misionero sonrió y dijo: «Entonces tengo para ustedes el mismo mensaje que tenemos para los de África: Dios ama a los chicos malos».

Puede que no suene bien, pero es la verdad. «Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros» (Ro 5.8).

«Que ha *dado*»: el más grande acto

¿Qué hizo el más grande Ser, por la más grande agrupación, debido a que posee el más grande atributo? «De tal manera amó Dios al mundo, que ha *dado*...». Son tres actos los que nos acercan a lo Divino: dar, perdonar y agradecer, y la raíz de los tres es *dar*, el más grande acto.

«Su Hijo unigénito»: el más grande regalo

Dios demostró la grandeza de Su amor por *lo que* dio: «De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a *Su Hijo Unigénito*», el más grande regalo. Muchos regalos se han dado. Se sabe de hombres ricos que han donado altas sumas de dinero a causas dignas, algunas veces sumas increíblemente altas; sin embargo, ningún regalo se puede comparar con el que dio Dios.

Considere lo que dio Dios: (1) Dio a Su Hijo. Imagínese a un hijo amoroso, obediente y cumplido. Qué desgarrador sería ceder un hijo así. (2) Dios no solamente dio a Su Hijo, sino que dio a Su Hijo «unigénito», un Hijo a Su semejanza y a Su imagen con el sello de la Divinidad en Su frente. Imagínese lo que es

ceder un Hijo *único*. (3) Dios no solamente dio a Su único Hijo, sino que dio a Su único Hijo para ser *sacrificado*. La de Jesús sería una terrible y penosa muerte por personas que no lo merecían. Dios tendría que ceder Su Hijo aún cuando las lágrimas de Este le estuvieran desgarrando el corazón.

Este es un regalo tan grande que ni siquiera podemos comprender. Pablo dijo: «¡Gracias a Dios por su don inefable!» (2 Co 9.15). En la KJV se lee: «Gracias a Dios por ese don para el cual no hay palabras con que describirlo». Hay cosas en el mundo que no se pueden entender, pero por lo menos tenemos palabras para hablar de ellas, por ejemplo, la población del mundo o una deuda nacional, en cambio el don de Dios es tan incomprendible que no podemos ni siquiera hablar de él con precisión. «Qué amor tan asombroso, tan divino, exige mi alma, mi vida, todo lo mío.»²

«Para que *todo aquel*»: la más grande oportunidad

Después de haber hablado acerca de Dios y de Cristo, llegamos por fin a nosotros mismos en el texto: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que *todo aquel* que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna». La expresión «todo aquel» proclama la más grande oportunidad del mundo. Las provisiones del amor de Dios son para todos (Lc 2.10; Mt 28.19; Hch 10.34–35; 17.30; 2 P 3.9). Jesús les dijo a Sus discípulos: «Id por *todo* el mundo y predicad el evangelio a *toda* criatura» (Mr 16.15; énfasis nuestro).

La expresión «todo aquel» debería ser significativa para nosotros en lo individual. Phillips Brooks, un renombrado predicador del siglo diecinueve, quien dijo que apreciaba la forma como se lee en Juan 3.16: Dios podía haber dicho «para que los americanos³ que en él creen, no se pierdan, más tengan vida eterna»; sin embargo, americanos también son los latinoamericanos, los suramericanos, los norteamericanos, y así por el estilo. Dios podía haber dicho: «para que Brooks tenga vida eterna»; sin embargo,

²Isaac Watts, "When I Survey the Wondrous Cross" («Cuando exploro la maravillosa cruz»), *Songs of Faith and Praise (Cánticos de fe y de alabanza)*, comp. y ed. Alton H. Howard (West Monroe, La.: Howard Publishing Co., 1994).

³Phillips Brooks usa este gentilicio en el sentido de «estadounidenses».

hay muchas personas que también tienen el apellido Brooks. Dios podía haber dicho incluso: «para que creyendo Phillips Brooks, él sea salvo»; sin embargo, es posible que haya más de un Phillips Brooks, de modo que la duda podría persistir. «¡Cuán agradecido estoy», dijo Phillips Brooks, «de que Dios dijo “todo aquel”, porque yo sé que *eso* se aplica a mí!». ¡Cada uno de nosotros puede leer este versículo y saber que puede ser salvo!

Entienda, sin embargo, que la expresión «todo aquel» carga la responsabilidad sobre *nosotros*. El mundo está formado de «todo aquel que esté dispuesto» y de «todo aquel que no lo esté». Cada uno de nosotros decide si aprovechará o no la gloriosa oportunidad (Ap 22.17). Cada uno de nosotros determina su propio destino eterno.

«Que [...] cree»: el más grande fundamento

¿Qué debemos hacer para aprovechar la más grande oportunidad? El texto dice: «para que todo aquel que en él *crea*, no se pierda, mas tenga vida eterna». La fe es el más grande fundamento. Sobre ella descansa todo lo que hacemos para llegar a ser cristianos y todo lo que hacemos como cristianos. «Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan» (He 11.6).

Debe recalarse que la palabra «cree» de Juan 3.16 no es simple asentimiento mental. La Amplified Bible (edición de 1987) traduce así el versículo: «Porque de tal manera amó y con tanta estima apreció Dios al mundo que Él [incluso] entregó a Su Hijo unigénito (exclusivo), para que todo aquel que cree (*confía, se aferra, se apoya*) en Él, no se pierda [...] mas tenga vida eterna (perpetua)». (Énfasis nuestro.)

La verdadera fe incluye obediencia a la voluntad de Dios (vea Stg 2.20). Pablo escribió: «Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino *la fe que obra* por el amor» (Gá 5.6; énfasis nuestro). Al edificar sobre el fundamento de la fe y al ser motivado por el amor, uno se arrepiente de sus pecados (Lc 13.3), confiesa su fe delante de los hombres (Mt 10.32) y es sepultado en el bautismo para el perdón de los pecados (Hch 2.38).

«En Él»: la más grande atracción

¿Qué es lo que producirá tal fe? ¿Qué es lo que nos moverá a la obediencia? «... para que todo aquel que en él cree, no se pierda». Jesús hace posible la salvación. Él es la más grande atracción de todas las eras. Él dijo: «Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo» (Jn 12.32). Nuestra fe no descansa sobre determinado hombre, determinada doctrina o determinado sistema religioso. Nuestra fe está puesta sobre Cristo, quien murió por nuestros pecados.

«No se pierda»: la más grande tragedia

Si tenemos esta fe, ¿cuál será el resultado? «... todo aquel que en él cree, no se pierda...». Nuestra fe obediente evitará la más grande tragedia que puede acontecer a hombre alguno.

Muchas tragedias ocurren en esta vida. Se incendia un granero, destruyendo toda la maquinaria y los bienes de un granjero, y este dice: «Estoy arruinado». Se pierde una casa en una inundación, con todas las posesiones terrenales de una familia, y ellos lloran diciendo: «Estamos arruinados». El esposo y padre de una gran familia muere, y la familia llora con el corazón destrozado, diciendo: «Estamos arruinados». Alguien pierde su salud, y también piensa, diciendo: «Estoy arruinado». Oígame: Por más malas que sean las tragedias de la vida, un hombre jamás estará arruinado, sino hasta que esté eternamente perdido. *Entonces* «[sufrirá] pena de eterna perdición, [excluido] de la presencia del Señor y de la gloria de su poder» (2 Ts 1.9; vea Mt 25.46; Ap 20.10). Esto es lo que la palabra «pierda» significa.

«Mas»: la más grande diferencia

Me alegra que el texto no termina con la palabra «pierda». Sigue diciendo: «... para que todo aquel que en él cree, no se pierda, *mas* tenga vida eterna». «Mas» es una pequeña palabra que cambia totalmente las cosas. En este texto, tenemos por un lado la palabra «pierda», y por el otro la frase «vida eterna». Entre las dos, haciendo que todo cambie, tenemos la pequeña conjunción adversativa «mas».

«Tenga *vida eterna*»: la más grande promesa

Con esta promesa termina el pasaje: «... para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga *vida eterna*». He aquí la más grande promesa: la promesa de una eternidad con Dios (vea Mr 10.30; Gá 6.8; 1 Ti 6.12; Tit 1.2.) en un lugar donde Él «enjugará [...] toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron» (Ap 21.4). Esta es la promesa de Dios para nosotros, si confiamos y obedecemos.

Conclusión

He aquí la esencia del relato del evangelio en un sólo versículo:

- Porque [...] Dios: El más grande Ser.
- «De tal manera amó»: El más grande atributo.
- «Al mundo»: La más grande agrupación.
- «Que ha dado»: El más grande acto.
- «Su hijo unigénito»: El más grande regalo.
- «Para que todo aquel»: La más grande oportunidad.
- «Que [...] cree»: El más grande fundamento.
- «En Él»: La más grande atracción.
- «No se pierda»: La más grande tragedia.
- «Mas»: La más grande diferencia.
- «Tenga vida eterna»: La más grande promesa.

**EL TRASLADO DE JUDEA A GALILEA
(MT 4.12; MR 1.14; LC 3.19–20; JN 4.1–45)**

La escena se traslada hacia el norte de Galilea. Los relatos sinópticos se centran en «El gran ministerio en Galilea», que duró cerca de año y medio. En los versos a discutir, veremos asuntos preliminares relacionados con ese ministerio.

**Razones para el traslado a Galilea
(Mt 4.12; Mr 1.14; Lc 3.19–20; Jn 4.1–3)**

Mateo 4.12

¹²Cuando Jesús oyó que Juan estaba preso, volvió a

Galilea.

Marcos 1.14

¹⁴Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios.

Lucas 3.19–20

¹⁹Entonces Herodes el tetrarca, siendo reprendido por Juan a causa de Herodías, mujer de Felipe su hermano, y de todas las maldades que Herodes había hecho, ²⁰sobre todas ellas, añadió además esta: encerró a Juan en la cárcel.

Juan 4.1–3

¹Cuando, pues, el Señor entendió que los fariseos habían oído decir: Jesús hace y bautiza más discípulos que Juan ²(aunque Jesús no bautizaba, sino sus discípulos), ³salió de Judea, y se fue otra vez a Galilea.

Jesús y Sus discípulos estaban teniendo éxito en Judea, al enseñar y bautizar aún más discípulos que Juan el Bautista (Jn 3.22, 26; 4.1). En el apogeo de este éxito, Cristo decidió que era el momento de salir de Judea y volver a Galilea. Fueron dos factores los que contribuyeron al traslado en este momento en particular.

Mateo y Marcos dieron una razón para la decisión: Mateo 4.12 dice: **Cuando Jesús oyó que Juan estaba preso** [por Herodes, vea Mt 14.1–12; Mr 6.14–29], **volvió a Galilea** (vea Mr 1.14). Herodes, el tetrarca, vivía con Herodías, una sobrina y esposa de su hermano Felipe. El valiente Bautista le había dicho a Herodes: «No te es lícito tenerla» (Mt 14.4). Esto había enfurecido a Herodías, que presionó a Herodes para hacer que arrestara a Juan (Mr 6.17–19). El gobernante **encerró a Juan en la cárcel** (Lc 3.20).

Cuando uno lee que Jesús se retiró a Galilea después que Juan fue encarcelado, podría imaginarse que Él estaba tratando de huir de Herodes, al saber que el tetrarca también deseaba ponerlo en prisión. En realidad, Cristo se estaba dirigiendo a una parte de la tetrarquía de Herodes (vea Lc 23.6–7). ¿Por qué, entonces, el

encarcelamiento de Juan motivó que Jesús se trasladara a Galilea? Hay quienes creen que Jesús estaba corriendo hacia el norte a dar ánimo a los discípulos de Juan que se encontraban en esa región, para evitar que se dispersaran. La mayoría de los estudiosos creen que Enón (Jn 3.23) estaba al norte de Judea. Puede haber estado en Samaria.

Juan añadió otra razón por la cual Cristo pensó que era aconsejable salir de Judea: **Cuando, pues, el Señor entendió que los fariseos habían oído decir: Jesús hace y bautiza más discípulos que Juan [...] salió de Judea...** (Jn 4.1–3). Jesús quería evitar una confrontación directa con los fariseos, al menos por un tiempo, por esta razón dejó la provincia donde la influencia de estos era más sentida. Después de haber estado un año en Judea, Jesús y sus discípulos se [fueron] **otra vez a Galilea** (Jn 4.3).

El episodio en Samaria (Jn 4.4–42)

⁴Y le era necesario pasar por Samaria. ⁵Vino, pues, a una ciudad de Samaria llamada Sicar, junto a la heredad que Jacob dio a su hijo José. ⁶Y estaba allí el pozo de Jacob. Entonces Jesús, cansado del camino, se sentó así junto al pozo. Era como la hora sexta.

⁷Vino una mujer de Samaria a sacar agua; y Jesús le dijo: Dame de beber. ⁸Pues sus discípulos habían ido a la ciudad a comprar de comer. ⁹La mujer samaritana le dijo: ¿Cómo tú, siendo judío, me pides a mí de beber, que soy mujer samaritana? Porque judíos y samaritanos no se tratan entre sí. ¹⁰Respondió Jesús y le dijo: Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva. ¹¹La mujer le dijo: Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo. ¿De dónde, pues, tienes el agua viva? ¹²¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, del cual bebieron él, sus hijos y sus ganados? ¹³Respondió Jesús y le dijo: Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed; ¹⁴mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna. ¹⁵La mujer le dijo: Señor, dame esa agua, para que no tenga yo sed, ni venga aquí a sacarla.

¹⁶Jesús le dijo: Ve, llama a tu marido, y ven acá. ¹⁷Respondió

la mujer y dijo: No tengo marido. Jesús le dijo: Bien has dicho: No tengo marido; ¹⁸porque cinco maridos has tenido, y el que ahora tienes no es tu marido; esto has dicho con verdad. ¹⁹Le dijo la mujer: Señor, me parece que tú eres profeta. ²⁰Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar. ²¹Jesús le dijo: Mujer, créeme, que la hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre. ²²Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos; porque la salvación viene de los judíos. ²³Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. ²⁴Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren. ²⁵Le dijo la mujer: Sé que ha de venir el Mesías, llamado el Cristo; cuando él venga nos declarará todas las cosas. ²⁶Jesús le dijo: Yo soy, el que habla contigo.

²⁷En esto vinieron sus discípulos, y se maravillaron de que hablaba con una mujer; sin embargo, ninguno dijo: ¿Qué preguntas? o, ¿Qué hablas con ella? ²⁸Entonces la mujer dejó su cántaro, y fue a la ciudad, y dijo a los hombres: ²⁹Venid, ved a un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho. ¿No será éste el Cristo? ³⁰Entonces salieron de la ciudad, y vinieron a él.

³¹Entre tanto, los discípulos le rogaban, diciendo: Rabí, come. ³²El les dijo: Yo tengo una comida que comer, que vosotros no sabéis. ³³Entonces los discípulos decían unos a otros: ¿Le habrá traído alguien de comer? ³⁴Jesús les dijo: Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra. ³⁵¿No decís vosotros: Aún faltan cuatro meses para que llegue la siega? He aquí os digo: Alzad vuestros ojos y mirad los campos, porque ya están blancos para la siega. ³⁶Y el que siega recibe salario, y recoge fruto para vida eterna, para que el que siembra goce juntamente con el que siega. ³⁷Porque en esto es verdadero el dicho: Uno es el que siembra, y otro es el que siega. ³⁸Yo os he enviado a segar lo que vosotros no labrasteis; otros labraron, y vosotros habéis entrado en sus labores.

³⁹Y muchos de los samaritanos de aquella ciudad creyeron en él por la palabra de la mujer, que daba testimonio diciendo: Me dijo todo lo que he hecho. ⁴⁰Entonces vinieron los sama-

ritanos a él y le rogaron que se quedase con ellos; y se quedó allí dos días. ⁴¹Y creyeron muchos más por la palabra de él, ⁴²y decían a la mujer: Ya no creemos solamente por tu dicho, porque nosotros mismos hemos oído, y sabemos que verdaderamente éste es el Salvador del mundo, el Cristo.

La ruta más directa para viajar de Judea a Galilea era por la provincia de Samaria; sin embargo, la mayoría de los judíos, debido a su aversión por los samaritanos, tomaban una sinuosa ruta para viajar de una provincia a otra: viajaban hacia el este, pasaban el Jordán, y luego seguían sobre la margen oriental de este, hasta que pudieran pasar a Galilea. Jesús, en cambio, viajaba directo hacia el norte, pasando por Samaria.

Juan escribió que a Cristo **le era necesario pasar por Samaria** (Jn 4.4; énfasis nuestro). Tal vez le era «necesario» porque tenía prisa. Podía ahorrarse unos tres días de viaje si tomaba la ruta directa. Sin embargo, el hecho de que se detuviera en Samaria varios días (Jn 4.40) hace improbable esta razón. Es más probable que le fuera «necesario» porque tenía como propósito hacer contacto con los samaritanos. Lo que los judíos veían como una despreciable raza mestiza, Jesús lo veía como **campos [...] blancos para la siega** (Jn 4.35).

En el centro de Samaria, Jesús encontró a una mujer junto a un pozo, lo cual dio como resultado uno de los más notables intercambios del ministerio de Cristo. La conversación de Jesús con la mujer ha sido estudiada como un modelo de cómo llevar a las personas no religiosas a la fe: cómo entró en contacto con ella, cómo estimuló su interés, cómo corrigió el error, cómo la guió a nuevas verdades, cómo la convenció de pecado y, especialmente, cómo cultivó la fe en el corazón de ella.

Como resultado de este único contacto, Cristo tuvo la oportunidad de enseñar a toda una ciudad. «Y creyeron muchos más por la palabra de él» (Jn 4.41).

Llegada a Galilea (Lc 4.14; Jn 4.43–45)

Lucas 4.14

¹⁴Y Jesús volvió en el poder del Espíritu a Galilea, y se difundió su fama por toda la tierra de alrededor.

Juan 4.43–45

⁴³Dos días después, salió de allí y fue a Galilea. ⁴⁴Porque Jesús mismo dio testimonio de que el profeta no tiene honra en su propia tierra. ⁴⁵Cuando vino a Galilea, los galileos le recibieron, habiendo visto todas las cosas que había hecho en Jerusalén, en la fiesta; porque también ellos habían ido a la fiesta.

Después de varios días con los samaritanos, Jesús y los discípulos reanudaron su viaje, viajando hacia el norte por el valle de Esdraelón. Al final llegaron a los montes del sur de Galilea. Cristo haría su más grande obra en esta provincia.

En vista de que Jerusalén y Judea constituían el centro del judaísmo en aquel tiempo, ¿por qué concentró Jesús sus esfuerzos en Galilea? He aquí tres posibles factores: (1) Jesús había crecido en Galilea, de modo que esta era la región con la cual estaba más familiarizado; (2) Galilea era la región más poblada; y (3) por regla general, los galileos eran más receptivos que los de Judea, al estar menos entusiasmados con las tradiciones religiosas. Todos los apóstoles, excepto Judas, eran galileos.

Las noticias del ministerio en Judea le precedieron. En Juan 4.45 dice: **Cuando vino a Galilea, los galileos le recibieron, habiendo visto todas las cosas que había hecho en Jerusalén, en la fiesta; porque también ellos habían ido a la fiesta** (vea Jn 2.23). Juan inserta una extraña nota en Juan 4.44. Leemos: **Porque Jesús mismo dio testimonio de que el profeta no tiene honra en su propia tierra.** Esta podría ser parte de la explicación de por qué Jesús salió de Judea; sin embargo, en todos los demás lugares de los relatos del evangelio, es a Galilea la que se presenta como la «propia tierra» de Jesús. Tal vez tenga como propósito servir de idea parentética para indicar que Jesús sabía que la cálida bienvenida que le dieron en Galilea no habría de durar. (Vea Mt 13.57; Mr 6.4; Lc 4.24.)

UNA RELACIÓN GENERAL DE LA ENSEÑANZA DE JESÚS EN GALILEA (MT 4.17; MR 1.14–15; LC 4.14–15)

Mateo 4.17

¹⁷Desde entonces comenzó Jesús a predicar, y a decir: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado.

Marcos 1.14–15

¹⁴Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios, ¹⁵diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio.

Lucas 4.14–15

¹⁴Y Jesús volvió en el poder del Espíritu a Galilea, y se difundió su fama por toda la tierra de alrededor. ¹⁵Y enseñaba en las sinagogas de ellos, y era glorificado por todos.

Jesús comienza a predicar tal como lo había hecho en Judea. Marcos escribe que **Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio** (Mr 1.14b, 15; vea Mt 4.17). El mandamiento en el sentido de «arrepentirse y creer» es algo extraño. Por lo general, las personas primero llegan a creer en Jesús, lo cual hace que se arrepientan de sus pecados. Tenga presente que Jesús estaba predicando a judíos que ya tenían una fe básica en Dios, y algún conocimiento de las Escrituras. Necesitaban arrepentirse primero de no haber cumplido la ley de Dios. Después necesitaban conocer acerca del Mesías (Cristo) y llegar a creer en Él.

Lucas escribió: **Y enseñaba en las sinagogas de ellos, y era glorificado por todos** (4.15). Como regla general, las sinagogas tenían reuniones formales dos veces el día de reposo, una vez el lunes, y una vez el jueves. El lunes y el jueves eran «días de plaza» en muchas ciudades, lo cual aseguraba una buena multitud. Las sinagogas podían abrirse también para reuniones informales en

otros momentos. Estas circunstancias constituyeron excelentes oportunidades para que Jesús enseñara. Fue un comienzo lleno de buenos augurios.

EL SEGUNDO MILAGRO EN CANÁ (JN 4.46–54)

⁴⁶Vino, pues, Jesús otra vez a Caná de Galilea, donde había convertido el agua en vino. Y había en Capernaum un oficial del rey, cuyo hijo estaba enfermo. ⁴⁷Este, cuando oyó que Jesús había llegado de Judea a Galilea, vino a él y le rogó que descendiese y sanase a su hijo, que estaba a punto de morir. ⁴⁸Entonces Jesús le dijo: Si no viereis señales y prodigios, no creeréis. ⁴⁹El oficial del rey le dijo: Señor, desciende antes que mi hijo muera. ⁵⁰Jesús le dijo: Ve, tu hijo vive. Y el hombre creyó la palabra que Jesús le dijo, y se fue. ⁵¹Cuando ya él descendía, sus siervos salieron a recibirle, y le dieron nuevas, diciendo: Tu hijo vive. ⁵²Entonces él les preguntó a qué hora había comenzado a estar mejor. Y le dijeron: Ayer a las siete le dejó la fiebre. ⁵³El padre entonces entendió que aquella era la hora en que Jesús le había dicho: Tu hijo vive; y creyó él con toda su casa. ⁵⁴Esta segunda señal hizo Jesús, cuando fue de Judea a Galilea.

Jesús comenzó a hacer milagros en Galilea, como Él había hecho en Judea. Lucas 4.14a dice que «Jesús volvió en el poder del Espíritu a Galilea». Esto se refiere a que Jesús ejercía «el poder del Espíritu» por medio de hacer milagros. El primer milagro después del regreso de Jesús tuvo lugar en Caná. La frase **segunda señal** de Juan 4.54 se refiere aparentemente al segundo milagro que se hizo en Galilea; siendo el primero el haber convertido el agua en vino (2.11), y este era el segundo. No hay duda de que Jesús había hecho otras señales-milagros mientras estuvo en Judea (2.23; 3.2).

Por alguna razón, Jesús hizo otra visita al lugar **donde había convertido el agua en vino** (Jn 4.46). Tal vez Natanael, que era oriundo de allí (Jn 21.2), lo había invitado a su casa. En la cer-

cana Capernaum, **un oficial del rey** (literalmente: «hombre del rey»), es probable que este hombre fuera oficial del palacio de Herodes) tenía un hijo que **estaba a punto de morir** (Jn 4.46–47). Al enterarse de que Jesús estaba en Caná, se apresuró a pedirle que sanara a su hijo.

La respuesta inicial que da Jesús al oficial es algo extraña: **Si no viereis señales y prodigios, no creeréis** (Jn 4.48). Note que no fue una reprensión personal, sino una crítica a la humanidad en general (la palabra «viereis» también se refiere en el griego a la segunda persona del plural). Tal vez Jesús estaba contrastando a los galileos con los samaritanos, que creyeron «por la palabra de él» (Jn 4.41) sin necesidad de milagros. Tal vez las palabras tenían como propósito probar la fe del hombre. Como haya sido, las palabras no hicieron desistir al oficial, quien de hecho *creyó* en Jesús. Cristo le dijo: **Ve, tu hijo vive** (Jn 4.50). El hombre creyó en Jesús y emprendió el camino a casa. Cuando llegó allí, se dio cuenta de que su hijo se había recuperado exactamente a la misma hora que Jesús le dijo que viviría (Jn 4.50–53a). Esto le causó una profunda impresión, y el noble **creyó [...] con toda su casa** (Jn 4.53b). Este es un ejemplo admirable de un hombre que hace a su familia partícipe de su fe.

Esta es una de cuatro sanidades conocidas que Jesús llevó a cabo a distancia, incluyendo la sanidad del siervo del centurión en Mateo 8.5–13 y Lucas 7.1–10; la sanidad de la hija de la mujer sirofenicia en Mateo 15.22–28 y Marcos 7.25–30; y la sanidad de los diez leprosos en Lucas 17.11–37.

La noticia de este y otros milagros «se difundió [...] por toda la tierra de alrededor» (Lc 4.14b). Todo el mundo estaba hablando de Jesús.

EL TRASLADO DE CAPERNAUM A GALILEA (MT 4.13–16)

¹³Y dejando a Nazaret, vino y habitó en Capernaum, ciudad marítima, en la región de Zabulón y de Neftalí, ¹⁴para que se cumpliese lo dicho por el profeta Isaías, cuando dijo:

¹⁵Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí,

Camino del mar, al otro lado del Jordán, Galilea de los

gentiles;

**¹⁶El pueblo asentado en tinieblas vio gran luz;
Y a los asentados en región de sombra de muerte,
Luz les resplandeció.**

Una de las primeras acciones de Jesús en Galilea consistió en hacer de Capernaum Su base de operaciones. Jesús había visitado anteriormente a Capernaum (vea Jn 2.12). Mateo escribió que Jesús **volvió a Galilea; y dejando a Nazaret, vino y habitó en Capernaum, ciudad marítima** (Mt 4.12b, 13a). Capernaum se ubicaba **en la región de Zabulón y de Neftalí** (Mt 4.13b), la región general que se asignó a estas dos tribus cuando los israelitas entraron en Canaán (Jos 19). Mateo informó a sus lectores de que el traslado de Jesús cumplía parte de una profecía mesiánica conocida (Mt 4.14–16; vea Is 9.1–2).

Jesús nunca tuvo una casa en Capernaum (Mt 8.20), pero algunos de Sus discípulos sí la tenían (Mr 1.21, 29). A partir de este momento, durante su ministerio en Galilea, Cristo no se ausentaría por mucho tiempo de Capernaum. Saldría de esta ciudad para hacer recorridos, y luego volvería a ella. (Lea Mr 1.21, 29, 38–39; 2.1.)

La mayoría de las armonías insertan Lucas 4.16–30 en este punto, para explicar por qué Jesús se mudó de Nazaret a Capernaum. Yo no incluyo ese pasaje aquí por dos razones: En primer lugar, el pasaje se refiere a las cosas «que se [habían] hecho en Capernaum» (Lc 4.23), y a estas alturas de nuestra armonía, todavía no se había hecho nada en esta ciudad. En segundo lugar, la forma tan severa como lo rechazaron parece corresponder mejor al final de Su ministerio en Galilea.

EL LLAMAMIENTO DE CUATRO PESCADORES (MT 4.18–22; MR 1.16–20; LC 5.1–11)

Mateo 4.18–22

¹⁸Andando Jesús junto al mar de Galilea, vio a dos hermanos, Simón, llamado Pedro, y Andrés su hermano, que echaban la red en el mar; porque eran pescadores. ¹⁹Y les dijo: Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres. ²⁰Ellos entonces,

dejando al instante las redes, le siguieron. ²¹Pasando de allí, vio a otros dos hermanos, Jacobo hijo de Zebedeo, y Juan su hermano, en la barca con Zebedeo su padre, que remendaban sus redes; y los llamó. ²²Y ellos, dejando al instante la barca y a su padre, le siguieron.

Marcos 1.16–20

¹⁶Andando junto al mar de Galilea, vio a Simón y a Andrés su hermano, que echaban la red en el mar; porque eran pescadores. ¹⁷Y les dijo Jesús: Venid en pos de mí, y haré que seáis pescadores de hombres. ¹⁸Y dejando luego sus redes, le siguieron. ¹⁹Pasando de allí un poco más adelante, vio a Jacobo hijo de Zebedeo, y a Juan su hermano, también ellos en la barca, que remendaban las redes. ²⁰Y luego los llamó; y dejando a su padre Zebedeo en la barca con los jornaleros, le siguieron.

Lucas 5.1–11

¹Aconteció que estando Jesús junto al lago de Genesaret, el gentío se agolpaba sobre él para oír la palabra de Dios. ²Y vio dos barcas que estaban cerca de la orilla del lago; y los pescadores, habiendo descendido de ellas, lavaban sus redes. ³Y entrando en una de aquellas barcas, la cual era de Simón, le rogó que la apartase de tierra un poco; y sentándose, enseñaba desde la barca a la multitud. ⁴Cuando terminó de hablar, dijo a Simón: Boga mar adentro, y echad vuestras redes para pescar. ⁵Respondiendo Simón, le dijo: Maestro, toda la noche hemos estado trabajando, y nada hemos pescado; mas en tu palabra echaré la red. ⁶Y habiéndolo hecho, encerraron gran cantidad de peces, y su red se rompía. ⁷Entonces hicieron señas a los compañeros que estaban en la otra barca, para que viniesen a ayudarles; y vinieron, y llenaron ambas barcas, de tal manera que se hundían. ⁸Viendo esto Simón Pedro, cayó de rodillas ante Jesús, diciendo: Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador. ⁹Porque por la pesca que habían hecho, el temor se había apoderado de él, y de todos los que estaban con él, ¹⁰y asimismo de Jacobo y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Pero Jesús dijo a Simón: No temas; desde ahora serás pescador de hombres. ¹¹Y cuando trajeron a

tierra las barcas, dejándolo todo, le siguieron.

Casi todo estaba preparado para que Jesús empezara una intensa campaña en Galilea. Necesitaba un componente más: discípulos a tiempo completo. Mateo 4, Marcos 1 y Lucas 5 hablan del llamamiento de cuatro pescadores: Pedro, Jacobo, Juan y Andrés. Este fue el segundo llamamiento para la mayoría o todos estos hombres, pues habían sido discípulos de Jesús durante el ministerio de Este en Judea. Juan 1.40–41 menciona concretamente a Andrés y a Pedro. Anteriormente hicimos notar que el discípulo cuyo nombre no se menciona (Jn 1.37, 40) era probablemente Juan. También observamos que la redacción del texto puede sugerir que Juan halló a su hermano Jacobo del mismo modo que Andrés halló a su hermano Pedro.

A medida que continuemos este estudio, descubriremos que en el llamado de Jesús al discipulado, hubo tres etapas. La primera fue una invitación a seguirlo y a aprender de Él. Este llamado no necesariamente suponía renunciar a la familia o al trabajo, tal como lo ilustran los pescadores que volvieron a su ocupación anterior. Durante Su ministerio, Jesús tuvo muchos obreros a tiempo parcial. Una vez envió a setenta discípulos a predicar (Lc 10.1–20).

La segunda etapa era el discipulado a tiempo completo. Los que respondían a este llamado viajaban y vivían con Jesús. El número de estos discípulos era considerablemente menor. El llamado que se hace a estos cuatro hombres en los textos que nos ocupan en esta lección, se encuentra en esta segunda categoría.

La tercera etapa se alcanzó cuando Jesús eligió a doce de Sus discípulos para que fueran apóstoles. Más adelante estudiaremos este trascendental evento. Por ahora, no obstante, deseamos concentrarnos en el llamado de cuatro pescadores que acompañarían constantemente a Jesús.

Los tres evangelios sinópticos relatan este llamado. Los tres pasajes demuestran la dificultad que supone combinar pasajes para formar una armonía. Mateo y Marcos hablan de cuatro hombres que son llamados, mientras que Lucas sólo menciona a tres. Si usted leyera solamente los relatos de Mateo y de Marcos, no sabría que estuviera alguien más presente. Lucas, no obstante,

relata que Jesús estaba predicando a una multitud, y recoge el relato de la pesca milagrosa.

Debido a las diferencias, hay quienes concluyen que Lucas se refiere a una ocasión diferente de la de Mateo y de Marcos. Hay varios detalles, sin embargo, que indican que se trata del mismo suceso. Primero, todos los relatos mencionan el mismo lugar: el mar de Galilea (Mt 4.18; Mr 1.16). En Lucas se lee **lago de Genesaret** (Lc 5.1), pero esta es simplemente otra forma de referirse al mar de Galilea. Segundo, todos mencionan a tres de las mismas personas: Pedro, Jacobo y Juan (Mt 4.18, 21; Mr 1.16, 19; Lc 5.3, 10). Mateo y Marcos también mencionan a un cuarto hombre, a Andrés. Lucas no menciona específicamente a Andrés; sin embargo, Pedro tenía a alguien más en la barca con él, que no era Jacobo ni Juan (Lc 5.6–7, 10). Andrés, su hermano, trabajaba con él como pescador (Mt 4.18). Tercero, todos registran la misma actividad: lavado y reparación de redes (Mt 4.21; Mr 1.19; Lc 5.2). Cuarto, ellos se refieren al mismo llamado: a ser pescadores de hombres (Mt 4.19; Mr 1.17; Lc 5.10); y quinto, todos relatan la misma respuesta: dejarlo todo y seguir a Jesús (Mt 4.20, 22; Mr 1.18, 20; Lc 5.11).

Si los tres relatos se refieren a la misma ocasión, ¿cómo se pueden reconciliar? Cuando existen diferencias entre los relatos, basta con saber que se *pueden* reconciliar, aunque no sepamos exactamente cómo. Considere la siguiente posibilidad.

Cuando Jesús y Sus discípulos volvieron a Galilea, cuatro de estos, Pedro, Jacobo, Juan y Andrés, volvieron a su antigua ocupación, que era pescar en el mar de Galilea. Una mañana, muy temprano, Jesús salió a caminar por la orilla, pasando cerca del lugar donde los hombres por lo general pescaban. Después de una noche sin pescar nada, Jacobo y Juan ya se habían rendido y estaban lavando y reparando sus redes sobre la orilla. Como era más obstinado que los demás, Pedro continuó intentando; al final, él también tuvo que reconocer la derrota. Él y Andrés volvieron a la orilla.

Mientras tanto, había corrido la noticia de que Jesús estaba allí. Una multitud se había reunido. Jesús comenzó a predicarles. Cuando el gentío se agolpó sobre él, entró en la barca de Pedro e hizo que este remara un poco mar adentro, y terminó su ser-

món desde el improvisado púlpito.

Esto fue seguido de un milagro fuera de lo corriente: una extraordinaria captura de peces que asombró a los pescadores e hizo que Pedro cayera de rodillas. De este modo Jesús preparó el corazón de los pescadores para que respondieran a Su llamado. Mateo recogió el llamado, y la respuesta de ellos: **Y les dijo: Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres. Ellos entonces, dejando al instante las redes, le siguieron** (Mt 4.19–20; vea 4.21–22; Mr 1.17–20). El relato de Lucas es básicamente el mismo, al citar el llamado de Jesús, y al describir la respuesta con estas palabras: ... **desde ahora serás pescador de hombres. Y cuando trajeron a tierra las barcas, dejándolo todo, le siguieron** (Lc 5.10–11).

Fue así como Jesús llamó a los primeros hombres a ser discípulos de forma permanente e ininterrumpida. Este evento tuvo consecuencias trascendentales. Ahora Jesús no sólo estaría acompañado día y noche, sino que también estos cuatro constituirían un tercio del grupo de doce que serían elegidos para servir como apóstoles. Además, tres de ellos compondrían el círculo especial de «los más allegados» de Jesús (Mr 5.37; 9.2; 14.33). Todo estaba listo para el ministerio de Jesús en Galilea.

APLICACIÓN: EL LLAMADO AL DISCIPULADO (LC 5.1–11)

Uno de los términos que más comúnmente se usan en la Biblia para hacer referencia a un seguidor de Jesús es «discípulo» (Mt 5.1; 8.21, 23; 9.19; Hch 6.1–2, 7; 9.1). La palabra «discípulo» es una traducción de una palabra griega μαθητής (*mathetes*) que significa «aprendiz». Un discípulo era, en el sentido más amplio, alguien que seguía a un maestro (Mt 16.24), aprendía del maestro (Mt 11.29) y luego seguía los dictados de ese maestro (Jn 8.31). Era una estrecha relación la que existía entre el maestro y el discípulo, al punto, que un verdadero discípulo llegaba a ser como su maestro (Mt 10.25a).

Nuestro texto es Lucas 5.1-11, el cual habla de la ocasión en que Jesús llamó a Pedro y a sus amigos. Durante este estudio, descubriremos algunos de los requisitos que deben llenarse para

ser discípulo.

Debemos aprender algo (Lc 5.1-3)

Para ser discípulo de Jesús, uno debe aprender algo. Debe estar dispuesto a ser enseñado por el Señor. Algunos tienen actitud de sabelotodo, y dicen: «No hay quien *me* pueda enseñar nada». Mientras uno no esté dispuesto a escuchar, y a aprender, no podrá ser discípulo de Cristo.

El relato comienza narrando que Jesús estaba predicando junto al mar de Galilea. Simón Pedro estaba cerca, junto a su barca de pescador, lavando las redes. Él y sus socios habían estado pescando toda la noche, pero lo único con que vieron recompensado sus esfuerzos fue con músculos adoloridos y redes sucias. Me imagino a Pedro, con su cabeza ladeada, escuchando a Jesús, mientras sus dedos quitaban con destreza las malezas y el lodo de los cuadros anudados de la red. Este no era el primer encuentro del pescador con Jesús. Él había andado con Cristo en Judea. Sin embargo, después de regresar a la provincia de Galilea, volvió a su antigua ocupación.

A medida que Jesús predicaba, la multitud era cada vez mayor. Los oyentes entusiasmados se agolpaban sobre Cristo, obligándolo a acercarse cada vez más al lago, hasta que el agua empezó a mojarle las sandalias. Entonces, se dirigió a la barca de Pedro, entró en ella y le pidió al pescador que la retirara hacia dentro del lago. Y desde allí, improvisándose un púlpito sobre la proa, Jesús siguió Su discurso.

¿Qué cree usted que hacía Pedro mientras estaba sentado en el centro de la barca, manteniéndola estable? Tenga la seguridad de que estaba escuchando. ¿Escuchando qué? Del texto se desprende la respuesta a esta pregunta, pues en él dice que Jesús estaba predicando «la palabra de Dios» (Lc 5.1). Por lo tanto, una enseñanza que podemos entresacar de esta situación, es que uno no puede ser discípulo del Señor sin ser estudiante de la Palabra. Jesús dijo: «Llevad mi yugo sobre vosotros, y *aprended* de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas» (Mt 11.29; énfasis nuestro). Algunos que afirman ser discípulos, pasan los años siendo ignorantes de la Biblia; sin embargo, uno no puede ser discípulo de Jesús sin

tomar en serio el estudio de las verdades de Él que se encuentran en la Palabra escrita.

Debemos entender algo (Lc 5.3–8)

Al fin Jesús terminó Su sermón. Acabó con la multitud, pero no con Pedro. Este tenía mucho potencial, pero también mucho que aprender, y era hora de su siguiente lección. Jesús, siendo el maestro poco ortodoxo que siempre era, hizo lo que menos se esperaba. Mandó a Pedro, diciéndole: «Boga mar adentro, y echad vuestras redes para pescar» (Lc 5.4).

Como bien sabían todos los buenos pescadores del mar de Galilea, Pedro estaba seguro de que las horas de pesca eran las de la noche, cuando los peces subían a alimentarse, y no las del día. Además, era en aguas superficiales, y no en aguas profundas, que se pescaba. Por último, tenía más sentido aprovechar sus esfuerzos cuando había peces que atrapar, y no después de diez horas o así sin éxito alguno, *no* cuando se había desvelado toda la noche y había quedado tan cansado.

Al ser un pescador experimentado, esforzado y exitoso, era lógico que le causara cierto resentimiento tener a un carpintero (Mr 6.3) diciéndole cómo pescar. (A mí en lo personal me resiente un poquito que personas que nunca han predicado, me digan cómo debe hacerse este oficio.) En la respuesta de Pedro puede haber cierto indicio de lo anterior, pues dijo: «Maestro, toda la noche hemos estado trabajando, y nada hemos pescado...» (Lc 5.5a).

Note, no obstante, la palabra que usó después. Usó la palabra «mas». Dijo: «... *mas* en tu palabra echaré la red» (Lc 5.5). Me encanta la expresión «sin embargo», que usa la KJV. En otras palabras: «Hemos pescado toda la noche sin éxito [...] *sin embargo* [...] si *Tú* me dices que lo intente nuevamente, así lo haré. Puede que sea contrario a todo lo que he aprendido en más de una década de estar pescando, pero haré lo que *Tú* me dices».

¿Cómo podría tener Pedro tal actitud? La respuesta se encuentra en el título con que se dirigió a Jesús: «Maestro». En el texto original, esta no es la palabra usual para «maestro» o «señor». Esta palabra especial, ἐπιστάτης (*epistates*), usada sólo por Lucas, es una designación que se aplica únicamente a Jesús

(Lc 8.24, 45; 9.33, 49; 17.13). Viene de, ἐφίστημι (*ephistemi*), un verbo griego compuesto que combina la palabra ἵστημι (*histemi*) para «mantenerse» con la palabra ἐπί (*epi*) «sobre». Se refiere a «alguien que se mantiene sobre», alguien que tiene autoridad total sobre otro. Que Pedro estuviera de acuerdo o no con el mandamiento de Jesús, no era lo que importaba. Jesús era el Señor, y él el siervo, un siervo que estaba presto a obedecer.

Si deseamos ser discípulos de Jesús, hay algo que debemos entender: que Él es el *Maestro*. Al Maestro no le enseñamos; sino que Él nos enseña. No le decimos qué vamos hacer, ni qué no vamos a hacer; sino que Él nos dice lo que debemos hacer. «Maestro» es una palabra de mucho peso. Los maestros no hacen sugerencias, ni dan consejos; sino que dan *mandamientos*, mandamientos que han de ser obedecidos sin cuestionamiento alguno.

A Pedro tal vez le pareció una tontería llevar la barca a aguas profundas. Es probable que le diera pena echar las redes. Puede que oyera risas de los demás pescadores que estaban en la orilla. *Sin embargo*, hizo lo que el Maestro mandó.

¿Cómo recompensó el Señor su obediencia? No pasó mucho tiempo para que Pedro sintiera un tirón en las cuerdas. Él y sus ayudantes comenzaron a sacar las redes, que estaban llenas de peces. Los peces pululaban dentro de las redes, y las colas de estos chapoteaban en el agua. Cuando los hombres se esforzaban por tirar de las redes para ponerlas dentro de la barca, los cuadros entrelazados de estas comenzaron a romperse. Frenéticamente, hicieron señales a sus compañeros que estaban en la orilla, pidiéndoles que vinieran a ayudarles.

Jacobo y Juan vinieron en su barca de pesca. Pronto ambas barcas estaban cargadas de peces resbalosos que caían pesadamente, tan cargadas que estaban en peligro de hundirse. Estas no eran las barcas de remos, de tres a cinco metros de eslora, que algunos conocemos; sino que eran las barcas profesionales de pesca, de siete a diez metros de eslora, que se usaban en el mar de Galilea. Jamás vieron los curtidos pescadores otra captura tan grande de peces.

Qué reveladora debió de haber sido esta experiencia para Pedro y los demás pescadores. Aun cuando se trata de la pesca, nuestro Señor sabe de lo que está hablando.

La mayoría de las veces, los mandamientos del Señor tienen sentido para nosotros, pero no hay garantía de que siempre será así. La pregunta no es: «¿Tiene sentido esto para mí?». La pregunta es: «¿Es esto lo que Cristo me pide que haga?». Si lo es, respondamos como Pedro: «En tu Palabra [haré lo que pides]». Si obedecemos, al final hallaremos que el método del Señor es el correcto.

Si usted desea ser discípulo de Cristo, deberá convencerse de que Él es Maestro de todo, y deberá actuar conforme a tal convicción.

Debemos reconocer algo (Lc 5.8–10a)

Pedro había visto a Cristo hacer algunos milagros impresionantes. Lo había visto convertir el agua en vino (Jn 2.1–11). Lo había visto sanar al hijo de un noble (Jn 4.46–54). Había estado presente para ver a Cristo haciendo muchas otras señales y maravillas (vea Jn 2.23; 3.2), pero ninguno de los demás milagros le afectó tanto como este. Este tenía que ver con el oficio de Simón; se relacionaba nada menos que con su forma de vida. Le hizo ver que Jesús es Señor de *todo*.

Cuando Pedro vio a Jesús con otros ojos, también se vio a sí mismo. Repentinamente le abrumaron sus propios defectos. «Cayó de rodillas ante Jesús», sobre el montón de agitados peces, y dijo: «Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador» (Lc 5.8). Respondió como otros siempre han respondido cuando de repente son confrontados con el poder y la gloria de Dios (Gn 18.27; Job 42.4; Is 6.5).

Si deseamos ser discípulos de Jesús, debemos reconocer dos verdades: En primer lugar, que *Él* es todo. Pedro se dirigió a Jesús cuando confesó su pecaminosidad: Le llamó: «Señor». Pablo dijo que, si uno desea ser salvo, debe «[confesar con su boca] que Jesús es el Señor» (Ro 10.9). En segundo lugar, al reconocer que *Él* es todo, uno debe reconocer que *uno* no es nada. Debemos reconocer nuestra necesidad de *Él*.

Un hombre «lleno de sí mismo» no tiene cabida para el Señor. Jesús no puede usar a los que dicen: «Señor, mira qué bueno soy. Mira qué inteligente, qué talentoso, qué exitoso. Espero que aprecies todo lo que puedo hacer». Cristo sólo puede usar a los que

caen a Sus pies, reconociendo sus debilidades y su dependencia de Él. Usando las palabras de otro, uno debe estar dispuesto a decir: «Dios, sé propicio a mí, pecador» (Lc 18.13b).

Debemos cambiar algo (Lc 5.10b)

Cuando Pedro vio la brecha que le separaba de Jesús, él dijo: «Apártate de mí» (Lc 5.8). Dichosamente, Jesús no le hizo caso. En lugar de esto, Jesús se acercó a Pedro presentándole un desafío especial. «Pero Jesús dijo a Simón: No temas; desde ahora serás pescador de hombres» (Lc 5.10b). En el griego, la palabra que se traduce por «pescador» es un verbo en tiempo presente, que indica acción continua. No se trataba de una aventura fugaz, sino de una ocupación para toda una vida. Además, la palabra griega significa «atrapar con vida». Ellos iban a estar trayendo hombres a Jesús, que «da vida al mundo» (Jn 6.33). Mateo recoge el llamado de esta manera: «Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres» (4.19; vea Mr 1.17).

El desafío para Pedro consistía en darle un nuevo centro a su vida. Él se había estado concentrando en pescar peces; ahora su vida se centraría en pescar hombres.

Jesús llama a agricultores a sembrar la semilla del reino (la Palabra; Lc 8.11). Llama a los mercaderes a hablarles a los hombres acerca de «la perla de gran precio» (Mt 13.46; el evangelio). Llama a los carpinteros a ampliar Su casa (la iglesia; vea Mt 16.18; 1 Ti 3.15). Jesús llama a los médicos a trabajar con el Gran Médico en la sanidad de las almas (Jn 12.40). Cual sea nuestra vocación o interés en la vida, si nosotros hemos de ser discípulos de Jesús, debe haber una redefinición del centro de *nuestras* vidas. Cuando nosotros cambiamos el centro de nuestras vidas, habrá cambio de énfasis y de prioridades.

Debemos renunciar a algo (Lc 5.11)

Pedro y sus amigos habían andado con Jesús anteriormente. Sus amigos también lo habían hecho. Ahora Jesús los estaba llamando a un nuevo nivel de discipulado: a seguirlo a tiempo completo. Para hacer esto, tendrían que dejar sus barcas, sus redes y la pesca. Tendrían que dejar mucho que había sido importante para ellos. Tenían que dejar atrás un ingreso estable y la seguri-

dad financiera.

Según todos los indicios, los hombres tenían un negocio de pesca de proporciones respetables. Ya hemos visto que los socios tenían más de una barca de pesca. Jacobo y Juan tenían jornaleros (Mr 1.20). La madre de Jacobo y de Juan fue una de las mujeres que más adelante sostuvo financieramente a Jesús y a Sus discípulos (Mt 27.55–56; Lc 8.3). Juan era conocido del sumo sacerdote (Jn 18.15); es probable que él y su familia tuvieran tratos de negocios con el funcionario religioso. Ahora tenía que quedar atrás aquel negocio altamente lucrativo.

Era mucho pedir, pero aparentemente no les pareció demasiado. Esto es lo que leemos en el versículo 11: «Y cuando trajeron a tierra las barcas, dejándolo todo, le siguieron». Marcos nos dice que Pedro y su hermano Andrés «dejando luego sus redes, le siguieron» (1.18), y que Jacobo y Juan «dejando a su padre Zebedeo en la barca con los jornaleros, le siguieron» (Lc 5.20).

He oído algunos que protestan diciendo: «Por supuesto que el Señor no exige esto de todo discípulo». Sin embargo, en Lucas 14, Jesús les dijo a varios candidatos a discípulo, lo siguiente: «Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo» (Lc 5.33). Al haber trabajado con varias escuelas de preparación de predicadores, he conocido a muchos que renunciaron a lucrativos negocios y a empleos de altos salarios, que vendieron todo lo que tenían, con el fin de asistir a la escuela para aprender a enseñar y a predicar la Palabra de Dios.

Los que protestan también preguntan, «¿Y qué de aquellos que no pensamos dedicarnos a predicar a tiempo completo?». A estos se les responde que aun ellos tienen «algo a lo cual renunciar»: Necesitan renunciar a cualquier cosa que se interponga entre ellos y el servicio incondicional al Señor. En Mateo 16.24, Jesús recalcó, diciendo: «Si alguno quiere venir en pos de mí, *niéguese a sí mismo*, y tome su cruz, y sígame». (Énfasis nuestro.)

También uno debe estar dispuesto a confiar en que, suceda lo que suceda, el Señor cuidará de uno. Cuando Pedro, Andrés, Jacobo y Juan siguieron a Jesús, dejando atrás el mar de Galilea, ellos estaban confiando en que Él proveería para sus necesidades, del mismo modo que había provisto la gran cantidad de peces.

A veces no confiamos en el Señor como deberíamos. He conocido hombres que dicen: «¡Si yo renunciara a la manera de hacer negocios que tenía antes de ser cristiano, no podría ganarme la vida! Mi familia se moriría de hambre». Jesús prometió que si lo ponemos a Él y Su camino en primer lugar, tendremos para las necesidades de la vida (Mt 6.33). Pablo escribió: «Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús» (Fil 4.19).

Una vez Pedro le dijo a Jesús: «He aquí, nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido» (Mr 10.28). Jesús lo tranquilizó luego con estas palabras:

De cierto os digo que no hay ninguno que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por causa de mí y del evangelio, que no reciba cien veces más ahora en este tiempo; casas, hermanos, hermanas, madres, hijos, y tierras, con persecuciones; y en el siglo venidero la vida eterna (Mr 10.29–30).

Lo que sea que dejemos para ser discípulos de Jesús, no se compara con lo que el Señor nos puede dar.

Debemos hacer algo (Lc 5:11)

Es necesario mencionar un último requisito para ser discípulo de Jesús. Este obvio requisito está implícito en la palabra «discípulo», y ya lo hemos visto en el texto, pero se debe mencionar: Hay algo que debe *hacer*. Concretamente, debe *seguir* a Jesús. El texto de la lección dice que Pedro y los demás, «dejándolo todo, le *siguieron*» (Lc 5:11; énfasis nuestro). Mateo y Marcos recalcan que los cuatro hombres dejaron sus barcas y sus redes, y «le *siguieron*» (Mt 4.20, 22; Mr 1.18, 20; énfasis nuestro). Jesús dijo: «Si alguno quiere venir en pos de mí [...] tome su cruz, y *sígame*» (Mt 16.34; énfasis nuestro).

Seguir a Jesús no fue fácil para Pedro ni para los demás. Los discípulos sufrieron desgaste, hostilidad y, con el tiempo, la muerte, por seguir a Jesús. Sin embargo, habían asumido un compromiso. Siguió a Cristo dondequiera que Este quiso que fueran.

Conclusión

Hemos visto varios requisitos para ser discípulos.

Debemos aprender algo: Debemos ser estudiantes de la Palabra.

Debemos entender algo: Debemos entender que Jesús es el Maestro de nuestra vida.

Debemos reconocer algo: Debemos reconocer nuestra propia insuficiencia, y nuestra dependencia de Cristo.

Debemos cambiar algo: Debemos cambiar el enfoque de nuestra vida. Debemos vivir para glorificar al Señor y para traer a los demás a Él.

Debemos renunciar a algo: Debemos estar dispuestos a renunciar a cualquier cosa que nos impida el servicio incondicional, y estar dispuestos a confiar en el Señor.

Debemos hacer algo: Debemos estar dispuestos a seguirlo dondequiera que Él desee que vayamos.

EN CAPERNAUM: SANIDAD DE UN ENDEMONIADO EN LA SINAGOGA (MR 1.21–28; LC 4.31–37)

Marcos 1.21–28

²¹Y entraron en Capernaum; y los días de reposo, entrando en la sinagoga, enseñaba. ²²Y se admiraban de su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas. ²³Pero había en la sinagoga de ellos un hombre con espíritu inmundo, que dio voces, ²⁴diciendo: ¡Ah! ¿qué tienes con nosotros, Jesús nazareno? ¿Has venido para destruirnos? Sé quién eres, el Santo de Dios. ²⁵Pero Jesús le reprendió, diciendo: ¡Cállate, y sal de él! ²⁶Y el espíritu inmundo, sacudiéndole con violencia, y clamando a gran voz, salió de él. ²⁷Y todos se asombraron, de tal manera que discutían entre sí, diciendo: ¿Qué es esto? ¿Qué nueva doctrina es esta, que con autoridad manda aun a los espíritus inmundos, y le obedecen? ²⁸Y muy pronto se difundió su fama por toda la provincia alrededor de Galilea.

Lucas 4.31–37

³¹Descendió Jesús a Capernaum, ciudad de Galilea; y les enseñaba en los días de reposo. ³²Y se admiraban de su doctrina, porque su palabra era con autoridad. ³³Estaba en la sinagoga un hombre que tenía un espíritu de demonio inmundo, el cual exclamó a gran voz, ³⁴diciendo: Déjanos; ¿qué tienes con nosotros, Jesús nazareno? ¿Has venido para destruirnos? Yo te conozco quién eres, el Santo de Dios. ³⁵Y Jesús le reprendió, diciendo: Cállate, y sal de él. Entonces el demonio, derribándole en medio de ellos, salió de él, y no le hizo daño alguno. ³⁶Y estaban todos maravillados, y hablaban unos a otros, diciendo: ¿Qué palabra es esta, que con autoridad y poder manda a los espíritus inmundos, y salen? ³⁷Y su fama se difundía por todos los lugares de los contornos.

Estos pasajes abarcan el primer recorrido de Galilea que hizo Jesús, además de algunos eventos sucedidos en Capernaum antes y después del recorrido. Los acontecimientos de esta presentación son los que le ponen el epíteto de «Gran» al «Gran ministerio en Galilea».

Una palabra clave del texto es «autoridad», o su sinónimo «potestad». Cuando Jesús habló en la sinagoga de Capernaum, dice el texto que **se admiraban de su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas** (Mr 1.22; énfasis nuestro). Jesús asombró a los que estaban presentes, no sólo con Su enseñanza, sino también con Sus acciones. Cuando echó fuera un demonio **estaban todos maravillados, y hablaban unos a otros, diciendo: ¿Qué palabra es esta, que con autoridad y poder manda a los espíritus inmundos, y salen?** (Lc 4.36, énfasis nuestro).

Estas extraordinarias demostraciones de autoridad lo pusieron a andar por el camino del enfrentamiento con los dirigentes religiosos judíos. En esta lección vemos a Cristo en una confrontación cara a cara con Sus críticos. Cuando se preparaba para sanar a un paralítico, Él hizo la osada alegación en el sentido de que «el Hijo del Hombre [hablando de sí mismo] tiene *autoridad* en la tierra para perdonar pecados» (Mt 9.6; énfasis nuestro). Cuando el paralítico anduvo, la multitud «se maravilló y glori-

ficó a Dios, que había dado tal *autoridad* a los hombres» (Mt 9.8; énfasis nuestro).

Cuando Jesús comenzó Su ministerio en Galilea, Él encontró oyentes dispuestos en las sinagogas, que había en casi toda ciudad (vea Lc 4.15). En las sinagogas, después que se leían las Escrituras, el que estaba a cargo del servicio, llamado principal» (Mr 5.36, 38; Lc 8.41; 13.14), podía invitar a quienquiera que estuviera presente (a quien considerara apto) a comentar el pasaje.

Cuando Jesús comenzó Su ministerio en Galilea, Él encontró oyentes dispuestos en las sinagogas, que había en casi toda ciudad (vea Lc 4.15). En las sinagogas, después que se leían las Escrituras, el que estaba a cargo del servicio, llamado principal» (Mr 5.36, 38; Lc 8.41; 13.14), podía invitar a quienquiera que estuviera presente (a quien considerara apto) a comentar el pasaje.

Los servicios de la sinagoga se caracterizaban normalmente porque en ellos reinaba un decoro fundamental; pero mientras Cristo estaba hablando, aquella calma se hizo añicos con un grito:

Pero había en la sinagoga de ellos un hombre con espíritu inmundo, que dio voces, diciendo: ¡Ah! ¿qué tienes con nosotros, Jesús nazareno? ¿Has venido para destruirnos? Sé quién eres, el Santo de Dios (Mr 1.23–24).

Lucas nos dice que el **espíritu inmundo** era un demonio (Lc 4.33, 35). «Demonio» es transliteración de la palabra griega δαιμόνιον (*daimonion*). La KJV traduce la forma plural de *daimonion* como «diablos», lo cual es confuso, porque sólo hay un diablo (*diabolos*), Satanás. Los demonios son seres sobrenaturales malvados: los subordinados de Satanás (Mt 12.22–29 se refiere a Satanás como «príncipe de los demonios») dedicados a llevar a cabo su voluntad. En los tiempos neotestamentarios, los demonios podían poseer personas en contra de su voluntad. Los eruditos liberales niegan que en los tiempos de Cristo existiera la posesión demoníaca, arguyendo que las personas supersticiosas atribuían las enfermedades físicas a los malos espíritus. Sin embargo, Lucas, que era médico, hizo una distinción entre los

que tenían enfermedades físicas y los que eran «atormentados de espíritus inmundos» o poseídos por demonios. Veremos esta distinción más adelante en la lección. Los demás autores del evangelio hicieron la misma distinción. J. W. McGarvey escribió: «Sería imposible considerar la posesión de demonios como una simple enfermedad, sin hacer violencia al lenguaje usado en todos los casos de expulsión de demonios».⁴ El fenómeno de la posesión demoníaca le dio a Jesús mayor oportunidad para demostrar Su poder y dar a conocer Su compasión. En Marcos 1 y Lucas 4 se recogen los relatos del primer incidente cuando Jesús echa fuera un demonio.

Cuando el demonio le interrumpió, Cristo reprendió al espíritu inmundo. El demonio montó en cólera, derribando al poseído, sacudiéndolo con violencia, y haciéndolo clamar a gran voz. Al final, sin embargo, el espíritu **salió de él, y no le hizo daño alguno** (Lc 4.35). En la paráfrasis de la Living Bible se lee: «no causándole más daño».

Los que estaban presentes se asombraron, y **muy pronto se difundió su fama por toda la provincia alrededor de Galilea** (Mr 1.28).

EN CAPERNAUM: LA SANIDAD DE LA SUEGRA DE PEDRO Y DE OTROS (MT 8.14–17; MR 1.29–34; LC 4.38–41)

Mateo 8.14–17

¹⁴Vino Jesús a casa de Pedro, y vio a la suegra de éste postrada en cama, con fiebre. ¹⁵Y tocó su mano, y la fiebre la dejó; y ella se levantó, y les servía. ¹⁶Y cuando llegó la noche, trajeron a él muchos endemoniados; y con la palabra echó fuera a los demonios, y sanó a todos los enfermos; ¹⁷para que se cumpliera lo dicho por el profeta Isaías, cuando dijo: El mismo tomó nuestras enfermedades, y llevó nuestras dolencias.

⁴J. W. McGarvey y Philip Y. Pendleton, *The Fourfold Gospel or A Harmony of the Four Gospels (El evangelio cuádruple o Una armonía de los cuatro evangelios)* (Cincinnati: Standard Publishing Co., 1914), 198.

Marcos 1.29–34

²⁹Al salir de la sinagoga, vinieron a casa de Simón y Andrés, con Jacobo y Juan. ³⁰Y la suegra de Simón estaba acostada con fiebre; y en seguida le hablaron de ella. ³¹Entonces él se acercó, y la tomó de la mano y la levantó; e inmediatamente le dejó la fiebre, y ella les servía.

³²Cuando llegó la noche, luego que el sol se puso, le trajeron todos los que tenían enfermedades, y a los endemoniados; ³³y toda la ciudad se agolpó a la puerta. ³⁴Y sanó a muchos que estaban enfermos de diversas enfermedades, y echó fuera muchos demonios; y no dejaba hablar a los demonios, porque le conocían.

Lucas 4.38–41

³⁸Entonces Jesús se levantó y salió de la sinagoga, y entró en casa de Simón. La suegra de Simón tenía una gran fiebre; y le rogaron por ella. ³⁹E inclinándose hacia ella, reprendió a la fiebre; y la fiebre la dejó, y levantándose ella al instante, les servía.

⁴⁰Al ponerse el sol, todos los que tenían enfermos de diversas enfermedades los traían a él; y él, poniendo las manos sobre cada uno de ellos, los sanaba. ⁴¹También salían demonios de muchos, dando voces y diciendo: Tú eres el Hijo de Dios. Pero él los reprendía y no les dejaba hablar, porque sabían que él era el Cristo.

Después del servicio en la sinagoga, Jesús y sus cuatro discípulos se dirigieron a casa de Pedro y Andrés (Mr 1.29). Allí encontraron que la suegra de Pedro estaba en cama, enferma, con una gran fiebre. Jesús la tomó de la mano, la levantó, y la fiebre la dejó, y **levantándose ella al instante, les servía** (Lc 4.39). En la paráfrasis de la Living Bible se lee: «¡se levantó y les preparó una comida!». Contrario al dogma humano que se refiere a Pedro como «el primer papa», este estuvo casado muchos años (1 Co 9.5).

Mientras tanto, había corrido la noticia acerca de lo que había ocurrido en la sinagoga. Así, después que se puso el sol, **todos los que tenían enfermos de diversas enfermedades los**

traían a él; y él, poniendo las manos sobre cada uno de ellos, los sanaba (Lc 4.40). Puede que el pueblo haya esperado hasta después que se puso el sol, porque el día de reposo terminaba a esa hora, y ellos no deseaban violar la prohibición acerca de llevar carga en ese día (vea Jer 17.22). Jesús también echó fuera demonios. **También salían demonios de muchos, dando voces y diciendo: Tú eres el Hijo de Dios. Pero él los reprendía y no les dejaba hablar, porque sabían que él era el Cristo** (Lc 4.41; vea 4.34; Mr 1.24).

De algún modo, los demonios sabían quién era Cristo (vea Stg 2.19). El demonio que había echado en la sinagoga, se refirió a Jesús como «el Santo de Dios». Los demonios lo llamaban «el Hijo de Dios». Hace poco leí estas palabras en una sudadera: «Cinco de cada cinco demonios coinciden en esto: ¡Jesús es el Hijo de Dios!». Me parece triste que los demonios reconozcan la deidad de Jesús, mientras que muchos humanos rehúsan hacerlo.

¿Por qué no dejó Jesús a los espíritus inmundos decir quién era Él? Es probable que hubiera muchas razones. Era demasiado prematuro proclamar abiertamente que Él era el Cristo, y era inapropiado que las fuerzas del mal fueran las que principalmente dieran testimonio acerca de quién era Él. Pero tal vez la más importante era que no deseaba dar la impresión de que de algún modo estaba del lado de los demonios. Con el tiempo, se le acusaría de echar fuera demonios por el poder de Beelzebú, (también deletreado «Belcebú») esto es, el diablo (Mt 12.24).

EN GALILEA: LA PRIMERA ENSEÑANZA DE JESÚS Y RECORRIDO DE SANIDAD (MT 4.23–25; MR 1.35–39; LC 4.42–44)

Mateo 4.23–25

²³Y recorrió Jesús toda Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo. ²⁴Y se difundió su fama por toda Siria; y le trajeron todos los que tenían dolencias, los afligidos por diversas enfermedades y tormentos, los endemoniados, lunáticos y paralíticos; y los sanó. ²⁵Y le siguió mucha gente de Galilea, de Decápolis, de Jerusalén, de Judea

y del otro lado del Jordán.

Marcos 1.35–39

³⁵Levantándose muy de mañana, siendo aún muy oscuro, salió y se fue a un lugar desierto, y allí oraba. ³⁶Y le buscó Simón, y los que con él estaban; ³⁷y hallándole, le dijeron: Todos te buscan. ³⁸El les dijo: Vamos a los lugares vecinos, para que predique también allí; porque para esto he venido. ³⁹Y predicaba en las sinagogas de ellos en toda Galilea, y echaba fuera los demonios.

Lucas 4.42–44

⁴²Cuando ya era de día, salió y se fue a un lugar desierto; y la gente le buscaba, y llegando a donde estaba, le detenían para que no se fuera de ellos. ⁴³Pero él les dijo: Es necesario que también a otras ciudades anuncie el evangelio del reino de Dios; porque para esto he sido enviado. ⁴⁴Y predicaba en las sinagogas de Galilea.

Muy de mañana, al día siguiente, Jesús salió de Capernaum a un lugar apartado para orar (Mr 1.35). Aunque era divino, necesitaba estar a solas con Su Padre. Usted y yo tenemos una necesidad parecida.

Sus discípulos le buscaron y dijeron: **Todos te buscan** (Mr 1.37). Estaban entusiasmados de que Jesús hubiera tenido tal éxito en Capernaum; sin embargo, la visión de Jesús abarcaba mucho más que una ciudad. Trazó un plan para predicar en todas las ciudades de Galilea (Mr 1.38). En ese tiempo, una multitud de Capernaum lo encontró. Le instaron a quedarse, pero Su decisión estaba tomada (Lc 4.42–43). Él y Sus discípulos salieron en su primer recorrido de Galilea.

Las dimensiones de la provincia de Galilea eran de unos cien kilómetros de largo por cincuenta de ancho. Abarcaba varios cientos de ciudades. El recorrido debió de haber tomado varios meses. El informe resumido que da Mateo del éxito del recorrido se encuentra en Mateo 4.23-25.

Aunque mateo dice que **recorrió Jesús toda Galilea**, Lucas 4.44 dice, **Y predicaba en las sinagogas de Judea**. En este versí-

culo, aparentemente, «Judea» no se refiere a la provincia de Judea, sino a Palestina en su totalidad. Una nota al margen en la NASB explica que «Judea» es «el país de los judíos (que incluye Galilea); en algunos manuscritos [N. de la T.: incluyendo la Reina-Valera] se lee “Galilea”».

**EN GALILEA:
SANIDAD DE UN LEPROSO,
Y EL ENTUSIASMO QUE RESULTÓ
(MT 8.2–4; MR 1.40–45; LC 5.12–16)**

Mateo 8.2–4

²Y he aquí vino un leproso y se postró ante él, diciendo: Señor, si quieres, puedes limpiarme. ³Jesús extendió la mano y le tocó, diciendo: Quiero; sé limpio. Y al instante su lepra desapareció. ⁴Entonces Jesús le dijo: Mira, no lo digas a nadie; sino ve, muéstrate al sacerdote, y presenta la ofrenda que ordenó Moisés, para testimonio a ellos.

Marcos 1.40–45

⁴⁰Vino a él un leproso, rogándole; e hincada la rodilla, le dijo: Si quieres, puedes limpiarme. ⁴¹Y Jesús, teniendo misericordia de él, extendió la mano y le tocó, y le dijo: Quiero, sé limpio. ⁴²Y así que él hubo hablado, al instante la lepra se fue de aquél, y quedó limpio. ⁴³Entonces le encargó rigurosamente, y le despidió luego, ⁴⁴y le dijo: Mira, no digas a nadie nada, sino ve, muéstrate al sacerdote, y ofrece por tu purificación lo que Moisés mandó, para testimonio a ellos. ⁴⁵Pero ido él, comenzó a publicarlo mucho y a divulgar el hecho, de manera que ya Jesús no podía entrar abiertamente en la ciudad, sino que se quedaba fuera en los lugares desiertos; y venían a él de todas partes.

Lucas 5.12–16

¹²Sucedió que estando él en una de las ciudades, se presentó un hombre lleno de lepra, el cual, viendo a Jesús, se postró con el rostro en tierra y le rogó, diciendo: Señor, si quie-

res, puedes limpiarme. ¹³Entonces, extendiendo él la mano, le tocó, diciendo: **Quiero; sé limpio.** Y al instante la lepra se fue de él. ¹⁴Y él le mandó que no lo dijese a nadie; sino ve, le dijo, muéstrate al sacerdote, y ofrece por tu purificación, según mandó Moisés, para testimonio a ellos. ¹⁵Pero su fama se extendía más y más; y se reunía mucha gente para oírle, y para que les sanase de sus enfermedades. ¹⁶Mas él se apartaba a lugares desiertos, y oraba.

Se recoge en detalle un milagro hecho durante ese recorrido de predicación: la sanidad de un leproso. La lepra era una de las enfermedades más temibles de tiempos antiguos, y puede que fuera la más espantosa de todas. Aparentemente, el término abarcaba una variedad de males que afectaba la piel y los nervios, además del que hoy en día conocemos por lepra (mal de Hansen). Algunos de los síntomas de la lepra bíblica no corresponden a los síntomas de lo que hoy en día llamamos lepra. En los tiempos bíblicos, hasta las casa podían tener «lepra» (vea Lv 14.34-35). McGarvey discutió dos de las principales enfermedades de tiempos bíblicos a los cuales se les llama lepra, la soriasis y la elefantitis.⁵ Se esperaba que los leprosos se aislaran a sí mismos con el fin de evitar el contacto con el resto de la población (Lv 13.45-46).

Mientras Jesús viajaba, un leproso se le acercó. Lucas observó que el hombre estaba **lleno de lepra** (Lc 5.12). Se encontraba en etapas avanzadas de la enfermedad: es probable que su piel se estuviera desprendiendo, y que hubiera perdido algunas de sus extremidades: dedos de la mano y del pie, la punta de la nariz, y el borde superior de sus orejas. El leproso cayó de rodillas delante de Cristo, y comenzó a rogarle: **si quieres, puedes limpiarme** (Mr 1.40). **Y Jesús, teniendo misericordia de él, extendió la mano y le tocó, y le dijo: Quiero, sé limpio. Y así que él hubo hablado, al instante la lepra se fue de aquél, y quedó limpio** (Mr 1.41-42).

Anteriormente recalcamos que Jesús nació «bajo la ley» (Gá 4.4); Él cumplió la ley de Moisés y animó a otros a hacer lo

⁵McGarvey y Pendleton, 176-78.

mismo. La ley exigía que los leprosos sanados hicieran un viaje al templo de Jerusalén para llevar a cabo purificaciones rituales y recibir inspecciones sacerdotales (Lv 14.2–32). Jesús, por lo tanto, mandó al hombre, diciéndole: **muéstrate al sacerdote, y ofrece por tu purificación lo que Moisés mandó, para testimonio a ellos** (Mr 1.44b).

Jesús también **le encargó rigurosamente [...] y le dijo: Mira, no digas a nadie nada** (Mr 1.43–44a). Aún así, el hombre emocionado **comenzó a publicarlo mucho y a divulgar el hecho** (Mr 1.45a).

Jesús no estaba usando psicología inversa. Tal proceder habría sido contrario a la naturaleza de Jesús; Jesús no se rebajaría a manipular a las personas. También entiendo que el encargo de Jesús fue serio. Les dijo a los discípulos que le era necesario predicar en las demás aldeas y ciudades de Galilea (Mr 1.38; Lc 4.43), pero como resultado de la publicidad del leproso sanado, **ya Jesús no podía entrar abiertamente en la ciudad, sino que se quedaba fuera en los lugares desiertos** (Mr 1.45b).

Dondequiera que anduviera, la gente lo buscaba y **venían a él de todas partes** (Mr 1.45c). El primer recorrido fue un éxito rotundo.

DE REGRESO EN CAPERNAUM: SANIDAD DE UN PARALÍTICO (MT 9.2–8; MR 2.1–12; LC 5.17–26)

Mateo 9.2–8

²Y sucedió que le trajeron un paralítico, tendido sobre una cama; y al ver Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: Ten ánimo, hijo; tus pecados te son perdonados. ³Entonces algunos de los escribas decían dentro de sí: Este blasfema. ⁴Y conociendo Jesús los pensamientos de ellos, dijo: ¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones? ⁵Porque, ¿qué es más fácil, decir: Los pecados te son perdonados, o decir: Levántate y anda? ⁶Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados (dice entonces al paralítico): Levántate, toma tu cama, y vete a tu casa. ⁷Entonces él se levantó y se fue a su casa. ⁸Y la gente, al verlo, se maravilló y glorificó a Dios, que

había dado tal potestad a los hombres.

Marcos 2.1–12

¹Entró Jesús otra vez en Capernaum después de algunos días; y se oyó que estaba en casa. ²E inmediatamente se juntaron muchos, de manera que ya no cabían ni aun a la puerta; y les predicaba la palabra. ³Entonces vinieron a él unos trayendo un paralítico, que era cargado por cuatro. ⁴Y como no podían acercarse a él a causa de la multitud, descubrieron el techo de donde estaba, y haciendo una abertura, bajaron el lecho en que yacía el paralítico. ⁵Al ver Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: Hijo, tus pecados te son perdonados. ⁶Estaban allí sentados algunos de los escribas, los cuales cavilaban en sus corazones: ⁷¿Por qué habla éste así? Blasfemias dice. ¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios? ⁸Y conociendo luego Jesús en su espíritu que cavilaban de esta manera dentro de sí mismos, les dijo: ¿Por qué caviláis así en vuestros corazones? ⁹¿Qué es más fácil, decir al paralítico: Tus pecados te son perdonados, o decirle: Levántate, toma tu lecho y anda? ¹⁰Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados (dijo al paralítico): ¹¹A ti te digo: Levántate, toma tu lecho, y vete a tu casa. ¹²Entonces él se levantó en seguida, y tomando su lecho, salió delante de todos, de manera que todos se asombraron, y glorificaron a Dios, diciendo: Nunca hemos visto tal cosa.

Lucas 5.17–26

¹⁷Aconteció un día, que él estaba enseñando, y estaban sentados los fariseos y doctores de la ley, los cuales habían venido de todas las aldeas de Galilea, y de Judea y Jerusalén; y el poder del Señor estaba con él para sanar. ¹⁸Y sucedió que unos hombres que traían en un lecho a un hombre que estaba paralítico, procuraban llevarle adentro y ponerle delante de él. ¹⁹Pero no hallando cómo hacerlo a causa de la multitud, subieron encima de la casa, y por el tejado le bajaron con el lecho, poniéndole en medio, delante de Jesús. ²⁰Al ver él la fe de ellos, le dijo: Hombre, tus pecados te son perdonados. ²¹Entonces los escribas y los fariseos comenzaron a cavilar, diciendo: ¿Quién

es éste que habla blasfemias? **¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios?** ²²Jesús entonces, conociendo los pensamientos de ellos, respondiendo les dijo: **¿Qué caviláis en vuestros corazones?** ²³**¿Qué es más fácil, decir: Tus pecados te son perdonados, o decir: Levántate y anda?** ²⁴Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados (dijo al parálítico): **A ti te digo: Levántate, toma tu lecho, y vete a tu casa.** ²⁵Al instante, levantándose en presencia de ellos, y tomando el lecho en que estaba acostado, se fue a su casa, glorificando a Dios. ²⁶Y todos, sobrecogidos de asombro, glorificaban a Dios; y llenos de temor, decían: **Hoy hemos visto maravillas.**

Al final del recorrido, Jesús volvió a Capernaum, probablemente a la casa de Pedro, para reponerse. Sin embargo, no fue mucho lo que descansó, pues inmediatamente corrió la voz de que había vuelto a la ciudad. La casa donde se estaba quedando, pronto estuvo atestada de gente.

Entre los presentes había fariseos y escribas (Mt 9.3; Mr 2.6; Lc 5.17, 21). Estos eran los hombres que se habían autonombrado guardianes de la ley, y custodios de las tradiciones.

Algunos de estos habían venido de lugares tan lejanos como Jerusalén (Lc 5.17). Cuando la popularidad de Juan el Bautista estuvo aumentando, fueron sacerdotes y levitas los que vinieron a interrogar al precursor (Jn 1.19). Ahora eran escribas y fariseos los que venían a investigar a Jesús.

Mientras Jesús estaba predicando, cuatro hombres rompieron el techo, y bajaron por la abertura a un amigo parálítico. A Jesús le conmovió el hombre, y le dijo: **Hijo, tus pecados te son perdonados** (Mr 2.5).

Los críticos de Cristo quedaron asombrados. Se preguntaron: **¿Por qué habla éste así? Blasfemias dice. ¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios?** (Mr 2.7). La palabra griega βλασφημέω (*blasphemeo*), que se traduce «blasfemar», significa «hablar en contra». A menudo se usa para hablar de la calumnia. (La misma palabra griega se usa en Tito 3.2 y en 2 Pedro 2.2.) Los judíos también usaban la palabra para referirse a cualquier expresión que desprestigiara la naturaleza o el carácter de Dios.

Los escribas y los fariseos razonaban más o menos como sigue:

- 1) Sólo Dios puede perdonar pecados.
- 2) Este hombre no es Dios.
- 3) Por lo tanto, es culpable de blasfemia.

No estaban razonando ilógicamente, el problema consistía en que la segunda premisa era falsa. Los que vinieron de Jerusalén *debían* haber razonado como sigue:

- 1) Sólo Dios puede perdonar pecados.
- 2) Este hombre *puede* perdonar pecados.
- 3) Por lo tanto, *Él es* Dios.

Lamentablemente, estaban demasiado llenos de prejuicio, celos e intereses personales para siquiera considerar las afirmaciones de Jesús.

Y conociendo luego Jesús en su espíritu que cavilaban de esta manera dentro de sí mismos, les dijo: ¿Por qué caviláis así en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil, decir al paralítico: Tus pecados te son perdonados, o decirle: Levántate, toma tu lecho y anda? Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados (dijo al paralítico): A ti te digo: Levántate, toma tu lecho, y vete a tu casa. (Mr 2.8–11).

Jesús estaba usando Su autoridad sobre la enfermedad para probar que también tenía autoridad sobre el pecado.

Cuando Cristo le dijo al paralítico que se levantara, **este se levantó en seguida, y tomando su lecho, salió delante de todos, de manera que todos se asombraron, y glorificaron a Dios, diciendo: Nunca hemos visto tal cosa (Mr 2.12).**

Este fue el comienzo de la hostilidad que Jesús enfrentó hasta que fue crucificado. No pasaría mucho tiempo para que lo siguieran espías a todo lugar que fuera, espías que trataban de encontrar alguna falta que pudieran usar para destruirlo.

CERCA DE CAPERNAUM: EL LLAMAMIENTO DE MATEO (MT 9.9; MR 2.13–14; LC 5.27–28)

Jesús había hecho varias cosas que habían irritado a Sus críticos. Había tocado a un leproso inmundo. Había señalado que podía perdonar pecados. En esta lección incluiremos otro suceso que provocó la ira de ellos: Llamó a un recaudador de impuestos para que fuera uno de Sus discípulos.

Mateo 9.9

⁹Pasando Jesús de allí, vio a un hombre llamado Mateo, que estaba sentado al banco de los tributos públicos, y le dijo: Sígueme. Y se levantó y le siguió.

Marcos 2.13–14

¹³Después volvió a salir al mar; y toda la gente venía a él, y les enseñaba. ¹⁴Y al pasar, vio a Leví hijo de Alfeo, sentado al banco de los tributos públicos, y le dijo: Sígueme. Y levantándose, le siguió.

Lucas 5.27–28

²⁷Después de estas cosas salió, y vio a un publicano llamado Leví, sentado al banco de los tributos públicos, y le dijo: Sígueme. ²⁸Y dejándolo todo, se levantó y le siguió.

Uno de los sitios favoritos de Cristo en la vecindad de Capernaum, lo constituía la orilla del mar. Cuando se dirigía nuevamente a ese lugar, mucha gente lo seguía, y Él les enseñaba (Mr 2.13).

Cerca estaba el banco de los tributos públicos, a cargo de un recaudador de impuestos. El término usado en el lenguaje original significa «hombre de los impuestos». La NASB usa el término «recaudador de impuestos». En la KJV se lee «publicano» (N. del T.: al igual que en la Reina-Valera), lo cual puede ser motivo de confusión en algunos países donde «publicano» es un hombre que administra un «pub» (un bar público donde se expenden bebidas alcohólicas). Puede que el banco haya estado cerca del lago, para cobrar el impuesto sobre los bienes y las personas que se transportaban a la otra orilla, o puede que haya estado sobre

un camino que pasaba cerca, para cobrar los impuestos sobre los productos agrícolas que se traían a Capernaum. El nombre del recaudador de impuestos era Mateo (Mt 9.9). Era hijo de Alfeo, y también se le conocía como Leví (Mr 2.14).

Los recaudadores de impuestos eran por lo general odiados por los judíos. A un compatriota judío que cooperara con los romanos, se le consideraba traidor. Robert L. Thomas escribió:

Los recaudadores de impuestos, como Mateo [...] calculaban el valor de los bienes de los mercaderes que estaban en tránsito, y cobraban impuestos sobre ellos, para el gobierno romano [...] La imprecisión de las tasas arancelarias permitía a los recaudadores de impuestos imponer comisiones más altas, con el fin de aumentar su propia ganancia. Que Mateo formara parte de la mayoría corrupta, no es algo que sepamos, pero lo cierto es que con el sólo hecho de pertenecer a una clase que había sido excomulgada por los compatriotas judíos, era suficiente para ser despreciado.⁶

Es probable que Jesús hubiera pasado a menudo por el banco de Mateo cada vez que iba y venía del mar de Galilea. No hay duda de que el recaudador de impuestos, estando sentado al banco de los tributos públicos, había tenido muchas oportunidades de escuchar a Cristo cuando predicaba. Sin embargo, este día fue diferente, porque Jesús se detuvo y le dijo: **Sígueme** (Mr 2.14). Al igual que sucedió con Pedro, Andrés, Jacobo y Juan, este fue un llamado al discipulado a tiempo completo. Al igual que los pescadores, Mateo [lo dejó] **todo, se levantó y le siguió** (Lc 5.28). Entienda lo que le costó a Mateo su decisión. Los pescadores que dejaron sus redes para seguir a Jesús podían volver a la pesca (vea Jn 21.3); pero una vez que Mateo le diera la espalda a sus «patronos» romanos, él no podía volver a su empleo de recaudador de impuestos. Muchas armonías ponen énfasis en el banquete que siguió después del llamado de Mateo (Mt 9.10–13;

⁶Robert L. Thomas, ed., y Stanley N. Gundry, ed. asoc., *A Harmony of the Gospels (Una armonía de los evangelios)* (Chicago: Moody Press, 1978), 55.

Mr 2.15–17; Lc 5.29–32), y encaja bien aquí. Es aconsejable que lo incluya a estas alturas del estudio.

APLICACIÓN:
«TODOS SE ASOMBRARON,
Y GLORIFICARON A DIOS»:
EL MINISTERIO DE SANIDAD DE JESÚS

Los relatos del evangelio indican que una importante parte del ministerio de Jesús la constituyeron las sanidades que Él realizó. Por ejemplo, en la sinagoga de Capernaum, Jesús echó fuera un espíritu inmundo de un hombre (Mr 1.21–28; Lc 4.31–37). Como resultado de esto, «todos se asombraron [...] Y muy pronto se difundió su fama por toda la provincia alrededor de Galilea» (Mr 1.27–28).

Jesús y Sus discípulos pasaron de la sinagoga a la casa de Pedro y Andrés. Allí Jesús sanó a la suegra de Pedro. Esa noche «trajeron a él muchos endemoniados; y con la palabra echó fuera a los demonios, y sanó a todos los enfermos» (Mt 8.16; lea Mt 8.14–17; Mr 1.29–34; Lc 4.38–41).

Al día siguiente, Jesús dio comienzo a un recorrido de predicación por la provincia (Mt 4.23–25; Mr 1.35–39; Lc 4.42–44).

Y recorrió Jesús toda Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo [...] Y le siguió mucha gente de Galilea, de Decápolis, de Jerusalén, de Judea y del otro lado del Jordán (Mt 4.23–25).

Se recoge en detalle un milagro hecho durante ese recorrido de predicación: la sanidad de un leproso (Mt 8.2–4; Mr 1.40–45; Lc 5.12–16). Jesús le dijo al leproso que no lo dijera a nadie, pero él siempre lo dijo. Jesús llegó a ser tan famoso que «no podía entrar abiertamente en la ciudad [...] y venían a él de todas partes» (Mr 1.45).

Jesús vino a Capernaum, probablemente con el fin de descansar, pero no pudo descansar, porque todos se reunieron en la casa donde se estaba quedando. Este fue el escenario en que sanó al hombre que bajaron por el techo (Mt 9.2–8; Mr 2.1–12; Lc

5.17–26). Jesús dijo al hombre: «A ti te digo: Levántate, toma tu lecho, y vete a tu casa» (Mr 2.11). Según Marcos, el hombre «se levantó en seguida, y tomando su lecho, salió delante de todos, de manera que todos se asombraron, y glorificaron a Dios, diciendo: Nunca hemos visto tal cosa» (Mr 2.12). Es de estas palabras que se ha tomado el título de esta lección.

Al seguir nuestra lectura de los evangelios, estaremos leyendo continuamente acerca de los milagros de Jesús, incluidas Sus sanidades milagrosas. Puede que valga la pena dedicar algún tiempo a hablar acerca de Sus milagros, y especialmente acerca de la sanidad de los enfermos.

Lo razonable de los milagros de Jesús

Jesús realmente hizo milagros. Estos sucedieron tal como se recogen en Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Los que no desean creer en la Biblia, ni en la deidad de Jesús, se burlan de los milagros que se narran en el Sagrado Libro. Entre la preguntas que hacen están estas: «¿De veras cree usted que un pez se tragó a Jonás?», «¿De veras cree usted que Jesús alimentó literalmente a cinco mil personas con unos pocos panes y unos pececillos?». Algunos que afirman ser cristianos, se esfuerzan mucho por justificar de un modo natural los milagros, por encontrar alguna explicación racionalista de estos, diciendo: «Oh, las personas de ese tiempo eran ignorantes, y no tenían el conocimiento que hoy tenemos. Por esta razón llamaron milagros a fenómenos que en realidad no lo eran».

Como ya lo dije anteriormente, afirmo que *los milagros de Jesús en realidad sucedieron tal como los recogieron Mateo, Marcos, Lucas y Juan*. Hay muchas razones para creer que esto es cierto. Permítame mencionar algunas.

Creo que es cierto porque creo en Dios. Si uno cree en Dios, también debe creer que «todas las cosas son posibles para Dios» (Mr 10.27).

Creo que es cierto porque creo en la Biblia. Tenemos buenas razones para creer que la Biblia es inspirada por Dios (2 Ti 3.16). Con el paso de los años, esta ha probado que es un libro confiable, un libro al cual podemos encomendar literalmente nuestra vida. Esta Biblia inspirada por Dios nos habla de los mila-

gros de Jesús.

Mi siguiente razón está estrechamente relacionada con la que acabo de mencionar: Creo que es cierto porque los milagros de Jesús fueron consignados por testigos dignos de confianza. La manera como fueron consignados, y el tiempo en que lo fueron, apuntan al hecho de que fueron hombres racionales los que los consignaron, y no hombres inconscientes de lo que realmente sucedió, y menos hombres que tuvieran la intención de engañar.

Creo que es cierto porque los milagros son consecuentes con quién fue Jesús, o, si lo prefiere, con quién afirmó ser. Jesús afirmó ser el Hijo de Dios, el Mesías, la Luz del mundo, el Pan de vida, Aquel que podía perdonar pecados. Estas fueron afirmaciones extraordinarias. Quienquiera que haga afirmaciones de tal naturaleza se verá obligado a una de dos cosas: a probar que son verdaderas, o a aceptar que es un mentiroso. Alguien dijo que Jesús, o era mentiroso, o era lunático, o era el Señor. Estas son las únicas posibilidades. Si uno no está dispuesto a llamar a Jesús mentiroso o lunático, entonces deberá reconocerlo como el Señor, y su capacidad para hacer milagros sería consecuente con tal posición.

Creo que es cierto porque no hay manera de explicar a Jesús y la influencia que Él ha tenido, sin tomar en cuenta Sus milagros. Cuando yo era estudiante de la Abilene Christian University, algunos teólogos estaban llevando a cabo lo que ellos llamaban «La búsqueda del Jesús histórico». No creían en milagros (según su manera de pensar, los milagros eran supersticiones sin sentido), de modo que estaban tratando de eliminar los elementos milagrosos de la historia de Jesús, para hallar al «verdadero Jesús» que anduvo sobre la tierra. Al final Jesús resultó ser un desconocido filósofo moral, inculto, que vivió en un remoto rincón del mundo. Alguien dijo que si *ese* Jesús podía cambiar el curso de la historia, jese sería un milagro mayor que cualquiera de los que alguna vez se le atribuyó a Cristo en el Nuevo Testamento! Uno de mis profesores, J. D. Thomas, comparó lo que estos eruditos estaban tratando de hacer, con pelar una cebolla para encontrarle el corazón. Cuando uno termina de pelarla, no queda nada. No se puede explicar a Jesús y Su influencia sin

tomar en cuenta Sus milagros.

Yo creo que los milagros de Jesús en realidad sucedieron tal como se registraron en los evangelios, porque ni siquiera los enemigos de Jesús pudieron negar que Él los hizo. En la lectura de esta semana, cuando Jesús sanó al parálítico, Sus críticos estaban presentes. Jesús les presentó un desafío, diciéndoles: «Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados (dijo al parálítico): A ti te digo: Levántate, toma tu lecho, y vete a tu casa» (Mr 2.10–11). ¡Sus críticos no pudieron negar que el hombre se puso de pie y anduvo!

Cuando llegamos a Juan 9, leemos acerca de la sanidad del hombre que era ciego de nacimiento. A los enemigos de Jesús les molestó esto, y trataron de desacreditarlo, pero hubo algo que no hicieron: No negaron que un milagro había ocurrido (Jn 9.16).

En Juan 11 leemos acerca de la resurrección de Lázaro. Note lo que dijeron los enemigos de Jesús: «¿Qué haremos? Porque este hombre hace muchas señales» (Jn 11.47).

Cuando Pedro predicó acerca de Jesús a sus compatriotas judíos, les dijo: «Jesús nazareno, varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas, prodigios y señales que Dios hizo entre vosotros por medio de él, *como vosotros mismos sabéis*» (Hch 2.22; énfasis nuestro). Ninguno de ellos le interrumpió para gritarle que Jesús no hizo nada.

No solamente fue cierto que en tiempos bíblicos nadie pudo negar que Jesús hizo milagros, sino que también en los primeros días del cristianismo se levantaron hombres que escribieron libros en un intento por destruirlo. Entre ellos estuvieron Celso, Hierocles y Julián el Apóstata. Si hubo algo que prácticamente ninguno de estos hizo, fue negar que Jesús hizo milagros.

Además, yo creo que los milagros de Jesús fueron auténticos porque aun hoy día no podemos justificarlos. De vez en cuando, alguien dice que sin duda la gente creyó que Jesús andaba haciendo milagros, pero que también había otros que afirmaban hacer milagros, como Simón el mago, y que la gente creía que *tales hombres* eran hacedores de milagros. Quien así razona, considera que Jesús sencillamente engañaba a la gente. Puede que este argumento tuviera algún peso, de no ser por dos hechos que lo hacen caer: precisamente los mismos que estaban engañando al

pueblo, los que sabían cómo engañar al pueblo, y usar psicología de masas, ellos mismos se convencieron de los milagros de Jesús y de los apóstoles. Analice la historia de Simón el mago que se recoge en Hechos 8. Considere también a Judas. Este tenía información confidencial de todo lo que Jesús hacía. Si Jesús hubiera estado embaucando a las multitudes, no hay duda de que Judas lo habría sabido. Sin embargo, cuando Judas decidió traicionar a Jesús, no les pudo decir a los enemigos de Este algo que pudieran usar cuando lo juzgaron. Lo único que pudo hacer fue decirles dónde encontrarlo para que lo pudieran arrestar.

Hay quienes protestan, diciendo: «Bien, aun si estos relatos fueran fiables, aun si estas cosas realmente sucedieron, los que escribieron sobre ellas no *entendían* qué estaba sucediendo. No sabían de la existencia de las enfermedades psicosomáticas. Hoy día sabemos que el 80 por ciento de los problemas físicos están relacionados con algún problema de la mente. *Esa* fue la manera como Jesús pudo sanar».

Yo no negaría que muchas enfermedades están relacionadas con la mente, pero esto no puede explicar ni uno de los milagros de Jesús: no puede explicar la sanidad del leproso, de la cual habla la lectura de esta semana. No puede explicar la restauración de extremidades atrofiadas. No puede explicar la sanidad del hombre ciego de nacimiento. Este hombre no fue que nació sano de la vista, y que después desarrolló ceguera psicosomática. Fue que *nació* ciego. ¿Y cómo se explicaría la resurrección de Lázaro, que llevó a cabo Jesús, después de que ya Lázaro tenía cuatro días de muerto, y ya hedía? (Jn 11). ¿Acaso fue que Lázaro sencillamente *pensó* que había estado muerto tres días?

Muchos de los milagros de Jesús fueron hechos en público. Fueron hechos delante de incrédulos. Fueron hechos durante un largo período de tiempo, y supusieron gran variedad en la demostración de poder: poder sobre la naturaleza, sobre la enfermedad, sobre los demonios, poder que incluía conocimiento sobrenatural, poder que incluía creación, y poder sobre la muerte. No hay otra manera de explicarlos.

Jesús realmente...

... sanó a un paralítico en la sinagoga de Capernaum.

... sanó a la suegra de Pedro.

... sanó a todos los que vinieron a Él en Capernaum, y en Galilea.

... sanó a un leproso.

... sanó al hombre que bajaron por el techo en Capernaum.

La realidad de los milagros de Jesús

Echemos una mirada más detenida a los milagros de Jesús, especialmente a las sanidades que hizo. Encontraremos milagros como estos una y otra vez en nuestra lectura.

Los milagros de Jesús en aquel tiempo

Hoy día usamos a la ligera el término «milagro», por ejemplo: hablamos del «milagro del nacimiento». Decimos: «Si apruebo el examen, será un milagro», o: «Si logro llegar al final del año sin una úlcera, será un milagro». Bíblicamente, no obstante, la palabra «milagro», tal como se usa en la Biblia, tiene un significado especial. No era algo que sucedía todos los días. No era algo que resultaba de las leyes naturales, ni del esfuerzo humano. Era sobrenatural porque se suspendían temporalmente las leyes naturales, y predominaba lo sobrenatural, pero era más que eso. Era una intervención sobrenatural en el mundo natural, de un modo tal que todos pudieran ver, oír y reconocer que un milagro había ocurrido.

Para demostrar lo que estamos hablando, usemos varios ejemplos para aprender ciertos hechos de las sanidades que realizaba Jesús.

En primer lugar, note que Jesús no estaba limitado en sus milagros, pues Él no había recibido el Espíritu «por medida», ni con límite (Jn 3.34).

No estaba limitado por la fe de otros. A veces la persona sanada tenía fe, como la tuvo el leproso (Mt 8.2). A veces, no obstante, no había indicio de que la persona tuviera fe. Por ejemplo, en el caso de la sanidad del hombre que fue bajado por el techo, Jesús vio la fe de los cuatro amigos, no la del hombre enfermo (Mt 9.2; Mr 2.5). Los que fueron resucitados de entre los muertos, ciertamente no demostraron tener fe en la capacidad de Él para hacer milagros.

A Jesús no le limitó la clase de padecimientos físicos que podía

sanar. Sanó «*toda* enfermedad y *toda* dolencia en el pueblo» (Mt 4.23; énfasis nuestro). Él sanó algo tan «sencillo» como una fiebre, y también que sanó a un hombre «*lleno* de lepra» (Lc 5.12; énfasis nuestro). No se puso a escoger a los que sanaría. Cuando se tiene un auténtico poder para sanar, no hay limitaciones en cuanto a quién se puede o no se puede sanar.

A Jesús tampoco le limitó el número de personas que necesitaban ser sanadas. Pudo sanarlas a todas. No conoció el fracaso.

Y se difundió su fama por toda Siria; y le trajeron *todos* los que tenían dolencias [...] y los sanó (Mt 4.24; énfasis nuestro).

... sanó a *todos* los enfermos (Mt 8.16; énfasis nuestro).

... todos los que tenían enfermos de diversas enfermedades los traían a él; y él, poniendo las manos sobre *cada uno de ellos*, los sanaba (Lc 4.40; énfasis nuestro).

En segundo lugar, las sanidades de Jesús tenían ciertas características distintivas:

1) La sanidad era *inmediata*. No era que las personas se recuperaban gradualmente. En relación con el leproso, esto es lo que leemos: «Y al instante su lepra desapareció» (Mt 8.3c; vea también Mr 1.42; Lc 5.13). En relación con el paralítico, Marcos 2.12 dice: «Entonces él se levantó en seguida, y tomando su lecho, salió delante de todos...» (vea Lc 5.25).

2) La sanidad era *completa*. Las personas no eran sanadas parcialmente. Esto se ilustra en los relatos sobre los cuales leemos en esta semana: El hombre de la sinagoga estuvo completamente sano después que Jesús echó fuera el demonio. La suegra de Pedro estuvo completamente bien después que Jesús la sanó, pues ella volvió de inmediato a sus actividades normales. El leproso no fue que sencillamente «mejoró»; él fue limpio. El paralítico tomó su lecho y salió por la puerta. A medida que avancemos en este estudio, veremos muchos otros casos: a los ciegos se les hizo ver, las extremidades secas fueron restauradas, y se resucitaron personas de entre los muertos.

3) La sanidad era *convinciente*. Los milagros de Jesús fueron de tal naturaleza, que nadie pudo negar que tuvieron lugar. Hubo quienes trataron de desacreditar a Jesús, llegando incluso a decir que hacía los milagros por el poder de Beelzebú; sin embargo, no pudieron negar que los milagros se hicieron.

Uno de los mejores ejemplos es el caso de la sanidad del hombre que fue bajado por el techo. Ni siquiera los enemigos de Jesús pudieron negar que en esa ocasión ocurrió un milagro. Como resultado, las multitudes comenzaron a crecer y la popularidad de Jesús aumentó: «Y se difundió su fama [...] Y le siguió mucha gente de Galilea, de Decápolis, de Jerusalén, de Judea y del otro lado del Jordán» (Mt 4.24–25). Después que Cristo sanó al endemoniado en la sinagoga, esto es lo que leemos:

Y todos se asombraron, de tal manera que discutían entre sí, diciendo: ¿Qué es esto? [...] con autoridad manda aun a los espíritus inmundos, y le obedecen? [...] Y muy pronto se difundió su fama por toda la provincia alrededor de Galilea (Mr 1.27–28).

Después de sanar al leproso, «su fama se [extendió] más y más; y se [reunió] mucha gente para oírle, y para que les sanase de sus enfermedades» (Lc 5.15).

En tercer lugar, los fines de Jesús eran primordialmente espirituales. Su propósito era salvar almas, no solamente aliviarles el sufrimiento corporal. Lucas 4.43 dice: «Pero él les dijo: Es necesario que también a otras ciudades anuncie el evangelio del reino de Dios; porque *para esto* he sido enviado» (énfasis nuestro). No dijo que fuera enviado a sanar, sino a predicar para que las personas pudieran ser salvas (vea Lc 19.10).

Esto no significa que a Jesús no le conmovía el sufrimiento humano. Cuando vio al leproso, Él tuvo misericordia de este (Mr 1.41). Significa que la prioridad más alta de Jesús no era sanar ni realizar otros milagros. Estaba de lo más interesado en las almas de los hombres, no en sus cuerpos. Cuando el parálítico fue bajado por el techo, lo primero que Jesús hizo fue perdonar sus pecados (Mr 2.5).

Los llamados milagros de hoy en día

Una razón por la que las personas no creen en los milagros de Jesús es que algunos afirman hoy día tener el mismo poder que tuvieron Jesús y los apóstoles. Cuando los escépticos analizan lo que estos impostores hacen, y determinan que no es milagroso, concluyen que Jesús y los apóstoles tampoco pudieron hacer milagros. Sin embargo, notemos algunas diferencias entre los milagros de Jesús y los supuestos milagros de hoy día.

Como vimos, a Jesús no lo limitó nada para realizar sus milagros: no lo limitó la fe de otros, ni la clase de problema físico, ni el número de casos. Los supuestos hacedores de milagros de hoy día, por el contrario, cuando no pueden sanar a alguien, a menudo dicen que se debió a que no tenía fe. Esto es lo que en efecto dicen: «Estamos limitados por la fe del otro». Además, vimos que Jesús pudo sanar a todos y todas las enfermedades, mientras que hay enfermedades que los llamados sanadores de hoy día no intentan sanar. Cada vez que realizan sus «servicios de sanidad», las personas vuelven a su casa sin haber sido sanadas.

Contrastemos especialmente tres características de los milagros de Jesús: los milagros de Jesús fueron, en primer lugar, *inmediatos*, y en segundo lugar, *completos*. Los llamados sanadores a menudo insisten en que la persona «sanada» ha mejorado, y que continuará mejorando. Si uno asistiera a un «servicio de sanidad», no vería extremidades secas que se restauran a la normalidad; ni vería a los muertos levantarse. La tercera característica es devastadora para los que afirman hacer los mismos milagros que Jesús hizo. Los milagros de Jesús eran *convincientes*: Los milagros de Jesús convencían a Sus enemigos; convencían a los escépticos; nadie podía negar que había tenido lugar un milagro. Yo estuve una vez en una «reunión de milagros», y he visto muchas más por televisión, pero no he visto un sólo milagro todavía. No es difícil negar que los milagros están ocurriendo hoy día.

Por último, hay un contraste en el énfasis: Jesús jamás recalcó lo físico, ni el alivio del sufrimiento. Más bien recalcó al hombre espiritual. En los «servicios de sanidad» que he visto, el énfasis y el entusiasmo se centraron en los males físicos.

Uno de los obstáculos para convencer a los hombres hoy

día de que Jesús hizo milagros, lo constituyen los falsos milagros de hoy día. Los culpables de estos tendrán que dar cuenta algún día.

El resultado de los milagros de Jesús

Nuestra última consideración se funda sobre una verdad comentada anteriormente. Quiero que terminemos con esta idea porque es exactamente de lo cual trataron los milagros de Jesús, fuera el milagro de sanar, el de calmar la tempestad o el de resucitar a un muerto; y esta es la idea: Los milagros probaron que Él era el Hijo de Dios y nuestro Salvador.

Los milagros de Jesús tuvieron un poderoso impacto sobre la gente que los vio. Esto se puede ilustrar con el caso del hombre que fue bajado por el techo. Cuando se ponen juntos los tres relatos, se puede observar cuánto impresionó este milagro a los que estaban presentes:

- Se asombraron (Mr 2.12).
- Se llenaron de temor (Lc 5.26).
- Se maravillaron (Mt 9.8).
- Glorificaron a Dios (Mr 9.8; Mr 2.12; Lc 5.25–26).

Jesús recalcó que el propósito primordial de Sus milagros fue convencer a la gente de que Él era verdaderamente el Hijo de Dios. Por ejemplo, para probar que Él tenía autoridad para perdonar pecados (algo que sólo Dios puede hacer), sanó al parálítico que fue bajado por el techo (Mt 9.4–6). A medida que avancemos en el estudio, esa verdad será ilustrada una y otra vez. Cuando Juan el Bautista se preguntaba si Jesús era o no el Mesías, en lugar de decir: «Sí, lo soy», Jesús sanó a muchas personas. Luego esto fue lo que en efecto dijo: «Id, haced saber a Juan lo que habéis visto» (Lc 7.20–23).

Juan enfatizó especialmente este hecho. En Juan 2.11, el primer milagro de Jesús fortaleció la fe de los discípulos en Él. En Juan 5.36 Cristo dijo esto: «... las mismas obras que yo hago, dan testimonio de mí, que el Padre me ha enviado». Jesús desafió a Sus discípulos a «[creerle] por las mismas obras» (Jn 14.11). Puede que usted diga: «Deseara haber visto los milagros de

Jesús. Porque entonces creería». Juan tomó en cuenta esto también, cuando dijo:

Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero éstas se han *escrito* para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre (Jn 20.30-31; énfasis nuestro).

Los milagros de Cristo no tienen que repetirse. Tenemos el indiscutible testimonio de los que los observaron. Si no creemos en el testimonio de ellos, no creeríamos aun si viéramos los milagros con nuestros propios ojos (vea Lc 16.31).

Conclusión

Los milagros de Jesús enseñan algunas importantes lecciones. Por ejemplo, demuestran que Jesús se preocupa por los problemas de los demás. Cristo todavía se conmueve de que tengamos problemas de alguna clase. Lo más importante es que los milagros enseñan que Jesús es verdaderamente el Hijo de Dios. Podemos, por lo tanto, ser salvos de nuestros pecados, y algún día ir a morar con Él por toda la eternidad.

PARTE V

EL MINISTERIO DE CRISTO DE LA SEGUNDA PASCUA A LA TERCERA

Incluye una armonía de

Mt 5.1—8.1, 5-13, 18, 23-34;
9.1, 10-38; 10.1—14.36

Mr 2.15—6.56

Lc 4.16-30; 5.29—9.17; 11.14-36

Jn 5.1—6.71

SECCIÓN I

LAS SANIDADES DE JESÚS

Incluye una armonía de

Mt 10.2–4; 12.1–21

Mr 2.23—3.19

Lc 6.1–16

Jn 5.1–47

La parte V se enfoca en los eventos que ocurrieron entre la segunda y la tercera Pascua del ministerio temprano de Cristo. Se dice a menudo que el ministerio personal de Jesús duró tres años y medio, lo que es una conjetura basada en la creencia que el evangelio de Juan menciona cuatro Pascuas. Juan definitivamente menciona tres Pascuas: 2.13; 6.4; 13.1. La cuarta referencia es a «una fiesta de los judíos» (Jn 5.1), la cual puede o no haber sido una Pascua. Varias explicaciones han sido dadas a favor de que esta haya sido una Pascua, incluyendo el hecho que sería difícil integrar todos los eventos de la vida de Jesús si Su ministerio fuera menos de tres años. Es, por supuesto, posible que haya habido Pascuas adicionales durante el ministerio de Jesús que no hayan sido mencionadas por Juan—y que Su ministerio pueda haber sido de cuatro o más años.

La duración exacta del ministerio personal de Jesús no fue lo suficientemente importante para que Dios lo revelara. No podemos decir categóricamente que «el ministerio de Jesús duró tres años y medio» cuando las escrituras no dicen eso. A. T. Robertson escribió, «Todo lo que podemos decir es que el ministerio de Jesús fue de [por lo menos] dos años y medio en duración con la probabilidad de tres y medio».¹

A medida que continuamos nuestro estudio sobre el gran ministerio en Galilea, deberíamos contar que, a partir de este punto, hay muchas, pero muchas diferencias en las varias armonías en relación al orden de los eventos. No se enumeran todas las opciones en este estudio, aunque de vez en cuando se mencionan otras posibilidades. La secuencia exacta de los eventos no

¹A. T. Robertson, *A Harmony of the Gospels for Students of the Life of Christ* (*Una armonía de los evangelios para estudiosos de la vida de Cristo*) (New York: Harper & Row, 1950), 269–70.

es cuestión de gran importancia; de otro modo, el Espíritu Santo habría sido más claro en cuanto al orden.

A medida que Jesús continuaba Su gran ministerio en Galilea, Su popularidad aumentaba. Las multitudes venían a oír Sus prédicas, y a buscar sanidad. Durante el período de tiempo que se abarca en esta lección, Jesús escogió a Sus doce apóstoles, preparando así el escenario para el monumental Sermón del Monte, el cual estudiaremos en las dos lecciones posteriores a esta.

Tal vez lo más significativo de este tiempo fue la creciente hostilidad de los dirigentes judíos. Los espías seguían a Jesús a todo lugar, tratando de encontrar bases para acusarlo (Mr 3.2; Mt 12.10). Les ponía furiosos que Cristo escapara de las trampas que le tendían (Lc 6.11). Mateo escribió que los fariseos «tuvieron consejo contra Jesús para destruirle» (Mt 12.14; vea Mr 3.6). Juan consignó que «los judíos perseguían a Jesús», y que «aun más procuraban matarle» (Jn 5.16, 18).

¿Por qué los autores del evangelio consideraron necesario documentar el odio irracional de la jerarquía judía? Tal vez se deba a que deseaban dejar clara la responsabilidad de ellos en la crucifixión de Jesús. En los tiempos neotestamentarios no existía mayor vergüenza que la deshonor de morir en una cruz romana (He 6.6; vea 12.2). Los críticos pueden ser tentados a decir con desprecio «Si Jesús fue realmente la Persona perfecta que dice usted, ¿por qué tuvo que morir como criminal convicto?» Nuestros textos ayudan a contestar la pregunta.

El antagonismo de esta lección giró en torno a las normas del día de reposo. Los evangelios hablan de seis polémicas relacionadas con este día. Estudiaremos tres de ellas en esta presentación. Y después veremos lo que Jesús hizo para hacer frente, hasta cierto punto, a los efectos de la oposición.

La expresión «día de reposo» o «sábado» significa básicamente «descanso». Cuando Dios creó el mundo, Él descansó en el día séptimo (Gn 2.1-3). Más adelante, el día séptimo, llamado el sábado, fue dado como parte de los Diez Mandamientos (Ex 20.8-11). El día de reposo era para descansar, para reflexionar sobre Dios, y para regocijarse. Para cerciorarse de que el día de reposo se observara, Dios impuso severas penas por violarlo (vea Nm 15.32-36; Neh 13.15-22; Jer 17.19-27).

EL MINISTERIO DE CRISTO DE LA SEGUNDA PASCUA A LA TERCERA:
LAS SANIDADES DE JESÚS

Las leyes de Dios eran suficientemente estrictas, pero los hombres no estaban dispuestos a dejar el asunto allí. Entre las absurdas tradiciones se encontraban estas: En el día de reposo no se podía llevar un zapato con suela clavada, porque eso era una carga; un hombre podía llevar el bollo de pan, pero dos hombres no podían llevar el bollo entre ellos. H. I. Hester escribió:

La observancia de este día se había convertido en una tarea muy complicada y gravosa. Las restricciones mosaicas habían sido elaboradas y multiplicadas hasta llegar a contarse por cientos de ellas. Muchas de estas normas eran completamente ridículas. Por ejemplo, llevar dientes postizos en el día de reposo se consideraba como llevar carga, así como arrancarse una cana, o tomar una espiga de trigo, o incluso escribir dos letras del alfabeto seguidas. Estas múltiples normas habían vuelto [prácticamente imposible] la observancia del día de reposo [...] El sistema entero había destruido el espíritu en sí del día de reposo.²

Warren Wiersbe observó: «Habían tomado el día de reposo, don de Dios para el hombre, y lo habían convertido en una cárcel de normas y restricciones».³

Cuando los judíos trataban de coger en una trampa a Jesús, las poco claras y complicadas normas del día de reposo, que habían elaborado, se convertían en «la ley favorita de ellos».⁴ En vista de que (a efectos prácticos) nadie podía guardar perfectamente todas las leyes del día de reposo que habían elaborado, creían que no iba a ser difícil atrapar a Jesús en una violación, y tal violación llevaba aparejada la pena de muerte (Nm 15.32–36.).

²H. I. Hester, *The Heart of the New Testament (La esencia del Nuevo Testamento)* (Liberty, Mo.: Quality Press, 1963), 142.

³Warren W. Wiersbe, *The Bible Exposition Commentary (Comentario de exposición bíblica)*, vol. 1 (Wheaton, Ill.: Victor Books, 1989), 305.

⁴Adam Fahling, *The Life of Christ (La vida de Cristo)* (St. Louis, Mo.: Concordia Publishing House, 1936), 195.

JESÚS SANA A UN LISIADO EN EL DÍA DE REPOSO Y DEFIENDE LA ACCIÓN (JN 5.1–47)

¹Después de estas cosas había una fiesta de los judíos, y subió Jesús a Jerusalén.

²Y hay en Jerusalén, cerca de la puerta de las ovejas, un estanque, llamado en hebreo Betesda, el cual tiene cinco pórticos. ³En éstos yacía una multitud de enfermos, ciegos, cojos y paralíticos, que esperaban el movimiento del agua. ⁴Porque un ángel descendía de tiempo en tiempo al estanque, y agitaba el agua; y el que primero descendía al estanque después del movimiento del agua, quedaba sano de cualquier enfermedad que tuviese. ⁵Y había allí un hombre que hacía treinta y ocho años que estaba enfermo. ⁶Cuando Jesús lo vio acostado, y supo que llevaba ya mucho tiempo así, le dijo: ¿Quieres ser sano? ⁷Señor, le respondió el enfermo, no tengo quien me meta en el estanque cuando se agita el agua; y entre tanto que yo voy, otro desciende antes que yo. ⁸Jesús le dijo: Levántate, toma tu lecho, y anda. ⁹Y al instante aquel hombre fue sanado, y tomó su lecho, y anduvo. Y era día de reposo aquel día.

¹⁰Entonces los judíos dijeron a aquel que había sido sanado: Es día de reposo; no te es lícito llevar tu lecho. ¹¹El le respondió: El que me sanó, él mismo me dijo: Toma tu lecho y anda. ¹²Entonces le preguntaron: ¿Quién es el que te dijo: Toma tu lecho y anda? ¹³Y el que había sido sanado no sabía quién fuese, porque Jesús se había apartado de la gente que estaba en aquel lugar. ¹⁴Después le halló Jesús en el templo, y le dijo: Mira, has sido sanado; no peques más, para que no te venga alguna cosa peor. ¹⁵El hombre se fue, y dio aviso a los judíos, que Jesús era el que le había sanado. ¹⁶Y por esta causa los judíos perseguían a Jesús, y procuraban matarle, porque hacía estas cosas en el día de reposo. ¹⁷Y Jesús les respondió: Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo. ¹⁸Por esto los judíos aun más procuraban matarle, porque no sólo quebrantaba el día de reposo, sino que también decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios.

¹⁹Respondió entonces Jesús, y les dijo: De cierto, de cierto os digo: No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente. ²⁰Porque el Padre ama al Hijo, y le muestra todas las cosas que él hace; y mayores obras que estas le mostrará, de modo que vosotros os maravilléis. ²¹Porque como el Padre levanta a los muertos, y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida. ²²Porque el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo, ²³para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió.

²⁴De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida. ²⁵De cierto, de cierto os digo: Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán. ²⁶Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo; ²⁷y también le dio autoridad de hacer juicio, por cuanto es el Hijo del Hombre. ²⁸No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; ²⁹y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación.

³⁰No puedo yo hacer nada por mí mismo; según oigo, así juzgo; y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió, la del Padre. ³¹Si yo doy testimonio acerca de mí mismo, mi testimonio no es verdadero. ³²Otro es el que da testimonio acerca de mí, y sé que el testimonio que da de mí es verdadero. ³³Vosotros enviasteis mensajeros a Juan, y él dio testimonio de la verdad. ³⁴Pero yo no recibo testimonio de hombre alguno; mas digo esto, para que vosotros seáis salvos. ³⁵El era antorcha que ardía y alumbraba; y vosotros quisisteis regocijaros por un tiempo en su luz. ³⁶Mas yo tengo mayor testimonio que el de Juan; porque las obras que el Padre me dio para que cumpliese, las mismas obras que yo hago, dan testimonio de mí, que el Padre me ha enviado. ³⁷También el Padre que me envió ha dado testimonio de mí. Nunca habéis oído su voz, ni habéis visto su aspecto, ³⁸ni tenéis su palabra

morando en vosotros; porque a quien él envió, vosotros no creéis. ³⁹Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí; ⁴⁰y no queréis venir a mí para que tengáis vida. ⁴¹Gloria de los hombres no recibo. ⁴²Mas yo os conozco, que no tenéis amor de Dios en vosotros. ⁴³Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me recibís; si otro viniere en su propio nombre, a ése recibiréis. ⁴⁴¿Cómo podéis vosotros creer, pues recibís gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria que viene del Dios único? ⁴⁵No penséis que yo voy a acusaros delante del Padre; hay quien os acusa, Moisés, en quien tenéis vuestra esperanza. ⁴⁶Porque si creyeseis a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él. ⁴⁷Pero si no creéis a sus escritos, ¿cómo creeréis a mis palabras?

Jesús había estado ocupado en el gran ministerio en Galilea. Pero ahora, Jesús estaba tomándose un receso para ir a Jerusalén a participar en una fiesta religiosa (Jn 5.1). La ley de Moisés estipulaba que los varones judíos fueran a Jerusalén tres veces al año para participar de las fiestas principales: la Pascua, el día de Pentecostés, y la Fiesta de los Tabernáculos, y Jesús siempre guardó la ley (Mt 5.17). No estamos seguros de qué fiesta era esta, pero hay buenos argumentos en favor de que se trataba de la Pascua. Para los fines de este estudio, consideraremos que se trataba de la Pascua.

Durante la Pascua anterior, Jesús había provocado la ira de las autoridades religiosas judías al echar del templo a los mercaderes religiosos. En esta Pascua hizo que se enfurecieran al sanar a un hombre junto al estanque de Betesda. Juan consignó el milagro con estas palabras: **Jesús le dijo: Levántate, toma tu lecho, y anda. Y al instante aquel hombre fue sanado, y tomó su lecho, y anduvo** (Jn 5.8–9a). Juan después añadió esta significativa aseveración: **Y era día de reposo aquel día** (Jn 5.9b; énfasis nuestro). Según las tradiciones rabínicas, era legal llevar a un hombre sobre su lecho en el día de reposo (en la justificación de ellos, el lecho quedaba al «margen»), pero era ilegal tan sólo llevar un lecho.

Al comienzo, los dirigentes judíos acosaron al hombre que

llevaba el lecho bajo su brazo; pero cuando descubrieron que Jesús había sido quien le dijo que lo tomara, el ataque de ellos se volvió contra Este. El asalto suscitó el primer sermón público pronunciado por Jesús que se recoge en detalle, el primero de varios discursos extendidos con los cuales Jesús se vio obligado a defenderse.

La defensa básica de Jesús, esta vez, fue en el sentido de que si Dios podía **trabajar** en el día de reposo, Él también podía (Jn 5.17). Dio ejemplos de las actividades en las cuáles Él y Su Padre eran socios (Jn 5.19–30). Al ponerse de lado de Dios, Jesús hizo que se horrorizaran los judíos: Se estaba haciendo **igual a Dios**. (Jn 5.18). Cristo después mencionó a varios testigos para probar que Él era quien afirmaba ser, testigos entre los cuales estaban Juan el Bautista, los milagros que hacía, las Escrituras, y en especial Dios mismo (Jn 5.31–47). Burton Coffman dijo que las palabras que Jesús dijo a Sus enemigos en esta ocasión «se clasifican entre las más profundas e instructivas de las Escrituras».⁵

Aparentemente, Jesús salió de Jerusalén poco después de este enfrentamiento. Por lo menos, no hay nada más que se consignara en relación con este viaje a Jerusalén.

APLICACIÓN: «IGUAL A DIOS» (JN 5.16–47)

Al principio de Su gran ministerio en Galilea, Jesús hizo un viaje a Jerusalén. Estando allí, sanó a un hombre junto al estanque de Betesda (Jn 5.2, 5, 8–9a). Al narrar tal evento, Juan añadió este escueto comentario: «Y era día de reposo aquel día» (Jn 5.9b).

Acusaciones inculpativas (Jn 5.16–18)

El resultado de la sanidad fue un enfrentamiento cara a cara con las autoridades judías. Los dirigentes religiosos acusaron a Jesús de quebrantar el día de reposo.

La respuesta de nuestro Señor fue esta: «Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo» (Jn 5:17). En otras palabras: «Es cierto que Dios reposó en el día séptimo (Gn 2.2), pero esto no significa que

⁵James Burton Coffman, *Commentary on John (Comentario de Juan)* (Austin, Tex.: Firm Foundation Publishing House, 1974), 158.

Dios dejó de hacer el bien. Aun en el día de reposo, Él sustenta el universo (He 1.3). Aun en el día de reposo, Él hace salir el sol y hace llover» (Mt 5.45). El argumento de Jesús era en el sentido de que como Dios ayuda a la gente en el día séptimo, era lícito que Él (esto es, Jesús) también la ayudara en ese día.

Las palabras de Cristo enfurecieron a los dirigentes judíos, pues entendieron las implicaciones de Su argumento. En primer lugar, Él dijo: «Mi Padre». Los hombres por lo general se referían a Dios como «nuestro Padre» (Mt 6.9; Ro 1.7; 1 Co 1.3); sin embargo, Jesús decía: «Mi Padre» (Mt 7.21; 10.32; 11.27), dando a entender una relación especial. En segundo lugar, Jesús presentó a Dios y se presentó a sí mismo como seres ocupados en la misma actividad: «Mi Padre [...] trabaja, y yo trabajo». Como resultado de esto, «los judíos aun más procuraban matarle, porque [...] decía que Dios era su propio Padre, *haciéndose igual a Dios*» (Jn 5:17–18; énfasis nuestro).

Los teólogos liberales leen los relatos de los evangelios y dicen que Jesús jamás afirmó ser Hijo de Dios, jamás afirmó ser divino. Para los dirigentes religiosos de los tiempos de Cristo no fue difícil entender la trascendencia de las palabras de Este.

Si Jesús *no* hubiera dado a entender que Él era «igual a Dios», habría sido sencillo que dijera: «Oh, no, ¡ustedes no me entendieron! Eso *no* fue lo que dije». No negó la acusación de ellos, sino que más bien la usó como una oportunidad para presentar un magistral discurso sobre Su relación con Su Padre. Este es uno de los grandes sermones que recoge el libro de Juan.

Afirmaciones increíbles (Jn 5.19–30)

La premisa de Jesús

La premisa básica de Jesús era que Él y Su Padre estaban *unidos* en lo que hacían. La frase «haciéndose igual a Dios» podría tomarse en el sentido de que Cristo se consideraba rival de Dios; sin embargo, Él recalcó que esto no era así. Hizo énfasis en que «no puede el Hijo hacer nada por sí mismo» (Jn 5.19). Más adelante lo repitió: «No puedo yo hacer nada por mí mismo» (Jn 5.30).

Ejemplos

Jesús dio varios ejemplos de cómo Él y Su Padre estaban unidos. En los versículos 21 al 30, hay tres temas que continúan reapareciendo y traslapándose: dar vida, resucitar a los muertos y juzgar a la humanidad. Los judíos creían que era la prerrogativa de Dios (y solo de Él) dar vida, resucitar a los muertos y declarar juicio, (vea Gn 18.25; Dt 32.39).

1) *Actúan unidos en dar vida.* Jesús habló primero de dar vida: «Porque como el Padre levanta a los muertos, y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida» (Jn 5.21). A estas alturas del discurso, es probable que se refiriera a que Jesús daba vida espiritual. Jesús también dijo: «De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida» (Jn 5.24).

2) *Actúan juntos en la resurrección de los muertos.* La afirmación del versículo 21 podría incluir también el dar vida corporal. Jesús anunció que los judíos lo verían hacer aún «mayores obras [milagros]» que las que habían visto hasta ese momento, y que ellos se maravillarían (Jn 5.20). Es probable que esta fuera una referencia a la resurrección de los muertos durante el ministerio personal de Cristo, especialmente la resurrección de Lázaro, que provocaría tanta agitación en Jerusalén (Jn 11.1–48; 12.1, 9–11).

El poder de Jesús, sin embargo, fue más allá de resucitar de entre los muertos a un puñado de personas, durante su estadía sobre la tierra. Anticipando el final de esta era, anunció:

... vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación (Jn 5.28–29).

Esta es una clara y concisa aseveración acerca de la resurrección general de toda la humanidad al momento del Segundo Advenimiento.

3) *Actúan unidos en el juicio.* Según dan a entender los versículos 28 y 29, la resurrección será seguida por el Día del Juicio. También en esta obra, Jesús estará junto a Su Padre. Dijo: «Porque el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo»

(Jn 5.22). Insistió en que Dios «le dio autoridad de hacer juicio, por cuanto es el Hijo del Hombre» (Jn 5.27). Más adelante volvió a afirmar: «juzgo; y mi juicio es justo» (Jn 5.30).

En vista de que Jesús y Su Padre actúan unidos en dar vida, en la resurrección de los muertos y en el juicio, ¿cuál debió haber sido la respuesta de Sus oyentes? Cristo dijo que todos deben «[honrar] al Hijo como honran al Padre», y añadió: «El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió» (Jn 5.23).

Jesús hizo osadas afirmaciones. Estaría obligado, o a dar pruebas de que era cierto lo que estaba diciendo, o a retractarse de Sus aseveraciones.

Credenciales impecables (Jn 5.31–47)

Jesús reconoció que Él y Sus afirmaciones estaban siendo juzgadas. Por esta razón apeló a una progresión de testigos para dar testimonio en Su favor.

Su aseveración introductoria sobre los testigos suena extraña: «Si solo yo doy testimonio acerca de mí mismo, mi testimonio no es verdadero» (Jn 5.31; NASB). La palabra «solo» ha sido añadida por los traductores.⁶ Lo que Cristo dijo literalmente fue esto: «Si yo doy testimonio acerca de mí mismo, mi testimonio no es verdadero». Jesús había estado «testificando» o «dando testimonio», acerca de sí mismo (Jn 5.19–30). Si el versículo 31 se tomara fuera de contexto, podría sonar como si Jesús estuviera reconociendo que no había dicho la verdad.

La defensa de Jesús que se recoge en Juan 5 debería compararse con la que se recoge en el capítulo 8. En esa ocasión, los fariseos dijeron a Cristo: «Tú das testimonio acerca de ti mismo; tu testimonio no es verdadero» (Jn 8.13). Jesús respondió, diciendo: «Aunque yo doy testimonio acerca de mí mismo, *mi testimonio es verdadero*» (Jn 8.14; énfasis nuestro). Luego añadió: «Y en vuestra ley está escrito que el testimonio de dos hombres es verdadero. Yo soy el que doy testimonio de mí mismo, y el Padre que me envió da testimonio de mí» (Jn 8.17–18).

Al comparar las dos aseveraciones queda claro que en Juan 5 Jesús no estaba confesando haber mentado. Más bien, estaba

⁶N. del T.: Este no es el caso de la Reina-Valera.

reconociendo que, de conformidad con la ley de Moisés, el testimonio de una sola persona era insuficiente. Era necesario el testimonio de dos o tres testigos (Nm 35.30; Dt 17.6; 19.15; vea Mt 18.16). Esta es la razón por la cual los traductores de la NASB añadieron la palabra «solo» al versículo 31: Si solo Cristo daba testimonio acerca de sí mismo, esto no sería aceptado *en un tribunal judío*.

Jesús, por lo tanto, añadió a un segundo Testigo, el mismo que se mencionó en el capítulo 8: Su Padre. Cristo dijo: «Otro es el que da testimonio acerca de mí, y sé que el testimonio que da de mí es verdadero» (Jn 5.32). En el contexto, «Otro» se refiere a Dios. Jesús recalcó, diciendo: «También el Padre que me envió ha dado testimonio de mí» (Jn 5.37a). Había varios testigos, pero el testimonio de cada uno de ellos era, en efecto, el testimonio del único y perfecto Testigo: Dios. Estos judíos no habían ni visto a Dios, ni oído Su voz (Jn 5.37b), pero Este les había hablado claramente por Sus agentes.

El testimonio de Juan

La veracidad de las afirmaciones de Jesús no estaba sustentada por testimonio humano (Jn 5.34a, 36a); sin embargo, el primer testigo que se invocó fue un hombre, Juan el Bautista. A Juan se le invocó porque era el mensajero especial de Dios (Mal 3.1; Lc 7.27), y porque su testimonio acerca del Mesías nunca pudo ser rebatido.

Cristo dijo: «Vosotros enviasteis mensajeros a Juan, y él dio testimonio de la verdad» (Jn 5.33). Esta es una referencia al momento cuando se envió una delegación de Jerusalén para indagar a Juan (Jn 1.19–28). Este les dijo: «... en medio de vosotros está uno a quien vosotros no conocéis. Este es el que viene después de mí, el que es antes de mí, del cual yo no soy digno de desatar la correa del calzado» (Jn 1.26–27). Al día siguiente, Juan, apuntando¹⁶ a Jesús, dijo: «He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo»; «Y yo le vi, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios» (Jn 5.29, 34).

El único propósito de la vida de Juan fue volver la mirada de la gente hacia Jesús. Esto es lo que ilustra «uno de los grandes retratos religiosos de Europa», el «Juan el Bautista» de Gru-

newald, cuyo «rasgo más llamativo [...] es la manera como se enfoca el dedo índice de Juan, con el cual este apunta para dirigir la atención [del observador] a Cristo...».⁷

En relación con el testimonio de Juan, esto fue lo que dijo Cristo: «Él era antorcha que ardía y alumbraba; y vosotros quisisteis regocijaros por un tiempo en su luz» (Jn 5.35). La frase clave de esta aseveración es «por un tiempo»; sobre la cual, R. C. Foster escribió: «Se regocijaron por un tiempo en la luz de Juan; ¡hasta que la luz se volvió hacia los pecados de ellos!».⁸ Después de esto, ya no quisieron tener nada más que ver con él.

Si *hubieran* aceptado el testimonio de Juan, también hubieran aceptado a Jesús. Entonces podían haber sido salvos (Jn 5.34b).

El testimonio de milagros

Cristo pasó después a hablar del testimonio que daban Sus milagros, diciendo: «Mas yo tengo mayor testimonio que el de Juan; porque las obras que el Padre me dio para que cumpliese, las mismas obras que yo hago, dan testimonio de mí, que el Padre me ha enviado» (Jn 5.36). La palabra «obras» podría usarse para referirse a la totalidad de la vida de Jesús; ciertamente todo lo que Él hacía daba testimonio del hecho de que era el Hijo de Dios. Cristo, sin embargo, estaba pensando en los milagros que hacía por el poder de Dios.

Jesús había llevado a cabo muchos milagros en un viaje anterior a Jerusalén (Jn 2.23). En relación con esas obras milagrosas, Nicodemo dijo: «... sabemos que has venido de Dios [...] porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él» (Jn 3.2). También en este viaje a Jerusalén, Cristo había hecho por lo menos un milagro. Es posible que el hombre que sanó junto al estanque, estuviera cerca cuando decía estas palabras.

Los críticos de Jesús no podían negar que Él hacía milagros; sin embargo, todavía rehusaban recibirlo como Mesías.

⁷Bruce Milne, *The Message of John (El mensaje de Juan)* (Downers Grove, Ill.: Inter-Varsity Press, 1993), 98.

⁸R. C. Foster, *Studies in the Life of Christ (Estudios en la vida de Cristo)* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1971), 451.

El testimonio de las Escrituras

Jesús había invocado como testigos a un mensajero de Dios, y a señales de Dios. Ahora invocaba el testimonio de la Palabra de Dios, diciendo: «Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí» (Jn 5.39). Cientos de pasajes del Antiguo Testamento apuntaban a Cristo (Sal 2; 22; Is 53). Jesús habló más adelante de «todo lo que está escrito de [Él] en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos» (Lc 24.44).

A su manera, los dirigentes judíos eran devotos de las Escrituras. Los escritos rabínicos decían: «El que se ha beneficiado de las palabras de la ley, se ha beneficiado de la vida en el mundo venidero».⁹ Por esta razón, escudriñaban las Escrituras. Contaban las palabras; contaban las letras; ponían bajo su lupa teológica toda «jota» y toda «tilde» (Mt 5.18). Y a pesar de esto, no atinaban a captar el propósito de las Escrituras, que habían sido concebidas para llevar a las personas a Cristo (Gá 3.24).

Eran como hombres que examinaban detenidamente un poste indicador, lo medían, trazaban bocetos de él, escribían descripciones de él, en lugar de viajar hacia el destino que tal poste indicaba. Warren Wiersbe escribió que los judíos «procuraron conocer la Palabra de Dios, ¡pero no conocieron al Dios de la Palabra!»¹⁰ Jesús percibió que ellos tenían la Palabra en su cabeza, pero no en su corazón. Les dijo: «ni tenéis su palabra morando en vosotros» (Jn 5.38).

Jesús, al referirse a los escritos de Moisés, hizo una llamativa aseveración del hecho de que las Escrituras daban testimonio de Él:

No penséis que yo voy a acusaros delante del Padre; hay quien os acusa, Moisés, en quien tenéis vuestra esperanza. Porque si creyeseis a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él. Pero si no creéis a sus escritos, ¿cómo creeréis a mis palabras? (Jn 5.45–47).

⁹Aboth 2.8; citado en Frank Pack, *The Gospel According to John (El evangelio según Juan)*, Parte 1 (Austin, Tex.: Sweet Publishing Co., 1975), 95.

¹⁰Wiersbe, 308.

Moisés escribió acerca de la «Simiente» que vendría (Gn 3.15; 22.18; vea Gá 3.16). Profetizó que este Prometido vendría de la tribu de Judá (Gn 49.10). Habló de un profeta que se levantaría como él mismo (Dt 18.15–18). *Todos* sus escritos estaban saturados con tipos y antitipos que anticipaban al Mesías. Por lo tanto, Jesús dijo que Moisés no sólo fue un testigo *a favor* de Él, sino que también, al final, se levantaría como testigo *contra* los que le rechazaran. Declaró: «hay quien os acusa, Moisés» (Jn 5.45b).

Con todo este conjunto de pruebas a su disposición, ¿por qué rechazaron los dirigentes judíos a Jesús? Jesús dijo que el problema era de la voluntad y del corazón. El que conocía «lo que había en el hombre» (Jn 2.25), lanzó esta acusación: «*no queréis venir a mí [...] no tenéis amor de Dios en vosotros*» (5.40–42; énfasis nuestro).

Un problema era que ellos buscaban la gloria de los hombres, y no «la gloria que viene del Dios único» (Jn 5.44). Lo que Jesús les estaba diciendo a los dirigentes, en efecto, era que si alguien venía afirmando ser el Mesías, pero sin las credenciales del cielo, ellos lo recibirían siempre y cuando los halagara y actuara en beneficio de sus propios intereses (Jn 5.43b). En cambio, a Jesús, que vino con la aprobación del cielo, los judíos rehusaron recibirlo (Jn 5.43a), porque no les daba la gloria que creían merecer.

Podríamos resumir la condición de las autoridades religiosas de Jerusalén, diciendo que sabían tanto acerca de lo que no era verdadero, acerca de lo que no tenía importancia, que no podían oír, ni hablar, ni ver la verdad (vea Mt 13.15).

¿No es para ponerse a pensar, que uno puede ser un estudioso de la Palabra, incluso un estudioso diligente, y aún así no llegar a tener jamás un conocimiento salvador de la verdad? Que Dios nos ayude a siempre abordar las Escrituras con la actitud apropiada (un «amor de la verdad»; 2 Ts 2.10) y con el propósito apropiado («Conoce al Señor»; He 8.11).

Conclusión

Probablemente los dirigentes judíos esperaban que a Jesús lo intimidaran las acusaciones en el sentido de que había quebrantado el día de reposo, pero no fue así. Más bien, hizo frente

al desafío de ellos, e hizo algunas de las más radicales afirmaciones. En vista de que los judíos no pudieron rebatir Sus argumentos, debían haberlo recibido como el Hijo de Dios, pero, tristemente, siguieron sin estar dispuestos a tomar tal decisión.

Juan 5 no se escribió solamente para poner al descubierto la dureza de los corazones de los judíos del siglo primero. Más bien, se escribió para exponer los corazones de los que vivimos en el siglo veintiuno. Las osadas afirmaciones de Jesús no dan lugar a nadie a mantener la neutralidad. En relación con estas afirmaciones, esto fue lo que C. S. Lewis escribió:

En la boca de alguien que no fuera Dios, estas palabras me darían entender lo que no puedo considerar más que una necesidad y una presunción jamás vistas en personaje alguno de la historia.

... Usted tendrá que elegir. O este hombre fue, y es, el Hijo de Dios, o, por el contrario, fue un demente o algo peor. Tiene usted la opción de no prestarle oído por considerarlo necio, como también la de escupirle y matarlo por considerarlo un demonio; pero también puede caer a Sus pies y llamarlo Señor y Dios.¹¹

Jesús fue sometido a juicio en Juan 5, y sigue sometido a juicio en el corazón de los seres humanos. Hoy en día, *nosotros* somos el jurado. ¿Cuál es *nuestro* veredicto?

JESÚS DEFIENDE A SUS DISCÍPULOS, QUE ARRANCARON ESPIGAS EN EL DÍA DE REPOSO (MT 12.1–8; MR 2.23–28; LC 6.1–5)

Mateo 12.1–8

¹En aquel tiempo iba Jesús por los sembrados en un día de reposo; y sus discípulos tuvieron hambre, y comenzaron a arrancar espigas y a comer. ²Viéndolo los fariseos, le dijeron:

¹¹C. S. Lewis, *Mere Christianity (Cristianismo y nada más)* (New York: Macmillan Co., 1952), 55–56.

He aquí tus discípulos hacen lo que no es lícito hacer en el día de reposo.³ Pero él les dijo: ¿No habéis leído lo que hizo hor, cuando él y los que con él estaban tuvieron hambre; ⁴cómo entró en la casa de Dios, y comió los panes de la proposición, que no les era lícito comer ni a él ni a los que con él estaban, sino solamente a los sacerdotes? ⁵¿O no habéis leído en la ley, cómo en el día de reposo los sacerdotes en el templo profanan el día de reposo, y son sin culpa? ⁶Pues os digo que uno mayor que el templo está aquí. ⁷Y si supieseis qué significa: Misericordia quiero, y no sacrificio, no condenaríais a los inocentes; ⁸porque el Hijo del Hombre es Señor del día de reposo.

Marcos 2.23–28

²³Aconteció que al pasar él por los sembrados un día de reposo, sus discípulos, andando, comenzaron a arrancar espigas. ²⁴Entonces los fariseos le dijeron: Mira, ¿por qué hacen en el día de reposo lo que no es lícito? ²⁵Pero él les dijo: ¿Nunca leísteis lo que hizo David cuando tuvo necesidad, y sintió hambre, él y los que con él estaban; ²⁶cómo entró en la casa de Dios, siendo Abiatar sumo sacerdote, y comió los panes de la proposición, de los cuales no es lícito comer sino a los sacerdotes, y aun dio a los que con él estaban? ²⁷También les dijo: El día de reposo fue hecho por causa del hombre, y no el hombre por causa del día de reposo. ²⁸Por tanto, el Hijo del Hombre es Señor aun del día de reposo.

Lucas 6.1–5

¹Aconteció en un día de reposo, que pasando Jesús por los sembrados, sus discípulos arrancaban espigas y comían, restregándolas con las manos. ²Y algunos de los fariseos les dijeron: ¿Por qué hacéis lo que no es lícito hacer en los días de reposo? ³Respondiendo Jesús, les dijo: ¿Ni aun esto habéis leído, lo que hizo David cuando tuvo hambre él, y los que con él estaban; ⁴cómo entró en la casa de Dios, y tomó los panes de la proposición, de los cuales no es lícito comer sino sólo a los sacerdotes, y comió, y dio también a los que estaban con él? ⁵Y les decía: El Hijo del Hombre es Señor aun del día de reposo.

Después que Jesús volvió a Galilea, andaba Él con Sus discípulos por un campo sembrado de grano en un día de reposo, y **sus discípulos tuvieron hambre, y comenzaron a arrancar espigas y a comer** (Mt 12.1). Lucas añadió que los discípulos [restregaban las espigas] **con las manos** (Lc 6.1). El grano en la espiga está envuelto en una cascarilla que se debe quitar para poder comerlo. Los seguidores de Jesús estaban restregando espiga con espiga para desprender la cascarilla. Después podían soplar la cascarilla y llevarse a la boca el grano crudo.

Mientras ellos arrancaban, restregaban, soplaban y masticaban, apareció de repente un grupo de fariseos, y comenzaron a acusarlos de quebrantar el día de reposo. Según Lucas, los fariseos increparon a los *discípulos*. Según Mateo y Marcos, los fariseos increparon a *Jesús*. Es probable que hicieran ambas cosas. Esta escena tiene un toque humorístico: Imagínese a los pomposos fariseos, en sus pulcros trajes, agachados en un campo de grano, escondiéndose y esperando la oportunidad para abalanzarse sobre Jesús apenas vieran la más leve infracción de sus queridas tradiciones.

La acusación no fue en el sentido de que estuvieran robando el grano de otro hombre, pues la ley permitía a los viajeros arrancar el grano y comerlo (Dt 23.25). La acusación era en el sentido de que se habían violado las leyes del día de reposo relacionadas con el trabajo. En lo que a los fariseos atañía, arrancar unas pocas espigas equivalía a cosechar, restregar el grano era como trillar, soplar la cascarilla era aventarlo, y comerlo equivalía a molerlo. (Es probable que añadieran que los discípulos habían «preparado una comida», lo cual estaba prohibido en el día de reposo.)

La defensa de Jesús en esta ocasión fue diferente de la que presentó en Jerusalén. Al terminar, dijo que ellos estaban condenando **a los inocentes** (Mt 12.7). En otras palabras, Jesús «se declaró inocente», basándose en cinco razones:

1) «Inocente», porque a David no se le consideró culpable cuando comió el pan de la proposición en el tabernáculo para aliviar el hambre (Mt 12.3–4; Lc 6.3–4; vea 1 S 21.6; Lv 24.5–9).

2) «Inocente», porque a los sacerdotes no se les consideraba culpables por trabajar en el día de reposo (Mt 12.5; vea Nm 28.9,

18–19). El día de reposo era el más ajetreado de la semana para los sacerdotes.

3) «Inocente», porque el propósito del día de reposo era servir de bendición, no de carga: **El día de reposo fue hecho por causa del hombre, y no el hombre por causa del día de reposo** (Mr 2.27). Negarles a los apóstoles un sencillo sustento en el día de reposo imponía una carga injusta sobre ellos.

4) «Inocente», porque aliviar el sufrimiento (incluyendo el hambre) era más importante que cumplir ritos (especialmente ritos de manufactura humana). Jesús les recordó a Sus acusadores la enseñanza de Oseas 6.6: **Misericordia quiero, y no sacrificio** (Mt 12.7).¹²

5) «Inocente», porque el Mesías no podía someterse a tradiciones de los hombres. Jesús hizo dos aseveraciones que debieron de haber dejado furiosos a los fariseos: **os digo que uno mayor que el templo está aquí** (Mt 12.6);¹³ **porque el Hijo del Hombre es Señor del día de reposo** (Mt 12.8; vea Mr 2.28; Lc 6.5). Era obvio que Jesús se estaba refiriendo a sí mismo. Era Él, no ellos, quien tenía la autoridad de decidir qué se podía, o no se podía hacer dentro del marco de las leyes antiguotestamentarias relacionadas con el día de reposo.

Ninguno de estos ejemplos debería ser tomado como prueba de que podemos quebrantar las leyes de Dios y quedar impunes. Lo que Jesús estaba tratando de decir era que si los dirigentes judíos no condenaron a David, ¿por qué lo condenaban a Él y a Sus seguidores?

Los fariseos debieron de haberse retirado consumidos por la ira, murmurando entre ellos.

¹²N. del T.: En la NASB se lee «compasión». En Oseas 6.6 de esta versión se lee «lealtad» en vez de «compasión», pero que en la KJV se lee «misericordia» (tal como en la Reina-Valera).

¹³N. del T.: En la NASB se lee «algo», y explica que esta es una traducción fiel del texto griego, pero que la traducción de la KJV (y de la Reina-Valera) transmite el sentido implícito de la aseveración: «Pero yo os digo, que en este lugar está alguien más grande que el templo».

JESÚS DEFIENDE LA SANIDAD DE UNA MANO SECA EN EL DÍA DE REPOSO (MT 12.9–14; MR 3.1–6; LC 6.6–11)

Mateo 12.9–14

⁹Pasando de allí, vino a la sinagoga de ellos. ¹⁰Y he aquí había allí uno que tenía seca una mano; y preguntaron a Jesús, para poder acusarle: ¿Es lícito sanar en el día de reposo? ¹¹El les dijo: ¿Qué hombre habrá de vosotros, que tenga una oveja, y si ésta cayere en un hoyo en día de reposo, no le eche mano, y la levante? ¹²Pues ¿cuánto más vale un hombre que una oveja? Por consiguiente, es lícito hacer el bien en los días de reposo. ¹³Entonces dijo a aquel hombre: Extiende tu mano. Y él la extendió, y le fue restaurada sana como la otra. ¹⁴Y salidos los fariseos, tuvieron consejo contra Jesús para destruirle.

Marcos 3.1–6

¹Otra vez entró Jesús en la sinagoga; y había allí un hombre que tenía seca una mano. ²Y le acechaban para ver si en el día de reposo le sanaría, a fin de poder acusarle. ³Entonces dijo al hombre que tenía la mano seca: Levántate y ponte en medio. ⁴Y les dijo: ¿Es lícito en los días de reposo hacer bien, o hacer mal; salvar la vida, o quitarla? Pero ellos callaban. ⁵Entonces, mirándolos alrededor con enojo, entristecido por la dureza de sus corazones, dijo al hombre: Extiende tu mano. Y él la extendió, y la mano le fue restaurada sana. ⁶Y salidos los fariseos, tomaron consejo con los herodianos contra él para destruirle.

Lucas 6.6–11

⁶Aconteció también en otro día de reposo, que él entró en la sinagoga y enseñaba; y estaba allí un hombre que tenía seca la mano derecha. ⁷Y le acechaban los escribas y los fariseos, para ver si en el día de reposo lo sanaría, a fin de hallar de qué acusarle. ⁸Mas él conocía los pensamientos de ellos; y dijo al hombre que tenía la mano seca: Levántate, y ponte en medio. Y él, levantándose, se puso en pie. ⁹Entonces Jesús les dijo: Os preguntaré una cosa: ¿Es lícito en día de reposo hacer bien, o

hacer mal? ¿salvar la vida, o quitarla? ¹⁰Y mirándolos a todos alrededor, dijo al hombre: **Extiende tu mano. Y él lo hizo así, y su mano fue restaurada.** ¹¹Y ellos se llenaron de furor, y hablaban entre sí qué podrían hacer contra Jesús.

Poco después, **en otro día de reposo**, Jesús entró en la sinagoga donde se le permitió enseñar (Lc 6.6). Según el relato de Mateo, **Él vino a la sinagoga de ellos** (Mt 12.9; énfasis nuestro), refiriéndose a los fariseos que habían tratado de condenarlo en el sembrado de grano.

Presente en aquella reunión, estaba **uno que tenía seca una mano** (Mt 12.10). Podría haber sido traído allí por los enemigos de Cristo, para tenderle a Este una trampa. Los fariseos le acecharon por un rato **para ver si en el día de reposo le sanaría, a fin de poder acusarle** la intención de ellos era acusarlo ante un concilio judío que le impusiera la pena de muerte (Mr 3.2). Al final, no soportaron la espera, e interrumpieron el sermón de Cristo, dejándose decir abruptamente: **¿Es lícito sanar en el día de reposo?** (Mt 12.10).

A Jesús no le intimidó la pregunta. Le dijo al hombre de la mano seca: **Levántate y ponte en medio** (Mr 3.3). Estando el hombre de pie ante los reunidos, hizo Cristo una pregunta a los que le preguntaron, diciendo: **¿Es lícito en día de reposo hacer bien, o hacer mal? ¿salvar la vida, o quitarla?** (Lc 6.9). Las normas de ellos permitían que los médicos y otros que no lo eran, salvaran la vida en el día de reposo.¹⁴ Jesús usó una sencilla ilustración con la cual todos podían identificarse:

¿Qué hombre habrá de vosotros, que tenga una oveja, y si ésta cayere en un hoyo en día de reposo, no le eche mano, y la levante? Pues ¿cuánto más vale un hombre que una oveja? Por consiguiente, es lícito hacer el bien en los días de reposo (Mt 12.11–12).

¹⁴ Alfred Edersheim, *The Life and Times of Jesus the Messiah (Vida y tiempos de Jesús el Mesías)*, New Updated Version (Peabody, Mass.: Hendrickson Publishers, 1993), 515.

Con el corazón destrozado por la ausencia de compasión de Sus enemigos (Mr 3.5), dijo Jesús al hombre: **Extiende tu mano** (Mt 12.13a). **Y él la extendió, y le fue restaurada sana como la otra** (Jn 5.13b). Fue un milagro que todos pudieron ver.

Sus enemigos habían sido callados (una vez más), pero ellos no estaban dispuestos a reconocer la derrota. **Y salidos los fariseos, tuvieron consejo contra Jesús para destruirle** (Mt 12.14). El relato de Marcos añade este detalle casi increíble: **Y salidos los fariseos, tomaron consejo con los herodianos contra él para destruirle** (Mr 3.6). Los fariseos *despreciaban* a los herodianos; sin embargo, aparentemente creían que necesitaban la influencia política de ellos para callar a Cristo. Odiaban a los herodianos, pero odiaban más a Jesús.

Antes de terminar esta sección sobre la polémica del día de reposo, permítame recalcar que Jesús jamás violó las leyes del día de reposo que Dios estipuló, ni alentó a nadie a hacerlo. De vez en cuando, no obstante, sí violó las tradiciones de los hombres, que habían proliferado con el paso de los años, y esto ponía furiosos a sus enemigos. En nuestra lectura, no hemos llegado todavía al punto que marca la mitad del ministerio público de Jesús, ¡y ya Sus adversarios estaban trabajando noche y día para destruirlo a Él y Su influencia! J. W. McGarvey escribió: «A partir de este momento, por [el] evangelio corre una línea roja de sangre que representa la conspiración contra la vida de Jesús».¹⁵

JESÚS SANA MULTITUDES JUNTO AL MAR DE GALILEA (MT 12.15–21; MR 3.7–12)

Mateo 12.15–21

¹⁵Sabiendo esto Jesús, se apartó de allí; y le siguió mucha gente, y sanaba a todos, ¹⁶y les encargaba rigurosamente que no le descubriesen; ¹⁷para que se cumpliese lo dicho por el pro-

¹⁵J. W. McGarvey y Philip Y. Pendleton, *The Fourfold Gospel or A Harmony of the Four Gospels (El evangelio cuádruple o Una armonía de los cuatro evangelios)* (Cincinnati: Standard Publishing Co., 1914), 198.

feta Isaías, cuando dijo:

¹⁸He aquí mi siervo, a quien he escogido;
Mi Amado, en quien se agrada mi alma;
Pondré mi Espíritu sobre él,
Y a los gentiles anunciará juicio.
¹⁹No contendrá, ni voceará,
Ni nadie oirá en las calles su voz.
²⁰La caña cascada no quebrará,
Y el pábilo que humea no apagará,
Hasta que saque a victoria el juicio.
²¹Y en su nombre esperarán los gentiles.

Marcos 3.7–12

⁷Mas Jesús se retiró al mar con sus discípulos, y le siguió gran multitud de Galilea. Y de Judea, ⁸de Jerusalén, de Idumea, del otro lado del Jordán, y de los alrededores de Tiro y de Sidón, oyendo cuán grandes cosas hacía, grandes multitudes vinieron a él. ⁹Y dijo a sus discípulos que le tuviesen siempre lista la barca, a causa del gentío, para que no le oprimiesen. ¹⁰Porque había sanado a muchos; de manera que por tocarle, cuantos tenían plagas caían sobre él. ¹¹Y los espíritus inmundos, al verle, se postraban delante de él, y daban voces, diciendo: Tú eres el Hijo de Dios. ¹²Mas él les reprendía mucho para que no le descubriesen.

En respuesta a las tres confrontaciones relacionadas con el día de reposo, Jesús dio tres pasos significativos. En primer lugar, Cristo se separó de Sus enemigos para evitar más conflictos. Después que el relato de Mateo consigna que los fariseos «tuvieron consejo contra Jesús para destruirle» (Mt 12.14), pasa luego a decir que **sabiendo esto Jesús, se apartó de allí** (Mt 12.15a). Esta fue la primera vez que Jesús se retiró, en un esfuerzo por apaciguar la tensión. Habría más veces que haría lo mismo.

Jesús se retiró al mar [esto es, al mar de Galilea] **con sus discípulos** (Mr 3.7a). Aun allí, la gente lo encontró: ... **y le siguió gran multitud de Galilea. Y de Judea, de Jerusalén, de Idumea, del otro lado del Jordán, y de los alrededores de Tiro y de Sidón ...** (Mr 3.7b, 8). Jesús enseñó al pueblo, sanó a los enfer-

mos, y echó fuera demonios, pero instó a todos a no difundir lo que había hecho (Mt 12.15–16; vea Mr 3.11–12). La publicidad adicional pondría más furiosos a los que lo odiaban.

Mateo recalcó que todo lo que había sucedido era un cumplimiento de profecía (Mt 12.17–21; vea Is 42.1–4): El hecho de que Jesús se retirara de la ciudad, y el encargo en el sentido de guardar silencio, hicieron que se cumplieran las palabras que dicen: **No contenderá, ni voceará, ni nadie oirá en las calles su voz** (Mt 12.19). Sus sanidades de los enfermos y de los débiles, demostraban Su preocupación por los que eran como **caña cascada**, o como el pábilo a punto de extinguirse (Jn 5.20). El hecho de que viniera gente de fuera de Palestina (de Idumea, de Tiro y de Sidón) recalca la importancia que tenía el ministerio de Jesús para los gentiles (Mt 12.18, 21).

Jesús continuaba enseñando y sanando, pero también hacía todo lo posible por evitar el enfrentamiento directo con los dirigentes judíos.

DESPUÉS DE ORAR, JESÚS ESCOGE A LOS DOCE APÓSTOLES (MT 10.2–4; MR 3.13–19; LC 6.12–16)

Mateo 10.2–4

²Los nombres de los doce apóstoles son estos: primero Simón, llamado Pedro, y Andrés su hermano; Jacobo hijo de Zebedeo, y Juan su hermano; ³Felipe, Bartolomé, Tomás, Mateo el publicano, Jacobo hijo de Alfeo, Lebeo, por sobrenombre Tadeo, ⁴Simón el cananista, y Judas Iscariote, el que también le entregó.

Marcos 3.13–19

¹³Después subió al monte, y llamó a sí a los que él quiso; y vinieron a él. ¹⁴Y estableció a doce, para que estuviesen con él, y para enviarlos a predicar, ¹⁵y que tuviesen autoridad para sanar enfermedades y para echar fuera demonios: ¹⁶a Simón, a quien puso por sobrenombre Pedro; ¹⁷a Jacobo hijo de Zebedeo, y a Juan hermano de Jacobo, a quienes apellidó Boaner-

ges, esto es, Hijos del trueno; ¹⁸a Andrés, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Jacobo hijo de Alfeo, Tadeo, Simón el cananista, ¹⁹y Judas Iscariote, el que le entregó.

Lucas 6.12–16

¹²En aquellos días él fue al monte a orar, y pasó la noche orando a Dios. ¹³Y cuando era de día, llamó a sus discípulos, y escogió a doce de ellos, a los cuales también llamó apóstoles: ¹⁴a Simón, a quien también llamó Pedro, a Andrés su hermano, Jacobo y Juan, Felipe y Bartolomé, ¹⁵Mateo, Tomás, Jacobo hijo de Alfeo, Simón llamado Zelote, ¹⁶Judas hermano de Jacobo, y Judas Iscariote, que llegó a ser el traidor.

Jesús respondió aún más a la creciente hostilidad por medio de escoger a doce hombres que llevaran a cabo Su obra cuando Él ya no estuviese más. Era obvio que Sus días estaban contados, era imperativo que se prepararan hombres especiales antes de Su muerte. Marcos explicó que estos fueron elegidos **para que estuviesen con él, y para enviarlos a predicar** (Mr 3.14). Ellos andarían con Él y aprenderían de Sus enseñanzas y de Su ejemplo. También, Él los enviaría en misiones especiales para que adquirieran experiencia. De este modo serían enseñados y capacitados. A partir de este momento, gran parte del esfuerzo de Cristo se concentró en la preparación de los apóstoles.

La elección de los Doce no se hizo sin consultar con Dios. Antes que Jesús tomara Sus decisiones, Él iba **al monte a orar, y [pasaba] la noche orando a Dios** (Lc 6.12). Todas las decisiones deberían ser precedidas por la oración.

Jesús aglutinó a Su alrededor a un número de discípulos a tiempo completo. Después de la noche de oración, los llamó y **escogió a doce de ellos** (Lc 6.13a). A los elegidos llamó **apóstoles** (Lc 6.13b; vea Mt 10.2). La palabra «apóstol» significa «enviado». La palabra se puede usar en el sentido general para hacer referencia a quienquiera que sea enviado en una misión especial. Jesús mismo fue llamado apóstol porque Él fue enviado por Dios (He 3.1). Vea otros ejemplos de uso del término «apóstol» en un sentido general, en Hechos 14.14; Romanos 16.7; 2 Corintios 8.23; Filipenses 2.25. (La palabra griega ἀπόστολος [*apostolos*] se tra-

duce por «mensajero» en algunos versículos.) Sin embargo, la palabra tiene importancia adicional relacionada con los doce que recibirían la comisión dada por Jesús mismo.

Es significativo el hecho de que se escogieron *doce*: El número «doce» tenía un significado especial para los judíos; en el pensamiento hebreo, tal número insinuaba lo completo religioso. Habían sido doce patriarcas y doce tribus de Israel; ahora Jesús escogía a doce apóstoles. La siguiente es la lista de los apóstoles que se da en Marcos:

. . . Simón, a quien puso por sobrenombre Pedro; a Jacobo hijo de Zebedeo, y a Juan hermano de Jacobo, a quienes apellidó Boanerges, esto es, Hijos del trueno; a Andrés, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Jacobo hijo de Alfeo, Tadeo, Simón el cananista, y Judas Iscariote, el que le entregó (Mr 3.16–19).

He aquí la lista de Lucas:

Simón, a quien también llamó Pedro, a Andrés su hermano, Jacobo y Juan, Felipe y Bartolomé, Mateo, Tomás, Jacobo hijo de Alfeo, Simón llamado Zelote, Judas hermano de Jacobo, y Judas Iscariote, que llegó a ser el traidor (Lc 6.14–16).

Mateo no dio esta lista sino hasta en una ocasión posterior (cuando Jesús envió a los doce en una misión de práctica). No obstante, esa lista debe incluirse con el fin de hacer comparaciones:

Simón, llamado Pedro, y Andrés su hermano; Jacobo hijo de Zebedeo, y Juan su hermano; Felipe, Bartolomé, Tomás, Mateo el publicano, Jacobo hijo de Alfeo, Lebeo, por sobrenombre Tadeo, Simón el cananista, y Judas Iscariote, el que también le entregó (Mt 10.2–4).

Una cuarta y última lista se encuentra en Hechos 1, antes del momento en que Judas fue reemplazado:

... Pedro y Jacobo, Juan, Andrés, Felipe, Tomás, Bartolomé, Mateo, Jacobo hijo de Alfeo, Simón el Zelote y Judas hermano de Jacobo (Hch 1.13).

Es provechoso comparar las cuatro listas. (Vea la tabla en la página 614.) Note, por ejemplo, que Pedro encabeza cada una de ella. Esto no prueba que Pedro fuera «el primer papa», pero sugiere que su impetuosidad y considerable talento lo hacían un líder natural entre los apóstoles. También observamos que el nombre de Judas concluye las primeras tres listas. Su acto le hizo merecedor de esa dudosa distinción.

Hay otros detalles que podrían señalarse. Por ejemplo, hay varios pares de hermanos (y aparentemente a Tadeo también se le conoció como «hijo de Jacobo»¹⁶). Tal vez lo más significativo es que cada una de las listas se puede dividir en tres grupos de cuatro, y un mismo apóstol es el que encabeza cada uno de los grupos de cada lista: Pedro encabeza el primero, Felipe el segundo, mientras que Jacobo hijo de Alfeo encabeza el tercero. En vista de que hay considerable variación en el orden de los nombres dentro de cada grupo, la ubicación uniforme de estos tres nombres parece deliberada. Pedro, Felipe y Jacobo hijo de Alfeo pudieron haber sido «líderes de grupo» en asuntos relacionados con práctica misionera y con otros proyectos especiales.

Ya vimos a varios de estos hombres en lecciones anteriores: Pedro y Andrés (Jn 1.40–41; Mt 4.18), Jacobo y Juan (Mt 4.21), Felipe y tal vez Bartolomé (Jn 1.43, 45), y Mateo (Mt 9.9). Es poco lo que se dice acerca de los demás en el Nuevo Testamento, pero sabemos de tres detalles clave acerca de ellos. En primer lugar, todos habrían sido llamados del mismo modo que lo fueron Pedro, Andrés, Jacobo, Juan y Mateo. En segundo lugar, al igual que Pedro y los demás, aparentemente no fueron escogidos por logros espirituales anteriores, sino por su potencial. En tercer lugar, todos habrían recibido poder de Jesús para enseñar y para echar fuera demonios (vea Mt 10.1). Cada uno de los anteriores detalles incluye a Judas Iscariote.

¹⁶N. del T.: En la Reina-Valera se lee: «hermano de Jacobo».

SECCIÓN II

EL SERMÓN DEL MONTE

Incluye una armonía de

Mt 5.1—7.29

Lc 6.17—49

John Stott escribió:

Es probable que el Sermón del Monte sea la parte más conocida de la enseñanza de Jesús, aunque se mantiene que es la menos entendida, y ciertamente la menos obedida. Es lo más cercano a un manifiesto que él alguna vez pronunció, pues es su propia descripción de lo que quiso que sus seguidores fueran e hicieran.¹

E. Stanley Jones dijo: «La más grande necesidad que tiene el cristianismo moderno es volver a descubrir el Sermón del Monte como la única manera práctica de vivir».² Harvey Scott llamó el texto de Mateo 5—7 «la constitución del cristianismo».³

El Sermón del Monte abunda en contrastes. La primera mitad figura contrastes entre lo que lo que había sido enseñado a los judíos y lo que Jesús enseñaba. La segunda mitad está caracterizada por contrastes entre los dos caminos que un hombre puede escoger seguir. Cristo urgió a Sus seguidores «Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan» (Mt 7.13-14). Mateo 6.19—7.27 está lleno de ejemplos de caminos que podemos andar. Este texto nos confronta con las decisiones que debemos de tomar: decisiones que llevarán a la vida o a la destrucción.

¹John R. W. Stott, *The Message of the Sermon on the Mount (El mensaje del Sermón del Monte)* (Downers Grove, Ill.: Inter-Varsity Press, 1978), 15.

²E. Stanley Jones, *The Christ of the Mount (El Cristo del Monte)* (Nashville: Abingdon Press, 1931), 14.

³Harvey Scott, *The Sermon on the Mount (El Sermón del Monte)* (Texarkana, Tex.: The Christian Helper, 1947), 3.

DECLARACIONES DE INTRODUCCIÓN (MT 5.1–2; LC 6.17–20)

Mateo 5.1–2

¹Viendo la multitud, subió al monte; y sentándose, vinieron a él sus discípulos. ²Y abriendo su boca les enseñaba, diciendo:

Lucas 6.17–20

¹⁷Y descendió con ellos, y se detuvo en un lugar llano, en compañía de sus discípulos y de una gran multitud de gente de toda Judea, de Jerusalén y de la costa de Tiro y de Sidón, que había venido para oírle, y para ser sanados de sus enfermedades; ¹⁸y los que habían sido atormentados de espíritus inmundos eran sanados. ¹⁹Y toda la gente procuraba tocarle, porque poder salía de él y sanaba a todos.

²⁰Y alzando los ojos hacia sus discípulos, decía: Bienaventurados vosotros los pobres, porque vuestro es el reino de Dios.

Jesús escogió hombres que llevaran a cabo Su obra después de Su muerte. Su acción inicial para prepararlos, consistió en presentarles un discurso abarcador, acerca de lo que se esperaba de los ciudadanos del reino mesiánico. A ese discurso se le conoce como «el Sermón del Monte».

Fueron muchos los que tuvieron el privilegio de escuchar esta magistral presentación (Mt 5.1; 7.28; Lc 6.17; 7.1); sin embargo, fue dirigida específicamente a los discípulos de Jesús (Mt 5.1–2; Lc 6.20). Bien podríamos tomarla como una sesión de orientación para los recién nombrados apóstoles.

El discurso aborda las actitudes necesarias para *llegar a ser* un ciudadano del reino (vea Mt 5.3–6; 6.33; 7.21, 24–27). Sin embargo, trata primordialmente sobre cómo debería conducirse el que *ya* es seguidor de Jesús.

Jesús se estaba dirigiendo a oyentes judíos que vivían durante la Dispensación Judía. Es por esta razón que hizo referencia a la corte suprema judía (el concilio o sanedrín) (Mt 5.22), a las ofren-

das traídas al altar (Mt 5.23), y a Jerusalén como «la ciudad [de Dios]» (Mt 5.35). No obstante, estas palabras se han preservado como parte del Nuevo Testamento de Jesús; de modo que al aplicarlas, necesitamos adaptar la terminología a los conceptos cristianos. Por ejemplo, la expresión «si traes tu ofrenda al altar» (Mt 5.23) equivaldría a «si vienes a adorar a Dios».

La versión más conocida de este sermón se encuentra en Mateo 5—7; sin embargo, en Lucas 6.20–49 hay una versión más resumida. Hay diferencias entre una y otra versión. Por ejemplo, Mateo tiene 107 versículos, mientras que Lucas tiene 30, y la redacción también es diferente aquí y allá. Estas diferencias en particular no me preocupan. Mateo parece dar una versión más extensa, y Lucas una más resumida, de la misma lección; y se espera que testigos independientes usen frases ligeramente diferentes. La mayoría de los entendidos coinciden en que tanto Mateo como Lucas han hecho un resumen de lo que Jesús dijo, no una transcripción de toda palabra que Este dijo.)

Según Mateo, Jesús **subió al monte**; y [se sentó] (Mt 5.1) antes de presentar el sermón; mientras que según Lucas, antes de la presentación, el Maestro **se detuvo en un lugar llano** (Lc 6.17). Sin embargo, no es imposible reconciliarlos. Jesús pudo haber sanado primero a las multitudes, cuando estaba sobre el lugar llano al pie del monte (Lc 6.12, 17–19), y después haberse retirado un poco hacia las faldas del monte, donde se sentaría a enseñar a Sus discípulos, quedando las multitudes a distancia suficiente para oírlo. Según Jerónimo (antiguo autor cristiano), en su tiempo se tenía la creencia generalizada de que el sermón se predicó en el monte conocido como los Cuernos de Hattin, que era un lugar llano donde podía reunirse una multitud.

El hecho de que los sermones de Mateo y de Lucas comienzan de un modo parecido (Mt 5.3–12; Lc 6.20–23), de que terminen de un modo parecido (Mt 7.24–27; Lc 6.47–49), y de que sigan la misma secuencia general en el cuerpo del discurso, me lleva a creer que se trata del mismo sermón. Que se trate del mismo sermón o no, no es asunto de mayor importancia. Si no se tratara del mismo, serían dos sermones parecidos que se predicaron durante más o menos el mismo período de tiempo, a los mismos oyentes en general. Por esta razón, se pueden estu-

diar juntos, y eso es lo que haremos. En vista de que la versión de Mateo es la más conocida y la más abarcadora, esta será la que usaremos como fuente primordial, y usaremos la de Lucas como fuente complementaria.

LAS BIENAVENTURANZAS: PROMESAS PARA LOS SÚBDITOS DEL MESÍAS (MT 5.3–12; LC 6.20–26)

Mateo 5.3–12

³Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

⁴Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación.

⁵Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad.

⁶Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.

⁷Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

⁸Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios.

⁹Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

¹⁰Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

¹¹Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo.

¹²Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros.

Lucas 6.20–26

²⁰Y alzando los ojos hacia sus discípulos, decía: Bienaventurados vosotros los pobres, porque vuestro es el reino de Dios.

²¹Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque

seréis saciados. Bienaventurados los que ahora lloráis, porque reiréis.

²²**Bienaventurados seréis cuando los hombres os aborrezcan, y cuando os aparten de sí, y os vituperen, y desechen vuestro nombre como malo, por causa del Hijo del Hombre.** ²³**Gozaos en aquel día, y alegraos, porque he aquí vuestro galardón es grande en los cielos; porque así hacían sus padres con los profetas.**

²⁴**Mas ¡ay de vosotros, ricos! porque ya tenéis vuestro consuelo.**

²⁵**¡Ay de vosotros, los que ahora estáis saciados! porque tendréis hambre. ¡Ay de vosotros, los que ahora reís! porque lamenaréis y lloraréis.**

²⁶**¡Ay de vosotros, cuando todos los hombres hablen bien de vosotros! porque así hacían sus padres con los falsos profetas.**

El sermón comienza con una serie de aseveraciones, cada una de las cuales comienza con la palabra **Bienaventurados**. Se les llama «Las Bienaventuranzas». Esta palabra significa «benditos» o «dichosos».

A quienquiera que lea el Sermón del Monte, le resultará obvio que no es fácil seguir a Jesús (Mt 5.10–12). Cristo, por lo tanto, comenzó con palabras de ánimo, explicando de qué maneras las personas serían bendecidas si oían Sus palabras y las ponían en práctica (vea Mt 7.24–25). Hasta cierto punto, los discípulos fieles cuentan con estas bendiciones en esta vida, pero la completa realización de ellas será en la vida venidera. La versión de Lucas incluye *ayes* que caerán sobre los que no estén dispuestos a someterse a Jesús (Lc 6.24–26).

INFLUENCIA (Y RESPONSABILIDADES) DE LOS SÚBDITOS DEL MESÍAS (MT 5.13–16)

¹³**Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres.**

¹⁴**Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre**

un monte no se puede esconder. ¹⁵Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en casa. ¹⁶Así alumbré vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.

Las bienaventuranzas manifestaron que seguir a Jesús resultaría en bendiciones para los seguidores. Ahora Cristo pasa a declarar que hacer Su voluntad también sería para bendición de otros, cuando dijo que sus discípulos son **la sal de la tierra y la luz del mundo**. Muchos pasajes de la Biblia enseñan sobre el poder y la importancia de la influencia (por ejemplo Pr 27.17; Os 4.9; 1 Co 5.6; 15.33; Fil 2.15; 1 P 2.12), pero ninguno es tan desafiante, ni hace reflexionar tanto, como Mateo 5.13–16.

APLICACIÓN: USTED VALE MÁS DE LO QUE CREE (MT 5.13)

La sal y la luz son dos de los elementos más corrientes que hay sobre la tierra. En cualquier lugar del mundo al cual usted vaya, encontrará sal y luz. La sal y la luz eran igualmente corrientes en los tiempos de Jesús. Cuando Jesús era niño, Él habría observado todos los días a Su madre salando la carne, y todas las noches la habría visto encendiendo sus diminutas lámparas. Siendo tan corrientes como lo eran, sin embargo, Jesús usó la sal y la luz para hacerles a los cristianos uno de los más grandes cumplidos que estos pueden haber recibido, y plantearles algunos de los más grandes desafíos:

Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres.

Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en casa. Así alumbré vuestra luz delante de los hombres, para que vean

vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (Mt 5.13–16).

Estas palabras constituyen la segunda porción principal del Sermón del Monte. Cristo acababa de pronunciar las bienaventuranzas, resumiendo la clase de carácter que necesitaba para ser Su discípulo. Después habló del *efecto* de ese carácter, cuando dijo: «Vosotros sois la sal de la tierra»; «Vosotros sois la luz del mundo». De los pasajes que se refieren al poder de la influencia cristiana, tal vez este sea el más grande de toda la Biblia.

La sal y la luz son tremendamente importantes. Si no fuera por la sal y la luz, la vida no podría mantenerse. El cuerpo físico necesita sal para funcionar, y la vida física no puede existir sin la luz. Si el sol se extinguiera de repente, en cuestión de horas nuestro planeta estaría cubierto de hielo. Cuando Jesús dijo que nosotros como cristianos somos sal y luz, Él estaba diciendo que nosotros somos muy importantes, y que Sus propósitos no se pueden realizar sin nosotros.

En este estudio comentaremos acerca de ser la sal de la tierra. En el siguiente, hablaremos acerca de ser la luz del mundo.

Un cumplido

Cuando Jesús dijo: «Vosotros sois la sal de la tierra», Sus palabras fueron, ante todo, un cumplido. De aquí es donde obtenemos la expresión «Fulano de tal es la sal de la tierra».

Jesús no hizo este cumplido a los dirigentes religiosos, ni a los senadores romanos, ni a los filósofos atenienses, sino a sus oyentes: campesinos, pescadores, mercaderes, y a las esposas y a los hijos de estos. Alabó lo que el mundo llama «gente corriente».

La aseveración «Vosotros sois la sal de la tierra» dice algo acerca de la tierra, y dice algo acerca de los seguidores de Cristo. Para apreciar la importancia de las palabras, debemos entender la función de la sal en los tiempos bíblicos.

La sal era valiosa

A la sal se le valoraba en tiempos de Jesús. A menudo se le usaba como medio de intercambio o para pagar salarios. En países de habla inglesa se usa una expresión, referida a una persona

muy trabajadora, que podría traducirse: «Merece la sal que se le paga».

Jesús dijo: «Vosotros sois la sal de la tierra», la sal tiene valor. ¿Qué dice esto acerca de la tierra? Dice que esta tierra no tiene verdadero valor. ¿Qué dice de los cristianos? Dice que los cristianos tienen valor, y que la única importancia que este mundo tiene, proviene de la presencia de los cristianos.

Si usted es cristiano, usted tiene valor delante de Dios. No se dé por menos.

La sal daba sabor

En aquellos tiempos, uno de los usos de la sal era añadir sabor a los alimentos. Job preguntó: «¿Se comerá lo desabrido sin sal? ¿Habrá gusto en la clara del huevo?» (Job 6.6). El patriarca pasó después a declarar la comida sin sal como algo que su alma «no quería» (Job 6.7).

El siguiente relato es una ilustración del gran valor de la sal:

Un rey les preguntó a sus tres hijas cuánto lo amaban. Dos de ellas respondieron que lo amaban más que todo el oro y la plata del mundo. La menor dijo que lo amaba más que la sal. Al rey no le agradó la respuesta de esta, pues creía que la sal no era muy apetitosa. Pero el cocinero, que oyó por casualidad el comentario, no le puso sal a ninguno de los alimentos del desayuno del día siguiente, y la comida estaba tan insípida que al rey no le gustó. En ese momento se percató del peso de las palabras de su hija. Ella lo amaba tanto que nada era bueno sin él.⁴

Los que tienen que vivir a dieta «sin sal», tienen que inventar maneras para mejorar el sabor de sus comidas, sin tener que añadirles sal. Los sustitutos de la sal ayudan, pero no hay nada

⁴A. C. Dixon, citado en Leslie G. Thomas, *The Sermon on the Mount: A Series of Studies in the Moral and Religious Teaching of Jesus (El Sermón del Monte: Una serie de estudios de las enseñanzas morales y religiosas de Jesús)* (Nashville: Gospel Advocate Co., 1958), 22.

más eficaz que «añadir una pizca de sal».

«Vosotros sois la sal de la tierra», y la sal añade sabor. ¿Qué dice esto de la tierra? Dice que la tierra es insípida, que a la larga todo lo que este mundo puede ofrecer, acaba siendo insípido. ¿Qué dice de usted como cristiano? Dice que usted es lo que le da «gusto» a la vida. No se dé por menos.

La sal tenía múltiples usos

Hay mucho más que se podría decir acerca del valor de la sal. Por ejemplo, la sal puede producir sed. Es probable que haya oído usted la expresión: «Podrás llevar a un caballo al agua, pero no podrás hacerlo beber». Esta aseveración necesita un complemento: «... pero le puedes dar sal». Cuando yo era niño, de vez en cuando hacía esto cuando exponía animales en las ferias. Si alguno de mis animales de exposición parecía demacrado, le ponía un poquito de sal en su alimento. Esto lo hacía beber más agua y lucir más relleno. Esto se puede aplicar a nosotros: Como cristianos que somos, podemos hacer que la gente tenga sed del Agua de la Vida (Jn 4.10–15), por medio de la vida que vivimos.

También, en los tiempos de Jesús, la sal se usaba a veces como símbolo de pureza. Además, se añadía a los sacrificios de los judíos (Lv 2.13). Todo esto dice algo acerca del valor de los cristianos.

La sal era un preservante

Es probable que el uso más importante de la sal en los tiempos bíblicos, y el que le daba su más alto valor, era el de preservante. En aquellos tiempos, uno no podía ir a la ciudad y comprarse un refrigerador o congelador en el cual conservar fría y fresca la carne. La carne fresca se estropeaba rápidamente, porque esa es la naturaleza de la carne.

Cuando yo era niño, mi familia se tomó unas verdaderas vacaciones, que todavía recuerdo. (De vez en cuando visitábamos parientes, pero para mí esto no constituía vacaciones.) Para este viaje, nos subimos al automóvil y tomamos rumbo hacia el este, viajando por el oriente de Oklahoma y partes de Arkansas. Mientras estuvimos de viaje, la compañía de gas suspendió el

servicio para hacer trabajos en las tuberías de abastecimiento, y nuestro refrigerador era a gas. Cuando llegamos a casa, teníamos un refrigerador lleno de carne podrida. Mamá hizo todo lo posible para sacar el olor del refrigerador. Estuvo varias semanas con la puerta abierta en el patio de atrás, mientras ella esperaba que el olor se disipara. El resto del tiempo que tuvimos ese aparato, mantuvo un peculiar aroma acre.

¿Qué hacía la gente en los tiempos bíblicos para preservar la carne? La frotaban con sal. Los pescadores empacaban sus peces con sal. No era que a la gente le encantara tanto el sabor de la sal; era, más bien, que tenían que salar la carne, porque si no lo hacían, se les echaba a perder. Puede que algunos de ustedes hayan matado sus propios animales, y que hayan curado jamones con sal, o hayan preparado carne salada de cerdo para evitar que se pudra.

«Vosotros sois la sal de la tierra», y la sal preserva. ¿Qué dice esto de la tierra? Dice que se está deteriorando, se está estropeando, se está pudriendo. Esto es fundamental para nuestro entendimiento del mundo. Por más glamoroso que parezca, en realidad se está muriendo y desintegrando ante nuestros ojos. Este mundo presenta un rostro hermoso; pero si uno mira con detenimiento, descubrirá que es puro maquillaje. Debajo de los colores brillantes, yace una realidad arrugada y marchita.

Esta verdad salta a la vista fácilmente a quienquiera que tenga aun un conocimiento limitado de enseñanza bíblica. Las estadísticas son innecesarias. Uno puede ver la decadencia de los valores morales del mundo, la falta de honradez e integridad, y el desinterés en asuntos espirituales. No hay nada en el mundo que pueda atraer a quien mira lo que se esconde debajo de la superficie.

En cambio, ¿qué dice esto de los cristianos? Dice que son el poder preservante de la tierra.

En el tiempo que he vivido, he visto que varios factores de progreso han sido aclamados como la esperanza y la salvación de esta tierra, factores tales como la ciencia, la educación, la sicología y la siquiatria, la tecnología, las mejores condiciones de vida, la legislación, las reformas sociales y el poderío militar. La humanidad ha progresado en todos estos campos, e importantes avan-

ces ha habido en algunos; sin embargo, el mundo parece estar empeorando cada vez más. Jesús dijo que la única esperanza verdadera para el mundo, descansa en los cristianos fieles.

Del mismo modo que una pequeña cantidad de sal puede preservar un gran trozo de carne, unos pocos cristianos dedicados pueden preservar la sociedad. ¿Recuerda usted la historia de Abraham y la destrucción de Sodoma y Gomorra? (Gn 18). En ese tiempo, tan sólo diez justos habrían preservado esas ciudades (Gn 18.32). Imagínese que alguien hubiera ido a la Cámara de Comercio de Sodoma y Gomorra, diciendo: «Mucho de lo que ustedes han logrado es impresionante; pero si desean que estas grandes ciudades sobrevivan un día más, no les vendría mal hacer que se muden a la ciudad diez personas como el anciano Abraham, que vive allá arriba en la colina». ¿Cómo hubieran respondido? Cualquiera que hubiera sido la actitud de ellos, diez personas como Abraham *habrían* preservado aquellas ciudades.

Hagamos una pausa para adelantar un contraste. La luz influencia por lo que *hace*, mientras que la sal influencia por lo que *es*. Como hijos fieles de Dios, nosotros no hacemos alarde de nuestro cristianismo, pero la gente sabe quienes somos y qué representamos. Cuando entramos en una sala, no es raro que el lenguaje y los chistes dejen de ser indecentes. La gente puede tratar de avergonzarnos diciendo: «No podemos contar esa historia. ¡Acaba de llegar ustedes saben quién!». Nuestra presencia, tan sólo el hecho de nuestra presencia, hace que la situación cambie. La sal influencia por lo que *es*.

Jesús dijo esto a personas corrientes. En el lenguaje original, se hace énfasis en la palabra «vosotros»: Jesús dijo: «*Vosotros* sois la sal de la tierra». Su aseveración es inclusiva y exclusiva: Incluye a todos Sus seguidores, y excluye a todos los demás. Recuerde que Jesús no dijo esto a los dirigentes religiosos, financieros, sociales ni políticos de su tiempo, sino a personas «corrientes», sal-de-la-tierra, que estaban dispuestas a seguirlo.

Un desafío

Cuando Jesús dijo: «Vosotros sois la sal de la tierra», no solamente hizo un cumplido, sino que también planteó un desafío. La sal tiene valor y tiene la capacidad de servir como preser-

vante *porque tiene una cualidad que la distingue*. Como cristianos que somos, nosotros, también, necesitamos una cualidad que nos distinga. Una manera de expresar esta cualidad es decir que debemos ser *diferentes* del mundo.

No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento... (Ro 12.2).

... ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios (Stg 4.4).

No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él (1 Jn 2.15).

Si la sal tuviera la misma composición de la carne, no podría preservarla. Si somos como el mundo, no tendríamos cualidad preservante. Esto no significa que tenemos que ser raros, sino que tenemos que ser distintos.

¿Puede la gente vernos y concluir que somos cristianos, por lo que hacemos, por la manera como hablamos, por los temas que conversamos, por la manera como vestimos, por la forma como hacemos frente a las dificultades? Ser cristiano debería afectar cómo tratamos a nuestras familias, cómo hablamos al tendero, cómo jugamos nuestros juegos.

Note que Jesús no dijo: «Vosotros sois la sal *de la iglesia*», sino: «Vosotros sois la sal *de la tierra*». Las encuestas dicen que la mayoría de las actividades de la iglesia tienen lugar en edificios de la iglesia. Necesitamos ser «sal» donde las demás personas están: en el mercado, en el aula, en la oficina. Jesús era amigo de pecadores (Mt 11.19). Un libro llamado *Out of the Salt shaker & into the World (Salir del salero e ir al mundo)*⁵ insta a los cristianos a meterse en la sociedad, donde puedan tener una influencia positiva sobre los demás.

⁵Rebeca Manley Pippert, *Out of the Salt Shaker & into the World (Salir del salero e ir al mundo)* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1979).

Donde sea que usted vaya, donde sea que se encuentre, a usted se la ha encomendado que sea el poder preservante de Dios. Es probable que visite usted casas, vaya a lugares, y haga contactos que sean exclusivos de usted como hijo de Dios. Ese es el lugar especial de Dios para usted, su lugar especial de influencia. Jamás olvide el desafío de ser «la sal de la tierra».

En la última parte del versículo 13, Jesús recalcó la seriedad de este desafío: «... pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres». En la KJV habla de la sal que pierde su sabor. En la NIV se lee: «Si la sal pierde su salobridad, ¿cómo se podrá volver a hacer salada otra vez?».

A muchos de nosotros nos cuesta entender cómo puede perder la sal su sabor y salobridad, porque la sal que compramos es pura y blanca y viene en un empaque. Esa sal siempre va a ser salobre. Aun si sólo quedara un grano, ese grano sería salobre. La sal de los tiempos bíblicos, no obstante, era el resultado de la evaporación del agua. Esa sal lógicamente contenía impurezas. Si la sal se obtenía raspando el suelo, algo de arena o tierra invariablemente se mezclaba con la sal. Si la masa de sal resultante se exponía a los elementos, gran parte del cloruro de sodio se podía lixiviar. Lo que quedaba era una sustancia con suficiente sal para esterilizar la tierra, pero no lo suficiente para ser de valor. Esta «sal» había perdido su cualidad distintiva.

La buena tierra no era un recurso abundante en Palestina. Hasta la última pulgada disponible se usaba para la producción de cultivos. Los campos estaban cruzados por senderos angostos que usaban los campesinos. La gente no se atrevía a arrojar sal que hubiera «perdido su salobridad» en un campo, porque ella habría echado a perder la fertilidad del suelo. (Aprendí esa lección de una manera nada agradable cuando vacié hielo y agua salados sobre el césped, después de haberlos usado para congelar helado hecho en casa.) Por esta razón, arrojaban la masa salada sobre los senderos, donde no pudiera hacer daño. Allí era «hollada por los hombres».

Esta ilustración es el triste comentario que hace Jesús de la condición del cristiano que no hace esfuerzo alguno por realizar su potencial como «la sal de la tierra». Su cruda conclusión

es que tal persona «no sirve más para nada».

Conclusión

La sal es un elemento corriente que usó Jesús para enseñarnos inestimables lecciones. A todos nos impresionan las palabras «Vosotros sois la sal de la tierra». Jesús nos hizo un gran cumplido cuando dijo estas palabras. Somos especiales para el Señor; tenemos valor. Jamás nos demos por menos.

También nos planteó un gran desafío. No hay insulto más grande que se pueda expresar a un hombre, que decirle que «no sirve más para nada». Yo no deseo ser uno que «no sirve más para nada», en lo espiritual, ¿lo desea usted? Tomemos la determinación de vivir una vida distinta, diferente de la del mundo. ¡Que Dios nos ayude a todos a ser «la sal de la tierra»!

APLICACIÓN: «ASÍ ALUMBRE VUESTRA LUZ» (MT 5.14–16)

Enfoque su atención en Mateo 5.14-16:

Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbrá a todos los que están en casa. Así alumbré vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.

Un cumplido

Vosotros sois la luz del mundo». Si usted contempla seriamente esta aseveración, le aturdirá sus pensamientos. Estas palabras nos dicen que, como cristianos que somos, no sólo participamos en los planes y propósitos de Dios, sino que, hasta cierto punto, también somos partícipes de las *características* de Dios y de Jesús. Juan dijo: «Dios es luz» (1 Jn 1.5). Jesús dijo: «Yo soy la luz del mundo» (Jn 8.12). Por medio de estos versículos, Jesús apunta a Sus seguidores, y dice: «*Vosotros sois la luz del mundo*».

Si esto no le motiva a andar con la frente bien alta como hijo de Dios, no habrá otra cosa que lo motive.

¿Qué quiso dar a entender Jesús con la expresión «Vosotros sois la luz del mundo»? Considere un contraste entre la sal y la luz. El propósito primordial de la sal en aquellos tiempos, era mayormente *negativo*: evitar el deterioro. El propósito primordial de la luz es *positivo*: disipar las tinieblas.

Nuevamente, las imágenes de Jesús nos dicen algo acerca del mundo, y algo acerca de los cristianos. Nos dice que este mundo está en *tinieblas*. A los que están en el mundo no les gusta reconocerlo. A veces, cuando la gente desecha la Biblia, lo hacen diciendo que viven en una «época *de luz*». Puede que haya oído usted la expresión que dice: «Nuevas evidencias han salido a la *luz*». Sin embargo, la realidad es que este mundo está envuelto en las tinieblas del pecado. Todo intelecto que no esté iluminado por la santa Palabra de Dios, es un intelecto en tinieblas.

El mundo en realidad prefiere las tinieblas. La luz expone «lo oculto de las tinieblas» (1 Co 4.5). Jesús dijo que las personas de Su tiempo «amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas» (Jn 3.19). Una vez mi esposa y yo tuvimos una propiedad de alquiler. Después que una familia la desocupó, fuimos la noche siguiente a inspeccionar la casa. La habían dejado en condiciones terribles, llena de suciedad. Cuando encendimos la luz, ¡miles de cucarachas se escabulleron en todas las direcciones! Las cucarachas detestan la luz, e igual la detesta el mundo pecador. No obstante, es luz lo que precisamente *necesita* el mundo.

El texto no solamente declara que el mundo está en tinieblas, sino que también dice que los cristianos son la *luz* de este mundo. Los *cristianos* son los que tienen la luz. Si usted conoce a Jesús y la Biblia, entonces sabrá acerca del matrimonio, la crianza de los hijos, cómo hacer frente a los problemas, y el significado de la vida, más que cualquier persona que tenga un doctorado y que no sea cristiana.

No me gustan las tinieblas morales y espirituales del mundo. Debo reconocer que las tinieblas me desaniman. A veces las tinieblas se ponen tan densas que me siento tentado a renunciar. En momentos así, debo acordarme que la luz no tendría propósito si no hubiera tinieblas. El propósito de la luz es disipar las tinie-

blas. Esta es la razón por la que Dios me puso en este lugar en este tiempo.

Un pasaje relacionado es Filipenses 2.15–16. Pablo desafió a sus lectores a ser «irreprensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha *en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual [resplandecen] como luminares en el mundo...*». (Énfasis nuestro.)

Entre más negras sean las tinieblas, más brillante parecerá la luz. Tengo un aparato en mi dormitorio que tiene una pequeña luz verde, la cual pasa encendida todo el tiempo. En el día, la luz difícilmente se nota. Por la noche, sin embargo, después que mi vista se adapta a la oscuridad, puedo ver todo lo que hay en la habitación gracias al suave resplandor verde. Aun una luz diminuta tiene valor cuando todo lo demás está oscuro.

No somos «luz» porque tengamos algún poder iluminador inherente a nosotros. Antes, somos «luz» por nuestra relación con las fuentes de luz: Dios y Jesús. Los cristianos se pueden comparar con la luna, al reflejar esta la luz del sol. También nos podemos comparar con bombillas incandescentes, cuya luz alumbraba, debido a una fuente externa de energía. No obstante, Jesús nos ha honrado en gran manera con las palabras: «Vosotros sois la luz del mundo».

Un desafío

Las palabras de Cristo no solamente son un cumplido, sino también un desafío: Debemos hacer que nuestra luz *alumbre*.

Jesús dijo: «una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder» (Mt 5.14b). En aquellos tiempos, las ciudades se construían sobre las colinas o los montes por al menos dos razones. La primera razón era práctica: De esta manera no se desperdiciaba valiosa tierra de cultivo. La segunda razón era de protección: Desde la cima del monte, los habitantes de la ciudad podían ver a sus enemigos acercándose allá abajo. Cuando un viajero pasaba por la tierra, él siempre podía saber que se estaba dirigiendo a una ciudad: Allí estaba ella, asentada sobre un monte. Lo que Jesús estaba diciendo, era que, del mismo modo que los hombres no escondían sus ciudades, tampoco nosotros debemos esconder nuestra luz (nuestra influencia). Esa aplicación resul-

tará clara en las palabras que siguen.

Siguió diciendo Jesús: «Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud» (Mt 5.15a). En la KJV se lee: «Ni la ponen los hombres [...] debajo de un *bushel*».⁶ Esto me confundía cuando niño, porque las medidas de *bushel* que usábamos, eran cestos muy porosos. Si yo hubiera puesto una vela o lámpara debajo de uno de tales cestos, la luz hubiera salido a raudales por las aberturas. En la edición 1995 de la NASB se lee «una medida *peck*». Esta era una gran vasija de arcilla de un *peck* de capacidad. Un *peck* es el equivalente de 8,81 litros (un cuarto de *bushel*). Poner una lámpara debajo de un recipiente sólido como este, realmente anularía su luz. También, poner una luz debajo de una vasija, haría que al tiempo se *extinga*, al agotarse el oxígeno que la alimenta, pero lo que Jesús recalca primordialmente era *esconder* la luz.

La ilustración de poner nuestra luz debajo de un almud tiene el mismo significado básico de la ilustración de la sal que pierde su salobridad, según se comentó en el sermón «Usted vale más de lo que cree». La «sal» que dejó de ser sal, ha perdido su valor; y lo mismo le ha sucedido a una luz escondida. Así como es posible que una masa de sal pierda su sabor salado, también lo es que la luz pierda su capacidad para disipar las tinieblas. ¿Cómo puede llegar a suceder esto? La luz puede esconderse. Lamentablemente, muchos que afirman seguir a Jesús, han escondido su luz debajo del «almud» de la ignorancia, del «almud» de lo mundano, o del «almud» de la indiferencia. En relación con esta última cualidad, Dios dijo: «Aborrezco a los hombres hipócritas» (Sal 119.113a), esto es, los de lealtad dividida. Moffat traduce este versículo: «Aborrezco a los que son mitad y mitad».⁷

En los tiempos de Jesús, la gente no ponía las lámparas debajo de vasijas; antes, las ponían sobre un candelero o soporte para lámpara (Mt 5.15b). Estos candeleros estaban en lo alto de las paredes. A veces, el soporte era un hoyo en la pared; a menudo

⁶N. del T.: Un *bushel* es una medida para áridos que equivale a 36,37 litros. No tiene traducción al español.

⁷James Moffat, *The Bible: A New Translation (La Biblia: Una nueva traducción)* (New York: Harper & Brothers, 1954), 685.

era una pequeña repisa de madera o de metal. Al ponerla en tal soporte, la luz podía «[alumbrar] a todos los que [estaban] en casa» (Mt 5.15c). Así, dijo Jesús, «alumbre *vuestra* luz delante de los hombres» (Mt 5.16a; énfasis nuestro).

¿Cómo hacemos esto? Jesús dijo: «Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, *para que vean vuestras buenas obras*» (Mt 5.16a, b; énfasis nuestro). Al hacer «buenas obras» —viviendo como se debe, y ayudando a los demás— estamos haciendo que nuestra luz alumbre.

Anticipo una protesta de los que conocen el Sermón del Monte: En el capítulo siguiente, Jesús amonesta contra orar y ayunar «para ser vistos de los hombres» (Mt 6.5; vea 6.16). ¿Qué diferencia hay entre hacer algo *para que sea* visto y hacer algo que *es* visto? La diferencia reside en «la actitud y el propósito». Es una gran diferencia la que existe entre hacer buenas obras para ser vistos por los hombres, con el fin de que los demás *nos* alaben, y dejar que otros vean nuestras buenas obras, con el fin de que glorifiquen a *Dios*.

Si nuestra luz ha de hacer algún bien, los hombres deben *verla*. Alguien dijo que, en realidad, no hay tal discipulado secreto: O el secreto destruye el discipulado, o el discipulado destruye el secreto.

¿Por qué hemos de hacer que nuestra luz alumbre? No debemos procurar nuestra gloria o reconocimiento personales; antes, debemos procurar que Dios sea glorificado. El propósito de la luz no es hacer que la gente vuelva su atención a ella, sino iluminar aquello sobre lo cual se posan sus rayos. Nuestro propósito al vivir una vida cristiana piadosa, no es hacer que la gente vuelva su atención a nosotros, sino (como dijo Jesús), «[glorificar a nuestro] Padre que está en los cielos» (Mt 5.16c).

Conclusión

La sal y la luz son importantes. Creemos que necesitamos muchas cosas, pero en realidad son pocas las esenciales. Entre estas se encuentran la sal y la luz; no deseáramos ser privados de ellas. Jesús dijo: «Vosotros sois la sal de la tierra»; «Vosotros sois la luz del mundo». Espero que apreciemos el cumplido que llevan implícito tales aseveraciones.

¿Cómo se conoce la iglesia? Cuando la gente menciona la congregación donde usted sirve y adora, ¿qué dicen? ¿Indican las palabras de ellos que hay algo para lo cual *existe* (que es «sal»), y que hay algo que *hace* por el Señor (que es «luz»)? ¿Y qué de usted? ¿Cómo se le conoce en su comunidad? ¿Es usted sal? ¿Es usted luz?

A menudo clamamos y nos quejamos del mundo pecador que nos rodea, y preguntamos: «¿*Por qué?* ¿Por qué empeora cada vez más?». Tal vez deberíamos preguntar: «¿*Dónde?* ¿Dónde están la sal y la luz?». Que Dios nos ayude a cada uno de nosotros a ser «la sal de la tierra», y «la luz del mundo».

LA RELACIÓN DE LA ENSEÑANZA MESIÁNICA CON EL ANTIGUO TESTAMENTO, Y CON LAS TRADICIONES DE LOS HOMBRES EN CUANTO A LA ENSEÑANZA ANTIGUOTESTAMENTARIA (MT 5.17–48; LC 6.27–30, 32–36)

El más largo segmento del Sermón del Monte es Mateo 5.17–48, que contrasta la ley de Moisés, y las tradiciones humanas relacionadas con esta, con la enseñanza de Jesús. Era esencial que los discípulos de Cristo tuvieran un claro entendimiento de Su relación con la ley, y también de Su actitud para con las múltiples tradiciones que los hombres habían añadido a la ley.

Las palabras de introducción son significativas. Así comenzó diciendo Jesús:

No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido (Mt 5.17–18).

El hecho de que Jesús vino, no «para abrogar, sino para cumplir» la ley, ha llevado a algunos a creer que hoy día todavía estamos regidos por el Antiguo Testamento. Esta interpretación de las palabras de Cristo lo pondrían en contradicción

con la clara enseñanza de Sus apóstoles inspirados. Pablo dijo que Cristo «[abolió] en su carne [...] la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos [judío y gentil] un solo y nuevo hombre» (Ef 2.15). El apóstol siguió diciendo, en relación con «los decretos» de la ley, que Jesús quitó de en medio ese conjunto de ordenanzas «[clavándolo] en la cruz» (Col 2.14, 16).

Las palabras de Cristo que se recogen en Mateo 5.17–18, pueden entenderse cuando se considera que el Antiguo Testamento era un pacto, un acuerdo entre Dios y los judíos (vea Dt 4.13; 5.2–3). Imagínese que el Antiguo Testamento es un *contrato* entre Dios e Israel. Jesús no vino a «abolir» ese contrato (desecharlo o destruirlo) sino a «cumplirlo». Esto fue lo que hizo con Su vida, muerte y resurrección. Will Ed Warren escribió: «Él cumplió sus profecías, guardó los mandamientos de la ley, y realizó los propósitos de la ley (Gá 3.19; 5.14)».⁸

Un pacto o contrato cumplido deja de ser vinculante. Por ejemplo, considere lo que sucede cuando firma usted un contrato de compra de una propiedad. Una vez que usted lo cumple por medio de llenar todas las condiciones (que incluyen hacer todos los pagos), llega a ser un contrato *cumplido*; un contrato que deja de ser vinculante. Así también, cuando Jesús cumplió la ley, esta dejó de ser vinculante para el pueblo de Dios (vea Gá 3.16, 19, 24–25).

Cuando Jesús predicó sobre el monte, no obstante, la ley todavía estaba en vigor. Mientras esto era así, Cristo enseñó a Sus discípulos honrar sus demandas (Mt 5.19–20). Él no estaba objetando la ley, sino las malas interpretaciones que hacían los judíos de esta.

En los versículos que siguen, Jesús amplió varios mandamientos de la ley con el fin de hacer ver cuán esencial es la actitud del corazón para guardar los mandamientos. También contrastó Su método con el método que habían enseñado al pueblo los escribas y fariseos.

⁸Will Ed Warren, Class Syllabus (Contenido de curso), *The Life of Christ: The Synoptic Gospels (La Vida de Cristo: Los evangelios sinópticos)*, Harding University, 1991, 26.

Homicidio, y enojo (Mt 5.21–26)

²¹Oísteis que fue dicho a los antiguos: No matarás; y cualquiera que matare será culpable de juicio.²²Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio; y cualquiera que diga: Necio, a su hermano, será culpable ante el concilio; y cualquiera que le diga: Fatio, quedará expuesto al infierno de fuego.²³Por tanto, si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti,²⁴deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda.²⁵Ponte de acuerdo con tu adversario pronto, entre tanto que estás con él en el camino, no sea que el adversario te entregue al juez, y el juez al alguacil, y seas echado en la cárcel.²⁶De cierto te digo que no saldrás de allí, hasta que pagues el último cuadrante.

En los Diez Mandamientos, el sexto decía: «No matarás» (Ex 20.13; Dt 5.17). Este mandamiento básico ha sido incorporado al nuevo pacto (Ro 13.9); sin embargo Jesús amplió el original con el fin de incluir una advertencia acerca del motivo para matar, y las circunstancias que pueden llevar a matar (Mt 5.22). Rogó a todos los que tuvieran grandes desacuerdos con los demás, a resolver inmediatamente sus diferencias (Mt 5:23–26).

Adulterio, y lujuria (Mt 5.27–30)

²⁷Oísteis que fue dicho: No cometerás adulterio. ²⁸Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón. ²⁹Por tanto, si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo, y échalo de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno. ³⁰Y si tu mano derecha te es ocasión de caer, córtala, y échala de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno.

El séptimo mandamiento del Decálogo declaraba: «No come-

terás adulterio» (Ex 20.14; Dt 5.18). Este precepto también forma parte del Nuevo Testamento de Jesús (Ro 13.9); sin embargo, como ya se dijo, Cristo lo amplió con el fin de incluir lo que produce adulterio, que en este caso, es la lujuria (Mt 5.28). Les dijo a Sus seguidores que cortaran y echaran de sí todo lo que les podría provocar deseos prohibidos (Mt 5.29, 30). Jesús no estaba promoviendo la mutilación del cuerpo, en Mateo 5.29–30; un acto así violaría la enseñanza bíblica sobre tratar el cuerpo como el templo de Dios (1 Co 6.19; 3.17). La amputación de miembros del cuerpo no cambiaría la condición del corazón (Mt 15.19). Jesús estaba usando hipérboles (exageraciones) para enfatizar lo que quería decir.

Divorcio, y razón (Mt 5.31–32)

³¹También fue dicho: Cualquiera que repudie a su mujer, dele carta de divorcio.³²Pero yo os digo que el que repudia a su mujer, a no ser por causa de fornicación, hace que ella adultere; y el que se casa con la repudiada, comete adulterio.

Había más que Jesús deseaba decir sobre el adulterio; esta vez en relación con el tema del divorcio. Él citó de Deuteronomio 24.1–4, un mandamiento relacionado con dar **carta de divorcio**, mandamiento que *no* se ha introducido en el Nuevo Testamento. Algunos escribas interpretaban Deuteronomio 24.1–4 para justificar el divorcio «por cualquier causa» (Mt 19.3), pero Jesús dijo que la única razón escritural para el divorcio es la infidelidad sexual de parte de uno de los cónyuges (Mt 5.32). Este tema se amplía en Mateo 19.3–9.

Votos, e integridad (Mt 5.33–37)

³³Además habéis oído que fue dicho a los antiguos: No perjurarás, sino cumplirás al Señor tus juramentos. ³⁴Pero yo os digo: No juréis en ninguna manera; ni por el cielo, porque es el trono de Dios; ³⁵ni por la tierra, porque es el estrado de sus pies; ni por Jerusalén, porque es la ciudad del gran Rey. ³⁶Ni por tu cabeza jurarás, porque no puedes hacer blanco o

negro un solo cabello. ³⁷Pero sea vuestro hablar: Sí, sí; no, no; porque lo que es más de esto, de mal procede.

El contraste que sigue tenía que ver con hacer votos solemnes. La cita que hace Jesús en el versículo 33 es la forma como los maestros judíos resumían pasajes tales como Levítico 19.12, Números 30.2 y Deuteronomio 23.21, 23. Los judíos permitían ciertos juramentos y prohibían otros, pero Jesús dijo sencillamente: **No juréis en ninguna manera** (Mt 5.34; vea Stg 5.12). Los discípulos de Cristo deberían ser tan constantes al decir la verdad que es innecesario recurrir a juramentos para convencer a los demás de aceptar su palabra. Esto no prohibía los juramentos civiles. Cuando Jesús fue juzgado por el Sanedrín, Él respondió bajo juramento (Mt 26.63–64).

Represalias, y no resistencia (Mt 5.38–42; Lc 6.29–30, 34)

Mateo 5.38–42

³⁸Oísteis que fue dicho: Ojo por ojo, y diente por diente. ³⁹Pero yo os digo: **No resistáis al que es malo; antes, a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra; ⁴⁰y al que quiera ponerte a pleito y quitarte la túnica, déjale también la capa; ⁴¹y a cualquiera que te obligue a llevar carga por una milla, ve con él dos. ⁴²Al que te pida, dale; y al que quiera tomar de ti prestado, no se lo rehúses.**

Lucas 6.29–30, 34

²⁹Al que te hiera en una mejilla, preséntale también la otra; y al que te quite la capa, ni aun la túnica le niegues. ³⁰A cualquiera que te pida, dale; y al que tome lo que es tuyo, no pidas que te lo devuelva.

³⁴Y si prestáis a aquellos de quienes esperáis recibir, ¿qué mérito tenéis? Porque también los pecadores prestan a los pecadores, para recibir otro tanto.

Lo que Jesús había dicho hasta ahora debía de haber hecho que algunos de Sus oyentes se preguntaran si estaban oyendo

correctamente. Si así era, Sus últimos dos contrastes los habrían dejado anonadados.

El contraste que sigue tenía que ver con el principio **ojo por ojo, y diente por diente** (Mt 5.38), que se encuentra en Éxodo 21.24, Levítico 24.20 y Deuteronomio 19.21. Esta enseñanza antiguotestamentaria había sido dirigida primordialmente a los responsables de juicios oficiales; uno de los propósitos había sido limitar el castigo infligido. Lamentablemente, los judíos se habían apropiado de la enseñanza como justificación para la venganza privada. Algunas personas todavía tratan de usar esta enseñanza antiguotestamentaria como justificación para la venganza privada hoy día.

Jesús enseñó contra las represalias y la venganza personal. Mandó a sus seguidores «hacer un esfuerzo extra» (vea Mt 5.41) por llevarse bien con los demás, incluso hasta el punto de estar dispuestos a sufrir lo injusto, de ser necesario (Mt 5.39–42; vea 1 Co 6.7).

Los versículos 39 al 42 del Sermón del Monte se encuentran entre los más difíciles de poner en práctica. La mejor ilustración del principio que hay detrás de ellos es la forma como Jesús responde en los juicios que le hacen por Su vida. Por supuesto que alguna salvedad debe hacerse: La total no resistencia del mal estimularía el mal proceder. Sin embargo, tenga cuidado de no hacer tanta salvedad, al punto de atenuar la naturaleza radical de la enseñanza del pasaje.

Enemigos, y amor

(Mt 5.43–48; Lc 6.27–28, 33–34, 36)

Mateo 5.43–48

⁴³Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo. ⁴⁴Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; ⁴⁵para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos. ⁴⁶Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los

publicanos? ⁴⁷Y si saludáis a vuestros hermanos solamente, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen también así los gentiles? ⁴⁸Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto.

Lucas 6.27–28, 33–34, 36

²⁷Pero a vosotros los que oís, os digo: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen; ²⁸benedicid a los que os maldicen, y orad por los que os calumnian.

³³Y si hacéis bien a los que os hacen bien, ¿qué mérito tenéis? Porque también los pecadores hacen lo mismo. ³⁴Y si prestáis a aquellos de quienes esperáis recibir, ¿qué mérito tenéis? Porque también los pecadores prestan a los pecadores, para recibir otro tanto.

³⁶Sed, pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso.

Jesús pasó después a hablar acerca del trato a los enemigos. Existe una estrecha relación entre este contraste y el anterior.

La ley mandaba: «Amarás a tu prójimo» (Lv 19.18). Los maestros judíos habían interpretado este mandamiento con el significado de que mientras uno amara a su **prójimo**, era lícito aborrecer a su enemigo (Mt 5.43) un mandamiento que *no* se encontraba en el Antiguo Testamento. El Antiguo Testamento mandaba que se castigara a los enemigos de Israel por su trato del pueblo de Dios (por ejemplo, vea Dt 23.3–6), pero no enseñaba que los judíos habían de aborrecer a sus enemigos. Habían de «[aborrecer] el mal» (Sal 97.10; Pr 8.13), pero no a las personas.

Jesús estaba totalmente de acuerdo con el principio de amar al prójimo y lo hizo parte de Su nuevo pacto (Mt 22.39; Ro 13.8–10; Gá 5.14; Stg 2.8). Sin embargo, se opuso rotundamente a la política de aborrecer a los enemigos. Enseñó a Sus discípulos a amar a sus enemigos y a orar por ellos, a preocuparse por las necesidades de todas las personas, aun del mismo modo que Dios se preocupa (Mt 5.44–48).

El desafío a [ser] **perfectos** como Dios es **perfecto** (Mt 5.48)

ha preocupado a muchos, en vista de que ninguno de nosotros puede ser perfecto en el sentido de mantenerse sin pecar (Ro 3.23). La versión de Lucas nos habla de ser **misericordiosos** como Dios **es misericordioso** (Lc 6.36). La enseñanza es en el sentido de que en lo que se refiere a la «misericordia», hemos de «ser perfectos» como Dios lo es, *en el sentido* de que mostremos misericordia tanto al justo como al injusto (Mt 5.45).

LAS ACCIONES RELIGIOSAS HAN DE NACER DEL CORAZÓN, NO SON PARA LLAMAR LA ATENCIÓN (MT 6.1–18)

Jesús había aconsejado a Sus oyentes que su justicia fuera «mayor que la de los escribas y fariseos» (Mt 5.20). Uno de los defectos de muchos escribas y fariseos era que hacían sus actos de piedad para recibir alabanza de los hombres, antes que de Dios. Por esta razón, Jesús recalcó la importancia de la motivación correcta al obedecer a Dios: **Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos; de otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos** (6.1). Jesús después presentó tres ilustraciones de lo que estaba dando a entender.

Dar limosna (Mt 6.2–4)

²Cuando, pues, des limosna, no hagas tocar trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser alabados por los hombres; de cierto os digo que ya tienen su recompensa. ³Mas cuando tú des limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha, ⁴para que sea tu limosna en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público.

Jesús habló primero de la práctica judía de dar limosna. La palabra griega ἐλεημοσύνη (*eleemosune*) se traduce por «limosna». La palabra española «limosna» se refiere a la ayuda caritativa que se da a los pobres. El Antiguo Testamento ense-

ñaba que dar a los pobres era un deber sagrado (Dt 15.11), pero algunos judíos sacaban provecho al dar (Mt 6.2). Jesús instó a Sus seguidores a compartir calladamente, no llamando la atención a lo que daban (Mt 6.3–4).

Hay quienes han tomado la enseñanza de Jesús acerca de «tu izquierda» y «tu derecha» (Mt 6.3), además de la palabra «secreto» (Mt 6.4), para dar a entender que los cristianos deben cerciorarse de que nadie sepa cuánto dan. Esta forma de ver el pasaje parece contradecir la enseñanza anterior de Jesús en el sentido de que nuestra luz «alumbre [...] delante de los hombres» para que puedan *ver* nuestras buenas obras (vea Mt 5.16). Hay diferencia entre hacer lo que se ve (Mt 5.16) y hacer algo *para que se vea* (Mt 6.2, 5, 16). Creo que J. W. McGarvey acertó cuando escribió: «El mandamiento no prohíbe la publicidad, sino el espíritu que *desea* publicidad».⁹

Orar (Mt 6.7–15)

⁷Y orando, no uséis vanas repeticiones, como los gentiles, que piensan que por su palabrería serán oídos. ⁸No os hagáis, pues, semejantes a ellos; porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis.

⁹Vosotros, pues, oraréis así:

**Padre nuestro que estás en los cielos,
Santificado sea tu nombre.**

¹⁰Venga tu reino.

Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra.

¹¹El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy.

¹²Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores.

¹³Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal; porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén.

⁹J. W. McGarvey and Philip Y. Pendleton, *The Fourfold Gospel or A Harmony of the Four Gospels (El evangelio cuádruple o Una armonía de los cuatro evangelios)* (Cincinnati: Standard Publishing Co., 1914), 251.

¹⁴Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; ¹⁵mas si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas.

Mientras Jesús trataba el tema de la oración, Él añadió otras observaciones: Censuró la práctica de las **vanas repeticiones** (Mt 6.7), y dio a conocer un modelo de oración a Sus oyentes (Mt 6.9–13). El ejemplo de oración incluyó una expresión sobre el perdón, expresión que llevó a Cristo a decir palabras que hacen pensar, sobre la necesidad de perdonar a los demás (Mt 6.14–15).

A esta oración se le conoce por lo general como «El Padre nuestro». Un mejor título para ella sería «La oración modelo». También se le ha llamado «La oración de los discípulos». Gran parte de la oración se repitió en otra ocasión (Lc 11.2–4). En ninguna de las dos ocasiones que la dio Jesús, tuvo Él la intención de que se repitiera de memoria en servicios colectivos. Recitar la oración podría violar la enseñanza de Jesús acerca de las «vanas repeticiones» (Mt 6.7). Cuando la oración se use en algún ambiente hoy día, hay una frase que debe cambiarse. No podemos orar pidiendo **Venga tu reino** (Mt 6.10), porque el reino, esto es, la iglesia, ya vino. (Note la promesa que hace Jesús en Marcos 9.1 y en Hechos 1.8, y el cumplimiento de ella en Hechos 2.1–4.) La oración modelo será dirigida a más detalle luego.

Ayunar (Mt 6.16–18)

¹⁶Cuando ayunéis, no seáis austeros, como los hipócritas; porque ellos demudan sus rostros para mostrar a los hombres que ayunan; de cierto os digo que ya tienen su recompensa. ¹⁷Pero tú, cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu rostro, ¹⁸para no mostrar a los hombres que ayunas, sino a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público.

La tercera ilustración tenía que ver con el ayuno. El Antiguo Testamento no tenía mandamiento específico sobre ayu-

nar; sin embargo, en la ley se mandó a los judíos «afligir» sus almas en el día de la expiación (Lv 16.29, 31), y ayunar era una manera de hacer esto (Sal 35.13). Posteriormente, se decretaron ayunos para conmemorar desastres nacionales (Zac 8.19). Para el tiempo de Jesús, los fariseos ayunaban dos veces por semana (Lc 18.12). Durante ese tiempo, ellos buscaban la manera de que todos supieran que se habían «afligido» a sí mismos. Esto fue lo que en efecto dijo Jesús a Sus oyentes: «Si ayunan, y cuando ayunen, no lo digan a nadie» (Mt 6.16–18).

LA SEGURIDAD DE LOS TESOROS CELESTIALES EN CONTRASTE CON LOS AFANES TERRENALES (MT 6.19–34)

La primera parte de Mateo 6.19-34 contiene muchos de los contrastes que se acaban de mencionar. En Mateo 6.19–21, hay un contraste entre hacerse tesoros en la tierra, y hacerse tesoros en el cielo. En los versículos 22 y 23, vemos la diferencia entre estar lleno de luz, y estar en tinieblas. El versículo 24 nos habla de dos posibles señores: Dios y las riquezas. Los tres contrastes se relacionan con un único tema: ¿Se centran nuestros intereses en la tierra, o en el cielo? Luego, el segmento que sigue es uno de los más prácticos (y más necesitados universalmente) en todo el sermón. Es sobre el pecado del afán.

**Tesoros (Mt 6.19–21;
vea Lc 12.33–34)**

¹⁹No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; ²⁰sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. ²¹Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.

Jesús desafió a Sus discípulos a no hacerse tesoros en la tierra, sino en el cielo. La inspiración nos dice cómo hacerse tesoros en el cielo, en 1 Timoteo 6.18–19. Los bancos, tal como los

conocemos, no existían en aquellos tiempos, por lo que la gente escondía sus tesoros en sus casas, o los enterraban en un campo, donde podían sufrir deterioro por la naturaleza (Stg 5.2–3a), o ser robados por ladrones. Recalcó que los tesoros terrenales son fugaces, que sólo los tesoros celestiales duran (Mt 6.19–20).

Cristo no estaba declarando ilegal el proveer razonablemente para el futuro, sino que estaba censurando el amasar posesiones como un fin en sí mismo. Su preocupación primordial tenía que ver con las prioridades: ... **donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón** (Mt 6.21). También es cierto que donde esté vuestro corazón, allí estará también vuestro tesoro.

**Ojos (Mt 6.22–23;
vea Lc 11.34–36)**

²²La lámpara del cuerpo es el ojo; así que, si tu ojo es bueno, todo tu cuerpo estará lleno de luz; ²³pero si tu ojo es maligno, todo tu cuerpo estará en tinieblas. Así que, si la luz que en ti hay es tinieblas, ¿cuántas no serán las mismas tinieblas?

Jesús ilustró la importancia de tener claro cuáles deben ser nuestras prioridades, y lo hizo usando una analogía que era conocida para las personas de ese tiempo: el uso del ojo para representar la actitud del corazón. El Antiguo Testamento enseña por un lado, que el «ojo misericordioso será bendito» (Pr 22.9a), y por otro lado, que «Se apresura a ser rico el avaro [literalmente: “el hombre de ojo maligno”]» (Pr 28.22a). Hoy día no usamos la misma figura retórica; sin embargo, usamos otra que se le parece, para hablar de la manera como «miramos» la vida.

La ilustración de Cristo es sencilla: Si los ojos naturales de un hombre son buenos, él **estará lleno de luz**; pero si son malignos, **estará en tinieblas**. Del mismo modo, si el corazón de un hombre es bueno (según el contexto: se centra en el cielo), él estará lleno de luz espiritual; pero si el corazón es maligno (esto es, se centra en este mundo), estará lleno de tinieblas espirituales.

Señores (Mt 6.24; vea Lc 16.13)

²⁴Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas.

Cada uno de nosotros debe decidir qué es lo más importante en su vida: o servimos a Dios, o somos esclavos de este mundo; pero no podemos hacer las dos cosas a la vez. Debemos elegir entre Dios y las riquezas. La palabra que se usa en la KJV, «mammón», era un término caldeo corriente para referirse a las riquezas materiales.

El afán o la fe (Mt 6.25–34)

²⁵Por tanto os digo: No os afanéis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? ²⁶Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas? ²⁷¿Y quién de vosotros podrá, por mucho que se afane, añadir a su estatura un codo? ²⁸Y por el vestido, ¿por qué os afanáis? Considerad los lirios del campo, cómo crecen: no trabajan ni hilan; ²⁹pero os digo, que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió así como uno de ellos. ³⁰Y si la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe? ³¹No os afanéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos? ³²Porque los gentiles buscan todas estas cosas; pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas. ³³Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas.

³⁴Así que, no os afanéis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su afán. Basta a cada día su propio mal.

Estos versículos se vinculan estrechamente con los versículos anteriores: Si nuestros intereses se centran en las cosas de esta

tierra, será inevitable que nos preocupemos. Si se centran en el cielo, no habrá necesidad de preocuparnos. John Franklin Carter resumió el pasaje, diciendo que la preocupación es . . .

- 1) Innecesaria, porque [...] si Dios da alimento a las aves y vestido a las plantas, sin duda dará para las necesidades de Sus siervos (Mt 6.26, 28–30).
- 2) Inútil, porque del mismo modo que afanarse no añade [...] a la estatura, tampoco producirá ningún otro beneficio de utilidad (Mt 6.27).
- 3) Impropia [indebida], porque para el cristiano, la vida debería ser más que el alimento, y el cuerpo más que [...] el vestido. Además, porque al afanarse por estas cosas, el cristiano se hace igual a [...] los paganos... (Mt 6.25, 32).¹⁰

El secreto para superar la preocupación es referido indirectamente en la caracterización que hace Jesús de los que se afanan, al llamarlos **hombres de poca fe** (Mt 6.30b; énfasis nuestro). La clave para superar la ansiedad es la fe, la fe en Dios que conoce nuestras necesidades (Mt 6.32), y que nos dará para las necesidades de la vida *si* [buscamos] **primeramente el reino de Dios y Su justicia** (Mt 6.33). «[Buscar] primeramente el reino de Dios y su justicia» equivale a reconocer la soberanía de Dios y a esforzarse por obedecer Sus órdenes reales. En vista de que Jesús usó los términos «reino» e «iglesia» en forma intercambiable en Mateo 16.18–19, también podemos aplicarlo en el sentido de poner en primer lugar los intereses de la iglesia del Señor antes que los nuestros. En vista de que Dios es Dios, Él conoce; y en vista de que es nuestro Padre, Él tiene cuidado.

Jesús no estaba enseñando que uno no se debe preocupar por el futuro, sino que una cosa es la preocupación legítima, y otra la preocupación sin sentido, que drena nuestras energías, y nos resta aptitud para hacer frente a los desafíos del futuro. Jesús no estaba en contra de planear con antelación. Él estaba planeando para

¹⁰ John Franklin Carter, *A Layman's Harmony of the Gospels (Una armonía de los evangelios por un laico)* (Nashville: Broadman Press, 1961), 110.

el futuro incluso cuando estaba diciendo estas palabras: Estaba preparando a Sus apóstoles para el momento cuando dejara este mundo. En el Antiguo Testamento se ponía a las hormigas como ejemplo aprobado de hacer planes para el futuro (Pr 30.25). Vea otros pasajes sobre pensar las cosas antes (que es lo contrario de actuar sin pensar o pensando poco), en Proverbios 21.5; 25.8; y 2 Corintios 8.20–21. El principio de la mayordomía nos motiva a prepararnos para el mañana de la mejor manera que podamos. Somos mayordomos de todo lo que Dios ha puesto en nuestras manos, incluyendo nuestras posesiones y nuestro tiempo. Debemos ser fieles a nuestra mayordomía (vea 1 Co 4.2). No obstante, una vez que lo hayamos hecho, debemos poner las cosas en las manos de Dios, y no preocuparnos.

APLICACIÓN **LA ORACIÓN MODELO** **(MT 6.9–15; LC 11.1–4)**

¿Qué le gustaría a usted saber? Los niños tienen un millón de preguntas, muchas de las cuales comienzan con un «¿Por qué?». A los adolescentes les preocupa qué van a hacer para ganarse la vida, y cómo saber si están enamorados. Los adultos desean saber cómo prosperar en la vida. Los discípulos de Jesús, no obstante, deseaban saber *cómo orar*: «Aconteció que estaba Jesús orando en un lugar, y cuando terminó, uno de sus discípulos le dijo: Señor, enséñanos a orar, como también Juan enseñó a sus discípulos» (Lc 11.1). A la respuesta que dio Jesús se le ha llamado «la oración del Padrenuestro».

Cuando oréis, decid: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra. El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy. Y perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todos los que nos deben. Y no nos metas en tentación mas líbranos del mal (Lc 11.2–4).

La versión más conocida de esta oración se encuentra en Mateo 6, en el Sermón del Monte:

Vosotros, pues, oraréis así: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra. El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy. Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores. Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal; porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén (Mt 6.9–13).

Este pasaje es uno de los más conocidos de toda la Biblia. Tal vez sólo el Salmo 23 sea más conocido. Lamentablemente, muchos se han aprendido esta oración de memoria pero no la han asimilado de corazón. ¿Qué es lo que esta oración nos enseña? ¿Qué clase de desafío nos presenta a cada uno de nosotros?

Necesitamos comenzar aclarando algunos aspectos que se han prestado para confusión. En primer lugar, la oración de Mateo 6.9–13 y Lucas 11.1–4 no tuvo como propósito servir de oración ritualista. En los versículos que preceden inmediatamente a Mateo 6.9–13, Jesús advirtió contra las «vanas repeticiones» (Mt 6.7). Además, el Señor dijo: «Vosotros, pues, oraréis así» (Mt 6.9a), *no* dijo: «use exactamente estas palabras». Cuando Jesús más adelante volvió a decir la oración (Lc 11.1–4), ni siquiera Él usó exactamente las mismas palabras: Usó 68 palabras en Mateo¹¹ y sólo 37 en Lucas.¹²

En segundo lugar, el conocido título que se le ha dado, de «La oración del Señor», es inexacto. Esta designación le fue dada por un erudito anónimo de la Era del Oscurantismo, y es el nombre que se le ha quedado. No obstante, no hay registro alguno en el sentido de que Jesús mismo haya usado esta oración. Se ha dicho que la *verdadera* «Oración del Señor» se encuentra en Juan 17. Prefiero referirme a Sus palabras como «La oración *modelo*». Es un modelo en muchos sentidos. (1) Es un modelo de cobertura: Con-

¹¹N. del T.: El autor se refiere a la versión que presenta la NASB del evangelio de Mateo, y aclara que en el texto griego, que no incluye la última parte de Mateo 6.13, se usan 57 palabras. En la Reina-Valera se usan 75 palabras.

¹²N. del T.: Este cálculo del autor se basa en la NASB, y aclara que en el texto griego se usan 38 palabras. En la Reina-Valera se usan 61 palabras.

tiene un reconocimiento de la grandeza de Dios. Expresa interés por el reino y por todos los que están en el mundo. Abarca incluso necesidades personales. (2) También es un modelo de brevedad y sencillez. Está contenida en cinco versículos en Mateo y en tres versículos en Lucas. Sólo se necesitan cerca de veinte segundos para leer la versión más extendida en voz alta.

La oración de Cristo es un modelo en otros sentidos. Mateo 6 será usado como texto primario ya que es más largo (y por lo tanto más completo) y porque es más conocido; sin embargo, se harán referencias ocasionales a Lucas 11.

Un modelo en su dirección

Esta oración es un modelo en cuanto a la dirección que se le da. En primer lugar, se dirige a *Dios*: «*Padre nuestro* que estás en los cielos» (Mt 6.9b; énfasis nuestro). Es a Dios a quien hemos de orar, no a María ni a ningún santo, sino a Dios. Pablo dijo que nosotros hemos de «[dar] siempre gracias por todo *al Dios* y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo» (Ef 5.20; énfasis nuestro). Como ya se dijo, es a Dios, nuestro *Padre* a quien debemos orar. Jehová no es un Dios impersonal, sino un Padre que protege y provee. Además, es a Dios, que es *nuestro* Padre, a quien debemos orar. Esta oración no es la oración de un ermitaño. Tampoco es la oración de un hijo único. La frase «Padre nuestro» reconoce la hermandad que tenemos en común. Cuando oramos diciendo «Padre nuestro», indicamos que nos hemos reunido para tratar asuntos de la familia.

Esta oración también es un modelo de dirección, porque se dirige *al cielo*: «Padre nuestro *que estás en los cielos*» (Mt 6.9b; énfasis nuestro). Este mundo es creación y posesión de Dios, pero no es Su hogar. La nuestra es una religión que gira en torno al cielo. Jesús vino del cielo, y volvió al cielo. Él está ahora a la diestra de Dios en el cielo, intercediendo por nosotros. Él volverá algún día del cielo a reunir a los suyos, que pasarán una eternidad en el cielo con Él. Pablo escribió que «nuestra ciudadanía está en los cielos» (Fil 3.20). Jesús les dijo a Sus discípulos que se regocijaran de que los «nombres [de ellos estaban] escritos en los cielos» (Lc 10.20). Nos desafía a todos nosotros a «[hacernos] tesoros en el cielo» (Mt 6.20).

Un modelo en su reverencia

La oración es también un modelo de reverencia. Dios no es un amigo casual; Él es nuestro *Padre*, y Su nombre es *santo*. La oración continúa diciendo: «santificado sea tu nombre» (Mt 6.9c; vea Lc 11.2b). La palabra que se traduce por «santificado» proviene de la palabra griega que equivale a «santo» y significa «considerar o reverenciar como santo».¹³ En el Antiguo Testamento, el salmista dijo: «Santo y temible es su nombre» (Sal 111.9c). Moisés mandó, diciendo: «No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano» (Ex 20.7a). La oración modelo de Jesús nos hace saber que, aun bajo el nuevo pacto, hemos de acercarnos a Dios con un profundo sentimiento de temor reverencial.

Un modelo en su énfasis

La reverencia que se acaba de mencionar determina el tono que hemos de mantener al llegar a las peticiones que hace la oración. El interés que se expresa inicialmente, no es por uno mismo, sino por los planes y propósitos de Dios, pues dice: «Venga tu reino» (Mt 6.10a; vea Lc 11.2c).

¿Qué «reino» era el que anhelaban? Era *la iglesia*: Me permitiré repasar algunos pasajes clave sobre el reino mesiánico:

Daniel 2.44. Daniel anunció que el reino mesiánico se establecería en los días del Imperio Romano.

Mateo 3.2; 4.17. Cuando los romanos gobernaban el mundo, Juan el Bautista, y luego Jesús, vinieron predicando: «El reino de los cielos se ha acercado».

Mateo 16.18–19. En Cesarea de Filipo, Jesús habló acerca de establecer Su reino; lo llamó Su «iglesia».

Marcos 9.1. Cristo les dijo a Sus discípulos que el reino vendría en un tiempo cuando ellos todavía estarían vivos, y que vendría «con poder». Más adelante, él dijo que el poder vendría cuando viniera el Espíritu Santo (Hch 1.6–8).

Hechos 2.1–4. El Espíritu Santo vino en el primer Pentecostés posterior a la muerte, sepultura y resurrección de Jesús.

¹³*The Analytical Greek Lexicon (El léxico griego analítico)* (London: Samuel Bagster & Sons Ltd., 1971), 3.

En ese momento, el poder vino y el reino, esto es, la iglesia, fue establecido.

Hechos 2.47. A partir de ese momento, se habla del reino, o la iglesia, como una entidad existente. Cuando las personas eran salvas, Dios las añadía a Su iglesia, librándolas de la «potestad de las tinieblas» y trasladándolas «al reino de su amado Hijo» (Col 1.13). Los cristianos se encuentran en un reino incommovible (He 12.28), la iglesia, cuyas puertas el Hades no puede destruir (Mt 16.18).

Cuando Jesús hacía que los discípulos oraran, diciendo: «Venga tu reino», ellos en efecto estaban diciendo: «Se establezca tu iglesia». El Señor estaba pidiéndoles a Sus discípulos que fueran participantes del gran plan eterno que incluía a la iglesia (vea Ef 3.10–11).

¿Deberíamos incluir en nuestras oraciones esta parte de la oración modelo? En vista de que el reino, esto es, la iglesia, ya fue establecido, es mejor no usar exactamente las mismas palabras. Podríamos adaptar la petición, diciendo: «Venga tu reino *a todo el mundo*» o «Venga tu reino *al corazón de todos los hombres*». Si no adaptamos las palabras, le estaremos dando credibilidad a los premilenaristas que creen que el reino de Cristo no ha sido establecido todavía.

Aunque es necesario adaptar las palabras, la oración enseña claramente que usted y yo debemos estar *interesados* en el reino, esto es, la iglesia, y que en nuestras oraciones debemos incluir el deseo por la buena marcha de él. Debemos orar por la iglesia que se reúne localmente. Debemos orar por la iglesia que está alrededor del mundo. Al hacer esto, *todavía* podemos ser participantes en el gran plan de Dios que busca dar a conocer Su sabiduría «por medio de la iglesia» conforme a Su «propósito eterno que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor» (Ef 3.10–11).

Un modelo en su preocupación

La siguiente petición continúa recalcando lo espiritual, pero el énfasis se traslada de la iglesia, o del reino, a toda la tierra, pues dice: «Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra» (Mt 6.10b, c). Se expresa el deseo en el sentido de que

todos los que viven en la tierra obedezcan la voluntad de Dios. Sólo pensar en tal posibilidad es para aturdir la mente. Considere cómo Su voluntad se hace en el cielo. Imagínese los ángeles y los arcángeles de pie ante el trono de Dios. Vea qué dispuestos están a oír Sus mandamientos, y qué prontos están a obedecerlos. ¡Qué maravilloso sería que la voluntad de Dios se obedeciera de tal manera en toda la tierra!

Para que esta parte de la oración se responda, en vista de que la voluntad de Dios se revela en Su Palabra, nosotros debemos llevar esta Palabra a toda la tierra (Mt 28.18–20; Mr 16.15–16). Debemos animar a la gente en todo lugar a obedecer los mandamientos del Señor.

El valor más importante de esta parte de la oración, no obstante, reside en que nos obliga a examinar nuestras propias actitudes para con Su voluntad. Francamente, muchos de nosotros no estamos contentos con la voluntad de Dios para nuestra vida. Alguien dijo que «a los hombres no les gustan las partes que les son dadas a ellos por el Rey del cielo». Esto es lo que algunos, en efecto, han estado diciendo en oración: «Hágase *mi* voluntad en la tierra». El propósito de la oración no es lograr que Dios se someta a nuestra voluntad, sino aprender a sujetar nuestra voluntad a la Suya.

Un modelo en su moderación

Estamos a mitad de la oración, y no se ha hecho una sola petición personal, sin embargo, nuestro corazón debe prepararse para hacer una. La siguiente frase que leemos es «El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy» (Mt 6.11). En la versión de Lucas leemos: «El pan nuestro de *cada* día, dánoslo hoy»¹⁴ (Lc 11.3; énfasis nuestro). Note la moderación de esta oración: No se pide *pastel* (ni otros lujos), sino *pan*. No se pide provisión de *pan para un mes*, sino la cantidad necesaria para el *día*.

Una de las lecciones de esta parte de la oración es que debemos contentarnos con las *necesidades* de la vida. El alimento es una de las pocas cosas que *debemos* tener. No es malo pedir otras bendiciones, pero nuestra felicidad no debe depender de la acu-

¹⁴N. del T.: Esta es la forma como se lee en la NASB.

mulación de cosas. Pablo escribió: «... teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto» (1 Ti 6.8).

Hay otras lecciones que se encuentran en esta parte de la oración. Por ejemplo, se nos recuerda que *Dios* es la fuente de todas las bendiciones. Hemos de orar a Él por algo tan sencillo y tan básico como nuestro pan de cada día. No debemos decir: «Miren lo que *yo* hice», sino: «Miren lo que *Dios* hizo». Todo lo que tenemos, lo hemos «recogido» en el camino; pero Aquel que puso esas bendiciones allí para ser «recogidas» es Dios. Hemos de trabajar por nuestro pan de cada día (vea 2 Ts 3.11–12), pero todavía debemos reconocer que Dios es la fuente absoluta de toda bendición. Un antiguo verso sirve de recordatorio de esta verdad:

Antes que el pan estuvo la harina,
Y antes que la harina estuvo el molino;
Y antes que el molino estuvo el trigo
Que ondeaba en la colina de más allá
Y antes que la colina estuvieron el sol
Y la lluvia y la voluntad del Padre.¹⁵

La oración de Jesús insinúa además el deber de no ser egoísta. No debemos orar pidiendo «el pan *mío* de cada día», sino «el pan *nuestro* de cada día». Por toda la oración, hay un énfasis en la comunidad de los cristianos. Lea la oración otra vez. En ella no se encuentra el pronombre personal «yo». La oración está saturada de preocupación por los demás.

Un modelo en su humildad

En la oración se presenta después otra petición personal: «Y perdónanos nuestras deudas» (Mt 6.12a). La palabra griega que se traduce por «deudas» se refiere a lo que se debe, pero la referencia es a las deudas de carácter espiritual, no a las financieras. En el Nuevo Testamento, la palabra griega en singular se usa

¹⁵Esta traducción y adaptación anónima está basada en Peter Christian Lukin, «Back of the Bread» («Antes que el pan») *Chansons de Notre Chalet*, 1944.

para referirse a una ofensa, falta o pecado.¹⁶ En la versión de Lucas se lee: «... perdónanos nuestros pecados» (Lc 11.4a). Lucas usa las palabras «pecados» y «deudas» de modo intercambiable. Al estar delante de un Dios santo, reconocemos que somos pecadores y pedimos a Dios que nos perdone. Este es un golpe a la esencia de nuestro orgullo.

La parte que sigue de esta petición golpea aún más dolorosamente nuestro orgullo: «...como también nosotros perdonamos a nuestros deudores» (Mt 6.12b). ¡Es tan difícil perdonar! Cuando alguien nos ofende, nuestro ego y nuestro orgullo son heridos. Puede que tengamos la tendencia a pensar: «¡Jamás lo podré perdonar!». ¡Qué difícil es perdonar a esa persona de corazón! Debemos aprender a decir, en efecto: «Esto no es tan importante; lo dejaré pasar».

Se han hecho intentos por evadir la dura enseñanza de Mateo 6.12 (vea Mt 6.14–15). Algunos preguntan: «¿Podré realmente perdonar a alguien que no se arrepiente ni pide perdón?». Hay quienes señalan Lucas 17.3 y el hecho de que Dios no perdona, sino hasta que nos arrepentimos. No obstante, no estamos hablando de restauración de la comunión, sino acerca de *la actitud* de nuestros corazones. Cuando estaba en la cruz, Jesús oró, diciendo: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc 23.34a). Aunque Él dijo tal oración, la culpa de los pecados de ellos siguió en sus almas hasta que se arrepintieron (vea Hch 2.36–38). No obstante, (y esto es lo que debemos aprender a hacer), Jesús ya los había perdonado en *Su* corazón. Si alguien me hace daño, es probable que mi relación con esa persona se mantenga tirante hasta que ella reconozca que hizo mal; pero mi más grande preocupación debe ser asegurarme de que en *mi* corazón yo no abrigue animosidad. Debo mirar que no brote ninguna «raíz de amargura» (He 12.15), que llene mi corazón y ahogue el amor que debo tener por los demás.

La versión que da Lucas de esta parte de la oración tiene esta nota positiva: «... porque también nosotros perdonamos a todos los que nos deben» (Lc 11.4b). ¿Y si nosotros no estamos dispuestos a perdonar? Se ha dicho que el hombre que no está dispuesto

¹⁶*Analytical Greek Lexicon*, 296.

a perdonar destruye el puente sobre el cual él mismo debe pasar. Considere las palabras que dijo Jesús inmediatamente después de la oración modelo, y que son palabras que hacen reflexionar: «Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; mas si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas» (Mt 6.14–15).

Un modelo en su discernimiento

La oración continúa diciendo: «Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal» (Mt 6.13; vea Lc 11.4c). La palabra griega que se traduce por «tentación» puede tener diferentes significados, pero en este versículo se usa de modo intercambiable con la palabra «mal». En este contexto, se refiere a «la tentación de hacer lo malo». La oración modelo es un modelo de discernimiento porque no sólo se preocupa por el perdón de los pecados, sino también porque uno se mantenga alejado de lo que lleva a pecar.

En relación con la palabra «mal», el texto griego tiene un artículo definido, de modo que se lee: «*el* mal». El significado puede ser «lo malo» (esto es, cualquier maldad) o «el malo» (esto es, el diablo). En vista de que el segundo es responsable de lo primero (todo lo que es malo), cual sea el significado que se le dé, transmite la misma idea básica.

Esta parte de la oración nos enseña a pedir la ayuda de Dios para mantenernos alejados de la tentación, para poder enfrentar las tentaciones que encontremos en el camino y para derrotar a Satanás. En vista de que Dios no tienta a nadie (Stg 1.13), la frase «no nos metas en tentación» debe de significar algo como «ayúdanos a no ser tentados». También nos asigna responsabilidad. Muy a menudo deseamos que Dios nos saque de problemas después que hemos entrado en situaciones de tentación con los ojos completamente abiertos. No podemos ser consecuentes cuando decimos en oración: «No nos metas en tentación», y luego entramos deliberada y conscientemente en situaciones en las cuales sabemos que seremos tentados.

Un modelo en su alabanza

Las últimas palabras de la conocida oración del «Padrenuestro» se encuentran entre corchetes en la NASB: «[Porque tuyo es el reino y el poder y la gloria para siempre. Amén]» (Mt 6.13b). Este final no se encuentra en los manuscritos más antiguos. No obstante, hay pruebas de que estas palabras se usaron en los primeros siglos de la iglesia, y se encuentran en algún lugar en la mayoría de las traducciones, ya sea en notas al pie de página o en notas marginales, si no es que no están en ningún otro lugar. Ellas constituyen una manera apropiada de ponerle punto final a la oración. Son palabras que vuelven a la fuente de todo lo que es bueno, esto es, Dios mismo:

A Él pertenece «el reino». Él es el dueño, y está por encima de todo. Debemos reconocer esta verdad.

A Él pertenece «el poder». Cual sea el poder que los hombres posean, es un poder endeble en comparación con el poder de Dios. Debemos reconocer esta verdad también.

A Él pertenece «la gloria», y debemos proclamarla.

Todo lo anterior será «para siempre». «Amén» y amén.

Conclusión

Esa es la oración modelo. ¿Enseña ella *todo* lo que usted y yo necesitamos saber acerca de la oración? No lo enseña. Por ejemplo, no se hace en el nombre de Jesús. La oración modelo fue dicha cuando todavía estaba en vigor la ley de Moisés, y hoy podría ser dicha por cualquier judío consciente. Pablo enseñó que, bajo el Nuevo Pacto, nosotros debemos «[dar] siempre gracias por todo al Dios y Padre, *en el nombre de nuestro Señor Jesucristo*» (Ef 5.20; vea también Col 3.17). La conocida frase «en el nombre de Jesús» no es simplemente algo que decimos; por medio de ella reconocemos que Jesús es ahora nuestro mediador (1 Ti 2.5).

Reiterando lo dicho, las peticiones de la oración modelo son de naturaleza general. Cuando usted y yo oramos, debemos ser específicos: Debemos dar gracias por bendiciones específicas; debemos confesar pecados específicos; debemos orar por personas específicas.

No obstante, hay mucho que podemos aprender de la ora-

ción modelo. Como se hizo notar, es un modelo en su dirección, reverencia, énfasis, preocupación, moderación, humildad, discernimiento y alabanza.

ENSEÑANZA SOBRE JUZGAR (MT 7.1–6; LC 6.37–42)

Mateo 7.1–6

¹No juzguéis, para que no seáis juzgados. ²Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados, y con la medida con que medís, os será medido. ³¿Y por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano, y no echas de ver la viga que está en tu propio ojo? ⁴¿O cómo dirás a tu hermano: Déjame sacar la paja de tu ojo, y he aquí la viga en el ojo tuyo? ⁵Hipócrita! saca primero la viga de tu propio ojo, y entonces verás bien para sacar la paja del ojo de tu hermano.

⁶No deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas delante de los cerdos, no sea que las pisoteen, y se vuelvan y os despedacen.

Lucas 6.37–42

³⁷No juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados. ³⁸Dad, y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosando darán en vuestro regazo; porque con la misma medida con que medís, os volverán a medir.

³⁹Y les decía una parábola: ¿Acaso puede un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán ambos en el hoyo? ⁴⁰El discípulo no es superior a su maestro; mas todo el que fuere perfeccionado, será como su maestro. ⁴¹¿Por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano, y no echas de ver la viga que está en tu propio ojo? ⁴²¿O cómo puedes decir a tu hermano: Hermano, déjame sacar la paja que está en tu ojo, no mirando tú la viga que está en el ojo tuyo? Hipócrita, saca primero la viga de tu propio ojo, y entonces verás bien para sacar la paja que está en el ojo de tu hermano.

Jesús dejó de hablar sobre las actitudes de los discípulos para con las posesiones materiales, y pasó a hablar sobre las actitudes de ellos para con los demás. En Mateo 7.1–5 se censura el tener un espíritu de juicio. Hay quienes creen que el pasaje prohíbe todo juicio; sin embargo, Jesús mismo habló de la necesidad de «[juzgar] con justo juicio» (Jn 7.24). La palabra griega que se traduce como **juzgar** es κρίνω (*krino*), la palabra de la cual derivamos la palabra «criticar». Generalmente pensamos sobre la palabra «criticar» en un sentido negativo, pero la palabra «criticar» sólo significa «evaluar». La evaluación puede ser negativa o positiva; puede ser mala, o puede ser buena; puede ser destructiva o puede ser constructiva. La necesidad de hacer juicios se destaca en uno de los textos que estamos estudiando: Mateo 7.6 dice que no se debe dar **lo santo a los perros**, ni echar las **perlas delante de los cerdos**, siendo el significado de esto que se debe juzgar bien a quién vamos a enseñar. Al estudiarse en conjunto los versículos 1 al 6 de Mateo 7, llega a ser evidente que Jesús no estaba prohibiendo todo juicio, sino que estaba censurando el espíritu severo, poco amable y poco compasivo.

En la relación que hace Lucas del sermón, Jesús añadió un comentario sobre los ciegos que son dirigentes de ciegos, y los discípulos de ellos (Lc 6.39). Jesús se refirió más adelante a los fariseos como «ciegos guías de ciegos» (Mt 15.12, 14). Cristo estaba reprendiendo a los fariseos y a quienquiera que tuviera un espíritu farisaico para con los demás. En Lucas 6.39 se lee: **Y les decía [Jesús] una parábola**. Esta es la primera vez en este estudio, que se usa la palabra «parábola».

ENSEÑANZA SOBRE LA ORACIÓN (MT 7.7–11)

⁷Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. ⁸Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá.⁹¿Qué hombre hay de vosotros, que si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¹⁰¿O si le pide un pescado, le dará una serpiente? ¹¹Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan?

Antes de concluir el sermón (con instrucciones sobre la obediencia), Jesús incluyó dos segmentos genéricos que ayudarían a Sus oyentes a hacer frente a los desafíos que les había planteado. En estos pasajes no se hacen contrastes; sin embargo, estos están implícitos. El primero es sobre el poder de la oración insistente (Mt 7.7–11). Podría considerarse una continuación de la sección sobre la preocupación: Si los discípulos no han de preocuparse por el mañana, ¿qué deben hacer? Deben orar. Los versículos 7 al 11 se ubican entre dos pasajes sobre las relaciones humanas (7.1–6 y 7.12). Así, el pasaje nos da a conocer que la oración es esencial para llevarse bien con la gente.

Las palabras clave de los versículos 7 y 8 son **pedid**, **buscad** y **llamad**. Esta secuencia de palabras insinúa una intensidad cada vez mayor en nuestras oraciones. También, el texto original usa el tiempo presente, que lleva implícita la idea de seguir: siga pidiendo; siga buscando; siga llamando. Jesús estaba recalcando la necesidad de ser insistentes en la oración (vea Lc 18.1). Las palabras pedir, buscar y llamar, podrían resumirse en una sola: pedir. Santiago escribió: «... no tenéis [...] porque no pedís» (Stg 4.2).

¿Por qué debemos ser insistentes en la oración? Porque tenemos un Dios que nos ama y que responderá nuestras oraciones (vea Stg 5.16b-18). Cristo recalcó esto con una ilustración acerca de los padres terrenales que cuidan de sus hijos (Mt 7.9–10). Del mismo modo, nuestro Padre celestial cuidará de nosotros (Mt 7.11).

En las Escrituras se hacen otras interesantes comparaciones sobre el hecho de que nuestro Padre celestial nos trata de un modo parecido a nuestros padres terrenales. (Vea, por ejemplo, He 12.4–13.) Sin embargo, debemos tener cuidado de no concluir que nuestro Padre celestial es como nuestros padres terrenales en *todos* los aspectos. Todo padre terrenal ha cometido errores al tratar a sus hijos, pero Dios no comete errores. Algunos han tratado de usar pasajes como Mateo 7.7–11 para enseñar que Dios jamás enviaría a nadie al infierno, porque (según dicen) ningún padre terrenal haría eso a sus hijos. Interpretar el pasaje de este modo equivale a ponerlo en contradicción con pasajes que hablan claramente sobre el Juicio (pasajes tales como Mt 25.31–46).

Cual sea el desafío que la vida plantee, Jesús desea que «[pidamos] a Dios, el cual da a todos abundantemente...» (Stg 1.5).

LA REGLA DE ORO (MT 7.12; LC 6.31)

Mateo 7.12

¹²Así que, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la ley y los profetas.

Lucas 6.31

³¹Y como queréis que hagan los hombres con vosotros, así también haced vosotros con ellos.

La sección que sigue es solamente un versículo. Aunque esta idea podría incluirse en la parte que sigue del sermón, es de importancia suficiente para mencionarla por aparte. El versículo enuncia el principio conocido como la Regla de Oro: **todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos** (Mt 7.12a).

El contraste contenido aquí está implícito antes que expreso; sin embargo, es fácil reconocerlo. Al tratar con los demás, a menudo nos interesa lo que *queremos*; por ejemplo, decimos: «Lo que *yo necesito* en esta relación es esto o aquello». La Regla de Oro nos invita a dejar de pensar en nosotros mismos para pasar a pensar en los demás. Nos desafía a considerar primero lo que la otra persona pueda necesitar. Todo esto está implícito en las palabras del Señor, cuando dice: «Y como queréis que hagan los hombres con vosotros, así también haced vosotros con ellos» (Lc 6.31).

Jesús dijo que **esto es la ley y los profetas** (Mt 7.12b). Si uno comprimiera la ley y los profetas hasta alcanzar el tamaño de una cápsula, esto es lo que quedaría: «como desea usted que lo traten los demás, de esa forma trátelos usted».

LOS DOS CAMINOS, Y LOS FALSOS PROFETAS (MT 7.13–23; LC 6.43–45)

Destrucción o vida (Mt 7.13–14)

¹³Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; ¹⁴porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan.

Jesús comenzó a concluir Su sermón con las palabras de Mateo 7.13. Los versículos de conclusión contienen una advertencia contra los falsos profetas (Mt 7.15–20), pero tienen que ver primordialmente con que los discípulos vivan los principios que Él acababa de enseñar. No era el propósito de Jesús que Su sermón se grabara en una placa y fuera admirado. Antes, Su deseo era que irradiara de las vidas de Sus seguidores.

El contraste de los versículos 13 y 14 es obvio. Hay dos caminos, y sólo dos caminos, por los cuales todos podemos ir: el camino angosto que lleva a la vida, y el camino ancho que lleva a la perdición (vea Lc 13.23, 24). El camino angosto es la senda difícil, y solamente **pocos** están dispuestos a hacer los sacrificios necesarios para transitar por él. El camino ancho es el camino fácil, el camino que le gusta a la mayoría, el que **muchos** eligen. A muchos no les gusta encarar esta desagradable verdad; sin embargo, si algún significado han de tener las palabras de Jesús, es que en ellas se enseña que son más los que se van a perder que los que se van a salvar.

¿Cómo podemos andar por el camino angosto? Jesús respondió a esta pregunta en los versículos que siguen: al obedecer lo que Él nos manda (Mt 7.21–27). E igualmente importante es la pregunta: ¿cómo podemos *mantenernos* en el camino angosto? El Nuevo Testamento no enseña que sea imposible salir del camino angosto (vea 1 Co 10.12; Stg 5.19–20). Tristemente, más de uno que anduvo en él, se cansó de sus restricciones, y lo abandonó para andar en el camino ancho y fácil. ¿Cómo podemos *mantenernos* en el camino angosto? Por medio de *seguir* obede-

ciendo los mandamientos de Cristo. (Repase Mt 7.24–27.)

¿Dará lo mismo que se tome uno u otro camino? Hay uno que lleva a la *vida*, esto es, la vida eterna con Dios (Ro 2.7). El otro lleva a la *perdición*, esto es, la perdición eterna, lejos de la presencia del Señor (2 Ts 1.9). Dicho sencillamente, un camino es la vía legítima al cielo, y el otro es el desvío al infierno.

Mal fruto o buen fruto (Mt 7.15–20; Lc 6.43–45)

Mateo 7.15–20

¹⁵Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. ¹⁶Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos? ¹⁷Así, todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos. ¹⁸No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos. ¹⁹Todo árbol que no da buen fruto, es cortado y echado en el fuego. ²⁰Así que, por sus frutos los conoceréis.

Lucas 6.43–45

⁴³No es buen árbol el que da malos frutos, ni árbol malo el que da buen fruto. ⁴⁴Porque cada árbol se conoce por su fruto; pues no se cosechan higos de los espinos, ni de las zarzas se vendimian uvas. ⁴⁵El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca lo bueno; y el hombre malo, del mal tesoro de su corazón saca lo malo; porque de la abundancia del corazón habla la boca

Importa mucho el camino por el cual transitemos. Dicho más claramente: tiene la importancia de toda una *eternidad*. El diablo no desea que la humanidad lo entienda. Él hace que la gente crea que no importa por cuál camino transiten (esto es, cómo viven), o que crean que el camino ancho es en realidad el camino angosto. Para lograr esto, usa a los falsos maestros.

Un profeta era aquel que hablaba en nombre de Dios; un falso profeta era aquel que afirmaba hablar en nombre de Dios, pero que en realidad no era así. Jesús describió a los falsos profetas,

en efecto, como **lobos vestidos de ovejas** (vea Mt 7.15). Daban la apariencia de lo que no eran. Embadurnaban su error con una delgada capa de legitimidad, y de este modo disfrazaban su maldad con un manto de buenas obras (vea Mt 7.22–23).

Puede que Cristo haya estado advirtiendo especialmente a Sus oyentes, del error de las enseñanzas de los escribas y fariseos; sin embargo, los falsos maestros han afectado la iglesia desde el comienzo de esta hasta nuestros días (Mt 24.11, 24; Hch 20.29–30; 2 P 2.1). Es imperativo que identifiquemos a los falsos profetas. ¿Cómo podremos identificarlos? Los podemos identificar por el **fruto** que den: el fruto de sus vidas y el fruto de sus enseñanzas (Mt 7.16–20; vea Ro 16.17). Tanto sus vidas como sus enseñanzas deben compararse con la Palabra de Dios (1 Jn 4.1; Hch 17.11).

La versión de Lucas añade que la enseñanza de un maestro da a conocer algo de lo que hay en su corazón, **porque de la abundancia del corazón habla la boca** (Lc 6.45). Este versículo puede aplicarse de modo general a lo que hablamos: Lo que decimos revela lo que hay en nuestros corazones. En el contexto, no obstante, las palabras se aplican especialmente a los que afirman hablar en nombre de Dios. La advertencia de Jesús es tan necesaria hoy día como lo fue cuando dijo por primera vez: **Guardaos de los falsos profetas** (Mt 7.15a). Una palabra de consejo debe de ser añadida aquí: No interprete Lucas 6.45 de modo que contradiga la enseñanza de Jesús contra juzgar, que se encuentra en Mateo 7.1. Interprete de la mejor manera posible lo que otra persona diga.

Decir y hacer (Mt 7.21–23)

²¹No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. ²²Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? ²³Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad.

¿Saben todos los falsos profetas que esto es lo que ellos son? ¿Saben todos los que transitan por el camino ancho que este es el camino que lleva a la perdición? Aparentemente no. Las palabras de Jesús que se recogen en Mateo 7.21–23 insinúan que es posible engañarse a sí mismo.

La expresión **aquel día** se refiere al Día del Juicio (Hch 17.31). En esta ilustración cabe preguntarse si los que así protestaban, en realidad habían hecho todo lo que afirmaban. Jesús no negó que lo hubiesen hecho; sin embargo, aun si hubieran hecho buenas obras, también habían sido obreros del mal, pues Cristo los acusó de hacer maldad. Qué obras exactamente hicieron, es algo que tiene relativamente poca importancia. Las palabras más importantes (y las más tristes) del versículo 23, son **Nunca os conocí**.

En la Biblia, la palabra «conocer» puede significar «tener una estrecha relación». Esta palabra incluye un número de diferentes relaciones. Esto incluye las relaciones maritales. La Biblia dice que Adán «conoció» a su mujer (Gn 4.1). En la NASB se presenta esta nota al margen: «[Literalmente] *conoció*». Este eufemismo se usa por toda la Biblia, aun en el Nuevo Testamento (vea Mt 1.25; Lc 1.34). La palabra es también usada para describir la relación entre Dios y el hombre (1 Co 1.21; Gá 4.9; Fil 3.10). Pablo escribió: «Conoce el Señor a los que son suyos» (2 Ti 2.19). Cuando Jesús dijo: «Nunca os conocí», estaba afirmando que la relación que los acusados habían tenido con Él, no había sido una relación que los salvara. No lo habían seguido a Él ni Sus enseñanzas, antes habían rehusado dedicarle sus vidas a Él como Maestro y Señor. Las buenas obras de ellos no habían sido hechas «en Cristo» (2 Co 5.17; Ef 2.13; 3.21; Ro 16.3, 9), sino fuera de Cristo.

Si deseamos estar seguros de que Jesús nos conoce, haremos lo que el Señor nos manda para llegar a ser cristianos (Ro 6.3–7, 11, 17–18, 23; Gá 3.26–27), y después le obedeceremos lo mejor que podamos. J. W. McGarvey lo expresó de este modo: «... obedecer hasta donde lo permite nuestra posibilidad, en medio de las debilidades de la carne, acompañado de cumplir diariamente las condiciones para que sea perdonado nuestro pecado diario, son las cosas que siempre han garantizado el favor de Dios»¹⁷

¹⁷McGarvey y Pendleton, 268.

CONCLUSIÓN Y APLICACIÓN (LOS DOS EDIFICADORES) (MT 7.24–29; LC 6.46–49)

Mateo 7.24–29

²⁴Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca. ²⁵Descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y golpearon contra aquella casa; y no cayó, porque estaba fundada sobre la roca. ²⁶Pero cualquiera que me oye estas palabras y no las hace, le compararé a un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena; ²⁷y descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa; y cayó, y fue grande su ruina.

²⁸Y cuando terminó Jesús estas palabras, la gente se admiraba de su doctrina; ²⁹porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas.

Lucas 6.46–49

⁴⁶¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo? ⁴⁷Todo aquel que viene a mí, y oye mis palabras y las hace, os indicaré a quién es semejante. ⁴⁸Semejante es al hombre que al edificar una casa, cavó y ahondó y puso el fundamento sobre la roca; y cuando vino una inundación, el río dio con ímpetu contra aquella casa, pero no la pudo mover, porque estaba fundada sobre la roca. ⁴⁹Mas el que oyó y no hizo, semejante es al hombre que edificó su casa sobre tierra, sin fundamento; contra la cual el río dio con ímpetu, y luego cayó, y fue grande la ruina de aquella casa.

Las palabras finales del Sermón del Monte enfatizan la necesidad de obedecer a Cristo. Jesús concluyó con la ya conocida ilustración de los dos edificadores: el prudente que edificó sobre la roca, y el insensato que edificó sobre la arena. Es al primero, dijo Jesús, a quien se puede comparar el hombre prudente que oyó sus palabras y las hizo, mientras que es como el segundo la persona que oyó, pero no hizo nada.

La versión de Lucas amplía la ilustración, diciendo que el

primer hombre «cavó y ahondó y puso el fundamento sobre la roca» (Lc 6.48), mientras que el segundo **edificó su casa y puso el fundamento sobre la roca** (Lc 6.48), mientras que el segundo «edificó su casa sobre tierra, sin fundamento» (Lc 6.49). Como carpintero que era (vea Mr 6.3), Cristo entendía la importancia de poner un sólido fundamento; sin embargo, aun los que tienen poca o ninguna experiencia en construcción pueden apreciar que una casa necesita un fundamento. Toda vida necesita un fundamento.

Una de las tragedias de nuestra era es que tantas vidas se edifican sobre las arenas movedizas de la opinión humana. Nuestras vidas necesitan el firme fundamento de Jesús y Su palabra (vea 1 Co 3.11; Ef 2.20). Es posible tener esta estabilidad si hacemos —y únicamente si hacemos— la voluntad de Cristo.

Las palabras de Jesús en la versión de Lucas, siguen desafiando a los que desean ser discípulos: **¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?** (Lc 6.46).

Y cuando terminó Jesús estas palabras, la gente se admiraba de su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas (Mt 7.28, 29). Los escribas no hablaban con su propia autoridad. En vez, ellos citaban a un sinnúmero de autoridades que habían hablado sobre el tema en cuestión.

El Sermón del Monte sigue siendo un desafío hoy en día, pero no podemos comprender el impacto que tuvo sobre quienes lo oyeron primero. Por cualquier definición del término, el sermón fue revolucionario. La mayoría, si no todo, del contenido era contrario a las enseñanzas que los oyentes de Jesús habían escuchado en toda su vida. Las enseñanzas del Jesús todavía van contrarias a los conceptos que el mundo estima.

Estas enseñanzas iban especialmente dirigidas a los que eran discípulos de Jesús en aquel tiempo (Mt 5.1, 2), más las multitudes que estaban presentes (Mt 7.28), pero han sido preservadas para cada uno de nosotros. Cristo dijo: **Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las hace, le comparare a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca** (Mt 7.24, énfasis nuestro). No deberíamos sólo escuchar Sus palabras, pero también actuar sobre ellas. Aun después de casi dos mil años, el Sermón

del Monte continúa causando admiración. Léalo, estúdielo, pero por sobre todo, esfuércese por ponerlo en práctica.

APLICACIÓN: CÓMO LLEARNOS BIEN CON LOS DEMÁS (MT 7.1–12)

Uno de los desafíos que se nos presentan al tratar de vivir la vida cristiana es llevarnos bien con la gente. Jesús entendía esto, y por esta razón dedicó gran parte del Sermón del Monte a las relaciones con los demás. Ahora llegamos a toda una sección de la enseñanza de Jesús sobre este tema: Mateo 7.1–12.

Antes de estudiar estos versículos en detalle, tal vez deba decirle por qué incluyo la totalidad del pasaje en un estudio sobre llevarnos bien con los demás. Es más o menos obvio que los versículos 1 al 6 tratan sobre las relaciones, al referirse a juzgar y a no dar lo santo a los perros. Después, en los versículos 7 al 11, Jesús enseñó acerca de la oración y la eficacia de ella. Nos podría parecer que dejó el tema de las relaciones interpersonales, si no fuera por que el versículo 12 dice: «Así que...», y pasa después a dar la máxima sobre cómo vivir en armonía con los demás: la Regla de Oro. La expresión «así que» indica que Jesús estaba concluyendo Su tema, esto es, resumiéndolo, llevándolo a un final. Así, *de algún modo*, los versículos 7 al 11 se relacionan con el tema general.

Extraeré seis verdades del texto: seis principios fundamentales para llevarnos bien con los demás.

Esencial uno: renunciar a juzgar (Mt 7.1–2)

Lo que mandó Jesús (Mt 7.1a)

Si nuestro deseo es llevarnos bien con los demás, lo primero que dijo Jesús es que *debemos dejar de tener espíritu de juicio*. El pasaje comienza diciendo: No juzguéis (Mt 7.1a). En el texto original, la fórmula usada indica que Sus oyentes necesitaban *dejar de tener espíritu de juicio*. En la traducción de Williams se lee:

«Dejad de enjuiciar a los demás».¹⁸

A primera vista, esta parece una forma negativa de comenzar una sección sobre las relaciones, una sección que termina con la hermosa Regla de Oro. Puede que Jesús haya comenzado de esta forma por varias razones.

Cristo puede haber comenzado con una advertencia acerca de juzgar porque todos Sus oyentes necesitaban esta repreensión, o mejor dicho: porque *nosotros* necesitamos esta repreensión. Es probable que no transcurra un período de veinticuatro horas sin que violemos el mandamiento de Jesús que se recoge en Mateo 7.1. Basta con desobedecerlo para echar a perder una relación con otra persona, y nada hay que la eche a perder tan rápidamente.

Otra posibilidad es que Jesús comenzó con el tema de juzgar porque no había dejado de pensar en los escribas y fariseos. Ya estos lo estaban siguiendo a todo lugar que iba, tratando de encontrar alguna falla para acusarlo (Lc 6.1–7). Sus enemigos (entre los que se incluían los fariseos) ya estaban haciendo planes para matarlo (Jn 5.18).

Así, en el Sermón del Monte, Jesús hizo muchas referencias directas e indirectas a ellos. En Mateo 5.20 dijo: «... si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos». En la última parte del capítulo 5, Cristo hizo un contraste entre Sus enseñanzas y las tradiciones acerca de la ley; estas tradiciones eran perpetuadas por los fariseos. En la primera parte del capítulo 6, Jesús habló de los hipócritas que tocaban trompeta cuando daban limosna, que oraban en las esquinas de las calles, con interminables repeticiones, y que deseaban que todos se dieran cuenta de cuando ayunaban. Todos habrían reconocido a los fariseos en las descripciones que hacía de ellos. En la relación que hace Lucas del Sermón del Monte, él incluye una referencia a maestros que eran ciegos guías de ciegos (Lc 6.39–40), una obvia referencia a los escribas y fariseos (vea Mt 15.12–14).

¹⁸Charles B. Williams, *The New Testament: A Translation in the Language of the People (El Nuevo Testamento: Una traducción al lenguaje del pueblo)* (Chicago: Moody Press, 1949), 23.

Los escribas y fariseos eran culpables de la clase de juicio que Jesús estaba denunciando. Censuraban a grandes segmentos de la sociedad: a los recaudadores de impuestos (Lc 18.9-14), a los samaritanos y a los gentiles. Además, se consideraban superiores a todos los demás. Despreciaban a los demás y tenían poca compasión por ellos. Para llevarnos bien con los demás, nuestra justicia debe ser mayor que la de los escribas y fariseos.

Puede que Jesús haya comenzado de esta forma porque deseaba *eliminar el aspecto negativo* de las relaciones, antes de entrar en lo positivo. Antes de plantar flores, a veces tenemos que arrancar malezas.

Por la razón que fuera, esta fue la manera como Jesús comenzó: «No juzguéis, para que no seáis juzgados».

Lo que Jesús no quería decir (Mt 7.1a)

El hombre de pensamientos mundanos y que es analfabeto bíblico, conoce un puñado de pasajes, y este es uno de los que especialmente domina: «No juzguéis, para que no seáis juzgados».

Por experiencia le puedo decir que ha sido de labios de los culpables, o de los que se compadecen de ellos, que más a menudo he oído estas palabras: «No juzguéis, para que no seáis juzgados». Estas personas interpretan estas palabras de modo que den a entender que no debemos decirle a nadie que está mal, ni advertir de las funestas consecuencias que aguardan al pecador no arrepentido y que no cambia su conducta. Es esto lo que Jesús se proponía enseñar? Los que dicen que uno está mal cuando le dice a otro que está mal, se están censurando a sí mismos. Analícelo, y verá que así es.

Antes de hacer notar lo que la palabra «juzgar» significa en Mateo 7.1, permítame recalcar lo que no significa.

En vista de que la Biblia no se contradice, las palabras de Jesús no significan que deberíamos desechar los juicios civiles (esto es, juicios hechos por tribunales de la tierra). Dios les dio a los gobiernos civiles el derecho de juzgar (vea 1 P 2.13-14; Tit 3.1; Ro 13.1).

Hay quienes responderán, diciendo: «Por supuesto, que el pasaje no se ocupa de juicios civiles. A quienes censura es a las

congregaciones, o a los ancianos de estas, por juzgar a alguno de sus miembros, y por decir que estos están mal y deben ser disciplinados». No solamente los inconversos opinan de esta forma, sino que también hay miembros de la iglesia que piensan igual. Un anciano de cierta congregación me dijo: «Donde yo soy anciano, jamás excomulgamos a nadie. Después de todo, Jesús dijo: “No juzguéis, para que no seáis juzgados”».

La Biblia no se contradice a sí misma. Por lo tanto, Mateo 7.1 *no enseña* que no debemos ejercer disciplina como iglesia. Jesús, que dijo «no juzguéis», también nos enseñó a ejercer disciplina como iglesia (Mt 18.15–17). Cuando envió al Espíritu Santo para guiar a los apóstoles a toda la verdad (Jn 16.13), Él inspiró a Pablo y a otros, para revelar poderosos pasajes sobre la necesidad de que la iglesia ejerza disciplina (1 Co 5.5, 9; 2 Ts 3.6, 14–15; Tit 3.9–11).

Tal vez haya quien responda, diciendo: «Puede que el pasaje no se refiera a la disciplina de la iglesia, pero por lo menos enseña que, como miembros en particular, no tenemos derecho de decirle a nadie que tiene problemas morales o espirituales».

Ya que la Biblia no se contradice a sí misma, Mateo 7.1 *no* enseña que no debemos hacer juicios acerca de otras personas. El versículo 6 dice: «No deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas delante de los cerdos...». No podemos obedecer este mandamiento sin hacer juicios acerca de quiénes son «los perros» y quiénes son «los cerdos». Mateo 7.15–20 advierte de los falsos profetas, y dice que podemos conocer a estos por el «fruto» de sus obras: «Por sus frutos los conoceréis» (Mt 7.16a). Los predicadores a veces dicen: «No somos jueces, sino inspectores de frutos». Si el espacio lo permitiera, podríamos mirar otros pasajes en los cuales constantemente se nos exige que hagamos juicios acerca de otros (Ro 16.17; Gá 1.8–9; Fil 3.2; 1 Jn 4.1).

Lo que Jesús quería decir (Mt 7.1a)

Después de haber recalcado lo que la palabra «juzgar» no significa, todavía necesitamos responder a la pregunta: «¿Qué significa?».

Las palabras de Jesús enseñan que hay *cierta clase* de juicio que debemos evitar. Permítame insinuar varios aspectos de jui-

cio que Jesús condena.

1) Un defecto corriente es dejar que nuestros antecedentes, prejuicios y preferencias, influyan en nuestro juicio. Es difícil evitarlo. Me han contado que los griegos de la antigüedad a veces llevaban a cabo los juicios importantes en la oscuridad, con el fin de dejarse llevar únicamente por los hechos. Los sociólogos dicen que una razón por la que muchos tienen un espíritu de crítica, radica en que adolecen de «baja autoestima». Cuando uno tiene baja autoestima, tiene dos opciones: o hace un esfuerzo por levantarse, o hace caer a los demás, y muchos hallan más fácil hacer esto último.

2) A menudo juzgamos a la ligera, sin conocer toda la verdad ni la totalidad de la situación. Puede que no tengamos información completa acerca de lo que en realidad sucedió. Puede que no entendamos los antecedentes ni los motivos del acusado. Puede que no sepamos si esa era su costumbre, o si fue un comportamiento excepcional. Cuando Jesús mandó a la multitud, diciendo «juzgad con justo juicio», Él primero dijo: «No juzguéis según las apariencias» (Jn 7.24a).

3) A menudo cuando juzgamos a alguien, tratamos de juzgar sus *motivos*. En vista de que no somos Jesús, que «sabía lo que había en el hombre» (Jn 2.25), no hay manera de estar seguros de los motivos de otro. Podemos decir: «Hizo esto o aquello», pero no podemos decir con certeza: «Hizo esto o aquello *porque...*». Pablo preguntó: «Porque ¿qué persona percibe (sabe y entiende) lo que pasa por los pensamientos del hombre, sino el mismo espíritu del hombre que está en él?» (1 Co 2.11a; Amplified Bible).

4) Jesús también estaba censurando la costumbre de interpretar de la peor manera posible lo que la gente hace, en lugar de interpretarlo de la mejor manera. La traducción que hace Moffatt de 1 Corintios 13.7b dice que el amor siempre está «deseoso de creer lo mejor».¹⁹ Es cierto que podemos conocer a una persona por lo que hace, sin embargo, a menudo sus acciones están sujetas a por lo menos dos diferentes interpretaciones: una buena y otra mala. Cuando así sucede, ¿qué interpretación es la que gene-

¹⁹Moffatt, 217.

ralmente le damos a lo que esa persona ha hecho?

5) Como resultado de las formas negativas de juzgar que se acaban de enumerar, a veces somos severos, implacables e hiper-críticos en nuestros juicios, cuando deberíamos atemperar nuestros juicios con misericordia y amor. Pedro dijo: «Y ante todo, tened entre vosotros ferviente amor; porque el amor cubrirá multitud de pecados» (1 P 4.8). Llevarse bien con los demás es en gran parte un asunto de *espíritu*. Por un lado, hay un espíritu amoroso, comprensivo, que piensa lo mejor, y que trata de levantar y ayudar. Por otro lado, hay un espíritu severo, poco comprensivo, de crítica, que se regocija cuando ve que alguien «recibe su merecido».

Lo que Jesús prometió
(Mt 7.1b, 2)

Teniendo presente todo lo anterior, comentemos el resto del texto: el final del versículo 1, y el versículo 2: «. . . para que no seáis juzgado. Porque con el juicio que juzgáis, seréis juzgados, y con la medida con que medís, os será medido».

Cuando leemos Su promesa, *vemos nuestra necesidad de misericordia*. La vida es un espejo; por lo general somos tratados de la manera como tratamos a los demás. Un principio que se entreteje en la estructura del universo es que, tarde o temprano, segamos lo que sembramos (Gá 6.7). Amán fue colgado en la horca que él mismo había preparado para Mardoqueo (Est 7). En Eclesiastés 10.8a se asevera que «el que hiciere hoyo caerá en él».

Mateo 7.1–2 se aplica especialmente al juicio *eterno* de Dios (vea Mt 7.21–27). Algún día cada uno de nosotros comparecerá delante del Señor y «dará a Dios cuenta de sí» (Ro 14.12). Al final, este es el Juicio que importa. Imagínese a usted mismo delante del gran trono blanco (Ap 20.11), siendo juzgado del mismo modo que usted juzgó a los demás, siendo medido con la misma norma que usted midió a los demás. Si usted fuera juzgado de este modo, ¿iría usted a la derecha o a la izquierda? (Mt 25.31–33). Considere estas escalofriantes palabras del libro de Santiago: «Porque juicio sin misericordia se hará con aquel que no hiciere misericordia» (Stg 2.13a).

En segundo lugar, *deberíamos ver nuestra necesidad de sen-*

tido común. En cuanto a las reprensiones que se encuentran en Mateo 7.1–12, algo de sentido común debe usarse. Jesús no estaba diciendo en los versículos 1 y 2 que el único factor de juicio divino será que hayamos tenido espíritu crítico o no. No estaba enseñando que si nosotros pensamos que todo el mundo está bien, sin importar como vive, entonces Dios también dirá que nosotros somos espiritualmente aceptables. Aun si sólo tuviéramos el Sermón del Monte, reconoceríamos que tal interpretación de 7.1–2 no sería verdadera: Al final del sermón, Jesús dijo que el que oye Sus palabras y las hace (sin descuidar ninguna de ellas) es semejante al hombre prudente que edificó su casa sobre la roca (Mt 7.24–25).

Tercero, *vemos nuestra necesidad de humildad*. En los primeros dos versículos del capítulo 7, Jesús *estaba* recalcando que, aunque constantemente hacemos juicios, para protegernos nosotros y ayudar a otros, debemos entender que no somos Dios. En vista de que no somos Dios, nuestros juicios serán lógicamente defectuosos. En nuestras relaciones con los demás, debemos recordar que en última instancia, tanto ellos como nosotros compareceremos delante de Dios, y es *Dios* quien hará los juicios finales. Por lo tanto, tengamos misericordia, amabilidad y paciencia en nuestro trato con los demás.

Esencial dos: hacer los cambios necesarios (Mt 7.3–5)

Cuando de hacer cambios se trata, invariablemente preferimos poner la mirada en otros, en lugar de ponerla en nosotros mismos. Jesús entendía esto. Él dijo:

¿Y por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano, y no echas de ver la viga que está en tu propio ojo? ¿O cómo dirás a tu hermano: Déjame sacar la paja de tu ojo, y he aquí la viga en el ojo tuyo? ¡Hipócrita! saca primero la viga de tu propio ojo, y entonces verás bien para sacar la paja del ojo de tu hermano (Mt 7.3–5).

Este pasaje tiene un toque de comicidad. Jesús no contaba chistes, pero sí usaba la comicidad. Trate de imaginarse a un hom-

bre de cuyo ojo sale un enorme tronco, mientras forcejea para ponerse en posición, para ver una paja que se encuentra en el ojo de otro hombre. ¿Puede usted ver el enorme tronco oscilando de un lado a otro, mientras las personas que le rodean tienen que estarse agachando para que no les golpee la cabeza? Jesús desea que entendamos que es *ridículo* tratar de ser jueces cuando nosotros mismos podemos estar en una condición peor que la de los que estamos juzgando.

Puede que Cristo haya estado pensando en la hipocresía de los escribas y fariseos, pero las verdades de este pasaje nos condenan a nosotros también. ¡Qué fácil que es ver las faltas de los demás, mientras pasamos por alto las nuestras! ¿Recuerda usted el relato del rey David, que cometió adulterio con Betsabé, y luego hizo que mataran al esposo de esta? (2 S 11). Natán le contó a David la historia de un rico que mató la corderita de un pobre. David estuvo presto a «colgar» al ofensor, hasta que Natán dijo: «Tú eres aquel hombre» (2 S 12.1–7). Luego, en lugar de horca, David se dispuso a tener un culto de oración (2 S 12.13; Sal 51; 32).

En lo que concierne a llevarnos bien con los demás, Jesús desea que primero *nos examinemos* para ver qué cambios *necesitamos* hacer.

Por cierto, la primera parte del versículo 3 puede añadir otro punto a la lista de prácticas relacionadas con el espíritu de juicio, que censura Cristo. La palabra griega que se traduce por «mirar» significa «escudriñar, examinar con detenimiento». La palabra griega βλέπω (*blepo*), que se traduce «mirar», significa «escudriñar, examinar de cerca». Este término indica que uno mira con «una contemplación más absorta y seria».²⁰ No es fácil ver una paja o mota. Cuando alguien le dice que tiene una mota en el ojo, es probable que usted no pueda verla, a menos que haya suficiente luz, y usted esté muy, pero muy cerca. Podríamos añadir esta característica tan demasiado

²⁰W. E. Vine, *The Expanded Vine's Expository Dictionary of New Testament Words* (El diccionario expositivo ampliado de palabras neotestamentarias de Vine), ed. John R. Kohlenberger III con James A. Swanson (Minneapolis: Bethany House Publishers, 1984), 106.

extendida, a la lista de malos hábitos del espíritu de juicio. Ver lo peor de las personas, en lugar de lo mejor; esmerarse en escudriñar toda palabra y acción, con el propósito de hallar alguna falta para criticar. Así fue exactamente como los escribas y fariseos trataron a Jesús.

Muchos comentaristas y algunos traductores creen que Cristo usó las figuras de la «paja» y la «viga», porque estos elementos tienen la misma composición. Una es muy pequeña, y la otra es muy grande, pero ambas están compuestas de madera. En la NIV se lee «una viruta de aserrín» y «una tabla».

La posibilidad de que la paja y el tronco se compongan de la misma sustancia hace pensar en algunas ideas interesantes. Es un hecho de la naturaleza humana que a menudo somos demasiado susceptibles a las faltas de los demás que también tenemos en nuestra propia vida. Los psicólogos le llaman a esto «proyección»: proyectar en la vida de los demás lo que vemos en la nuestra. Bertrand Russell ilustró esto con la manera como vemos las situaciones: «Yo soy firme; tú eres obstinado; él es un tonto cabeza dura. Yo lo he reconsiderado; tú has cambiado de opinión; él ha retirado su palabra».

Si Cristo usó deliberadamente una ilustración con dos artículos hechos de madera, tenemos entonces la absurda situación de un hombre con un pecado del tamaño de un tronco, actuando como si fuera superior al hombre que tiene el mismo pecado, pero del tamaño de una mota. Pablo escribió sobre esta clase de inconsecuencia en Romanos 2.1–3:

Por lo cual eres inexcusable, oh hombre, quienquiera que seas tú que juzgas; pues en lo que juzgas a otro, te condenas a ti mismo; porque tú que juzgas haces lo mismo. Mas sabemos que el juicio de Dios contra los que practican tales cosas es según verdad. ¿Y piensas esto, oh hombre, tú que juzgas a los que tal hacen, y haces lo mismo, que tú escaparás del juicio de Dios?

¿Cómo caracterizó Jesús a los que actuaban de esta manera? Jesús no se anduvo con rodeos; en la primera parte de Mateo 7.5, dijo: «¡Hipócrita!». Ser *hipercríticos* nos vuelve *hipócritas*. Si con-

tinua-mente estamos criticando a los demás, estamos dando a entender que nuestro expediente está limpio, que nuestra vida es recta; de otro modo, no estuviéramos en condiciones de juzgar. Al mismo tiempo, tenemos estos «postes telefónicos» saliendo de las cuencas de nuestros ojos.

Como ya lo dije, y lo repito, cuando de juzgar se trata, debemos comenzar con nosotros mismos. Jesús dijo: «saca *primero* la viga de tu propio ojo». Es fácil confesar los pecados de otros; es difícil confesar los propios. Pablo mencionó el examen de sí mismo en diferentes contextos: «Examinaos a vosotros mismos [...] probaos a vosotros mismos» (2 Co 13.5a); «... pruébese cada uno a sí mismo»; «Si, pues, nos examinásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados» (1 Co 11.28, 31). Romanos 14.13 se aplica especialmente. La traducción de Phillips vierte este versículo de la siguiente manera: «Por lo tanto, dejemos de estar lanzándonos miradas críticas unos a otros. Si hemos de ser críticos, *seamos críticos de nuestra propia conducta*, y cerciorémonos de no estar haciendo nada que haga tropezar o caer al hermano».²¹ (Énfasis nuestro.)

¿Qué pecado o tronco debe eliminarse? Todo pecado debe eliminarse, pero en este contexto, estamos hablando del pecado que consiste en tener espíritu de juicio.

Aun cuando se trata de examinarse uno mismo, no está de más tener algo de sentido común. No estamos hablando de una malsana obsesión con fracasos y debilidades personales, lo que alguien ha llamado «una perpetua autopsia». Sin embargo, si deseamos llevarnos bien con los demás, nuestra *primera* inquietud debe consistir en hacer cambios necesarios en *nuestra* propia vida. Si comenzamos con nosotros mismos, estaremos menos dispuestos a tener espíritu de juicio para con los demás.

Ahora podríamos dejar los versículos 3 al 5, pues ya hemos abarcado el énfasis primordial de ellos; sin embargo, hay una hermosa verdad al final de la sección, que deseo recalcar.

²¹J. B. Phillips, *The New Testament in Modern English (El Nuevo Testamento en inglés moderno)* (New York: Macmillan Co., 1958), 344.

Esencial tres: ayudar a los demás humildemente (Mt 7.5b)

Si verdaderamente amamos a alguien y vemos pecado en su vida, trataremos de ayudarle a eliminar ese pecado. Esto es lo que se encuentra implícito en la última parte del versículo 5: Después que Jesús mandó a cada uno sacar primero la viga de su propio ojo, Él dijo: «*entonces* verás bien para sacar la paja del ojo de tu hermano». (Énfasis nuestro.) Jesús dijo que nuestra más alta prioridad es superar nuestros propios pecados, pero *no* prohibió que le ayudáramos al hermano con sus pecados, una vez que los nuestros estuvieren bajo control (vea Mt 5.23, 24).

Hay muchos pasajes que enseñan sobre la necesidad de ayudar al hermano a eliminar el pecado de su corazón y de su vida:

Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado. Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo (Gá 6.1–2).

Hermanos, si alguno de entre vosotros se ha extraviado de la verdad, y alguno le hace volver, sepa que el que haga volver al pecador del error de su camino, salvará de muerte un alma, y cubrirá multitud de pecados (Stg 5.19–20).

La ilustración de Jesús de la paja en el ojo, que se recoge en Mateo 7.3–5, destaca la necesidad de ayuda: El ojo es sensible. Aun la más diminuta mota en el ojo no es cosa de reír. Si usted tiene hijos, es probable que haya percibido la angustia en la voz cuando uno de ellos clama, diciendo: «¡Tengo algo en el ojo!».

La ilustración también indica la forma como debe acercarse el que da la ayuda. Si yo tengo algo en el ojo, y usted se ofrece a sacármelo, mi deseo es que sea cuidadoso y comprensivo como nunca. Así de sensibles debemos ser al tratar a los demás. Pablo dijo que a tal persona se le ha de restaurar «con *espíritu de man-*

sedumbre» (Gá 6.1; énfasis nuestro).

Todos somos pecadores ante la presencia de un Dios santo, ante el cual compareceremos un día para ser juzgados. Todo el mundo necesita ayuda espiritual, así que ayudémonos unos a otros, pero, al hacer esto, brindemos esa ayuda con cuidado y compasión.

Esencial cuatro: lidiar con las diferencias y dificultades (Mt 7.6)

Hemos llegado al versículo sobre los «perros» y los «cerdos» (Mt 7.6). He aquí un acertijo: Este versículo parece contrario al espíritu de lo que Jesús había estado diciendo. ¿Deberíamos recorrer el mundo llamando a los demás «perros» y «cerdos»? Creo que Cristo añade esta declaración para equilibrar lo que acababa de decir: No debemos ser hipócritas, criticones, que se erigen a sí mismos como inspectores, y que a todo le ponen reparo; sin embargo, tampoco debemos ser ingenuos. Dios nos dio sentido común, y espera que lo usemos al tratar con la gente. No debemos ser insensibles e hipercríticos, pero tampoco debemos ser descuidados e ingenuos.

Si Jesús hubiera dado solamente los versículos 1 al 5, podría habernos dejado vulnerables, con temor de hacer algún juicio, en el cual podríamos equivocarnos, y no quisiéramos que tal juicio cayera sobre nosotros. En el versículo 6, no obstante, Él indicó que hay personas que tienen *ciertas* necesidades de que se les juzgue, necesidades a las cuales debemos responder. Ilustró esta verdad haciendo referencia a los perros y a los cerdos: «No deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas delante de los cerdos, no sea que las pisoteen, y se vuelvan y os despedacen».

Antes de analizar el significado de las palabras de Cristo, necesitamos entender la naturaleza de los perros y de los cerdos, especialmente en aquellos tiempos. Ambos se consideraban animales inmundos según la ley de Moisés. Al cerdo específicamente se le llama inmundo (Lv 11.7); el perro era «inmundo» porque no tenía pezuña hendida, ni rumiaba (Lv 11.3–4). Al leer «perros», no crea usted que se trataba de mascotas consentidas como las que algunos tienen, sino de agresivos, salvajes y sucios carroñeros que andaban en manadas. El término «perros» se usa

a veces en la Biblia como metáfora de los pecadores (Mt 15.26; Fil 3.2; Ap 22.15).

En la mentalidad judía el cerdo era la representación de la inmundicia. En vista de esto, es probable que la mayoría de los cerdos, o tal vez todos, corrieran libremente por Palestina. Esto último es lo que muchos comentaristas no toman en cuenta. Al tratar de explicar el versículo 6, dicen que la expresión «se vuelvan y os despedacen» debe de referirse a los perros y no a los cerdos. De este modo dan a conocer su ignorancia de estos animales. No han estado cerca de una puerca que tratará de arrancarle la pierna a quien sea, si cree que se ha acercado mucho a sus cerditos recién nacidos. No conocen la agresividad de los cerdos salvajes que, libra por libra, se cuentan entre las más peligrosas criaturas.

Tenga presente la actitud de los perros y de los cerdos, y mire nuevamente el versículo 6. Jesús presentó una vez más escenas de lo ridículo. Habló primero de dar «lo santo a los perros». No hay manera de que un perro cruzado aprecie lo santo o lo sagrado. Hay quienes creen que el pasaje se refiere a la impensable situación en que un sacerdote tomara carne del altar de los sacrificios y la arrojara a una manada de perros. Esto es algo que jamás, jamás se habría hecho. Todo lo que sobraba del cadáver del animal era quemado (Lv 6.24–30; 7.17).

Luego Jesús hizo referencia a «[echar] perlas delante de los cerdos». Del mismo modo que los perros no pueden apreciar lo santo, tampoco los cerdos apreciarían jamás las perlas. Apenas descubrieran que las perlas no eran alimento (tal vez al romperse un diente tratando de comer las gemas), estarían en efecto dispuestos a volverse y a despedazar a quien se las dio. Recuerdo hace mucho tiempo cuando me levantaba antes del amanecer para alimentar a los cerdos. En cuanto los cerdos me oían mezclándoles su alimento en un viejo cubo de metal, ellos se desquiciaban. Al acercarme a su corral pegaban chillidos y todos se encaramaban sobre los demás. Me costaba vaciarles el alimento en su comedero, el cual invariablemente ocupaban por lo menos tres o cuatro cerdos hambrientos. Puedo asegurarle que si en aquel comedero yo hubiera vaciado perlas, en lugar de una mezcla de grano molido con leche, apenas los cerdos lo

hubieran descubierto, yo habría estado orando para que la cerca pudiera soportar.

Ahora debemos preguntar: «¿Quiénes son los “perros” y los “cerdos” a quienes se refirió?». Esta es una pregunta que se responde de la mejor manera, al preguntar primero: «¿Qué es “lo santo”, y qué son las “perlas”?». Jesús se refirió al reino (la iglesia) como la «perla preciosa» (Mt 13.45–46). Al mensaje acerca del reino (la iglesia), se le llama las buenas nuevas —el evangelio— (vea Mt 4.23; 9.35; 24.14). La Palabra de Dios es *santa* (Ro 1.2; 2 P 2.21), y a este mensaje santo se le refiere como un «tesoro» (2 Co 4.7).

Siendo así todo lo anterior, la mayoría de los comentaristas creen que Cristo estaba advirtiendo acerca de dar la Palabra a individuos que no tienen aprecio de lo espiritual: los que continuamente desechan la verdad, la clase de hombres de los cuales se habla en Tito 1.15, «los corrompidos e incrédulos», cuya mente y conciencia «están corrompidas». Puede que Jesús haya tenido presentes a los escribas y fariseos que rehusaban aceptar Sus palabras.

A algunos comentaristas les ofende esta interpretación del versículo 6, pero yo creo que es la explicación más sencilla del pasaje, y que es congruente con otros pasajes de la Escritura. Al dar «la comisión limitada», Jesús les dijo a Sus discípulos que cuando fueran rechazados, habían de sacudir el polvo de su calzado y seguir adelante (Mt 10.13–14). Cada vez que los judíos rechazaban el mensaje de Pablo, este se volvía a los gentiles (Hch 13.44–51; 18.5–6; 19.9; 28.17–28).

Es un juicio difícil de hacer. No tenemos el derecho de decidir de antemano que alguien es un «perro» o un «cerdo». El amor siempre cree lo mejor, y deberíamos darle a todo el mundo la oportunidad de oír el evangelio (Mt 28.18–20; Mr 16.15–16). Por otro lado, si continuamente tratamos de enseñar a alguien y somos rechazados continuamente, en algún momento, el sentido común (y el principio de ser buenos mayordomos de nuestro tiempo; Ef 5.16) se impondrá, diciendo: «Deja de echar tus perlas delante de los cerdos, y busca a otro a quien enseñar».

Las ilustraciones que usa Jesús en 7.1–12 aclaran que tenemos que relacionarnos con muchas diferentes clases de perso-

nas, y que tenemos que aprender a tratarlas como corresponde. Hay personas sufriendo con motas en sus ojos, individuos que merecen nuestro amor y atención. También hay cerdos y perros, a quienes jamás podremos ayudar. Resistirán todos los esfuerzos que hagamos por acercarnos a ellos. Lo único que les interesará de nosotros será determinar cómo despedazarnos. Lo mejor que podemos hacer con estos individuos es dejarlos solos.

Considere la ternura de Jesús para con la mujer que le lavó los pies con sus lágrimas (Lc 7.36–50) y para con la mujer sorprendida en adulterio (Jn 8.2–11). Haga un contraste entre esto y las duras denuncias que hace de los obstinados escribas y fariseos en Mateo 23. Una y otra vez, dijo: «¡ay de vosotros, escribas y fariseos, *hipócritas!*» (Mt 13, 14, 15, 23, 25, 27, 29; énfasis nuestro).

Cristo no dijo que se debía disparar a los perros o a los cerdos. Sólo dijo que se les deje solos: No les eche lo santo; no les dé perlas. El consejo de Pablo es apropiado aquí: «Si es posible, *en cuanto dependa de vosotros*, estad en paz con todos los hombres» (Ro 12.18; énfasis nuestro).

Esencial cinco: confiar en Dios (Mt 7.7–11)

Esto nos lleva al gran pasaje sobre el poder de la oración, versículos 7 al 11. No me ocuparé en detalle de estos versículos en este sermón. Mi propósito es, más bien, sugerir cómo encaja este pasaje en el contexto del tema que hemos estado comentado: cómo llevarnos bien con los demás.

Hemos aprendido del texto que no hemos de tener espíritu de juicio, que hemos de ser misericordiosos y amables. Al mismo tiempo, se ha recalcado que no hemos de ser ingenuos; que debemos saber cuándo sacudir el polvo de nuestros pies. Estos juicios son difíciles de hacer. ¿Cómo podremos evitar ser firmes cuando debemos ser tiernos, o evitar ser tiernos cuando debemos ser firmes? Los versículos 7 al 11 nos dan la respuesta. Debemos confiar en Dios:

Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá. ¿Qué hombre

hay de vosotros, que si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O si le pide un pescado, le dará una serpiente? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan?

Qué grandes versículos son estos! ¡Dios responde la oración. Del mismo modo que un padre amoroso responde a las necesidades de sus hijos, así también Dios nos responde a nosotros.

Este pasaje se relaciona con el tema de varias maneras. Por ejemplo, Dios nos tiene misericordia a nosotros, y esto lleva implícito que debemos tenerle misericordia a los demás. Recalca especialmente que podemos acercarnos a Dios con nuestras necesidades, en este caso, la necesidad de saber cómo tratar a los demás. En relación con esto, el mensaje es parecido al de Santiago 1.5a: «Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios».

El versículo 11 dice que Dios «dará *buenas* cosas a los que le pidan». Puede que alguien diga: «Una buena cosa sería una casa más grande... o un mejor medio de transporte... o un trabajo mejor remunerado», pero ¿qué son realmente «buenas cosas»? ¿No son los dones espirituales las mejores cosas? Entre ellos se encontraría el espíritu de discernimiento: la capacidad de saber cómo tratar con toda clase de personas. Si usted realmente desea llevarse bien con la gente, si las relaciones son importantes para usted, entonces pasará mucho tiempo pidiéndole a Dios.

Esencial seis: aplicar la Regla de Oro (Mt 7.12)

El versículo 12 ha sido llamado el punto alto del Sermón del Monte. Ciertamente, sirve de culminación para el análisis sobre cómo llevarnos bien con los demás. Comienza diciendo el pasaje: «Así que, todas las cosas...». En un sentido, resume todo lo que se ha dicho sobre las relaciones humanas en el sermón, sean relaciones con hermanos o con enemigos, con amigos o con adversarios. Concretamente resume todo lo que hemos aprendido en 7.1–11 acerca de cómo llevarnos bien con los demás: «Así que, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la ley

y los profetas». Por lo general lo expresamos de esta manera: «Haz con los demás como quisieras que los demás hicieran contigo». Es probable que esta sea la aseveración más universalmente conocida de Jesús. Casi todo el mundo admira estas palabras; incluso los que no viven de conformidad con el precepto, admiran el principio.

Antes de Jesús, muchos habían expresado el principio del versículo 12 en forma negativa: «No hagas con los demás, lo que *no* quisieras que los demás hicieran contigo». Entre los que expresaron esto se encuentran: Sócrates, Aristóteles, Hillel (el conocido maestro judío), Confucio y Buda. Jesús, no obstante, fue el primero en expresarlo positivamente: «*Haz* con los demás...».

Las cosas cambian totalmente cuando se pasa del enfoque negativo al positivo, cambian mucho más que la simple inclusión o exclusión de la partícula «no». La aseveración negativa era más que todo una cuestión de protección de sí mismo, mientras que la positiva es una cuestión de olvido de sí mismo. Es posible cumplir con la negativa no haciendo nada. De conformidad con la expresión negativa, las «cabras» condenadas de Mateo 25 podían haberse salvado. No necesariamente habían hecho algo malo; sin embargo, no habían hecho lo bueno (vea Mt 25.31, 32, 41, 42). Sólo se puede cumplir con la positiva haciendo el bien. Uno ni siquiera tiene que ser religioso para cumplir con la filosofía negativa, pues esa es una forma naturalista de considerar la vida; la positiva, sin embargo, constituye la base de la religión pura (Mt 7.12b). En la traducción de Phillips se lee: «es el principio fundamental de toda religión verdadera».²²

Este pasaje se ubica al final del análisis porque resume lo que vino anteriormente, pero también se encuentra aquí porque enuncia un principio que tiene que ver con mil y una situaciones que se suscitan en las relaciones humanas. Imagínese que tuviera usted un libro que tratara sobre todos los posibles problemas de las relaciones interpersonales. Trate de visualizar cuán grande sería tal volumen. Luego imagine que está usted interaccionando con alguien y surge una crisis. Entonces se entrega usted a la frenética tarea de pasar las páginas del libro para encontrar cómo

²²Phillips, 14.

manejarla. Después de una hora o así, encuentra usted la respuesta que necesita, pero la otra persona ya no está. En lugar de darle a usted tal volumen, esto fue lo que en efecto dijo Jesús: «He aquí cómo manejar cualquier crisis: Pregúntate, “¿Y qué tal si la situación fuera al revés? ¿Cómo querría que me trataran?” Luego trate de esa forma a la otra persona».

¡Qué sencillo que es esto y, sin embargo, qué profundo! ¿Puede usted imaginarse cómo sería el mundo si toda la vida se condujera sobre este fundamento? ¿Qué tal si todos los negocios se llevaran de esta forma? ¿Qué tal si todos los empleados trataran a los demás como quisieran ser tratados? ¿Qué tal si todas las organizaciones respetaran este principio? ¿Qué tal si las personas de todos los hogares, de todas las escuelas, de todas las naciones, de todas las congregaciones, siempre trataran a los demás del modo que quisieran ser tratadas?

La mayoría de nosotros entiende de qué trata la Regla de Oro. El pasaje hace referencia a verdades generales que se aplican a todas las personas. Todos deseamos ser tratados con ternura y compasión, así que debemos tratar a los demás de este modo. Nos gusta que nos aprecien, así que debemos expresar aprecio por los demás. Queremos que los demás piensen lo mejor de nosotros, que interpreten de la mejor manera posible lo que hacemos, así que debemos hacer lo mismo por ellos. Se puede ampliar la lista: Queremos que los demás traten de entendernos, que cubran nuestros errores con el manto de la bondad, que nos perdonen, así que «hagamos con los demás» como deseamos que ellos hagan con nosotros.

¿No sería maravilloso si viviéramos en un mundo en el que todos trataran a los demás así? ¿No sería maravilloso si *nosotros* tratáramos a todo el mundo así?

SECCIÓN III

LAS ENSEÑANZAS Y SANIDADES DE JESÚS

Incluye una armonía

Mt 8.1, 5–13; 11.2–30; 12.22–50

Mr 3.20–35

Lc 7.1—8.3, 19–21; 11.14–36

**LA SANIDAD DEL SIERVO
DE UN CENTURIÓN
(MT 8.1, 5–13; LC 7.1–10)**

Mateo 8.1, 5–13

¹Cuando descendió Jesús del monte, le seguía mucha gente.

⁵Entrando Jesús en Capernaum, vino a él un centurión, rogándole, ⁶y diciendo: Señor, mi criado está postrado en casa, parálítico, gravemente atormentado. ⁷Y Jesús le dijo: Yo iré y le sanaré. ⁸Respondió el centurión y dijo: Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo; solamente di la palabra, y mi criado sanará. ⁹Porque también yo soy hombre bajo autoridad, y tengo bajo mis órdenes soldados; y digo a éste: Ve, y va; y al otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace. ¹⁰Al oírlo Jesús, se maravilló, y dijo a los que le seguían: De cierto os digo, que ni aun en Israel he hallado tanta fe. ¹¹Y os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos; ¹²mas los hijos del reino serán echados a las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes. ¹³Entonces Jesús dijo al centurión: Ve, y como creíste, te sea hecho. Y su criado fue sanado en aquella misma hora.

Lucas 7.1–10

¹Después que hubo terminado todas sus palabras al pueblo que le oía, entró en Capernaum. ²Y el siervo de un centurión, a quien éste quería mucho, estaba enfermo y a punto de morir. ³Cuando el centurión oyó hablar de Jesús, le envió unos ancianos de los judíos, rogándole que viniese y sanase a su siervo. ⁴Y

ellos vinieron a Jesús y le rogaron con solicitud, diciéndole: Es digno de que le concedas esto; ⁵porque ama a nuestra nación, y nos edificó una sinagoga. ⁶Y Jesús fue con ellos. Pero cuando ya no estaban lejos de la casa, el centurión envió a él unos amigos, diciéndole: Señor, no te molestes, pues no soy digno de que entres bajo mi techo; ⁷por lo que ni aun me tuve por digno de venir a ti; pero dí la palabra, y mi siervo será sano. ⁸Porque también yo soy hombre puesto bajo autoridad, y tengo soldados bajo mis órdenes; y digo a éste: Vé, y va; y al otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace. ⁹Al oír esto, Jesús se maravilló de él, y volviéndose, dijo a la gente que le seguía: Os digo que ni aun en Israel he hallado tanta fe. ¹Y al regresar a casa los que habían sido enviados, hallaron sano al siervo que había estado enfermo.

Después del Sermón del Monte, **cuando descendió Jesús del monte, le seguía mucha gente** (Mt 8.1). A partir de ese momento, Cristo iba a estar rodeado de multitudes adondequiera que fuera (vea Lc 7.9, 11). Para Jesús, sin embargo, los que le rodeaban no eran sencillamente una masa de gente. Él los veía como individuos con necesidades. Una frase que se encuentra en Lucas 7.13, expresa la actitud de Cristo: «Y cuando el Señor la vio, *se compadeció* de ella...». (Énfasis nuestro.)

Los textos contienen cuatro vívidos ejemplos del cuidado y la compasión que les tenía Jesús a los que le rodeaban. Los cuatro sucesos se encuentran en el libro de Lucas, por lo tanto usaré este evangelio como fuente primordial de la lección. Dos de los sucesos se encuentran también en el libro de Mateo, el cual usaré como fuente complementaria.

Después que terminó el discurso que pronunció sobre el monte, Jesús volvió a Capernaum (Lc 7.1). Estando allí, un **centurión** le envió una delegación judía para rogarle que sanara a su siervo (Lc 7.2–5). Puede ser que este centurión hubiera oído de la sanidad que había recibido el hijo de otro habitante de la ciudad anteriormente (Jn 4.46–54). El relato de Mateo indica que el centurión habló directamente a Jesús, mientras que en el relato de Lucas, se consigna que el oficial envió personas a hablarle. Puede que los dos estén en lo cierto, o puede ser que el centu-

rión, que no se sentía digno, sólo habló a Cristo *por medio* de los que envió.

Un «centurión» era un oficial romano que estaba al mando de cien soldados (como su título lo indica). Este centurión en particular se llevaba bien con la comunidad judía. Había dado fondos para la construcción de la sinagoga de ellos.

La preocupación del centurión era acerca de uno de sus siervos. Se nos dice que el siervo estaba **postrado** [...] **paralítico** en casa del oficial, se nos dice además, que estaba **gravemente atormentado**, y **a punto de morir** (Mt 8.6; Lc 7.2). El relato de Lucas consigna que se trataba de un siervo, a quien el centurión «**quería mucho**» (Lc 7.2). Todos hemos tenido a alguien a quien queremos mucho que se enfermó gravemente y podemos entender la preocupación del centurión.

Jesús respondió, emprendiendo el camino hacia la casa del soldado, pero este envió diciendo, que él no era digno de que Cristo entrara en su casa. Él reconocía la autoridad espiritual de Jesús (Lc 7.6–8). **Al oírlo Jesús, se maravilló, y dijo a los que le seguían: De cierto os digo, que ni aun en Israel he hallado tanta fe** (Mt 8.10). La fe del centurión motivó el anuncio en el sentido de que muchos gentiles (**muchos del oriente y del occidente**) formarían parte del reino de Cristo, mientras que muchos judíos (**los hijos del reino**) no entrarían (Mt 8.11–12). Y el criado **fue sanado en aquella misma hora** (Mt 8.13b).

Jesús ya no anda sobre la tierra, y Su tiempo para hacer milagros ya pasó; pero el Señor todavía tiene cuidado de nosotros cuando la enfermedad entra en nuestros hogares.

JESÚS RESUCITA AL HIJO DE UNA VIUDA (LC 7.11–17)

¹¹Aconteció después, que él iba a la ciudad que se llama Naín, e iban con él muchos de sus discípulos, y una gran multitud. ¹²Cuando llegó cerca de la puerta de la ciudad, he aquí que llevaban a enterrar a un difunto, hijo único de su madre, la cual era viuda; y había con ella mucha gente de la ciudad. ¹³Y cuando el Señor la vio, se compadeció de ella, y le dijo: No llores. ¹⁴Y acercándose, tocó el féretro; y los que lo llevaban se

detuvieron. Y dijo: **Joven, a ti te digo, levántate.** ¹⁵Entonces se incorporó el que había muerto, y comenzó a hablar. Y lo dio a su madre. ¹⁶Y todos tuvieron miedo, y glorificaban a Dios, diciendo: **Un gran profeta se ha levantado entre nosotros; y Dios ha visitado a su pueblo.** ¹⁷Y se extendió la fama de él por toda Judea, y por toda la región de alrededor.

Aconteció después que Cristo se dirigió a la ciudad de Naín (Lc 7.11), que se encontraba a treinta y seis kilómetros o así al sur suroeste de Capernaum. (Vea el mapa «Palestina durante la vida de Cristo» en el apéndice.) Cuando Jesús, Sus discípulos, y la siempre presente multitud llegaron **cerca de la puerta de la ciudad, he aquí que llevaban a enterrar a un difunto, hijo único de su madre, la cual era viuda** (Lc 12).

En aquellos tiempos, a una viuda se le consideraba indigente. Cuando el esposo de esta viuda murió, por lo menos le quedó un hijo del cual podía depender. Luego, una segunda tragedia sobrevino: ese único hijo murió. Le esperaba un futuro muy desesperanzador.

El versículo 13 dice que cuando el Señor vio a la viuda de Naín, **se compadeció de ella.** Él también se compadece de nosotros cuando la tristeza nos llena los ojos de lágrimas (Stg 5.11b).

Cristo le dijo a la mujer que no llorara (Lc 7.13b). Luego tocó el **féretro** abierto. La palabra griega *σopός* (*soros*), que se traduce por «féretro». También podría referirse a una camilla de madera sobre la cual se transportaba el cuerpo. Hay quienes creen que los judíos rara vez usaban féretros. Y habló al hijo, diciendo: **Joven, a ti te digo, levántate** (Lc 7.14). **Entonces se incorporó el que había muerto** [revelando que había sido sanado], **y comenzó a hablar** [demostrando que su mente también había sido restaurada] (Lc 7.15a).

Esta es la primera resurrección que se consigna durante el ministerio de Jesús, pero ella sólo fue una ampliación de lo que había estado haciendo: sanar a los enfermos. Las dos clases de milagros contrarrestaban las fuerzas destructivas que devastaban el cuerpo físico. Quienquiera que afirme poder hacer milagros, deberá también ser capaz de resucitar a los muertos. Pedro, que

podía sanar a los enfermos (Hch 9.32–35), también podía levantar muertos (Hch 9.36–43).

Y lo dio a su madre (Lc 7:15b). De seguro había ternura en el rostro de Cristo cuando pudo la mano del joven en la mano de su madre. El hecho que ya no vivamos en la era de milagros no significa que Dios no tenga cuidado cuando la muerte nos destroza. Él nos da fortaleza en el tiempo de la aflicción (Jer 16.19a), y esperamos con ilusión ese gran día cuando resucitará a los muertos, y todos volveremos a reunirnos con los que amamos (1 Ts 4.13–18).

Cuando el joven se incorporó, todos los presentes se llenaron de asombro, **y glorificaron a Dios, diciendo: Un gran profeta se ha levantado entre nosotros; y Dios ha visitado a su pueblo** (Lc 7.16).

JESÚS ENVÍA RESPUESTA A JUAN EL BAUTISTA (MT 11.2–30; LC 7.18–35)

Mateo 11.2–30

²Y al oír Juan, en la cárcel, los hechos de Cristo, le envió dos de sus discípulos, ³para preguntarle: ¿Eres tú aquel que había de venir, o esperaremos a otro? ⁴Respondiendo Jesús, les dijo: Id, y haced saber a Juan las cosas que oís y veis. ⁵Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres es anunciado el evangelio; ⁶y bienaventurado es el que no halle tropiezo en mí.

⁷Mientras ellos se iban, comenzó Jesús a decir de Juan a la gente: ¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿Una caña sacudida por el viento? ⁸¿O qué salisteis a ver? ¿A un hombre cubierto de vestiduras delicadas? He aquí, los que llevan vestiduras delicadas, en las casas de los reyes están. ⁹Pero ¿qué salisteis a ver? ¿A un profeta? Sí, os digo, y más que profeta. ¹⁰Porque éste es de quien está escrito:

He aquí, yo envío mi mensajero delante de tu faz,

El cual preparará tu camino delante de ti.

¹¹De cierto os digo: Entre los que nacen de mujer no se ha levantado otro mayor que Juan el Bautista; pero el más pequeño

en el reino de los cielos, mayor es que él. ¹²Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan. ¹³Porque todos los profetas y la ley profetizaron hasta Juan. ¹⁴Y si queréis recibirlo, él es aquel Elías que había de venir. ¹⁵El que tiene oídos para oír, oiga. ¹⁶Mas ¿a qué compararé esta generación? Es semejante a los muchachos que se sientan en las plazas, y dan voces a sus compañeros, ¹⁷diciendo: Os tocamos flauta, y no bailasteis; os endechamos, y no lamentasteis. ¹⁸Porque vino Juan, que ni comía ni bebía, y dicen: Demonio tiene. ¹⁹Vino el Hijo del Hombre, que come y bebe, y dicen: He aquí un hombre comilón, y bebedor de vino, amigo de publicanos y de pecadores. Pero la sabiduría es justificada por sus hijos.

²⁰Entonces comenzó a reconvenir a las ciudades en las cuales había hecho muchos de sus milagros, porque no se habían arrepentido, diciendo: ²¹¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en vosotras, tiempo ha que se hubieran arrepentido en cilicio y en ceniza. ²²Por tanto os digo que en el día del juicio, será más tolerable el castigo para Tiro y para Sidón, que para vosotras. ²³Y tú, Capernaum, que eres levantada hasta el cielo, hasta el Hades serás abatida; porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en ti, habría permanecido hasta el día de hoy. ²⁴Por tanto os digo que en el día del juicio, será más tolerable el castigo para la tierra de Sodoma, que para ti.

²⁵En aquel tiempo, respondiendo Jesús, dijo: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños. ²⁶Sí, Padre, porque así te agradó. ²⁷Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar. ²⁸Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. ²⁹Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; ³⁰porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga.

Lucas 7.18–35

¹⁸Los discípulos de Juan le dieron las nuevas de todas estas cosas. Y llamó Juan a dos de sus discípulos, ¹⁹y los envió a Jesús, para preguntarle: ¿Eres tú el que había de venir, o esperaremos a otro? ²⁰Cuando, pues, los hombres vinieron a él, dijeron: Juan el Bautista nos ha enviado a ti, para preguntarte: ¿Eres tú el que había de venir, o esperaremos a otro? ²¹En esa misma hora sanó a muchos de enfermedades y plagas, y de espíritus malos, y a muchos ciegos les dio la vista. ²²Y respondiendo Jesús, les dijo: Id, haced saber a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres es anunciado el evangelio; ²³y bienaventurado es aquel que no halle tropiezo en mí.

²⁴Cuando se fueron los mensajeros de Juan, comenzó a decir de Juan a la gente: ¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿Una caña sacudida por el viento? ²⁵Mas ¿qué salisteis a ver? ¿A un hombre cubierto de vestiduras delicadas? He aquí, los que tienen vestidura preciosa y viven en deleites, en los palacios de los reyes están. ²⁶Mas ¿qué salisteis a ver? ¿A un profeta? Sí, os digo, y más que profeta. ²⁷Este es de quien está escrito:

He aquí, envío mi mensajero delante de tu faz,

El cual preparará tu camino delante de ti.

²⁸Os digo que entre los nacidos de mujeres, no hay mayor profeta que Juan el Bautista; pero el más pequeño en el reino de Dios es mayor que él. ²⁹Y todo el pueblo y los publicanos, cuando lo oyeron, justificaron a Dios, bautizándose con el bautismo de Juan. ³⁰Mas los fariseos y los intérpretes de la ley desecharon los designios de Dios respecto de sí mismos, no siendo bautizados por Juan.

³¹Y dijo el Señor: ¿A qué, pues, compararé los hombres de esta generación, y a qué son semejantes? ³²Semejantes son a los muchachos sentados en la plaza, que dan voces unos a otros y dicen: Os tocamos flauta, y no bailasteis; os endechamos, y no llorasteis. ³³Porque vino Juan el Bautista, que ni comía pan ni bebía vino, y decís: Demonio tiene. ³⁴Vino el Hijo del Hombre, que come y bebe, y decís: Este es un hombre comilón y bebedor de vino, amigo de publicanos y de pecadores. ³⁵Mas la sabidu-

ría es justificada por todos sus hijos.

Las nuevas de que Jesús resucitaba a los muertos, se propagaron por todo el país, incluso hasta la provincia sureña de Judea (Lc 7.17), donde Juan había sido encarcelado por Herodes. Según Josefo, el Bautista estaba cautivo en el palacio de Herodes, en Macaerus de Perea, sobre la margen oriental del Mar Muerto. (Vea el mapa «Palestina durante la vida de Cristo» en el apéndice.)

Cuando los discípulos de Juan le informaron a este de las actividades de Cristo, él envió dos de ellos al Señor, diciendo: **Eres tú el que había de venir, o esperaremos a otro?** (Lc 7.19b). Juan usó la misma expresión anteriormente cuando se refirió a Cristo como «el que *viene* tras mí» (Mt 3.11; énfasis nuestro).

En vista de que Juan no dudó en declarar que Jesús era el Mesías —el que había de venir— (Jn 1.29–36; 3.23–30), algunos comentaristas no están dispuestos a reconocer la posibilidad de que el Bautista se hubiera debilitado momentáneamente. Sin embargo, la Biblia, no presenta a sus héroes como seres libres de imperfecciones. Si tomamos el texto en su sentido más natural, en la oscura celda que estaba debajo del Castillo Negro, a Juan le estaba costando mantener su fe.

Para mí no es difícil entender cómo pudo haber sucedido esto. En primer lugar, este hombre vigoroso del desierto, había sido obligado al sedentarismo. Había estado preso varios meses. Esto tuvo que haberle causado alguna obsesión mental. Habría sido cada vez más difícil mantener los pensamientos destructivos a raya.

Además, es probable que Jesús no estaba cumpliendo con las expectativas de Juan. El Bautista había presentado al Mesías como alguien que blandiría vigorosamente un hacha, que limpiaría completamente su era (Mt 3.10, 12). Es probable que Juan tuviera el mismo concepto materialista del reino, que tenía uno de cada dos judíos (incluyendo los apóstoles; Hch 1.6). Puede que abrigara la esperanza de que Jesús reuniera un ejército, para derrotar a Roma, para echar de la ciudad a los dirigentes judíos impíos. Puede que incluso hubiera tenido la esperanza de que Cristo lo liberara e infligiera castigo a Herodes. En lugar de todo lo anterior, Jesús no hacía «más que» recorrer el país, enseñando y sanando a la gente.

Es probable que Juan anticipara que su muerte era inminente, pues sabía de qué eran capaces Herodes y Herodías. No sorprende, por lo tanto, que deseara estar seguro de haber cumplido la misión que Dios le había dado, y de que no había trabajado en vano. Así, envió sus discípulos a Jesús, preguntando: «¿Eres tú el que había de venir, o esperaremos a otro?» (Lc 7.19).

La mayoría de nosotros, en alguno u otro momento, hemos hecho preguntas acerca de nuestra fe. Algunos hemos sufrido el oscuro tormento de la duda. Entienda usted que mientras no le cerremos la puerta a Dios, Él no nos la cerrará a nosotros. Mientras tengamos el corazón de alguien sincero que continúa escudriñando la Palabra, el Señor será paciente con nosotros, como un padre lo es con sus hijos (Lc 8.15; 1 P 2.2; 1 Ti 1.16). Cuando la duda nos atormenta los pensamientos, Jesús tiene cuidado de nosotros.

Los discípulos de Juan encontraron a Cristo ocupado en una de sus activas sesiones de sanidad. Cuando Él oyó la pregunta, lo menos que hizo fue encargarles que le dijeran a su maestro, que debió haberle dado vergüenza haber hecho tales preguntas. Antes, les dijo: **Id, haced saber a Juan lo que habéis visto y oído; los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres es anunciado el evangelio** (Lc 7.22). Esta respuesta es una referencia a las conocidas citas mesiánicas tomadas de Isaías 35.5 e Isaías 61.1. Jesús deseaba asegurarle al Bautista que aunque podría no estar cumpliendo el *programa* que los hombres habían imaginado para el Mesías, sí estaba realizando el plan que *Dios* había concebido.

Añadió: **... y bienaventurado es aquel que no halle tropiezo en mí** (Lc 7.23). Había otros que se escandalizaban por las declaraciones de Jesús (Mt 13.57), pero Cristo no quería que Juan fuera uno de ellos. Esta fue Su manera de alentar al Bautista a «mantener la fe». En una paráfrasis se lee: «bienaventurado es aquel que no pierde su fe en mí».¹

Que sepamos, esta fue la última comunicación entre Jesús y

¹Kenneth N. Taylor, *The Living Gospels (Los evangelios vivientes)* (Wheaton, Ill.: Tyndale House, 1966).

Juan. No se nos dice nada de la respuesta que Juan habría dado al mensaje de Jesús; sin embargo, el hecho de que varios años después, Mateo y Lucas consignaron el entusiasta elogio que hizo Jesús de Juan, es suficiente para convencerme de que, con la ayuda del Señor, el Bautista pudo enterrar sus dudas. J. W. McGarvey escribió esta alentadora idea: «No basta una acción para formar un carácter, no basta una duda para deshacerlo».²

Las preguntas de Juan hicieron que Jesús pronunciara dos discursos. El primero fue una defensa de Juan (Lc 7.24–30). Cristo enfatizó que Juan era el mensajero que se describió en la profecía de Malaquías (Lc 7.27; Mal 3.1; vea Mt 11.10; Mr 1.2), el **Elías que había de venir** (Mt 11.14; Mal 4.5). Dijo que **entre los nacidos de mujer, no [había] mayor profeta que Juan** (Lc 7.28a).

Jesús añadió estas asombrosas palabras: **pero el más pequeño en el reino de Dios es mayor que él** (Lc 7.28b). Después de lo que Jesús acababa de decir acerca de Juan, la única manera como esta aseveración podía ser verdadera, era si Juan nunca hubiera estado en el reino. Hay una «antigua máxima legal que dice: “Lo menor de lo mayor, es mayor que lo mayor de lo menor”, que equivale en gran manera a decir que el diamante más pequeño, se compone de sustancia más preciosa que la de la mayor piedra».³ Si bien fue Juan quien preparó el camino que lleva al reino, esto es, la iglesia, usted y yo tenemos el mayor privilegio de formar parte de él.

La gente se regocijó del elogio que hizo Cristo de Juan, porque habían sido bautizados por este (Lc 7.29). Esto le recordó a Jesús que los dirigentes judíos no habían respondido a las enseñanzas del Bautista: **Mas los fariseos y los intérpretes de la ley desecharon los designios de Dios respecto de sí mismos, no siendo bautizados por Juan** (Lc 7.30).

Esto hizo que Cristo pronunciara Su segundo discurso, el cual trató sobre la incredulidad que le asombró y le entristeció. Reprendió a los fariseos por ser como muchachos que obstina-

²J. W. McGarvey y Philip Y. Pendleton, *The Fourfold Gospel or A Harmony of the Four Gospels (El evangelio cuádruple o Una armonía de los cuatro evangelios)* (Cincinnati: Standard Publishing Co., 1914), 282.

³McGarvey y Pendleton, 283.

damente rehusaban contentarse: Habían criticado a Juan por su ascetismo, y ahora censuraban a Jesús por Su sociabilidad (Lc 7.31–34). Reprendió las ciudades que habían tenido el beneficio de presenciar Sus milagros, ciudades cuyos habitantes, a pesar de esto, le despreciaron (Mt 11.20–24; vea el mapa «Palestina durante la vida de Cristo» en el apéndice).

Con el corazón afligido, Cristo se volvió a Su Padre. De sus labios salió una oración, en la que incluyó acción de gracias a Dios porque [escondió] **estas cosas de los sabios y de los entendidos** [como los fariseos que se consideraban sabios (Jn 9.40)] y **las** [reveló] **a los niños** [los que tenían suficiente humildad para reconocer su necesidad (Mt 5.3; 18.3)]» (Mt 11.25). Jesús después se volvió a la multitud e hizo lo que a menudo se conoce como la Gran Invitación:

Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga (Mt 11.28–30).

Un yugo era una barra con dos piezas en forma de «U», que «enyugaba» a dos animales que trabajaban en pareja. En algunas partes del mundo todavía se usan yugos; en otros se usan algún sistema de arneses. El término «yugo» se usa por lo general en las Escrituras para referirse a una carga no deseada (Is 9.4; Jer 27.12; Hch 15.10; Gá 5.1; 1 Ti 6.1). En la ilustración de Jesús, no obstante, el punto es que el creyente es «enyugado» *con Cristo*, y es Él quien lleva la mayor porción del peso, si se lo permitimos. Por esta razón, dijo: «mi yugo es fácil, y ligera mi carga».

Muchas personas van por la vida llevando pesadas cargas. Aun los que están cargados de dudas, como lo estuvo Juan, deberían de regocijarse de que Jesús tiene cuidado de nosotros.

LE UNGEN LOS PIES A JESÚS (LC 7.36–50)

³⁶Uno de los fariseos rogó a Jesús que comiese con él. Y habiendo entrado en casa del fariseo, se sentó a la mesa. ³⁷Entonces una mujer de la ciudad, que era pecadora, al saber que Jesús estaba a la mesa en casa del fariseo, trajo un frasco de alabastro con perfume; ³⁸y estando detrás de él a sus pies, llorando, comenzó a regar con lágrimas sus pies, y los enjugaba con sus cabellos; y besaba sus pies, y los ungió con el perfume. ³⁹Cuando vio esto el fariseo que le había convidado, dijo para sí: Este, si fuera profeta, conocería quién y qué clase de mujer es la que le toca, que es pecadora. ⁴⁰Entonces respondiendo Jesús, le dijo: Simón, una cosa tengo que decirte. Y él le dijo: Di, Maestro. ⁴¹Un acreedor tenía dos deudores: el uno le debía quinientos denarios, y el otro cincuenta; ⁴²y no teniendo ellos con qué pagar, perdonó a ambos. Di, pues, ¿cuál de ellos le amará más? ⁴³Respondiendo Simón, dijo: Pienso que aquel a quien perdonó más. Y él le dijo: Rectamente has juzgado. ⁴⁴Y vuelto a la mujer, dijo a Simón: ¿Ves esta mujer? Entré en tu casa, y no me diste agua para mis pies; mas ésta ha regado mis pies con lágrimas, y los ha enjugado con sus cabellos. ⁴⁵No me diste beso; mas ésta, desde que entré, no ha cesado de besar mis pies. ⁴⁶No ungiste mi cabeza con aceite; mas ésta ha ungido con perfume mis pies. ⁴⁷Por lo cual te digo que sus muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho; mas aquel a quien se le perdona poco, poco ama. ⁴⁸Y a ella le dijo: Tus pecados te son perdonados. ⁴⁹Y los que estaban juntamente sentados a la mesa, comenzaron a decir entre sí: ¿Quién es éste, que también perdona pecados? ⁵⁰Pero él dijo a la mujer: Tu fe te ha salvado, ve en paz.

Es sorprendente lo que dice Lucas 7.36. Inmediatamente después que Jesús censuró a los fariseos (Lc 7.30–35), esto es lo que leemos: **Uno de los fariseos rogó a Jesús que comiese con él** (Lc 7.36a). No sabemos dónde tuvo lugar este suceso. Lucas 7.37 se refiere a **la ciudad**, pero no sabemos de cuál ciudad se trataba.

El nombre del fariseo era **Simón** (Lc 7.40). Al relato de lo que sucedió cuando Cristo aceptó esta invitación, se le ha llamado «uno de los más conmovedores sucesos de todo el ministerio de Jesús».⁴

Con respecto al incidente, debemos recalcar que este no es el suceso de unguimiento que tuvo lugar cerca del final de la vida de Cristo (Mt 26.6–13; Mr 14.3–9; Jn 12.3–8). Hay parecido en algunos detalles, pero el lugar, el tiempo, la ocasión, los participantes y los resultados fueron diferentes. Ambos banquetes tuvieron lugar en casa de un hombre llamado Simón, pero un Simón era fariseo, mientras que el otro era un leproso (que había sido limpiado). (Simón era un nombre corriente. Son nueve hombres de nombre Simón, los que se mencionan en el Nuevo Testamento; es probable que hubiera miles en Palestina.) Otro detalle que se repite, es que en ambos casos Jesús fue ungido con perfume, pero por diferentes mujeres, y obteniendo diferentes resultados.

Debo señalar también que no hay apoyo escritural para la idea generalizada de que la mujer pecadora del relato de Lucas 7, sea María Magdalena. Es cierto que María Magdalena se menciona poco después de este suceso (Lc 8.2), pero a ella se le presenta como parte de un grupo que no se había mencionado anteriormente. También es cierto que María Magdalena había estado poseída de demonios (Lc 8.2), pero McGarvey hizo notar que «no hay relación entre el pecado y la posesión demoníaca. El primero insinúa un desprecio por las normas aceptadas de conducta religiosa, mientras que la segunda no insinúa pecaminosidad. Jamás se dice que esta aflicción fuera algo reprochable, sino que se consideraba solamente un infortunio».⁵

Volvamos al relato. No estamos seguros de las razones por las que Simón deseaba que Jesús viniera a su casa. Por la razón que fuera, lo cierto es que fue descaradamente inhospitalario (Lc 7.44–46). En contraste con el irrespeto del anfitrión, el relato habla del afecto de una mujer pecadora que se introdujo a la fuerza en el banquete, sin ser invitada. Poniéndose detrás de Jesús **comenzó**

⁴B. S. Dean, «Bosquejo de la historia del Nuevo Testamento», *La Verdad para Hoy*, p. 17.

⁵McGarvey y Pendleton, 291.

a regar con lágrimas sus pies, y los enjugaba con sus cabellos; y besaba sus pies, y los unguía con [...] perfume (Lc 7.38).

Simón quedó estupefacto. Se dijo a sí mismo: **Este, si fuera profeta, conocería quién y qué clase de mujer es la que le toca, que es pecadora (Lc 7.39).** El fariseo creyó que estaba haciendo un juicio en cuanto a quién era Jesús; pero en realidad estaba haciendo un juicio acerca de su propia condición espiritual.

Al enterarse de los pensamientos de Simón, Cristo contó la breve, pero hermosa parábola de los dos deudores. Jesús enseñó que quien no esté consciente de sus necesidades espirituales, como no lo estaba el fariseo, **poco ama.** En contraste con él, la mujer que había pecado mucho, se daba cuenta de que ella no podía pagar la deuda de su pecado. Así, cuando se le perdonó, ella **amó mucho (Lc 7.47).**

En esta lección, se nos han dado cuatro ilustraciones del hecho de que Jesús tiene cuidado de nosotros: Tiene cuidado cuando la enfermedad invade nuestros hogares, tiene cuidado cuando la muerte nos destroza; tiene cuidado cuando la duda nos atormenta; tiene cuidado cuando el pecado nos abrumba. Pedro escribió: «Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo; echando toda vuestra ansiedad sobre él, *porque él tiene cuidado de vosotros*» (1 P 5.6–7; énfasis nuestro).

Los que se dan cuenta de cuánto cuidado tiene Jesús de ellos, y de cuánto ha hecho Él por ellos, lo amarán mucho, y *demonstrarán* su aprecio. Ya que el Señor ha derramado Sus bendiciones sobre nosotros, debemos amarlo y debemos *expresar* ese amor.

APLICACIÓN: AMOR, LÁGRIMAS Y PERDÓN (LC 7.36–50)

A Jesús le encantaba comer acompañado de otras personas. Comía con Sus discípulos (Mr 14.14; Lc 22.15), con Sus amigos (Lc 10.38–42; Jn 12.1–2) y con recaudadores de impuestos y pecadores (Lc 5.29–30). Comía incluso con fariseos (Lc 11.37–54; 14.1–6). Que sepamos, Cristo jamás rechazó una sola invitación a comer.

Lucas 7.36–50 habla de la primera vez que Jesús fue invitado a comer con un fariseo. Un giro inesperado de los acontecimientos dio origen a uno de los más conmovedores mensajes de Jesús sobre el amor y el perdón.

Un ruego extraordinario (Lc 7.36a)

El relato comienza diciendo: «Uno de los fariseos rogó a Jesús que comiese con él» (Lc 7.36a). El nombre del fariseo era Simón (Lc 7.40, 43–44). En el lenguaje original, la palabra que se traduce por «rogó» insinúa apremio. Simón invitó una y otra vez a Jesús (Lc 7.39) hasta que Este aceptó la invitación.

¿Por qué estaba Simón ansioso porque Cristo comiera con él? Varias explicaciones se han dado.

Puede ser que al fariseo le agradaba Jesús. No todos los fariseos aborrecían a Cristo (Jn 7.45–52; Lc 13.31). Por regla general, cuando invitamos a alguien a nuestro hogar es porque nos agrada su compañía. Sin embargo, en vista de los eventos que siguieron, difícilmente parece haber sido esta la motivación de Simón.

Su propósito pudo haber sido el mismo de los demás fariseos: Tal vez estaba tratando de atrapar a Jesús o de sorprenderlo en alguna falta, que pudiera usar para acusarlo. Esto es posible, pero no hay nada en la narración que sugiera un deliberado intento de parte de Simón por atrapar a Cristo.

El motivo de Simón parece encontrarse en algún punto entre las dos primeras explicaciones. Seguramente había oído lo que los demás fariseos estaban diciendo acerca del Señor. Al mismo tiempo, es probable que estuviera consciente de la opinión que tenía de Cristo el pueblo. Poco antes de esto, Jesús había estado en Naín, donde el pueblo había exclamado, diciendo: «Un gran profeta se ha levantado entre nosotros» (Lc 7.16). La pregunta que tenía Simón en mente parece haber sido esta: «¿Quién es en realidad este Hombre?».

Se han propuesto otras razones para la invitación, pero cual haya sido el propósito de Simón, Jesús habría estado al tanto de él (Jn 2.25). Esto lleva a otra pregunta: ¿Por qué aceptaría Cristo tan dudosa invitación? Como ya se dijo, se nos ocurren varias posibilidades.

Sin duda Jesús sabía que Simón no estaba seguro acerca de

quién o qué era Él. Por lo tanto, pudo haber ido con el fin de ayudar a Simón. Durante la comida habría otras personas (vea Lc 7.49); puede ser que Cristo fuera a enseñarles. Además, es probable que Jesús supiera lo que iba a suceder en esa comida. Aunque Jesús perdió algunos atributos divinos cuando se hizo carne (Fil 2.6–7; vea Mr 13.32). Él todavía podía leer la mente (Jn 2.25), y tenía algún conocimiento sobrenatural acerca de los demás (Jn 1.48; 4.17–18). Hasta cierto punto, podía prever el futuro (Jn 6.71; Mr 8.31). *Podía* haber previsto que la mujer iba a estar en el banquete. Pudo haber ido a dar aliento a la mujer que iba a «colarse en la fiesta». Por último, como ya se hizo notar, a Jesús le encantaba comer, hablar y tener comunión con las personas, con toda clase de personas, aun con los que se le oponían. Había enseñado a Sus discípulos a amar a Sus enemigos (Mt 5.44); tal vez estaba dando una demostración práctica de tal amor.

La respuesta correcta al por qué Jesús fue a la casa de Simón es probable que sea «Todas las anteriores». Lo que importa es el hecho de que Jesús *aceptó* la invitación, y fue a comer con un fariseo.

Un individuo inhospitalario (Lc 7.36b, 44–46)

La segunda parte del versículo 36 dice: «Y habiendo entrado en casa del fariseo, se sentó a la mesa». Nos enteramos por lo que dice el relato más adelante, que muchas cosas sucedieron (o, más bien, *no* sucedieron) entre el momento en que Jesús entró en la casa, y el momento en que se sentó a la mesa.

En aquellos tiempos, las costumbres sociales y la situación exigían que ciertas cortesías se le diesen al invitado que entraba en una casa. En primer lugar, el anfitrión le daba al visitante un beso de bienvenida (Gn 29.13; 45.15; 2 S. 15.5; 19.39; Mt 26.49; Hch 20.37; Ro 16.16). Por lo general, ese beso se daba en la mejilla.

Luego alguien traía una palangana llena de agua, y una toalla para que el visitante pudiera lavarse los pies (Gn 18.4; Jue 19.21; Jn 13.4–5; 1 Ti 5.10). Esta humilde tarea era llevada a cabo a menudo por siervos. El procedimiento era práctico, porque los hombres usaban sandalias cuando andaban por los sucios senderos. El ritual hacía sentir cómodo al visitante, y también protegía las alfombras y los cojines de la casa del anfitrión.

Una tercera cortesía, aunque no tan común, se daba a menudo a un invitado de honor: se proveía aceite o unguento para la cabeza y/o el rostro (vea Sal 45.7; 92.10; 104.15; 141.5; Ec 9.8; Am 6.6). Si el visitante había estado varias horas bajo el sol abrasador, esta expresión de bondad era bien recibida, además de refrescante.

Cuando Jesús llegó a la casa de Simón, ninguno de estos servicios se le hicieron. Más adelante dijo al anfitrión: «Entré en tu casa, y no me diste agua para mis pies [...] No me diste beso [...] No ungiste mi cabeza con aceite...» (Lc 7.44–46). No hay indicación de que a los demás invitados también se les descuidara (Lc 7.49). Los pronombres «me» y «mi» de los versículos 44 al 46 insinúan que Cristo fue el único que recibió este triple insulto.

Una mujer llorosa (Lc 7.36–39, 44–46)

Antes de seguir con el relato, son necesarias algunas explicaciones. ¿Qué significa que Jesús «se sentó a la mesa»? (Lc 7.36). ¿Cómo podía entrar al banquete alguien que no estaba invitado, sin que aparentemente hubiera impedimento? (Lc 7.37). Después que llegó, ¿por qué estaba a los pies de Jesús, y no cerca de la cabeza? (Lc 7.38). Es necesario ambientar la escena.

En primer lugar, imagínese a los huéspedes alrededor de una mesa. La posición que normalmente se adoptaba para comer consistía en reclinarsse sobre el costado izquierdo, y apoyarse sobre el codo de ese mismo lado. Esto permitía tomar los alimentos con la mano derecha. La cabeza se orientaba hacia el alimento, mientras que los pies se extendían en sentido contrario. Otros dos detalles deben mencionarse: todos tenían los pies descalzos, al haber dejado las sandalias a la entrada; y no había más que hombres presentes. En los banquetes, a las mujeres se les permitía entrar solamente para servir o para entretener (vea Mt 14.6)

Ahora, imagínese el alboroto generalizado de un banquete oriental. Había conversación y risas. Había siervos que entraban y salían, llenando copas, llevándose un plato y trayendo otro. Es probable que también hubiera mirones curiosos alrededor de las paredes de la sala o del atrio donde se llevaba a cabo el banquete. La privacidad, tal como la conocemos en el mundo occidental, era relativamente desconocida en oriente en aquellos

tiempos. No era raro que los espectadores se introdujeran en un banquete, especialmente si se enteraban de que estaba presente alguna personalidad de renombre. Por lo tanto, para un pecador sin invitación habría sido relativamente fácil hacer acto de presencia, de repente, en medio del banquete de Simón.

Teniendo presentes los anteriores datos, sigamos con la lectura del texto: «Entonces una mujer de la ciudad, que era pecadora, al saber que Jesús estaba a la mesa en casa del fariseo, trajo un frasco de alabastro con perfume» (Lc 7.37).

A esta mujer se le llama «pecadora». En mi ejemplar de la NASB se lee esta nota al margen: «Esto es, una mujer de conducta inmoral». Jesús dijo más adelante que sus pecados eran «muchos» (Lc 7.47). Cualesquiera que hayan sido los pecados de ella, lo cierto es que eran muy conocidos; tenía mala reputación (Lc 7.39). La mayoría de los comentaristas concluyen que la palabra «pecadora» del versículo 37 es un eufemismo de «prostituta». Todos somos pecadores (Ro 3.23); sin embargo, los pecados de esta mujer no parecen ser de la clase corriente que nos asedian a la mayoría de nosotros. Los pecados de ella eran de tal naturaleza que tenían que ser de mala reputación.

Esta pecadora de tan mala fama, sabía quién era Jesús, y sabía que su vida había dado un giro radical por causa de Él. La parábola de los dos deudores que relata Jesús, enseña que, a quien se le ha perdonado mucho ama mucho (Lc 7.47). En vista de que la mujer expresó su amor por Jesús desde el momento en que entró en la sala, ella debió de haber sido perdonada anteriormente. Puede que los dos no hubieran tenido un encuentro cara a cara anteriormente, pero ella pudo haber tenido muchas oportunidades de oírlo hablar. Ella había visto Su amor por los pecadores y por los marginados (vea Mt 11.5, 19). Puede que hubiera oído Su tierna invitación, en Mateo 11.28–30.

El gran deseo de ver a Jesús, la valentía con que se introdujo en una reunión enteramente masculina, y las lágrimas que derramó (Lc 7.37–38), constituyen una prueba de las avasalladoras emociones que embargaban el corazón de esta mujer. Trate de entender cuán desesperanzadora era su situación cuando todavía no había oído de Cristo: el horror de cada nuevo día, la aversión que les tenía a los demás, el odio que sentía por sí misma. Luego,

cuando oye a Jesús, la luz de la verdad arrasa con las tinieblas de su mente. La fe (Lc 7.50) toma el lugar de la duda; la tristeza según Dios (Lc 7.38) toma el lugar de la tristeza según el mundo (2 Co 7.10). Su vida había cambiado.

Aparentemente le faltaba algo: una oportunidad para expresar su gratitud. Cuando se enteró de que Jesús estaba en la ciudad, se apuró a llegar a la casa de Simón, asiendo un frasco de perfume, el cual tal vez le había servido de herramienta en su oficio, pero que ahora era un medio para expresar su amor y gratitud.

Al llegar a la casa del fariseo, no debió de haberle resultado difícil, dada la algarabía y el bullicio del banquete, abrirse paso entre la multitud hasta que divisó a Jesús. Caminó alrededor de la mesa hasta donde Él estaba. Cuando estuvo cerca de su Salvador, las emociones se le desbordaron y le salieron lágrimas que cayeron como la lluvia.

Los pies de Jesús, que presentaban señales de haber viajado mucho, habrían sido salpicados por las lágrimas de ella, que ahora se mezclaban con el polvo de los senderos por los cuales había andado Él. Ella se soltó el cabello y comenzó a enjugar con sus trenzas lo que ahora eran manchas de barro. En esos tiempos se consideraba deshonoroso que una mujer judía adulta llevara su cabello suelto en público. Las muchachas judías se recogían el cabello a partir del momento en que se casaban, y nunca más volvían a aparecer en público con el cabello suelto. Esta mujer, inconsciente de cualquier expresión de asombro, siguió frotando los pies de Jesús.

Después comenzó a besar Sus pies. Cuando uno lee que besó los pies del Señor, no crea que se trataba de los pies suaves, bien cuidados, de un príncipe consentido. Tenga presente que se trataba de los pies ásperos, callosos, agrietados de este incansable Predicador que caminaba a todo lugar que iba; pies que en esta ocasión estaban cubiertos de barro seco y de residuos de los senderos de Galilea. Según el versículo 45, ella besó aquellos toscos pies una y otra vez. Al final, tomó su frasco, lo abrió, y comenzó a derramar aceite perfumado sobre los pies del Maestro.

No es difícil imaginar el efecto que esto produjo en el banquete de Simón. Recuerde que los fariseos no se relacionaban para nada con las mujeres en público. Recuerde la siniestra repu-

tación que tenía esta mujer en la comunidad. Agregue el extravagante comportamiento de la mujer al derramar sus lágrimas, enjugar los pies de Jesús, y derramar perfume sobre Sus pies, sin mencionar el escandaloso comportamiento al soltarse el cabello. Sin duda, la conversación cesó, y todos los ojos se posaron sobre esta mujer y Jesús.

¿Cómo afectaron a Cristo los detalles de esta situación? ¿Vio a la mujer antes de sentir que las lágrimas de ella le salpicaran Sus pies? ¿Cuál fue Su respuesta inmediata a estas extravagantes y poco convencionales expresiones de gratitud?

No tenemos certeza de la reacción inicial de Cristo, pero sí se nos habla del efecto que produjo en Simón. Es probable que el fariseo se sintiera avergonzado por lo que consideraba una demostración impropia en su casa; sin embargo, también se llenó de cierta satisfacción. Si alguna pregunta tenía sobre qué clase de persona era Jesús, la respuesta había sido dada. «... dijo para sí: Este, si fuera profeta, conocería quién y qué clase de mujer es la que le toca, que es pecadora» (Lc 7.39).

En lo que a Simón se refería, lo que estaba viendo sólo le permitía dos posibles conclusiones: O Jesús no sabía qué clase de persona era la mujer, y por lo tanto no era profeta, o sí lo sabía, pero no le importaba. En este último caso, no sería un hombre bueno. Lo que Simón no entendía era que Jesús *sí* conocía quién era y qué había sido ella. También conocía quién y qué era Simón, y estaba a punto de darlo a conocer a todos los presentes.

Un sencillo relato (Lc 7.40–50)

Conociendo los pensamientos de Su anfitrión, Jesús «le dijo: Simón, una cosa tengo que decirte» (Lc 7.40a). En lo que al fariseo se refería, el drama había terminado, el acertijo estaba resuelto. Casi se percibe cierta ironía en su voz al responder: «Di, Maestro» (Lc 7.40b). «Maestro» es traducción literal del griego. Este fue un título honorífico que Simón usó para Jesús, el cual probablemente pronunció con ironía, en vista de que el fariseo había llegado a la conclusión de que Cristo *no* era vocero de Dios (esto es, profeta).

Jesús después contó un sencillo relato, una anécdota de no más de dos oraciones de extensión. Tiene tres personajes, y una

trama mínima: «Un acreedor tenía dos deudores: el uno le debía quinientos denarios, y el otro cincuenta; y no teniendo ellos con qué pagar, perdonó a ambos» (Lc 7.41–42a). Un denario era el salario de un día de un obrero corriente (vea Mt 20.2). Por lo tanto, un deudor debía casi dos meses de salario al acreedor, mientras que el otro le debía todo lo que pudiera ganar en casi dos años.

Al leer «acreedor» [o prestamista], no crea que se trataba del banquero de su vecindario (el cual, espero, es más o menos amable). Piense, más bien, en un individuo que a menudo se caracterizaba por sacarle dinero a la gente, que era duro de corazón y que ponía un rostro de piedra: la clase de persona que vive a costa de los pobres, que cobra una exorbitante tasa de interés, y que no es nada benévolo con las personas que no puedan pagarle a tiempo.

Cristo siguió el relato, preguntando: «Di, pues, ¿cuál de [los dos deudores] amará más [al acreedor]?» (Lc 7.42b) La mayoría de los prestamistas de ese tiempo, y de hoy día, bufarían, diciendo: «No es amor lo que quiero. ¡Lo que quiero es *dinero!*».

No poder pagar una deuda ha sido siempre un asunto serio. Mateo 18.23–35 habla de hombres a quienes se les echó en la cárcel y se les torturó porque no pudieron pagar sus deudas. El sencillo relato de Jesús, por lo tanto, tomó un giro inesperado cuando dijo que el prestamista perdonó las deudas de los dos hombres. A los prestamistas se les conoce por romper piernas y hacer crujir costillas, pero rara vez dicen: «No te preocupes por lo que me debes. ¡Olvidalo!». Sin embargo, esto fue exactamente lo que hizo el prestamista de la parábola de Cristo.

Jesús, por lo tanto, se volvió a Simón y preguntó: «Di, pues, ¿cuál de [los dos deudores perdonados] amará más [al acreedor que los perdonó]?» (Lc 7.42b). Es probable que el fariseo estuviera aburrido. En su pensamiento, este relato era sin duda estúpido, y la pregunta absurdamente simple. Casi puede oírse la condescendencia en su voz cuando respondió: «Pienso que aquel a quien perdonó más» (Lc 7.43a).

Jesús le dijo: «Rectamente has juzgado» (Lc 7.43b). Subraye la palabra «juzgado». No era que Simón hubiera dado una respuesta; era que había hecho un juicio, un juicio de sí mismo. Sus propias palabras le declararían culpable.

Volviéndose a la mujer, Cristo le dijo al fariseo: «¿Ves esta mujer?» (Lc 7.44a). Me imagino a Simón diciéndose: «¡Qué pregunta más ridícula! ¿Cómo no iba a poder verla? ¡Me ha echado a perder mi banquete y me ha avergonzado! La hubiera echado de inmediato, si no fuera porque deseaba ver la reacción de Jesús. ¡Por supuesto que la veo!». Sin embargo, en realidad no la había visto, ¿verdad que no? Sus ojos estaban tan llenos de lo que ella *había sido* que no podía ver lo que ella *era*. El poeta Tennyson escribió estas tristes palabras: «El mundo no creerá que un hombre se arrepiente».⁶

Vuelto hacia la mujer, pero hablando a Simón, siguió diciendo Jesús:

Entré en tu casa, y no me diste agua para mis pies; mas ésta ha regado mis pies con lágrimas, y los ha enjugado con sus cabellos. No me diste beso; mas ésta, desde que entré, no ha cesado de besar mis pies. No ungieste mi cabeza con aceite; mas ésta ha ungido con perfume mis pies (Lc 7.44b-46).

Jesús después aplicó el relato que había contado: «Por lo cual te digo que sus muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho; mas aquel a quien se le perdona poco, poco ama» (Lc 7.47).

Vuelva la mirada a la parábola en los versículos 41 y 42. Burton Coffman⁷ propuso la siguiente aplicación:

El prestamista = Jesucristo nuestro Señor.

El que debía 500 denarios = la mujer pecadora.

El que debía 50 denarios = el fariseo.

El hecho de que ninguno de los dos podía pagar = el hecho de que ningún ser humano puede hacer expiación ni

⁶Alfred, Lord Tennyson, *Geraint and Enid*; citado en W. Emery Barnes, *The Forgiveness of Jesus Christ (El perdón de Jesucristo)* (New York: Macmillan Co., 1936), 53.

⁷Adaptado de James Burton Coffman, *Commentary on Luke (Comentario sobre Lucas)* (Abilene, Tex.: ACU Press, 1975), 147.

siquiera por el más insignificante de sus pecados.

El hecho de que generosamente perdonó a los dos = el favor no merecido de Dios al dar un medio de perdón para todos.

Debe tenerse cuidado de no buscar significados en todos los detalles de la parábola. (En este caso, por ejemplo, el Señor no tiene todas las características de un indeseable prestamista.) Sin embargo, los paralelos que se proponen son interesantes.

Si la aplicación de Coffman es exacta, la diferencia de 450 denarios entre una y otra deuda, habría sido *a juicio de Simón*. El fariseo sin duda se habría considerado diez veces mejor que la mujer pecadora, si no es que ciento o mil veces. ¿Era realmente mejor? La mujer era culpable de pecados de la carne, mientras que él lo era de pecados del espíritu. Ella era culpable de pecados de comisión, mientras que él lo era de pecados de omisión. Es probable que ella fuera conocida por un pecado, mientras que el fariseo había multiplicado sus pecados: Era culpable de orgullo, egocentrismo, santurronería, prejuicio, ceguera espiritual e hipocresía.

Las cantidades específicas que se mencionan en la parábola, carecían, desde luego, de importancia. Lo que importa es que los dos deudores «[no tenían] con qué pagar» (Lc 7.42). Todos somos pecadores (Ro 3.23), y ninguno de nosotros puede hacer suficientes buenas obras para pagar la deuda de pecado (Ro 6.23a). Todos nosotros nos encontramos con las manos vacías en presencia de Aquel que tanto nos ha dado.

¿Qué esperanza tenemos? Nuestra única esperanza reside en la misericordia de nuestro Señor. Por regla general, los prestamistas no son misericordiosos, pero Dios sí lo es. Como Pablo lo expresa: «Gracia, misericordia y paz» son «de Dios Padre y de Jesucristo nuestro Señor» (1 Ti 1.2; 2 Ti 1.2).

«La parábola no trata sobre la *cantidad* de pecado que haya en la vida de una persona, sino en la *conciencia* que tenga de ese pecado en su corazón».⁸ La mujer estaba completamente cons-

⁸Warren W. Wiersbe, *The Bible Exposition Commentary*, vol. 1 (Wheaton, Ill.: Victor Books, 1989), 198.

ciente de la gravedad de su pecado. Esto es lo que dan a entender sus lágrimas. Su amor por Cristo se le desbordaba. En contraste con ella, Simón, al no estar consciente de su propio pecado, no se sentía culpable, no sentía obligación de expresar amor. Ya alguien dijo que «el más grande de los pecados es no estar consciente de pecado».⁹

¿Cómo respondió el anfitrión de Jesús a las acusaciones de Este? Es probable que el fariseo se quedara sin habla. Al menos, no se recoge respuesta alguna.

Después, Cristo habló directamente a la mujer por primera vez, diciéndole: «Tus pecados te son perdonados» (Lc 7.48). Como ya se sugirió, los pecados de ella le habían sido perdonados en el pasado, de modo que lo que estaba haciendo Jesús era darle seguridad de que contaba con ese perdón. En la Jerusalem Bible se lee que las palabras de Jesús fueron estas: «...sus pecados, sus muchos pecados le debieron de haber sido perdonados; de lo contrario, no hubiera mostrado tanto amor» (Lc 7.47).

El amor es parte importante de la obtención de perdón (Jn 14.15; 1 Jn 5.3); sin embargo, lo que se recalca en este relato es que la gratitud por haber recibido perdón *producirá* amor: El que está consciente de que se le perdonó mucho, mucho ama, «mas aquel a quien se le perdona poco, poco ama» (Lc 7.47b).

Cuando Jesús le dijo a la mujer que los pecados de ella habían sido perdonados, los demás invitados se escandalizaron. Murmuraron, diciendo: «¿Quién es éste, que también perdona pecados?» (Lc 7.49b). En opinión de ellos, Dios era el único que podía perdonar pecados. Y una vez más, Jesús afirmaba ser igual a Dios (vea Mr 2.5-17).

Haciendo caso omiso de los demás, Jesús dijo a la mujer: «Tu fe te ha salvado» (Lc 7.50a). La fe de ella se habría producido al ver y oír a Jesús (Ro 10.17). Ahora esa fe se había expresado. Ella había demostrado el principio de Gálatas 5.6: «[lo que vale es] la fe que obra por el amor».

Después Jesús le dijo a la mujer: «ve en paz» (Lc 7.50b). La preposición griega que se traduce por «en» en el versículo 50 es

⁹William Barclay, *The Gospel of Luke (El evangelio según Lucas)*, ed. rev., The Daily Study Bible Series (Philadelphia: Westminster Press, 1975), 95.

εἰς (*eis*), que literalmente significa «a» o «hacia». Esto fue lo que literalmente dijo: «Ve a paz». En el pasado, no había tenido paz en su corazón ni en sus pensamientos, pero ahora se le daba la oportunidad de comenzar de nuevo (2 Co 5.17; Ro 5.1).

No fue que Cristo le restara importancia a los pecados de la mujer. Consideró que habían sido «muchos» (Lc 7.47). En lugar de desestimarlos como si fueran triviales, le dio a ella motivos para dejar de pecar. En una ocasión posterior, cuando a Jesús lo enfrentaron con otra mujer pecadora, al despedirla, le dijo: «no peques más» (Jn 8.11b). En esta ocasión, estuvo implícita la misma recomendación.

Lecciones sobre el amor

¿Tuvo la reprensión de Jesús algún efecto en Simón? ¿Llevó la mujer una vida piadosa a partir de aquel momento? Esperamos que sí; sin embargo, el texto no lo dice. La Biblia no se escribió para satisfacer nuestra curiosidad; tampoco se escribió este relato para censurar o elogiar a los participantes originales. Más bien, se escribió para hacer que cada uno de nosotros escudriñe su corazón y su vida. Que cada uno de nosotros se haga las siguientes preguntas.

1) *¿Estoy yo consciente de la gravedad de mi pecado?* Simón estaba cargado de respetabilidad. No me malentienda: la respetabilidad es de ser deseada, pero es un mal sustituto de la justicia. Es infinitamente más difícil llegar al corazón de un pecador respetable que al de un individuo impío que está dispuesto a reconocer su pecado. Que cada uno de nosotros diga: «¡Mi deuda es grande, oh Señor!».

2) *¿Estoy yo consciente de cuán maravilloso es que me sean perdonados mis pecados?* En la lectura de esta semana, se lee que Jesús hizo muchas maravillosas obras: sanó al siervo de un noble; resucitó a los muertos; hizo muchos milagros; sin embargo, lo más maravilloso que hizo, fue ayudar a una pobre mujer a encontrar la paz del perdón.

Como ya lo insinué, la parábola de los dos deudores no es completamente paralela con la realidad. Otro ejemplo de esto es que un prestamista podría sencillamente *decir* que la deuda está perdonada, y asumir la pérdida. Dios, sin embargo, no podía

hacer esto; la deuda de nuestro pecado debía *pagarse*, ¡y fue pagada por medio de la muerte de Su hijo en la cruz! (Jn 3.16; 2 Co 5.21; Col 2.14.) Que cada uno de nosotros diga: «¡Gracias a Dios por su don inefable!» (2 Co 9.15).

3) *“Habiendo sido mucho lo que se me perdonó, ¿amaré mucho? Si el relato de la cruz ha llegado a ser cosa común y corriente para nosotros, jamás se nos llenará el corazón de pasión avasalladora. Entendamos que Jesús nos amó (Ro 8.37) y sigue amándonos (Ap 1.5). Renovemos cada día nuestro afecto por Él.*

4) *He expresado yo mi amor? Las desmesuradas muestras de gratitud de la mujer, habrían sido desconcertantes y penosas para muchos de los que estaban presentes en la casa de Simón. Es probable que algunos dudaran de la cordura de ella. Al verdadero amor, sin embargo, no le importa el costo. Al expresarse no repara en costos. ¡Pidámosle al Señor que nos ayude a *manifestar* nuestro amor!*

Conclusión

Jesús, que sepamos, jamás rechazó una invitación a comer. Esto me recuerda la maravillosa invitación que hace Cristo en Apocalipsis 3.20: «He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo». Jesús desea cenar con usted; sin embargo, usted primero tendrá que invitarlo a entrar a su vida.

SEGUNDO RECORRIDO DE GALILEA (LC 8.1–3)

¹Aconteció después, que Jesús iba por todas las ciudades y aldeas, predicando y anunciando el evangelio del reino de Dios, y los doce con él, ²y algunas mujeres que habían sido sanadas de espíritus malos y de enfermedades: María, que se llamaba Magdalena, de la que habían salido siete demonios, ³Juana, mujer de Chuza intendente de Herodes, y Susana, y otras muchas que le servían de sus bienes.

Son pocos los días en el ministerio de Cristo de los cuales se da cuenta en detalle. Uno de ellos se le conoce como «Un día

ocupado».¹⁰

Ese día llegó al final (o cerca del final) del segundo recorrido que hizo Jesús de Galilea. Cristo viajó de Capernaum a Naín (Lc 7.1, 11) y después a otros lugares cuyo nombre no se menciona (Lc 7.20–21, 36–37). Esto fue lo que consignó Lucas: **Aconteció después, que Jesús iba por todas las ciudades y aldeas, predicando y anunciando el evangelio del reino de Dios, y los doce con él** (Lc 8.1). Lucas es el único que consigna este recorrido; sin embargo, tuvimos insinuaciones de él en Mateo y en Marcos, cuando estudiamos acerca de los viajes fuera de Capernaum.

En el primer recorrido de Galilea, fueron sólo cuatro discípulos los que viajaron con Jesús. En este viaje, fueron los doce los que lo acompañaron, lo cual era parte del aprendizaje de ellos. Es probable que también le acompañara la multitud que siempre lo seguía.

Lucas informó de que ciertas mujeres, a quienes Jesús había ayudado, también andaban con Él y los apóstoles. Eran mujeres que **servían de sus bienes** al Señor (Lc 8.3b). No era raro que las mujeres judías les dieran sustento a sus maestros. Si Jesús y los apóstoles no eran alimentados por los habitantes de una ciudad dada, es probable que las mujeres compraran alimentos y los prepararan. No deberíamos suponer que este sostenimiento fuera suntuoso, ya que a Jesús siempre se le presentó como el más pobre de entre los hombres (Lc 9.48; 2 Co 8.9; vea Mt 17.24–26). Se menciona el nombre de algunas de ellas: **María, que se llamaba Magdalena, de la que habían salido siete demonios, Juana, mujer de Chuza intendente de Herodes, y Susana** (Lc 8.2b, 3a).

A María se le llamaba «Magdalena», porque ella era de la pequeña aldea de Magdala, que se encontraba en la ribera occidental del mar de Galilea (vea el mapa «Palestina durante la vida de Cristo» en el apéndice). Más adelante nos volveremos a encontrar con ella (Mr 15.47; 16.1, 9; Jn 19.25; 20.1–18).

A Juana se le identifica por su marido, Chuza, que era «inten-

¹⁰A. T. Robertson, *A Harmony of the Gospels for Students of the Life of Christ* (*Armonía de los evangelios para estudiantes de la vida de Cristo*) (New York: Harper & Row, 1950), 61.

dente de Herodes». La palabra que se usa para «intendente», ἐπίτροπος (*epitropos*), significa «administrador, superintendente o gobernador».¹¹ En la paráfrasis de la Living Bible se lee: «Chuza era el administrador de los negocios del rey Herodes, y estaba a cargo del palacio y de los asuntos internos». El mensaje de Jesús había llegado incluso a la casa de Herodes. Más adelante nos encontraremos con Juana (Lc 24.10).

En ningún otro pasaje leemos acerca de Susana. J. W. McGarvey escribió que «no hay ningún otro dato acerca de Susana, habiendo sido suficiente este para inmortalizarla».¹²

Volviendo al recorrido de Jesús, leemos que un día «vinieron a casa. Y se agolpó de nuevo la gente» (Mr 3.19b, 20a). Esto podría significar sencillamente que Cristo entró en la casa de algún anfitrión durante el recorrido. En vista de que las actividades posteriores son seguidas por las enseñanzas que Jesús dio «junto al mar» (Mr 4.1), lo más probable es que hubiera vuelto a Capernaum al final del recorrido, y que esa «casa» fuera el lugar en que normalmente se quedaba cuando estaba en esa ciudad.

Cual fuera la ciudad, reseñaremos algunos de los acontecimientos que tuvieron lugar allí en un «día ocupado». Es probable que en ese mismo día Jesús contara las parábolas que se recogen en Mateo 13, Marcos 4 y Lucas 8 (vea Mt 12.50—13.3). También es probable que fuera al final de ese día cuando calmó la tempestad en el mar de Galilea, y sanó a los endemoniados gadarenos (Mr 4.33—5.19).

ACUSACIONES BLASFEMAS (MT 12.22–37; MR 3.20–30; LC 11.14–23)

Mateo 12.22–37

²²Entonces fue traído a él un endemoniado, ciego y mudo; y le sanó, de tal manera que el ciego y mudo veía y hablaba.
²³Y toda la gente estaba atónita, y decía: ¿Será éste aquel Hijo

¹¹McGarvey y Pendleton, 297.

¹²Ibíd.

de David? ²⁴Mas los fariseos, al oírlo, decían: Este no echa fuera los demonios sino por Beelzebú, príncipe de los demonios. ²⁵Sabiendo Jesús los pensamientos de ellos, les dijo: Todo reino dividido contra sí mismo, es asolado, y toda ciudad o casa dividida contra sí misma, no permanecerá. ²⁶Y si Satanás echa fuera a Satanás, contra sí mismo está dividido; ¿cómo, pues, permanecerá su reino? ²⁷Y si yo echo fuera los demonios por Beelzebú, ¿por quién los echan vuestros hijos? Por tanto, ellos serán vuestros jueces. ²⁸Pero si yo por el Espíritu de Dios echo fuera los demonios, ciertamente ha llegado a vosotros el reino de Dios. ²⁹Porque ¿cómo puede alguno entrar en la casa del hombre fuerte, y saquear sus bienes, si primero no le ata? Y entonces podrá saquear su casa. ³⁰El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama. ³¹Por tanto os digo: Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres; mas la blasfemia contra el Espíritu no les será perdonada. ³²A cualquiera que dijere alguna palabra contra el Hijo del Hombre, le será perdonado; pero al que hable contra el Espíritu Santo, no le será perdonado, ni en este siglo ni en el venidero.

³³O haced el árbol bueno, y su fruto bueno, o haced el árbol malo, y su fruto malo; porque por el fruto se conoce el árbol. ³⁴¡Generación de víboras! ¿Cómo podéis hablar lo bueno, siendo malos? Porque de la abundancia del corazón habla la boca. ³⁵El hombre bueno, del buen tesoro del corazón saca buenas cosas; y el hombre malo, del mal tesoro saca malas cosas. ³⁶Mas yo os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio. ³⁷Porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado.

Marcos 3.20–30

²⁰Y se agolpó de nuevo la gente, de modo que ellos ni aun podían comer pan. ²¹Cuando lo oyeron los suyos, vinieron para prenderle; porque decían: Está fuera de sí. ²²Pero los escribas que habían venido de Jerusalén decían que tenía a Beelzebú, y que por el príncipe de los demonios echaba fuera los demonios. ²³Y habiéndolos llamado, les decía en parábolas: ¿Cómo puede Satanás echar fuera a Satanás? ²⁴Si un reino está divi-

dido contra sí mismo, tal reino no puede permanecer. ²⁵Y si una casa está dividida contra sí misma, tal casa no puede permanecer. ²⁶Y si Satanás se levanta contra sí mismo, y se divide, no puede permanecer, sino que ha llegado su fin. ²⁷Ninguno puede entrar en la casa de un hombre fuerte y saquear sus bienes, si antes no le ata, y entonces podrá saquear su casa. ²⁸De cierto os digo que todos los pecados serán perdonados a los hijos de los hombres, y las blasfemias cualesquiera que sean; ²⁹pero cualquiera que blasfeme contra el Espíritu Santo, no tiene jamás perdón, sino que es reo de juicio eterno. ³⁰Porque ellos habían dicho: Tiene espíritu inmundo.

Lucas 11.14–23

¹⁴Estaba Jesús echando fuera un demonio, que era mudo; y aconteció que salido el demonio, el mudo habló; y la gente se maravilló. ¹⁵Pero algunos de ellos decían: Por Beelzebú, príncipe de los demonios, echa fuera los demonios. ¹⁶Otros, para tentarle, le pedían señal del cielo. ¹⁷Mas él, conociendo los pensamientos de ellos, les dijo: Todo reino dividido contra sí mismo, es assolado; y una casa dividida contra sí misma, cae. ¹⁸Y si también Satanás está dividido contra sí mismo, ¿cómo permanecerá su reino? ya que decís que por Beelzebú echo yo fuera los demonios. ¹⁹Pues si yo echo fuera los demonios por Beelzebú, ¿vuestros hijos por quién los echan? Por tanto, ellos serán vuestros jueces. ²⁰Mas si por el dedo de Dios echo yo fuera los demonios, ciertamente el reino de Dios ha llegado a vosotros. ²¹Cuando el hombre fuerte armado guarda su palacio, en paz está lo que posee. ²²Pero cuando viene otro más fuerte que él y le vence, le quita todas sus armas en que confiaba, y reparte el botín. ²³El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama.

Jesús tenía la costumbre de salir temprano hacia algún lugar solitario donde pudiera orar (Mr 1.35). Según se narra al comienzo del relato, Cristo volvía al lugar en el cual se estaba quedando, tal vez con el propósito de tener su primera comida del día. Cuando llegó, la casa estaba llena de gente ansiosa por oírlo o por ser sanada por Él (vea Mr 2.1–2). En Marcos 3.20 se

lee que **se agolpó de nuevo la gente, de modo que ellos** [Jesús y los discípulos] **ni aun podían comer pan** (compare con Mr 6.31). Sin alterarse por ello, Cristo comenzó a ayudarles.

Se informa de un milagro especial, el triple milagro por el cual se restauró la sanidad, la vista y el habla a una persona: Jesús echó un demonio de un hombre que era ciego y que no podía hablar (Mt 12.22). La incapacidad para hablar por lo general era señal también de una incapacidad para oír, de modo que este pudo haber sido un milagro cuádruple. La gente estaba atónita y decía: **¿Será éste aquel Hijo de David?** (Mt 12.23b). La forma de la oración en el original indica un prudente reconocimiento de que Jesús podría ser en efecto «el Hijo de David» (esto es, el Mesías).

El agitado tren de vida que estaba llevando Jesucristo de algún modo llegó a oídos de algunos de Sus amigos y familiares: **Cuando lo oyeron los suyos, vinieron para prenderle; porque decían: Está fuera de sí** (Mr 3.21). La expresión griega que se traduce por «los suyos», significa literalmente «los que estaban con él». Estos tenían alguna relación con Jesús. La palabra griega κρατέω (*krateo*), que se traduce por «prenderle», es usada a veces para hacer referencia a arrestar a alguien (Mt 14.3; Hch 24.6). La palabra indica que tenían pensado llevárselo a la fuerza, estuviera Él de acuerdo o no. La mayoría está de acuerdo con el sacrificio que se haga para alcanzar alguna meta terrenal; comprenden que es necesario pasar largas horas en un trabajo secular; sin embargo, no comprenden por qué alguien estaría dispuesto a desgastarse a sí mismo por el reino de Dios. Los familiares creían que el Señor estaba «fuera de sí».

Mientras Jesús estaba enseñando y sanando, los fariseos y los escribas (Mt 12.24; Mr 3.22) estaban presentes como de costumbre. Algunos habían venido incluso **de Jerusalén** (Mr 3.22a) para hostigarlo. El hecho de que la gente reconoció que él podría ser «el Hijo de David» (Mt 12.23) aparentemente intensificó el odio de ellos. No esperaron mucho para lanzar un nuevo ataque. Como no podían negar que Cristo estaba haciendo milagros, lo acusaron de estar aliado con Satanás. ... **decían que tenía a Beelzebú**, (Mr 3.22a). «Beelzebú» (o Beezebub, o Baal-zebub) era el nombre de un dios pagano (2 R 1.2). El nombre significa

literalmente «el señor de las moscas». En este contexto, el nombre se usa para referirse a Satanás (Mr 3.22–23). También decían que **por el príncipe de los demonios echaba fuera los demonios** (Mr 3.22b).

Jesús respondió a las acusaciones con tres argumentos. Marcos les llama **parábolas** a estos argumentos (Mr 3.23). En primer lugar, dijo que la acusación de ellos era ilógica: **Todo reino dividido contra sí mismo, es asolado, y toda ciudad o casa dividida contra sí misma, no permanecerá. Y si Satanás echa fuera a Satanás, contra sí mismo está dividido; ¿cómo, pues, permanecerá su reino?** (Mt 12.25, 26).

En segundo lugar, dijo que la acusación de ellos era *inconsecuente*: Creían que sus propios **hijos** (esto es, los discípulos de ellos) podían echar fuera demonios (Mt 12.27), pero no creían que fuera por el poder de Satanás que sus seguidores exorcizaban demonios. Toda acusación que dirigieran contra Cristo también podía y debía haberse dirigido contra sus propios compatriotas.

En tercer lugar, dijo que la acusación de ellos era *imposible*: Para saquear la casa de un hombre fuerte [esto es, Satanás], sería necesario atarlo primero (Mt 12.29).¹³ Al echar fuera demonios, Jesús estaba derrotando a Satanás, no incitándolo.

Jesús pasó después de la defensiva a la ofensiva, diciendo: **Por tanto os digo: Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres; mas la blasfemia contra el Espíritu [Santo] no les será perdonada** (Mt 12.31). La palabra «blasfemia» significa «hablar en contra de». Los escribas y los fariseos eran culpables de blasfemar contra el Espíritu Santo porque estaban atribuyendo la obra del Espíritu (Mt 12.28) a Satanás. Cristo dijo que **al que hable contra el Espíritu Santo, no le será perdonado** (Mt 12.32).

Entienda usted que no fue por un error involuntario al hablar, que Jesús censuró a Sus enemigos. Más bien, fue por la obstinada dureza de su corazón, que los censuró. Recalcó que **«de la abundancia del corazón habla la boca»** (Mt 12.34b; énfasis nuestro). Se deterioraron tanto en sus pensamientos, que «a lo malo

¹³En cuanto a «atar» al diablo, vea «Satanás es atado», en la edición «Apocalipsis, núm. 9», de *La Verdad para Hoy*, pp. 45–52.

[decían] bueno, y a lo bueno malo» (Is 5.20). ¿Cómo llegaron a tan deplorable situación los escribas y los fariseos? El corazón de ellos se endureció como la roca porque constante y sistemáticamente rehusaron considerar las pruebas dadas por el Espíritu en el sentido de que Jesús era el Mesías (Jn 12.40).

Hay personas que a veces se preguntan si habrán cometido «el pecado contra el Espíritu Santo». Un antiguo y sabio predicador decía: «Si usted está preocupado por haberlo cometido, entonces no lo ha cometido». Quiso decir que tal preocupación es prueba de que su corazón no se ha endurecido de modo irreversible. En realidad, en vista de que Jesús no anda sobre la tierra, haciendo milagros por el poder del Espíritu, usted y yo no podemos ser culpables del *mismo* pecado que los fariseos cometieron. Sin embargo, podemos ser culpables de un pecado *parecido*: Podemos dejar que el corazón se nos endurezca tanto que llegue a ser imposible que seamos «otra vez renovados para arrepentimiento» (He. 6:6; vea vers.^{os} 4–6).

BUSCADORES DE SEÑALES (MT 12.38–45; LC 11.16, 24–26, 29–36)

Mateo 12.38–45

³⁸Entonces respondieron algunos de los escribas y de los fariseos, diciendo: Maestro, deseamos ver de ti señal. ³⁹El respondió y les dijo: La generación mala y adúltera demanda señal; pero señal no le será dada, sino la señal del profeta Jonás. ⁴⁰Porque como estuvo Jonás en el vientre del gran pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches. ⁴¹Los hombres de Nínive se levantarán en el juicio con esta generación, y la condenarán; porque ellos se arrepintieron a la predicación de Jonás, y he aquí más que Jonás en este lugar. ⁴²La reina del Sur se levantará en el juicio con esta generación, y la condenará; porque ella vino de los fines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón, y he aquí más que Salomón en este lugar.

⁴³Cuando el espíritu inmundo sale del hombre, anda por lugares secos, buscando reposo, y no lo halla. ⁴⁴Entonces dice: Volveré a mi casa de donde salí; y cuando llega, la halla desocu-

pada, barrida y adornada. ⁴⁵Entonces va, y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entrados, moran allí; y el postrer estado de aquel hombre viene a ser peor que el primero. Así también acontecerá a esta mala generación.

Lucas 11.16, 24–26, 29–36

¹⁶Otros, para tentarle, le pedían señal del cielo.

²⁴Cuando el espíritu inmundo sale del hombre, anda por lugares secos, buscando reposo; y no hallándolo, dice: Volveré a mi casa de donde salí. ²⁵Y cuando llega, la halla barrida y adornada. ²⁶Entonces va, y toma otros siete espíritus peores que él; y entrados, moran allí; y el postrer estado de aquel hombre viene a ser peor que el primero.

²⁹Y apiñándose las multitudes, comenzó a decir: Esta generación es mala; demanda señal, pero señal no le será dada, sino la señal de Jonás. ³⁰Porque así como Jonás fue señal a los ninivitas, también lo será el Hijo del Hombre a esta generación. ³¹La reina del Sur se levantará en el juicio con los hombres de esta generación, y los condenará; porque ella vino de los fines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón, y he aquí más que Salomón en este lugar. ³²Los hombres de Nínive se levantarán en el juicio con esta generación, y la condenarán; porque a la predicación de Jonás se arrepintieron, y he aquí más que Jonás en este lugar.

³³Nadie pone en oculto la luz encendida, ni debajo del almud, sino en el candelero, para que los que entran vean la luz. ³⁴La lámpara del cuerpo es el ojo; cuando tu ojo es bueno, también todo tu cuerpo está lleno de luz; pero cuando tu ojo es maligno, también tu cuerpo está en tinieblas. ³⁵Mira pues, no suceda que la luz que en ti hay, sea tinieblas. ³⁶Así que, si todo tu cuerpo está lleno de luz, no teniendo parte alguna de tinieblas, será todo luminoso, como cuando una lámpara te alumbraba con su resplandor.

Como no pudieron encontrar falta en la lógica y la mordacidad de la reprensión de Jesús, los enemigos de Este probaron

otra estrategia: **Entonces respondieron algunos de los escribas y de los fariseos, diciendo: Maestro . . .** (Mt 12.38a). Había hipocresía implícita en el uso de este honroso título para referirse a Jesús (vea Lc 7.40). Después ellos dijeron, **deseamos ver de ti señal** (Mt 12.38b). Al haberle seguido los pasos a Cristo, ellos habían visto un milagro tras otro. Ese mismo día vieron que se hizo un milagro triple. ¿Qué más deseaban? Lucas dijo que ellos **le pedían señal del cielo** (Lc 11.16; énfasis nuestro). Tal vez estaban desafiando a Jesús a que produjera un portento venido del cielo, como el fuego de Elías que vino del cielo (1 R 18.36–38; 2 R 1.10).

Cristo no hacía «milagros a petición» (Mt 4.3–4; Lc 23.8–9). Jamás se rebajó a hacer milagros que sirvieran de banal exhibición («de espectáculo»). Además, sabía que ningún milagro, ya fuera del cielo, de la tierra o de debajo de la tierra, convencería a estos críticos de corazón endurecido. Respondió, diciendo:

La generación mala y adúltera demanda señal; pero señal no le será dada, sino la señal del profeta Jonás. Porque como estuvo Jonás en el vientre del gran pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches (Mt 12.39–40).

Esta fue una referencia velada a la resurrección de Jesús: Él resucitaría al tercer día de Su muerte y sepultura (Mt 16.21; 17.23; 20.19). Los enemigos de Cristo no entendieron Sus palabras; y tampoco las entendieron Sus discípulos. (Esto se dijo antes que Jesús anunciara a Sus apóstoles Su inminente muerte.) Sin embargo, la resurrección sería, y es, la más grande «señal» de que Cristo es el Hijo de Dios (Ro 1.4).

Hasta donde se puede distinguir, «Jesús sólo estuvo un día completo, dos noches completas y partes de otros dos días en el sepulcro».¹⁴ ¿Por qué dijo, entonces, que Él estaría «tres días y tres noches» en el sepulcro? J. W. McGarvey dio la siguiente explicación:

¹⁴McGarvey y Pendleton, 306.

... según la manera de calcular el tiempo de los judíos, parte de un día era todo un día, cuando este ocurría al comienzo o al final de una serie; de [Jesús] se dijo correctamente que estuvo tres días en el sepulcro. Los judíos tenían tres frases [que son las siguientes:] «al tercer día», «después de tres días» y «tres días y tres noches», que significaban lo mismo; esto es, tres días, de los cuales dos podrían ser fracciones de día. Con estos, los tres días y noches enteros se contarían como cuatro días, a menos que el cálculo comenzara a la puesta del sol, que era cuando exactamente comenzaba un día [Hch 10.1–30]. Vea ejemplos de la manera como los judíos calculaban el tiempo en [1 R 12.5, 12; Est 4.16; Mt 27.63–64].¹⁵

Jesús pasó después a resumir la reprensión de los escribas y fariseos (y de los que habían sido influenciados por ellos). Dijo que la impía Nínive no había sido tan obstinada como ellos, y que la reina de Sabá (**la reina del Sur**) había tenido mayor amplitud de mente (Mt 12.41–42; Lc 11.31–32). Combinó dos de Sus figuras retóricas favoritas para enseñar que si Sus críticos ensanchaban su corazón, la vida de ellos se llenaría de **luz** (Lc 11.33–36).

Una de las más llamativas ilustraciones de Cristo contaba acerca del demonio que salió de un hombre, y que después volvió con siete demonios peores que él (Mt 12.43–45; Lc 11.24–26). Esta pequeña parábola puede aplicarse de modo general; sin embargo, en el contexto, se refería a los dirigentes espirituales de los judíos. Después del cautiverio en Babilonia, ellos tuvieron que echar el «demonio» de la idolatría; sin embargo, no sustituyeron este «demonio», por una sólida fe en Dios y la obediencia a Su voluntad. Como resultado de esto, en ellos moraban ahora «siete demonios» peores que el anterior: «demonios» tales como la ignorancia, el prejuicio, la santurronería, la hipocresía, la incredulidad, la rebeldía y los valores equivocados. Note el *paralelo* de esta *parábola*: el paralelo entre un hombre lleno de demonios y los dirigentes judíos que estaban llenos de pecado. Estos dirigentes no estaban necesariamente poseídos por demonios, pero

¹⁵Ibíd.

definitivamente habían sido influenciados por el diablo y sus demonios.

LA FAMILIA DE JESÚS (MT 12.46–50; MR 3.31–35; LC 8.19–21; 11.27–28)

Mateo 12.46–50

⁴⁶Mientras él aún hablaba a la gente, he aquí su madre y sus hermanos estaban afuera, y le querían hablar. ⁴⁷Y le dijo uno: He aquí tu madre y tus hermanos están afuera, y te quieren hablar. ⁴⁸Respondiendo él al que le decía esto, dijo: ¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos? ⁴⁹Y extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: He aquí mi madre y mis hermanos. ⁵⁰Porque todo aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, y hermana, y madre.

Marcos 3.31–35

³¹Vienen después sus hermanos y su madre, y quedándose afuera, enviaron a llamarle. ³²Y la gente que estaba sentada alrededor de él le dijo: Tu madre y tus hermanos están afuera, y te buscan. ³³El les respondió diciendo: ¿Quién es mi madre y mis hermanos? ³⁴Y mirando a los que estaban sentados alrededor de él, dijo: He aquí mi madre y mis hermanos. ³⁵Porque todo aquel que hace la voluntad de Dios, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre.

Lucas 8.19–21; 11.27–28

¹⁹Entonces su madre y sus hermanos vinieron a él; pero no podían llegar hasta él por causa de la multitud. ²⁰Y se le avisó, diciendo: Tu madre y tus hermanos están fuera y quieren verte. ²¹Él entonces respondiendo, les dijo: Mi madre y mis hermanos son los que oyen la palabra de Dios, y la hacen.

²⁷Mientras él decía estas cosas, una mujer de entre la multitud levantó la voz y le dijo: Bienaventurado el vientre que te trajo, y los senos que mamaste. ²⁸Y él dijo: Antes bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la guardan.

El relato acerca de la familia de Jesús se incluye en Lucas 8, donde ilustra la necesidad de oír y obedecer. En el lugar donde Mateo y Marcos ubican el relato, Lucas incluye el episodio de la mujer que decía que la madre de Cristo era «bienaventurada» (Lc 11.27–28). En vista de que todos estos episodios enseñan básicamente la misma lección, los he puesto en un sólo grupo.

Al hablar Jesús de forma tan convincente, una mujer de entre la multitud clamó, diciendo: **Bienaventurado el vientre que te traje, y los senos que mamaste** (Lc 11.27b). Este es el único cumplimiento registrado del anuncio de María (Lc 1.48). Cristo respondió: **Antes bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la guardan** (Lc 11.28). Las palabras de Jesús en este versículo, y en Mateo 12.48–50, constituyen una fuerte condenación contra el erróneo culto a María.

No era que Jesús menospreciara a Su madre, a quien amaba. Esto es lo que se desprende del hecho de que una de las últimas inquietudes que tuvo antes de morir fue por Su madre (Jn 19.26–27). Sino que estaba recalcando que era más importante ser un hijo de Dios obediente que ser la madre de Cristo. Solamente había una persona que podía ser la madre natural del Señor, pero todos nosotros podemos ser Sus discípulos.

Esta importante verdad fue recalcada poco tiempo después. Al continuar dando Cristo la enseñanza a las multitudes (Mt 12.46), vinieron **sus hermanos y su madre** (Mr 3.31a). Como no pudieron llegar hasta Él por la multitud, le enviaron a decir que deseaban verlo (Mr 3.31b, 32). No sabemos con certeza por qué estaban buscando a Jesús. Marcos 3.21 y 3.31 parecen acomodarse bien; tal vez la familia había venido para llevarse a un reposo forzado. Cual fuera la razón, lo cierto es que las palabras **Tu madre y tus hermanos [...] te buscan** (Mr 3.32), constituían una interrupción de la presentación de Jesús.

El siempre Maestro de maestros, Cristo, convirtió la interrupción en una oportunidad para la enseñanza, al preguntar: **¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos?** (Mt 12.48). Señalando a Sus discípulos que estaban sentados cerca de Él, dijo: **He aquí mi madre y mis hermanos. Porque todo aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, y hermana, y madre** (Mt 12.49b, 50). Lucas expresó la declara-

ción de Jesús con estas palabras: **Mi madre y mis hermanos son los que oyen la palabra de Dios, y la hacen** (Lc 8.21).

No era que Cristo estuviera menospreciando los lazos familiares. Las responsabilidades familiares eran de suma importancia para Él (Mt 15.4–6; Jn 19.26–27; vea 1 Ti 5.8). No obstante, Él estaba recalcando una vez más que los lazos espirituales que nos unen con Él y con Su Padre constituyen una relación superior y mayor que la que tenemos con nuestra familia natural. Es maravilloso saber que si «[oímos] la palabra de Dios, y la [hacemos]» (Lc 8.21; vea Mt 7.21–27), podemos tener una relación con Jesús, la cual es más estrecha que la que Él tuvo con Su madre y con Sus hermanos naturales.

Estas fueron palabras alentadoras para los discípulos de Cristo (como lo son para nosotros), pero véalas también en el contexto de este día cuando el Señor había sido atacado tan implacablemente. Él necesitaba aglutinar a Su alrededor a un grupo de discípulos dedicados que le servirían de simiente para la iglesia, cuando Él estuviese ausente. Era imperativo que se establecieran estas nuevas relaciones, relaciones que fueran duraderas.

Faltaba mucho para que terminara el día. Eran muchas enseñanzas, y muchos importantes milagros, los que aún debían hacerse.

APLICACIÓN: NUESTRAS DOS FAMILIAS

(MT 12.46–50; MR 3.20–21, 31–35; LC 8.19–21)

Al final del segundo recorrido que hizo Jesús por Galilea, Este tuvo un día muy ocupado. El día comenzó con la sanidad de un endemoniado que era ciego y no podía hablar (Mt 12.22–23). Esto provocó que a Cristo se le acusara de echar fuera demonios por el poder del diablo (Mt 12.23–30). Después que Jesús respondió a tal alegato, Sus enemigos pidieron ver «señal del cielo» (Lc 11.16). En un día lleno de conflictos, un curioso incidente sucedió. (Lea la versión de Marcos, dada en Mr 3.31–35.)

Al leer esta sección, muchas preguntas se nos plantean: «¿Qué propósito tuvieron los autores del evangelio al contarnos acerca de esto?»; «¿Por qué no recibió Jesús a Su familia, especialmente

a Su madre?»; «¿Qué lección o lecciones desea Dios que aprendamos de este incidente?». Esperamos responder estas y otras preguntas en este estudio.

Las dos familias de Jesús

Comencemos con las dos familias de Jesús.

La familia física de Jesús

La mayoría está consciente de que Jesús nació en el seno de una familia natural. Su padre legal era José (Mt 1.16; Lc 3.23; Jn 1.45; 6.42), y Su madre era María (Mt 1.18; 2.11; 13.55; Lc 2.34). María era virgen cuando Cristo nació; pero después del nacimiento de Este, José y María vivieron juntos como marido y mujer. Ellos tuvieron cuatro hijos, medios hermanos de Jesús: «Jacobo, José, Simón y Judas» (Mt 13.55; vea Mr 6.3). También tenían por lo menos dos hijas (Mt 13.56; vea Mr 6.3). Por lo tanto, Cristo se crió en una casa de por lo menos nueve personas. Todo hace suponer que era un hogar feliz.

Sin embargo, cuando Jesús salió de su casa para comenzar Su ministerio público, Sus relaciones familiares cambiaron. Puede que haya habido algunos celos y resentimientos de parte de Sus hermanos menores. Juan informó de que estos no estuvieron dispuestos a recibirlo como Mesías, e incluso de vez en cuando se refirieron a Él con sarcasmo (Jn 7.3–5). La madre de Cristo, María, tenía una clara idea de quién era Él (vea Lc 2.19, 51), pero aun ella no entendía totalmente Su misión (vea Jn 2.3–4).

Esto nos lleva al episodio de Marcos 3. Comencemos nuestro análisis con el versículo 20, con el fin de captar algunos antecedentes:

Y se agolpó de nuevo la gente, de modo que ellos ni aun podían comer pan. Cuando lo oyeron los suyos, vinieron para prenderle; porque decían: Está fuera de sí (Mr 3.20–21).

En lugar de «los suyos», en la NIV se lee «su familia». La palabra «prenderle» indica que se proponían llevarse a Jesús a casa con ellos, lo deseara o no.

El hecho de que Jesús no se tomara el tiempo para comer, es probable que no fuera la única razón que Sus amigos y Su familia tuvieron para creer que «[estaba] fuera de sí». William Barclay enumeró varios factores que pudieron haber motivado que ellos llegaran a tal conclusión:¹⁶

1) Jesús había echado a perder la *estabilidad*. ¿Qué hombre sensato renunciaría a un oficio que le producía dinero todas las semanas, con el fin de convertirse en un vagabundo que no tenía dónde recostar la cabeza?

2) Era evidente que a Jesús no le preocupaba la *seguridad*. ¿Qué hombre racional enfrentaría a toda la plantilla judía, una batalla que estaba destinado a perder?

3) Jesús se estaba aislando cada vez más de la corriente principal de la *sociedad*. ¿Qué hombre razonable tendría esperanza de triunfar con una extraña mezcla de hombres incultos, de los cuales la mayoría tenían manos llenas de callos y algunos eran de dudosa reputación?

Burton Coffman escribió:

El celo por el servicio de Dios jamás ha sido entendido por hombres carnales y [empedernidos]. Se admira, se elogia y se imita el celo por los negocios, la guerra, la ciencia, el placer, la política y casi todo interés terrenal; pero dejen que un hombre se dedique totalmente al servicio de la santa religión, y los vecinos comenzarán a sacudir la cabeza, y a decir: «¡Ese asunto lo está llevando al extremo!».¹⁷

No hay certeza de que la expresión «los suyos» del versículo 21 se refiera a las mismas personas de la expresión «sus hermanos y su madre» del versículo 31, pero sí hay una progresión natural: En el versículo 21, los que lo buscaban decidieron que debían prenderle, de modo que «*salieron*» (énfasis nuestro; NASB) hasta

¹⁶William Barclay, *The Gospel of Mark (El evangelio de Marcos)*, rev. ed., The Daily Study Bible Series (Philadelphia: Westminster Press, 1975), 76–77. Los párrafos que siguen constituyen un resumen mío de los puntos Barclay.

¹⁷James Burton Coffman, *Commentary on Mark (Comentario de Marcos)* (Austin, Tex.: Firm Foundation Publishing House, 1975), 63.

donde Él estaba. Pasado algún tiempo (Mr 3.22–29), «*Vienen después sus hermanos y su madre*» al lugar donde Él se encontraba (Mr 3.31; énfasis nuestro). Ciertamente parece que las personas de los versículos 21 y 31 son las mismas.

Si hay alguna relación entre los versículos 21 y 31, y si María y los hermanos de Jesús habían venido para ayudarlo, «a pesar de Él mismo», surge esta pregunta: «¿Por qué estaría de acuerdo la madre de Cristo con tal plan?». Después de todo, ella tenía mayor discernimiento de quién era Jesús que el que tenían los hermanos de Este. Esto es cierto, pero tenga presente dos datos: (1) Aunque ella tenía algún conocimiento de quién era Jesús, el entendimiento de ella todavía era incompleto; y (2) ella todavía era una madre, que se preocupaba como madre. ¿Qué madre no se preocupa de que su hijo no se alimente como es debido? Es probable que no se angustiara como los demás por el estado mental de su Hijo, pero sí podía fácilmente haberse preocupado por Su seguridad.

El amor obliga a que interpretemos de la manera más favorable los propósitos de María y de los hermanos de Jesús. Aun si sus motivos fueran equivocados, es probable que creyeran que su intervención sería «para Su propio bien».

Esto nos lleva a Marcos 3.31: «*Vienen después sus hermanos y su madre*» (Mr 3.31a), hasta donde Jesús estaba. Y había «gente que estaba sentada alrededor de él» (Mr 3.32a), y Cristo «aún hablaba a la gente» (Mt 12.46). La gente se agolpaba de forma tan ajustada alrededor de Jesús que María y los hermanos «no podían llegar hasta él por causa de la multitud» (Lc 8.19; compare con Mr 2.1, 2)

Según Mateo, «su madre y sus hermanos estaban fuera, y le querían hablar» (Mt 12.46). Es probable que trataran de conseguir la atención de Jesús, pero este, o no los oyó o los pasó por alto. Entonces enviaron a decirle que deseaban hablar con Él. Me los imagino susurrándole a alguno de los que se encontraban en los bordes de la multitud, y luego a este susurrándole al que estaba al frente, y así sucesivamente, diciendo: «Pasen el mensaje. ¡La madre y los hermanos de Jesús están aquí y desean hablarle!». Al final el mensaje llegó a los que se encontraban en primera fila, y varios¹⁴ de estos interrumpieron a Cristo, diciéndole: «Tu madre

y tus hermanos están afuera, y te buscan» (Mr 3.32).

Hayan sido los motivos buenos, malos, o ni uno ni lo otro; lo cierto es que fue osado de parte de la familia de Jesús no haber estado dispuestos a esperar a que Él terminara Su enseñanza. Esto es lo que en efecto estaban diciendo: «Somos *familia*. Deberías detenerte y vernos *ahora*. ¡Lo que *queremos* es más importante que lo que *estás haciendo!*».

La familia espiritual de Jesús

La impertinente petición puso a Cristo «en una de las situaciones más penosas, en uno de los dilemas más delicados de su ministerio terrenal». ¹⁸ Él habría deseado no desairar a Su familia, pero tenía que hacerle ver a esta, y a los demás que estaban presentes, la naturaleza y la importancia de Su obra.

¿Qué hizo el consumado Maestro cuando se vio ante aquella situación? Convirtió la inoportuna interrupción en una oportuna instrucción. Preguntó: «¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos?» (Mt 12.48). Luego respondió: «... todo aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, y hermana, y madre» (Mt 12.50).

No era que Cristo estuviese menospreciando a la familia, cuando dijo tales palabras. Hay algunas sectas que insisten en que sus discípulos rompan los lazos que les unen a su familia natural, pero Jesús no enseñó ningún principio de tal naturaleza, ni alentó a hacer tal cosa. Para Él era importante la familia. A los escribas y fariseos los reprendió por no honrar y cuidar a sus padres (Mt 15.1–8). Uno de Sus últimos actos antes de morir consistió en cerciorarse de que Su madre recibiera el cuidado necesario (Jn 19.26–27). William Arnot escribió:

Él amaba a su madre y a sus hermanos con verdadero afecto de hijo y de hermano. El seno en que durmió cuando era niño, nunca lo rompió cuando llegó a joven, ni cuando llegó a hombre. A la mujer que lo abrigó desde

¹⁸Charles R. Erdman, *The Gospel of Mark (El evangelio de Marcos)* (Philadelphia: Westminster Press, 1967), 74.

que nació, Él la quiso en Su corazón hasta la muerte.¹⁹

Sin embargo, el Señor quiso dejar claro que hay una relación más profunda, más preciosa, y más permanente que cualquier lazo terrenal.

Para que quedara claro lo que iba a decir, Cristo miró «a los que estaban sentados alrededor de él» y dijo: «He aquí mi madre y mis hermanos» (Mr 3.34). Según el relato de Mateo, Él extendió «su mano hacia sus discípulos», mientras decía: «He aquí mi madre y mis hermanos. Porque todo aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, y hermana, y madre» (Mt 12.49–50). Observe que Jesús no incluyó al «Padre» en esta lista, pues tal función está reservada únicamente para Dios (Mt 23.9).

No le dé importancia a cuáles discípulos califican como «hermanos», cuáles como «hermanas», o cuáles como «madre» de Jesús. Él no estaba poniendo a los cristianos en tres categorías diferentes. Más bien, esta fue una manera llamativa de decir: «Todo aquel que hace la voluntad de Mi Padre es Mi *familia*, Mi *familia* espiritual». Para usar la terminología de Lucas, Él recalcó que Su familia se componía de «los que oyen la palabra de Dios, y la hacen» (Lc 8.21).

En Mateo y en Marcos, Cristo habló de hacer «la *voluntad*» del Padre, mientras que en Lucas la frase que se usa es «la *palabra* de Dios». No hay contradicción alguna. La única manera como podemos conocer la *voluntad* de Dios es por medio de Su *Palabra*.

Para llegar a ser parte de la familia del Señor, debemos *oír* la Palabra de Dios; y después debemos *hacerla* (vea Mt 7.21–27). ¿Qué supone la idea de «hacer»? «Hacer» la Palabra equivale a creer todo lo que enseña, obedecer todo lo que manda, y esperar todo lo que promete.

Los judíos del tiempo de Cristo necesitaban esta lección. Ellos creían que siempre iban a ser parte de la familia de Dios por ser descendientes de Abraham (Lc 3.7–9; Jn 8.39). Necesitaban entender que el parentesco sanguíneo no garantizaba un lugar en la

¹⁹ William Arnot, *Lesser Parables of Our Lord (Parábolas menores de nuestro Señor)* (Grand Rapids, Mich.: Kregel Publications, 1884), 115.

casa de Dios (vea Ro 9.6–7). Descender de Abraham no era tan importante como la decisión de seguir a Jesús. Lo que valía no era el linaje sino actuar. Si deseaban una relación continua con el Padre, debían *oír y hacer*.

Usted y yo también necesitamos esta lección. Es importante oír la Palabra (Ro 10.17). Es admirable leer la Biblia todos los días (Hch 17.11) y asistir a todas las clases bíblicas y cultos que sea posible (He 10.25). A un predicador le llena de entusiasmo ver a sus oyentes abrir la Biblia y tomar notas cuando Él está predicando (vea Sal 119.16). No obstante, por más admiradas que sean estas actividades, «de nada aprovecharán» si uno se limita a oír la Palabra y después no hace nada acerca de lo que oye. El medio hermano de Jesús, Santiago, escribió: «Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos» (Stg 1.22).

Hemos visto, entonces, que Jesús tenía dos familias: la primera era la familia natural, y la segunda era la espiritual. Él enseñó que uno llega a ser parte de la segunda por la obediencia al Señor. Recalcó que, aunque la familia natural es importante, lo es infinitamente más la familia espiritual.

Las dos familias del cristiano

Volvamos ahora a las dos familias de las cuales usted y yo somos miembros.

Familias físicas

Dios me bendijo con un padre y una madre cristianos. Ellos son Dave H. y Lillian Roper. También me bendijo con un hermano que se llama Coy. El Señor me bendijo además al darme una esposa cristiana, Jo; tres hijas, Cindy, Debbie y Angi; dos yernos, Ricardo Honaker y Dan Lovejoy; y dos nietos, Seth David y Rachel. Estos y otros miembros de mi familia son para mí más importantes que la vida.

Usted también nació en el seno de una familia natural. Espero que haya sido una familia cristiana; pero aunque no haya sido así, es probable que haya tenido personas que cuidaron de usted y llenaron sus necesidades. Tal vez, al igual que yo, esté usted casado y tenga hijos, o puede ser que no. Cual sea su situación,

espero que aprecie el valor fundamental de la familia. Fue la primera institución establecida por Dios (Gn 2.18, 21–24; 4.1) y es todavía la piedra angular de la sociedad.

Lamentablemente, hay quienes no han comprendido cuán importante es la familia. Hay quienes abandonan a sus familias, mientras que otros las descuidan. Hay padres que no cuidan de sus hijos, y algunos hijos no cuidan de sus padres ancianos. Pablo escribió que «si alguno no provee para los suyos, y mayormente para los de su casa, ha negado la fe, y es peor que un incrédulo» (1 Ti 5.8). Otra enseñanza que dio el apóstol es que los hijos y los nietos deben aprender «primero a ser piadosos para con su propia familia» (1 Ti 5.4).

La familia espiritual

Si entendemos cuán importante es la familia natural, entonces la siguiente aseveración tendrá un significado extra: Hay una familia mucho más importante, la familia espiritual, la familia de Dios. Pablo escribió a los cristianos que estaban en Éfeso, diciéndoles: «Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios» (Ef 2.19; énfasis nuestro). En Gálatas 6.10, a esta familia se le llama «la familia de la fe». En 1 Pedro 4.17 se le llama «la casa de Dios» (vea Ef 3.15).

¿Cuál es esta familia espiritual? Pablo dijo que es la iglesia. Esto fue lo que le dijo a Timoteo: «... te escribo [...] para que [...] sepas cómo debes conducirte en *la casa de Dios*, que es *la iglesia del Dios viviente*, columna y baluarte de la verdad» (1 Ti 3.14–15; énfasis nuestro).

En esta familia, Dios es nuestro Padre (Mt 6.9; Ro 1.7), y nosotros somos Sus hijos (Jn 1.12–13; Ro 8.14–15; Ef 5.1; Fil 2.15; 1 Jn 3.1–2). Pablo escribió: «El Espíritu mismo da testimonio [...] de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo» (Ro 8.16–17). El apóstol Pablo citó estas palabras de Dios: «Y seré a vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso» (2 Co 6.18). En esta casa espiritual, los demás miembros de la iglesia son nuestros hermanos y hermanas (Hch 6.3; Ro 16.1; 1 Co 7.15; Flm 1–2; Stg 2.15).

¿Cómo llegamos a ser parte de esta familia? Jesús dijo que llegamos a ser parte de Su familia cuando oímos y hacemos la Palabra. Juan escribió que llegamos a ser hijos de Dios por medio de un «nuevo nacimiento» (vea Jn 1.11–13; 3.3, 5). Lucas consignó que las personas llegaron a ser parte de la familia de Dios, la iglesia, cuando creyeron en Cristo, se arrepintieron de sus pecados, y se bautizaron (fueron sumergidos en agua) para el perdón de los pecados (Hch 2.36–38, 41, 47; vea 1 Co 12.13). Esto no significa que haya tres maneras de llegar a ser parte de la familia de Dios; sino que Jesús, Juan y Lucas se estaban refiriendo a un mismo proceso. ¿En qué consiste ese proceso?

Oímos la Palabra, que produce fe (Ro 10.17). Luego debemos «hacer» esa Palabra, por medio de arrepentirnos de nuestros pecados (Lc 13.3), confesar nuestra fe en Jesús (Mt 10.32), y ser bautizados —sumergidos en agua— (Mr 16.16; Hch 22.16). Cuando hacemos esto, «[nacemos] de agua y del Espíritu» (Jn 3.5) a la familia de Dios. Pedro escribió: «... habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad [...] siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre» (1 P 1.22–23). Es de este modo que llegamos a ser miembros de la familia de Dios.

Yo le doy gracias a Dios por la familia natural. Le agradezco aún más por Su familia espiritual, la iglesia. He aquí una breve comparación de las dos: tanto la familia física como la espiritual son instituciones establecidas por Dios. La primera es natural; la segunda es sobrenatural. A la primera se entra por un nacimiento natural, mientras que a la segunda por un nacimiento espiritual. La primera tiene como propósito la generación, mientras que la segunda la regeneración (Tit 3.5). La primera es para esta vida (Mt 22.30), mientras que la segunda es para esta vida y para la eternidad (He 12.23). La primera es importante; la segunda es esencial. La primera es buena; la segunda es mejor. Debo añadir que la entrada en las dos es posibilitada por el sufrimiento: en la primera, por el sufrimiento de nuestra madre; y en la segunda, por el sufrimiento de Jesús en la cruz, por nuestros pecados. (Vea Hch 20.28; Ef 5.23, 25.)

William Barclay escribió que el verdadero parentesco reside en participar en una misma experiencia, un mismo interés, una

misma obediencia y un mismo objetivo.²⁰ Es en la familia de Dios, la iglesia, donde encontramos todos los anteriores. Son innumerables las veces que he oído a algún miembro de la iglesia decir que se siente más cercano a sus hermanos y hermanas en Cristo que a sus hermanos y hermanas carnales.

No tengo palabras para expresar cuán maravilloso es ser parte de la familia de Dios. Sería un honor ser miembro de la familia real de un país que tenga monarquía. Serían innumerables las ventajas de tener un padre multimillonario. Sin embargo, ninguno de los anteriores privilegios se compara con formar parte de la familia del Señor, en la que Dios es el Padre. Al finado C. R. Nichols se le dijo una vez que él caminaba como si fuera «dueño del mundo», a lo cual respondió el venerable anciano predicador: «¡Mi Padre lo es!».

En vista de que la familia espiritual es tan importante, Jesús enseñó que la lealtad a esta familia debe trascender todas las demás lealtades (vea Lc 9.59-62). Las siguientes son las sorprendentes palabras que dijo en Lucas 14.26: «Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo». Una vez, Gordon Powell invitó a los oyentes de su programa de radio a sugerir temas de sermón para una serie titulada «Dichos difíciles de entender de Jesús». Recibió más peticiones para predicar sobre Lucas 14.26 que para cualquier otro texto.²¹

Puede que usted ya haya entendido que la palabra «aborrecer» de Lucas 14.26 no significa lo mismo que normalmente damos a entender por «aborrecer». De otro modo, Jesús estaría contradiciéndose a sí mismo. En el Sermón del Monte, Él enseñó que se debe amar a los enemigos (Mt 5.44). Obviamente, Él jamás nos mandaría amar a nuestros enemigos mandando al mismo tiempo aborrecer a nuestra familia.

La aparente discrepancia desaparece cuando descubrimos que la palabra «aborrecer» se usa a veces en la Biblia para dar a entender «amar menos» (vea Dt 21.15). Que este es el signi-

²⁰ Barclay, 82-83.

²¹ Gordon Powell, *Difficult Sayings of Jesus (Dichos difíciles de Jesús)* (S. 1.: Fleming H. Revell Co., 1962), 21.

ficado de «aborrecer» en Lucas 14.26 resulta aparente cuando comparamos esa aseveración con otra parecida de Mateo 10.37: «El que ama a padre o madre *más que* a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija *más que* a mí, no es digno de mí». (Énfasis nuestro.) Por lo tanto, lo que Cristo estaba diciendo en Lucas 14.26, era que nosotros debemos amar a nuestra familia natural *menos que* a Él y a Dios.

Sin embargo, debemos tener el cuidado de no diluir las palabras radicales de Lucas 14 hasta el punto de que pierdan su impacto. Nuestro amor por Dios y por Su familia debe ser tan grande que, *en comparación*, a nuestro amor por nuestra familia natural, se le podría llamar *aborrecimiento*.

Una vez más recalco que esto no significa que debemos descuidar nuestra familia natural. La mayoría de los que ponen la iglesia, o el reino, en primer lugar (Mt 6.33) descubren que mejoran las relaciones dentro de su familia natural (vea Ef 5.25, 28, 33; 6.1–4). William Hendriksen dijo que «guardar esta norma [ser leal primero a nuestra familia espiritual] es [...] el más grande favor que le podemos hacer a nuestra familia terrenal».²²

Sus dos familias

Hemos hablado acerca de las dos familias de Jesús, y de las dos familias del cristiano. Hagamos ahora un análisis más detenido de sus dos familias.

Las dos en armonía

Cuando sus dos familias coinciden, usted «lo tiene todo».

Volvamos por un momento al relato con que comenzamos. Como ya es conocido, después de haber consignado el incidente, a los autores aparentemente no les interesó contarnos lo que pasó después. Después de la reprensión de Jesús, ¿se quedaron cerca la madre y los hermanos de Este? Después de terminar de enseñar a la multitud, ¿conversó Él con Su familia? No se nos informa de ello. Pero si de algo podemos estar seguros, ello es

²²William Hendriksen, *New Testament Commentary: The Gospel of Luke* (Comentario del Nuevo Testamento: El evangelio de Lucas) (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1978), 437.

que Jesús no permitió que Sus familiares, ni nadie más, le impidieran cumplir Su misión. Nadie iba a llevárselo a un reposo forzado. También podemos tener suficiente certeza de que Jesús no pasaba por alto a su familia cuando se tomaba recesos de su trabajo. Tanto Su madre como Sus hermanos volverán a aparecer en el relato de su vida, y no hay indicio de que Cristo hubiese roto lazos con ellos (Jn 7.2–10; 19.25–27).

No obstante, mi propósito al volver a las relaciones de Jesús con Su familia, es recalcar que esta historia tuvo un final feliz. Con el tiempo, Sus hermanos llegaron a creer en Él. Después que resucitó, se apareció, entre otras personas, a Su medio hermano Jacobo (1 Co 15.7). Su madre y Sus hermanos estaban con los apóstoles cuando estos esperaban en Jerusalén la venida del Espíritu Santo (Hch 1.14). Jacobo llegó a ser uno de los dirigentes de la iglesia en Jerusalén (Hch 12.17; 15.13; 21.18; Gá 1.19) y escribió el libro de Santiago (Stg 1.1).²³ Otro de Sus medios hermanos, Judas, escribió el libro de Judas (Jud 1). Eusebio, el historiador de la iglesia, dijo que los demás hermanos también sirvieron como dirigentes en diferentes congregaciones (vea 1 Co 9.5).

En otras palabras, la familia natural de Jesús al final llegó a formar parte de Su familia espiritual. Usted debería de estar agradecido si los miembros de su familia física son cristianos.

Las dos en conflicto

Lamentablemente, las dos familias pueden no siempre coincidir. A veces ocurren serios conflictos. Jesús previó esto, cuando dijo:

No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada. Porque he venido para poner en disensión al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra; y los enemigos del hombre serán los de su casa (Mt 10.34–36).

Esto fue lo que dijo Jesús a Sus discípulos: «Mas seréis entrega-

²³N. del T.: «Santiago» es otro nombre dado a Jacobo.

dos aun por vuestros padres, y hermanos, y parientes, y amigos; y matarán a algunos de vosotros» (Lc 21.16). Estos dos pasajes no significan que Cristo deseara que hubiera discordia en las familias, sino que Él sabía que la naturaleza del evangelio y la dedicación que este exigía, no serían entendidas por personas de mentalidad mundana, y que a veces serían inevitables los conflictos.

No estoy proponiendo que usted se desviva por provocar problemas en su casa o entre sus amigos. Pablo escribió: «Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres» (Ro 12.18). Lo que estoy diciendo es que si a pesar de sus mejores esfuerzos por llevarse bien con los demás, su familia igual lo abandona, consuéllese con saber que el Señor no le abandonará a usted (He 13.5). Preste oído usted a Su promesa:

Respondió Jesús y dijo: De cierto os digo que no hay ninguno que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por causa de mí y del evangelio, que no reciba cien veces más ahora en este tiempo; casas, hermanos, hermanas, madres, hijos, y tierras, con persecuciones; y en el siglo venidero la vida eterna (Mr 10.29, 30).

Conclusión

Si sus dos familias no coinciden, haga cada esfuerzo posible para traer a esos que usted ama a la familia de Dios, la iglesia. Aun si no tiene éxito, tendrá consuelo al saber que hizo lo que pudo.

SECCIÓN IV

EL PRIMER GRAN GRUPO DE PARÁBOLAS

Incluye una armonía de

Mt 13.1–53

Mr 4.1–34

Lc 8.4–18

LA OCASIÓN Y EL AMBIENTE (MT 13.1–3; MR 4.1–2; LC 8.4)

Un evento clave de lo que ha ido llamado el «Día ocupado» fue la acusación que hicieron los fariseos de que Jesús estaba echando fuera demonios por el poder de Satanás. La confrontación que siguió marcó un momento decisivo del ministerio de Cristo. Un resultado fue que Jesús cambió Su estilo de predicación: Su enseñanza en público se hizo cada vez más por parábolas (Mt 13.34–35; Mr 4.33–34). Otra consecuencia fue el primer retiro, de los que da cuenta el registro, hacia el otro lado del mar de Galilea (Mr 4.33, 35).

Antes de Su retiro, el Señor se dirigió a una multitud, usando Su «primer gran grupo de parábolas». El presentó tres a «grandes grupos» de parábolas en total. El segundo grupo se encuentra en Lucas 15.1—16.31. El tercero se encuentra en Mateo 21.23—22.14, y en pasajes relacionados en Marcos y en Lucas.

Mateo 13.1–3

¹Aquel día salió Jesús de la casa y se sentó junto al mar. ²Y se le juntó mucha gente; y entrando él en la barca, se sentó, y toda la gente estaba en la playa. ³Y les habló muchas cosas por parábolas, diciendo: He aquí, el sembrador salió a sembrar. . . .

Marcos 4.1–2

¹Otra vez comenzó Jesús a enseñar junto al mar, y se reunió alrededor de él mucha gente, tanto que entrando en una barca, se sentó en ella en el mar; y toda la gente estaba en tierra junto al mar. ²Y les enseñaba por parábolas muchas cosas, y les decía en su doctrina

Lucas 8.4

⁴Juntándose una gran multitud, y los que de cada ciudad venían a él, les dijo por parábola.

Después del incidente con Su madre y hermanos, Cristo salió de la casa donde había estado enseñando y fue a uno de Sus sitios favoritos: la ribera del mar de Galilea (Mt 13.1; Mr 4.1). Como ya era costumbre, la gente vino de todo lugar a oírlo (Lc 8.4), y una vez más se vio obligado a hablar desde una barca, mientras la multitud estaba de pie en la orilla (Mt 13.2; Mr 4.1). Puede que la situación ya fuera conocida, pero no así Su sermón: Este consistió en una serie de relatos —todos breves, algunos muy breves— que el evangelista anuncia, diciendo: **Y les habló muchas cosas por parábolas** (Mt 13.3a; vea Mt 4.2a; Lc 8.4).

Jesús ya había usado parábolas anteriormente. En la versión que da Lucas del Sermón del Monte, se dice que Cristo «[dijo] una parábola» acerca del ciego que guía a otro ciego (Lc 6.39). Cuando Jesús comió con Simón el fariseo, Él habló la parábola de los dos deudores (Lc 7.41–42). La mayoría de los estudiosos coinciden en que la historia de los dos deudores es una parábola, aunque no se le designe como tal en el texto. Muchos clasifican como parábola Su ilustración de los siete demonios (Lc 11.24–26). Lo que hubo de diferente en esta ocasión fue el amplio y exclusivo uso que hizo Cristo de las parábolas. Mateo escribió: «Todo esto habló Jesús por parábolas a la gente, y sin parábolas no les hablaba» (Mt 13.34; vea Mr 4.33–34). El punto primordial de la aseveración, «sin parábolas no les hablaba», era una referencia a la enseñanza que estaba dando Jesús en ese momento junto al mar de Galilea. Después de esto, Cristo habló a las multitudes usando métodos que no eran parábolas. No obstante, a partir de ese momento, las parábolas jugaron un papel mucho más importante en Su enseñanza. En lugar de usar parábolas para ilustrar Su enseñanza, las parábolas se convirtieron en el instrumento de Su enseñanza.

Jesús no fue el único predicador que usó parábolas. Las parábolas también formaron parte del repertorio de oradores anti-*qu*otestamentarios (Sal 78.2; Ez 17.2; 20.49; 24.3; Os 12.10). Sin

embargo, Cristo es «el único maestro de la historia que se distingue en alguna medida notable, por el uso que hace de las parábolas».¹ Cada vez que se mencionan las parábolas, invariablemente las relacionamos con Él. F. LaGard Smith escribió: «Como el Gran Maestro que es, Jesús usa numerosos métodos para enseñar a sus discípulos [...] De todos Sus métodos, sin embargo, tal vez el más interesante y característico modo de enseñar, sea el uso que hace de las parábolas».² H. I. Hester dijo: «Las parábolas de Jesús no tienen parangón en cuanto a su belleza literaria: “Constituyen la más excelente muestra de arte literario del mundo, al combinar sencillez, profundidad, emociones básicas e intensidad espiritual”».³

En vista de que las parábolas figuran con tanta prominencia en el resto del ministerio de Jesús, necesitamos hacer un análisis general de ellas. Luego trataremos brevemente las diez parábolas más o menos, que habló Cristo en aquel que llamamos «el día ocupado».

Parábolas: ¿Qué?

La palabra «parábola» proviene de una palabra griega compuesta (παρὰβολή, *parabole*) que combina la preposición griega que significa «al lado de» (παρά, *para*) con la forma sustantiva del verbo que significa «echar» (βάλλω, *ballo*). De modo que significa literalmente «lo que se echa al lado de». Está relacionada con la palabra «paralelo», que se puede ilustrar por medio de trazar dos líneas paralelas

Lo que se hacía en una parábola, era tomar una aseveración o historia (por lo general hablada), para «echar al lado de» una verdad espiritual (por lo general no hablada). Tal aseveración o historia era por lo general engañosamente simple, pero su pro-

¹J. W. McGarvey y Philip Y. Pendleton, *The Fourfold Gospel or A Harmony of the Four Gospels* (El evangelio cuádruple o Una armonía de los cuatro evangelios) (Cincinnati: Standard Publishing Co., 1914), 338.

²F. LaGard Smith, *The Narrated Bible in Chronological Order* (La Biblia Narrada en orden cronológico) (Eugene, Oreg.: Harvest House Publishers, 1984), 1394.

³H. I. Hester, *The Heart of the New Testament* (La esencia del Nuevo Testamento) (Liberty, Mo.: Quality Press, 1963), 147. Hester citó a William Sanday (1843–1920), predicador, autor y profesor de nacionalidad inglesa, en Cambridge.

pósito era enseñar una verdad importante y profunda. El paralelismo se puede ilustrar como sigue:

verdad o historia hablada
verdad o historia no hablada

Mientras las parábolas intentaban comunicar una verdad divina, una situación más o menos conocida era enunciada, mientras que la verdad espiritual desconocida era generalmente no enunciada pero implícita.

En algunos libros de hermenéutica, (el estudio de cómo interpretar las Escrituras) la definición técnica de parábola es «símil extendida». Un símil es una figura retórica que hace una comparación y que por lo general emplea las expresiones «como» o «semejante a». Los refranes «astuto como zorra» y «rojo como remolacha» constituyen símiles. Algunas parábolas pueden definirse de esta manera; sin embargo, en el Nuevo Testamento, el término no se limita de este modo. Algunas parábolas se introducen con «semejante a», con «como», o con alguna otra expresión parecida (Mt 13.31, 33, 44–45), pero no todas se introducen así (Mt 13.3; vea Lc 7.41–42). Además, a veces la parábola no es «extendida» en ningún sentido del término, sino que es notablemente breve (Lc 6.39).

A la parábola también se le ha llamado «historia terrenal con significado celestial». Esta definición le viene bien a las parábolas más conocidas, tales como la del buen samaritano (Lc 10.30–37) y la del hijo perdido (Lc 15.11–32), pero hay ciertas parábolas que serían difíciles de clasificar como historias (vea Lc 6.39; 8.16).

Repase diferentes listados de las parábolas de Jesús, y encontrará pasajes que podrían clasificarse como símiles, metáforas, alegorías u otras figuras retóricas relacionadas. A veces las parábolas son lo que por lo general llamamos ilustraciones. En Lucas 4.23, Cristo se refirió a un proverbio como una parábola. Debido al extendido uso que se hace del término «parábola» en el Nuevo Testamento, es difícil encontrar dos listados de parábolas de Jesús que coincidan en su totalidad. Lo mejor es, por lo tanto, considerar una parábola neotestamentaria como una com-

paración entre una situación más o menos conocida y una verdad espiritual desconocida.

Por regla general, las parábolas de Jesús tratan sobre eventos cotidianos, situaciones con las cuales Sus oyentes tropezaban todos los días en sus familias y en sus negocios. A veces, usaba lo menos conocido —tal como el mundo de los demonios (Lc 11.24–26) o el estado de los muertos (Lc 16.19–31)— sin embargo, ninguna de Sus parábolas debería considerarse un «cuento de hadas». Todas se basaron en la *realidad*.

Parábolas: ¿Por qué?

El hecho de que Jesús usara tanto las parábolas en esta ocasión, sorprendió a Sus discípulos. Después que terminó, se acercaron a Él en privado, y le preguntaron: «¿Por qué les hablas por parábolas?» (Mt 13.10). ¿Por qué usó parábolas Cristo?

En primer lugar, usó parábolas para revelar la verdad a los que estaban libres de prejuicios. Como regla general, cuando consideramos el propósito de las parábolas, lo primero en que pensamos, es en el valor positivo de ellas:

Las parábolas captan nuestra atención: Casi a todo el mundo le agrada oír una historia.

Las parábolas nos ponen a pensar: Hacen que nos preguntemos el significado de lo que estamos oyendo.

Las parábolas iluminan nuestro entendimiento: Ilustran principios abstractos.

Las parábolas facilitan nuestra retención: Son fáciles de recordar.

Las parábolas contribuyen a nuestro entendimiento y aprecio de los conceptos espirituales. No hay duda de que también les ayudaron a los discípulos de Jesús. Cristo comparó al maestro sabio con un hombre «que saca de su tesoro cosas nuevas y cosas viejas» (Mt 13.52). Las parábolas eran una nueva manera de enseñar verdades antiguas.

En segundo lugar, usó las parábolas para ocultar verdades a los que estaban llenos de prejuicios. Cuando los discípulos de Jesús le preguntaron a Este por qué enseñaba por parábolas, Él no se centró

en lo positivo, sino en lo negativo. Dijo: «Por eso les hablo por parábolas: porque viendo no ven, y oyendo no oyen, ni entienden» (Mt 13.13). Citó palabras de Isaías, cuando dijo: «Porque el corazón de este pueblo se ha engrosado, y con los oídos oyen pesadamente, y han cerrado sus ojos...» (Mt 13.15; vea Is 6.10).

Cuando lea usted estas palabras, tenga presente el contexto: Al acusar a Jesús de echar fuera demonios por el poder de Beelzebú, los fariseos demostraron que sus corazones estaban irreversiblemente endurecidos. Era obvio que no escuchaban a Jesús para conocer la verdad, sino para encontrar motivo para atraparlo. En este ambiente hostil, Jesús comenzó a contar «historias», historias que probablemente no parecían tener sentido para los que no estaban dispuestos a aprender, pero que arrojaban luz en el corazón de los que estaban dispuestos a tomarse el tiempo para descubrir el significado de ellas (Mt 13.16, 17).

De este modo, las parábolas separaban a los corazones sinceros de los endurecidos. En un sentido, constituían un juicio para los que estaban llenos de prejuicios.

Parábolas: ¿Cómo?

En vista de que las parábolas ocupan un lugar cada vez más prominente en nuestro estudio del ministerio de enseñanza de Cristo, deberíamos decir algunas palabras sobre cómo interpretarlas.

El procedimiento general para interpretar figuras retóricas de la Biblia, consta de tres pasos: (1) entender la figura; (2) determinar la verdad bíblica con la cual se relaciona; (3) determinar qué tienen en común la figura y la verdad bíblica. Estos pasos pueden adaptarse para el estudio de las parábolas: (1) Hay que averiguar todo lo que se pueda acerca de los antecedentes de la historia o de la aseveración hecha por Jesús. Las situaciones que la rodeaban pudieron haber sido conocidas para Sus primeros oyentes, pero no así para los que vivimos hoy. (2) Hay que tratar de determinar la verdad fundamental que se enseña. De vez en cuando, Jesús explicó detalladamente la parábola (Mt 13.18–23, 36–43). Algunas veces, después de la parábola, hizo una aplicación (Lc 7.42b–47; 10.29, 36–37; 12.40). El contexto a menudo proporciona una pista en cuanto al mensaje de la parábola (Lc 15.1–3; 18.1). A veces, la única ayuda que uno recibirá, es un conocimiento gene-

ral de las verdades de Cristo sobre el reino. (3) Por último, hay que poner la parábola al lado de la verdad enseñada, para ver cómo la parábola arroja luz sobre la verdad fundamental.

En relación con el tercer paso, debe entenderse que, como regla general, en toda parábola se recalca *una sola verdad central*. Esto tiene sus excepciones pero debemos tener cuidado de no darle a una parábola mayores interpretaciones de las que se debe, y también tener cuidado de no tratar de hacer que todos los detalles signifiquen algo. Por ejemplo, en la parábola acerca un hombre que compró un campo con el fin de obtener un tesoro que estaba enterrado en él (Mt. 13.44). El punto de la parábola es que el reino es valioso, no lo es que debemos imitar las acciones del hombre (que, en el mejor de los casos, eran sospechosas). La de los dos deudores no identifica a Dios con los inescrupulosos prestamistas de aquellos tiempos. De la misma manera, si tratáramos que todos los detalles «correspondan» con algún significado, las palabras de Jesús en Lucas 12.39–40, insinuarían que Él es un ladrón, y la parábola de Lucas 18.1–6 señalaría a Dios como un juez injusto.

Hay más principios generales para interpretar parábolas, que deberían entenderse, entre los cuales se encuentran los siguientes: (1) La mayoría de las parábolas son de la clase que se conoce como «parábolas del reino» (vea Mt 13.24, 31, 33, 44, 47). El propósito de estas era revelar algún aspecto del reino, incluyendo cómo se debían comportar los ciudadanos del reino, esto es, de la iglesia. (2) Cuando dos parábolas tienen detalles parecidos, los detalles no necesariamente tienen el mismo significado en ambas parábolas. Por ejemplo, en la parábola del sembrador, «la semilla es la palabra de Dios» (Lc 8.11), mientras que en la parábola de la cizaña, las semillas «son los hijos del reino» (Mt 13.38). (3) En vista de que las parábolas son figuras retóricas, lo que ellas hacen es básicamente ilustrar verdades ya reveladas, antes que revelar verdades nuevas. Por lo tanto, se debería «tener cuidado al tratar de probar alguna doctrina religiosa tan sólo con base en la interpretación de una única parábola».⁴

⁴John Franklin Carter, *A Layman's Harmony of the Gospels (Una armonía de los evangelios para el laico)* (Nashville: Broadman Press, 1961) 89.

No sabemos si están consignadas todas las parábolas que se hablaron ese día (Mr 4.2); sin embargo, Mateo informó de por lo menos nueve de ellas. Marcos recoge varias de las mismas parábolas de Mateo, y una que este no incluyó. Sólo una de las parábolas se encuentra en Lucas: la parábola del sembrador.

LA PARÁBOLA DEL SEMBRADOR, Y LA EXPLICACIÓN DE ESTA (MT 13.3–23; MR 4.3–25; LC 8.5–18)

La parábola del sembrador se encuentra en los tres evangelios sinópticos, debido a su importancia. Jesús les dijo a Sus discípulos que si ellos no entendían esta parábola, no podrían entender ninguna otra (Mr 4.13). Ella proporciona la clave de todas las parábolas: Fue la clave para entender por qué las parábolas eran necesarias. Muchos, y puede que la mayoría de los que venían a oír a Jesús eran personas de corazón endurecido, superficial o dividido. Esta parábola en particular también proporcionaba una clave para entender las parábolas en general. Aprender cómo interpretar esta historia ayudaría a los seguidores de Cristo a interpretar las demás parábolas.

Mateo 13.3–23

³Y les habló muchas cosas por parábolas, diciendo: He aquí, el sembrador salió a sembrar. ⁴Y mientras sembraba, parte de la semilla cayó junto al camino; y vinieron las aves y la comieron. ⁵Parte cayó en pedregales, donde no había mucha tierra; y brotó pronto, porque no tenía profundidad de tierra; ⁶pero salido el sol, se quemó; y porque no tenía raíz, se secó. ⁷Y parte cayó entre espinos; y los espinos crecieron, y la ahogaron. ⁸Pero parte cayó en buena tierra, y dio fruto, cuál a ciento, cuál a sesenta, y cuál a treinta por uno. ⁹El que tiene oídos para oír, oiga.

¹⁰Entonces, acercándose los discípulos, le dijeron: ¿Por qué les hablas por parábolas? ¹¹El respondiéndolo, les dijo: Porque a vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos; mas a ellos no les es dado. ¹²Porque a cualquiera que tiene, se le dará, y tendrá más; pero al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado. ¹³Por eso les hablo por parábolas: porque viendo

no ven, y oyendo no oyen, ni entienden. ¹⁴De manera que se cumple en ellos la profecía de Isaías, que dijo:

De oído oiréis, y no entenderéis;

Y viendo veréis, y no percibiréis.

¹⁵Porque el corazón de este pueblo se ha engrosado,

Y con los oídos oyen pesadamente,

Y han cerrado sus ojos;

Para que no vean con los ojos,

Y oigan con los oídos,

Y con el corazón entiendan,

Y se conviertan,

Y yo los sane.

¹⁶Pero bienaventurados vuestros ojos, porque ven; y vuestros oídos, porque oyen. ¹⁷Porque de cierto os digo, que muchos profetas y justos desearon ver lo que veis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron.

¹⁸Oíd, pues, vosotros la parábola del sembrador: ¹⁹Cuando alguno oye la palabra del reino y no la entiende, viene el malo, y arrebató lo que fue sembrado en su corazón. Este es el que fue sembrado junto al camino. ²⁰Y el que fue sembrado en pedregales, éste es el que oye la palabra, y al momento la recibe con gozo; ²¹pero no tiene raíz en sí, sino que es de corta duración, pues al venir la aflicción o la persecución por causa de la palabra, luego tropieza. ²²El que fue sembrado entre espinos, éste es el que oye la palabra, pero el afán de este siglo y el engaño de las riquezas ahogan la palabra, y se hace infructuosa. ²³Mas el que fue sembrado en buena tierra, éste es el que oye y entiende la palabra, y da fruto; y produce a ciento, a sesenta, y a treinta por uno.

Marcos 4.3–25

³Oíd: He aquí, el sembrador salió a sembrar; ⁴y al sembrar, aconteció que una parte cayó junto al camino, y vinieron las aves del cielo y la comieron. ⁵Otra parte cayó en pedregales, donde no tenía mucha tierra; y brotó pronto, porque no tenía profundidad de tierra. ⁶Pero salido el sol, se quemó; y porque no tenía raíz, se secó. ⁷Otra parte cayó entre espinos; y los espinos crecieron y la ahogaron, y no dio fruto. ⁸Pero otra parte cayó

en buena tierra, y dio fruto, pues brotó y creció, y produjo a treinta, a sesenta, y a ciento por uno. ⁹Entonces les dijo: El que tiene oídos para oír, oiga.

¹⁰Cuando estuvo solo, los que estaban cerca de él con los doce le preguntaron sobre la parábola. ¹¹Y les dijo: A vosotros os es dado saber el misterio del reino de Dios; mas a los que están fuera, por parábolas todas las cosas; ¹²para que viendo, vean y no perciban; y oyendo, oigan y no entiendan; para que no se conviertan, y les sean perdonados los pecados. ¹³Y les dijo: ¿No sabéis esta parábola? ¿Cómo, pues, entenderéis todas las parábolas? ¹⁴El sembrador es el que siembra la palabra. ¹⁵Y éstos son los de junto al camino: en quienes se siembra la palabra, pero después que la oyen, en seguida viene Satanás, y quita la palabra que se sembró en sus corazones. ¹⁶Estos son asimismo los que fueron sembrados en pedregales: los que cuando han oído la palabra, al momento la reciben con gozo; ¹⁷pero no tienen raíz en sí, sino que son de corta duración, porque cuando viene la tribulación o la persecución por causa de la palabra, luego tropiezan. ¹⁸Estos son los que fueron sembrados entre espinos: los que oyen la palabra, ¹⁹pero los afanes de este siglo, y el engaño de las riquezas, y las codicias de otras cosas, entran y ahogan la palabra, y se hace infructuosa. ²⁰Y éstos son los que fueron sembrados en buena tierra: los que oyen la palabra y la reciben, y dan fruto a treinta, a sesenta, y a ciento por uno.

²¹También les dijo: ¿Acaso se trae la luz para ponerla debajo del almud, o debajo de la cama? ¿No es para ponerla en el candelero? ²²Porque no hay nada oculto que no haya de ser manifestado; ni escondido, que no haya de salir a luz. ²³Si alguno tiene oídos para oír, oiga. ²⁴Les dijo también: Mirad lo que oís; porque con la medida con que medís, os será medido, y aun se os añadirá a vosotros los que oís. ²⁵Porque al que tiene, se le dará; y al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará.

Lucas 8.5–18

⁵El sembrador salió a sembrar su semilla; y mientras sembraba, una parte cayó junto al camino, y fue hollada, y las aves del cielo la comieron. ⁶Otra parte cayó sobre la piedra; y nacida, se secó, porque no tenía humedad. ⁷Otra parte cayó entre espi-

nos, y los espinos que nacieron juntamente con ella, la ahogaron. ⁸Y otra parte cayó en buena tierra, y nació y llevó fruto a ciento por uno. Hablando estas cosas, decía a gran voz: El que tiene oídos para oír, oiga.

⁹Y sus discípulos le preguntaron, diciendo: ¿Qué significa esta parábola? ¹⁰Y él dijo: A vosotros os es dado conocer los misterios del reino de Dios; pero a los otros por parábolas, para que viendo no vean, y oyendo no entiendan. ¹¹Esta es, pues, la parábola: La semilla es la palabra de Dios. ¹²Y los de junto al camino son los que oyen, y luego viene el diablo y quita de su corazón la palabra, para que no crean y se salven. ¹³Los de sobre la piedra son los que habiendo oído, reciben la palabra con gozo; pero éstos no tienen raíces; creen por algún tiempo, y en el tiempo de la prueba se apartan. ¹⁴La que cayó entre espinos, éstos son los que oyen, pero yéndose, son ahogados por los afanes y las riquezas y los placeres de la vida, y no llevan fruto. ¹⁵Mas la que cayó en buena tierra, éstos son los que con corazón bueno y recto retienen la palabra oída, y dan fruto con perseverancia.

¹⁶Nadie que enciende una luz la cubre con una vasija, ni la pone debajo de la cama, sino que la pone en un candelero para que los que entran vean la luz. ¹⁷Porque nada hay oculto, que no haya de ser manifestado; ni escondido, que no haya de ser conocido, y de salir a luz. ¹⁸Mirad, pues, cómo oís; porque a todo el que tiene, se le dará; y a todo el que no tiene, aun lo que piensa tener se le quitará.

Jesús comenzó Su enseñanza junto al mar, hablando acerca de cuatro clases de tierra: tierra junto al camino, tierra pedregosa, tierra llena de espinos y tierra buena. Después que terminó, apenas estuvieron solos, Sus discípulos le preguntaron qué significaba la parábola (Mr 4.10; Lc 8.9). En ese momento, Él aparentemente explicó la parábola del sembrador y la parábola de la cizaña, y después añadió unas cuantas parábolas dirigidas para los discípulos solamente.

El Señor explicó que cada una de las tierras representaba una condición del corazón que afectaba cómo recibiría este la Palabra. Muchos, sino la mayoría de los que venían a escuchar a Jesús

tenían corazones endurecidos, superficiales, o divididos. Solamente los de **corazón bueno y recto** podían vivir una vida espiritual fructífera (Lc 8.15).

Todos los días, Jesús estaba rodeado de las cuatro diferentes clases de corazón. Estaban los fariseos de corazón duro, que buscaban la manera de atrapar a Cristo. Estaba la multitud de corazón superficial, que le atraía la emoción del ministerio y de los milagros de Cristo, pero que no comprendía la verdadera naturaleza de la misión de Este. Estaban también los de corazón dividido —representados por Judas, que tenía problemas por su amor al dinero (vea Jn 12.6). También estaban a Su alrededor algunos de corazón bueno y recto, los cuales hacían que Sus esfuerzos valieran la pena.

Esta parábola contribuyó a cumplir un propósito práctico en relación con los discípulos de Jesús, al explicar por qué Él había sido desechado por los dirigentes judíos. También contribuyó a cumplir un propósito práctico en los días que siguieron, cuando los discípulos comenzaron sus propias prédicas: les explicaba por qué algunos aceptarían el evangelio, y por qué otros no. El mensaje de esta parábola sigue siendo sumamente necesario, para todos los que hoy enseñan y predicán la Palabra.

LA PARÁBOLA DEL CRECIMIENTO SILENCIOSO (MR 4.26–29)

²⁶Decía además: Así es el reino de Dios, como cuando un hombre echa semilla en la tierra; ²⁷y duerme y se levanta, de noche y de día, y la semilla brota y crece sin que él sepa cómo. ²⁸Porque de suyo lleva fruto la tierra, primero hierba, luego espiga, después grano lleno en la espiga; ²⁹y cuando el fruto está maduro, en seguida se mete la hoz, porque la siega ha llegado.

Según Marcos, inmediatamente después que Jesús contó la parábola del sembrador, Él habló acerca de una semilla que crecía por sí sola hasta que llegaba la siega. A esta parábola se le llama a veces «la parábola de la semilla que crece por sí sola».

Es una historia sencilla cuyos detalles son conocidos para quienquiera que haya sembrado un cereal que no necesita cultivo. A la mayoría de los campos de grano no se les cultiva entre la siembra y la siega. Puede que se les riegue y se les fertilice, pero cualquier intento por cultivarlos desarraigaría las plantas. Como en la parábola anterior, es probable que debamos considerar que la tierra es el corazón humano y que la semilla es el evangelio. Lo más probable es que la parábola tenía como fin dar aliento a los discípulos:

- El evangelio tiene su efecto en el corazón de los oyentes, estemos o no estemos conscientes de ello.
- Se necesita tiempo para que la semilla germine y crezca, de modo que debemos ser pacientes.
- Si nos mantenemos fieles a la tarea de sembrar, Dios al final dará el crecimiento (1 Co 3.6).

LA PARÁBOLA DE LA CIZAÑA, Y LA EXPLICACIÓN DE ESTA (MT 13.24–30, 36–43)

²⁴Les refirió otra parábola, diciendo: El reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo; ²⁵pero mientras dormían los hombres, vino su enemigo y sembró cizaña entre el trigo, y se fue. ²⁶Y cuando salió la hierba y dio fruto, entonces apareció también la cizaña. ²⁷Vinieron entonces los siervos del padre de familia y le dijeron: Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde, pues, tiene cizaña? ²⁸El les dijo: Un enemigo ha hecho esto. Y los siervos le dijeron: ¿Quieres, pues, que vayamos y la arranquemos? ²⁹El les dijo: No, no sea que al arrancar la cizaña, arranquéis también con ella el trigo. ³⁰Dejad crecer juntamente lo uno y lo otro hasta la siega; y al tiempo de la siega yo diré a los segadores: Recoged primero la cizaña, y atadla en manojos para quemarla; pero recoged el trigo en mi granero.

³⁶Entonces, despedida la gente, entró Jesús en la casa; y

acercándose a él sus discípulos, le dijeron: Explícanos la parábola de la cizaña del campo. ³⁷Respondiendo él, les dijo: El que siembra la buena semilla es el Hijo del Hombre. ³⁸El campo es el mundo; la buena semilla son los hijos del reino, y la cizaña son los hijos del malo. ³⁹El enemigo que la sembró es el diablo; la siega es el fin del siglo; y los segadores son los ángeles. ⁴⁰De manera que como se arranca la cizaña, y se quema en el fuego, así será en el fin de este siglo. ⁴¹Enviaré el Hijo del Hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino a todos los que sirven de tropiezo, y a los que hacen iniquidad, ⁴²y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujiir de dientes. ⁴³Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre. El que tiene oídos para oír, oiga.

Jesús habló también otra parábola acerca de la semilla que crece: Contó acerca de un enemigo que sembró cizaña en un campo poco después que se sembró trigo. La cizaña era una maleza que se parecía al trigo, especialmente en las primeras etapas de crecimiento. Cuando la destructiva acción se descubrió, los siervos vinieron a su amo y le preguntaron si debían arrancar la cizaña. En ese momento, las raíces de las plantas jóvenes habrían estado entrelazadas con las de la cizaña, por lo cual el amo dijo: **No, no sea que al arrancar la cizaña, arranquéis también con ella el trigo** (Mt 13.29). Les mandó que dejaran las plantas crecer juntas hasta la siega, y que después, en ese momento, separaran el cultivo deseado del no deseado (Mt 13.30).

Los discípulos le pidieron a Cristo más adelante, que les explicara la parábola (Mt 13.36). Este dijo que el enemigo era el diablo, y que la siega era el fin del siglo (Mt 13.39). En esta serie hay dos parábolas que se relacionan con el Día del Juicio Final; esta es una de ellas. La otra es la parábola de la red. Los versículos 39 al 43 dan un vívido cuadro de la Segunda Venida y del Juicio que vendrá después.

Algunos han tratado de aplicar esta parábola a la disciplina de la iglesia, diciendo que en ella se enseña que no se debe hacer ningún esfuerzo por cortar de comunión a los hacedores del mal. Tal interpretación haría que Jesús se contradijera consigo mismo (Mt 18.15–18; vea también 1 Co 5.4–5, 11, 13b). J. W. McGarvey

escribió: «Esta parábola y su explicación son empleadas a veces como argumento contra la disciplina de la iglesia; sin embargo este uso es claramente erróneo. El campo no es la iglesia, sino el mundo; y la enseñanza de la parábola es en el sentido de que no debemos exterminar a hombres inicuos». ⁵ John Carter coincidió, diciendo: «... “los hijos del reino” y “los hijos del malo” deben vivir juntos en el mundo hasta el fin del siglo. Está muy claro que [la parábola] no es [...] un mandamiento para la iglesia en el sentido de que retenga dentro de su membresía a los que viven desordenadamente, ni a los que son evidentemente incrédulos». ⁶

Tal vez la parábola se dio para ayudar a los discípulos a entender por qué había tantos que no eran receptivos: el enemigo de ellos, el diablo, estaba activo. También les daría una idea más clara acerca de los efectos a largo plazo de la obra de ellos.

LAS PARÁBOLAS DE LA SEMILLA DE MOSTAZA Y DE LA LEVADURA (MT 13.31–35; MR 4.30–34)

Mateo 13.31–35

³¹Otra parábola les refirió, diciendo: El reino de los cielos es semejante al grano de mostaza, que un hombre tomó y sembró en su campo; ³²el cual a la verdad es la más pequeña de todas las semillas; pero cuando ha crecido, es la mayor de las hortalizas, y se hace árbol, de tal manera que vienen las aves del cielo y hacen nidos en sus ramas.

³³Otra parábola les dijo: El reino de los cielos es semejante a la levadura que tomó una mujer, y escondió en tres medidas de harina, hasta que todo fue leudado.

³⁴Todo esto habló Jesús por parábolas a la gente, y sin parábolas no les hablaba; ³⁵para que se cumpliese lo dicho por el profeta, cuando dijo:

Abriré en parábolas mi boca;

Declararé cosas escondidas desde la fundación del mundo.

⁵McGarvey y Pendleton, 339.

⁶Carter, 132.

Marcos 4.30–34

³⁰Decía también: **¿A qué haremos semejante el reino de Dios, o con qué parábola lo compararemos?** ³¹Es como el grano de mostaza, que cuando se siembra en tierra, es la más pequeña de todas las semillas que hay en la tierra; ³²pero después de sembrado, crece, y se hace la mayor de todas las hortalizas, y echa grandes ramas, de tal manera que las aves del cielo pueden morar bajo su sombra.

³³Con muchas parábolas como estas les hablaba la palabra, conforme a lo que podían oír. ³⁴Y sin parábolas no les hablaba; aunque a sus discípulos en particular les declaraba todo.

Hay varios pares de parábolas que van juntas; este es uno de ellos. Hasta donde permite conocer lo escrito, el resto de las parábolas que se hablaron ese día fueron muy breves, y no se les dio explicación. La primera de ellas siguió con el tema de la semilla que crece: la parábola de la semilla de mostaza. En esta se recalca el tamaño de la semilla, en comparación con la planta que se obtiene: la semilla de mostaza era diminuta, pero producía una gigantesca planta. (Es importante pensar en la semilla de mostaza de aquel tiempo y lugar, no necesariamente la manera como se cultiva hoy en día). Una vez más, es probable que esto se dijo con el fin de dar ánimo a los discípulos: aunque el movimiento de Cristo tuvo un pequeño comienzo, él se propagaría y tendría más éxito del que jamás habrían soñado, si se mantenían fieles a la tarea de sembrar.

En la siguiente parábola (la parábola de la levadura), la ambientación deja de ser la de un labrador que siembra en su campo, y pasa a ser la de una mujer que hace pan para su familia. Es indicado dar una explicación aquí, a los que no conocen cómo se hacía el pan antes, cuando no existía la levadura preempacada. Cuando una mujer hacía pan, ella tomaba una pequeña porción de la masa y la guardaba envuelta en un lugar tibio. Cuando volvía a hacer pan, incorporaba la porción de masa guardada en la nueva masa y la dejaba en reposo. La levadura se propagaba por toda la masa, haciendo que creciera. Entonces tomaba nuevamente una pequeña porción de esa masa para usarla cuando volvía a hornear. Con el tiempo, una diminuta cantidad de leva-

dura leudaba cientos, incluso miles, de hogazas de pan.

Aunque las imágenes son diferentes, el mensaje parece ser básicamente el mismo de la parábola de la semilla de mostaza: la Palabra tiene un poder latente que le permite propagarse y crecer. Como regla general, la levadura se usa en el Nuevo Testamento en un sentido negativo, para ilustrar una influencia no deseada (Mt 16.6; 1 Co 5.6–8; Gá 5.9). Tanto la parábola de la semilla de mostaza como la de la levadura, pudieron haber servido para advertir a los discípulos de la insidiosa influencia del mal. Sin embargo, en el contexto parece que es una visión positiva de ambas parábolas la que se tiene en mente.

LAS PARÁBOLAS DEL TESORO Y DE LA PERLA (MT 13.44–46)

⁴⁴Además, el reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo, el cual un hombre halla, y lo esconde de nuevo; y gozoso por ello va y vende todo lo que tiene, y compra aquel campo.

⁴⁵También el reino de los cielos es semejante a un mercader que busca buenas perlas, ⁴⁶que habiendo hallado una perla preciosa, fue y vendió todo lo que tenía, y la compró.

El resto de las parábolas de Mateo 13 pueden haber sido habladas a los discípulos en privado (Mt 13.36). Las primeras de ellas van juntas: ambas son acerca de hombres que encontraron algo de gran valor. El primero desenterró accidentalmente un tesoro (Mt 13.44), mientras que el segundo encontró una perla que había buscado por mucho tiempo (Mt 13.45–46). En los dos casos, los hombres reconocieron el valor de lo que habían descubierto y pagaron el precio para adquirirlo.

Son muchas las lecciones que se podrían extraer de estas parábolas; sin embargo, uno de los fines de ella fue sin duda animar a los seguidores de Jesús. El desafío que se les presentaba valía la pena todos los sacrificios que fueran necesarios para asumirlo.

LA PARÁBOLA DE LA RED (MT 13.47–53)

⁴⁷Asimismo el reino de los cielos es semejante a una red, que echada en el mar, recoge de toda clase de peces; ⁴⁸y una vez llena, la sacan a la orilla; y sentados, recogen lo bueno en cestas, y lo malo echan fuera. ⁴⁹Así será al fin del siglo: saldrán los ángeles, y apartarán a los malos de entre los justos, ⁵⁰y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes.

⁵¹Jesús les dijo: ¿Habéis entendido todas estas cosas? Ellos respondieron: Sí, Señor. ⁵²El les dijo: Por eso todo escriba docto en el reino de los cielos es semejante a un padre de familia, que saca de su tesoro cosas nuevas y cosas viejas.

⁵³Aconteció que cuando terminó Jesús estas parábolas, se fue de allí.

La serie de parábolas terminó con una historia que tenía que ver con la pesca con red en el mar de Galilea. En la red se recogían tanto peces buenos como peces malos. Cuando un judío oía las expresiones **bueno** y **mallo**, es probable que pensara en «puro» e «inmundo». La ley le permitía comer solamente pescado con aletas y escamas (Lv 11.9–12). En vista de que la red recogía tanto el pez puro como el inmundo, era necesario que los pescadores separaran lo que se podía comer, de lo que no se podía. Jesús comparó este proceso de separación con el Juicio Final. En este sentido, esta parábola es como la parábola de la cizaña. Puede que también haya habido una lección adicional para los discípulos. Jesús había dicho: «os haré pescadores de hombres» (Mt 4.19). Ahora, puede ser que estaba diciéndoles que no se sorprendieran de lo que pescaran con las redes de su enseñanza.

Después que Jesús habló las parábolas, hizo a Sus discípulos una pregunta. La respuesta que dieron me da risa. Esto fue lo que Él preguntó: **¿Habéis entendido todas estas cosas?**, y ellos respondieron: **Sí** (Mt 13.51). Puede que hubieran entendido en parte, pero los eventos que siguieron indican que el entendimiento de ellos fue parcial. Si algún provecho hemos de sacar de esta lección —y de todas las lecciones de esta serie— es que debemos

obedecer dos instrucciones del Señor: «Mirad *lo que* oís» (Mr 4.24; énfasis nuestro) y «Mirad [...] *cómo* oís» (Lc 8.18; énfasis nuestro). «El que tiene oídos para oír, oiga» (Mr 4.9; vea vers.º 23).

APLICACIÓN:
«OÍD [...] LA PARÁBOLA DEL SEMBRADOR»
(MT 13.3–10, 18–23; MR 4.2–10, 13–20;
LC 8.4–9, 11–15)

Entre más tiempo predico, más convencido estoy de que, en gran medida, son los oyentes los que determinan la eficacia de cualquier sermón. Ha sucedido que predico un sermón en un lugar y las personas lo consideran excelente; sin embargo, al predicar el mismo sermón en otro lugar, algunos oyentes lo consideran mediocre, e incluso malo. Puede que en un lugar, el sermón conmueva el corazón de muchos; pero en otro lugar, puede que el mismo sermón no reciba respuesta perceptible. Es cierto que mi presentación puede variar en alguna medida; sin embargo, la diferencia más grande puede deberse a los oyentes. Jesús enseñó una vez una parábola que recalca el papel que juegan los oyentes en el éxito del evangelio.⁷

La parábola
(Mt 13.3–9; Mr 4.2–9; Lc 8.4–8)

Jesús comenzó diciendo: «He aquí, el sembrador salió a sembrar» (Mt 13.3b).

Tierra junto al camino: endurecida

«Y mientras sembraba, parte de la semilla cayó junto al camino» (Mt 13.4a). En la Palestina de aquellos tiempos, los campos carecían de cercas que los dividieran; y en lugar de cercas eran senderos los que separaban un campo de otro. Estos senderos estaban compactados y endurecidos por los pies de los que transitaban por en medio de los campos. La semilla no podía

⁷Ya que mis notas se remontan varios años, algunas fuentes para esta aplicación pueden haber sido pasadas por alto. El *Fourfold Gospel (Evangelio cuadruple)* de McGarvey fue una fuente muy importante.

penetrar el suelo, razón por la cual se quedaba sobre la superficie. Como resultado de ello, era «hollada, y las aves del cielo la [comían]» (Lc 8.5b).

Tierra pedregosa: superficial

«Parte [de la semilla] cayó en pedregales, donde no había mucha tierra» (Mt 13.5a). Esto se refiere a terrenos en los que había una capa de piedra a la cual cubría escasamente una capa de tierra. Tales terrenos eran comunes en los campos de Palestina, como lo son en todos los países montañosos. Esta tierra era tan dura como la que estaba junto al camino, pero daba la apariencia de ser tierra buena.

Cuando la semilla caía sobre esta clase de tierra, ella podía penetrarla hasta cierta profundidad y las plantas comenzaban a crecer. Sin embargo, la tierra era tan superficial que las plantas no podían desarrollar un sistema radical profundo. «... y [brotaron] pronto, porque no [tenían] profundidad de tierra» (Mt 13.5b). El resultado fue que «... salido el sol, se [quemaron]; y porque no [tenían] raíz [ni “humedad”]; Lc 8.6], se [secaron]» (Mt 13.6).

Tierra espinosa: dividida

«Y parte [de la semilla] cayó entre espinos» (Mt 13.7a). Esta era tierra buena y rica, pero ya estaba invadida de espinos. J. W. McGarvey escribió que hay dieciséis variedades de espinos en Palestina, y que en algunas partes crecen tan densamente, que es imposible para un hombre a caballo pasar por en medio de ellos.⁸

Es posible que esta tierra tuviera la apariencia de ser buena, porque la parte aérea de los espinos había sido cortada, pero las raíces seguían debajo de la superficie. Cuando yo era niño, y mi papá me pedía que azadonara el huerto, reconozco que a veces quitaba la maleza raspando a ras del suelo. De este modo, el huerto daba la *apariciencia* de estar libre de malezas, y el trabajo no tomaba tanto tiempo. Por supuesto que al final el resultado, era que tenía que volver a azadonar el huerto mucho más pronto de lo que esperaba.

⁸McGarvey y Pendleton, 334.

La semilla podía crecer en esta tierra, y podía incluso desarrollar un sistema radical, pero los espinos «[nacían] juntamente con [este]» (Lc 8.7). El resultado de esto era que «los espinos [crecían], y [ahogaban]» las nuevas plantas (Mt 13.7b). Una vez tomé nota de la siguiente verdad, de una fuente que olvidé hace mucho tiempo: «el suelo sólo puede dar sustento a cierta cantidad de vegetación, y cada maleza viva significa que una hoja de la planta de maíz será ahogada». Los espinos no mataron las plantas, como sucedió en el caso de la tierra pedregosa. En la tierra llena de espinos, las plantas crecieron, pero fueron atrofiadas. Llegaron a dar mazorcas, pero estas no tenían grano, de modo que las plantas «no [dieron] fruto» (Mr 4.7).

Tierra buena: suelta, profunda, y no contaminada

«Pero parte cayó en buena tierra» (Mt 13.8a). Esta era la tierra buena, fértil, preparada y lista para recibir la semilla. Era lo opuesto a las demás tierras. La tierra junto al camino era dura, pero esta estaba suelta. La tierra pedregosa era superficial, mientras que esta era profunda. La tierra espinosa estaba llena de malezas, pero esta no estaba contaminada. En esta tierra la semilla podía penetrar y crecer sin interferencia. ¿Cuál era el resultado? Que la tierra «[daba] fruto, cuál a ciento, cuál a sesenta, y cuál a treinta por uno» (Mt 13.8b).

Después que Jesús contó la parábola, dijo: «El que tiene oídos para oír, oiga» (Mt 13.9). Recalcó que esta no era una historia para ser oída y olvidada. Estaba desafiando a Sus oyentes a comprender el significado.

La aplicación

(Mt 13.10, 18–23; Mr 4.10, 13–20; Lc 8.9, 11–15)

Los discípulos de Jesús se acercaron a Este, preguntándole por qué hablaba por parábolas (Mt 13.10) y qué significaba esta parábola (Lc 8.9). Luego Cristo la explicó. Comenzó, diciendo: «Oíd, pues, vosotros la parábola del sembrador» (Mt 13.18).

Antes de entrar en la explicación que Él dio, de las tierras, necesitamos tomarnos algunos momentos para referirnos a la importancia de la semilla, el sembrador, y el campo. En primer lugar, consideremos la *semilla*: Jesús dijo: «Esta es, pues, la pará-

bola: La semilla es la palabra de Dios» (Lc 8.11). En otra versión, dijo: «El sembrador es el que siembra la palabra» (Mr 4.14). La semilla es la «incorruptible [...] palabra de Dios» (1 P.1.23), y el *sembrador* es el que siembra o propaga la Palabra, esto es, el maestro o predicador. Pablo, refiriéndose a sus prédicas, dijo: «Yo planté» (1 Co 3.6a). ¿Y qué del *campo*? Este es el corazón o la mente del hombre. Es la mente la que tiene la capacidad de entender la Palabra. Jesús explicó que «la buena tierra» se refiere a «los que con corazón bueno y recto retienen la palabra oída» (Lc 8.15).

He aquí la idea clave de la parábola: el sembrador y la semilla son los mismos en todos los casos; la diferencia está en las tierras. Cada una de ellas se encontraba en diferente condición para recibir la semilla, de modo que el resultado fue diferente en cada caso. Esta parábola debería hacer que cada uno de nosotros se pregunte a sí mismo: «¿Cuál es la condición de mi corazón? ¿Cómo recibo yo la Palabra?».

Analicemos ahora la explicación que dio Jesús de las diferentes clases de tierra o corazón.

Tierra junto al camino: el corazón endurecido

La tierra junto al camino representa al *corazón endurecido*, que ha sido hollado por la indiferencia o el prejuicio, y se ha «[endurecido] por el engaño del pecado» (He 3.13). Si usted alguna vez trató de enseñar a la gente, es probable entonces que haya tropezado con los que no tienen interés en el evangelio. Pablo se refirió a esta clase de personas en 1 Corintios 2.14, diciendo: «Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente». Estos son los que carecen de «el amor de la verdad» (2 Ts 2.10). La semilla de la Palabra no puede penetrar sus corazones.

Por lo tanto, Jesús dijo: «Cuando alguno oye la palabra del reino y no la entiende, viene el malo, y arrebató lo que fue sembrado en su corazón. Este fue el que fue sembrado junto al camino» (Mt 13.19). Así como las aves se comen las semillas que caen junto al camino, el diablo arrebató la Palabra del hombre de corazón endurecido. ¿Cómo lo hace? De la manera más

sencilla y más común: por medio de llenar inmediatamente su mente con mil pensamientos diferentes. ¿Por qué hace esto Satanás? «... para que no crean y se salven» (Lc 8.12). La fe viene por la Palabra de Dios (Ro 10.17), por eso el diablo no desea que la gente la oiga y la crea. Él desea llevarse consigo a cuantos pueda al infierno.

¿Será posible que alguno que lea estas palabras tenga esta clase de corazón? ¿Será posible que alguno haya endurecido su corazón para no recibir la Palabra? Esto es lo que la Biblia ruega: «Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones» (He 4.7b). Antes «recibid con mansedumbre la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas» (Stg 1.21). Recuerde que ¡cuando se pierde la semilla se pierde la vida... porque la vida espiritual se encuentra en la semilla

Tierra pedregosa: el corazón superficial

Jesús explicó después el significado de la tierra pedregosa: «Y el que fue sembrado en pedregales, éste es el que oye la palabra, y al momento la recibe con gozo» (Mt 13.20). La tierra pedregosa representa a las personas de corazón y pensamientos superficiales. Tal vez se haya topado usted con esta clase de persona, que parece recibir la palabra con gozo y que obedece rápidamente el evangelio, de modo que todos nos regocijamos, diciendo: «¡¿No es maravilloso que le tomó tan poco tiempo llegar a ser cristiano?!». Después, con la misma rapidez que obedeció, su interés se desvanece y quedamos con el corazón destrozado. Esta persona es como la planta que creció rápidamente, porque no tenía profundidad de tierra. Por la razón que sea, esta persona no se ha fundado firmemente en la verdad (vea Col 1.23). No ha podido entender la verdadera importancia del cristianismo.

Según la descripción hecha por Jesús, tal persona «no tiene raíz en sí, sino que es de corta duración» (Mt 13.21a). Su apariencia es mejor que la de la primera clase de tierra, pero no persevera «hasta el fin» (Mt 10.22). El resultado final es, por lo tanto, el mismo: «... al venir la aflicción o la persecución por causa de la palabra, luego tropieza» (Mt 13.21). Del mismo modo que la planta de raíz superficial se seca o se debilita al salir el sol, esta persona se debilita ante la aflicción y la persecución. Del mismo

modo que el sol fortalece la planta que está firmemente arraigada y seca la que tiene raíz superficial, la persecución fortalecerá al cristiano que está profundamente arraigado (vea Col 22.7) en Cristo y secará o debilitará al discípulo superficial.⁹

Note usted la repetición de la idea de prontitud en la parábola: «*al momento*» recibe con gozo la Palabra, pero cuando descubre que con esta viene aparejada la persecución, «*luego*» tropieza. Cuando descubre que para recibir la corona hay que llevar la cruz, renuncia a aquella para evitarse esta.

Espero que esta no sea su situación. Una de las mejores maneras para saber cuán «profundamente arraigado» está usted, consiste en verificar cómo reacciona a la persecución. El cristiano superficial a menudo da la apariencia de estar tan «saludable» como cualquier otro cristiano, hasta que llega a ser difícil seguir a Jesús, hasta que llega a ser más fácil desobedecer a Dios antes que obedecerle:

Hasta que es más fácil quedarse en cama que ir al estudio bíblico.

Hasta que es más fácil ir a pescar que ir al culto.

Hasta que es más fácil quedarse callado que dar a conocer el evangelio.

Hasta que es más fácil seguir la corriente del mundo que ser «la luz del mundo».

Hasta que es más fácil dejar que el error siga sin corrección que defender con valentía la verdad.

¿Cómo reaccionamos *nosotros* «al venir la aflicción o la persecución por causa de la palabra»?

Tierra espinosa: el corazón dividido

Llegamos ahora a la tierra espinosa. Jesús dio la siguiente explicación de esta clase de tierra: «El que fue sembrado entre espinos, éste es el que oye la palabra, pero el afán de este siglo y el engaño de las riquezas ahogan la palabra, y se hace infructuosa» (Mt 13.22).

⁹Esta oración fue adaptada de McGarvey y Pendleton, 334.

Para mí, esta es la más triste de las condiciones que se describen en esta parábola. Como la tierra que se describe es rica y margosa, así es la persona que promete mucho. No está endurecida, ni es superficial; es de un carácter rico y una personalidad profunda. Tiene el potencial de llegar a ser un hijo de Dios fructífero. Lamentablemente, su corazón está lleno de espinos «mundanos». Tal vez, al igual que las azadonadas que yo hacía cuando era muchacho, esta persona sólo «raspó» los espinos, de modo que en la superficie no se ve ninguno, pero en su corazón sigue teniendo vínculos con el mundo.

Cuando esta persona llega a ser cristiana, todas las señales que da, son las de haber tenido una verdadera conversión. Sin embargo, en lugar de poner a Cristo en primer lugar en su corazón (Mt 6.33), está llena de los afanes de este mundo (Mt 13.22), de «el engaño de las riquezas» (Mt 13.22), de «los placeres de la vida» (Lc 8.14) y de «las codicias de otras cosas» (Mr 4.19). Como la tierra sólo puede dar sustento a cierta cantidad de vegetación, así es el corazón con las cosas a las cuales uno les tiene cariño: «No podéis servir a Dios y [a la vez] a las riquezas» (Mt 6.24b), ni a Dios y a los placeres, ni a Dios y a cualquier otra cosa.

Debido a la naturaleza de su corazón, la Palabra que está dentro de él, es ahogada. No es que muera, ni que sea destruida, sino que es ahogada. Como los espinos minan la vitalidad de las plantas que hay en medio de ellos, así se agota el vigor espiritual de este hombre. Con las capacidades que tiene, podía haber sido un gran cristiano, pero su único deseo es ser un gran hombre de negocios, o un gran político, o algún otro grande.

El resultado es que no da fruto en el servicio del Señor. Cristo dijo que esta persona «no [lleva] fruto» (Lc 8.14). Como la mazorca sin grano tiene la apariencia de llevar fruto, así también esta persona manifiesta una forma externa de cristianismo, pero en realidad es un cascarón vacío. No lleva fruto para Cristo. Al final, encontrará que ganó el mundo, pero perdió su alma (Mr 8.36).

Una vez más, es el momento de examinarnos a nosotros mismos. ¿Hemos permitido nosotros que alguno de estos problemas nos minen nuestra vitalidad espiritual?

1) *Los afanes del mundo.* ¿Dejamos nosotros que asuntos

sin importancia nos impidan consagrarnos de todo corazón al Señor? ¿Estaremos, al igual que Marta, «[afanados y turbados] con muchas cosas» (Lc 10.41) al punto que hemos olvidado la cosa que es realmente «necesaria»? (Lc 10.41–42).

2) *El engaño de las riquezas.* ¿Hemos dejado que las riquezas nos engañen, haciéndonos creer que acumular posesiones es todo lo que importa? Es poco lo que necesitamos, y es por poco tiempo que lo necesitamos. No descuidemos jamás las cosas importantes de la vida por estar corriendo frenéticamente para tratar de «llevar la delantera».

3) *Los placeres y las codicias.* ¿Será posible que lo mundano esté minando nuestra vida espiritual? ¿Tiene el mundo un lugar en nuestro corazón? ¿Dedicamos más dinero y energía a «divertirnos» que al servicio a Dios y al hombre?

Muchos de nosotros caemos en la categoría de los que tienen corazón dividido. Tenemos talento y potencial que podría usarse para Dios, pero dejamos que otros intereses desplacen nuestro amor por Él. Esforcémonos por mantener nuestro corazón centrado en el Señor. Jesús dijo: «Bienaventurados los de limpio corazón» (Mt 5.8a). Pablo escribió: «Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra» (Col 3.1, 2).

Tierra buena: el corazón bueno y recto

Llegamos al fin a «la buena tierra», la cual Jesús identifica con los que tienen «corazón bueno y recto» (Lc 8.15). El corazón de ellos no está endurecido, no es superficial, ni está dividido. Ellos «oyen la palabra y la reciben» (Mr 4.20). Ponen el empeño necesario para entender la palabra (Mt 13.23). Una vez que han recibido la Palabra, la «retienen» (Lc 8.15). Son como el hombre que describe el salmista, cuando dice que «en la ley de Jehová está su delicia» (Sal 1.2).

En un corazón así, la Palabra puede germinar, crecer y al final dar fruto. Jesús dijo que «éste es el que oye y entiende la palabra, y da fruto; y produce a ciento, a sesenta, y a treinta por uno» (Mt 13.23). Las diferentes tierras tienen diferentes potenciales, de modo que el porcentaje de aumento varía, sin embargo las

tres cantidades mencionadas —ciento, sesenta y treinta— constituyen buenos rendimientos. He aquí, por fin, el resultado que se desea cuando se siembra la semilla: un cristiano maduro que lleva fruto espiritual en su vida.

Volvamos una vez más la mirada a nosotros mismos. Preguntémosnos: «¿Tengo yo un corazón bueno y recto? ¿Recibo yo la Palabra de Dios con entusiasmo? ¿Tengo yo deseo de obedecerle en todo aspecto?».

Una manera como se pueden responder las preguntas anteriores, es verificar si pasamos «la prueba del fruto». Jesús dijo: «Por sus frutos los conoceréis» (Mt 7.16a). ¿Hemos llevado fruto en nuestra vida? ¿Hemos sido hijos de Dios por tiempo suficiente para que Dios tenga razón de esperar que haya fruto en nuestra vida? Cristo dijo: «En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos» (Jn 15.8). Pablo escribió que hemos sido unidos a Cristo, «a fin de que llevemos fruto para Dios» (Ro 7.4). Él instó a los cristianos a andar «como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios» (Col 1.10).

¿Qué significa «llevar fruto»? La palabra «fruto» puede significar «producto o resultado obtenido».¹⁰ «Llevar fruto» para el Señor significa que la Palabra produce el *resultado* deseado en nuestra vida, que la gente puede ver el *resultado* práctico de la Palabra en la forma como vivimos. Estamos «llevando fruto» cuando nuestro comportamiento refleja el carácter de Jesús. Estamos «llevando fruto» cuando tratamos a las personas con mayor bondad y cuando ayudamos a los demás. Estamos «llevando fruto» cuando nuestro interés por las cosas espirituales llega a ser manifiesto por medio de una adoración fiel y un mayor servicio. Estamos «llevando fruto» cuando damos a conocer el evangelio y llevamos a otros más cerca del Señor.

Una vez más, repetimos las palabras de Cristo: «El que tiene oídos para oír, oiga» (Mt 13.9). Esto puede servir no solamente como un llamado a comprender, sino también como un resumen de la lección: Oiga y reciba las palabras de Cristo, y será bendecido.

¹⁰ *Diccionario de la Lengua Española*, 22 ed. (2001), s. v. «fruto».

Conclusión

Que cada uno de nosotros reciba la Palabra con la actitud de corazón que prescribe Santiago:

Por lo cual, desechando toda inmundicia y abundancia de malicia, recibid con mansedumbre la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas. Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos (Stg 1.21–22).

SECCIÓN V

A TRAVÉS DE GALILEA

Incluye una armonía de

Mt 8.18, 23–34; 9.1, 10–38;
10.1—11.1; 13.54—14.36

Mr 2.15–22; 4.35—6.56

Lc 4.16–30; 5.29–39;
8.22–56; 9.1–17

Jn 6.1–71

JESÚS CALMA LA TEMPESTAD

(MT. 8.18, 23–27; MR. 4.35–41; LC. 8.22–25)

Los siguientes pasajes completan el relato bíblico del «día ocupado», el día que comenzó con las blasfemas acusaciones de los fariseos, y que terminó con el retiro de Jesús hacia la ribera oriental del mar de Galilea. El tema de esta lección se encuentra en las palabras que dijeron los discípulos cuando Cristo calmó la tempestad: **¿Quién es éste, que aun el viento y el mar le obedecen?** (Mr. 4.41; vea Lc. 8.25; Mt. 8.27). La pregunta «¿Quién es este?» fue hecha varias veces durante el ministerio de Jesús, lo cual es un indicio de cuán difícil era para la gente entender quién era Él en realidad. Cuando Cristo sanó al paralítico que bajaron por una abertura del techo, los fariseos preguntaron: «¿Quién es éste que habla blasfemias?» (Lc. 5.21). Cuando Jesús perdonó a la mujer que le había lavado los pies con sus lágrimas, los demás invitados preguntaron: «¿Quién es éste, que también perdona pecados?» (Lc. 7.49). Cuando un informe de las actividades de Cristo llegó hasta Herodes, este preguntó: «... ¿quién, pues, es éste, de quien oigo tales cosas?» (Lc. 9.9). Cuando Jesús hizo Su entrada triunfal en Jerusalén, «toda la ciudad se conmovió, diciendo: ¿Quién es éste?» (Mt. 21.10).

Mateo 8.18, 23–27

¹⁸Viéndose Jesús rodeado de mucha gente, mandó pasar al otro lado.

²³Y entrando él en la barca, sus discípulos le siguieron. ²⁴Y he aquí que se levantó en el mar una tempestad tan grande que las olas cubrían la barca; pero él dormía. ²⁵Y vinieron sus discípulos y le despertaron, diciendo: ¡Señor, sálvanos, que perecemos!

²⁶El les dijo: ¿Por qué teméis, hombres de poca fe? Entonces,

levantándose, reprendió a los vientos y al mar; y se hizo grande bonanza. ²⁷Y los hombres se maravillaron, diciendo: ¿Qué hombre es éste, que aun los vientos y el mar le obedecen?

Marcos 4.35–41

³⁵Aquel día, cuando llegó la noche, les dijo: Pasemos al otro lado. ³⁶Y despidiendo a la multitud, le tomaron como estaba, en la barca; y había también con él otras barcas. ³⁷Pero se levantó una gran tempestad de viento, y echaba las olas en la barca, de tal manera que ya se anegaba. ³⁸Y él estaba en la popa, durmiendo sobre un cabezal; y le despertaron, y le dijeron: Maestro, ¿no tienes cuidado que perecemos? ³⁹Y levantándose, reprendió al viento, y dijo al mar: Calla, enmudece. Y cesó el viento, y se hizo grande bonanza. ⁴⁰Y les dijo: ¿Por qué estáis así amedrentados? ¿Cómo no tenéis fe? ⁴¹Entonces temieron con gran temor, y se decían el uno al otro: ¿Quién es éste, que aun el viento y el mar le obedecen?

Lucas 8.22–25

²²Aconteció un día, que entró en una barca con sus discípulos, y les dijo: Pasemos al otro lado del lago. Y partieron. ²³Pero mientras navegaban, él se durmió. Y se desencadenó una tempestad de viento en el lago; y se anegaban y peligraban. ²⁴Y vinieron a él y le despertaron, diciendo: ¡Maestro, Maestro, que perecemos! Despertando él, reprendió al viento y a las olas; y cesaron, y se hizo bonanza. ²⁵Y les dijo: ¿Dónde está vuestra fe? Y atemorizados, se maravillaban, y se decían unos a otros: ¿Quién es éste, que aun a los vientos y a las aguas manda, y le obedecen?

En la sección anterior, leímos que «cuando terminó Jesús estas parábolas, se fue de allí» (Mt 13.53). Mateo después habló acerca de algunos que deseaban ser discípulos (Mt 8.19-22), el mismo evento, o uno similar, fue recogido mucho más adelante en Lucas 9.57-62.¹ En esta armonía, llegaremos hasta la primera

¹Mateo 8.19–22 está incluido en un estudio de Lucas 9.57–62 en el volumen 2 David Roper, *La vida de Cristo*.

vez que Cristo se retira de Galilea.

Marcos informó de que Él salió hacia la ribera oriental del mar de Galilea: **Aquel día** [el día que les habló por parábolas (Mr 4.34)], **cuando llegó la noche, les dijo: Pasemos al otro lado** (Mr 4.35). «Noche» es un término relativo. Pudo haberse referido al comienzo de la noche o a una hora avanzada de esta. Cuando por fin llegaron a la otra orilla, uno de los endemoniados pudo verlos de lejos (Mr 5.6). Tal vez salieron al final de la tarde y aun no había oscurecido cuando llegaron al otro lado. Tal vez salieron a una hora avanzada de la noche y puede ser que debido a la tempestad, les tomara toda la noche alcanzar la otra orilla, de modo que llegaron temprano al día siguiente. De las dos posibilidades sugeridas anteriormente, la primera es más probable.

Este es el primero de cuatro viajes registrados que Cristo hizo hacia la ribera oriental del mar. Marcos escribió: **Y despidiendo a la multitud, le tomaron como estaba, en la barca** (Mr 4.36a) —esto es, salieron inmediatamente, sin preparación y sin provisiones. Marcos añadió: **y había también con él otras barcas** (Mr 4.36b). Estas barcas pudieron haberse puesto a los lados de la barca en la cual se encontraba Jesús (Mr 4.1), con el fin de darle oportunidad a una mayor cantidad de gente para que lo oyera. Este detalle pudo haberse insertado con el fin de mostrar que hubo otros testigos de la tempestad que se levantó tan rápidamente como se calmó.

El motivo que tuvo Cristo para hacer el viaje, fue apartarse de la multitud, para descansar (Mt 8.18; Mr 4.36). Aunque Jesús era enteramente Dios, hay que tomar en cuenta que también era enteramente hombre, por lo tanto, el «día ocupado» le había dejado exhausto y pronto se durmió (Lc 8.23). Marcos observó que **él estaba en la popa, durmiendo sobre un cabezal...** (Mr 4.38). La popa se encontraba en la parte de atrás de la barca, donde había más espacio. Es probable que el «cabezal» fuera el cobertor de un asiento, tal vez un vellón que se podía enrollar para que sirviera de almohada. J. W. Shepard escribió:

El físico del Jesús humano fue dominado por el desfallecimiento, el cansancio y el agotamiento, por lo cual cayó

sumido en un profundo sueño, ventilado por la brisa del lago, y tranquilizado por el suave vaivén de la barca [...] Cerca de él, sus discípulos [conversaban] en voz baja, acerca de los sucesos del día, mientras que otros [manejaban] calladamente las velas y [timoneaban] la embarcación que se desplazaba sobre las plácidas aguas.²

La distancia que separaba a Capernaum de la «región de los gadarenos», pasando por el lago, era solamente de unos cuantos kilómetros. En circunstancias favorables, la travesía podía hacerse en dos o tres horas.

Pero esta vez las circunstancias no eran favorables. No pasó mucho tiempo, para que se desatara una tempestad: ... **se levantó en el mar una tempestad al precipitarse un violento vendaval sobre el lago** (Mt 8.24; Lc 8.23a [NASB]). El viento «echaba las olas en la barca, de tal manera que ya se anegaba» (Mr 4.37), y ellos «peligraban» (Lc 8.23).

El mar de Galilea está expuesto a tempestades repentinas. Se encuentra a más de doscientos metros bajo el nivel del mar y está rodeado por terreno montañoso. Cuando el aire fresco se precipita por los costados de los montes sobre el lago, es cuestión de instantes para que la serena superficie de este se convierta en una turbulenta masa de aguas que hacen espuma. Algunos de los que estaban en la barca eran pescadores, y sin duda habían visto muchas tempestades sobre aquel mar. El hecho de que aun estos estuvieran asustados es señal de que esta no era una tempestad cualquiera.

A pesar de que la barca estaba siendo sacudida por las olas, Jesús seguía durmiendo. Podríamos preguntarnos: «¿Quién es este que puede dormir durante una tempestad?». La primera respuesta podría ser «un Hombre completamente agotado». Una respuesta más completa sería «un Hombre agotado que confía en Su Dios».

A Jesús no le interrumpió el sueño la tempestad, pero Sus

²J. W. Shepard, *The Christ of the Gospels (El Cristo de los evangelios)* (Nashville: Parthenon Press, 1939), 232; citado en H. I. Hester, *The Heart of the New Testament (La esencia del Nuevo Testamento)* (Liberty, Mo.: Quality Press, 1963), 148.

discípulos sí se lo interrumpieron. Los autores sinópticos dan cuenta de «un murmullo de confusas voces»³: **Y vinieron a él y le despertaron, diciendo: ¡Maestro, Maestro, que perecemos!** (Lc 8.24); **Y vinieron [...] diciendo: ¡Señor, sálvanos, que perecemos!** (Mt 8.25); ... **y le dijeron: Maestro, ¿no tienes cuidado que perecemos?** (Mr 4.38).

No sabemos exactamente qué era lo que esperaban que Jesús hiciera. Jamás lo habían visto calmar una tempestad anteriormente y parece que se llenaron de asombro cuando lo vieron calmarla (Mt 8.27; Mr 4.41; Lc 8.25). Tal vez actuaron como el niño asustado que clama a su padre o a su madre pidiéndole que haga «algo»; aunque sin tener idea de qué podría ser ese «algo».

Los discípulos estaban aterrorizados, pero Cristo no. Primero reprendió a los discípulos, diciéndoles: **¿Por qué teméis, hombres de poca fe?** (Mt 8.26a). Marcos y Lucas dan cuenta de la reprensión (o de una segunda reprensión) después que la tempestad fue calmada (Mr 4.40; Lc 8.25). Después, **Él reprendió al viento y a las olas, diciendo: Calla, enmudece** (Lc 8.24b; Mr 4.39a). Las olas **cesaron; cesó el viento, y se hizo grande bonanza** (Lc 8.24; Mr 4.39b). El hecho de que tanto el viento como las olas se calmaron instantáneamente, constituye un doble milagro, pues por lo general la superficie del agua sigue agitada por un tiempo aun después que el viento cesa.

Los discípulos de Jesús habían visto tempestades ir y venir sobre el mar de Galilea, pero jamás habían visto algo como lo anterior. No hallando explicación, clamaron: **¿Qué hombre es éste...?** (Mt 8.27); **¿Quién es éste, que aun a los vientos y a las aguas manda, y le obedecen?** (Lc 8.25b). La respuesta a la pregunta de ellos es «un Hombre de poder» (vea Lc 4.14; 5.17; 6.19; 8.46; 1 Co 5.4; 2 Co 12.9).

³J. W. McGarvey y Philip Y. Pendleton, *The Fourfold Gospel or A Harmony of the Four Gospels (El evangelio cuádruple o Una armonía de los cuatro evangelios)* (Cincinnati: Standard Publishing Co., 1914), 343.

LA SANIDAD DE DOS ENDEMONIADOS (MT 8.28–34; 9.1; MR 5.1–21; LC 8.26–40)

Mateo 8.28–34

²⁸Cuando llegó a la otra orilla, a la tierra de los gadarenos, vinieron a su encuentro dos endemoniados que salían de los sepulcros, feroces en gran manera, tanto que nadie podía pasar por aquel camino. ²⁹Y clamaron diciendo: ¿Qué tienes con nosotros, Jesús, Hijo de Dios? ¿Has venido acá para atormentarnos antes de tiempo? ³⁰Estaba paciendo lejos de ellos un hato de muchos cerdos. ³¹Y los demonios le rogaron diciendo: Si nos echas fuera, permítenos ir a aquel hato de cerdos. ³²El les dijo: Id. Y ellos salieron, y se fueron a aquel hato de cerdos; y he aquí, todo el hato de cerdos se precipitó en el mar por un despeñadero, y perecieron en las aguas. ³³Y los que los apacentaban huyeron, y viniendo a la ciudad, contaron todas las cosas, y lo que había pasado con los endemoniados. ³⁴Y toda la ciudad salió al encuentro de Jesús; y cuando le vieron, le rogaron que se fuera de sus contornos.

Marcos 5.1–21

¹Vinieron al otro lado del mar, a la región de los gadarenos. ²Y cuando salió él de la barca, en seguida vino a su encuentro, de los sepulcros, un hombre con un espíritu inmundo, ³que tenía su morada en los sepulcros, y nadie podía atarle, ni aun con cadenas. ⁴Porque muchas veces había sido atado con grillos y cadenas, mas las cadenas habían sido hechas pedazos por él, y desmenuzados los grillos; y nadie le podía dominar. ⁵Y siempre, de día y de noche, andaba dando voces en los montes y en los sepulcros, e hiriéndose con piedras. ⁶Cuando vio, pues, a Jesús de lejos, corrió, y se arrodilló ante él. ⁷Y clamando a gran voz, dijo: ¿Qué tienes conmigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? Te conjuro por Dios que no me atormentes. ⁸Porque le decía: Sal de este hombre, espíritu inmundo. ⁹Y le preguntó: ¿Cómo te llamas? Y respondió diciendo: Legión me llamo; porque somos muchos. ¹⁰Y le rogaba mucho que no los enviase fuera de aquella región. ¹¹Estaba allí cerca del monte un gran hato de cerdos paciendo. ¹²Y le rogaron todos los demonios, diciendo: Envía-

nos a los cerdos para que entremos en ellos. ¹³Y luego Jesús les dio permiso. Y saliendo aquellos espíritus inmundos, entraron en los cerdos, los cuales eran como dos mil; y el hato se precipitó en el mar por un despeñadero, y en el mar se ahogaron.

¹⁴Y los que apacentaban los cerdos huyeron, y dieron aviso en la ciudad y en los campos. Y salieron a ver qué era aquello que había sucedido. ¹⁵Vienen a Jesús, y ven al que había sido atormentado del demonio, y que había tenido la legión, sentado, vestido y en su juicio cabal; y tuvieron miedo. ¹⁶Y les contaron los que lo habían visto, cómo le había acontecido al que había tenido el demonio, y lo de los cerdos. ¹⁷Y comenzaron a rogarle que se fuera de sus contornos. ¹⁸Al entrar él en la barca, el que había estado endemoniado le rogaba que le dejase estar con él. ¹⁹Mas Jesús no se lo permitió, sino que le dijo: Vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo, y cómo ha tenido misericordia de ti. ²⁰Y se fue, y comenzó a publicar en Decápolis cuán grandes cosas había hecho Jesús con él; y todos se maravillaban.

²¹Pasando otra vez Jesús en una barca a la otra orilla, se reunió alrededor de él una gran multitud; y él estaba junto al mar.

Lucas 8.26–40

²⁶Y arribaron a la tierra de los gadarenos, que está en la ribera opuesta a Galilea. ²⁷Al llegar él a tierra, vino a su encuentro un hombre de la ciudad, endemoniado desde hacía mucho tiempo; y no vestía ropa, ni moraba en casa, sino en los sepulcros. ²⁸Este, al ver a Jesús, lanzó un gran grito, y postrándose a sus pies exclamó a gran voz: ¿Qué tienes conmigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? Te ruego que no me atormentes. ²⁹(Porque mandaba al espíritu inmundo que saliese del hombre, pues hacía mucho tiempo que se había apoderado de él; y le ataban con cadenas y grillos, pero rompiendo las cadenas, era impedido por el demonio a los desiertos.) ³⁰Y le preguntó Jesús, diciendo: ¿Cómo te llamas? Y él dijo: Legión. Porque muchos demonios habían entrado en él. ³¹Y le rogaban que no los mandase ir al abismo. ³²Había allí un hato de muchos cerdos que pacían en el monte; y le rogaron que los dejase entrar en ellos;

y les dio permiso. ³³Y los demonios, salidos del hombre, entraron en los cerdos; y el hato se precipitó por un despeñadero al lago, y se ahogó.

³⁴Y los que apacentaban los cerdos, cuando vieron lo que había acontecido, huyeron, y yendo dieron aviso en la ciudad y por los campos. ³⁵Y salieron a ver lo que había sucedido; y vinieron a Jesús, y hallaron al hombre de quien habían salido los demonios, sentado a los pies de Jesús, vestido, y en su cabal juicio; y tuvieron miedo. ³⁶Y los que lo habían visto, les contaron cómo había sido salvado el endemoniado. ³⁷Entonces toda la multitud de la región alrededor de los gadarenos le rogó que se marchase de ellos, pues tenían gran temor. Y Jesús, entrando en la barca, se volvió. ³⁸Y el hombre de quien habían salido los demonios le rogaba que le dejase estar con él; pero Jesús le despidió, diciendo: ³⁹Vuélvete a tu casa, y cuenta cuán grandes cosas ha hecho Dios contigo. Y él se fue, publicando por toda la ciudad cuán grandes cosas había hecho Jesús con él.

⁴⁰Cuando volvió Jesús, le recibió la multitud con gozo; porque todos le esperaban.

Al final, Jesús y los discípulos llegaron a su destino, al otro lado del mar. Mateo dijo que llegaron a **la tierra de los gadarenos** (Mt 8.28), mientras que Marcos y Lucas llamaron a esta **la tierra de los gerasenos** (Mr 5.1; Lc 8.26; NASB).⁴ Gerasa (también conocida como Gergesa) era una aldea que se encontraba sobre la ribera oriental del mar. Toda la región estaba dominada por Gadara, que se encontraba algunos kilómetros al sureste. Se le conocía por lo tanto por los dos términos, por «región de los gerasenos», y por «tierra de los gadarenos». Los críticos de la Biblia consideraban que aquí había «una contradicción», hasta que las ruinas de «Kherasa» (esto es, Gerasa) se descubrieron.

Si lo que Jesús esperaba era descansar en aquella región aislada, el descanso fue lo menos que tuvo; pues, fue recibido por un extraño comité de bienvenida. **Cuando llegó a la otra orilla, a la tierra de los gadarenos, vinieron a su encuentro dos ende-**

⁴N. del T.: En la Reina-Valera se lee «tierra de los gadarenos» en Marcos y en Lucas.

moniados que salían de los sepulcros (Mt 8.28a). Mateo habló de dos endemoniados, mientras que Marcos y Lucas se concentraron en el que más poseído estaba.

Cuando Jesús se disponía a echar fuera de los hombres a los espíritus malignos, los demonios le pidieron que les permitiera entrar en un hato de cerdos, que pacían sobre un monte cercano. Cuando los demonios entraron en los cerdos, estos enloquecieron, se precipitaron en el mar por un despeñadero, y se ahogaron.

Hace varios años, John S. Sweeney participó en un debate contra un predicador denominacional, sobre el modo de bautizar. Debatían si el Nuevo Testamento enseña que el bautismo debe ser por inmersión de la persona en agua, o si enseña que es por rociar agua sobre ella. El predicador denominacional asumió una posición extremista, diciendo que en el Nuevo Testamento no había ejemplos de inmersión. En un esfuerzo por ponerle un poco de humor a su aseveración, dijo: «Bueno, sí, en el Nuevo Testamento hay un caso de inmersión», y se refirió al relato de los dos mil cerdos que perecieron ahogados en el mar. Cuando el hermano Sweeney subió a la tribuna, respondió, diciendo: «Es cierto, ese es un ejemplo de inmersión, y como el diablo perdió su tocino en la transacción, ¡ha estado tratando de cambiar el método desde entonces!».⁵

Cuando los habitantes de la región se enteraron de lo sucedido, le rogaron a Cristo que se fuera. (Supongo que tenían seguir perdiendo ganado.) Cuando Jesús se preparaba para complacerles su petición, uno de los que fueron sanados le pidió que lo dejara ir con Él (Mr 5.18). Jesús respondió, diciendo: **Vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo, y cómo ha tenido misericordia de ti** (Mr 5.19).

Puede que nos preguntemos por qué Jesús le dijo a este hombre que diera a conocer lo que había sucedido, cuando a otros

⁵Esta historia fue adaptada de las notas que tomé en la clase del hermano J. W. Roberts, sobre la vida de Cristo, en el año 1968. Earl West señaló al hermano Sweeney como uno de los polemistas más conocidos de su tiempo (Earl I. West, *The Search for the Ancient Order [La búsqueda del orden antiguo]*, vol. 4, *A History of The Restoration Movement 1919–1950 [Historia del movimiento de Restauración 1919–1950]* [Germantown, Tenn.: Religious Book Service, 1987], 214).

les había mandado lo contrario (Mr 1.43–44). Una razón pudo ser que esta sanidad ocurrió fuera de la esfera de influencia de los fariseos y escribas. En esta región era menos probable que la publicidad suscitara la animosidad de Sus enemigos. Otra posible razón es que, como Jesús se vio obligado a salir, antes de haber podido predicar, Él quiso dejar un testigo en este lugar.

El hombre hizo lo que el Señor le pidió, pues esto es lo que leemos: **Y se fue, y comenzó a publicar en Decápolis** [la región de las diez ciudades] **cuán grandes cosas había hecho Jesús con él; y todos se maravillaban** (Mr 5.20). Como resultado de esto, cuando Cristo volvió a aquella región, tuvo un recibimiento más favorable (Mr 7.31–37).

JESÚS COME CON PECADORES (Y PRONUNCIA EN DISCURSO SOBRE EL AYUNO) (MT 9.10–17; MR 2.15–22; LC 5.29–39)

Cuando los habitantes de Gerasa le pidieron que saliera, Jesús entró en una barca, «pasó al otro lado y vino a su ciudad» (Mt 9.1), esto es, volvió a Capernaum. Allí lo esperaban grandes multitudes (vea Mr 5.21; Lc 8.40). Es difícil precisar lo que sucedió después. Poco después que volvió, resucitó a la hija de Jairo (Mt 9.18–26; Mr 5.22–43; Lc 8.41–56). Estudiaremos acerca de este incidente en la siguiente lección; sin embargo, deseamos concluir este estudio con un relato que inserta Mateo a estas alturas. Después que consignó su llamado a ser discípulo, Mateo contó acerca de un banquete que él mismo dio, para honrar a Cristo. Los tres autores de los evangelios sinópticos dieron cuenta de este evento, una reunión que resultó en muchas críticas para el Invitado de honor.

En muchas armonías, el relato acerca de la hija de Jairo se ubica inmediatamente después que Jesús volvió a la ribera occidental del mar. Otros insertan el relato del banquete dado por Mateo, antes de la historia de Jairo, y para esto se basan en Mateo 9.18, donde se indica que el discurso que Cristo estaba dando en el banquete de Mateo, fue interrumpido por Jairo. John Broadus, que siguió este último enfoque, insertó esta nota: «El asunto de la ubicación [del relato del banquete de Mateo] no puede resol-

verse, y esto en realidad no es tan importante como sí lo es entender el contenido de la sección»⁶

Mateo 9.10–17

¹⁰Y aconteció que estando él sentado a la mesa en la casa, he aquí que muchos publicanos y pecadores, que habían venido, se sentaron juntamente a la mesa con Jesús y sus discípulos.

¹¹Cuando vieron esto los fariseos, dijeron a los discípulos: ¿Por qué come vuestro Maestro con los publicanos y pecadores?

¹²Al oír esto Jesús, les dijo: Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. ¹³Id, pues, y aprended lo que significa: Misericordia quiero, y no sacrificio. Porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores, al arrepentimiento.

¹⁴Entonces vinieron a él los discípulos de Juan, diciendo: ¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos muchas veces, y tus discípulos no ayunan? ¹⁵Jesús les dijo: ¿Acaso pueden los que están de bodas tener luto entre tanto que el esposo está con ellos? Pero vendrán días cuando el esposo les será quitado, y entonces ayunarán. ¹⁶Nadie pone remiendo de paño nuevo en vestido viejo; porque tal remiendo tira del vestido, y se hace peor la rotura. ¹⁷Ni echan vino nuevo en odres viejos; de otra manera los odres se rompen, y el vino se derrama, y los odres se pierden; pero echan el vino nuevo en odres nuevos, y lo uno y lo otro se conservan juntamente.

Marcos 2.15–22

¹⁵Aconteció que estando Jesús a la mesa en casa de él, muchos publicanos y pecadores estaban también a la mesa juntamente con Jesús y sus discípulos; porque había muchos que le habían seguido. ¹⁶Y los escribas y los fariseos, viéndole comer con los publicanos y con los pecadores, dijeron a los discípulos: ¿Qué es esto, que él come y bebe con los publicanos y pecadores?

¹⁷Al oír esto Jesús, les dijo: Los sanos no tienen necesidad de

⁶John A. Broadus, *Harmony of the Gospels in the Revised Edition (Armonía de los evangelios en la Revised Edition)* (New York: A. C. Armstrong & Son, 1906), 36; citado en John Franklin Carter, *A Layman's Harmony of the Gospels (Una armonía de los evangelios por un laico)* (Nashville: Broadman Press, 1961), 138.

médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores.

¹⁸Y los discípulos de Juan y los de los fariseos ayunaban; y vinieron, y le dijeron: ¿Por qué los discípulos de Juan y los de los fariseos ayunan, y tus discípulos no ayunan? ¹⁹Jesús les dijo: ¿Acaso pueden los que están de bodas ayunar mientras está con ellos el esposo? Entre tanto que tienen consigo al esposo, no pueden ayunar. ²⁰Pero vendrán días cuando el esposo les será quitado, y entonces en aquellos días ayunarán. ²¹Nadie pone remiendo de paño nuevo en vestido viejo; de otra manera, el mismo remiendo nuevo tira de lo viejo, y se hace peor la rotura. ²²Y nadie echa vino nuevo en odres viejos; de otra manera, el vino nuevo rompe los odres, y el vino se derrama, y los odres se pierden; pero el vino nuevo en odres nuevos se ha de echar.

Lucas 5.29–39

²⁹Y Leví le hizo gran banquete en su casa; y había mucha compañía de publicanos y de otros que estaban a la mesa con ellos. ³⁰Y los escribas y los fariseos murmuraban contra los discípulos, diciendo: ¿Por qué coméis y bebéis con publicanos y pecadores? ³¹Respondiendo Jesús, les dijo: Los que están sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. ³²No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento.

³³Entonces ellos le dijeron: ¿Por qué los discípulos de Juan ayunan muchas veces y hacen oraciones, y asimismo los de los fariseos, pero los tuyos comen y beben? ³⁴Él les dijo: ¿Podéis acaso hacer que los que están de bodas ayunen, entre tanto que el esposo está con ellos? ³⁵Mas vendrán días cuando el esposo les será quitado; entonces, en aquellos días ayunarán. ³⁶Les dijo también una parábola: Nadie corta un pedazo de un vestido nuevo y lo pone en un vestido viejo; pues si lo hace, no solamente rompe el nuevo, sino que el remiendo sacado de él no armoniza con el viejo. ³⁷Y nadie echa vino nuevo en odres viejos; de otra manera, el vino nuevo romperá los odres y se derramará, y los odres se perderán. ³⁸Mas el vino nuevo en odres nuevos se ha de echar; y lo uno y lo otro se conservan. ³⁹Y ninguno que beba del añejo, quiere luego el nuevo; porque dice: El añejo es mejor.

Y Leví [esto es, Mateo] le hizo gran banquete en su casa (Lc 5.29a). Lógicamente, Mateo invitó a sus antiguos amigos y asociados. Pronto, la casa se llenó de recaudadores de impuestos y de otros marginados por la sociedad, pues esto es lo que leemos: **... muchos publicanos y pecadores estaban también a la mesa juntamente con Jesús y sus discípulos; porque había muchos que le habían seguido** (Mr 2.15). J. W. McGarvey recalcó que las razones y acciones que Jesús demostró en esta situación, «no justifican que estemos en compañía de personas malvadas, salvo para el exclusivo propósito de hacerles bien, esto es, para desempeñarnos como médicos de su alma».⁷

Los fariseos, que constantemente perseguían a Jesús, comenzaron a murmurar (Lc 5.30a). Les preguntaron a Sus discípulos, diciendo: **¿Por qué come vuestro Maestro con los publicanos y pecadores?** (Mt 9.11). La respuesta que dio Jesús fue genial: **Los que están sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento** (Lc 5.31–32). En este contexto, la expresión «los justos» se refiere a los que se *creían* justos, y que no necesitaban arrepentimiento, en otras palabras, Jesús se refería a los escribas y fariseos.

La versión que da Mateo de la respuesta de Jesús (Mt 9.12–13) incluye una cita tomada de Oseas 6.6. Hicimos notar en una lección anterior que Cristo usó la cita en otro contexto para recalcar que permitir a los hombres saciar el hambre es una demostración de misericordia. En Mateo 9, Su punto es que animar a los pecadores a arrepentirse es una demostración de misericordia.

Sin inmutarse, los fariseos lanzaron una segunda crítica, tal vez motivados por el hecho de que Jesús y Sus discípulos la estaban pasando bien en el banquete de Mateo. Esto fue lo que dijeron: **¿Por qué los discípulos de Juan y los de los fariseos ayunan, y tus discípulos no ayunan?** (Mr 2.18). Algunos de los discípulos de Juan estaban presentes, y las voces de ellos trataron de sacar partido, diciendo: «¿Por qué?» (Mt 9.14). Es triste ver que los discípulos de Juan se pusieron del lado de los fariseos, en relación con este asunto.

⁷McGarvey y Pendleton, 350.

La esencia de la pregunta era esta: «¿Por qué no sigues las tradiciones que nuestros padres comenzaron hace mucho tiempo?». Cristo respondió, en efecto, que la venida del Mesías marcaba el comienzo de una nueva era, la cual no siempre era compatible con las tradiciones del pasado. La respuesta de Jesús consistió en dos partes. La primera fue en el sentido de que la tradición del ayuno no era apropiada para Sus discípulos. Comparó la venida del Mesías con una celebración de bodas (Mt 9.15; Mr 2.19–20; Lc 5.34–35): En tales celebraciones había que regocijarse, no había que estar de luto. Para los judíos, el ayuno era un símbolo de penitencia y aflicción.

La segunda parte de Su respuesta fue en el sentido de que incorporar las tradiciones de los hombres sería desastroso para el régimen del Mesías. Añadir las tradiciones de los fariseos a Su enseñanza sería como poner un pedazo de vestido nuevo en un vestido viejo (Lc 5.36). Cuando el pedazo de vestido nuevo se encogiera, rompería el vestido viejo. Del mismo modo, tratar de combinar las antiguas tradiciones con Su camino nuevo sería como echar vino nuevo en odres viejos. En aquellos tiempos se usaban pieles de animales para hacer recipientes para líquidos. Esto todavía se acostumbra en algunas partes del mundo. Con el tiempo, estas pieles se secaban, y se ponían quebradizas y frágiles. La escoria que quedaba en el fondo de los odres viejos haría que se fermentara y expandiera el vino nuevo, lo cual rompería los odres viejos y quebradizos (Lc 5.37).

Jesús sabía que los fariseos no estarían dispuestos a recibir Su nueva enseñanza. Tristemente, se refería a los que ni siquiera considerarían la posibilidad de cambiar, a los que siempre dirían que lo antiguo es suficiente (Lc 5.39). Cristo no se estaba refiriendo a los que no estaban dispuestos a dejar antiguas tradiciones no inspiradas para abrazar nuevas tradiciones no inspiradas; sino que se estaba refiriendo a los fariseos que no estaban dispuestos a dejar sus tradiciones para poder abrazar la enseñanza de Él.

APLICACIÓN: EXTENDIENDO LA MANO A PERSONAS DESAGRADABLES (MR 5.1–20)

Hace varios años, una compañía telefónica pasaba por televisión un lema publicitario muy eficaz, que decía: «Extiende tu mano y toca a alguien». La idea era que el televidente entendiera que en algún lugar había alguien que esperaba una llamada suya, alguien que se alegraría mucho al recibir tal llamada.⁸

La idea de extender la mano a los demás no es nueva. El más grande ejemplo de esta práctica, que jamás vivió, fue Jesucristo. Este extendió la mano a personas de todos los lugares donde anduvo —a enfermos, a ciegos, a cojos, a afligidos, a pecadores— y los que recibieron el toque de esa mano, jamás volvieron a ser los mismos. En la iglesia, hemos de ser seguidores de Jesús (1 P 2.21). Él es nuestra Cabeza (Ef 1.21–22), y nosotros hemos de ser Sus manos, Sus pies, Sus labios. Hemos de ser *miembros* de Su cuerpo (Ro 12.5). Según se desprende de la Gran Comisión (Mt 28.18–20), mientras no extendamos nuestra mano para tocar con nuestra vida y con el evangelio a los demás, no estaremos actuando como la iglesia del Señor.

Marcos 5 presenta un relato acerca de cómo Jesús extendió Su mano y tocó a un hombre que era repulsivo y desagradable. El relato que presenta Mateo, de este incidente, habla de dos endemoniados, mientras que Marcos y Lucas sólo dan cuenta del principal protagonista. Al igual que Marcos, me concentraré en el más violento de los dos. En este relato hay importantes lecciones para nosotros.

La realidad (Mr 5.1–5)

Problemas reales

El texto comienza diciendo esto:

Vinieron al otro lado del mar, a la región de los gada-

⁸La idea para esta presentación provino de un sermón de Prentice Meador, Jr., que se encuentra en *Sermons for Today (Sermones para hoy)*, vol. 2 (Abilene, Tex.: Biblical Research Press, 1981), 134–41.

renos. Y cuando salió él de la barca, en seguida vino a su encuentro, de los sepulcros, un hombre con un espíritu inmundo, que tenía su morada en los sepulcros, y nadie podía atarle, ni aun con cadenas. Porque muchas veces había sido atado con grillos y cadenas, mas las cadenas habían sido hechas pedazos por él, y desmenuzados los grillos; y nadie le podía dominar. Y siempre, de día y de noche, andaba dando voces en los montes y en los sepulcros, e hiriéndose con piedras (Mr 5.1–5).

Tras un largo y agitado día, la noche por fin había llegado (Mr 4.35a), y en ese momento Cristo dijo a Sus discípulos: «Pase-mos al otro lado» (Mr 4.35b) —esto es, al otro lado del mar de Galilea (vea Mr 4.36; 5.1). Esto era algo que el hacía en ocasiones, con el fin de apartarse de las multitudes. Cuando comenzaban la travesía, Jesús, que estaba exhausto, se durmió (Mr 4.38). Durante el viaje, se levantó una violenta tempestad, la cual calmó Cristo (Mr 4.36–41). El relato comienza cuando ya el Señor y Sus discípulos habían recorrido unos ocho kilómetros, y habían llegado a la región de los gadarenos (Mr 5.1), sobre la ribera oriental del mar.

Si lo que Jesús buscaba, al llegar a esta región escasamente poblada, era descanso, esto fue lo que menos encontró. El texto dice que «cuando salió él de la barca, *en seguida* vino a su encuentro, de los sepulcros, un hombre con un espíritu inmundo» (Mr 5.2; énfasis nuestro). Joe Schubert escribió:

Se encontraban en una parte de la orilla del lago, donde había muchas cavernas en la roca caliza de los acantilados con vista al mar de Galilea. En estas cavernas había muchos sepulcros, en los cuales se habían puesto los cuerpos de los muertos. En los mejores momentos, este sería un lugar espeluznante. Pero de noche, debió de haber sido realmente lúgubre. De los sepulcros salió un hombre poseído por demonios...⁹

⁹Joe Schubert, "Overcoming Fear" («Cómo superar el temor»), *Preacher's Periodical* (Diciembre 1983): 27.

¿Por qué vivía este hombre en los sepulcros? Porque había sido marginado por la sociedad. La gente de aquella región había tratado de sujetarlo con grillos y cadenas, pero no había manera de dominarlo. Al final, aparentemente lo obligaron a irse.

¿Ha captado usted en su mente el cuadro de lo que describen los versículos 1 al 5? En el momento que Jesús salió de la barca, un hombre enloquecido salió de la oscuridad. Estaba desnudo y mugriento. Su cuerpo estaba cubierto de llagas supurantes, las cuales se causaba por mutilarse a sí mismo. Su cabello estaba enmarañado; y tenía ojos de loco. *Este* era el hombre con necesidad de que Jesús le extendiera Su mano. *Este* era el hombre que pondría a prueba la disposición de Jesús a extender Su mano.

Excusas imaginadas

Imagínese las excusas que Cristo pudo haber dado, para no responder a esta necesidad.

1) Podía haber dicho que estaba muy cansado, porque era tarde, además, había tenido un largo y arduo día. De hecho así había sido ese día para Él. Todos entendemos cómo se siente estar agotado. Hay muchos cerca de nosotros que se mantienen activos, porque no desean ser menos que los demás. Otros trabajan largas jornadas, tan sólo para pagar las cuentas. En muchas familias, la madre trabaja fuera del hogar. Como resultado de ello, cuando al final de cada día hemos vuelto a casa, no nos ha quedado tiempo ni energías. Es poco lo que queda para extender la mano a los demás; en nuestro horario ocupado y agotador no queda un espacio para la obra de la iglesia.

2) Podía haber dicho que aquel hombre no era responsabilidad Suya; que él tenía familiares en la región (Mr 5.19; vea Lc 8.39), de modo que era responsabilidad de ellos. También podía haber dicho que, después de todo, Él había estado trabajando arduamente en Galilea, y que había venido para tomarse unas breves vacaciones; ¡que otro se preocupara por él! Uno de los problemas más serios de que adolece nuestra sociedad es que muy pocos asumen responsabilidad personal, un problema del cual tampoco está exenta la iglesia.¹⁰

¹⁰Meador, 138.

3) Podía haber dicho que el endemoniado *no* era receptivo al mensaje. Imagínese que hemos decidido ir de casa en casa en nuestra comunidad, con el fin de encontrar personas interesadas en el evangelio. Ahora imagínese que, mientras dos de los obreros van por la calle, un hombre parecido al endemoniado de Marcos 5, sale de en medio de la oscuridad al encuentro de ellos. Puedo decirle con toda certeza que al volver tales obreros, ¡jamás se les ocurriría incluir a aquel hombre como un candidato receptivo a la enseñanza! Muchos deseáramos encontrar personas que sean más o menos como nosotros y que anhelan conocer la verdad. Muchos *no* deseáramos estudiar con alguien que esté tan cargado de problemas como lo estaba aquel hombre.

4) Podía haber dicho que era arriesgado ayudarlo; que si trataba de ayudarlo, es probable que de nada serviría y que al final mucha gente no iba a estar muy contenta con Él. ¡Uno de los riesgos que se corre cuando se extiende la mano a alguien, es que se puede recibir un manotazo! ¿No es cierto que a veces nos abstenemos de hablarles la Palabra de Dios a nuestros amigos y vecinos, por temor de perder la amistad de ellos, por temor de que no nos vayan a querer más? Como veremos, a la mayoría de los habitantes de la tierra de los gadarenos *no* les gustó el hecho de que Cristo extendió Su mano al endemoniado, y le rogaron que se fuera (Mr 5.17).

Verdadero interés

Jesús podía haber dado todas las excusas que acabo de mencionar, pero no dio una sola. ¿Qué era lo que le capacitaba para superar las barreras naturales que este hombre representaba? *Su amor por la gente*. Cristo tenía Su mirada puesta en la gente; se preocupaba por la gente. En el endemoniado vio a alguien que tenía necesidad de Él. Es cierto que este hombre era repulsivo y desagradable. Estaba desorientado; y su vida estaba fuera de control. Era autodestructivo, puede que incluso suicida. Pero con todo esto, era una persona con necesidades. Así, a pesar de la repulsión que inspiraba aquel hombre, a pesar del cansancio, a pesar de lo desagradable que era aquel hombre, a pesar de que otros tal vez no estaban cumpliendo sus responsabilidades, Cristo asumió el riesgo y le extendió la mano.

La respuesta (Mr 5.6–16)

El poderío de Jesús

Al seguir la lectura, esto es lo que se nos narra: «Cuando [el endemoniado] vio, pues, a Jesús de lejos, corrió, y se arrojó ante él. Y clamando a gran voz, dijo: ¿Qué tienes conmigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo?» (Mr 5.6–7a). En Santiago 2.19 se recalca que «los demonios creen, y tiemblan».

De la boca del hombre salieron estas palabras: «Te conjuro por Dios que no me atormentes» (Mr 5.7b). Parece extraño que rogara de este modo, pues Jesús había venido a sanarle, no a atormentarlo; por otro lado, estos eran seguramente los demonios que hablaban por el hombre.

Según la versión de Mateo, esto fue lo que preguntaron: «¿Has venido acá para atormentarnos antes de tiempo?» (Mt 8.29). Vendrá el tiempo cuando las fuerzas del diablo serán juzgadas y echadas al lago de fuego, junto con el maestro de ellas, para ser atormentadas para siempre (vea 2 P 2.4; Ap 19.20; 20.10). El versículo 8 nos dice por qué a los demonios les preocupaba su destino: «Porque le decía: Sal de este hombre, espíritu inmundo».

Jesús le preguntó: «¿Cómo te llamas?». El hombre respondió, diciendo: «Legión me llamo; porque somos muchos» (Mr 5.9). Una legión era un regimiento romano de aproximadamente seis mil soldados. El hombre no necesariamente tenía seis mil demonios dentro de él, pero el término indica que estaba lleno de innumerables demonios. (Dentro de poco veremos que entraron en *dos mil* cerdos [Mr 5.13].)

Note que el hombre usó primero el singular, al decir: «Legión *me* llamo». Después usó el plural, diciendo: «porque *somos* muchos». Es inimaginable la confusión que pudo haber tenido este hombre, cuyo cuerpo y cuya mente estaban controlados por fuerzas demoníacas. Tenía que desquiciarse a cualquier hombre. En Marcos 5.15 se observa que el hombre «estaba en su juicio cabal» *después* que los demonios salieron de él.

Los demonios comenzaron a rogarle «mucho [a Cristo] que no los enviase fuera de aquella región» (Mr 5.10). Lucas escribió que «le rogaban que no los mandase ir al abismo» (Lc 8.31). «El abismo» era el lugar en que normalmente habitaban los demo-

nios, pero estos no querían que el Señor los obligara a volver allí, al menos no por el momento. Querían seguir en su actividad por un tiempo.

Sucedió que estaba «allí cerca del monte un gran hato de cerdos paciendo» (Mr 5.11). Los demonios le rogaron a Cristo, diciendo: «Envíanos a los cerdos para que entremos en ellos» (Mr 5.12). ¿Por qué hicieron esta extraña petición? Tal vez la única manera como los demonios podían funcionar fuera del abismo, era en un huésped viviente. Por la razón que fuera, pidieron que se les dejara entrar en los cerdos. «Jesús les dio permiso. Y saliendo aquellos espíritus inmundos, entraron en los cerdos» (Mr 5.13a).

Si era con el fin de continuar su actividad demoníaca que la legión de demonios había hecho su petición, les esperaba una decepción; porque tan pronto entraron en sus nuevos huéspedes, los cerdos enloquecieron. Era un hato como de dos mil cerdos, un hato que «se precipitó en el mar por un despeñadero, y en el mar se ahogaron» (Mr 5.13b). ¡Trate de imaginarse la vista y el sonido de dos mil cerdos dando chillidos... deslizándose con estruendo por la pendiente del monte... y chapoteando al caer en el agua!

Entre los que observaban esta espeluznante vista, estaban los que apacentaban los animales, que habían estado cuidando los cerdos de moradores de ciudades cercanas. En seguida, «los que apacentaban los cerdos huyeron, y dieron aviso en la ciudad y en los campos» (Mr 5.14a). Ellos contaron «cómo le había acontecido al que había tenido el demonio, y lo de los cerdos» (Mr 5.16).

Y salieron a ver qué era aquello que había sucedido. Vienen a Jesús y ven al que había sido atormentado del demonio, y que había tenido la legión, sentado, vestido y en su juicio cabal (Mr 5.14b, 15a).

Al que anteriormente había enloquecido, ahora lo veían que estaba «sentado» y tranquilo. Ya no estaba desnudo, sino «vestido». Ya no era un maniático, sino un hombre «en su juicio cabal». Jesús había extendido Su mano a un hombre repulsivo,

y le había cambiado completamente su vida.

La motivación de Jesús

¿Cómo podía Jesús extender Su mano a personas desagradables? Mencioné anteriormente que lo hacía por que amaba a la gente; sin embargo, añadiré algunas ideas más:

1) Era sensible a las necesidades de la gente. Siempre estaba buscando una oportunidad para ayudar. El endemoniado no parecía gran cosa, pero era un alma necesitada, de modo que esta era una oportunidad.

2) Estaba dispuesto a partir de la situación en que se encontraba la persona necesitada, no de la situación en que le hubiera gustado que estuviera. Pudo haberle dicho al desquiciado, que primero le dejara asearle y buscarle algún vestido, y que luego hablarían acerca de su problema de posesión demoníaca. Pero no fue así, sino que, sin importarle la apariencia del hombre, echó fuera los demonios. Luego, dice el texto, el hombre estuvo vestido. A veces, cuando extendemos la mano a la gente, primero tenemos que ayudarles a enderezar el rumbo de su vida y después ayudarles a entender la voluntad del Señor. Tenemos que partir de la situación en que se encuentra la gente, no de la situación en que deseáramos que estuviera.

3) Estaba dispuesto a hablarle al hombre, y a prestar oído a sus problemas. Prestó oído incluso a varios millares de demonios. Cuando se presta oído se demuestra el deseo de comprender. Prestar oído es casi un arte perdido; sin embargo no hay mejor manera de expresar amor que prestar oído, realmente prestar oído.

4) Estaba dispuesto a confiar en el poder de Dios. La vida de aquel hombre cambió, no por la psicología humana, sino por el poder de Dios. Aunque no tenemos el poder milagroso de Jesús, Dios todavía nos ha dotado de poder. Tenemos el poder de la Palabra (Ro 1.16), y el poder de Dios que está activo en nuestra vida (Ef 3.20). Aprendamos a depender de Él, en lugar de depender de nuestros limitados recursos.

Los resultados (Mr 5.15–20)

¿Cuál fue el resultado de que Jesús extendiera Su mano al

repulsivo endemoniado?

Un hombre cambió

Ya vimos algunos de los resultados. Por ejemplo, a una vida se le enderezó por completo el rumbo. No hay mayor contraste que el observado entre lo que este hombre era antes y lo que fue después de encontrarse con Jesús.

Hombres indiferentes

Como ya se insinuó anteriormente, había algunos que no les producía ningún gozo lo que había ocurrido. En lugar de alegrarse porque se había salvado a un ser humano, «tuvieron miedo» (Mr 5.15b). Aquellos hombres «comenzaron a rogarle [a Jesús] que se fuera de sus contornos» (Mr 5.17). En lugar de rogarle que se quedara, para ayudar a rescatar a cualquier otro ciudadano que estuviera oprimido por el diablo, ¡le dijeron que se fuera!

Jesús hizo lo que pidieron. No pudieron haber hecho una petición más trágica; sin embargo, Cristo accedió a complacerlos. Él nunca se quedó en un lugar donde no fuera deseado y jamás obligó a nadie a aceptar los caminos de Dios. Tampoco podemos nosotros hacer lo mismo. Hemos de dar a conocer lo que podemos de la Palabra; luego, si las personas nos piden que nos vayamos, debemos irnos.

Una región enseñada

Un último resultado debe mencionarse: extender la mano a alguien hace que se extienda la mano a otros. Preste oído al resto del relato:

Al entrar él en la barca, el que había estado endemoniado le rogaba que le dejase estar con él. Mas Jesús no se lo permitió, sino que le dijo: Vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo, y cómo ha tenido misericordia de ti. Y se fue, y comenzó a publicar en Decápolis cuán grandes cosas había hecho Jesús con él; y todos se maravillaban (Mr 5.18–20).

Esto es lo que Jesús también *nos* diría: «Vete a tu casa, a los tuyos —amigos, familiares y vecinos—, y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo y cómo ha tenido misericordia de ti». Habrá quienes protesten, diciendo que no tienen ningún amigo que no sea miembro de la iglesia. En tal caso, debe usted hacerlos. Haga amigos en su vecindario, en su trabajo, en su escuela. Entonces podrá dar a conocer lo que el Señor ha hecho con usted. Alguien dijo que evangelizar no es más que un mendigo que le dice a otro dónde pueden los dos encontrar pan. En el texto de esta lección se declara que evangelizar no es más que un enfermo que le dice a otro enfermo dónde pueden los dos encontrar alivio.

Conclusión

Charles Hodge a veces lleva al púlpito una regla de cuarenta y cinco centímetros. Lo que él hace es sostenerla en alto, hace notar su longitud, y dice: «Esta es la distancia a la que algunos cristianos están de perderse el cielo». Luego, acercando un extremo de la regla a la cabeza y el otro al pecho, dice: «Es la misma distancia que separa la cabeza del corazón». El «corazón» del cual habla la Biblia, no se encuentra en el pecho; sin embargo, la ilustración todavía vale.

Es posible que muchos de nosotros sepamos en la cabeza (intelectualmente) que debemos extender la mano a los demás, incluso a los que causan repulsión, para ayudarles en sus necesidades y para darles a conocer el evangelio. Al mismo tiempo, es posible que el mensaje jamás nos haya llegado al corazón. Tal vez no hemos sido motivados a hacer lo que sea necesario para extender la mano: cambiar nuestro horario, superar nuestros temores o lo que sea que nos haya impedido hacer lo que deberíamos. De hecho es posible que algunos estemos «a cuarenta y cinco centímetros de perdernos el cielo».

JESÚS RESUCITA A LA HIJA DE JAIRO (Y SANA A UNA MUJER INVÁLIDA) (MT 9.18–26; MR 5.22–43; LC 8.41–56)

Cuando Jesús volvió a la ribera occidental del mar de Galilea, lo esperaba una multitud (Mr 5.21; Lc 8.40). En ese momento, llevó a cabo varios milagros notables, incluyendo el de la resurrección de una muchacha. Poco después, hizo un tercer recorrido de Galilea, comenzando con Nazaret, la ciudad donde se crió.

Una palabra clave de esta lección es «creer» o «fe». (La misma palabra griega πίστις [*pistis*], es a veces traducida «creer», y a veces «fe». Cuando sanó a una mujer, le dijo: ... **tu fe te ha salvado** (Mt 9.22). Al principal de una sinagoga, le dijo: **No temas, cree solamente** (Mr 5.36). A dos ciegos preguntó si creían que Él podía sanarlos. Cuando respondieron diciendo que sí, les dijo: «Conforme a vuestra fe os sea hecho» (Mt 9.28–29). Cuando fue rechazado en Nazaret, «estaba asombrado de la incredulidad de ellos» (Mr 6.6).

Algunos que afirman tener poderes milagrosos, tratan de usar estos versículos para enseñar que ni siquiera Jesús podía hacer milagros, a menos que la gente creyera primero. Luego, justifican sus fracasos diciendo que los que no fueron sanados «no tuvieron suficiente fe». Es cierto que en estos pasajes se pone énfasis en la fe, pero no es cierto que la capacidad de Jesús para hacer milagros, dependiera de la fe de aquellos a quienes ayudaba. Hasta ahora hemos visto en nuestros estudios, varios casos en los cuales la fe no estuvo presente, o fue incluso imposible. En esta sección, veremos a una muchacha muerta resucitar, y ella ciertamente no tenía fe previo a su resurrección.

¿Por qué, entonces, se recalcó la fe durante estos eventos? Jesús había llegado a un momento crucial de su ministerio. Había llevado a cabo muchos milagros antes de esta fecha; y uno de los propósitos de tales milagros era producir fe (Jn 20.30–31). Él sabía que, en cuestión de meses, iba a estar partiendo de esta tierra. Cuando saliera, debía dejar atrás un sólido grupo de creyentes. Así, instó cada vez más a la gente a creer.

Mateo 9.18–26

¹⁸Mientras él les decía estas cosas, vino un hombre principal y se postró ante él, diciendo: Mi hija acaba de morir; mas ven y pon tu mano sobre ella, y vivirá. ¹⁹Y se levantó Jesús, y le siguió con sus discípulos. ²⁰Y he aquí una mujer enferma de flujo de sangre desde hacía doce años, se le acercó por detrás y tocó el borde de su manto; ²¹porque decía dentro de sí: Si tocare solamente su manto, seré salva. ²²Pero Jesús, volviéndose y mirándola, dijo: Ten ánimo, hija; tu fe te ha salvado. Y la mujer fue salva desde aquella hora. ²³Al entrar Jesús en la casa del principal, viendo a los que tocaban flautas, y la gente que hacía alboroto, ²⁴les dijo: Apartaos, porque la niña no está muerta, sino duerme. Y se burlaban de él. ²⁵Pero cuando la gente había sido echada fuera, entró, y tomó de la mano a la niña, y ella se levantó. ²⁶Y se difundió la fama de esto por toda aquella tierra.

Marcos 5.22–43

²²Y vino uno de los principales de la sinagoga, llamado Jairo; y luego que le vio, se postró a sus pies, ²³y le rogaba mucho, diciendo: Mi hija está agonizando; ven y pon las manos sobre ella para que sea salva, y vivirá.

²⁴Fue, pues, con él; y le seguía una gran multitud, y le apretaban. ²⁵Pero una mujer que desde hacía doce años padecía de flujo de sangre, ²⁶y había sufrido mucho de muchos médicos, y gastado todo lo que tenía, y nada había aprovechado, antes le iba peor, ²⁷cuando oyó hablar de Jesús, vino por detrás entre la multitud, y tocó su manto. ²⁸Porque decía: Si tocare tan solamente su manto, seré salva. ²⁹Y en seguida la fuente de su sangre se secó; y sintió en el cuerpo que estaba sana de aquel azote. ³⁰Luego Jesús, conociendo en sí mismo el poder que había salido de él, volviéndose a la multitud, dijo: ¿Quién ha tocado mis vestidos? ³¹Sus discípulos le dijeron: Ves que la multitud te aprieta, y dices: ¿Quién me ha tocado? ³²Pero él miraba alrededor para ver quién había hecho esto. ³³Entonces la mujer, temiendo y temblando, sabiendo lo que en ella había sido hecho, vino y se postró delante de él, y le dijo toda la verdad. ³⁴Y él le dijo: Hija, tu fe te ha hecho salva; ve en paz, y queda

sana de tu azote.

³⁵Mientras él aún hablaba, vinieron de casa del principal de la sinagoga, diciendo: Tu hija ha muerto; ¿para qué molestas más al Maestro? ³⁶Pero Jesús, luego que oyó lo que se decía, dijo al principal de la sinagoga: No temas, cree solamente. ³⁷Y no permitió que le siguiese nadie sino Pedro, Jacobo, y Juan hermano de Jacobo. ³⁸Y vino a casa del principal de la sinagoga, y vio el alboroto y a los que lloraban y lamentaban mucho. ³⁹Y entrando, les dijo: ¿Por qué alborotáis y lloráis? La niña no está muerta, sino duerme. ⁴⁰Y se burlaban de él. Mas él, echando fuera a todos, tomó al padre y a la madre de la niña, y a los que estaban con él, y entró donde estaba la niña. ⁴¹Y tomando la mano de la niña, le dijo: Talita cumi; que traducido es: Niña, a ti te digo, levántate. ⁴²Y luego la niña se levantó y andaba, pues tenía doce años. Y se espantaron grandemente. ⁴³Pero él les mandó mucho que nadie lo supiese, y dijo que se le diese de comer.

Lucas 8.41–56

⁴¹Entonces vino un varón llamado Jairo, que era principal de la sinagoga, y postrándose a los pies de Jesús, le rogaba que entrase en su casa; ⁴²porque tenía una hija única, como de doce años, que se estaba muriendo.

Y mientras iba, la multitud le oprimía. ⁴³Pero una mujer que padecía de flujo de sangre desde hacía doce años, y que había gastado en médicos todo cuanto tenía, y por ninguno había podido ser curada, ⁴⁴se le acercó por detrás y tocó el borde de su manto; y al instante se detuvo el flujo de su sangre. ⁴⁵Entonces Jesús dijo: ¿Quién es el que me ha tocado? Y negando todos, dijo Pedro y los que con él estaban: Maestro, la multitud te aprieta y oprime, y dices: ¿Quién es el que me ha tocado? ⁴⁶Pero Jesús dijo: Alguien me ha tocado; porque yo he conocido que ha salido poder de mí. ⁴⁷Entonces, cuando la mujer vio que no había quedado oculta, vino temblando, y postrándose a sus pies, le declaró delante de todo el pueblo por qué causa le había tocado, y cómo al instante había sido sanada. ⁴⁸Y él le dijo: Hija, tu fe te ha salvado; ve en paz.

⁴⁹Estaba hablando aún, cuando vino uno de casa del principal de la sinagoga a decirle: Tu hija ha muerto; no molestes más al Maestro. ⁵⁰Oyéndolo Jesús, le respondió: No temas; cree solamente, y será salva. ⁵¹Entrando en la casa, no dejó entrar a nadie consigo, sino a Pedro, a Jacobo, a Juan, y al padre y a la madre de la niña. ⁵²Y lloraban todos y hacían lamentación por ella. Pero él dijo: No lloréis; no está muerta, sino que duerme. ⁵³Y se burlaban de él, sabiendo que estaba muerta. ⁵⁴Mas él, tomándola de la mano, clamó diciendo: Muchacha, levántate. ⁵⁵Entonces su espíritu volvió, e inmediatamente se levantó; y él mandó que se le diese de comer. ⁵⁶Y sus padres estaban atónitos; pero Jesús les mandó que a nadie dijese lo que había sucedido.

Un hombre llamado Jairo vino a Jesús. La NASB llama a este hombre **uno de los oficiales de la sinagoga** (Mr 5.22; vea Lc 8.41). La KJV se refiere a él como «uno de los principales de la sinagoga». La expresión «oficiales de la sinagoga» es traducción de ἀρχισυνάγωγος (*archisunagogos*), una palabra griega compuesta que significa literalmente «los [que están] sobre [la] sinagoga». El «principal» o la «cabeza» de la sinagoga, formaba parte de la junta de «ancianos» (vea Lc 7.3), que eran responsables de la sinagoga.

En la jerarquía judía, los ancianos de la sinagoga ocupaban una posición inferior a la de los escribas. En los evangelios, el término «anciano» significa a veces «antepasado» (Mt 15.2; NASB), pero por lo general se refiere a un dirigente judío que en ese momento estuviera vivo. El término se usaba también para referirse a dirigentes religiosos en general. Jesús a menudo dijo que Él padecería rechazo de «los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas» (Mt 16.21; vea 21.23). Al sanedrín se le llama a veces «el concilio de ancianos» (Lc 22.66).

El «principal» estaba a cargo de los servicios de la sinagoga, responsabilidad que incluía mantener el orden (vea Lc 13.14) y asignar a los hombres que hicieran la lectura de la ley o dirigieran la palabra a los oyentes (vea Hch 13.15). El principal de la sinagoga de una ciudad judía, era una persona muy respetada.

(A un oficial subordinado de la sinagoga, se le llamaba «el ministro» [vea Lc 4.20 más adelante en la lección].)

Cuando Jairo se acercó a Cristo, **se postró a sus pies, se postró ante él**, pidiéndole que viniera y sanara a su hija de doce años, que estaba **agonizando** (Mr 5.22; Mt 9.18; Mr 5.23). Según el relato de Mateo, Jairo dijo que su hija [acababa] **de morir** (Mt 9.18). Es probable que esta fuera la forma afligida como el padre decía, en otras palabras, que su hija se estaba muriendo cuando salió, que ya podía estar muerta, y que por esta razón, Jesús debía apresurarse. Lucas, en su condición de médico, recalcó **que se estaba muriendo** (Lc 8.42).

Puede que el oficial hubiera oído acerca de la sanidad dada por Jesús al hijo de un oficial del rey, en Capernaum (Jn 4.46–53), y también acerca de la sanidad dada al siervo de un centurión en esa ciudad (Lc 7.1–10). Haciendo a un lado la dignidad, se echó de bruces a los pies del Señor, rogándole que ayudara a su «hija única» (Lc 8.42). Como J. W. McGarvey observó, «su necesidad era mayor que su orgullo».¹¹

Jesús no lo pensó dos veces. Yendo detrás del principal, emprendió el camino a casa de este. Anduvieron lentamente; la Living Bible dice que tuvieron que abrirse paso «entre las multitudes» (Lc 8.42; vea también Mr 5.24, 31).

En el camino a casa de Jairo, un incidente poco común tuvo lugar. Se le ha llamado «el milagro parentético», porque es un incidente milagroso que está dentro del relato de otro incidente milagroso.

Cuando Jesús se abrió paso por entre la multitud, una inválida con determinación, forzó su paso por entre los cuerpos apretados, hasta que llegó a Cristo. Lucas, como médico que era, dijo que ella **padecía de flujo de sangre desde hacía doce años [...] y por [ningún médico] había podido ser curada** (Lc 8.43). De conformidad con la ley de Moisés, a ella se le habría considerado «inmunda» a perpetuidad (vea Lv 15.19, 26). El resumen de Marcos no fue tan compasivo con los colegas de profesión de Lucas: Dijo que la mujer **había sufrido mucho de muchos médicos, y gastado todo lo que tenía, y nada había aprovechado,**

¹¹McGarvey y Pendleton, 352.

antes le iba peor (Mr 5.26). En aquellos tiempos, la mayoría de los médicos mezclaban «unas gotas» de fisiología¹² elemental con «una taza» de medicina de hierbas y «un cubo» de ritualismo supersticioso.

Tan sólo podemos imaginarnos lo que esta mujer había sufrido. Es probable que estuviera pálida, demacrada, y que anduviera doblada de dolor. Pero al oír que el Señor venía en aquella dirección, ella halló fuerzas que tenía ocultas. Forzó su marcha por entre la multitud, hasta que estuvo directamente detrás de Él, lo suficientemente cerca para extender la mano y tocarlo.

Esto fue lo que pensó: **Si tocare solamente su manto, seré salva** (Mt 9.21; vea Mr 5.28). Existía una creencia generalizada en el sentido de que los objetos que habían estado en contacto con el cuerpo de un hacedor de milagros, tenían poder milagroso (vea Mt 14.36; Hch 19.11–12). Tal vez la mujer pensó que era una osadía molestar a Jesús y decidió conformarse con tocar Su manto. Por la razón que lo haya hecho, lo cierto es que la mujer demostró tener fe en el poder de Cristo.

Ella extendió la mano **y tocó el borde de su manto** (Mt 9.20). Cuando lo hizo, **en seguida, la fuente de su sangre se secó; y sintió en el cuerpo que estaba sana de aquel azote** (Mr 5.29). Decimos que uno «se siente mal» cuando está enfermo y que «se siente bien» cuando la enfermedad ha desaparecido. Esta mujer pasó instantáneamente de «sentirse mal» a «sentirse bien». Me la imagino irguiéndose, con el color volviendo a sus mejillas y una amplia sonrisa dibujándosele en el rostro.

Jesús se percató de inmediato que de Él había salido poder (Mr 5.30a; Lc 8.46). Como seres humanos finitos que somos, no podemos entender el poder divino; sin embargo, es fascinante el detalle del poder que salió de Él. Las palabras sugieren que hacer milagros tenía cierto costo para Cristo. Tal vez, cada milagro que hacía, le agotaba en cierto modo, pero a pesar de esto,

¹²N. del T.: La Fisiología es «la ciencia que tiene por objeto el estudio de las funciones de los seres orgánicos» (*Diccionario de la lengua española*, 22^a ed. [2001], s. v. «Fisiología»). En el siglo primero, el conocimiento de la Fisiología era muy rudimentario.

Él jamás lo consideró un costo; jamás dudó en extender la mano a los demás.

Cuando Jesús sintió que de Él salió poder, se detuvo, y preguntó, diciendo: **¿Quién ha tocado mis vestidos?** (Mr 5.30b). Esto sorprendió a Sus discípulos, pues respondieron, diciendo: **Ves que la multitud te aprieta, y dice: ¿Quién me ha tocado?** (Mr 5.31). A nosotros también nos desconcierta un poco. ¿Significa esto que Cristo no tenía idea de quién era la mujer? Mateo y Marcos parecen dar a entender que Jesús sabía quién era la mujer, lo que había hecho, y por qué lo había hecho. Indican que, con muy poca o ninguna duda, Jesús se volvió y miró la mujer (Mt 9.22; Mr 5.32).

A menudo, el propósito de las preguntas de Jesús no era obtener información para Él, sino imprimir verdades en los demás (vea Jn 6.5, 6). Puede que esto haya sido lo que sucedió en esta ocasión. Tal vez deseaba que los demás que estaban a Su alrededor se enteraran de la fe de la mujer y de cómo la fe de ella había dado como resultado que su vida fuera bendecida. Puede ser que deseaba que la mujer tuviera una idea más clara de lo que había sucedido y de por qué había sucedido. Esto fue lo que Lucas escribió:

Entonces, cuando la mujer vio que no había quedado oculta, vino temblando, y postrándose a sus pies, le declaró delante de todo el pueblo por qué causa le había tocado, y cómo al instante había sido sanada. Y él le dijo: Hija, tu fe te ha salvado; ve en paz. (Lc 8.47–48).

La bendición «ve en paz» le proporcionó tranquilidad en el sentido de que la cura era permanente y de que su enfermedad no volvería.

Imagínese a la mujer retirándose, y ahora vuelva su mirada a Jairo. Había estado tratando de que Jesús llegara rápidamente a su casa, donde su pequeña hija se encontraba a las puertas de la muerte. Cuando iba por entre la multitud, debió de haber dicho en silencio esta oración una y otra vez: «¡Señor, ayúdanos para no llegar demasiado tarde. Dios, ayúdanos a llegar antes que muera!». Ahora, estaba obligado a mantenerse de pie allí y

a esperar que Cristo terminara de tratar con una mujer inválida. Jairo habría estado tentado a clamar, diciéndole a Jesús que la ayudara más tarde, que ya eran doce años de enfermedad, que uno o dos días más no iban a cambiar las cosas y que su hijita, en cambio, ¡lo necesitaba *ahora!*

Si el principal estaba frustrado por la demora, tal frustración se convirtió en desesperación, pues le llegó la noticia que le decía: **Tu hija ha muerto; no molestes más al Maestro** (Lc 8.49b). A aquel padre debió de habersele detenido su corazón. Algunos de ustedes saben lo que quiero decir.

Cristo habría estado al tanto del abatimiento de Jairo, pues le dijo con ternura: **No temas; cree solamente, y será salva** (Lc.8.50; vea Mr 5.36).

Si la muchacha «sólo» hubiera estado enferma, lo que se esperaba que dijera era que ella «se pondría bien». El milagro de resucitar a los muertos estaba en la misma categoría de sanar a los enfermos. Los que afirman que pueden sanar milagrosamente, deberían estar preparados para respaldar su afirmación por medio de resucitar a los muertos.

Jesús siguió con Jairo hasta la casa de este. Cuando llegaron, aunque hacía poco tiempo que la hija había muerto, ya se estaban llevando a cabo las honras fúnebres. En aquellos tiempos y en aquel lugar, el entierro se llevaba a cabo normalmente el mismo día.

La posición social de una familia se daba a conocer por el número de plañideras profesionales que podían contratar y por el nivel de ruido que estas podían hacer. Hasta de los pobres se esperaba que por lo menos una plañidera contrataran. Por lo tanto, al entrar en la casa del principal, Cristo **vio el alboroto, y la gente que hacía alboroto** (Mr 5.38; Mt 9.23). Se oía el lastimoso sonido de **los que tocaban flautas** y los desgarradores clamores de **los que lloraban y lamentaban mucho** (Mt 9.23; Mr 5.38).

Una de las tareas más difíciles que tuvo ante sí Jesús aquel día, fue probablemente hacer que aquel ruidoso grupo bajara el volumen lo suficiente para que lo pudieran oír. Cuando hubo logrado la atención de ellos, les dijo que dejaran de llorar y que se apartaran. También les dijo: **La niña no está muerta, sino duerme** (Lc 8.52; Mt 9.24; Mr 5.39). «Duerme» es un eufemismo

corriente de «está muerto» (vea Jn 11.11–14). Cuando dijo esto, la casa que había estado llena de lamentaciones, fue estremecida con la risa de los presentes (Mt 9.24; Mt 5.40). Esto es lo que dice Lucas: **Y se burlaban de él, sabiendo que estaba muerta** (Lc 8.53). Habría sido una risa de burla y de mofa. La reacción a la aseveración de Jesús, pudo haber estado motivada en parte por el temor de las plañideras profesionales de que no les pagaran su servicio.

Después de echar a los burladores y a los incrédulos (Mr 5.40a), Cristo tomó a Jairo y a la esposa de este, junto con tres de Sus discípulos —Pedro, Jacobo y Juan (Mr 5.37)— a la habitación donde había sido puesto el cuerpo de la niña.

A Pedro, Jacobo y Juan se les ha llamado «el círculo de apóstoles más allegados al Señor». Esta es la primera de tres ocasiones consignadas en los evangelios, en las cuales Jesús los elige para darles atención especial. Las otras dos ocasiones las constituyen la transfiguración y la visita al huerto de Getsemaní (Mt 17.1; Mr 14.33). No sabemos por qué estos tres eran especiales para Jesús. Podría estar relacionado con las funciones que cumplirían en el futuro: Pedro fue un dirigente de la iglesia primitiva; Jacobo fue el primer mártir; y, que sepamos, Juan siguió su obra por más tiempo que cualquiera de los demás apóstoles. Estos tres se encontraban, por supuesto, entre los primeros que habían creído en Él.

Imagínese esta dramática escena: Cristo avanza hasta el cuerpo sin vida de la muchacha y le toma la mano, que ya está fría de muerte. Le habla suavemente, diciéndole: **Talita cumi**, palabras arameas que significaban: **Niña, a ti te digo, levántate** (Mr 5.41). Eran palabras sencillas, palabras que uno podría usar para despertar a un niño por la mañana.¹³

En seguida, el **espíritu** de la niña **volvió** (Lc 8.55). ¿Se imagina usted los ojos de ella pestañeando para abrirse y a los padres dando gritos ahogados de asombro? Marcos 5.42 dice que **la niña se levantó y andaba**. ¿Se la imagina usted corriendo hacia los brazos de su madre y de su padre? ¿Se imagina usted a Jesús sonriendo y diciéndole a la aturdida madre que prepare una comida

¹³Esta aseveración se adaptó de McGarvey y Pendleton, 356.

para su hija? (Mr 5.43; Lc 8.55).

De las resurrecciones que se consignan en los evangelios, esta es la segunda que llevó a cabo Jesús. La primera fue la del hijo de la viuda de Naín (Lc 7). La tercera será la de Lázaro (Jn 11). Debido a la creciente animosidad de los fariseos, Jesús quiso que este asunto se mantuviera en privado. Al señor y la señora Jairo les **mandó mucho que nadie lo supiese** (Mr 5.43; vea Lc 8.56), pero, como solía suceder, no pasó mucho tiempo para que la noticia del suceso se difundiera **por toda aquella tierra** (Mt 9.26).

La escena es memorable: es la de una madre loca de alegría, que insta a su hija a comer, mientras un padre sonriente observa. Si a Jairo se le hubiera preguntado si creía en Jesús, la respuesta habría sido un inequívoco sí.

LA SANIDAD DE DOS CIEGOS Y DE UN (Y CRÍTICAS) (MT 9.27–34)

²⁷Pasando Jesús de allí, le siguieron dos ciegos, dando voces y diciendo: **¡Ten misericordia de nosotros, Hijo de David!** ²⁸Y llegado a la casa, vinieron a él los ciegos; y Jesús les dijo: **¿Creéis que puedo hacer esto? Ellos dijeron: Sí, Señor.** ²⁹Entonces les tocó los ojos, diciendo: **Conforme a vuestra fe os sea hecho.** ³⁰Y los ojos de ellos fueron abiertos. Y Jesús les encargó rigurosamente, diciendo: **Mirad que nadie lo sepa.** ³¹Pero salidos ellos, divulgaron la fama de él por toda aquella tierra.

³²Mientras salían ellos, he aquí, le trajeron un mudo, endemoniado. ³³Y echado fuera el demonio, el mudo habló; y la gente se maravillaba, y decía: **Nunca se ha visto cosa semejante en Israel.** ³⁴Pero los fariseos decían: **Por el príncipe de los demonios echa fuera los demonios.**

Según el relato de Mateo, cuando Jesús salió de la casa de Jairo, dos ciegos lo siguieron, y estos clamaban, diciendo: **¡Ten misericordia de nosotros, Hijo de David!** La expresión «Hijo de David» era un título mesiánico usado por los judíos, que se basaba en 2 Samuel 7.12. (Mt 9.27). Lo siguieron incluso hasta la casa donde se estaba quedando (Mt 9.28a). Al final, Cristo se

volvió y les preguntó, diciendo: **¿Creéis que puedo hacer esto? Ellos dijeron: Sí, Señor. Entonces les tocó los ojos, diciendo: Conforme a vuestra fe os sea hecho. Y los ojos de ellos fueron abiertos** (Mt 9.28b–30a). A veces Jesús tocaba a los que sanaba y a veces no. El poder no se encontraba en el procedimiento, sino en Su persona. Una vez más, Jesús les mandó no decirle a nadie (Mt 9.30b), y una vez más las noticias se difundieron por todo lado (Mt 9.31).

Cuando Cristo salió de la casa, fue rodeado de inmediato por multitudes y Él reanudó su ministerio de enseñanza y sanidad. Le fue traído un endemoniado, que no podía hablar (Mt 9.32). Puede que el hombre haya tenido una enfermedad física (la sordera, que produce incapacidad para hablar), y que a la vez estuviera endemoniado, pero es probable que la mudéz fuera producto de su condición de endemoniado (vea Mr 9.17). Cuando Jesús echó fuera el demonio, el hombre comenzó a hablar, ... **y la gente se maravillaba, y decía: Nunca se ha visto cosa semejante en Israel** (Mt 9.33).

Como ya era costumbre, también estaban presentes los críticos del Señor, y estos repitieron la blasfema acusación que habían hecho anteriormente, diciendo: **Por el príncipe de los demonios echa fuera los demonios** (Mt 9.34). El prejuicio había cerrado sus oídos y cegado sus corazones (vea Mt 13.15). Hiciera lo que hiciera Cristo, no había manera de que creyeran.

JESÚS VISITA NAZARET (Y ES RECHAZADO)

(MT 13.54–58; MR 6.1–6a; LC 4.16–31)

Lucas puso el rechazo que sufrió Cristo en Nazaret en una posición más cerca del comienzo de su relato, y aparentemente lo hizo con el fin de explicar por qué la sede de Su ministerio en Galilea fue Capernaum, y no Nazaret (Lc 4.16–31). Muchos autores están convencidos, por lo tanto, de que Jesús fue desechado dos veces en Nazaret: al principio de Su ministerio en Galilea y cerca del final de ese ministerio. Puede que así haya sido, pero los relatos de Mateo y de Marcos complementan el de Lucas: En cada uno de ellos se habla de que Jesús entró en la sinagoga y

comenzó a enseñar (Mt 13.54; Mr 6.2; Lc 4.16–21). En cada uno, al pueblo le impresionaron al principio Sus palabras (Mt 13.54; Mr 6.2; Lc 4.22) y después se ofendieron porque Él no era más que «un chico del pueblo» (según lo consigna una paráfrasis; vea Mt 13.55–57; Mr 6.3–4; Lc 4.22). Es cierto que Mateo y Marcos dan detalles que no da Lucas, mientras que este proporciona información que no se encuentra en aquellos; sin embargo, estos datos no son contradictorios, sino complementarios. Por lo tanto, vamos a estudiar los relatos juntos.

Mateo 13.54–58

⁵⁴Y venido a su tierra, les enseñaba en la sinagoga de ellos, de tal manera que se maravillaban, y decían: ¿De dónde tiene éste esta sabiduría y estos milagros? ⁵⁵¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos, Jacobo, José, Simón y Judas? ⁵⁶¿No están todas sus hermanas con nosotros? ¿De dónde, pues, tiene éste todas estas cosas? ⁵⁷Y se escandalizaban de él. Pero Jesús les dijo: No hay profeta sin honra, sino en su propia tierra y en su casa. ⁵⁸Y no hizo allí muchos milagros, a causa de la incredulidad de ellos.

Marcos 6.1–6a

¹Salió Jesús de allí y vino a su tierra, y le seguían sus discípulos. ²Y llegado el día de reposo, comenzó a enseñar en la sinagoga; y muchos, oyéndole, se admiraban, y decían: ¿De dónde tiene éste estas cosas? ¿Y qué sabiduría es esta que le es dada, y estos milagros que por sus manos son hechos? ³¿No es éste el carpintero, hijo de María, hermano de Jacobo, de José, de Judas y de Simón? ¿No están también aquí con nosotros sus hermanas? Y se escandalizaban de él. ⁴Mas Jesús les decía: No hay profeta sin honra sino en su propia tierra, y entre sus parientes, y en su casa. ⁵Y no pudo hacer allí ningún milagro, salvo que sanó a unos pocos enfermos, poniendo sobre ellos las manos. ⁶Y estaba asombrado de la incredulidad de ellos.

Lucas 4.16–31

¹Vino a Nazaret, donde se había criado; y en el día de reposo entró en la sinagoga, conforme a su costumbre, y se levantó a

leer. ¹⁷Y se le dio el libro del profeta Isaías; y habiendo abierto el libro, halló el lugar donde estaba escrito:

¹⁸El Espíritu del Señor está sobre mí,

Por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres;

Me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón;

A pregonar libertad a los cautivos,

Y vista a los ciegos;

A poner en libertad a los oprimidos;

¹⁹A predicar el año agradable del Señor.

²⁰Y enrollando el libro, lo dio al ministro, y se sentó; y los ojos de todos en la sinagoga estaban fijos en él. ²¹Y comenzó a decirles: Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros. ²²Y todos daban buen testimonio de él, y estaban maravillados de las palabras de gracia que salían de su boca, y decían: ¿No es éste el hijo de José? ²³Él les dijo: Sin duda me diréis este refrán: Médico, cúrate a ti mismo; de tantas cosas que hemos oído que se han hecho en Capernaum, haz también aquí en tu tierra. ²⁴Y añadió: De cierto os digo, que ningún profeta es acepto en su propia tierra. ²⁵Y en verdad os digo que muchas viudas había en Israel en los días de Elías, cuando el cielo fue cerrado por tres años y seis meses, y hubo una gran hambre en toda la tierra; ²⁶pero a ninguna de ellas fue enviado Elías, sino a una mujer viuda en Sarepta de Sidón. ²⁷Y muchos leprosos había en Israel en tiempo del profeta Eliseo; pero ninguno de ellos fue limpiado, sino Naamán el sirio. ²⁸Al oír estas cosas, todos en la sinagoga se llenaron de ira; ²⁹y levantándose, le echaron fuera de la ciudad, y le llevaron hasta la cumbre del monte sobre el cual estaba edificada la ciudad de ellos, para despeñarle. ³⁰Mas él pasó por en medio de ellos, y se fue.

³¹Descendió Jesús a Capernaum, ciudad de Galilea; y les enseñaba en los días de reposo.

Poco después que Jesús sanó a la hija de Jairo (Mr 5.37–43), Él fue a la ciudad donde creció, la ciudad de Nazaret (Mr 6.1). Es probable que esta fuera la primera parada de su tercer recorrido de Galilea (Mr 6.6; vea Mt 9.35).

Así comienza diciendo el texto: **Vino a Nazaret, donde se había criado** (Lc 4.16a). Nazaret era la pequeña ciudad donde Jesús había crecido. Se encontraba al norte de Jerusalén, en la provincia de Galilea, como a la mitad de la distancia entre el río Jordán y el Mar Mediterráneo.

... y en el día de reposo entró en la sinagoga, conforme a su costumbre (Lc 4.16b). Era costumbre, o hábito, de Cristo, asistir a los servicios que se celebraban en la sinagoga cada día de reposo. En la New Century Version se lee: «fue a la sinagoga como siempre lo hacía». Asistir fielmente al culto no debería ser *solamente* un hábito, pero es un buen hábito a ser cultivado.

Lo que sabemos acerca de los servicios que se llevaban a cabo en las sinagogas, proviene de escritos rabínicos posteriores. Al comienzo del servicio, todos recitaban al unísono el Shema (tomado de Dt 6.4–9). *Shema* (שמע) es una palabra hebrea que significa «oír», palabra que se refiere, en su sentido más estricto, a Deuteronomio 6.4. Cuando se recita en las oraciones diarias, el Shema incluye Deuteronomio 6.4–9 y 11.13–21, Números 15.37–41 y varias bendiciones adicionales. Después de varias oraciones, se leía una porción de la ley. Acto seguido, se hacía una lectura de los profetas. En el caso de Jesús, puede ser que Él se ofreció voluntariamente, o que se le pidió que hiciera esa parte del servicio.

Él se levantó a leer. Y se le dio el libro del profeta Isaías (Lc 4:16c, 17a). Este le habría sido dado por **el ministro** (Lc 4.20). En la New Century Version se lee «el ayudante». La palabra griega ὑπηρέτης (*huperetes*), que se traduce por «ayudante» o «ministro», significa literalmente «remero auxiliar». Se refería originalmente a los remeros que trabajaban bajo cubierta, en las grandes embarcaciones impulsadas por remos. Había llegado a referirse al que hacía trabajos difíciles y poco estimados. El «ayudante» era un empleado pagado, a quien se le había encargado el edificio y el contenido de este, incluidos los ejemplares de las Escrituras. Este hombre no era el «principal de la sinagoga» (Lc 8.41); que era un puesto diferente. Los hombres que ocupaban este puesto, ayudaban con los servicios y a menudo ayudaban en las escuelas del día de reposo. Eran en cierto modo semejantes a nuestros diáconos.

El ayudante habría tomado el rollo de Isaías de un armario

llamado «el arca». Los rollos eran grandes; los rodillos de estos tenían una longitud de casi un metro, y puede que lo sobrepasaran. El libro de Isaías, que era un libro extenso, ocupaba un rollo por sí solo. El hombre dio el rollo a Jesús.

... y habiendo abierto el libro, halló el lugar donde estaba escrito (Lc 4.17b, c). Me imagino que extendió el rollo y que después de verificar la lectura en que había quedado anteriormente, comenzó a desenrollarlo hacia la derecha, o hacia la izquierda, hasta hallar el texto que deseaba leer. En aquellos tiempos, no existían divisiones de capítulos ni de versículos. ¿Ha considerado usted cuánto conocimiento del libro de Isaías, debió de haber tenido el Señor, para poder encontrar el texto que deseaba leer? Encontró lo que buscaba —el pasaje que hoy se conoce como Isaías 61.1–2— y leyó:

**El Espíritu del Señor está sobre mí,
Por cuanto me ha ungió para dar buenas nuevas a los
pobres;
Me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón;
A pregonar libertad a los cautivos,
Y vista a los ciegos;
A poner en libertad a los oprimidos;
A predicar el año agradable del Señor (Lc 4.18–19).**

Había cierto desacuerdo en cuanto al carácter mesiánico de ciertas porciones de Isaías, pero no había polémica en cuanto al carácter mesiánico de este pasaje. Todos los rabinos coincidían en creer que estas palabras se referían al Mesías: Cuando el Mesías viniera, el Espíritu de Dios estaría sobre Él. Predicaría el evangelio a los pobres. Pregonaría libertad a «los cautivos». La palabra «cautivos» era la misma que se usaba para describir a los que habían sido tomados prisioneros en la guerra. Devolvería la vista a los ciegos.

Al leer esta lista de las obras que realizaría el Mesías, considere primero los términos en un sentido literal, porque Jesús literalmente ayudó a los hombres, en las maneras mencionadas. Ahora considérelos en un sentido espiritual. La referencia a la libertad que pregonaría el Mesías a «los cautivos», tenía un

significado especial para los que eran cautivos de Satanás. Asimismo, Jesús no sólo sanó a los ciegos físicos, sino también a los ciegos espirituales.

La porción de texto que sigue es interesante: El Mesías «[pondría] en libertad a los oprimidos». Esta frase parece provenir de Isaías 58.6, que está antes de 61.1–2. Es posible que, a mitad de la lectura, Jesús hiciera una pausa, le diera vuelta hacia atrás al rollo hasta encontrar aquella referencia, la leyera, y luego volviera hacia adelante a la parte que conocemos como el capítulo 61. Como ya se dijo, considere cuánto conocimiento del libro de Isaías debió de haber tenido Jesús, para hacer esto.

El pasaje de Isaías 61 concluía con la promesa de que el Mesías «[predicaría] el año agradable del Señor» (Lc 4.19). La frase «el año agradable del Señor» no se refería a un año calendario, sino a un tiempo cuando todas las cosas se corregirían.

La idea de «el año agradable del Señor» puede haberse basado en la enseñanza antiguotestamentaria relacionada con el año del jubileo. Se suponía que los judíos funcionaran en ciclos de siete años. Cada siete años, la tierra había de guardar reposo. Después de siete ciclos de siete años —esto es, después de cuarenta y nueve años— el año siguiente, el quincuagésimo, había de ser el año del jubileo. En ese año, habían de anularse las deudas, habían de liberarse los esclavos, y la tierra había de devolverse a las familias a las cuales se había asignado originalmente. El año del jubileo había de ser el año cuando el pueblo tuviera la oportunidad de comenzar de nuevo. No sabemos cuán fieles fueron los judíos para cumplir las instrucciones relacionadas con los ciclos de siete años y el año del jubileo, pero sí sabemos que ellos esperaban ilusionados «el año» cuando el Mesías corregiría todas las cosas.

Cuando Jesús terminó de leer el texto de Isaías, Él [enrolló] **el libro** (Lc 4.20a). Después leemos que «lo dio al ministro», quien lo habría guardado con reverencia; luego el Señor **se sentó** (Lc 4.20b). (Los hombres se levantaban para leer y se sentaban para enseñar.) Cristo estaba a punto de explicar el pasaje que acababa de leer. ... **y los ojos de todos en la sinagoga estaban fijos en él** (Lc 4.20c). Había algo acerca de Su persona, algo acerca de la manera como leyó, que aumentó la anticipación de

ellos. Había una atmósfera de expectación. Todos los ojos estaban fijos en Jesús.

Y comenzó a decirles: Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros (Lc 4.21). Esto fue lo que en otras palabras dijo: «Esta Escritura no se refiere a lo que sucedió en el pasado, ni a lo que ocurrirá en el futuro. La aplicación no es para un evento en Jerusalén, ni en ningún otro lugar. Se refiere a este lugar, y a este momento. *Hoy* se ha cumplido esta Escritura delante de *vosotros*». Jesús estaba diciendo sencillamente que lo que Él había estado haciendo, constituía el cumplimiento del pasaje, estaba diciendo que *Él* era el Mesías.

La sinagoga estaba llena de gente con la cual Cristo se había relacionado durante casi treinta años de Su vida. Se había criado con muchos de ellos. Había llegado a tenerles cariño. Esta era la oportunidad que tenían para recibirlo como el Mesías y para recibir las bendiciones acerca de las cuales había escrito Isaías.

¿Cómo respondieron? Al comienzo, **todos daban buen testimonio de él, y estaban maravillados de las palabras de gracia que salían de su boca, y decían: ¿No es éste el hijo de José?** (Lc 4.22). Me imagino el asombro de ellos cuando hablaban acerca del Niño y del Joven, que habían conocido. Alguno diría: «¡Tengo un cofre en mi casa, que Él hizo!»; otro: «¡Tengo un arado que Él reparó!»; y aún otro: «¡Qué bien que se desempeñó! ¿Cómo habrá aprendido a hablar tan bien?». Ellos preguntaron: **¿No es este el carpintero...?** (Mr 6.3). No solamente Su padre legal era carpintero, sino que también Él mismo había aprendido el oficio. Luego, la duda empezó a gestarse en sus mentes. Mateo se extiende un poco más en esta parte del relato:

... se maravillaban, y decían: ¿De dónde tiene éste esta sabiduría y estos milagros? ¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos, Jacobo, José, Simón y Judas? ¿No están todas sus hermanas con nosotros? ¿De dónde, pues, tiene éste todas estas cosas? Y se escandalizaban de él (Mt 13.54b–57a; vea Mr 6.3).

Los detalles triviales acerca de los años que Jesús vivió ante-

riormente en medio de ellos, les impidieron ver quién era Él en realidad. Había construido sus muebles y reparado sus herramientas. Se maravillaban de que pudiera hablar tan bien, pero para ellos, todavía no era más que «un chico del pueblo». Se «escandalizaban» de Él, esto es, se sentían ofendidos e insultados por Él. Mateo y Marcos nos dicen que el problema de ellos era «la incredulidad» (Mt 13.58; Mr 6.6). Tenían ante sí la oportunidad de seguir al Señor, pero rehusaron creer.

Es probable que Jesús oyera los comentarios de ellos. Además, podía leer sus pensamientos (Jn 2.25). Les respondió, diciendo: **Sin duda me diréis este refrán: Médico, cúrate a ti mismo** (Lc 4.23a). Es probable que normalmente este refrán significara: «Resuelve primero tus propios problemas, antes de tratar de resolver los nuestros». En esta ocasión se usó con un sentido ligeramente diferente. Cristo siguió repitiendo los pensamientos de ellos, al decir: ... **de tantas cosas que hemos oído que se han hecho en Capernaum, haz también aquí en tu tierra** (Lc 4.23b). Se estaba usando el refrán del «médico» para dar a entender esto: «*Prueba* que eres médico, haciendo aquí los milagros que hiciste en Capernaum».

Los que estaban en la sinagoga, sabían lo que Jesús había hecho en Capernaum, una ciudad que estaba a menos de treinta y cinco kilómetros. Es probable que hubieran oído acerca de los demás milagros (vea Lc 7.17). Habrían tenido muchas oportunidades de ver y de oír a Cristo, cuando Este viajaba por la provincia (vea Lc 8.1). Nada de lo anterior había sido suficiente. Estaban pidiendo una señal especial, un milagro espectacular que fuera hecho exclusivamente para ellos. No era esta una expresión de fe, sino de incredulidad.

Cristo sí realizó algunos milagros en Nazaret (Mr 6.5), pero **no hizo allí muchos milagros, a causa de la incredulidad de ellos** (Mt 13.58). El relato de Marcos dice que Jesús **no pudo hacer allí ningún milagro, salvo que sanó a unos pocos enfermos, poniendo sobre ellos las manos** (Mr 6.5; énfasis nuestro). Cualquiera vez que la Biblia dice que Dios (o Jesús) no puede hacer algo, entienda que esto significa que «hacerlo no sería consistente con Su voluntad y propósito». Debe de haberle partido el corazón a Jesús que ellos se rehusaran a creerle. La NASB dice que

Él se preguntaba sobre la incredulidad de ellos (Mr 6.6) Una paráfrasis dice, «Él apenas podía aceptar el hecho de que ellos no le creían» (Living Bible).

Jesús les dijo: **De cierto, os digo, que ningún profeta es acepto en su propia tierra** (Lc 4.24). Según Marcos, esto fue lo que Él dijo: **No hay profeta sin honra sino en su propia tierra, y entre sus parientes, y en su casa** (Mr 6.4). Este refrán no siempre es cierto, pero por lo general lo es. A menudo, cuando hemos conocido a las personas toda una vida, es difícil para nosotros reconocer y apreciar sus logros.

Continuó diciendo Cristo:

Y en verdad os digo que muchas viudas había en Israel en los días de Elías, cuando el cielo fue cerrado por tres años y seis meses, y hubo una gran hambre en toda la tierra; pero a ninguna de ellas fue enviado Elías, sino a una mujer viuda en Sarepta de Sidón (Lc 4.25–26).

Esto es lo que en otras palabras estaba diciendo: «He venido en el espíritu de los profetas. En los días de Elías, Dios envió al profeta fuera de la tierra. Elías podía haber ayudado a las viudas judías, pero en lugar de ello, Dios hizo que ayudara a una viuda gentil de Sarepta».

Cristo proporcionó otra ilustración: **Y muchos leprosos había en Israel en tiempo del profeta Eliseo; pero ninguno de ellos fue limpiado, sino Naamán el sirio** (Lc 4.27). Eliseo fue el sucesor de Elías. Él podía haber ayudado a muchos leprosos judíos; pero en lugar de esto, en la providencia de Dios, sanó a un leproso gentil. Las ilustraciones de Jesús muestran el interés de Dios en los gentiles, dando a entender que el Mesías había venido no sólo por los judíos, sino también por los gentiles. En los días de Jesús, si uno quería que un judío se enojara, ¡bastaba con decirle que Dios también cuidaba de los gentiles!

¿Cómo reaccionó la gente a los ejemplos dados por Cristo? ¿Acaso dice la Biblia que «Al oír estas cosas, todos en la sinagoga se llenaron de *fe*»? Para nada. Esto es lo que dice: **Al oír estas cosas, todos en la sinagoga se llenaron de ira** (Lc 4.28; énfasis nuestro).

Hicieron a un lado el decoro normal de una sinagoga y se convirtieron en una turba salvaje. ... **y levantándose, le echaron fuera de la ciudad, y le llevaron hasta la cumbre del monte sobre el cual estaba edificada la ciudad de ellos** (Lc 4.29a). Nazaret estaba edificada sobre la cadena montañosa del Líbano, que se extendía hacia el sur de Galilea. Había muchos sitios altos en los alrededores, que podían haber utilizado para su letal propósito.

Llevaron a Jesús allí **para despearle** (Lc 4.29b). En vista de que había insinuado que Él era el Mesías, tal vez lo consideraban culpable de blasfemia, un pecado que significaba la pena de muerte por lapidación (Lv 24.16). Por lo general, la lapidación se llevaba a cabo por medio de recoger piedras con la mano y arrojarlas al culpable. No obstante, a veces se dejaba caer a la víctima en una grieta del precipicio y se rodaban grandes piedras sobre ella. Es probable que esta última fuera la idea que tuvieran en mente los ciudadanos de Nazaret.

Cual fuera el propósito de la turba, el versículo 30 dice que **él pasó por en medio de ellos, y se fue**. ¿Será que los subyugó dejándoles ver el impacto total de Su personalidad, al punto que no pudieron reaccionar (como parece que tampoco pudieron los cambistas cuando Él purificó el templo)? ¿O será que hizo un milagro? Jamás lo sabremos, por lo menos no en esta vida. En vista de que Su «hora» no había llegado (vea Jn 7.30; 8.20), lo que fuera necesario, eso hizo. Luego, salió de Nazaret. Que sepamos, esa fue Su última visita a ese lugar. Ellos lo habían desechado, ahora Él los desechaba.

APLICACIÓN: COMO HIZO FRENTE JESÚS AL RECHAZO (LC 4.16–31)

Jesús fue desechado por sus propios coterráneos. La pregunta del momento es esta: ¿Cómo hizo frente Jesús a este rechazo? ¿Qué lo capacitó para hacer frente al rechazo y superarlo? ¿Cómo podemos hacer frente nosotros al rechazo, cuando se nos presenta? He aquí siete sugerencias relacionadas con el texto:

1) *Él pudo hacer frente al rechazo porque lo esperaba* (vea Mr 8.31; Lc 17.25). Era parte de Su misión. La única manera de evitar el rechazo es no aventurarse a nada. Si usted nunca extiende su mano, jamás se la cortarán, pero tampoco alcanzará nada. Esperar el rechazo preparó a Jesús mentalmente.

2) *Él pudo hacer frente al rechazo porque tenía una relación especial con Dios*. Esa relación estaba implícita en la profecía de Isaías que decía: «El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas» (Lc 4.18; vea Hch 10.38). Este unguimiento había tenido lugar en el momento del bautismo de Jesús, cuando el Espíritu vino sobre Él (Lc 3.22). A partir de ese momento, Lucas señala que Jesús estaba siempre «lleno del Espíritu» (Lc 4.1; vea Mt 14.14). Él renovaba constantemente esa relación por medio de la oración (Lc 5.16; 6.12; 9.28; 11.1). Estaba siempre consciente de que aun si era rechazado por los hombres, no había sido rechazado por Dios (vea 2 Ti 4.16–17).

3) *Él pudo hacer frente al rechazo porque asistía regularmente a los servicios de la sinagoga*. Vimos anteriormente que Cristo tenía la costumbre o el hábito, de ir a la sinagoga. Si alguien pudo haber estado alguna vez en lo cierto al decir que no *necesitaba* los servicios de adoración colectiva, ese pudo haber sido Jesús. Sin embargo, cuando el pueblo de Dios se reunía para estudiar, o para adorar, Él *deseaba* estar con ellos.

¿Y qué del pueblo de Dios en ese tiempo? Considerados en su totalidad, ¿eran piadosos los israelitas? ¿Se podían considerar un pueblo de integridad? ¿Estaban llenos de fe y de amor por Dios o estaban decaídos espiritualmente? Jesús podía haber dicho fácilmente: «No voy a ir a la sinagoga porque está llena de hipócritas». Podía haber sido sincero al decir: «¡Soy mejor que ellos!». Sin embargo, no lo dijo. Cristo no iba a la sinagoga porque los adoradores tuvieran una relación perfecta con Dios; antes, iba porque deseaba mejorar Su propia relación con Dios.

Hoy, adoramos con la iglesia, no en una sinagoga; sin embargo, todavía necesitamos tener la actitud del Señor (1 P 2.21). Hemos de reunirnos regularmente para animarnos unos a otros (He 10.24–25). El apoyo de nuestros hermanos y hermanas en Cristo puede ayudarnos cuando seamos rechazados por el mundo.

4) *Él pudo hacer frente al rechazo porque conocía las Escrituras.* Una vez más, imagínese lo enrollando y desenrollando el manuscrito, buscando los pasajes que deseaba leer. ¿Percibe usted en qué dirección lleva esta sugerencia? Dios nos ha dado *muchos* recursos para fortalecernos. Nos ha dado la oración, que es parte esencial de nuestra relación con Él. Nos ha dado la Biblia para que leamos, de modo que podamos oír Su voz consoladora. Nos ha dado la oportunidad de reunirnos y de animarnos unos a otros. Lamentablemente, muchos de nosotros no aprovechamos estos recursos celestiales. Después nos preguntamos por qué nos desmoronamos cuando somos rechazados.

5) *Él pudo hacer frente al rechazo porque sabía quién era Él, y entendía Su lugar en el plan de Dios.* Podía leer Isaías 61 y decir, en otras palabras: «Es de Mí que habla este pasaje. Estoy haciendo lo que Dios desea». Por lo general no podemos hacer frente al rechazo porque adolecemos de inseguridad personal. No siempre podemos ver el lugar que ocupamos en el plan de Dios. No nos damos cuenta de que somos especiales, de que somos pueblo de Dios. Si usted es cristiano o cristiana, usted es varón de Dios, o mujer de Dios, y Dios tiene un plan para su vida.

6) *Él pudo hacer frente al rechazo porque estaba dedicado a hacer lo bueno, aun cuando podía ser rechazado.* Cuando habló al pueblo de Nazaret, tuvo que estar consciente de la clara posibilidad de que no recibieran lo que tenía que decir; pero lo dijo de todos modos. Cuando seamos rechazados, es tranquilizante saber que hemos hecho lo que Dios deseaba.

7) *Él pudo hacer frente al rechazo porque jamás permitió que el rechazo lo desanimara hasta el punto de rendirse.* Muchos cristianos infieles podrían beneficiarse con esta lección.

En el texto, Jesús no fue rechazado por el mundo, sino por hombres y mujeres que afirmaban ser pueblo de Dios. No fue rechazado en la calle, sino en un edificio en el que se adoraba a Dios. Muchos cristianos una vez fueron fieles en su adoración y en su trabajo para el Señor. Después, «sus sentimientos fueron heridos» por otros cristianos. Como resultado de ello, «dejaron la iglesia». Han jurado que jamás volverán a tener nada que ver con el pueblo del Señor. Jesús no sólo fue rechazado por el pueblo de Dios, sino que incluso trataron de matarlo. Que yo sepa,

ninguno de los cristianos infieles que he conocido ha sido amenazado de muerte por otros miembros de la iglesia. El Señor no permitió que la debilidad de los seres humanos afectara Su compromiso de hacer lo bueno.

Determinemos que nadie jamás nos detendrá de ser lo que debemos ser y de hacer lo que debemos hacer. Con esta clase de compromiso para con el Señor, uno puede hacer frente a cualquier rechazo que se le pueda presentar en la vida.

**TERCER RECORRIDO DE GALILEA
(E INSTRUCCIONES PARA LOS DOCE)
(MT 9.35–38; 10.1–42; 11.1;
MR 6.6b–13; LC 9.1–6)**

Cerca del final del gran ministerio en Galilea, Jesús y Sus discípulos hicieron un recorrido final de Galilea. El recorrido fue un éxito, pero ese éxito acarreó peligros; porque hizo que se volviera sobre Cristo la atención del déspota Herodes, que gobernaba aquel territorio. El rey Herodes recién había hecho decapitar a Juan el Bautista, de modo que el aire estaba cargado de tensión. Apenas los discípulos de Jesús volvieron de viajar por la provincia, se retiraron del territorio dominado por el rey, a la ribera oriental del mar de Galilea. Allí Jesús alimentó a más de cinco mil personas. Y los que comieron fueron como cinco mil hombres, sin contar las mujeres y los niños» (Mt 14.21). Este fue el punto culminante de su popularidad.

Mateo 9.35–38; 10.1–42; 11.1

³⁵Recorría Jesús todas las ciudades y aldeas, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo. ³⁶Y al ver las multitudes, tuvo compasión de ellas; porque estaban desamparadas y dispersas como ovejas que no tienen pastor. ³⁷Entonces dijo a sus discípulos: A la verdad la mies es mucha, mas los obreros pocos. ³⁸Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies.

¹Entonces llamando a sus doce discípulos, les dio auto-

ridad sobre los espíritus inmundos, para que los echasen fuera, y para sanar toda enfermedad y toda dolencia. ²Los nombres de los doce apóstoles son estos: primero Simón, llamado Pedro, y Andrés su hermano; Jacobo hijo de Zebedeo, y Juan su hermano; ³Felipe, Bartolomé, Tomás, Mateo el publicano, Jacobo hijo de Alfeo, Lebeo, por sobrenombre Tadeo, ⁴Simón el cananista, y Judas Iscariote, el que también le entregó.

⁵A estos doce envió Jesús, y les dio instrucciones, diciendo: Por camino de gentiles no vayáis, y en ciudad de samaritanos no entréis, ⁶sino id antes a las ovejas perdidas de la casa de Israel. ⁷Y yendo, predicad, diciendo: El reino de los cielos se ha acercado. ⁸Sanad enfermos, limpiad leprosos, resucitad muertos, echad fuera demonios; de gracia recibisteis, dad de gracia. ⁹No os proveáis de oro, ni plata, ni cobre en vuestros cintos; ¹⁰ni de alforja para el camino, ni de dos túnicas, ni de calzado, ni de bordón; porque el obrero es digno de su alimento. ¹¹Mas en cualquier ciudad o aldea donde entréis, informaos quién en ella sea digno, y posad allí hasta que salgáis. ¹²Y al entrar en la casa, saludadla. ¹³Y si la casa fuere digna, vuestra paz vendrá sobre ella; mas si no fuere digna, vuestra paz se volverá a vosotros. ¹⁴Y si alguno no os recibiere, ni oyere vuestras palabras, salid de aquella casa o ciudad, y sacudid el polvo de vuestros pies. ¹⁵De cierto os digo que en el día del juicio, será más tolerable el castigo para la tierra de Sodoma y de Gomorra, que para aquella ciudad.

¹⁶He aquí, yo os envío como a ovejas en medio de lobos; sed, pues, prudentes como serpientes, y sencillos como palomas. ¹⁷Y guardaos de los hombres, porque os entregarán a los concilios, y en sus sinagogas os azotarán; ¹⁸y aun ante gobernadores y reyes seréis llevados por causa de mí, para testimonio a ellos y a los gentiles. ¹⁹Mas cuando os entreguen, no os preocupéis por cómo o qué hablaréis; porque en aquella hora os será dado lo que habéis de hablar. ²⁰Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros. ²¹El hermano entregará a la muerte al hermano, y el padre al hijo; y los hijos se levantarán contra los padres, y los harán morir. ²²Y seréis aborrecidos de todos por causa de

mi nombre; mas el que persevere hasta el fin, éste será salvo. ²³Cuando os persigan en esta ciudad, huid a la otra; porque de cierto os digo, que no acabaréis de recorrer todas las ciudades de Israel, antes que venga el Hijo del Hombre.

²⁴El discípulo no es más que su maestro, ni el siervo más que su señor. ²⁵Bástale al discípulo ser como su maestro, y al siervo como su señor. Si al padre de familia llamaron Beelzebú, ¿cuánto más a los de su casa?

²⁶Así que, no los temáis; porque nada hay encubierto, que no haya de ser manifestado; ni oculto, que no haya de saberse. ²⁷Lo que os digo en tinieblas, decidlo en la luz; y lo que oís al oído, proclamadlo desde las azoteas. ²⁸Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno. ²⁹¿No se venden dos pajarillos por un cuarto? Con todo, ni uno de ellos cae a tierra sin vuestro Padre. ³⁰Pues aun vuestros cabellos están todos contados. ³¹Así que, no temáis; más valéis vosotros que muchos pajarillos. ³²A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos. ³³Y a cualquiera que me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos.

³⁴No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada. ³⁵Porque he venido para poner en disensión al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra; ³⁶y los enemigos del hombre serán los de su casa. ³⁷El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí; ³⁸y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí. ³⁹El que halla su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de mí, la hallará.

⁴⁰El que a vosotros recibe, a mí me recibe; y el que me recibe a mí, recibe al que me envió. ⁴¹El que recibe a un profeta por cuanto es profeta, recompensa de profeta recibirá; y el que recibe a un justo por cuanto es justo, recompensa de justo recibirá. ⁴²Y cualquiera que dé a uno de estos pequeñitos un vaso

de agua fría solamente, por cuanto es discípulo, de cierto os digo que no perderá su recompensa.

¹Cuando Jesús terminó de dar instrucciones a sus doce discípulos, se fue de allí a enseñar y a predicar en las ciudades de ellos.

Marcos 6.6b–13

^{6b}Y recorría las aldeas de alrededor, enseñando.

⁷Después llamó a los doce, y comenzó a enviarlos de dos en dos; y les dio autoridad sobre los espíritus inmundos. ⁸Y les mandó que no llevasen nada para el camino, sino solamente bordón; ni alforja, ni pan, ni dinero en el cinto, ⁹sino que calzasen sandalias, y no vistiesen dos túnicas. ¹⁰Y les dijo: Dondequiera que entréis en una casa, posad en ella hasta que salgáis de aquel lugar. ¹¹Y si en algún lugar no os recibieren ni os oyeren, salid de allí, y sacudid el polvo que está debajo de vuestros pies, para testimonio a ellos. De cierto os digo que en el día del juicio, será más tolerable el castigo para los de Sodoma y Gomorra, que para aquella ciudad. ¹²Y saliendo, predicaban que los hombres se arrepintiesen. ¹³Y echaban fuera muchos demonios, y unguían con aceite a muchos enfermos, y los sanaban.

Lucas 9.1–6

¹Habiendo reunido a sus doce discípulos, les dio poder y autoridad sobre todos los demonios, y para sanar enfermedades. ²Y los envió a predicar el reino de Dios, y a sanar a los enfermos. ³Y les dijo: No toméis nada para el camino, ni bordón, ni alforja, ni pan, ni dinero; ni llevéis dos túnicas. ⁴Y en cualquier casa donde entréis, quedad allí, y de allí salid. ⁵Y dondequiera que no os recibieren, salid de aquella ciudad, y sacudid el polvo de vuestros pies en testimonio contra ellos. ⁶Y saliendo, pasaban por todas las aldeas, anunciando el evangelio y sanando por todas partes.

Sabiendo que se le acababa el tiempo, Jesús quiso hacer un recorrido más de Galilea, para darle a cada habitante la oportu-

tunidad de seguirlo. Marcos 6.6b dice simplemente: **Y recorría las aldeas de alrededor, enseñando.** El relato de Mateo hace un resumen más abarcador: **Recorría Jesús todas las ciudades y aldeas, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo** (Mt 9.35).

Cuando Cristo miró a las multitudes que venían a oírlo, **tuvo compasión de ellas; porque estaban desamparadas y dispersas como ovejas que no tienen pastor** (Mt 9.36). La frase «ovejas que no tienen pastor» es una figura gráfica que indica la gran necesidad espiritual de las multitudes. Las ovejas que no tienen pastor carecen de guía, nutrición y protección. Un lenguaje parecido se usó en el Antiguo Testamento, en referencia al pueblo de Dios cuando sufría debido a la falta de liderazgo espiritual (Nm 27.17; 1 R 22.17; Ez 34.5).

Anteriormente, en relación con los samaritanos, Jesús les había dicho a Sus discípulos: «Alzad vuestros ojos y mirad los campos, porque ya están blancos para la siega» (Jn 4.35b). Aquí Él usó imágenes correspondientes en relación con los galileos, al decir: **A la verdad la mies es mucha** y al añadir la triste nota que dice: **mas los obreros pocos** (Mt 9.37). Dijo, además: **Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies** (Mt 9.38). Cristo necesitaba ayuda para alcanzar con Su mensaje a Sus compatriotas.

La solución de Jesús para la escasez de obreros consistió en enviar a Sus doce apóstoles a las ciudades de la región. Esto cumplía dos propósitos. En primer lugar, garantizaba que todos los que vivían en la región tuvieran la oportunidad de oír «el evangelio del reino» (Mt 9.35). En segundo lugar, proporcionaba valiosa capacitación para los doce, esto es, experiencia que necesitaban para el momento en que Cristo ya no estuviera con ellos. En el primer recorrido que hizo Jesús, de Galilea, Él había sido acompañado por un puñado de discípulos. En el segundo, los doce habían estado con Él, para observar cómo enseñaba y ministraba. Ahora había llegado el momento de enviarlos sin la presencia de Él.

La preparación es esencial para el éxito. Cristo no falló en preparar a Sus obreros para el importante trabajo que habían

de hacer:

1. *Para preparar a los apóstoles, los organizó.* Él los dividió en equipos de dos, de acuerdo a Marcos 6.7. La lista de los apóstoles en Mateo 1.2-4 muestra que estaban agrupados en pares. Esto puede ser indicio de cómo los envió Jesús. Enviarlos de dos en dos le daba más credibilidad al mensaje (Dt 17.6; 19.15; Mt 18.16; Jn 8.17; 2 Co 13.1; 1 Ti 5.19). También proporcionaba fortaleza mutua (vea Ec 4.12). De esta manera, uno podía complementar el trabajo del otro, y podían animarse el uno al otro.

Puede que Cristo también haya asignado el lugar al cual iría cada equipo. Mateo 11.1 dice que Jesús mismo fue a predicar en **las ciudades de ellos**, lo cual podría referirse a las ciudades que se habían asignado a ellos (compare con Lc 10.1). También es posible que la frase se refiera a las ciudades en que se criaron los discípulos. También habría habido alguna clase de acuerdo en relación con el tiempo que había de durar el recorrido, y el lugar donde los apóstoles habían de ir después que terminaran (vea Mr 6.30; Lc 9.10).

2. *Para preparar a los apóstoles, Él les dio instrucciones.* (Compare la instrucción aquí con la instrucción que Jesús les dio cuando envió a los setenta en Lucas 10.1-16.) Las abarcadoras instrucciones de Jesús constituyeron la porción más importante de la preparación.

Les dijo qué hacer. Habían de ir solamente a los judíos (Mt 10.5-6). Más adelante se preocuparían por las «otras ovejas» (los gentiles; vea Jn 10.16). En esta jornada, sin embargo, habían de concentrarse en las «ovejas que no tenían pastor» (Mt 9.36), esto es **las ovejas perdidas de la casa de Israel** (Mt. 10.6). Debido a esta limitación, a Mateo 10 se le ha llamado la «Comisión limitada», al contrario de Mateo 28.18-20, que recoge la «Gran comisión» (de ir a *todas* las naciones).

Cuando los doce fueran a los judíos, ellos habían de enseñar. Habían de enseñar las buenas nuevas de que el reino se [había] **acercado** (Mt 10.7). Habían de mandar a la gente que se arrepintieran (Mr 6.12; vea Mt 4.17). Habían de hablar a la gente acerca de Jesús. Esto es lo que se da a entender por el hecho de que las prédicas de ellos hicieron que el nombre de Jesús llegara a ser muy conocido por toda la región (vea Mt 14.1; Mr 6.13-14).

Además, mientras viajaban y enseñaban, habían de hacer milagros (vea Lc 9.6). Jesús les dijo: **Sanad enfermos, limpiad leprosos, resucitad muertos, echad fuera demonios** (Mt 10.8a). (En un momento diremos más acerca de esto.)

Les dijo qué llevar. Habían de llevar lo estrictamente indispensable, y les dijo que dependieran de la hospitalidad de quienes les recibieran dondequiera que fueran. Les dijo que **el obrero es digno de su alimento** (Mt 10.10b).

Cuando se comparan las tres versiones de las instrucciones, parecen indicar que Cristo les permitió que llevaran una unidad de cada una de las prendas necesarias, pero que no llevaran reposiciones. Tampoco habían de llevar dinero ni provisiones. **No os proveáis de oro, ni plata, ni cobre en vuestros cintos; ni de alforja para el camino** (Mt 10.9, 10a). La palabra «cintos» es traducción de la palabra griega que se refiere a la faja de cuero o de tela, que rodeaba la cintura. A veces se llevaba dinero escondido en estas fajas (vea Mr 6.8), de modo que esta es la idea que expresa la palabra «cintos». La «alforja» era una bolsa que colgaba del hombro, en la cual se llevaban provisiones para el camino. Esto podría compararse con la mochila o la maleta que se lleva para una noche fuera de casa. En vista de que los apóstoles no debían llevar provisiones, no tendrían necesidad de tal clase de bolsas. Estas restricciones no eran aplicables a todos los recorridos de predicación (note Lc 22.35, 36) pero este viaje fue probablemente un recorrido corto de solamente unas cuantas semanas y que iban a personas que practicaban la hospitalidad.

Cristo estaba recalcando la urgencia de la tarea que habían de llevar a cabo. También les estaba enseñando a confiar en que el Señor les proveería las necesidades de la vida (vea Lc 22.35; Mt 6.33).

Les dijo qué esperar. Habría quienes recibirían el mensaje de ellos (Mt 10.11, 13a), pero muchos lo rechazarían (Mt 10.13b, 14, 16–17, 21–22, 24–25). **Y al entrar en la casa, saludadla. Y si la casa fuere digna, vuestra paz vendrá sobre ella; mas si no fuere digna, vuestra paz se volverá a vosotros** (Mt 10:12, 13). El saludo que normalmente se daba al entrar en una casa era «Paz sea a esta casa». No obstante, si los moradores de la casa rechazaban el mensaje de los apóstoles, no recibirían la «paz» ofrecida en el

saludo (vea Mt 10.14, 15).

Les dijo cómo reaccionar. Había algunas cosas que *no* debían hacer. *No* debían malgastar el tiempo en gente que los rechazara a ellos así como el mensaje. Jesús dijo: **Y si alguno no os recibiere, ni oyere vuestras palabras, salid de aquella casa o ciudad, y sacudid el polvo de vuestros pies** (Mt 10.14). En ese tiempo, sacudir el polvo de los pies era un gesto simbólico de rechazo. Los judíos creían que cualquier cosa que tocaran los gentiles incrédulos era «inmunda». Por lo tanto, al regresar a Palestina después de haber estado en un país gentil, ellos sacudían de sus pies el polvo gentil inmundo. El acto simbólico que mandó Jesús indicaba que los judíos incrédulos no eran mejores que los gentiles incrédulos. Indicaba que cuando las personas rechazaban el mensaje de Dios, Dios las rechazaba a ellas.

No debían de ser intimidados por el rechazo. **Así que, no los temáis** [a los que os persiguen] **porque nada hay encubierto, que no haya de ser manifestado, ni oculto, que no haya de saberse** (Mt 10.26). En relación a la persecución que habrían de recibir, Jesús dijo, ... **guardaos de los hombres, porque... en sus sinagogas os azotarán** (Mt 10.17). Una forma extrema de disciplina administrada en las sinagogas era la flagelación (azotaina, golpiza). Esta era administrada por el «ministro». Cuando Cristo habló de lo «encubierto» y de lo «oculto» en Mateo 10.26, es probable que se estuviera refiriendo a los planes de Sus enemigos para destruirlo a Él, a Sus apóstoles, y la obra de ellos. En la paráfrasis de la Living Bible se lee «los complots secretos de ellos llegarán a ser de conocimiento público». Esta promesa se cumplió: hoy leemos acerca de tales planes diabólicos en las páginas del Nuevo Testamento

Cristo les desafió a hablar con valentía acerca de su fe (Mt 10.27) y les prometió, diciendo: **A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos. Y a cualquiera que me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos** (Mt 10.32–33). Estas promesas se aplican a cualquier confesión (o negación) del Señor; en este contexto, tienen aplicación especial al reconocimiento diario (o rechazo) que se haga de Él delante de los hombres. A veces se

usan estos versículos en relación con la confesión de fe que se hace antes del bautismo. La promesa de los versículos se aplica a esa confesión, pero debemos entender que nuestra confesión de Jesús no termina con esa afirmación pública de fe.

También había cosas que los doce *debían* hacer para responder al rechazo. Necesitaban aprender que, aunque fueran rechazados por los hombres, no lo eran por Dios. Él todavía se preocuparía por ellos (Mt 10.29–31). Debían entender que rechazarlos a ellos equivalía a rechazar a Aquel que los enviaba (vea Mt 10.40).

El que recibe a un profeta por cuanto es profeta, recompensa de profeta recibirá; y el que recibe a un justo por cuanto es justo, recompensa de justo recibirá. Y cualquiera que dé a uno de estos pequeñitos un vaso de agua fría solamente, por cuanto es discípulo, de cierto os digo que no perderá su recompensa (Mt 10.41–42).

En contexto, «estos pequeñitos» probablemente se refiere a los apóstoles. Anteriormente, Jesús había prometido que los que rechazaran a los apóstoles iban a ser maldecidos (Mt 10.14-15); aquí el promete que los que los acepten y su mensaje serán bendecidos. Note que sólo un factor de salvación es considerado aquí: aceptación de los apóstoles manifestado en darles un vaso de agua helada. La enseñanza no es que una acción (como el ofrecimiento de un vaso de agua para beber) asegure la salvación. Mas bien, *siendo iguales todas las demás cosas*, los que recibieron a los discípulos serían los que serían salvados.

3. *Para preparar a los apóstoles, Jesús no sólo los organizó y les dio instrucciones; también les dio poder.* Les dio lo que necesitaban para cumplir la tarea. Hasta el momento de la comisión limitada, Jesús era el único que había realizado milagros, pero ahora habilitaba a los doce para que hicieran obras parecidas: **les dio autoridad sobre los espíritus inmundos, para que los echasen fuera, y para sanar toda enfermedad y toda dolencia** (Mt 10.1; vea Mr 6.7; Lc 9.1). Lucas escribió que Cristo **les dio poder y autoridad sobre todos los demonios** (Lc 9.1). Además, les prometió inspirarlos con lo que debían decir, según tuvieran necesidad:

Mas cuando os entreguen, no os preocupéis por cómo o qué hablaréis; porque en aquella hora os será dado lo que habéis de hablar. Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros (Mt 10.19–20).

Mateo 10.23 es considerado el versículo más difícil en Mateo 10: . . . **no acabaréis de recorrer todas las ciudades de Israel, antes que venga el Hijo del Hombre.** No estamos seguros del significado de la palabra «venga», que podría referirse a la venida del Señor en juicio contra los judíos, cuando Jerusalén fue destruida en el 70 d. C.; lo cual haría que el pasaje se enlazara con el versículo 15. Es posible que el pasaje sencillamente signifique que Jesús iría detrás de ellos, a las mismas ciudades (vea Mt 11.1).

Al analizar cómo preparó Jesús a los apóstoles, resulta obvio que estaba considerando algo más que el próximo recorrido de dos o tres semanas por la provincia de Galilea. Las referencias a **gobernadores y reyes y gentiles** (Mt 10.18) así como a muchos de los anuncios de persecución (Mt 10.17–18, 21–23, 34–39), apuntan al trabajo y al trato de los apóstoles después del establecimiento de la iglesia.

Cuando Cristo dio la comisión limitada en Mateo 10, Él les dio instrucciones detalladas. Cuando dio la gran comisión en Mateo 28.18–20 (y Mr 16.15, 16, también aludida en Lc 24.46, 47), prácticamente se limitó a decirles: «Sencillamente háganlo». Tal vez lo hizo así porque ya les había dicho anteriormente a Sus discípulos qué debían hacer y qué debían esperar cuando predicaran, en pasajes tales como Mateo 10.

Algunas de las instrucciones especiales de Mateo 10 no se aplican a nosotros hoy. No hemos de ir únicamente a los judíos (Mt 28.19; Mr 16.15). No se nos ha habilitado milagrosamente como se habilitó a los apóstoles y tampoco se nos ha inspirado milagrosamente para cuando hablamos. No se nos manda llevar poco o nada con nosotros cuando viajemos a otro lugar a predicar. No obstante, muchos de los principios de Mateo 10 son todavía válidos en el siglo veintiuno.

Nosotros, también, necesitamos el planeamiento y la organización para llevar el evangelio al mundo. La organización que

hizo Jesús no fue elaborada. Del mismo modo, la que hagamos nosotros debe ser tan simple como sea posible. La organización debe mantenerse en el mínimo necesario para hacer el trabajo. Es posible dedicar tanto tiempo a «organizarse» que jamás hagamos trabajo alguno. El sentido común debe ser el que dicte cuánta organización es suficiente. Considere las palabras de sabiduría de Mateo 10.16.

Un detalle de las instrucciones organizativas de Cristo, que debería considerarse seriamente, es que envió a los apóstoles de dos en dos. Como regla general, tiene valor enviar a los misioneros en equipos.

Nosotros todavía necesitamos preparación para llevar el evangelio a los demás. Jesús envió a los doce *después de darles instrucciones* (Mt 10.5; NASB; énfasis nuestro; vea también 11.1). No dé por sentado que todo el mundo sabe qué hacer y cómo hacerlo. Jamás escatime instrucciones. Además, todavía necesitamos tomar en cuenta que Dios está cuidando de nosotros cuando llevamos el evangelio (Mt 10.28–31), y todavía necesitamos ser animados para perseverar hasta el fin (Mt 10.22).

Después que Jesús terminó Sus instrucciones, los apóstoles salieron en seis equipos de dos. **Y saliendo, predicaban que los hombres se arrepintiesen. Y echaban fuera muchos demonios, y ungián con aceite a muchos enfermos, y los sanaban** (Mr 6.12–13).

La unción con aceite en conexión a la sanidad (vea Stg 5.14) es un misterio. Había tres razones básicas para ungir a alguien con aceite. (1) Tenía un propósito ceremonial, como parte de una ceremonia de distinción (vea Ex 30.25, 26, 30; 1 S 9.16; 15.1; 16.13), (2) Tenía un propósito práctico, como parte del aseo personal (vea Rt 3.3; 2 S 14.2). En esta conexión, ungir la cabeza de alguien con aceite traía revitalización a la persona (vea Lc 7.46; He 1.9). (3) Tenía un propósito médico, como parte del tratamiento de heridas (ves Is 1.6, Lc 10.34); el aceite aliviaba y protegía la herida. Ya que no hay registro de que Jesús ungiera a alguien con aceite en relación a Sus curaciones, es probable que no fuera parte esencial del proceso. Cristo a veces se involucraba en actos simbólicos en conexión a Sus curaciones, tocar a los afligidos, untar los ojos con lodo, y demás, que tenían poco o nada que ver con los

resultados finales. La unción con aceite de los apóstoles estaba probablemente en la misma categoría.

Después que los discípulos se fueron, Cristo resumió Su propio recorrido de la región (Mt 11.1). Ahora, en vez de un equipo viajando por la provincia de Galilea, predicando y curando, había siete.

APLICACIÓN: EL REY Y SUS EMBAJADORES (MT 10)

El énfasis del libro de Mateo es sobre el Rey y Su reino. A través del capítulo 9, Mateo ha subrayado las credenciales del Rey, haciendo una relación de profecías cumplidas y de portentosos milagros.

Al final de Mateo 9, sin embargo, el Rey Jesús tuvo una necesidad. Había estado «[recorriendo] todas las ciudades y aldeas, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo» (Mt 9.35). Se compadecía en Su corazón de las multitudes (Mt 9.36); pero, aunque la mies era mucha, los obreros eran pocos (Mt 9.37). Cristo no podía hacer la tarea solo; necesitaba ayuda para propagar las nuevas, para lo cual, escogió a doce emisarios especiales (Mt 10.2–4).

En el capítulo 10 de Mateo se relata el momento cuando Jesús envía a los apóstoles a predicar en Galilea. Consiste básicamente en las instrucciones que Jesús les dio (vea Mt 10.5; 11.1), instrucciones que en su mayoría se relacionan con ese recorrido en especial. Por ejemplo, a los doce se les mandó ir únicamente a los judíos, no a los gentiles, ni a los samaritanos (Mt 10.5–6).

Al hacer un examen más detenido, vemos que el Señor estaba preparándolos para el futuro, para cuando Él volviera al cielo, y ellos fueran Sus representantes sobre la tierra. Jesús se refirió a los momentos cuando ellos estarían «ante gobernadores y reyes» por causa de Él, «para testimonio a ellos y a los gentiles» (Mt 10.18), lo cual no sucedió en este recorrido que excluía a los gentiles. Esa aseveración profética se cumplió más bien durante los eventos que se consignan en el libro de Hechos (vea, por ejem-

plo, los capítulos 23 al 26). En otras palabras, las instrucciones de Jesús para los apóstoles trascendían la tarea que se aprestaban a realizar en ese momento.

El capítulo 10 también tiene lecciones para nosotros. No puedo abarcarlo completamente en este sermón, pero sí deseo extraer de él ideas sobre los embajadores del pasado y los del presente.

El término embajador viene de Efesios 6.20, donde Pablo se refirió a sí mismo como «embajador en cadenas». La palabra «embajador» proviene de una forma de la palabra que se traduce por «viejo» o «mayor». Como regla general, los embajadores de ese tiempo eran hombres mayores. Muchos comentaristas creen que la palabra «anciano» de Filemón 9 debería traducirse por «embajador». Si Pablo era «embajador», también lo eran los demás apóstoles. Mateo 10 recalca que los apóstoles *representaban* a Jesús. La tarea primordial de un embajador es representar a quien le envía.

Embajadores del pasado

Comencemos con los embajadores del pasado: los que una vez fueron embajadores especiales de Cristo. A estos se les llamó «apóstoles» (Mt 10.2). La palabra «apóstol» es transliteración de una palabra griega cuyo significado literal es «enviado». La palabra se usaba a veces en un sentido general para referirse a quienquiera que fuera enviado, especialmente a quien era enviado por el Señor (2 Co 8.23; Fil 2.25), pero estos doce hombres eran especiales. Tenían que cumplir ciertas cualidades únicas (vea Hch 1.21–22; 1 Co 9.1; Ef 4.11). No era este un puesto que pudiera heredarse a generaciones sucesivas. De estos embajadores especiales se da una lista en Mateo 10.2-4:

Los nombres de los doce apóstoles son estos: primero Simón, llamado Pedro, y Andrés su hermano; Jacobo hijo de Zebedeo, y Juan su hermano; Felipe, Bartolomé, Tomás, Mateo el publicano, Jacobo hijo de Alfeo, Lebeo, por sobrenombre Tadeo, Simón el cananista, y Judas Iscariote, el que también le entregó.

Al leer esta lista, hay dos verdades que nos llaman la atención. (1) Desde el punto de vista del mundo, eran hombres corrientes. No tenían estatus social elevado, ni preparación especial, ni talentos singulares. Eran hombres corrientes llamados a una tarea que no era corriente. El Señor puede usar a quien quiera y a todos los que quiera. (2) Desde cualquier punto de vista que se mire, constituían una extraña mezcla de personalidades. Mateo, por ejemplo, había sido recaudador de impuestos para los romanos y trabajaba al lado de Simón el cananita o el «zelote». Los zelotes constituían un fanático grupo nacionalista, que se especializaba en terrorismo. Antes de conocer a Jesús, Simón le habría clavado una daga a Mateo, pero el Señor puede ayudarles a todas las personas a vivir en paz.

Mateo 10 trata varios aspectos exclusivos de estos hombres y de la obra de ellos.

Las credenciales especiales de ellos (Mt 10.1, 8)

A los apóstoles se les dieron credenciales especiales (vea Hch 2.43; 2 Co 12.12; He 2.1–4). Se les dio poder para echar fuera demonios, para sanar enfermedades y para resucitar muertos (Mt 10.1, 8). Era la primera vez que Jesús compartía Sus poderes milagrosos. Cuando Dios comisiona a alguien, Él le imparte todo lo que sea necesario para llevar a cabo esa comisión.

A nosotros no se nos han dado los mismos poderes que los doce recibieron, pero el principio es el mismo: el Señor nos dará lo que necesitemos para llevar a cabo la comisión que Él nos ha encargado.

La comisión especial de ellos (Mt 10.5–7)

A los apóstoles se les encargó una comisión especial, a la cual llamamos generalmente la comisión limitada. Era limitada en cuanto al ámbito que abarcaría: Como ya se hizo notar, habían de ir a los judíos únicamente, no a los gentiles, ni a los samaritanos (Mt 10.5–6). También era limitada en cuanto a su mensaje: Habían de predicar que «el reino se [había] acercado» (Mt 10.7). Instaron a los hombres a arrepentirse con el fin de estar preparados para el reino venidero (Mr 6.12; vea Mt 3.2; 4.17).

La comisión que se nos ha dado a nosotros es diferente; la llamamos la gran comisión (Mt 28.18–20; Mr 16.15–16). Es ilimitada en cuanto al ámbito que abarca: hemos de ir a todo el mundo (Mt 28.19; Mr 16.15). También es ilimitada en cuanto al mensaje: hemos de predicar la totalidad del evangelio a todos los hombres. Hemos de decirle a todo el mundo que el Rey Jesús ha venido, que Su reino (Su iglesia), ha sido establecido, y que quien lo desee puede entrar en él.

Las instrucciones especiales de ellos (Mt 10.9–16)

A los apóstoles se les dieron instrucciones especiales: habían de llevar poco equipaje (Mt 10.9–10) y quedarse en las casas de los que fueran receptivos (Mt 10.11–13a). No debían desperdiciar tiempo en gente que no fuera receptiva, sino que debían seguir adelante cuando fueran rechazados (Mt 10.13b–15). Habían de usar sabiduría en su enseñanza (Mt 10.16b).

Estas instrucciones fueron dadas especialmente a ellos; sin embargo, nosotros necesitamos lecciones parecidas. Necesitamos aprender a confiar en que el Señor nos proveerá. Debemos llenarnos de un sentido de urgencia. Necesitamos hacer uso de sabiduría y discernimiento al tomar decisiones relacionadas con la obra del Señor.

El ánimo especial que recibieron (Mt 10.19–20, 40–42)

Por último, a los apóstoles se les animó de modo especial: Se les animó cuando se les dijo que si eran entregados a las autoridades, el Espíritu Santo les daría qué decir (Mt 10.19–20). Burton Coffman dijo: «Esta es una de las más poderosas aseveraciones del Nuevo Testamento, acerca de la inspiración que guió a los apóstoles a toda la verdad».¹⁴ Nosotros, por el contrario, tenemos que estudiar para poder «presentar defensa» ante los demás (1 P 3.15).

También se les animó con la seguridad que les dio Cristo en el sentido de que, como embajadores especiales Suyos, era a Él a quien representaban. Les dijo que recibirlos a ellos equivalía a

¹⁴James Burton Coffman, *Commentary on Matthew (Comentario sobre Mateo)* (Austin, Tex.: Firm Foundation Publishing House, 1968), 137.

recibirlo a Él (Mt 10.40–42; vea también Jn 13.20). Si ser comisionado por el rey o por el presidente de una nación sería un gran honor, ¡cuán mayor honor es ser comisionado por el «REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES»! (Ap 19.16.)

Hay quienes enseñan que lo que Jesús dijo en el Nuevo Testamento, tiene más peso que lo dicho o escrito por los apóstoles. Mateo 10.42 y Juan 13.20 insinúan que hemos de recibir la enseñanza de los apóstoles como lo que es: la enseñanza de Jesús. Si recibimos a los apóstoles, es a Cristo a quien recibimos. Por otro lado, si los rechazamos a ellos (así como su enseñanza), es a Cristo a quien rechazamos.

Los apóstoles eran los embajadores *especiales* de Cristo. Las instrucciones particulares que se les dieron a ellos (tal como las relacionadas con no preocuparse por qué decir) no se aplican a nosotros. También hay lecciones para nosotros en este capítulo; así que centrémonos ahora en los embajadores de hoy: los embajadores de todos los días, que tiene Jesús.

Los embajadores de hoy

Nosotros no somos embajadores en el sentido especial que los apóstoles lo fueron, pero todavía representamos al Señor sobre la tierra hoy. Esto fue lo que escribió Pablo a los corintios:

De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas. Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación; que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación.

Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios (2 Co 5.17–20).

Las palabras de Pablo se referían primordialmente a su propio ministerio, pero parecen dar a entender que la iglesia tiene un ministerio parecido: en el sentido de que todo cristiano tiene

la responsabilidad de reconciliar a los hombres con Dios y de que, cuando hacemos esto, es «en nombre de Cristo» que estamos hablando.

Son muchos los pasajes que recalcan que los cristianos fieles son representantes de Jesús sobre la tierra hoy; el Nuevo Testamento enseña que es imposible separar a Cristo de Sus seguidores fieles. Cuando alguien le da un vaso de agua fría a uno de los discípulos de Jesús, es como si se lo diera a Jesús mismo (Mt 10.42; vea 25.35, 40). Cuando Saulo perseguía a los miembros de la iglesia (Hch 8.3), era realmente a Cristo a quien estaba persiguiendo (Hch 9.4).

Hemos sido bautizados en Su cuerpo (1 Co 12.13), la iglesia, del cual se dice que es Su «plenitud» (Ef 1.22–23). Cuando somos bautizados, somos «revestidos» del Señor (vea Gá 3.27). Nosotros estamos en Jesús y Él está en nosotros (Ro 8.1; Col 1.27). Cada uno de nosotros puede decir: «... ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí» (Gá 2.20).

William Barclay escribió: «El cristiano es embajador de Jesucristo ante los hombres. Sale de la presencia de Cristo, llevando consigo la palabra y la hermosura de su Maestro».¹⁵ Como se hizo notar anteriormente, hemos recibido nuestra comisión: ir a todo el mundo como representantes del Señor y llevar Su mensaje a todos los hombres (Mt 28.18–20; Mr 16.15–16). Teniendo presente lo anterior, volvamos al texto bajo estudio y extraigamos de él verdades generales que se aplican a todos los embajadores de Cristo de hoy.

Una vida que vivir (Mt 10.28, 32–33, 37–39)

Ser embajadores de Cristo significa que debemos tener un estilo de vida especial. ¡Recuerde que es al Rey a quien representamos!

Debe ser una vida caracterizada por el *temor piadoso*. Jesús dijo: «Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma

¹⁵William Barclay, *The Gospel of Matthew (El evangelio de Mateo)*, vol. 1, ed. rev., The Daily Bible Study Series (Philadelphia: Westminster Press, 1975), 361.

y el cuerpo en el infierno» (Mt 10.28).

Debe ser una vida caracterizada por la *valentía para proclamar al Señor*: Cristo dijo: «A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos. Y a cualquiera que me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos» (Mt 10.32–33). Hemos de reconocerlo por medio de las palabras. Barclay insinuó que «es muchísimo más la gente que niega a Jesucristo por guardar silencio cobardemente, que por decir palabras deliberadamente». ¹⁶ También hemos de reconocerlo por medio de las obras (vea Tit 1.16). Puede que el Presidente de los Estados Unidos tenga su Servicio Secreto, esto es, un servicio de hombres a quien nadie conoce; pero no sucede así con Jesús. Nosotros debemos reconocer abiertamente que somos siervos de nuestro Rey.

Debe ser una vida caracterizada por *darle prioridad a lo que tiene prioridad*. Dios, Jesús y el reino deben estar por encima de todo lo demás. Son más importantes que nuestras familias. Jesús dijo: «El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí» (Mt 10.37). El reino del Señor es más importante que nuestra propia vida. Nuevamente, Cristo dijo: «el que pierde su vida por causa de mí, la hallará» (Mt 10.39b). ¡Cuánto aliento les dio esta promesa a los cristianos primitivos ante la persecución romana!

Debe ser una vida caracterizada por la *negación de sí mismo*. Jesús dijo: «... y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí» (Mt 10.38). Esta es la primera mención que se hace de la cruz en el libro de Mateo. Más adelante, Jesús «tomó» literalmente Su cruz. Nosotros hemos de estar dispuestos a seguir en pos de Él.

Una persecución que padecer (Mt 10.16–18, 21–22, 34–36)

Ser embajadores de Cristo significa que hay que estar preparados para la persecución. Jesús les dijo a Sus discípulos: «He aquí, yo os envío como a ovejas en medio de lobos» (Mt 10.16a). Puede que esto suene extraño porque Cristo es el Rey de reyes;

¹⁶Ibíd., 392.

sin embargo, la historia de la humanidad es la historia de la rebelión contra la autoridad. Si a Él lo persiguieron (Mt 10.25), ¿por qué no habrían de perseguir a Sus seguidores? (Mt 10.24).

El capítulo menciona tres clases de persecución. Primero estaba la persecución de la religión organizada de ese tiempo: «Y guardaos de los hombres, porque os entregarán a los concilios, y en sus sinagogas os azotarán» (Mt 10.17). Los cristianos de algunas regiones del mundo saben cómo se siente ser perseguido por la religión organizada.

En segundo lugar, estaba la persecución de autoridades de gobierno: «... y aun ante gobernadores y reyes seréis llevados por causa de mí» (Mt 10.18a). De inmediato pensamos en la persecución de Pablo, y de los primeros mártires. Como ya se dijo, algunos de nuestros hermanos han sufrido, y están sufriendo, esta clase de persecución hoy.

La tercera clase de persecución proviene de donde menos se espera: de la familia.

El hermano entregará a la muerte al hermano, y el padre al hijo; y los hijos se levantarán contra los padres, y los harán morir (Mt 10.21).

No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada. Porque he venido para poner en disensión al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra; y los enemigos del hombre serán los de su casa (Mt 10.34–36).

Jesús les dijo francamente a Sus seguidores: «... seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre» (Mt 10.22a). Fue completamente sincero con ellos. Les hizo una descripción del trabajo y después, en otras palabras, les dijo: «¿Lo aceptan?».

¿Por qué será que decimos tan poco de la persecución, cuando el Nuevo Testamento dice tanto de ella? Cuando la iglesia primitiva se reunía, ellos hablaban de los peligros que tenían que encarar por el Señor. En el caso de nosotros, es más probable que nos quejemos de estar muy ocupados, o muy cansados, o tal vez

de tener mucho calor, o mucho frío. Ellos padecían persecución mientras que nosotros nos quejamos de la incomodidad. «¿Debe Jesús llevar la cruz Él solo?».

Recursos que esperar (Mt 10.26–31)

No quisiera dejar la impresión de que las palabras de Cristo que se recogen en Mateo 10, fueron todas negativas. Estaba la otra cara de la moneda. Ser «embajadores» de Jesús significa que tenemos el poder y los recursos del Rey a disposición nuestra.

Fueron tres veces en el capítulo, que el Señor les dijo a sus discípulos que no temieran: No temáis cuando seáis calumniados porque, al final, la verdad triunfará: «Así, que no los temáis; porque nada hay encubierto, que no haya de ser manifestado; ni oculto, que no haya de saberse» (Mt 10.26). El evangelio sería proclamado «en las azoteas» (Mt 10.27).

No temáis cuando vuestra vida esté en peligro, porque todo lo que los hombres pueden hacer es matar el cuerpo: «Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno» (Mt 10.28). Alguien escribió: «Temedle, vosotros santos, entonces no tendréis nada más que temer». Se dijo de John Knox, cuando sepultaban su cuerpo: «Aquí yace uno que temió a Dios tanto, que jamás temió el rostro de hombre alguno».¹⁷

No temáis, porque el Dios todopoderoso está de su lado.

¿No se venden dos pajarillos por un cuarto?¹⁷ Con todo, ni uno de ellos cae a tierra sin vuestro Padre. Pues aun vuestros cabellos están todos contados. Así que, no temáis; más valéis vosotros que muchos pajarillos (Mt 10.29–31).

Conclusión

El desafío que Jesús presentó a Sus apóstoles —y que nos presenta a nosotros— se resume en el versículo 39: «El que halla su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de mí, la hallará». Los autores primitivos nos dicen que los primeros már-

¹⁷Ibíd., 386.

tires hicieron frente a las llamas, o a las bestias salvajes, con este versículo en sus labios: «... el que pierde su vida por causa de mí, la hallará».

Mateo 10.39 no es un pasaje solamente para mártires. Es para cada uno de nosotros. Contiene el dicho del Señor que más frecuentemente se recoge en el Nuevo Testamento. Este dicho se encuentra seis veces en los evangelios. (Las otras cinco están en Mt 16.25; Mr 8.35; Lc 9.24; 17.33; Jn 12.25.) Jesús quería que nosotros aprendiéramos la importancia de perder nuestra vida en Su servicio. «El que halla su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de mí, la hallará».

INTERÉS DE HERODES EN JESÚS (Y EL RELATO ACERCA DE LA MUERTE DE JUAN EL BAUTISTA) (MT 14.1–12a; MR 6.14–29; LC 9.7–9)

Mateo 14.1–12a

¹En aquel tiempo Herodes el tetrarca oyó la fama de Jesús, ²y dijo a sus criados: Este es Juan el Bautista; ha resucitado de los muertos, y por eso actúan en él estos poderes. ³Porque Herodes había prendido a Juan, y le había encadenado y metido en la cárcel, por causa de Herodías, mujer de Felipe su hermano; ⁴porque Juan le decía: No te es lícito tenerla. ⁵Y Herodes quería matarle, pero temía al pueblo; porque tenían a Juan por profeta. ⁶Pero cuando se celebraba el cumpleaños de Herodes, la hija de Herodías danzó en medio, y agradó a Herodes, ⁷por lo cual éste le prometió con juramento darle todo lo que pidiese. ⁸Ella, instruida primero por su madre, dijo: Dame aquí en un plato la cabeza de Juan el Bautista. ⁹Entonces el rey se entristeció; pero a causa del juramento, y de los que estaban con él a la mesa, mandó que se la diesen, ¹⁰y ordenó decapitar a Juan en la cárcel. ¹¹Y fue traída su cabeza en un plato, y dada a la muchacha; y ella la presentó a su madre. ^{12a}Entonces llegaron sus discípulos, y tomaron el cuerpo y lo enterraron.

Marcos 6.14–29

¹⁴Oyó el rey Herodes la fama de Jesús, porque su nombre se había hecho notorio; y dijo: Juan el Bautista ha resucitado de los muertos, y por eso actúan en él estos poderes. ¹⁵Otros decían: Es Elías. Y otros decían: Es un profeta, o alguno de los profetas. ¹⁶Al oír esto Herodes, dijo: Este es Juan, el que yo decapité, que ha resucitado de los muertos. ¹⁷Porque el mismo Herodes había enviado y prendido a Juan, y le había encadenado en la cárcel por causa de Herodías, mujer de Felipe su hermano; pues la había tomado por mujer. ¹⁸Porque Juan decía a Herodes: No te es lícito tener la mujer de tu hermano. ¹⁹Pero Herodías le acechaba, y deseaba matarle, y no podía; ²⁰porque Herodes temía a Juan, sabiendo que era varón justo y santo, y le guardaba a salvo; y oyéndole, se quedaba muy perplejo, pero le escuchaba de buena gana. ²¹Pero venido un día oportuno, en que Herodes, en la fiesta de su cumpleaños, daba una cena a sus príncipes y tribunos y a los principales de Galilea, ²²entrando la hija de Herodías, danzó, y agradó a Herodes y a los que estaban con él a la mesa; y el rey dijo a la muchacha: Pídeme lo que quieras, y yo te lo daré. ²³Y le juró: Todo lo que me pidas te daré, hasta la mitad de mi reino. ²⁴Saliendo ella, dijo a su madre: ¿Qué pediré? Y ella le dijo: La cabeza de Juan el Bautista. ²⁵Entonces ella entró prontamente al rey, y pidió diciendo: Quiero que ahora mismo me des en un plato la cabeza de Juan el Bautista. ²⁶Y el rey se entristeció mucho; pero a causa del juramento, y de los que estaban con él a la mesa, no quiso desecharla. ²⁷Y en seguida el rey, enviando a uno de la guardia, mandó que fuese traída la cabeza de Juan. ²⁸El guarda fue, le decapitó en la cárcel, y trajo su cabeza en un plato y la dio a la muchacha, y la muchacha la dio a su madre. ²⁹Cuando oyeron esto sus discípulos, vinieron y tomaron su cuerpo, y lo pusieron en un sepulcro.

Lucas 9.7–9

⁷Herodes el tetrarca oyó de todas las cosas que hacía Jesús; y estaba perplejo, porque decían algunos: Juan ha resucitado de los muertos; ⁸otros: Elías ha aparecido; y otros: Algún profeta de los antiguos ha resucitado. ⁹Y dijo Herodes: A Juan yo le

hice decapitar; ¿quién, pues, es éste, de quien oigo tales cosas? Y procuraba verle.

Como se hizo notar anteriormente, Galilea estaba gobernada por el rey Herodes. Este era Herodes Antipas, hijo del infame Herodes el Grande. Antes que Jesús enviara a los doce, es evidente que el rey le había dado muy poca o ninguna importancia al trabajo de Jesús. Como regla general, mientras «los reformadores campesinos» no agitaran las masas a la rebelión, el gobierno no les prestaba atención. Ahora que siete equipos de evangelistas entrecruzaban su territorio, Herodes ya no podía pasar por alto este nuevo movimiento.

El relato de Mateo dice: **En aquel tiempo Herodes el tetrarca oyó la fama de Jesús** (Mt 14.1). En el relato de Marcos, después de un resumen del trabajo de los doce (Mr 6.13), él escribió: **Oyó el rey Herodes la fama de Jesús, porque su nombre se había hecho notorio** (Mr 6.14a). Lucas escribió acerca del éxito de los apóstoles (Lc 9.6) y luego dijo: **Herodes el tetrarca oyó de todas las cosas que hacía Jesús; y estaba perplejo...** (Lc 9.7a).

A oídos de Herodes llegó la noticia sobre lo que la gente decía acerca de Jesús: Algunos decían que era Elías; otros creían que algún otro profeta había resucitado de entre los muertos (Lc 9.8; Mr 6.15; compare con Mt 16.13, 12). Los judíos no creían que Jesús era el Mesías, porque ellos esperaban que el Mesías viniera «con pompa y solemnidad»; pero estaban dispuestos a conceder que Él podía ser un profeta. Con el paso de los años, los hombres, han sido constantes en su subestimación de Jesús.

No obstante, lo que ponía nervioso al rey, era que algunos estaban diciendo: **Juan el Bautista ha resucitado de los muertos, y por eso actúan en él estos poderes** (Mr 6.14b; vea Lc 9.7b). Es obvio que estos no sabían que Jesús y Juan habían tenido ministerios a un mismo tiempo. La ignorancia nunca ha impedido que los hombres conjeturen. Esto puso nervioso al tetrarca porque Él había decapitado a Juan no mucho tiempo atrás. (Mateo 14.13 dice que cuando Jesús oyó de la muerte de Juan, Él se retiró al otro lado del mar de Galilea, donde alimentó a los cinco mil. Marcos 6.30–32 dice que poco después que los discípulos volvieron de su

recorrido de Galilea, ellos se retiraron al otro lado del mar. Una comparación de los relatos indica que Juan fue muerto mientras Jesús y Sus discípulos hacían el tercer recorrido de Galilea, y que la noticia llegó a Cristo al final del recorrido.)

Herodes había encarcelado al profeta más o menos un año atrás, para aplacar a su esposa. El rey había atraído a Herodías, la esposa de su medio hermano Felipe, apartándola de este, y se había casado con ella (Mt 14.3). Herodías misma era descendiente de Herodes el Grande; ella era media sobrina de Herodes. El matrimonio de ella con Herodes Antipas había quebrantado varias leyes levíticas. La ley censuraba el matrimonio con un pariente cercano (vea Lv 18.1–18; 20.11–21). También prohibía que un hombre se casara con la esposa de su hermano, mientras este todavía estuviera vivo (Lv 18.16; Dt 25.5–10). Juan había tenido la osadía de decirle a Herodes, estas palabras: «No te es lícito tenerla» (Mt 14.4), lo cual había enfurecido a Herodías (Mr 6.19). No sabemos exactamente cuándo ni cómo fue que Juan dio ese mensaje, pero sí sabemos su resultado.

A pesar del deseo de Herodías, de hacer que Juan fuera muerto (Mr 6.19), Herodes se había mostrado renuente a llegar a tal extremo, por temor de que la muerte del profeta diera lugar a una sublevación (vea Mt 14.5). También, él le tenía respeto, aunque con reticencias, a Juan. Marcos escribió que **Herodes temía a Juan, sabiendo que era varón justo y santo, y le guardaba a salvo** (Mr 6.20a). Luego Marcos añade esta extraña nota: **... y oyéndole, se quedaba muy perplejo, pero le escuchaba de buena gana** (Mr 6.20b). No es difícil imaginarse a Juan en sus toscos vestidos, de pie ante Herodes, quien, por el contrario, vestía con esplendor real. Me imagino una mirada de preocupación viniendo sobre el rostro del rey, cuando el profeta le sacude el dedo en dirección de él. En la paráfrasis de la Living Bible se lee: «A Herodes le afectaba cada vez que hablaba con Juan, pero aún así le gustaba escucharlo».

Herodes había logrado proteger a Juan de Herodías, hasta que llegó un fatídico día cuando el rey decidió agasajarse con una fiesta de cumpleaños (Mt 14.6; Mr 6.21). Los relatos generales sobre los banquetes paganos de aquellos tiempos, y el conocimiento que se tiene de los estándares morales de Herodes, no

dejan duda alguna acerca de qué clase de banquete fue este. En el clímax de la orgía, la hija de Herodías entró en la habitación a bailar (Mt 14.6; Mr 6.22). Josefo dijo que el nombre de la chica era Salomé. El recato me impide ser explícito en cuanto a la naturaleza de su actuación.

Marcos 6.21 dice que **un día oportuno** vino. Esto se refiere a la oportunidad que buscaba *Herodías*. La danza de su hija fue una manera de propiciar esa oportunidad. Herodías conocía muy bien a su lujurioso esposo. El hecho de que Herodías usara a su hija de esta manera para promover sus diabólicos planes, añadido al hecho de que el rey permitiría que su hijastra se exhibiera de tal manera ante sus acompañantes ebrios, es muy revelador del carácter de la familia Herodes.

El texto dice que la danza de Salomé **agradó a Herodes y a los que estaban con él a la mesa** (Mr 6.22a). El rey le dijo a la muchacha: **Pídeme lo que quiera, y yo te lo daré** (Mr 6.22b). Hizo juramento, diciendo: **Todo lo que me pidas te daré, hasta la mitad de mi reino** (Mr 6.23; vea Mt 14.7). Tales ofrecimientos tan extravagantes eran típicos de soberanos orientales (vea Est 5.3, 6; 7.2); sin embargo los soberanos no miraban con bondad a los que se aprovechaban de tales ofrecimientos.

Salomé no titubeó. ... **instruida primero por su madre**, pidió **en un plato la cabeza de Juan el Bautista** (Mt 14.8). Herodías no deseaba un informe de su muerte que pudiera simularse. No deseaba ver el cuerpo, porque una escena de muerte podía montarse. No estaría satisfecha sino hasta ver la cabeza desprendida, con la sangre derramándose por la venas cortadas. Además, ella deseaba que fuera de inmediato que se le diera la cabeza del profeta (Mr 6.25), antes que Herodes tuviera tiempo de cambiar de parecer.

El relato de Mateo da la impresión de que Herodías había preparado previamente a Salomé en cuanto a qué debía pedir, mientras que el de Marcos indica que Salomé tuvo que ir a preguntar a su madre después que el ofrecimiento fue hecho (Mr 6.24). El orden exacto de los eventos carece de importancia. Es posible que cuando Salomé fue a preguntar a su madre, ella estuviese actuando un poco para evitar dar la apariencia de que el asunto estaba convenido.

El rey se entristeció de inmediato; pero para no «desprestigiarse» delante de los que habían sido testigos de su juramento, mandó que Juan fuera decapitado. El acto se realizó rápidamente:

Y en seguida el rey, enviando a uno de la guardia, mandó que fuese traída la cabeza de Juan. El guarda fue, le decapitó en la cárcel, y trajo su cabeza en un plato y la dio a la muchacha, y la muchacha la dio a su madre.
(Mr 6.27–28).

Puede que el acto hubiese hecho feliz a Herodías, pero a Herodes le robó la tranquilidad. Él **se entristeció** por lo que había hecho (Mt 14.9). Es difícil imaginar a un Herodes con conciencia; pero al menos estaba sumamente inquieto. Así, cuando oyó la supersticiosa conjetura de las masas, lo abrumó un presentimiento. Marcos consigna que él **decía una y otra vez: Juan, el que yo decapité, ¡ha resucitado de los muertos!** (Mr 6.16; NASB; vea Mt 14.2).

Herodes decidió que él necesitaba ver a Jesús para estar tranquilo, al comprobar si realmente era Juan o no (Lc 9.9a). Lucas escribió que **procuraba verle** (Lc 9.9b). Al leer esas palabras, tenga presente los recursos que tenía Herodes a disposición suya en Galilea. Generalmente, no sería difícil para el rey hallar a alguien con un ministerio público como el de Cristo.

Más adelante se nos informa de que la búsqueda de Herodes para ver a Jesús no menguó. Durante la última semana del ministerio terrenal de Cristo, leemos que «hacía tiempo que [el rey] deseaba verle; porque había oído muchas cosas acerca de él, y esperaba verle hacer alguna señal» (Lc 23.8). Después de interrogar a Jesús, si Herodes hubiera decidido que Cristo representaba una amenaza, ciertamente hubiera ordenado Su muerte (vea Lc 13.31–33). Considere cómo reaccionó su padre, Herodes el Grande, al enterarse del nacimiento de Jesús (Mt 21.3, 13). No hay duda, el interés del rey en la obra de Cristo constituía una amenaza real e inminente.

SALIDA FUERA DEL TERRITORIO DE HERODES (Y REGRESO)

El regreso de los doce apóstoles y la salida hacia la ribera oriental del mar de Galilea (Mt 14.12b–13; Mr 6.30–32; Lc 9.10; Jn 6.1)

Mateo 14.12b–13

^{12b}Y fueron y dieron las nuevas a Jesús.

¹³Oyéndolo Jesús, se apartó de allí en una barca a un lugar desierto y apartado; y cuando la gente lo oyó, le siguió a pie desde las ciudades.

Marcos 6.30–32

³⁰Entonces los apóstoles se juntaron con Jesús, y le contaron todo lo que habían hecho, y lo que habían enseñado. ³¹El les dijo: Venid vosotros aparte a un lugar desierto, y descansad un poco. Porque eran muchos los que iban y venían, de manera que ni aun tenían tiempo para comer. ³²Y se fueron solos en una barca a un lugar desierto.

Lucas 9.10

¹⁰Vueltos los apóstoles, le contaron todo lo que habían hecho. Y tomándolos, se retiró aparte, a un lugar desierto de la ciudad llamada Betsaida.

Juan 6.1

¹Después de esto, Jesús fue al otro lado del mar de Galilea, el de Tiberias.

Jesús terminó Su recorrido y se reagrupó con Sus discípulos. Es probable que regresaran a Capernaum, el centro de las actividades de Jesús, y el lugar donde por lo general Él daba punto final a Sus jornadas. **Vueltos los apóstoles», ellos «se juntaron con Jesús, y le contaron todo lo que habían hecho, y lo que habían enseñado** (Lc 9.10a; Mr 6.30; vea Mt 14.12b). Este informe era crucial para su capacitación. Tenían que hablar acerca de lo que habían hecho, lo que había «funcionado» y lo

que no. Necesitaban reconocer sus errores y preguntar: «¿Qué debimos haber hecho?». Debieron de haber tenido muchas preguntas que hacer.

Aun mientras Cristo trataba de ayudar a Sus discípulos, se volvieron a apiñar en torno a ellos las tenaces multitudes. «... eran muchos los que iban y venían, de manera que ni aun tenían tiempo para comer» (Mr 6.31b), y menos para ponerle punto final a la jornada de predicación.

Luego llegó la desconcertante noticia de la muerte de Juan. A sus afligidos discípulos se les permitió llevar el cuerpo de aquel y ponerlo en un sepulcro (Mr 6.29; vea Mt 14.12a). Fueron a dar aviso a Jesús, llegando casi al mismo tiempo que Sus apóstoles (Mt 14.12b).

Cuando Jesús oyó acerca de Juan (Mt 14.13a), le propuso a Sus discípulos irse todos a un lugar apartado (Mr 6.31). La versión de Mateo dice que Jesús **se apartó** [por sí solo] (Mt 14.13), mientras que el relato de Marcos dice que [Cristo y los apóstoles] **se fueron** [...] **a un lugar desierto** (Mr 6.32). El relato de Lucas combina las dos ideas: **Y tomándolos** [a los doce] **se retiró** [por sí solo] (Lc 9.10).

Este retiro cumplía por lo menos dos propósitos. En primer lugar, alejaría a Cristo y a Sus discípulos del territorio de Herodes. A partir de este momento, Jesús pasaría poco tiempo en Galilea. Volvería de vez en cuando para visitas breves, pero ya se había llevado a cabo el grueso de Su obra en esa provincia.

En segundo lugar, el retiro debería darle a Cristo un tiempo necesario para estar a solas con Sus discípulos.⁴⁸ Todos acababan de volver de una ardua jornada, y sus cuerpos clamaban por descanso (Mr 6.31a). Además, el tiempo con el Señor les ayudaría a analizar todo lo que había sucedido durante su primer recorrido de predicación.

Una vez más, se dirigieron al otro lado del mar de Galilea. Mateo y Marcos dijeron que ellos fueron a «un lugar desierto apartado» (Mt 14.13a; Mr 6.31a), mientras que Lucas indicó que viajaron a **la ciudad llamada Betsaida** (Lc 9.10b).

Había por lo menos dos ciudades con este nombre cerca del mar. Jesús y los discípulos viajaron a Betsaida, que estaba sobre la ribera oriental del mar; pero después que hubieron estado

allí un tiempo, Cristo envió a Sus discípulos *de regreso* a una Betsaida, que estaba al otro lado del mar, cerca de Capernaum. Felipe (que llegó a ser apóstol) era de Betsaida (Jn 1.44; 12.21), y a la misma Betsaida se le llamó «la ciudad de Andrés y Pedro» (Jn 1.44). La otra, a la cual se dirigían Jesús y los doce, era una aldea que estaba sobre la ribera nororiental del mar de Galilea. Su nombre completo era Betsaida-Julias. Evidentemente, el destino de ellos era una región desierta que estaba sobre la ribera, no lejos de la ciudad.

APLICACIÓN:
«UNA VOZ QUE CLAMA EN EL DESIERTO»:
EL MINISTERIO DE JUAN

Era alrededor del año 26 d. C.; en la Betania del otro lado del Jordán, un predicador de unos treinta años había estado agitando a la gente de ambos lados del Mar Muerto. Por lo tanto, una comisión de sacerdotes y levitas vino a él y le preguntaron: «¿Tú, quién eres?» (Jn 1.19b). Al entender por qué le hacían tal pregunta, respondió, diciendo: «Yo no soy el Cristo» (Jn 1.20b), pero ellos siguieron interrogándolo:

Y le preguntaron: ¿Qué pues? ¿Eres tú Elías? Dijo: No soy. ¿Eres tú el profeta? Y respondió: No. Le dijeron: ¿Pues quién eres? para que demos respuesta a los que nos envían. ¿Qué dices de ti mismo? (Jn 1.21–22).

Fue una respuesta enigmática la que obtuvieron, pues dijo: «Yo soy la voz de uno que clama en el desierto» (Jn 1.23a).

El joven que se llamaba a sí mismo «la voz [...] que clama en el desierto» era Juan el Bautista. Las palabras que estaba usando provenían de Isaías 40, la profecía donde se anunciaba la venida del precursor del Mesías:

Voz que clama en el desierto: Preparad camino a Jehová; enderezad calzada en la soledad a nuestro Dios. Todo valle sea alzado, y bájese todo monte y collado; y lo torcido se enderece, y lo áspero se allane (Is 40.3–4).

Los heraldos o precursores, no sólo anunciaban la venida de un rey, sino que también hacían preparativos para su llegada: por medio de almacenar provisiones y, como se recalca en este texto, por medio de hacer un camino por el cual pudiera transitar.

La frase «voz [...] que clama en el desierto» de Juan 1.23 resume el fenómeno que era Juan: Era, ante todo, *una voz*; un hombre con un mensaje. Ese mensaje había de ser presentado en un singular escenario: *en el desierto*. Juan predicó literalmente en un desierto físico; sin embargo, «el desierto» al cual se refieren Isaías 40 y Juan 1 era más que piedras, arena y escorpiones; era también un desierto de pecado. Juan se atrevió a ser una voz donde otras voces habían sido calladas.

Analizaremos brevemente la vida de Juan, para apreciar al hombre que él fue y el mensaje que tenía para su tiempo así como para el nuestro.¹⁸

Una voz que clama «niégate a ti mismo» en un desierto de autocomplacencia

Juan puede ser imaginado como un hombre con cabello despeinado por el viento y con la piel quemada por el sol. Su tosca vestimenta estaba hecha de pelo de camello. Alrededor de su cintura tenía un ancho cinto de cuero. Vivía de lo que producía la tierra, subsistiendo a base de una dieta de langostas (insectos como los saltamontes) y miel silvestre. Personificaba la negación de sí mismo y la autodisciplina.

¿Qué factores se conjugaron para dar origen a un hombre así? Uno de ellos tenía que ver con unos *padres piadosos*. Su padre era un sacerdote llamado Zacarías; su madre era Elisabet (Lc 1.5). Lucas 1.6 resume la vida de estos: «Ambos eran justos delante de Dios, y andaban irreprochables en todos los mandamientos y ordenanzas del Señor». La parte que más llama la atención de ese versículo, es la palabra «ambos». Hay quienes han tenido una madre piadosa, pero no un padre piadoso. Hay

¹⁸Estas notas sobre este sermón fueron elaboradas hace varios años, antes que comenzara yo a documentar las fuentes de consulta. Pido disculpas de antemano por cualquier caso en el que no reconozca el mérito a quien lo merezca.

algunos que han tenido un padre piadoso, pero no una madre piadosa. En el caso de Juan el Bautista, *ambos* padres amaban al Señor y vivían conforme a los preceptos de Este. No hay mejor herencia que esta.

Otro factor lo constituía *un propósito piadoso*. Recordará usted la historia de Zacarías y Elisabet, sobre cómo anhelaban tener un hijo, cómo un ángel se le apareció a Zacarías y cómo Juan por fin le nació a Elisabet. Permítame centrarme en las palabras que dijo el ángel al anciano sacerdote en el templo:

Zacarías, no temas; porque tu oración ha sido oída, y tu mujer Elisabet te dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Juan. Y tendrás gozo y alegría, y muchos se regocijarán de su nacimiento; porque será grande delante de Dios. No beberá vino ni sidra, y será lleno del Espíritu Santo, aun desde el vientre de su madre. Y hará que muchos de los hijos de Israel se conviertan al Señor Dios de ellos. E irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías, para hacer volver los corazones de los padres a los hijos, y de los rebeldes a la prudencia de los justos, para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto (Lc 1.13–17).

Desde el comienzo de la vida de Juan, no hubo dudas acerca de quién había de ser, ni acerca de cuál había de ser su propósito en la vida. Toda persona necesita que desde su niñez sus padres le digan que Dios tiene un propósito para su vida.

El tercer factor fue una *crianza piadosa*. Es poco lo que se nos dice acerca de esa crianza, pero no es difícil imaginar a Zacarías y a Elisabet dándole a conocer al niño lo que el ángel había dicho, y animándole a amar y a obedecer al Señor. Hasta donde el texto lo da a conocer, estos son los escasos detalles que se nos dan acerca de sus primeros años de vida: «Y el niño crecía, y se fortalecía en espíritu; y estuvo en lugares desiertos hasta el día de su manifestación a Israel» (Lc 1.80). No sabemos cuándo ni por qué Juan fue a la región desolada que rodeaba al Mar Muerto, pero en la sabiduría de Dios, se escogió el desierto como su campamento de instrucción. Desde esa base, podía observar dónde habían estado las orgullosas ciudades de Sodoma y Gomorra, ejemplos perfec-

tos de las consecuencias de una vida de autocomplacencia.

¿Podemos escuchar esa voz hoy? Vivimos en un mundo de halago de sí mismo, y necesitamos urgentemente el mensaje de Juan. Después de todo, Jesús dijo: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame» (Mt 16.24).

Debido a su austero estilo de vida (Lc 7.33), algunos creyeron que Juan tenía un demonio. Sépalo usted, a modo de advertencia, que el mundo creará que nosotros también estamos dementes, cuando vea que nuestra preocupación es por los demás, antes que por nosotros mismos. No obstante, Jesús recalcó la grandeza de una vida así. Hablando del Bautista, les preguntó a Sus seguidores: «Mas ¿qué salisteis a ver? ¿A un hombre cubierto de vestiduras delicadas? He aquí, los que tienen vestidura preciosa y viven en deleites, en los palacios de los reyes están» (Lc 7.25). Juan no estaba interesado en la vida fácil; que los reyes se queden en sus castillos con sus lujos. Jesús hizo también esta asombrosa aseveración: «Os digo que entre los nacidos de mujeres, no hay mayor profeta que Juan el Bautista» (Lc 7.28a). ¡Qué gran homenaje para la voz que clama en el desierto!

Que cada uno de nosotros compare su vida con la de Juan el Bautista, y se pregunte: «¿Vivo *yo* una vida de autodisciplina y negación de mí mismo?».

Una voz que clama «enmiéndate» en un desierto de autosuficiencia

Cuando vino «el cumplimiento del tiempo» (Gá 4.4), «vino palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto» (Lc 3.2). En la vida de Juan, la Palabra de Dios fue como el pistoletazo de salida para un velocista, como el gong de la campana para un luchador, como la orden de ataque para un perro guardián.

Juan comenzó a predicar enseguida, pues esto es lo que leemos: «En aquellos días vino Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea, y diciendo: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado» (Mt 3.1-2). Su tarea consistía en preparar a la gente para la venida del Mesías y del reino de Éste. El predicador no se anduvo con rodeos para decirles a sus oyentes que debían enmendar sus vidas:

Y decía a las multitudes que salían para ser bautizadas por él: ¡Oh generación de víboras! ¿Quién os enseñó a huir de la ira venidera? Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento, y no comencéis a decir dentro de vosotros mismos: Tenemos a Abraham por padre; porque os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham aun de estas piedras (Lc 3.7–8).

Por mucho tiempo, la gente había creído que Dios los recibiría simplemente porque eran judíos. El mensaje de Juan era el mensaje de un reloj despertador, concebido para despertarlos. Les estaba diciendo, en otras palabras, que si no enmendaban su vida, no serían «[aptos] para el reino de Dios» (vea Lc 9.62).

Y la gente le preguntaba, diciendo: Entonces, ¿qué haremos? Y respondiendo, les dijo: El que tiene dos túnicas, dé al que no tiene; y el que tiene qué comer, haga lo mismo. Vinieron también unos publicanos para ser bautizados, y le dijeron: Maestro, ¿qué haremos? Él les dijo: No exijáis más de lo que os está ordenado. También le preguntaron unos soldados, diciendo: Y nosotros, ¿qué haremos? Y les dijo: No hagáis extorsión a nadie, ni calumniéis; y contentaos con vuestro salario (Lc 3.10–14).

Hoy seguimos teniendo necesidad de prédicas francas. Necesitamos prédicas que nos despierten y nos preparen para el cielo. A veces el pecado se condena de forma tan general, que ningún pecador llega a compungirse por su pecado. Las prédicas de Juan eran penetrantes y prácticas.

Lucas 3.18 dice que «[con] estas y otras muchas exhortaciones [Juan] anunciaba las buenas nuevas al pueblo». La expresión «buenas nuevas» se traduce a veces por «evangelio». ¿En qué sentido era «buenas nuevas» exhortar al pueblo a no ser egoístas, ni fraudulentos y a no cometer abuso de autoridad? ¡Era «buenas nuevas» porque echaba abajo la satisfacción de ellos consigo mismos, les obligaba a reexaminarse a sí mismos y les animaba a ser la clase de personas sobre las cuales Dios podía derramar Su gracia!

¿Apreciamos nosotros a los que hablan «la verdad [toda la verdad] en amor»? (Ef 4.15; vea Gá 4.16.) Espero que sí. Si tuviéramos necesidad de un cirujano, no nos gustaría que fuera tímido. Por lo tanto, no deberíamos desear que nuestro predicador sea tímido. También espero que estemos dispuestos a *ser* voces que claman «¡Enmendaos!» en medio de gente que necesite oírlo (vea Gá 6.1; Stg 5.19–20).

Una voz que clama «cree» en un desierto de duda

Un día, cuando Juan predicaba junto al Jordán, Jesús vino a ser bautizado. Es probable que ya usted esté al tanto del relato: de cómo Juan no quería bautizar a Cristo, de cómo Éste lo persuadió y de cómo después del bautismo de Jesús, Dios habló desde el cielo y el Espíritu Santo descendió como paloma (Mt 3.13–17).

Estas manifestaciones confirmaron en la mente de Juan que Jesús era realmente el Mesías para el cual había estado preparando el camino. A partir de ese momento, el mensaje favorito de Juan fue «He aquí el Cordero de Dios» (Jn 1.29, 35, 36). Juan no predicó que Jesús era simplemente un buen hombre y un gran maestro; más bien lo proclamó como el sacrificio por nuestros pecados, el Único por quien podíamos ser salvos.

En un mundo de incredulidad y escepticismo, todavía necesita oírse la llamada fuerte y sonora de Juan. Jesús es el Hijo de Dios. Él es la única esperanza del hombre. Prediquemos con la misma convicción que Juan tuvo.

Una voz que clama «sé humilde» en un desierto de orgullo

El bautismo de Jesús fue el momento cumbre del ministerio de Juan. En ese momento, su obra ya estaba prácticamente hecha; y a partir de ese momento, su ministerio disminuyó. Como precursor del Mesías que era, Juan tenía básicamente tres responsabilidades: despejar el camino para el Mesías, preparar el camino para el Mesías, ¡y luego apartarse del camino del Mesías!¹⁹ Esto

¹⁹Esta aseveración fue adaptada de Charles R. Swindoll, *John the Baptizer (Juan el Bautista)* (Anaheim, Calif.: Insight for Living, 1991), 3.

estaba bien para Juan; ya que él estaba dispuesto a cumplir cualquier función que Dios hubiera concebido para él.

Acompáñeme hasta Juan 3, un pasaje clave para conocer la verdadera grandeza de Juan. Cuando la popularidad de Cristo comenzó a aumentar, los discípulos de Juan vinieron a este, diciendo: «Rabí, mira que el que estaba contigo al otro lado del Jordán, de quien tú diste testimonio, bautiza, y todos vienen a él» (Jn 3.26). ¿Percibe usted los celos de ellos en estas palabras? En otras palabras, lo que estaban diciendo era esto: «Hubo un tiempo cuando todos venían a nosotros, pero ahora vienen a *Él*. Antes estábamos en primer plano, pero ahora *Él* es el centro de atención. *Tú* fuiste quien lo bautizaste; ¿no saben ellos que esto *te* hace más grande que *Él*?».

Se han perdido batallas debido a los celos entre generales. Si la envidia de sus discípulos hubiera sido fomentada por Juan, imagínese el daño que podría haber causado al incipiente movimiento de Jesús. Preste oído a la respuesta del Bautista a la queja de ellos, y maravílese de ella. Primero dijo que el éxito de Cristo era la voluntad de Dios: «No puede el hombre recibir nada, si no le fuere dado del cielo» (Jn 3.27). Luego recalcó que lo que estaba sucediendo le hacía feliz, pues dijo:

Vosotros mismos me sois testigos de que dije: Yo no soy el Cristo, sino que soy enviado delante de él. El que tiene la esposa, es el esposo; mas el amigo del esposo, que está a su lado y le oye, se goza grandemente de la voz del esposo; así pues, este mi gozo está cumplido (Jn 3.28–29).

Al final, dijo estas sorprendentes palabras: «Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe» (Jn 3.30). ¡Hace falta que un hombre sea muy generoso para decir palabras como estas, y decir las en serio!

La mayoría de los predicadores exitosos que conozco tienen problemas con el dilema de Juan. Les encantan los elogios, lo reconozcan o no. Como regla general, sin embargo, a medida que los predicadores respetados envejecen, reciben cada vez menos invitaciones a predicar, y el centro de atención se traslada a los pre-

dicadores más jóvenes. Qué difícil es para nosotros decir: «Eso es bueno. Ellos deben crecer, y nosotros debemos menguar. ¡Que Dios esté con ellos!».

Los predicadores no son los únicos que tienen problemas con su ego. ¿Qué tal si otros reciben la alabanza que nosotros creíamos merecer? ¿Qué tal si otros reciben mejores empleos o ascensos? ¿Podremos decir con sinceridad que nos alegramos por ellos? ¿Podremos decir con franqueza que «ellos deben crecer, pero que nosotros debemos menguar»?

Para algunos de nosotros no hay más grande desafío que este. Recuerde que «Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes» (Stg 4.6b). Que Dios nos ayude a ser más como Juan, quien clamó «¡sed humildes!» en un mundo de orgullo.

Una voz que clama «sé valiente» en un desierto de cobardía

Hay otros sucesos de la vida de Juan que podrían estudiarse, pero terminaremos con esta escena final de su vida. Hicimos ver anteriormente que sus prédicas eran penetrantes y prácticas. También eran intensamente personales. No hay mejor ilustración de esto que las palabras con que censuró al rey Herodes.

... Herodes el tetrarca, [fue] reprendido por Juan a causa de Herodías, mujer de Felipe su hermano, y de todas las maldades que Herodes había hecho (Lc 3.19).

... Herodes había prendido a Juan, y le había [...] metido en la cárcel, por causa de Herodías, mujer de Felipe su hermano; porque Juan le decía: No te es lícito tenerla (Mt 14.3-4).

No sabemos cómo fue exactamente que se dio esta confrontación entre Juan y Herodes. ¿Vino Herodes a escuchar las prédicas de Juan? Más adelante se asevera que a Herodes le encantaba oír a Juan (Mt 6.20), de modo que esta es una posibilidad muy real. ¿Hizo Juan un viaje a los castillos de Herodes? No se nos dan los detalles, pero el texto griego indica que Juan le decía *continuamente* que su matrimonio con Herodías era ilícito.

Para esto había que ser valiente, ¡enormemente valiente! Había que ser valiente porque Herodes era un hombre importante, un hombre influyente. Había que ser valiente porque Juan estaba haciendo una reprensión personal. Una cosa es censurar el pecado en general desde la seguridad del púlpito, y otra decirle a alguien: «Usted está en un error».¹⁸ Había que ser valiente porque Juan estaba diciendo lo que Herodes y Herodías necesitaban oír, no lo que deseaban oír. Muchos «mensajes del evangelio» no ofenden a nadie, pero Juan se dejó decir: «No te es lícito tenerla», ¡y esto molestó a sus oyentes! Había que ser valiente porque el profeta tenía que saber que por sus palabras podía pagar con su vida. No se puede irritar a un Herodes con una esposa como Herodías sin sufrir las consecuencias. A Herodes y Herodías se les ha llamado el Acab y la Jezabel del Nuevo Testamento. Jesús dijo que Juan no era una «caña sacudida por el viento» (Mt 11.7). Antes él era la firme y valiente voz de Dios que denunciaba el pecado.

Como ya se dijo, puede que conozca usted los detalles de la consecuencia: cómo Juan fue arrestado y cómo al final perdió la vida como resultado de un banquete de borrachos, una joven bailarina y una esposa vengativa. Según la tradición humana, cuando presentaron la cabeza de Juan a Herodías, esta traspasó con un largo alfiler la lengua del profeta y gritó diciendo: «¡Jamás volverás a decir: No te es lícito tenerla!».

Herodías tal vez creyó que había hecho callar a Juan, pero no era así. La voz de un hombre valiente no puede acallarse. La muerte del Bautista obsesionó a Herodes; y cuando este oyó acerca de la obra de Jesús, le perturbó la posibilidad de que Él fuese Juan resucitado de los muertos (Mr 6.14). Aun cuando Juan había estado muerto por algún tiempo, su influencia había sido tan grande, que Jesús usó la obra de él para dar respuesta a los que le interrogaron (Mt 21.23–27; Lc 20.2–8).

Que Dios nos dé la valentía de Juan: la valentía para denunciar el pecado, se encuentre este en las altas esferas o en las bajas; la valentía para acercarnos a la gente y hablarles personalmente acerca de su pecado; la valentía para hablar lo que la gente necesita oír, no necesariamente lo que desea oír; la valentía para luchar por el bien, cuales sean las consecuencias. Jesús

todavía nos desafia diciéndonos: «... sed fieles, aun si tenéis que morir. Si sois fieles, os daré la corona de vida» (Ap 2.10; New Century Version).

Conclusión

Juan fue «voz que clama en el desierto»:

- ... una voz que clama «niégate a ti mismo» en un desierto de autocomplacencia.
- ... una voz que clama «enmiéndate» en un desierto de autosuficiencia
- ... una voz que clama «cree» en un desierto de duda.
- ... una voz que clama «sé humilde» en un desierto de orgullo.
- ... una voz que clama «sé valiente» en un desierto de cobardía.

¿Cómo pudo Juan ser tal voz? ¿Cuál fue su secreto? Estaba consagrado al Señor y a hacer la voluntad de Este. Por lo tanto, se atrevió a ser diferente. Estuvo dispuesto a hablar allí donde a otras voces se les hizo callar.

Alimentación de los cinco mil

(Mt 14.13–21; Mr 6.33–44;
Lc 9.11–17; Jn 6.2–14)

Mateo 14.13–21

¹³Oyéndolo Jesús, se apartó de allí en una barca a un lugar desierto y apartado; y cuando la gente lo oyó, le siguió a pie desde las ciudades. ¹⁴Y saliendo Jesús, vio una gran multitud, y tuvo compasión de ellos, y sanó a los que de ellos estaban enfermos. ¹⁵Cuando anocheecía, se acercaron a él sus discípulos, diciendo: El lugar es desierto, y la hora ya pasada; despide a la multitud, para que vayan por las aldeas y compren de comer. ¹⁶Jesús les dijo: No tienen necesidad de irse; dadles vosotros de comer. ¹⁷Y ellos dijeron: No tenemos aquí sino cinco panes y dos peces. ¹⁸El les dijo: Traédmelos acá. ¹⁹Entonces mandó a la gente recostarse sobre la hierba; y tomando los cinco panes y

los dos peces, y levantando los ojos al cielo, bendijo, y partió y dio los panes a los discípulos, y los discípulos a la multitud. ²⁰Y comieron todos, y se saciaron; y recogieron lo que sobró de los pedazos, doce cestas llenas. ²¹Y los que comieron fueron como cinco mil hombres, sin contar las mujeres y los niños.

Marcos 6.33–44

³³Pero muchos los vieron ir, y le reconocieron; y muchos fueron allá a pie desde las ciudades, y llegaron antes que ellos, y se juntaron a él. ³⁴Y salió Jesús y vio una gran multitud, y tuvo compasión de ellos, porque eran como ovejas que no tenían pastor; y comenzó a enseñarles muchas cosas. ³⁵Cuando ya era muy avanzada la hora, sus discípulos se acercaron a él, diciendo: El lugar es desierto, y la hora ya muy avanzada. ³⁶Despídelos para que vayan a los campos y aldeas de alrededor, y compren pan, pues no tienen qué comer. ³⁷Respondiendo él, les dijo: Dadles vosotros de comer. Ellos le dijeron: ¿Que vayamos y compremos pan por doscientos denarios, y les demos de comer? ³⁸El les dijo: ¿Cuántos panes tenéis? Id y vedlo. Y al saberlo, dijeron: Cinco, y dos peces. ³⁹Y les mandó que hiciesen recostar a todos por grupos sobre la hierba verde. ⁴⁰Y se recostaron por grupos, de ciento en ciento, y de cincuenta en cincuenta. ⁴¹Entonces tomó los cinco panes y los dos peces, y levantando los ojos al cielo, bendijo, y partió los panes, y dio a sus discípulos para que los pusiesen delante; y repartió los dos peces entre todos. ⁴²Y comieron todos, y se saciaron. ⁴³Y recogieron de los pedazos doce cestas llenas, y de lo que sobró de los peces. ⁴⁴Y los que comieron eran cinco mil hombres.

Lucas 9.11–17

¹¹Y cuando la gente lo supo, le siguió; y él les recibió, y les hablaba del reino de Dios, y sanaba a los que necesitaban ser curados. ¹²Pero el día comenzaba a declinar; y acercándose los doce, le dijeron: Despide a la gente, para que vayan a las aldeas y campos de alrededor, y se alojen y encuentren alimentos; porque aquí estamos en lugar desierto. ¹³Él les dijo: Dadles vosotros de comer. Y dijeron ellos: No tenemos más que cinco panes y dos pescados, a no ser que vayamos nosotros a comprar ali-

mentos para toda esta multitud. ¹⁴Y eran como cinco mil hombres. Entonces dijo a sus discípulos: Hacedlos sentar en grupos, de cincuenta en cincuenta. ¹⁵Así lo hicieron, haciéndolos sentar a todos. ¹⁶Y tomando los cinco panes y los dos pescados, levantando los ojos al cielo, los bendijo, y los partió, y dio a sus discípulos para que los pusiesen delante de la gente. ¹⁷Y comieron todos, y se saciaron; y recogieron lo que les sobró, doce cestas de pedazos.

Juan 6.2–14

²Y le seguía gran multitud, porque veían las señales que hacía en los enfermos. ³Entonces subió Jesús a un monte, y se sentó allí con sus discípulos. ⁴Y estaba cerca la pascua, la fiesta de los judíos. ⁵Cuando alzó Jesús los ojos, y vio que había venido a él gran multitud, dijo a Felipe: ¿De dónde compraremos pan para que coman éstos? ⁶Pero esto decía para probarle; porque él sabía lo que había de hacer. ⁷Felipe le respondió: Doscientos denarios de pan no bastarían para que cada uno de ellos tomase un poco. ⁸Uno de sus discípulos, Andrés, hermano de Simón Pedro, le dijo: ⁹Aquí está un muchacho, que tiene cinco panes de cebada y dos pececillos; mas ¿qué es esto para tantos? ¹⁰Entonces Jesús dijo: Haced recostar la gente. Y había mucha hierba en aquel lugar; y se recostaron como en número de cinco mil varones. ¹¹Y tomó Jesús aquellos panes, y habiendo dado gracias, los repartió entre los discípulos, y los discípulos entre los que estaban recostados; asimismo de los peces, cuanto querían. ¹²Y cuando se hubieron saciado, dijo a sus discípulos: Recoged los pedazos que sobraron, para que no se pierda nada. ¹³Recogieron, pues, y llenaron doce cestas de pedazos, que de los cinco panes de cebada sobraron a los que habían comido. ¹⁴Aquellos hombres entonces, viendo la señal que Jesús había hecho, dijeron: Este verdaderamente es el profeta que había de venir al mundo.

Como ya dijimos, Jesús propuso que Él y los apóstoles viajaran en barca hasta la ribera oriental del mar de Galilea (Mr 6.30–32; vea Mt 14.13; Jn 6.1). El destino de ellos era una región desierta que se encontraba en algún lugar cercano a la aldea lla-

mada Betsaida-Julias (Lc 9.10).

A medida que se acercaban a la orilla, se reunía una multitud de cientos de personas, a la cual se agregaban más cada minuto. Cristo tuvo la bondad de [tener] **compasión de ellos**. Conforme a Su costumbre, comenzó enseñarles y a sanar a los enfermos (Mt 14.14; Mr 6.34; Lc 9.11). A medida que se acercaba la noche, la multitud continuó creciendo, hasta contarse por millares (Lc 9.14).

Cuando alzó Jesús los ojos, y vio que había venido a él gran multitud, dijo a Felipe: ¿De dónde compraremos pan para que coman éstos? Pero esto decía para probarle; porque él sabía lo que había de hacer (Jn 6.5–6).

Felipe interpretó que las palabras de Cristo constituían una prueba de su habilidad para hacer cálculos. Él respondió, diciendo: **Doscientos denarios de pan no bastarían para que cada uno de ellos tomase un poco** (Jn 6.7). Sin embargo, esta no era una prueba de matemática; sino una prueba de fe. Poco después, el resto de los apóstoles fue sometido a la misma prueba elemental de fe:

Quando anohecía, se acercaron a él sus discípulos, diciendo: El lugar es desierto, y la hora ya pasada; despide a la multitud, para que vayan por las aldeas y compren de comer. Jesús les dijo: No tienen necesidad de irse; dadles vosotros de comer (Mt 14.15–16).

Cuando los doce oyeron el mandato de Cristo en el sentido de darle «de comer» a la multitud, ellos lo interpretaron como una prueba de la capacidad de ellos para comprobar la existencia de recursos. Ellos mismos no tenían provisiones. Si hubieran traído de comer, sin duda lo habrían incluido en el informe dado a Jesús acerca de lo que había disponible. El hecho de que no trajeran nada es probablemente un indicio de la urgencia con que tuvieron que salir del territorio de Herodes. Es probable que hubieran planeado comprar pan en una aldea cercana (vea Jn 4.8).

Un sondeo de la multitud sólo dio como resultado la merienda

de un muchacho (Mt 14.17). Los discípulos habían visto al Señor hacer muchos milagros, entre los que se incluía calmar una tempestad y resucitar a los muertos. En esta ocasión, lo habían visto sanar a los enfermos. Además, Jesús les había dado recientemente la habilidad para hacer milagros (Mt 10.1). A pesar de esto, les estaba costando entender que si Cristo podía hacer un milagro, también podía hacer cualquier otro, incluyendo el de la alimentación de cinco mil hombres más las mujeres y los niños, con un puñado de panes y peces.

Tomando las míseras raciones con que contaban, Jesús mandó a la multitud recostarse sobre la hierba para comer (Mt 14.19) y teniendo como muestra visible tan sólo cinco panecillos y dos diminutos peces. Así, todos los demás presentes fueron también sometidos a prueba. Hay que reconocerles a los discípulos y a la multitud que por lo menos tuvieron suficiente fe para hacer lo que Cristo les mandó.

Cuando tomamos una prueba, por lo general ansiamos conocer los resultados de ella. En este caso, la fe de los presentes fue galardonada: la merienda de un muchacho se convirtió en una cena buffet en la que miles de personas hambrientas comieron todo lo que pudieron, pues esto es lo que leemos: **Y comieron todos, y se saciaron; y recogieron lo que sobró de los pedazos, doce cestas llenas. Y los que comieron fueron como cinco mil hombres, sin contar las mujeres y los niños** (Mt 14.20–21; vea también Mr 6.41–44; Lc 9.16; Jn 6.12).

A los comensales les encantó aquello (Juan 6.26 describe el entusiasmo de ellos), pero no se dieron cuenta de que la comida en sí era una prueba adicional: una prueba de cómo percibían a Jesús y la misión de Este. Emocionados, se dijeron unos a otros: **Este verdaderamente es el profeta que había de venir al mundo** (Jn 6.14). Este era Aquel a quien habían estado esperando. Apparentemente, la gente estaba recordando la aseveración de Moisés en el sentido de que Dios les levantaría profeta como él (Dt 18.15). El sermón que pronunció Jesús al día siguiente indica que la gente lo estaba comparando con Moisés (vea Jn 6.31–32, 49, 58). Casi al final del ministerio de Jesús, un entusiasmo parecido se apoderó de la gente cuando Cristo hizo Su entrada triunfal en Jerusalén (vea Mt 21.1–11, 14–17; Mr 11.1–11; Lc 19.29–44;

Jn 12.12–19). Poco después estaban haciendo planes para «apoderarse de él y hacerle rey» (Jn 6.15).

**APLICACIÓN:
CUANDO LA GENTE REALMENTE
NECESITA AYUDA
(MT 14.13–21; MR 6.33–44;
LC 9.11–17; JN 6.2–14)**

Uno de los milagros más significativos de Cristo es el que corrientemente se conoce como «la alimentación de los cinco mil». Este milagro y el de la resurrección son los únicos dos que tienen en común los cuatro evangelios. La repetición de este milagro toma mayor importancia cuando uno considera que, de los miles de milagros que Jesús hizo, Juan sólo escogió siete —y que era normal en Juan evitar deliberadamente la repetición de la información recogida en los evangelios sinópticos. ¿Por qué se tuvo en tan alta estima este evento milagroso en particular? Tal vez se deba a que fue uno de los pocos milagros «creativos» del Señor. (Un milagro «creativo» es aquel en que Cristo «creó» algo. Otro ejemplo de esta clase de milagro lo constituye la conversión del agua en vino.) Puede que se deba a que ningún otro milagro en particular fue presenciado por tan grande número de personas, en circunstancias que excluían la posibilidad de un engaño. Por la razón que fuera, la historia acerca de Cristo que alimenta a la multitud fue importante para los cristianos primitivos. El tema de los panes y los peces es corriente en el arte cristiano primitivo. El suceso sigue teniendo un significado especial para los cristianos hoy. Cuando se hacen encuestas sobre historias bíblicas favoritas, este relato ocupa invariablemente los primeros lugares de la lista.

Existen varios puntos de vista³ desde los cuales se puede enfocar la alimentación de los cinco mil; sin embargo, deseo usarla como ejemplo de cómo Jesús ayudó a la gente y de cómo nosotros podemos hacer lo mismo. Si algo enseña el Nuevo Testamento, ello es que, como seguidores de Cristo que somos, debemos ser sensibles a las necesidades de los demás y tratar de ayudarles.

Así que, según tengamos oportunidad, hagamos bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe (Gá 6.10).

La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo (Stg 1.27).

Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él? (1 Jn 3.17).

La historia de la alimentación de los cinco mil contiene importantes principios sobre cómo cumplir los anteriores mandamientos, incluyendo *cómo* ayudar y *cómo no* ayudar a los que tienen verdaderas necesidades.

Las personas sí tienen necesidades

La primera parte del relato destaca el hecho de que hay personas que, en efecto, tienen legítimas necesidades. Según la enseñanza de Pablo que se recoge en 2 Tesalonicenses 3, hay personas a las que *no* debemos ayudar porque al hacerlo les estaríamos alentando a ser perezosos. Cuando digo necesidades verdaderas o legítimas, me refiero a aquellas necesidades que las Escrituras nos autorizan llenar. Comencemos con un repaso y con algunos antecedentes.

Jesús y Sus apóstoles habían estado viajando por Galilea. Al final de este recorrido, se dieron cuenta de que Herodes había decapitado a Juan el Bautista, y estaba tomando un interés peligroso en la obra de ellos. Cristo propuso a los doce salir hacia la ribera oriental del mar de Galilea. El destino de ellos era una región desierta cerca de Betsaida-Julias, que estaba a unos once o doce kilómetros al otro lado del extremo norte del mar de Galilea. (Vea el mapa «Palestina durante la vida de Cristo» en el apéndice.) Es probable que viajar en barca por mar, fuera un evento sin mayores sobresaltos. Me imagino a Cristo —y tal vez algunos de los discípulos— tomándose una siesta durante el viaje (vea Mt. 8.24).

Las personas con necesidades en aquellos tiempos

Mientras tanto, la multitud que estaba en Capernaum, de algún modo se enteró de los planes de Jesús y «le siguió a pie desde las ciudades» (Mt 14.13). Marcos escribió que «muchos fueron allá a pie [...] y llegaron antes que ellos» (Mr 6.33). Los que conocen la región nos aseguran que este recorrido no habría presentado problemas especiales. Los que viajaban a pie tenían que pasar el Jordán, pero había un vado a corta distancia hacia el norte del punto en que el río desemboca en el mar de Galilea. Los más jóvenes y los que estaban en mejores condiciones físicas, corrían por la orilla, mientras que los mayores y los enfermos iban a un paso más lento. Entre los que se apresuraban todo lo que podían, estaban los que llevaban sus enfermos para que Jesús los sanara (Mt 14.13–14). Es probable que todos comenzaran juntos, pero pronto, una larga procesión hacía fila alrededor del extremo norte del mar.

Cuando la barca de Jesús llegó a la orilla, una multitud ya estaba allí, esperando ansiosamente Su llegada (Mr 6.33; Mt 14.14). ¿Se quejaron los discípulos cuando vieron a la multitud? Tal vez sí lo hicieron. Cuando Jesús sugirió dar de comer a la multitud, la respuesta de los discípulos fue que los despidiera (Mr 6.36). No hubiera sido nada raro, pues estaban cansados y hambrientos (Mr 6.31); necesitaban estar a solas con Cristo.

La multitud estaba siempre presente y era demandante, pero la respuesta de Jesús fue diferente a la de Sus apóstoles. Él «tuvo compasión de ellos, porque eran como ovejas que no tenían pastor» (Mr 6.34a; vea Mt 14.14). Lucas escribió que les dio la bienvenida (Lc 9.11a).²⁰ No fue que los soportó; ni que los toleró; sino que *les dio la bienvenida*. Esto me maravilla.

Juan dijo que «[le seguían] porque veían las señales que hacía en los enfermos» (Jn 6.2). Cristo comenzó en seguida a «[sanar] a los que necesitaban ser curados» (Lc 9.11c). Dado que jamás dejaba pasar una oportunidad para predicar, también «comenzó a enseñarles muchas cosas» (Mr 6.34b), «y les hablaba del reino de Dios» (Lc 9.11b).

²⁰N. del T.: En la RV se lee que «les recibió».

Era otro largo día en la vida de Jesús. Aunque a veces se retiraba a un monte de la región (Jn 6.3, 15), la mayor parte del tiempo, estaba ocupado en la enseñanza y la sanidad. Mientras tanto, la multitud siguió creciendo (Jn 6.5). Juan explicó que «estaba cerca la pascua, la fiesta de los judíos» (Jn 6.4). Se ha insinuado que esto se escribió para explicar cómo creció la multitud, cuando los peregrinos que iban para Jerusalén se detenían para ver a qué se debía el entusiasmo. El problema con esto es que estos habrían tenido una abundante provisión con ellos; sin embargo, cuando se hizo un sondeo de la multitud al final del día, no se encontraron provisiones. Tal vez este detalle se dio sencillamente para subrayar la estación del año, para explicar por qué había «mucho hierba» en aquel lugar (Jn 6.10).

Más adelante, se dijo que la multitud era de «como cinco mil hombres, sin contar las mujeres y los niños» (Mt 14.21). Aunque se han hecho diferentes cálculos que incluyen a las mujeres y los niños, bien pudieron haber habido entre diez y quince mil presentes. Hay quienes creen que pocas mujeres y niños habrían logrado recorrer tan larga distancia, mientras que otros dicen que estas son tonterías.

Durante todo el día, Jesús alimentó espiritualmente a las personas; pero al llegar la noche, la necesidad de alimentación física llegó a ser muy seria. Aquellos millares que atestaban la llanura —entre los cuales se incluían Cristo y los apóstoles— habían pasado sin comer todo el día. La forma tan repentina como salió de Capernaum el Señor y la respuesta impulsiva de la multitud, no les habrían dado tiempo de prepararse para el viaje.

La necesidad de alimento físico puede parecer banal en un día repleto de emocionantes milagros y de enseñanzas transformadoras de la vida; sin embargo, Dios nos ha hecho de tal manera, que nuestros cuerpos deben reponerse de vez en cuando. Es cierto que «no sólo de pan vivirá el hombre» (Mt 4.4); sin embargo, una hogaza o un bollo de pan es necesario de vez en cuando para mantenernos vivos.

Jesús no titubeó para llamar esa necesidad a la atención de Sus discípulos. Él señaló a la multitud y le preguntó a Felipe: ¿De dónde compraremos pan para que coman éstos? (Jn 6.5). Más adelante, Él le dijo a los apóstoles que les dieran algo de

comer (Mt 14.16). La multitud tiene necesidades, ambas físicas y espirituales.

Las personas con necesidades hoy

Hoy la gente sigue teniendo necesidades, verdaderas necesidades. Las necesidades más importantes son espirituales. Jesús recalcó esto cuando preguntó, diciendo: «Porque, ¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiera su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?» (Mt 16.26). No obstante, la gente también tiene otras necesidades, necesidades que no deben pasarse por alto.

Hay ciertas necesidades que hemos reconocido durante años, necesidades tales como las de alimento y vestido. Santiago 2.15 habla de los que «están desnudos, y tienen necesidad del mantenimiento de cada día». Representaciones de edificios de la iglesia primitiva indican que una o más habitaciones eran apartadas típicamente para almacenar comida y ropa para los necesitados. Los edificios de las iglesias de hoy tienen habitaciones parecidas a un lado, en los cuales se almacenan recursos para la benevolencia.

Otra necesidad que por lo general se reconoce, es la de las viudas y los huérfanos. Santiago escribió: «La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones...» (Stg 1.27). Muchas congregaciones tienen programas para cerciorarse de que sus viudas no sean desatendidas (vea Hch 6.1). Algunos cristianos han adoptado niños sin hogar. Otras maneras como se ha procurado cuidar de estos, las constituyen los hogares de niños y los hogares de ancianos. No siempre hemos estado de acuerdo en la mejor manera de cuidar de las viudas y de los huérfanos, pero sí hemos estado de acuerdo en que hay que hacerlo.

Podrían mencionarse otras necesidades que comúnmente se reconocen, tal como la necesidad de cuidar de los enfermos. A Jesús le preocupaban los enfermos. Él elogió a los seguidores benevolentes con estas palabras: «Estuve [...] enfermo, y me visitasteis» (Mt 25.36a). La mayoría de las congregaciones tratan de ayudar a los enfermos, lo cual incluye llevarles las comidas que necesiten. En algunos países, los cristianos han construido incluso

hospitales para contribuir al alivio del sufrimiento.

Es bueno servir a otros como lo hacemos hoy, pero deberíamos ser sensibles al hecho de que siempre se están presentando necesidades adicionales o por lo menos, nuevas expresiones de antiguas necesidades. Gálatas 6.10 habla de hacer «bien» en un sentido general; 1 Tesalonicenses 5.14 también indica que debemos ayudar a las personas con la necesidad que sea. Hay hogares que se desintegran a causa del divorcio. Hay niños que son descuidados o maltratados. El Alcoholismo y la drogadicción siguen creciendo. La promiscuidad sexual está muy extendida, y la epidemia del SIDA da pocas señales de ceder. Hay hombres y mujeres que luchan con serios problemas emocionales. Además, sin agotarse la lista, en nuestras ciudades está aumentando el número de personas que viven en la calle.

No hay soluciones fáciles a estos problemas. El desarrollo de programas elaborados para dirigirse a estos desafíos puede no ser posible o práctico para muchas congregaciones. Sin embargo, las necesidades si existen, todo tipo de necesidades, necesidades reales, necesidades legítimas que cada cristiano individual puede ayudar a satisfacer.

Debemos mantener nuestras prioridades en orden y no debemos de ser desviados de nuestra meta de llevar a las personas a un conocimiento de Jesucristo, que les salvará.

Al mismo tiempo, desatender las necesidades urgentes de los que nos rodean equivale a ser menos de lo que Dios quiso que fuéramos. Si bien el más grande mandamiento es «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón», el segundo es «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mt 22.37, 39). Juan escribió:

Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él? (1 Jn 3.17).

... el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto? Y nosotros tenemos este mandamiento de él: El que ama a Dios, ame también a su hermano (1 Jn 4.20–21).

Como algunos evitan ayudar

Como se hizo notar, Jesús estaba al tanto de las necesidades de la multitud, y Él les dijo a Sus apóstoles que les ayudaran. Las respuestas de los discípulos se parecen a las que a veces damos nosotros cuando se nos pide ayuda.

«*No tenemos los recursos*»

Aparentemente, Cristo le presentó a Felipe un desafío:

Quando alzó Jesús los ojos, y vio que había venido a él gran multitud, dijo a Felipe: ¿De dónde compraremos pan para que coman éstos? Pero esto decía para probarle; porque él sabía lo que había de hacer (Jn 6.5–6).

No sabemos a ciencia cierta por qué el Señor escogió a Felipe. Se ha insinuado que Felipe era de esa región y habría sido el que más probablemente sabría qué recursos había disponibles. Felipe era de Betsaida (Jn 1.44; 12.21), la cual era probablemente la Betsaida que era un suburbio de Capernaum, pero es posible que se tratara de la Betsaida del otro lado del mar (donde tuvo lugar la alimentación de los cinco mil; Lc 9.10). Por la razón que fuera, lo cierto es que fue a Felipe a quien se le preguntó; y la respuesta del apóstol fue típica de la manera como nosotros a menudo respondemos a los desafíos. Esto fue lo que en otras palabras dijo: «Revisemos si tenemos los recursos». Rápidamente, calculó el número de los presentes. No sabemos cómo fue que Felipe pensó exactamente; sin embargo, para arribar a la cantidad mencionada, él tuvo que llevar a cabo un proceso parecido al que se describe. Estimó la cantidad mínima de pan que se necesitaba para cada persona y multiplicó el resultado por el número de personas. Después calculó el precio que tenía el pan en ese momento y lo multiplicó por la cantidad de pan que se necesitaba. Luego dio a Jesús el resultado final, diciendo: «Doscientos denarios de pan no bastarían para que cada uno de ellos tomase un poco» (Jn 6.7; vea Mr 6.37). Un denario representaba la paga de un día de trabajo de un obrero corriente (Mt 20.2). Un obrero necesitaba trabajar más de medio año para ganarse doscientos denarios. Se podía dar por un hecho que en la bolsa de los discípulos

no había más que una fracción de esa cantidad.

¿No es cierto que a veces nos parece que la respuesta a todos los problemas es el dinero? ¿No es cierto que nuestra primera respuesta a una necesidad consiste a menudo en comprobar la cantidad de dinero que tenemos? Si es un desafío personal, puede que respondamos diciendo: «Sencillamente no tengo el dinero». Si lo es para la congregación, puede que digamos: «No asignamos nada para esto en el presupuesto». Una forma como a menudo fallamos, cuando nos vemos enfrentados a una tarea enorme, es ver solamente nuestros propios recursos, en lugar de confiar en Dios, cuyos recursos no tienen límite.

Se ha dicho, en relación con la obra del Señor, que los cristianos adolecemos a veces de «la parálisis del análisis». Hay quienes creen que su ministerio consiste en señalar por qué este plan o aquel otro *no* funcionará. Debo confesar que a veces soy culpable de hacer esto.

«Este no es nuestro problema»

Más adelante, todos los apóstoles se vieron enfrentados a las necesidades de las masas; y nuevamente nos podemos ver a nosotros mismos en la respuesta que ellos dieron: «Pero el día comenzaba a declinar; y acercándose los doce, le dijeron: Despide a la gente, para que vayan a las aldeas y campos de alrededor, y se alojen y encuentren alimentos; porque aquí estamos en lugar desierto» (Lc 9.12).

La «solución» que sugirieron fue algo menos que práctica. Imagínese la confusión que hubiera tenido lugar cuando diez mil a quince mil personas se esparcieran por las pequeñas ciudades y aldeas de la región. Sería un caos lo que se desataría si varios millares de personas hambrientas llegaran de repente a una pequeña ciudad, en búsqueda de alimento. ¿Por qué hicieron tal sugerencia los discípulos? Es probable que, al estar ellos mismos cansados y hambrientos, no deseaban considerar el problema.

Lamentablemente, esta es a veces la «solución» que ofrecemos nosotros cuando nos vemos enfrentados a personas con necesidades. Les decimos: «Retírense. Resuélvanlo ustedes mismos. No es asunto mío. No quiero molestias». No nos gusta que nos

molesten. No deseamos cargar con los problemas de los demás. Una vez más, me temo que debo declararme «culpable».

«Ellos no lo merecen»

Los apóstoles podían haber dado razones adicionales para no ayudar a la multitud. Por ejemplo, podían haber dicho: «No se merecen nuestra ayuda. En realidad no están interesados en los asuntos espirituales. Están aquí por la atención médica y la comida gratuitas». Los eventos subsiguientes habrían demostrado cuán correcto era el anterior análisis; Jesús indicó más adelante, que la multitud era superficial y que no le daban el primer lugar a lo más importante (Jn 6.26).

Quién más si no Cristo habría conocido los pensamientos y los motivos de la gente. (Jn 2.25.) Sin embargo no usó tal conocimiento como excusa para no ayudarles. No debemos fomentar la pereza ni la indolencia (2 Ts 3.10); pero si una necesidad es legítima, debemos tratar de ayudar; no por lo que es quien recibe la ayuda, sino por lo que somos los que la damos.

El Señor no aceptó las excusas que dieron los discípulos para no ayudar. Antes, les dijo: «Dadles vosotros de comer» (Mr 6.37). ¿Habrán echado chispas los ojos de Él cuando dijo las anteriores palabras? Él sigue sin aceptar excusas de los seguidores Suyos que no acierten a «[hacer] bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe» (Gá 6.10).

Cómo podemos ayudar

La anterior fue la parte negativa del relato. Analicemos ahora lo positivo: ¿Cómo *podemos* hacer frente al desafío de ayudar a la gente cuando tiene necesidades legítimas?

Llénese del espíritu de Jesús

Es probable que la sugerencia más importante sea que debemos llenarnos del espíritu de Jesús. Recuerde que Cristo tuvo *compasión* de la multitud, y que Él le dio la *bienvenida*. Puede que los apóstoles hayan visto molestias, pero Jesús vio necesidades.

La falta de sensibilidad a las necesidades de los demás es una falla generalizada. Debemos de aprender a ser sensibles a las necesidades de los que nos rodean. La persona que expresa

preocupación genuina y encuentra una manera de ayudar tiene un don muy especial.

Llenarse del espíritu de Jesús es la más importante sugerencia que se puede dar sobre cómo ayudar a los demás. Si cultivamos la actitud de Cristo para con los necesitados, esto vencerá nuestra renuencia a ayudar y eliminará cualquier obstáculo. No obstante, puede que también sean útiles algunas sugerencias concretas. Continuemos con el relato.

Usar los recursos que tengamos

Felipe y los demás discípulos se habían concentrado en lo que *no* tenían, pero Jesús les animó a darse cuenta de los recursos que *había* disponibles. Les dijo: «¿Cuántos panes tenéis? Id y vedlo» (Mr 6.38a). La «solución» de los discípulos había sido «id y comprad» (vea Mt 14.15; Mr 6.37), pero la de Jesús fue «Id y ved lo que *sí* tenéis».

Aparentemente, preguntaron a todos los presentes. Jesús y Sus apóstoles habían salido con tanta prisa que no tuvieron tiempo de abastecerse de provisiones y lo mismo sucedió a la multitud en general. Los apóstoles hicieron un amplio sondeo (¿cuánto tiempo tomaría verificar con diez mil a quince mil personas?). Sin embargo, el único alimento que pudieron encontrar fue la merienda de un muchacho. Andrés le dijo al Maestro: «Aquí está un muchacho, que tiene cinco panes de cebada y dos pececillos; mas ¿qué es esto para tantos?» (Jn 6.9).

Al leer «panes», no se imagine los grandes panes de molde que se pondrían sobre la mesa para alimentar a una familia. Se trataba de pequeñas tortas aplastadas, que no eran más grandes que una galleta salada. Los panes se hacían de cebada, el grano que podía comer el pobre. Los pececillos no habrían sido otra cosa que los diminutos peces en conserva por los cuales era conocida la región. Imagínese que eran una especie de sardinas. «Cinco panes de cebada y dos pececillos»: Había que repartir una pequeña torta entre mil hombres. Y un pez en miniatura entre dos mil quinientos hombres. Era una merienda que un muchacho hambriento podía consumir y todavía quedaba con hambre. Lo que dijo Andrés se queda bastante corto: «¿qué es esto para tantos?».

Piense en el muchacho que estuvo dispuesto a despojarse de su alimento. Conociendo cuánto les gusta comer a los muchachos, alguien bromeó una vez, diciendo: «¡Este fue un milagro mucho más grande que el de la multiplicación de los panes!». Pero viéndolo con seriedad, es extraordinaria la contribución que este muchacho hizo. La única conclusión que puedo sacar es que, a pesar de ser joven, estaba impresionado por el Señor y tenía fe en Este. No es esto maravilloso.

Jesús deseaba que Sus seguidores entendieran que, aunque no tuvieran mucho, sí tenían algo. La mayoría de nosotros somos mejores catalogando lo que *no* tenemos y lo que *no* podemos hacer, que enumerando lo que *sí* tenemos y *sí* podemos hacer. Puede que a usted le dé pena que sean muy pocos los recursos y talentos que tiene, pero dedíqueselos al Señor de todos modos. Puede que Él lo sorprenda con los resultados.

*Confiar en los recursos del Señor,
no en los nuestros*

Cuando usted usa sus recursos en el servicio del Señor, ¡entienda que usted se convierte en colaborador de Aquel a quien pertenecen el cielo y la tierra! (Gn 14.22.) Además, entienda que cuando usted le dedica lo poco que tiene a Su obra, Él puede realizar cosas maravillosas con ese poco. A menudo se ha dicho que un poquito en las manos del Señor siempre es mucho. No hay mejor ilustración de esto que el suceso que estamos estudiando.

Jesús les dijo a los apóstoles: «Haced recostar la gente» (Jn 6.10). Juan añadió esto: «Y había mucha hierba en aquel lugar». Este es un detalle que explica por qué la gente estaría dispuesta a recostarse sobre el suelo. (Vea también Mt 14.19; Mr 6.39.) «Y les mandó [recostarse] a todos por grupos», y «se recostaron por grupos, de ciento en ciento, y de cincuenta en cincuenta» (Mr 6.39–40). Es probable que haya varias razones por las que Jesús hizo que se recostaran de ese modo. Tal organización habría facilitado la labor de alimentarlos. ¿Se imagina usted cómo habría sido que diez mil personas hambrientas, con sus manos extendidas, se arremolinaran alrededor de Jesús, procurando a empujones un lugar? Además, recostarse por grupos habría asegurado que ninguno se quedara sin alimento. También es posible

que esto ayudara a contar la multitud, y ayudara a autenticar el milagro.

*Hacer lo que el Señor diga,
sea que lo entendamos o no*

¿Se sentían un poco tontos los discípulos cuando acomodaban la multitud? ¿Les habría causado un desconcierto a los presentes que se les pidió que se recostaran para comer, cuando sólo había cinco panes y dos pececillos disponibles? Hay que reconocerle a la multitud, que hizo como el Señor mandó. Se ha dicho que el primer paso para el éxito de cualquier empresa no consiste en medir nuestros recursos, sino en determinar la voluntad de Dios y después hacerla.

Cuando todos estuvieron preparados, Cristo «[tomó] los cinco panes y los dos peces, y levantando los ojos al cielo», la fuente de todas las bendiciones (Stg 1.17), «bendijo» (Mt 14.19a) dando gracias por el alimento (vea Jn 6.11, 23). El ejemplo que dio Jesús en esta oportunidad nos enseña que debemos dar gracias por nuestros alimentos, aun cuando la comida sea escasa. Los judíos tenían un dicho: «El que disfruta de algo sin dar gracias, es como si robara a Dios». ²¹ La oración que decían los judíos antes de comer era sencilla. Esto es lo que decían: «Bendito eres, Jehová nuestro Dios, Rey del universo, que haces que la tierra produzca pan». ²² Tal vez Jesús usó palabras parecidas a estas.

Luego vino lo increíble: Cristo «partió los panes, y dio a sus discípulos para que los pusiesen delante [de la gente; Lc 9.16] y repartió los dos peces entre todos» (Mr 6.41). Algo me hace pedir a gritos, diciendo: «¡Un momento! ¡Explíquenmelo más! ¡Díganme exactamente qué fue lo que sucedió! ¡Necesito los detalles!». Una vez más (en caso de que la necesitáramos), tenemos prueba de que la Biblia no fue escrita para satisfacer nuestra curiosidad.

²¹William Barclay, *The Gospel of Luke (El evangelio de Lucas)*, rev. ed., The Daily Study Bible Series (Philadelphia: Westminster Press, 1975), 118.

²²William Barclay, *The Gospel of Matthew (El evangelio de Mateo)*, ed. rev., vol. 2, The Daily Study Bible Series (Philadelphia: Westminster Press, 1975), 100.

En relación con lo que sucedió, estoy seguro de que el milagro ocurrió exclusivamente en las manos de Jesús. Hay quienes creen que Jesús dio a cada apóstol una cesta llena y que el alimento continuó multiplicándose dentro de la cesta de cada uno, mientras lo distribuían. Sin embargo, el texto recalca que Él se *mantuvo* dando [los panes] a sus discípulos para que los pusiesen delante [de la gente] (Mr 6.41; la NASB refleja correctamente el tiempo del verbo que se usa en el texto griego). En otras palabras, los discípulos tuvieron que estar volviendo a llenar sus cestas. Alguien ha dicho que Jesús era el chef y los discípulos eran los meseros. Alguien describió a Cristo como el fabricante y a los apóstoles como los distribuidores.

Puede que se pregunte usted de dónde podrían haber salido las cestas que usaron los apóstoles. Sabemos por la historia secular que los judíos llevaban pequeñas cestas, del mismo modo que la gente de mi país llevan billeteras o carteras. En la mayoría de los lugares del mundo se acostumbra llevar un pequeño recipiente en el cual se ponen los artículos que puedan necesitarse en el transcurso de un día. O eran cestas que pertenecían a los discípulos o eran cestas que habían tomado prestadas de la gente de la multitud.

El milagro fue parecido al de la tinaja de harina y la vasija de aceite, inagotables ambas, de los días de Elías (1 R 17.14–16), y Jesús se mantuvo introduciendo la mano en la bolsa o cesta en que el muchacho había guardado su merienda, sin dejar de sacar cada vez más panes y peces. Me imagino la sonrisa que se ensanchaba en el rostro de Jesús, al ver cómo se abrían cada vez más los ojos de los presentes. No es importante conocer los detalles exactos. Baste con saber que un *milagro* se verificó, un milagro en todo el sentido de la palabra.

Según Mateo, Marcos y Lucas, todos comieron hasta que «se saciaron» (Mt 14.20a; Mr 6.42; Lc 9.17a). Juan hizo hincapié en que tuvieron «cuanto querían» y que «se hubieron saciado» (Jn 6.11–12). El hecho de que la multitud vino a buscar más de lo mismo al día siguiente (Jn 6.26–27, 34), es señal de que Jesús pudo incluso haber mejorado la calidad de la comida, de modo que aquel tosco pan seco de cebada y los pececillos salados pudieron haber tenido sabor como el de un banquete de la realeza.

Cuando todos estuvieron llenos, dijo Cristo a Sus discípulos: «Recoged los pedazos que sobraron, para que no se pierda nada» (Jn 6.12), y «recogieron de los pedazos doce cestas llenas, y de lo que sobró de los peces» (Mr 6.43).

¿Qué sucedió con la comida que sobró? En vista de que este es un detalle que carece de importancia, los relatos no dicen nada. Si las doce cestas pertenecían a los apóstoles, tal vez esta fue su ración para la semana siguiente. Si habían pedido prestadas las cestas, tal vez aquellos que las prestaron recibieron los sobrantes. No hay duda de que el muchacho recibió una generosa porción de lo que sobró. Warren Wiersbe escribió: «Me pregunto, ¿cuántos pedazos se llevó el muchacho a casa? ¡Imagínese el asombro de su madre cuando el muchacho le contó lo sucedido!»²³ Esta parte del relato se ha usado para demostrar que el Señor desapruueba el desperdicio de recursos, y ese es un uso legítimo. El propósito primordial del detalle, sin embargo, es subrayar la extravagante naturaleza del milagro. No solamente se alimentaron de diez mil a quince mil personas teniendo como principio una mísera ración, sino que al final hubo muchísimo más alimento que al comienzo.

Lamentablemente, hay quienes niegan que haya sido un milagro material propiamente dicho lo que ocurrió. Hay quienes han popularizado la idea de que muchos presentes tenían un escondite de alimento entre sus vestidos, el cual al final compartieron con los demás, después que el muchacho se desprendió desinteresadamente de sus panes y peces. Aun a primera vista, esta «explicación» carece de sentido. Si todo lo que Jesús hizo fue que la gente compartiera su comida por medio de avergonzarlos, sería imposible explicar el entusiasta deseo de la gente de hacerlo Rey (Jn 6.15). Si no se produjo alimento que no existía, no habría habido razón para que lo buscaran al día siguiente para que les diera más pan. Otras explicaciones racionales se han dado, pero todas niegan la clara enseñanza de Juan en el sentido de que Jesús había hecho una «señal», esto es, un milagro (Jn 6.14; énfasis nuestro). El relato bíblico es claro: Jesús tomó la merienda de

²³ Warren W. Wiersbe, *The Bible Exposition Commentary* (Comentario expositivo de la Biblia), vol. 1 (Wheaton, Ill.: Victor Books, 1989), 51.

un muchacho y la multiplicó para alimentar millares.

Desechar las excusas para no ayudar a los demás

Una vez más, hacemos hincapié en que un poco en las manos del Señor es mucho. Dejemos de quejarnos de lo que no tenemos y de lo que no podemos hacer. Antes, usemos lo que tenemos y hagamos lo que podemos para ayudar a los demás, y entonces preparémonos para maravillarnos de cómo Él puede multiplicar nuestros recursos y los resultados.

Conclusión

Jesús quería que Sus apóstoles aprendieran de esta experiencia: que Él podía ayudarles a hacer frente a *todo* desafío de la vida (vea Mr 6.52). A ellos les costó entender esta verdad, pero espero que nosotros seamos más receptivos. Espero que aprendamos que cuando dejamos de poner excusas y empezamos a hacer lo que podemos, Dios bendecirá nuestros esfuerzos y bendecirá también las vidas de los demás.

Jesús anda sobre el agua

(Mt 14.22–36; Mr 6.45–56; Jn 6.15–21a)

Mateo 14.22–36

²²En seguida Jesús hizo a sus discípulos entrar en la barca e ir delante de él a la otra ribera, entre tanto que él despedía a la multitud. ²³Despedida la multitud, subió al monte a orar aparte; y cuando llegó la noche, estaba allí solo. ²⁴Y ya la barca estaba en medio del mar, azotada por las olas; porque el viento era contrario. ²⁵Mas a la cuarta vigilia de la noche, Jesús vino a ellos andando sobre el mar. ²⁶Y los discípulos, viéndole andar sobre el mar, se turbaron, diciendo: ¡Un fantasma! Y dieron voces de miedo. ²⁷Pero en seguida Jesús les habló, diciendo: ¡Tened ánimo; yo soy, no temáis!

²⁸Entonces le respondió Pedro, y dijo: Señor, si eres tú, manda que yo vaya a ti sobre las aguas. ²⁹Y él dijo: Ven. Y descendiendo Pedro de la barca, andaba sobre las aguas para ir a Jesús. ³⁰Pero al ver el fuerte viento, tuvo miedo; y comenzando a hundirse, dio voces, diciendo: ¡Señor, sálvame! ³¹Al momento

Jesús, extendiendo la mano, asió de él, y le dijo: ¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste? ³²Y cuando ellos subieron en la barca, se calmó el viento. ³³Entonces los que estaban en la barca vinieron y le adoraron, diciendo: Verdaderamente eres Hijo de Dios.

³⁴Y terminada la travesía, vinieron a tierra de Genesaret. ³⁵Cuando le conocieron los hombres de aquel lugar, enviaron noticia por toda aquella tierra alrededor, y trajeron a él todos los enfermos; ³⁶y le rogaban que les dejase tocar solamente el borde de su manto; y todos los que lo tocaron, quedaron sanos.

Marcos 6.45–56

⁴⁵En seguida hizo a sus discípulos entrar en la barca e ir delante de él a Betsaida, en la otra ribera, entre tanto que él despedía a la multitud. ⁴⁶Y después que los hubo despedido, se fue al monte a orar; ⁴⁷y al venir la noche, la barca estaba en medio del mar, y él solo en tierra. ⁴⁸Y viéndoles remar con gran fatiga, porque el viento les era contrario, cerca de la cuarta vigilia de la noche vino a ellos andando sobre el mar, y quería adelantárseles. ⁴⁹Viéndole ellos andar sobre el mar, pensaron que era un fantasma, y gritaron; ⁵⁰porque todos le veían, y se turbaron. Pero en seguida habló con ellos, y les dijo: ¡Tened ánimo; yo soy, no temáis! ⁵¹Y subió a ellos en la barca, y se calmó el viento; y ellos se asombraron en gran manera, y se maravillaban. ⁵²Porque aún no habían entendido lo de los panes, por cuanto estaban endurecidos sus corazones.

⁵³Terminada la travesía, vinieron a tierra de Genesaret, y arribaron a la orilla. ⁵⁴Y saliendo ellos de la barca, en seguida la gente le conoció. ⁵⁵Y recorriendo toda la tierra de alrededor, comenzaron a traer de todas partes enfermos en lechos, a donde oían que estaba. ⁵⁶Y dondequiera que entraba, en aldeas, ciudades o campos, ponían en las calles a los que estaban enfermos, y le rogaban que les dejase tocar siquiera el borde de su manto; y todos los que le tocaban quedaban sanos.

Juan 6.15–21a

¹⁵Pero entendiendo Jesús que iban a venir para apoderarse de él y hacerle rey, volvió a retirarse al monte él solo.

¹⁶Al anochecer, descendieron sus discípulos al mar, ¹⁷y entrando en una barca, iban cruzando el mar hacia Capernaum. Estaba ya oscuro, y Jesús no había venido a ellos. ¹⁸Y se levantaba el mar con un gran viento que soplabá. ¹⁹Cuando habían remado como veinticinco o treinta estadios, vieron a Jesús que andaba sobre el mar y se acercaba a la barca; y tuvieron miedo. ²⁰Mas él les dijo: Yo soy; no temáis. ^{21a}Ellos entonces con gusto le recibieron en la barca.

La multitud de más de cinco mil personas estaba tan emocionada al haber sido alimentada que decidieron **apoderarse de [Jesús] y hacerle rey** (Jn 6.15). La idea de que ellos pensaban que podían «hacer» a Cristo rey indica la superficialidad de su pensamiento. Jesús había *nacido* Rey (Mt 2.2). En cierto sentido, Jesús no fue coronado Rey sino hasta que volvió al Padre. Sin embargo, en vista de que Jesús reconoció ser «Rey de los judíos» (Mt 27.11), nosotros deberíamos considerar correcta la aseveración de los magos. Sin embargo, la gente no entendía qué clase de Rey era Él. Tenían en mente el concepto popular judío de un rey terrenal, un rey que pudiera llevarlos a la victoria contra sus enemigos. El último milagro de Jesús había encendido la imaginación de ellos: Él podía servir no sólo como general del ejército, sino también como intendente, pues estaba en capacidad de suministrar a las tropas sus raciones diarias. Ellos fallaron en entender que recibirlo como rey terrenal equivalía a rechazarlo como Rey espiritual.

Conociendo sus intenciones, Cristo frustró sus planes en primer lugar al enviar a Sus discípulos a otro lugar. Les dijo que fueran a Betsaida, que estaba cerca de Capernaum (Mr 6.45, Jn 6.17). No se nos dice porque Jesús mandó a Sus discípulos que se fueran. Puede ser que deseaba que cumplieran Su mandato para hacer que la multitud también se fuera. Tal vez no deseaba que se dejaran llevar por el celo de la multitud. Después de todo, ellos también tenían problemas por tener concepciones materialistas equivocadas concernientes al reino. Luego Cristo frustró los planes de la multitud al despacharlos a ellos. Muchos se quedaron en los alrededores (Jn 6.22), pero por lo menos Jesús apaciguó sus ánimos al dispersarlos. Finalmente, entristecido, Él

subió a un monte cercano (Jn 6.3) para estar solo y orar (Mt 14.3 22, 23; Mr 6.45, 46; Jn 6.15-17a). (Jesús probablemente se sentó en las faldas del monte para enseñar a la multitud, y luego bajó a la llanura para alimentar a la gente.) Él tenía muchas razones para estar triste. Además del concepto equivocado general que habían enunciado en aquella ocasión Sus apóstoles y la multitud, Él aun no había tenido la oportunidad de hacer duelo por el fallecimiento de su primo Juan el Bautista

Cuando Jesús les dijo a Sus apóstoles que entraran en la barca y fueran a Capernaum, aparentemente esperaron que Él se les uniera después que terminara de despedir a la multitud (vea Jn 6.17). Tal vez se demoraron cerca de la orilla; tal vez remararon hasta cierta distancia y esperaron. Al ver que el Señor no llegaba, emprendieron la travesía del mar.

Cuando ya iban por la mitad del trayecto, los golpeó una de las repentinas tempestades, a las cuales está sujeta aquella masa de agua. En la Reina Valera se lee **como veinticinco o treinta estadios** (Jn 6.19). «Estadios» proviene de la palabra griega *stadia* que es el plural de *stadion* (στάδιον), una medida romana que equivalía a unos 180 metros. A este punto, se levantaba el mar con un gran viento que soplabla» (Jn 6.18). Mateo añadió que «la barca estaba en medio del mar [y era] azotada por las olas» (Mt 14.24). El viento soplabla del oeste y esa era la dirección en que estaban tratando de ir (Mt 14.24; Mt 6.48), de modo que arriaron velas y comenzaron a remar (Mr 6.48). Remararon durante horas, no logrando avanzar sobre las aguas que sacudían la barca.

Habían salido a cierta hora al «anochecer» cuando estaba «ya oscuro» (vea Jn 6.16–17), pero Jesús no llegó a ellos sino hasta **la cuarta vigilia de la noche** (Mt 14.25; Mr 6.48), que era entre las 3:00 a. m. y las 6:00 a. m. Sólo imaginamos el cansancio y la desesperación que se apoderaron de ellos. Una vez más estaba siendo probada la fe de ellos. Jesús los había rescatado anteriormente por medio de calmar una tempestad, pero en esta oportunidad Él no estaba con ellos. Esta vez, se encontraba lejos.

Aunque a Cristo le separaban varios kilómetros de ellos, Él estaba al tanto del aprieto en que se encontraban. Marcos escribió:

Y al venir la noche, la barca estaba en medio del mar, y él solo en tierra. Y viéndoles remar con gran fatiga, porque el viento les era contrario, cerca de la cuarta vigilia de la noche vino a ellos andando sobre el mar, y quería adelantárseles. . . (Mr 6.47–48; énfasis nuestro).

Andar sobre el agua es uno de los milagros más conocidos de Jesús. Cuando se lo imagine haciendo esto, no se forme la idea de un Jesús flotando en posición vertical sobre una superficie llana y calma, como por lo general se le describe. Antes, imagínese lo subiendo y bajando —primero sobre la cresta de las olas y luego sobre el valle que había entre estas— al avanzar sobre el mar sacudido por la tempestad.

Cuando Cristo se acercaba a la barca, los discípulos vislumbraron Su silueta, tal vez en el destello de un relámpago. Su inesperada aparición les asustó más que la tempestad. El relato de Marcos dice que **quería adelantárseles** (Mr 6.48). Hay quienes han sugerido que **quería adelantárseles** para no asustarlos y puede que así haya sido. Los demás evangelios, sin embargo, indican que Jesús «vino a ellos» (Mt 14.25; Jn 6.19). La palabra griega que se traduce por «adelantar» en Marcos 6 podría traducirse por «pasar al lado de», y es posible que este sea el significado aquí.

Y los discípulos, viéndole andar sobre el mar, se turbaron, diciendo: ¡Un fantasma! Y dieron voces de miedo (Mt 14.26; Mr 6.49–50a). No se nos dice por qué creyeron que era un fantasma; pero recuerde que la superstición reinaba en las mentes de los hombres en aquellos tiempos. Jesús calmó los temores de ellos, alzando la voz para decirles: **¡Tened ánimo; yo soy, no temáis!** (Mt 14.27; vea Mr 6.50b; Jn 6.20).

Luego, tenemos en Mateo 14 la extraordinaria historia de Pedro que anda sobre las aguas. Este dio voces a Cristo, diciendo: **Señor, si eres tú, manda que yo vaya a ti sobre las aguas** (Mt 14.28). **Y él dijo: Ven. Y descendiendo Pedro de la barca, andaba sobre las aguas para ir a Jesús** (Mt 14.29). A menudo he oído el comentario en el sentido de que mientras el apóstol mantuvo sus ojos en Jesús, él se estuvo a flote, pero que cuando volvió su mirada al mar sacudido por el viento, **tuvo miedo** y comenzó a

hundirse (Mt 14.30a). Él clamó, diciendo: **¡Señor, sálvame!** (Mt 14.30b). **Al momento Jesús, extendiendo la mano, asió de él, y le dijo: ¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?** (Mt 14.31). Al igual que algunos de nosotros, Pedro tuvo suficiente fe para comenzar a andar, pero esta no fue suficiente para terminar el trayecto.

Los discípulos ayudaron a Jesús y a Pedro a entrar en la barca (vea Jn 6.21a; Mt 14.32a). En seguida, **se calmó el viento; y ellos se asombraron en gran manera** (Mr 6.51). Luego, **los que estaban en la barca vinieron y le adoraron, diciendo: Verdaderamente eres Hijo de Dios** (Mt 14.33).

Parece una historia con un final feliz, pero la versión de Marcos indica que, en realidad, los apóstoles habían fallado una prueba crucial. Marcos consignó que **ellos se asombraron en gran manera, y se maravillaban. Porque aún no habían entendido lo de los panes** (Mr 6.51b, 52a). Además de manifestar que Él se preocupaba, todo milagro que Cristo hacía también tenía implicaciones teológicas. ¿Qué es lo que debían haber «entendido» los discípulos en relación con «lo de los panes»? Debían haber aprendido que si Él tenía el poder para alimentarlos sobre la llanura, también lo tenía para protegerlos sobre el mar.

Según Marcos, el problema de ellos eran que **estaban endurecidos sus corazones** (Mr 6.52b). Hasta cierto punto entendían y apreciaban a Jesús, tenían cierta medida de fe, pero les resultaba difícil entregarle totalmente su vida y su corazón. Los doce no fueron los primeros en tener este problema en particular y tampoco fueron los últimos.

EL DISCURSO DE JESÚS SOBRE EL PAN DE VIDA (Y LA CONFESIÓN DE PEDRO) (JN 6.21b–71)

^{21b}La [barca] llegó en seguida a la tierra adonde iban.

²²El día siguiente, la gente que estaba al otro lado del mar vio que no había habido allí más que una sola barca, y que Jesús no había entrado en ella con sus discípulos, sino que éstos se habían ido solos. ²³Pero otras barcas habían arribado de Tibe-

rias junto al lugar donde habían comido el pan después de haber dado gracias el Señor. ²⁴Cuando vio, pues, la gente que Jesús no estaba allí, ni sus discípulos, entraron en las barcas y fueron a Capernaum, buscando a Jesús.

²⁵Y hallándole al otro lado del mar, le dijeron: Rabí, ¿cuándo llegaste acá? ²⁶Respondió Jesús y les dijo: De cierto, de cierto os digo que me buscáis, no porque habéis visto las señales, sino porque comisteis el pan y os saciasteis. ²⁷Trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que a vida eterna permanece, la cual el Hijo del Hombre os dará; porque a éste señaló Dios el Padre. ²⁸Entonces le dijeron: ¿Qué debemos hacer para poner en práctica las obras de Dios? ²⁹Respondió Jesús y les dijo: Esta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado. ³⁰Le dijeron entonces: ¿Qué señal, pues, haces tú, para que veamos, y te creamos? ¿Qué obra haces? ³¹Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: Pan del cielo les dio a comer. ³²Y Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: No os dio Moisés el pan del cielo, mas mi Padre os da el verdadero pan del cielo. ³³Porque el pan de Dios es aquel que descendió del cielo y da vida al mundo. ³⁴Le dijeron: Señor, danos siempre este pan.

³⁵Jesús les dijo: Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás. ³⁶Mas os he dicho, que aunque me habéis visto, no creéis. ³⁷Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera. ³⁸Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió. ³⁹Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero. ⁴⁰Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquél que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero.

⁴¹Murmuraban entonces de él los judíos, porque había dicho: Yo soy el pan que descendió del cielo. ⁴²Y decían: ¿No es éste Jesús, el hijo de José, cuyo padre y madre nosotros conocemos? ¿Cómo, pues, dice éste: Del cielo he descendido? ⁴³Jesús respondió y les dijo: No murmuréis entre vosotros. ⁴⁴Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere; y yo

le resucitaré en el día postrero. ⁴⁵Escrito está en los profetas: Y serán todos enseñados por Dios. Así que, todo aquel que oyó al Padre, y aprendió de él, viene a mí. ⁴⁶No que alguno haya visto al Padre, sino aquel que vino de Dios; éste ha visto al Padre. ⁴⁷De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, tiene vida eterna. ⁴⁸Yo soy el pan de vida. ⁴⁹Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron. ⁵⁰Este es el pan que descendiendo del cielo, para que el que de él come, no muera. ⁵¹Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo.

⁵²Entonces los judíos contendían entre sí, diciendo: ¿Cómo puede éste darnos a comer su carne? ⁵³Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. ⁵⁴El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero. ⁵⁵orque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. ⁵⁶El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él. ⁵⁷Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí. ⁵⁸Este es el pan que descendió del cielo; no como vuestros padres comieron el maná, y murieron; el que come de este pan, vivirá eternamente. ⁵⁹Estas cosas dijo en la sinagoga, enseñando en Capernaum.

⁶⁰Al oírlas, muchos de sus discípulos dijeron: Dura es esta palabra; ¿quién la puede oír? ⁶¹Sabiendo Jesús en sí mismo que sus discípulos murmuraban de esto, les dijo: ¿Esto os ofende? ⁶²¿Pues qué, si viereis al Hijo del Hombre subir adonde estaba primero? ⁶³El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida. ⁶⁴Pero hay algunos de vosotros que no creen. Porque Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían, y quién le había de entregar. ⁶⁵Y dijo: Por eso os he dicho que ninguno puede venir a mí, si no le fuere dado del Padre.

⁶⁶Desde entonces muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él. ⁶⁷Dijo entonces Jesús a los doce: ¿Queréis acaso iros también vosotros? ⁶⁸Le respondió Simón Pedro: Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. ⁶⁹Y

nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente. ⁷⁰Jesús les respondió: **¿No os he escogido yo a vosotros los doce, y uno de vosotros es diablo?** ⁷¹Hablaba de Judas Iscariote, hijo de Simón; porque éste era el que le iba a entregar, y era uno de los doce.

Juan registró un milagro más que fue realizado esa noche tempestuosa. Él escribió que tan pronto como Jesús y Pedro entraron en la barca, esta **llegó en seguida a la tierra adonde iban** (Jn 6.21b). Desembarcaron en la llanura de Genesaret, una región fértil que estaba al sur de Capernaum (Mt 14.34; Mr 6.53). Jesús se dirigió al norte hacia Capernaum, y sanaba a la gente que encontraba a Su paso (Mt 14.35–36; Mr 6.54–56).

Mientras tanto, la multitud que estaba sobre la ribera oriental del mar descubrió que Jesús ya no se encontraba allí (Jn 6.22, 24). Llegaron barcos de la ribera occidental. Las barcas provenían de Tiberias en la ribera occidental. Los barqueros debieron de haber visto la multitud y el atracaron en el sitio con la esperanza de hacer dinero llevando a las personas a donde quisieran ir. Los de la multitud hicieron arreglos para ser llevados a la otra orilla, a Capernaum, donde esperaban que estuviera Jesús (Jn 6.23, 24). Anteriormente, ellos habían viajado a pie desde Capernaum, pero ser transportados en barca de regreso a Capernaum hubiera sido una forma más fácil de viajar. Anteriormente, los que formaban parte de la multitud habían viajado a pie desde Capernaum, pero ser llevados de regreso en barca a Capernaum habría sido una manera más fácil de viajar.

Los que buscaban a Cristo lo encontraron enseñando en la sinagoga (Jn 6.59). Desconcertados por no entender cómo pudo haberse ido sin que ellos se percataran (Jn 6.22), preguntaron, diciendo: **Rabí, ¿cuándo llegaste acá?** (Jn 6.25b). Esta fue la primera de muchas preguntas que hicieron al Señor en ese día. Los que preguntaban, creían que ellos lo estaban probando a Él; cuando en realidad eran ellos los que estaban siendo probados por Él. Era el momento de exponer la fe que tenían o, en su defecto, la fe que no tenían. En realidad, lo que resultó fue una serie de pruebas, comenzando con la prueba de la multitud hasta terminar con la de los apóstoles. Jesús deseaba que todos

los presentes se preguntaran a sí mismos: «¿*Qué* es lo que me atrae a este Hombre? ¿*Por qué* lo sigo? ¿*Quién* creo que es Él en realidad?».

1) *La multitud es probada*. En lugar de responder la pregunta acerca de Su llegada a Capernaum, Jesús comenzó Su discurso sobre el tema del Pan de Vida. Acusó a la multitud de seguirlo por motivos equivocados:

. . . De cierto, de cierto os digo que me buscáis, no porque habéis visto las señales [esto es, los milagros que prueban que Yo soy el Mesías] sino porque comisteis el pan y os saciasteis. Trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que a vida eterna permanece (Jn 6.26–27a).

Cristo estaba tratando de hacer que Sus oyentes examinaran sus motivos y prioridades, pero lo que oyeron fue que si *trabajaban*, podían tener pan *no perecedero*. Preguntaron, diciendo: **¿Qué debemos hacer para poner en práctica las obras de Dios?** (Jn 6.28). Esto le dio a Jesús la oportunidad de introducir el tema de Su presentación: **Esta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado** (Jn 6.29; énfasis nuestro).

A la gente no le gustó el rumbo que la conversación estaba tomando. Siguiendo el ejemplo de los fariseos (vea Mt 12.38), pidieron una señal: **¿Qué señal, pues, haces tú, para que veamos, y te creamos?** (Jn 6.30). El día anterior, Cristo les había dado señales de sanidad y de alimentación milagrosa, pero no habían sido suficientes para ellos. Para los que tienen el corazón endurecido, ninguna señal será suficiente.

Lo que realmente deseaban era otra comida gratuita. Después de todo, habían reconocido que Jesús era el Profeta como Moisés, y este les había dado pan a sus padres en el desierto, no solamente un día, sino todos los días. (Jn 6.31; vea Ex 16.) Jesús respondió que había sido Dios y no Moisés, quien les había dado pan (Jn 6.32a). También les dijo que Dios podía darles ahora «el verdadero pan del cielo» que «da vida al mundo» (Jn 6.32b, 33b).

Pan que «da vida», jeso era exactamente lo que deseaban! Dijeron entonces: **Señor, danos siempre este pan** (Jn 6.34). Com-

pare esto con la petición de la mujer samaritana, que se recoge en Juan 4.15. Hay muchos paralelos entre la conversación de Jesús con la mujer en Juan 4 y Su sermón de Juan 6. Cristo usa la figura del agua en Juan 4 porque era en el agua lo que la mujer estaba pensando, y usó la figura del pan en Juan 6 porque lo que le preocupaba a la gente era el pan. El punto principal es el mismo. No obstante, la conversación de Juan 4 dio como resultado la aceptación del mensaje, mientras que el discurso de Juan 6 terminó en rechazo.

Una vez más, la respuesta de Jesús tomó un inesperado —y no bien recibido— giro. De Sus labios salió esta imprevista afirmación: **Yo soy el pan de vida** (Jn 6.35a; énfasis nuestro). Esta es la primera de siete expresiones «Yo soy» pronunciadas por Cristo, que se encuentran en el libro de Juan (vea también los versículos 48 y 51). Las demás expresiones se encuentran en 8.12, 58; 10.11; 11.25; 14.6 y 15.1. Cada una de ellas tiene su propio significado; sin embargo, cada una es también una afirmación de Su deidad; porque Dios es el único que podría decir con toda veracidad, y en cualquier tiempo y era, «Yo soy» (en otras palabras, «Yo soy el Único que tiene existencia eterna»; vea Ex 3.13–15).

Jesús continuó con su asombrosa aseveración, diciendo: «... **el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás**» (Jn 6.35b). Una vez más se expresa esa persistente palabra «creer». (Vea también Jn 6.40, 47). Con tristeza, añadió esto: **Mas [...] aunque me habéis visto, no creéis** (Jn 6.36). J. W. McGarvey escribió:

La personalidad de Jesús era la gran prueba de Su divinidad, pero los judíos [...] rehusaron considerarla y continuaron pidiendo a voces una señal [...] Si alguien rehúsa creer en el sol cuando ve la luz de este y además siente su calor y es testigo de su poder dador de vida, ¿con qué señal podrá uno demostrarle la existencia del astro?²⁴

2) «*Los judíos*» son probados. En ese momento, **los judíos** comenzaron a murmurar **porque había dicho: Yo soy el pan**

²⁴McGarvey y Pendleton, 385.

que descendió del cielo (Jn 6.41). Juan usó a menudo la frase «los judíos» para referirse a los dirigentes judíos (Jn 1.19; 5.10, 15–16, 18) y tal vez ese sea el significado aquí.

A pesar de la murmuración de los judíos, Jesús rehusó retractarse de Su afirmación. Antes, la hizo más radical:

Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron. Este es el pan que descendiende del cielo, para que el que de él come, no muera. Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo (Jn 6.48–51).

Jesús tuvo que hacerse carne (Jn 1.14) con el fin de dar vida espiritual (Jn 10.10). Además, en cuestión de meses, Él «daría» voluntariamente Su carne para ser clavada en una cruz «por la vida del mundo». Tan elevados conceptos estaban por encima de la capacidad para entender de aquellos judíos de mente cerrada. En lugar de pedir humildemente a Cristo que les explicara, comenzaron a [contender] **diciendo: ¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?** (Jn 6.52). La respuesta de Jesús fue aún más sorprendente y desconcertante: **De cierto, de cierto os digo: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros** (Jn 6.53).

Los judíos estaban familiarizados con la figura de «comer pan» en un sentido religioso. David Smith señaló lo siguiente: «Tales palabras sonarían menos extrañas a los oídos judíos que a los oídos modernos, en vista de que las Escrituras así como en la literatura rabínica, se llama *pan* a la enseñanza, y de aquellos que la reciben se dice que la comen»²⁵. Aun así, la idea de comer carne y beber sangre debió de haberles parecido chocante. La ley condenaba el comer o el beber sangre (Lv 17.10–14).

²⁵David Smith, *The Days of His Flesh: The Earthly Life of Our Lord and Saviour Jesus Christ* (Los días de Su carne: La vida terrenal de nuestro Señor y Salvador Jesucristo), 8ª ed. (London: Hodder and Stoughton, 1910), 241 (énfasis suyo); citado en Robert Duncan Culver, *The Life of Christ* (La vida de Cristo) (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1976), 147n.

Jesús, por supuesto, no estaba hablando de consumir literalmente Su sangre y Su carne, como si ellos fueran caníbales. Este es uno de los pasajes que usan los católicos para justificar la misa, durante la cual ellos afirman que el pan y el vino se convierten en la carne y la sangre literales de Jesús. Cuando Cristo instituyó la cena del Señor, no obstante, Él dejó claro que era un acto para hacer *memoria* (Lc 22.19; 1 Co 11.24–25). Jesús estaba hablando de recibirlo como el Mesías «en la carne». De hecho, ya les había dicho a los escépticos cómo «comer Su carne», pero ellos no habían estado escuchando:

. . . . Esta es la obra de Dios, que *creáis* en el que él ha enviado (Jn 6.29; énfasis nuestro).

. . . el que en mí *cree*, no tendrá sed jamás (Jn 6.35; énfasis nuestro).

. . . aunque me habéis visto, no *creéis* (Jn 6.36; énfasis nuestro).

Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquél que ve al Hijo, y *cree* en él, tenga vida eterna... (Jn 6.40; énfasis nuestro).

De cierto, de cierto os digo: El que *cree* en mí, tiene vida eterna (Jn 6.47; énfasis nuestro).

Considere esto: Jesús dijo que **el que cree tiene vida eterna** (Jn 6.47; énfasis nuestro; vea también el versículo 40). Poco después, Él dijo: **El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna** (Jn 6.54a; énfasis nuestro). Por lo tanto, a menos que haya dos caminos hacia la vida (y en realidad sólo hay uno; Jn 14.6), «comer Su carne y beber Su sangre» equivalen a «creer en Él».

Nuestra fe proviene de aprender acerca de Cristo y luego recibir lo que aprendemos, pues Él dijo: **Escrito está en los profetas: Y serán todos enseñados por Dios** [vea Is 54.13; Jer 31.33, 34]. **Así que, todo aquel que oyó al Padre, y aprendió de él, viene a mí** (Jn 6.45). También dijo: «las palabras que yo os he hablado

son espíritu y son vida» (Jn 6.63b).

Así como asimilamos el alimento por medio de comerlo, asimilamos a Jesús por medio de conocerlo, de recibirlo, de creer en Él y de obedecerle. Así como el alimento que comemos llega a formar parte de nuestro cuerpo, también los pensamientos y el carácter de Cristo deberían llegar a ser parte de nuestra alma. Johnny Ramsey escribió: «Esto es lo que Él dice en Su exhortación: “Empápense de mi espíritu, imiten mi pensamiento, sigan mi ejemplo; sí, ¡profundícense en el camino del cielo!”». ²⁶ Se nos desafía a «ser participantes de la naturaleza divina» (2 P 1.4), a que Cristo «sea formado en» nosotros (Gá 4.19), hasta que podamos llegar a decir juntamente con Pablo: «... ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí» (Gá 2.20).

Cuando Jesús habló de comer Su carne y beber Su sangre en Juan 6, no era la Cena del Señor lo que tenía en mente. Es natural que la terminología usada por Cristo en los versículos 53 al 56 nos recuerde la Cena a los que estamos familiarizados con el simbolismo de ella. Sin embargo, el contexto da a entender claramente que Cristo no se estaba refiriendo a que los cristianos participaran de la comunión, sino a que los judíos lo recibieran como el Mesías. En realidad, el tema del Sermón sobre el Pan de Vida es la fe, o la ausencia de esta.

3) *Los discípulos son probados.* La tensión siguió aumentando, pues esto es lo que leemos: ... al [oír a Jesús diciendo que Él era el Pan de vida] **muchos de sus discípulos dijeron: Dura es esta palabra; ¿quién la puede oír?** (Jn 6.60). Tenga presente que este último grupo de murmuradores (Jn 6.61a) no estaba constituido por Sus enemigos, ni por representantes de aquella multitud superficial cuyo interés se centraba en el pan. Estaba constituido, más bien, por Sus *discípulos*, algunos de los cuales lo habían estado siguiendo por largo tiempo. El término «discípulos» incluía a los doce (Jn 6.64), y al resto de los discípulos Suyos que lo eran más o menos a tiempo completo (Lc 6.13).

¿Por qué molestó la enseñanza de Jesús a Sus seguidores? Les molestó porque contradecía sus preconcepciones de un

²⁶ Johnny Ramsey, “Eat My Flesh; Drink My Blood” («Comed mi carne; bebed mi sangre»), *Gospel Minutes* (27 de julio 1979): 3.

Mesías político–militar. Con tristeza, Cristo les preguntó: **¿Esto os ofende? ¿Pues qué, si viereis al Hijo del Hombre subir adonde estaba primero?** (Jn 6.61b–62). En otras palabras, esto es lo que les estaba diciendo: «Si les está costando recibirme como Mesías, porque me centro en lo espiritual antes que en lo corporal, ¿cómo van a entender que salga de esta tierra sin establecer la clase de reino que ustedes buscan?». La ascensión de Jesús al cielo sí dio como resultado que se estableciera el reino, esto es, la iglesia —lo cual ocurrió el primer día de Pentecostés posterior a Su muerte, sepultura y resurrección— pero no lo que Sus seguidores estaban esperando: una clase diferente de reino.

Jesús recalcó una vez más que las cuestiones espirituales eran de mucha mayor importancia que las de la carne (Jn 6.63); pero una vez más tuvo que concluir, diciendo: ... **hay algunos de vosotros que no creen** (Jn 6.64a). Mencioné al comienzo de esta lección que el discurso de Cristo dio lugar a uno de los momentos más bajos de Su ministerio. Este es tal momento bajo: **Desde entonces** [por la enseñanza dada en ese momento] **muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él** (Jn 6.66). A partir de este momento, en la versión de Juan, este usó la palabra «discípulo» solamente en el sentido de «verdadero discípulo».

La prueba de fe que Jesús dio, produjo murmuración, discusiones y al final deserción y rechazo. La mayoría de sus «estudiantes» habían fallado la prueba.

4) *Los apóstoles son probados.* Todavía faltaba la prueba más crucial. Cristo se volvió a los Doce y preguntó, diciendo: **¿Queréis acaso iros también vosotros?** (Jn 6.67). Ciertamente percibimos tristeza e incluso preocupación en estas palabras.

La respuesta de Pedro debió de haber consolado Su corazón. Hablando en nombre de los apóstoles, él dijo: **Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente** (Jn 6.68–69). En el contexto, las palabras clave son «Hemos creído». ¿Era la fe de ellos perfecta? ¿Entendían bien quién era Cristo? ¿Estaba clara en sus mentes la verdadera naturaleza del reino? Por supuesto que no. Sin embargo, estaban convencidos de que Jesús era el Mesías y estaban consagrados a Este. La fe de ellos estaba creciendo. Habían pasado la prueba.

Hay que explicarlo mejor. *No todos* pasaron la prueba. Pedro, sin saberlo, en realidad habló en nombre de solamente once de los apóstoles. No fue sino hasta el final que el resto de los apóstoles se dieron cuenta de la incredulidad de Judas (vea Jn 13.21–22). Los textos indican que los sucesos que rodearon el sermón sobre el Pan de Vida constituyeron el factor primordial para que Judas terminara de rechazar a Jesús (Jn 6.64, 70–71). En ese momento, Judas no se ausentó físicamente como muchos otros lo hicieron, pero su corazón ya no estaba con el Señor. Su corazón debió de haberse llenado de decepción cuando Cristo rechazó el trono terrenal y todos los beneficios que este suponía (Jn 6.15). (Más adelante se nos dice que a Judas le desvelaba el dinero; vea Jn 12.6). La incredulidad debió de haberle abrumado cuando vio cómo las palabras de Cristo alejaron a las masas; ¡esa no era manera de construir un imperio! Los doce, como grupo, recibieron nota de aprobación en el examen, pero Judas fracasó rotundamente.

Más adelante habría otras pruebas para los apóstoles (vea Mt 16.13), sin embargo, de todos los tiempos de prueba este fue el que mayor efecto tuvo entre las personas que afirmaban seguir a Jesús.

PARTE VI

EL MINISTERIO DE CRISTO DE LA TERCERA PASCUA HASTA SU ARRIBO A BETANIA

Incluye una armonía de

Mt 15.1—20.34

Mr 7.1—10.52

Lc 9.18—19.27

Jn 7.1—11.54

SECCIÓN I

EN GALILEA

Incluye una armonía de

Mt 15.1—18.35

Mr 7.1—9.50

Lc 9.18—50

Después del sermón sobre el Pan de Vida, «muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él» (Jn. 6.66). A partir de ese momento, Cristo concentró más esfuerzos en la preparación de los doce, para el momento en que ya no estaría con ellos.

Cuando leemos los evangelios, encontramos al Señor saliendo una y otra vez de Galilea. Una de las razones de estas salidas era evitar el conflicto con Sus enemigos, pero otro era pasar tiempo con Sus apóstoles. No obstante, Jesús era constantemente obstaculizado con respecto a este propósito. Fue interrumpido tanto por amigos como por enemigos. Veremos como Él logró convertir estas molestas interrupciones en provechosas oportunidades.

LA TERCERA PASCUA (VEA JN 6.4; 7.1)

Cuando Juan contó acerca de la alimentación de los cinco mil, él escribió: «Y estaba cerca la pascua, la fiesta de los judíos» (Jn 6.4). Si la «fiesta de los judíos» de Juan 5.1 fuera una pascua, entonces la que se menciona en 6.4 sería la tercera pascua que recoge el libro de Juan.

Muchos autores (tal vez la mayoría) creen que Jesús no asistió a la pascua de Juan 6.4, debido principalmente a la explicación que se da en Juan 7.1, donde se lee: «Después de estas cosas, andaba Jesús en Galilea; pues no quería andar en Judea, porque los judíos procuraban matarle». Si Jesús *de hecho* asistió a la fiesta lo hizo callada y anónimamente (compare con Jn 7.10). No tenemos dato de evento alguno que ocurriera en Jerusalén, y que estuviera relacionado con esa pascua.

La referencia a la pascua que se hace en Juan 6.4, tiene como fin primordial ayudarnos con la cronología de la vida de Cristo. Desde el tiempo de esa pascua hasta unos seis meses después, tenemos la etapa final del gran ministerio en Galilea, una etapa

que se caracteriza por el hecho de que Él sale varias veces de esa provincia.

REPROCHADO POR DESACATAR LA TRADICIÓN (MT 15.1–20; MR 7.1–23)

Mateo 15.1–20

¹Entonces se acercaron a Jesús ciertos escribas y fariseos de Jerusalén, diciendo: ²¿Por qué tus discípulos quebrantan la tradición de los ancianos? Porque no se lavan las manos cuando comen pan. ³Respondiendo él, les dijo: ¿Por qué también vosotros quebrantáis el mandamiento de Dios por vuestra tradición? ⁴Porque Dios mandó diciendo: Honra a tu padre y a tu madre; y: El que maldiga al padre o a la madre, muera irremisiblemente. ⁵Pero vosotros decís: Cualquiera que diga a su padre o a su madre: Es mi ofrenda a Dios todo aquello con que pudiera ayudarte, ⁶ya no ha de honrar a su padre o a su madre. Así habéis invalidado el mandamiento de Dios por vuestra tradición. ⁷Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, cuando dijo:

⁸Este pueblo de labios me honra;
Mas su corazón está lejos de mí.

⁹Pues en vano me honran,
Enseñando como doctrinas, mandamientos de hombres.

¹⁰Y llamando a sí a la multitud, les dijo: Oíd, y entended: ¹¹No lo que entra en la boca contamina al hombre; mas lo que sale de la boca, esto contamina al hombre. ¹²Entonces acercándose sus discípulos, le dijeron: ¿Sabes que los fariseos se ofendieron cuando oyeron esta palabra? ¹³Pero respondiendo él, dijo: Toda planta que no plantó mi Padre celestial, será desarraigada. ¹⁴Dejadlos; son ciegos guías de ciegos; y si el ciego guiare al ciego, ambos caerán en el hoyo. ¹⁵Respondiendo Pedro, le dijo: Explícanos esta parábola. ¹⁶Jesús dijo: ¿También vosotros sois aún sin entendimiento? ¹⁷¿No entendéis que todo lo que entra en la boca va al vientre, y es echado en la letrina? ¹⁸Pero lo que sale de la boca, del corazón sale; y esto contamina al hombre. ¹⁹Porque del corazón salen los malos pensamientos, los homi-

cidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias. ²⁰Estas cosas son las que contaminan al hombre; pero el comer con las manos sin lavar no contamina al hombre.

Marcos 7.1–23

¹Se juntaron a Jesús los fariseos, y algunos de los escribas, que habían venido de Jerusalén; ²los cuales, viendo a algunos de los discípulos de Jesús comer pan con manos inmundas, esto es, no lavadas, los condenaban. ³Porque los fariseos y todos los judíos, aferrándose a la tradición de los ancianos, si muchas veces no se lavan las manos, no comen. ⁴Y volviendo de la plaza, si no se lavan, no comen. Y otras muchas cosas hay que tomaron para guardar, como los lavamientos de los vasos de beber, y de los jarros, y de los utensilios de metal, y de los lechos. ⁵Le preguntaron, pues, los fariseos y los escribas: ¿Por qué tus discípulos no andan conforme a la tradición de los ancianos, sino que comen pan con manos inmundas? ⁶Respondiendo él, les dijo: Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, como está escrito:

Este pueblo de labios me honra,
Mas su corazón está lejos de mí.

⁷Pues en vano me honran,

Enseñando como doctrinas mandamientos de hombres.

⁸Porque dejando el mandamiento de Dios, os aferráis a la tradición de los hombres: los lavamientos de los jarros y de los vasos de beber; y hacéis otras muchas cosas semejantes.

⁹Les decía también: Bien invalidáis el mandamiento de Dios para guardar vuestra tradición. ¹⁰Porque Moisés dijo: Honra a tu padre y a tu madre; y: El que maldiga al padre o a la madre, muera irremisiblemente. ¹¹Pero vosotros decís: Basta que diga un hombre al padre o a la madre: Es Corbán (que quiere decir, mi ofrenda a Dios) todo aquello con que pudiera ayudarte, ¹²y no le dejáis hacer más por su padre o por su madre, ¹³invalidando la palabra de Dios con vuestra tradición que habéis transmitido. Y muchas cosas hacéis semejantes a estas.

¹⁴Y llamando a sí a toda la multitud, les dijo: Oídme todos, y entended: ¹⁵Nada hay fuera del hombre que entre en él, que

le pueda contaminar; pero lo que sale de él, eso es lo que contamina al hombre. ¹⁶Si alguno tiene oídos para oír, oiga. ¹⁷Cuando se alejó de la multitud y entró en casa, le preguntaron sus discípulos sobre la parábola. ¹⁸El les dijo: ¿También vosotros estáis así sin entendimiento? ¿No entendéis que todo lo de fuera que entra en el hombre, no le puede contaminar, ¹⁹porque no entra en su corazón, sino en el vientre, y sale a la letrina? Esto decía, haciendo limpios todos los alimentos. ²⁰Pero decía, que lo que del hombre sale, eso contamina al hombre. ²¹Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, ²²los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez. ²³Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre.

Jesús estaba enseñando, cuando llegó una comisión de fariseos procedente de Jerusalén. Estos no dudaron en interrumpir a Cristo. Marcos 7.1 dice que **se juntaron** [alrededor de] **Jesús**. Me los imagino abriéndose paso a empujones entre la multitud hasta tener rodeado a Jesús, y luego dando voces en Su rostro. Esta vez, tenían una nueva acusación: Sus discípulos estaban comiendo sin haberse lavado las manos, infringiendo de este modo una antigua tradición. Los fariseos consideraban que tales tradiciones eran tan sagradas como la misma ley de Moisés.

Cristo convirtió la molesta interrupción en una provechosa oportunidad, por medio de usarla como una ocasión para enseñar lecciones necesarias sobre las tradiciones de los hombres. Primero, se dirigió a los acusadores, haciéndoles severas advertencias a estos acerca de los peligros de las tradiciones no inspiradas. Hizo énfasis en que tales tradiciones eran los preceptos de los hombres (Mr 7.7), no los de Dios. Acusó a los fariseos de quebrantar **el mandamiento de Dios por** [las] **tradiciones** de ellos (Mt 15.3). Ilustró esto con una antigua tradición humana que permitía a los hombres declarar que era **ofrenda a Dios** (vea Mr 7.11; Mt. 15.5), todo o parte de su dinero, para luego decirles a sus ancianos y necesitados padres «lo sentimos, pero no se nos permite usar estos fondos para ayudarles». Hasta donde sepamos, los fariseos jamás volvieron a usar esta acusación contra Jesús y

Sus discípulos. Ciertamente, no se presentó durante Su juicio.

Luego se volvió a la multitud y le dijo a esta, en otras palabras, que por más antigua y sagrada que fuera la tradición, como lo era la tradición de lavarse las manos, el principio básico de ella adolecía de una falla: **No lo que entra en la boca contamina al hombre** [esto es, no lo vuelve inmundo]; **mas lo que sale de la boca** [es decir, sus palabras], **esto contamina al hombre** (Mt 15.11). Entienda usted que no era un problema de higiene personal, sino de profanación ceremonial. Pedro pidió más adelante una explicación y esto fue lo que respondió Cristo:

¿No entendéis que todo lo que entra en la boca va al vientre, y es echado en la letrina? Pero lo que sale de la boca, del corazón sale; y esto contamina al hombre. Porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias. Estas cosas son las que contaminan al hombre; pero el comer con las manos sin lavar no contamina al hombre (Mt 15.17–20).

Cuando Jesús por fin estuvo a solas con los discípulos, les enseñó. Les advirtió acerca de los fariseos en sí. Comparó las enseñanzas de estos con malezas que serían desarraigadas por Dios (Mt 15.13). Se refirió a estos dirigentes religiosos como ciegos que guían a otros ciegos (los que seguían las enseñanzas de los fariseos sin cuestionamiento). Jesús usó esta analogía anteriormente (Lc 6.39), y la usará nuevamente (Mt 23.16, 24). Estas fueron lecciones necesarias, lecciones que se produjeron como resultado de una interrupción.

APLICACIÓN: UNA BUENA IDEA QUE DEJÓ DE SERLO (MT 15.1–6; MR 7.1–5, 9–13)

En la obra de teatro *El violinista en el tejado*, cuando el padre de familia judío se escandaliza de la poca estima que parecen tenerle las generaciones jóvenes a las antiguas costumbres, él canta una canción en la que dice: «¡Tradición, tradición!». Cada vez que miro la escena, siento pena por todos los personajes:

por los jóvenes que están frustrados por las costumbres que no tienen sentido para ellos y por el hombre mayor a quien le destroza su corazón ver cómo se le derrumba el mundo que siempre conoció.

Si al padre del drama le desconcertaba que algunas tradiciones de su tiempo fueran combatidas, imagínese cómo se sentiría hoy. Nunca antes se habían desechado tantas sagradas tradiciones en tan corto tiempo, siendo el sustituto de muy poco valor permanente. Estos son tiempos de confusión, en los cuales la gente busca el significado de la vida, tratando de descubrir «quiénes son», y buscándolo sin tomar en cuenta los valores que se han desechado. Esto sucede no sólo en la sociedad, sino también en la religión. Por lo que a algunos se refiere, todo lo que suene a «tradicición» debe rechazarse automáticamente, mientras que otros tratan deliberadamente de aferrarse al pasado. ¿Existe un sano y seguro terreno neutral? Si existe, ¿cuál es? ¿Cuándo son buenas las tradiciones y cuándo malas? Pocas preguntas son más cruciales en el caótico mundo en que vivimos.

La más extendida conversación sobre las tradiciones, en la Biblia, se encuentra en Mateo 15 y Marcos 7, cuando Jesús tuvo que defender a Sus discípulos de la acusación en el sentido de que ellos estaban quebrantando «la tradición de los ancianos». Estos dos pasajes podrían enfocarse de varias maneras, pero los usaremos para tratar de encontrar respuestas a las preguntas que se acaban de plantear.

No siempre es fácil saber cuándo deberíamos aferrarnos tenazmente a una tradición, ni cuándo deberíamos estar dispuestos a abandonarla. Es difícil para nosotros hallar una postura en la que se eviten los extremos y aún más difícil mantenerse en ella. Es más fácil aplicar los principios a los demás, que a nosotros mismos. Ninguno de nosotros está exento de la clase de tradicionalismo que Jesús censuró. Esta clase de sermones pide a gritos que uno haga examen y escrutinio de sí mismo.

Una tradición puede ser mala (Mt 15.1–2; Mr 7.1–5)

Un día que Jesús estaba enseñando en Capernaum, fue abordado por un grupo de fariseos. No eran estos la clase corriente

de fariseos que lo habían estado siguiendo a todo lugar, sino que eran de los polemistas implacables, enviados desde Jerusalén, cuyo fin era precipitar la ruina de Jesús. Esta es lo que se deduce con base en los siguientes datos: (1) los fariseos estaban buscando una excusa para matarlo (vea Jn 5.18; 7.1), y (2) estos fariseos hicieron todo el recorrido desde Jerusalén para acusarlo. R. C. Foster los llamó «tropas de choque de la capital».¹

En vista de que la acusación anterior, en el sentido de que Cristo estaba quebrantando el día de reposo, había resultado contraproducente, ellos probaron una nueva acusación. Preguntaron, diciendo: «¿Por qué tus discípulos quebrantan la tradición de los ancianos? Porque no se lavan las manos cuando comen pan» (Mt 15.2).

«La tradición» definida

Para entender la acusación, debe usted entender qué era «la tradición de los ancianos» y por qué era tan importante para los fariseos. La palabra «tradición» es traducción de una palabra griega compuesta que significa básicamente «lo que se ha transmitido». El verbo griego compuesto es παράδοσις (*paradosis*). Para (παρά) es una preposición que por lo general significa «a lo largo de», mientras que dosis (δόσις) significa básicamente «dar (o transferir)». Según los eruditos del griego, la combinación de *para* y *dosis* denota «lo que se ha transmitido (dado) a otros».² Marcos 7.13 se usan tanto la forma sustantiva como la verbal de esta palabra. En la NASB se traduce esta sección del versículo por la frase: «por vuestra *tradición* que vosotros habéis *transmitido*». En Mateo 15.2, Goodspeed traduce la palabra por «normas transmitidas».³

¹R. C. Foster, *Studies in the Life of Christ (Estudios en la vida de Cristo)* (Grand Rapids, Mich., Baker Book House, 1971), 664.

²Se da una explicación en W. E. Vine, *The Expanded Vine's Expository Dictionary of New Testament Words (El Diccionario ampliado de Vine de palabras neotestamentarias)*, ed. John R. Kohlenberger III con James A. Swanson (Minneapolis, Bethany House Publishers, 1984), 1159–60.

³Edgar J. Goodspeed y J. M. Powis Smith, *The Short Bible. An American Translation (La Biblia abreviada: Una traducción estadounidense)* (New York, Modern Library, 1933), 347.

La palabra se usa ocasionalmente en la Biblia para referirse a la enseñanza que había sido «transmitida» de parte de *Dios* (esto es, enseñanza inspirada; 1 Co 11.2; 2 Ts 2.15; 3.6). Pero es más frecuente que se refiera a regulaciones que han sido transmitidas de parte de los *hombres* (Mt 15.2–3, 6; Mr 7.3, 5, 8–9, 13; Gá 1.14; Col 2.8). Entre las frases que a menudo se usan para indicar esta clase de tradición, se incluyen «tradición humana» y «tradición no inspirada». En este estudio, la mayoría de las veces usaré la palabra «tradición» en su sentido más común, que significa tradiciones que se originan con los hombres.

Los fariseos hablaron de «la tradición *de los ancianos*». El término «ancianos» no está relacionado con oficiales de la sinagoga (Lc 7.3), sino más bien con hombres del pasado a quienes se les consideraba expertos en la ley. Por siglos, maestros judíos respetados habían estado produciendo interpretaciones de la ley de Moisés y decisiones relacionadas con esta. Esas enseñanzas habían crecido hasta convertirse en un considerable volumen conocido como «la ley oral» o «la tradición». Estas tradiciones se coleccionaron en el siglo III d. C., para formar una obra llamada la *Misná*. Para finales del siglo III d. C., la *Misná* se había ampliado con otros materiales hasta formar una voluminosa colección llamada el *Talmud*. Los rabinos judíos de hoy todavía consideran de gran autoridad el *Talmud*.

Los fariseos enseñaban que Moisés mismo había dado «la ley oral» junto con la ley escrita, y que esta «ley oral» había sido transmitida por los grandes maestros. (Hoy hay varios grupos religiosos que afirman algo parecido, lo cual hacen tratando de justificar sus leyes humanas, al decir que estas fueron enseñadas por los apóstoles, y que fueron transmitidas oralmente «por la iglesia» durante los siglos que pasaron.) Los fariseos consideraban que «la tradición» era tan vinculante como la misma ley o incluso más vinculante que esta. Warren Wiersbe hizo ver el énfasis que se hacía en la tradición:

El rabino Eleazar decía: «El que expone las Escrituras de modo que contradiga la tradición, no tiene parte en el mundo venidero». La *Misná*, una colección de tradiciones judías recogidas en el *Talmud*, consigna esto: «Es mayor

la ofensa por enseñar cualquier cosa contraria a la voz de los rabinos, que por contradecir la Escritura misma».⁴

Se consideraba que las normas de «la tradición» constituían una protección en torno a la ley en sí. La idea era que si uno nunca quebrantaba «la tradición», jamás quebrantaría la ley. No había sido una mala idea originalmente, pero las normas se multiplicaron hasta contarse por millares, y habían tomado otras formas hasta llegar a ser absurdas. Lo que había comenzado como una buena idea, había dejado de serlo.

«La tradición» demandada

«La tradición» relacionada con lavarse las manos antes de comer, es un buen ejemplo de una buena idea que dejó de serlo. En el Antiguo Testamento se recogen abundantes recomendaciones sobre lo que es ceremonialmente inmundo y cómo ser limpio de ello (lea Lv 11-15 y Nm 19). Por regla general, estas recomendaciones tenían muy poco que ver con la higiene, pero sí tenían mucho que ver con los requisitos que debía cumplir el hombre para acercarse a Dios. Algunos de los ritos que se llevaban a cabo para deshacerse de la inmundicia, incluían lavamientos. Las leyes originales ya eran de por sí bastante complicadas; y a pesar de esto, durante los siglos que siguieron, los hombres las aumentaron, hasta el punto de que las normas acerca de la inmundicia y los lavamientos ceremoniales, llegaron a ser tan numerosas, que no se podían contar.

Los fariseos habían elaborado una lista de objetos, circunstancias y situaciones que ellos consideraban «inmundos», una lista que era casi interminable. Además, la «inmundicia» era transferible y, si se quiere, infecciosa. Por ejemplo, si una criatura inmunda (tal como un ratón) tocaba una taza, esta se consideraba «inmunda». Cualquier cosa que se pusiera dentro de la taza llegaba a ser «inmunda». Si alguien comía el contenido de la taza, él llegaba a ser «inmundo». Si alguien tocaba a la persona «inmunda», él llegaba a ser «inmundo». Y la cadena de la

⁴Warren W. Wiersbe, *The Bible Exposition Commentary (El comentario expositivo de la Biblia)*, vol. 1 (Wheaton, Ill.: Victor Books, 1989), 134.

«inmundicia» seguía sin detenerse.

Así, Marcos recalcó que «los fariseos y todos los judíos [...] si muchas veces no se [lavaban las manos, no comían]» (Mr 7.3a). La influencia de los fariseos era tal que esta tradición había llegado a formar parte del ritual diario del pueblo judío como un todo. El significado literal de la palabra griega *πυγμή* (*pugme*), que se traduce por «muchas veces» es «con el puño».⁵ Alfred Edersheim, en su obra *La vida y los tiempos de Jesús el Mesías*, describió las elaboradas ceremonias de lavamiento. He aquí algunos de los detalles:

Debido a que las purificaciones eran tan frecuentes, y a que se debía tener cuidado de que el agua no hubiera sido usada para otros propósitos [...] por lo general se mantenían grandes vasijas o tinajas para ese propósito [...] Se acostumbraba sacar agua de estas [...] una medida equivalente a lo que cabía en una y media «cáscaras de huevo» [...] El agua se vertía sobre ambas manos [...] se levantaban las manos, para hacer que el agua se deslizara hacia la muñeca, con el fin de asegurar que toda la mano se lavara, y que el agua contaminada por la mano, no volviera otra vez a los dedos. De un modo similar, cada mano se frotaba con la otra (el puño), cuidando de que la mano que frotaba ya se hubiera [lavado].⁶

Marcos hizo notar además que cuando los fariseos «[volvían] de la plaza, si no se [lavaban, no comían]» (Mr 7.4a). En la plaza había *muchas* posibilidades de contaminarse. Una de ellas era que podían haber entrado en contacto hasta con un gentil inmundo o que les hubieran alcanzado partículas de polvo inmundo que algún gentil inmundo hubiese tocado. Cuando volvían de la plaza a la casa de ellos, no era que sencillamente se lavaban las manos, sino que se lavaban todo el cuerpo. En otras palabras, se

⁵Esta definición se da en la columna central de mi ejemplar de la NASB.

⁶Alfred Edersheim, *The Life and Times of Jesus the Messiah (La vida y los tiempos de Jesús el Mesías)*, Nueva versión actualizada (Peabody, Mass.. Hendrickson Publishers, 1993), 482.

tomaban un baño para poder comer.

Marcos añadió esto: «*Y otras muchas cosas* hay que tomaron para guardar, como los lavamientos de los vasos de beber, y de los jarros, y de los utensilios de metal, y de los lechos» (Mr 7.4b; énfasis nuestro). La palabra griega βαπτισμός (*baptismos*), que se traduce por «lavamiento», significa literalmente «bautismo» o «inmersión». Recuerde usted que este lavamiento no se hacía con fines sanitarios, sino con el propósito de llegar a estar ceremonialmente limpios. Las normas eran innumerables e increíblemente complicadas.

«*La tradición*» *desacatada*

Tomando en cuenta todo lo anterior, imagínese usted cuánto horror les producía a los fariseos ver el sencillo estilo de vida de Jesús y los apóstoles. Los discípulos ni siquiera tenían tiempo para comer (Mr 6.31) y menos para llevar a cabo los elaborados lavamientos rituales que ordenaba «la tradición de los ancianos». De los apóstoles se sabía incluso que arrancaban granos en los campos, y se los introducían en la boca. (Mt 12.1–8.) Por lo tanto, cuando los fariseos vieron «a algunos de los discípulos de Jesús comer pan con manos inmundas, esto es, no lavadas» (Mr 7.2), ellos preguntaron a Jesús, diciendo: «¿Por qué tus discípulos no andan conforme a la tradición de los ancianos, sino que comen pan con manos inmundas?» (Mr 7.5).

Cuando una tradición es mala (Mt 15.3–6; Mr 7.9–13)

A Jesús se le estaba acabando la paciencia con los santurrones y egoístas fariseos. No se molestó en negar la acusación, ni siquiera le dio una respuesta directa. En lugar de esto, les lanzó *a ellos* una acusación, diciéndoles:

¿Por qué también vosotros quebrantáis el mandamiento de Dios por vuestra tradición? Porque Dios mandó diciendo: Honra a tu padre y a tu madre; y: El que maldiga al padre o a la madre, muera irremisiblemente. Pero vosotros decís: Cualquiera que diga a su padre o a su madre: Es mi ofrenda a Dios todo aquello con que pudiera ayu-

darte, ya no ha de honrar a su padre o a su madre. Así habéis invalidado el mandamiento de Dios por vuestra tradición (Mt 15.3–6).

El propósito original de las tradiciones era poner una protección en torno a la ley de Moisés, con el fin de tener seguridad de que esta no fuera quebrantada. Con el tiempo, no obstante, al multiplicarse las nuevas normas, estas fueron perdiendo cada vez más su relación con los preceptos originales, hasta que al final llegaron a estar incluso en contra de los mandamientos.

Una tradición que era mala

Cristo podía haber dado muchos ejemplos de esto (Mr 7.13b), pero se limitó a uno solo, diciendo: «Porque Dios mandó diciendo: Honra a tu padre y a tu madre; y: El que maldiga al padre o a la madre, muera irremisiblemente» (Mt 15.4). Marcos escribió: «Porque Moisés dijo...» (Mr 7.10). Esta es otra prueba de que, para Jesús, lo que Moisés dijo al dar la ley, fue recibido por inspiración *de parte de Dios*.

El primero de estos mandamientos era uno de los Diez Mandamientos originales (Ex 20.12; Dt 5.16). El segundo se incluía en el conjunto de leyes en el cual se ampliaban y se aplicaban los Diez Mandamientos (Ex 21.17; Lv 20.9). Estos dos mandamientos abarcaban los aspectos positivos y negativos de la relación de una persona con sus padres. Por un lado, *debía* respetar y apreciar tanto a su padre como a su madre. Esto incluía estar pendiente de sus necesidades cuando llegaban a la ancianidad (vea Pr 23.22; 1 Ti 5.8). Por otro lado, *no debía* hacer nada que indicara falta de respeto.

Lamentablemente, se había desarrollado una tradición humana que invalidaba aquellos mandamientos. Los ojos de Jesús debieron de haber lanzado destellos cuando acusó a Sus acusadores, diciendo:

... Bien invalidáis el mandamiento de Dios para guardar vuestra tradición. Porque Moisés dijo: Honra a tu padre y a tu madre [...] Pero vosotros decís: Basta que diga un hombre al padre o a la madre: Es Corbán (que quiere

decir, mi ofrenda a Dios) todo aquello con que pudiera ayudarte, y no le dejáis hacer más por su padre o por su madre, invalidando la palabra de Dios con vuestra tradición que habéis transmitido (Mr 7.9–13a).

«Corbán» es una palabra aramea que significa «ofrenda» o «regalo». Un judío podía hacer voto en el sentido de que cierta porción de lo que poseía era «Corbán», «un regalo» dedicado a Dios. Tales recursos podían quedar en su haber hasta su muerte—momento en el cual, pasaban a ser propiedad del templo—pero mientras viviera se les consideraba intocables. Hay quienes conjeturan que, aunque los recursos pertenecían técnicamente a Dios, el individuo podía seguir haciendo uso de ellos para sí mismo, mientras viviera. Según Jesús, si un hombre hacía tales votos, los fariseos «no le [*dejaban*] hacer más por su padre o por su madre». Los rabinos tenían un dicho: «Es difícil para los padres, pero la ley es clara, los votos deben cumplirse».⁷ La norma antiguotestamentaria era que los votos habían de cumplirse (vea Nm 30), pero aplicar las leyes sobre los votos de una manera que desechaba los principios fundamentales de los Diez Mandamientos, era absurdo.

Imagínese usted a un hombre y a una mujer acercándose a la casa de su hijo. La mujer ha estado llorando. El hombre tiene una expresión seria. Llamam a la puerta, y cuando su hijo responde, dicen con tristeza: «Hemos perdido todo lo que teníamos. Eres nuestra última esperanza. Si no puedes ayudarnos, tendremos que mendigar o morir de hambre». El joven los mira con desprecio: los padres que lo trajeron al mundo, que lo educaron y lo cuidaron durante su niñez. Les dice: «Lo siento, ¡no puedo ayudarles! Tenía algún dinero ahorrado para vuestra vejez, pero un fariseo vino el otro día y me hizo ver las ventajas financieras de declarar Corbán esos fondos. Así que, ¡adiós! Busquen la manera de proveer para ustedes, ¡y no vuelvan por aquí a pedir limosnas!». Y al decir esto, les cierra de golpe la puerta en sus rostros.

Aparentemente, en los tiempos del Señor ocurrían episodios

⁷Citado en Vine, 232.

tristes parecidos al anterior. De modo que Jesús concluyó esta parte de Su acusación, diciendo: «Así habéis invalidado el mandamiento de Dios por vuestra tradición» (Mt 15.6b). Según Marcos, Él añadió: «Y *muchas* cosas hacéis semejantes a estas» (Mr 7.13b; énfasis nuestro).

Tradiciones que son buenas

Debo detenerme para hacer notar que las tradiciones no son necesariamente malas por sí solas, ni siquiera las tradiciones de los hombres. Hay ejemplos bíblicos en los que el pueblo de Dios participó en ceremonias tradicionales hechas por el hombre y que contaban con la aprobación del Señor. Considere la participación de Jesús en la vida de la gente judía: en las bodas, funerales y otros actos tradicionales de ellos. Tome en cuenta la asistencia de Cristo a la fiesta de la dedicación (Jn 10.22), una fiesta judía que se originó durante el período intertestamentario.

La tradición juega un papel importante en nuestras vidas. Le da continuidad a nuestra vida, y le añade a esta un sabor y dimensión que de otro modo extrañaríamos. En años recientes, los sociólogos han subrayado que tener «raíces» es importante para el bienestar psicológico de la persona. No hay nada malo con que un grupo de personas, incluso una congregación, tenga maneras tradicionales de hacer ciertas cosas, siempre y cuando no sea quebrantada de ese modo la voluntad de Dios.

Tradiciones que son innegablemente malas

Lo anterior nos lleva a preguntar: «¿Cuándo es mala una tradición?». La primera respuesta de Jesús podría redactarse de este modo: «Cuando la tradición quebranta un mandamiento expreso de Dios». Cristo dijo que los fariseos *quebrantaban* el mandamiento de Dios por su tradición (Mt 15.3), que ellos *invalidaban* el mandamiento para guardar su tradición (Mr 7.9), que de esta manera ellos *invalidaban* también la Palabra de Dios con su tradición (Mt 15.6; Mr 7.13). El Señor llamó «hipócritas» a los fariseos (Mt 15.7; Mr 7.6) porque, mientras acusaban a los discípulos de no guardar «la tradición de los *ancianos*», ¡ellos mismos estaban desobedeciendo «el mandamiento de Dios»!

A mí se me enseñó a pensar por mí mismo en lo que a la reli-

gión se refiere. Crecí en una parte de los Estados Unidos donde, en general, se alienta el pensamiento independiente. Por lo tanto, no aprecié en toda su dimensión las palabras de Jesús hasta que viví diez años en Australia, donde las iglesias dominantes estaban (y están) totalmente atadas por las tradiciones. Estas denominaciones siguen tradiciones acerca de la autoridad eclesiástica que debilitan la autoridad bíblica (lea 2 Ti 3.16–17); tradiciones acerca del «bautismo de niños» que anulan la enseñanza bíblica sobre el bautismo (Mr 16.15–16); tradiciones acerca de «días especiales», que a efectos prácticos, anulan la enseñanza en el sentido de no dejar de congregarse (He 10.25) y otras por el estilo. J. W. McGarvey escribió: «Es probable que no haya ni una sola [...] adición o enmienda [de la voluntad revelada de Dios] que en mayor o menor grado no anule algún mandamiento».⁸

Conclusión

Es probable que la mayoría de nosotros coincidiríamos en que cualquier tradición de los hombres que haga que uno desobedezca un mandamiento de Dios, es mala. No obstante, Jesús no había terminado con esta acusación. En el estudio será más personal, cuando comentemos dos criterios más que Cristo nos dio para determinar si una tradición es buena o mala.

APLICACIÓN: ¿CUÁNDO ES MALA UNA TRADICIÓN? (MT 15.7–20; MR 7.6–8, 14–23)

Una tradición es mala cuando se impone a los demás (Mt 15.7–9; Mr 7.6–8)

Mientras Cristo hablaba a los fariseos, Sus palabras llegaron ser bastante penetrantes, pues les dijo: «Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, cuando dijo: Este pueblo de labios me honra; mas su corazón está lejos de mí. Pues en vano me hon-

⁸J. W. McGarvey y Philip Y. Pendleton, *The Fourfold Gospel or A Harmony of the Four Gospels (El evangelio cuádruple o Una armonía de los cuatro evangelios)* (Cincinnati: Standard Publishing Co., 1914), 396.

ran, enseñando como doctrinas, mandamientos de hombres» (Mt 15.7–9). La cita es tomada de Isaías 29.13. En ese pasaje, el profeta estaba censurando a los hipócritas de su tiempo. Jesús dijo que las palabras inspiradas se aplicaban con igual acierto a los dirigentes religiosos de Su tiempo.

Hay varias lecciones importantes que se pueden extraer de las palabras de Isaías: No basta con honrar de labios; nuestra obediencia al Señor debe nacer del corazón (Mt 22.37; Ro 6.17; Ef 6.6; Col 3.16; 2 Co 9.7). Hemos visto que nuestra adoración es «en vano» (vacía), cuando la motivación no proviene del corazón y la autorización no proviene del cielo. En la presente discusión, sin embargo, concentrémonos en la última parte de la cita: estaban «enseñando como doctrinas mandamientos de hombres». El contexto aclara que ellos estaban enseñando sus «mandamientos de hombres» como si fueran «doctrinas» *de Dios*. Con toda la importancia que tenían las tradiciones para los fariseos, Jesús deseaba dejar claro que ellas eran dogmas de *hombres*, no del Señor.

Imposición de tradiciones como si fueran mandamientos

¿Condenó Jesús a los fariseos por llevar a cabo sus elaboradas abluciones antes de cada comida? No los condenó. Si deseaban perder el tiempo con rituales absurdos, eso era asunto de ellos. La censura que hizo Jesús de los fariseos no se debía a la costumbre de ellos, sino a que ellos estaban tratando de imponer esta costumbre a los demás. Habían elevado las tradiciones de ellos al estatus de mandamientos divinos. Enseñaban que los hombres *debían* guardar sus tradiciones. Condenaban a todos los que no las guardaban. Pongamos el segundo criterio en las siguientes palabras: *Una tradición es mala cuando se impone a los demás*.

Todo el mundo puede ver que tal costumbre es un error, por lo menos en principio. Durante los años que han pasado, mi familia ha desarrollado sus propias y exclusivas (¿y peculiares?) tradiciones en cuanto a los días feriados y otras celebraciones. Disfrutamos de ellas y nos ayudan a definir nuestra identidad. Por supuesto que no hacemos esfuerzo alguno por imponerlas a los demás. Condenar a otras familias por no guardar nuestras tradiciones, sería absurdo, por decir lo menos.

Jesús enseñó claramente que es un error imponer nuestras

tradiciones religiosas a los demás. Es cuando tratamos de *aplicar* este principio, que la polémica se suscita. La gente tiende naturalmente a sentirse más a gusto con «la forma como siempre se han hecho las cosas» y nosotros somos propensos a creer que esa es la forma como *deben* hacerse. Sin embargo, debemos hacer un esfuerzo por distinguir entre lo que no puede cambiarse (la voluntad revelada de Dios) y lo que sí puede cambiarse (los métodos usados para llevar a cabo Su voluntad).

Me vienen a la mente ilustraciones tomadas del ámbito de la adoración: La mayoría de las congregaciones donde he predicado tienen himnarios. ¿Deberíamos entonces condenar a una congregación que proyecta los cánticos en una pantalla? Dondequiera que he adorado, ha sido una costumbre tener un sermón como parte del servicio del domingo por la mañana. ¿Será un error tener un servicio del domingo por la mañana que consiste primordialmente en cánticos, oraciones y lecturas de las Escrituras que se centran en la observancia de la Cena del Señor? Las congregaciones con las cuales he estado relacionado tienen servicios del domingo por la noche en el edificio de la iglesia. ¿Será contrario a las Escrituras que otra congregación decida tener servicios del domingo por la noche en las casas? Algunos se preguntarán si será *sabio* tener el servicio del domingo por la noche en las casas, pero esa sería una pregunta que cuestionaría cuán conveniente, y no cuán escrituraria es tal práctica. No estoy preguntando si será «práctico»; solamente estoy preguntando si será contrario a las Escrituras.

El Nuevo Testamento nos da un modelo básico para la adoración, pero muchos de los detalles se dejan a nuestro criterio. Con el tiempo, las congregaciones tienden a desarrollar enfoques que les convienen a ellas, para cumplir los requisitos de las Escrituras. No hay nada malo al proceder así, pero debemos tener cuidado de distinguir entre lo que se nos ha transmitido de parte de *Dios* (el modelo divino) y lo que se nos ha transmitido de parte de los *hombres* (nuestros procedimientos para llevar a cabo el modelo divino). Un factor que incide en este aspecto es la responsabilidad de los ancianos para con la congregación que supervisan. Al cumplir esta responsabilidad, ellos toman decisiones que afectan a esa congregación. Deben darse cuenta, sin embargo, que las

demás congregaciones no están obligadas a observar sus decisiones. (Este es el principio de la autonomía local.)

Cuando mi familia trabajaba con la iglesia de Cristo de West Side, en Muskogee, Oklahoma, teníamos un director de cánticos llamado Charles Kelly, que a veces variaba el orden del culto. Por ejemplo, podíamos tener la comunión al comienzo o al final del servicio. De vez en cuando, programaba incluso la recolección de la ofrenda en un momento diferente de la Cena del Señor, en lugar de situarla inmediatamente después de la comunión, que era lo que se acostumbraba. Él explicaba este cambio diciendo que, aunque era práctico recoger la ofrenda inmediatamente después de la comunión, la gente necesitaba entender que la recolección de la ofrenda no formaba parte de la Cena del Señor. Un domingo por la mañana, cuando la ofrenda no se recogió inmediatamente después de la Cena del Señor, una visita se levantó de un salto y salió apresuradamente del servicio. Cuando salía del edificio, exclamó ante un hombre que estaba en el vestíbulo, diciendo: «¿En qué clase de grupo me metí?». Aparentemente, ella creía que existe «un orden escriturario del culto», y que cualquier forma en que nos desviáramos de este, era «contraria a las Escrituras».

Es esencial que se haga distinción entre los mandamientos de Dios y las tradiciones de los hombres; es un error imponer a los demás nuestras tradiciones de hombres. Suponiendo que hemos coincidido con todo lo que hasta ahora he dicho, queda por contestar una crucial pregunta: ¿Cómo distinguir entre los mandamientos de Dios y las tradiciones de los hombres?

Distinguiendo entre las tradiciones y los mandamientos

En estos tiempos oigo cada vez más cómo la palabra «tradicional» se aplica a todo lo que tiene mucho tiempo de existir: dando a entender con ella que tales cosas son, por lo tanto, antiguas, obsoletas, que carecen de importancia y que se pueden desear sin incurrir en castigo por ello. Por ejemplo, he oído que se usa de modo despectivo la frase «la familia tradicional» (esto es, una familia que consta de un padre, una madre y sus hijos). «La familia tradicional» es objeto de ataques por parte de los que abogan por «matrimonios entre personas del mismo sexo», y por

otras corrientes que se desvían de la Palabra de Dios (tal como el modelo de «juntarse» frente al de «casarse»). Sin embargo, la disposición de la «familia tradicional» proviene de Dios y ha existido desde los primeros capítulos de Génesis. Para los que creen en la Biblia, la pregunta que importa no es «¿Cuánto tiempo ha existido este modelo?», sino: «¿Es este modelo del cielo o de los hombres?» (Mt 21.25).

Me aflige oír que a congregaciones fieles de la iglesia del Señor se les refiera desesperadamente con la expresión «iglesias tradicionales» y que se rechace lo que creen y lo que practican con expresiones como «la posición tradicional». Los que usan estas descripciones tienden a referirse a *todo* lo que estas iglesias hacen con el calificativo de «tradicional», de esta manera hacen poca distinción entre lo que ellas hacen como asunto de fe y lo que se hace como asunto de opinión.

He oído conferencistas que engloban en un solo grupo todas las polémicas que han afectado a la iglesia en el pasado, indicando que *todas* ellas eran simplemente asuntos de opinión y que carecían de importancia. Pensándolo ahora, estoy de acuerdo con que algunos de los conflictos pudieron haber sido innecesarios, pero ¿será justo desechar como inútil toda cuestión con que la iglesia tuvo problemas? ¿Cómo hubieran reaccionado los autores inspirados si los cristianos hubieran minimizado el problema del judaísmo y el del gnosticismo que amenazaron a la iglesia primitiva?

Estemos de acuerdo en esto: Una tradición humana es mala cuando se impone a los demás. También estemos de acuerdo en que no debemos clasificar automáticamente como «tradicional» toda creencia o práctica sencillamente porque suena a cosa antigua.

Anteriormente dije que las cuestiones cruciales tienen que ver con cómo distinguir entre los mandamientos de Dios y las tradiciones de los hombres. Usted sabe la respuesta a esa pregunta y ya se ha hecho alusión a ella varias veces en este sermón: Todo lo que creamos, enseñemos y hagamos debe examinarse *a la luz de lo que las Escrituras enseñan*. La pregunta no es «¿Cómo lo hemos hecho siempre?» y menos «¿Cómo nos *gustaría* hacerlo?»; sino «¿Qué enseña Dios en Su voluntad revelada?» (vea Hch 17.11).

Tomemos de la forma como lo expresó Jesús en Mateo 21.25: Si una doctrina o práctica es «del cielo», entonces es vinculante para todo cristiano; pero si es «de los hombres», no nos hagamos culpables de hacerla vinculante para todos los demás.

Al dar la anterior respuesta, ¿habré resuelto todas las polémicas sobre lo que es «tradicional» y lo que no lo es? ¿Habré respondido a toda pregunta que pueda hacerse? No, y una vez más, no. Mi propósito ha sido rogar a los cristianos que eviten los extremos. No condenemos a otros porque no guarden nuestras tradiciones, por más entrañables que sean. Al mismo tiempo, jamás desechemos como «tradicional» una enseñanza o práctica religiosa tan sólo porque se haya observado muchos años. Después de todo, el Nuevo Testamento ha existido por siglos. Resolvámonos a hacer de la enseñanza de la *Palabra de Dios* nuestro estándar para aceptar o rechazar toda enseñanza o práctica religiosa.

Hace mucho tiempo, Josué le dio al pueblo de Dios este mensaje de Él: «Solamente esfuérzate y sé muy valiente, para cuidar de hacer conforme a toda la ley que mi siervo Moisés te mandó; no te apartes de ella ni a diestra ni a siniestra, para que seas prosperado en todas las cosas que emprendas» (Jos 1.7; vea también 23.6). Podríamos considerar que apartarse de la Palabra «a diestra» es atar lo que Dios no ha atado (las tradiciones de los hombres) y que apartarse «a siniestra» es desatar lo que Dios ha atado (Su voluntad revelada). Dispongamos el corazón a evitar uno y otro extremo. ¡Resolvámonos a «hacer conforme a toda» la enseñanza del Nuevo Testamento de Jesús!

Podríamos terminar con la anterior idea; pero Cristo no había terminado de analizar el punto. Tenía por lo menos un asunto más que señalar en cuanto a las tradiciones humanas. Esta verdad no es tan evidente; sin embargo, es importante. Requiere tanto análisis como los dos criterios anteriores, tal vez más análisis que ellos.

**Una tradición es mala
cuando se le da más importancia
de lo debido (Mt 15.10–20; Mr 7.14–23)**

El diálogo entre Jesús y los fariseos fue público. A Cristo no

le interesaba defenderse Él ni defender a Sus discípulos ante los líderes de corazón endurecido; sin embargo, creyó necesario darles una merecida explicación a los que habían estado escuchando. Marcos resumió en un solo versículo el sermón que predicó Jesús sobre la cuestión fundamental que se había planteado:

Y llamando a sí a toda la multitud, les dijo: Oídme todos, y entended: Nada hay fuera del hombre que entre en él, que le pueda contaminar; pero lo que sale de él, eso es lo que contamina al hombre (Mr 7.14–15).

Entre otras cosas, Jesús estaba enseñando que la norma humana relacionada con lavarse antes de comer era ilógica. En realidad, no es lo que entra en una persona, incluyendo el alimento que se come sin lavarse las manos, lo que le contamina (Mt 15.20b). Antes, uno se contamina por lo que sale de uno, esto es, por sus propias acciones y palabras.

Las palabras de Cristo tenían implicaciones que trascendían el asunto inmediato de los lavamientos rituales. Marcos mencionó una conclusión sacada de lo dicho por Jesús: «Esto decía, haciendo limpios todos los alimentos» (Mr 7.19b). Las palabras de Marcos no significan que, en ese momento, los discípulos lo entendieran así. Marcos escribió esto unos treinta y tantos años después. Cuando se pusieron a recordar las cosas, los hombres inspirados vieron que esta verdad era una conclusión que inevitablemente se sacaba de lo dicho por Cristo. A los que conocemos la enseñanza neotestamentaria nos resulta difícil entender cuán radicales habrían sonado las palabras de Jesús a Sus oyentes. La instrucción de la ley relacionada con lo que los judíos podían y no podían comer (Lv 11) había sido grabada en las mentes de ellos desde su nacimiento (vea Hch 10.14). Las palabras de Cristo fueron tan inquietantes que, cuando estuvo a solas con Sus discípulos, Pedro le pidió que les explicara aquella «parábola» (Mt 15.15). El uso de la palabra «parábola» es señal de que, según Pedro, no había manera de que las palabras de Cristo pudieran tomarse literalmente.

Es probable que Jesús moviera su cabeza, desconcertado, cuando dijo: «¿También vosotros estáis así sin entendimiento?»

(Mr 7.18a). A Él no le sorprendía que la multitud no le entendiera; de sus apóstoles, en cambio, parece que sí esperaba que tuvieran mayor capacidad para entender. No obstante, les explicó con paciencia, diciéndoles: «¿No entendéis que todo lo de fuera que entra en el hombre, no le puede contaminar, porque no entra en su corazón, sino en el vientre, y sale a la letrina?» (Mr 7.18b–19a). En otras palabras, comer y eliminar lo comido es parte de un proceso natural que nada tiene que ver con el mérito moral de un hombre.

Es preciso advertir aquí algo que R. C. Foster expresó, escribiendo: «Sería completamente perverso tratar de aplicar este principio a cosas autodestructivas como el licor intoxicante o cualquier clase de veneno».⁹ Hay ciertas sustancias que si se ingieren *pueden* causar daño. Esta es la razón por la que los padres les dicen muy a menudo a sus hijos pequeños: «¡Sácate eso de la boca!». Hay que tomar en cuenta que el cuerpo es el «templo de Dios» (1 Co 3.16–17; 6.19); por lo tanto, debe evitarse cualquier cosa que haga daño al templo. Sin embargo, Cristo no estaba pensando en lo que tiene potencial para causar daño; sino en alimentos nutritivos y saludables que los judíos consideraban «inmundos».

Él continuó Su explicación, diciendo:

... lo que del hombre sale, eso contamina al hombre. Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre (Mr 7.20–23).

Un problema del corazón en aquel tiempo

Es mucho lo que podría decirse acerca de las «maldades» que se enumeran, pero deseo concentrarme en la palabra «corazón». En todo el relato, Jesús recalca que el problema más grande de los fariseos era un problema del *corazón*. Anteriormente, Él había dicho esas palabras porque ellos no adoraban a Dios de

⁹Foster, 669.

corazón (Mt 15.8; Mr 7.6). Aquí les dice, en otras palabras, que ellos se centraban en lo externo, en lo que entraba en el hombre, cuando debían haberse centrado en lo interno, en *el corazón*, que es la fuente de lo bueno y de lo malo.

Esto sugiere un tercer criterio para determinar si una tradición es mala o no: *una tradición es mala cuando se le da más importancia de lo debido*, cuando se hace un énfasis desviado en ella o cuando llega a ser tan importante para nosotros que la determinación por observarla ensombrece nuestra preocupación por obedecer los mandamientos de Dios. Cristo dijo que la obsesión de los fariseos con sus tradiciones hacía que ellos *descuidaran* el mandamiento de Dios (Mr 7.8).

¿Un problema del corazón hoy en día?

Como se afirmó anteriormente, preocuparse por darles indebida importancia a las tradiciones es más sutil que los otros criterios para determinar si una tradición es mala o no. La prueba es más subjetiva que objetiva; pero no deja de ser importante. Este tercer peligro puede atrapar a tantos o a más, que los otros dos que hemos analizado. Puede que nosotros no hayamos sustituido los mandamientos de Dios con nuestras tradiciones. Puede que no condenemos a otros por no guardar nuestras tradiciones. Sin embargo, todavía es posible que nuestras tradiciones hayan llegado a ser tan importantes para nosotros que nos inquieta más cuando las personas no las guardan, que cuando las personas desobedecen al Señor.

Si usted está asintiendo y pensando que conoce personas que hacen exactamente eso, permítame advertirle que este no es un principio para aplicarlo a *otros*, sino que es para aplicarlo a *usted*. Yo no puedo conocer el corazón de otro hombre. Puede que *me parezca* que las tradiciones de un hombre son demasiado importantes para él, pero no es algo que pueda *saber*. Es posible que dos personas observen exactamente las mismas tradiciones, pero una puede estarlas observando desde una perspectiva correcta y la otra desde una perspectiva desviada. No nos hagamos culpables de juzgar a otros sobre este asunto (Mt 7.1-2; Ro 2.1); que cada uno de nosotros se juzgue a sí mismo.

Conclusión

Al darle punto final a nuestro análisis de la enseñanza de Jesús sobre las tradiciones, viene a mi mente un lema no inspirado del pasado, que dice: «En asuntos de fe; unidad; en asuntos de opinión, libertad; y en todas las cosas, amor». Las tres partes de este lema sugieren tres preguntas que debemos hacernos en relación con nuestra práctica y enseñanza religiosa.

«*En asuntos de fe, unidad*». Un «asunto de fe» es el que tiene que ver con lo que Dios ha hablado en Su Palabra (Ro 10.17). En tales asuntos, necesitamos estar unidos (1 Co 1.10). Esto sugiere la primera pregunta que debemos hacer: «*¿Tengo yo autoridad bíblica para lo que hago y enseño?*». La pregunta que interesa, en relación con cualquier práctica no es «*¿Cuánto tiempo se ha hecho de este modo?*», sino «*¿Dónde se originó?*».

«*En asuntos de opinión, libertad*». Un «asunto de opinión» es el que tiene que ver con lo que Dios no ha hablado en Su palabra. En él está de por medio el criterio personal. En tales asuntos, no debemos imponer a otros nuestras opiniones. La consigna es «libertad». La Biblia nos enseña no usar nuestra libertad de un modo tal que haga daño a la iglesia o a otros cristianos (1 Co 8.9), pero un estudio a fondo de la libertad cristiana trasciende lo que podemos abarcar en esta presentación. Esto requiere un constante examen de conciencia, en el que debe hacerse esta pregunta: «*¿Ha hecho el tiempo que una forma expediente de cumplir un mandamiento, se haya vuelto tan importante en mi mente como el mandamiento mismo?*».

«*En todas las cosas, amor*». Cuando nuestros hermanos en Cristo tienen desacuerdos en asuntos de opinión con nosotros, debemos amarlos a pesar de ello (Jn 13.35; Ro 12.10). Ha habido hermanos que se han apartado y congregaciones que se han dividido por haberse hecho caso omiso de este principio básico. Uno y otro deben hacerse esta pregunta: «*¿Tengo yo el espíritu de Cristo en cuanto a las tradiciones inocuas que no quebrantan Escritura alguna y que no se imponen como ley?*». Es insensato insistir en hacer algo de cierto modo tan sólo porque «esa es la forma como siempre lo hemos hecho». Es igualmente insensato insistir en hacer algo de otro modo tan sólo porque deseamos ser diferentes. Cuando hay desacuerdo en asuntos de opinión, el amor, la consideración

y la sensibilidad son lo indicado.

El tema de las tradiciones es complejo. Los principios básicos son fáciles de enunciar, pero difíciles de aplicar. Esto no significa que el tema carezca, por lo tanto, de importancia, ni que no debamos esforzarnos por entender y obedecer los principios que enseña Jesús en Mateo 15 y Marcos 7. Antes, significa que nadie debe cometer la osadía de decir que tiene todas las respuestas. Significa que debemos estar preparados para estudiar, volver a estudiar, y luego continuar estudiando sobre todo «desacuerdo» que se presente. Significa que debemos tener paciencia unos con otros (Ef 4.2).

RETIRADA DEL TERRITORIO DE HERODES (MT. 15.21; MR. 7.24)

Mateo 15.21

²¹Saliendo Jesús de allí, se fue a la región de Tiro y de Sidón.

Marcos 7.24

²⁴Levantándose de allí, se fue a la región de Tiro y de Sidón; y entrando en una casa, no quiso que nadie lo supiese; pero no pudo esconderse.

Después de este choque con Sus enemigos, Jesús **se fue a la región de Tiro y de Sidón** (Mt 15.21). Ya hemos insinuado que un propósito probablemente era alejarse de los fariseos; sin embargo, el propósito primordial de Cristo evidentemente era estar a solas con los doce. Algunos autores sugieren que Jesús fue a Fenicia con el propósito de evangelizar, pero Marcos 7.24 y Mateo 15.24 indican que esto no fue así. La creciente hostilidad de Sus enemigos hacía incluso más imperativo que Él preparara a Sus apóstoles para el día cuando Sus adversarios lo matarían.

Hasta donde sepamos, esta fue la primera vez que Jesús puso pie en suelo extranjero. Tiro y Sidón eran ciudades costeras de la antigua tierra de Fenicia. Tiro y Fenicia habían sido parte de la

historia antigua del pueblo judío, historia que ellas habían afectado tanto negativa como positivamente. Fenicia era una angosta franja de tierra que estaba situada en la esquina nororiental del mar Mediterráneo, hacia el noroeste de Galilea. En los días de Cristo, formaba parte de la provincia romana de Siria.

**LA SANIDAD DE LA HIJA
DE UNA MUJER SIROFENICIA
(O CANANEA)
(MT 15.21–28; MR 7.24–30)**

Mateo 15.21–28

²¹Saliendo Jesús de allí, se fue a la región de Tiro y de Sidón. ²²Y he aquí una mujer cananea que había salido de aquella región clamaba, diciéndole: ¡Señor, Hijo de David, ten misericordia de mí! Mi hija es gravemente atormentada por un demonio. ²³Pero Jesús no le respondió palabra. Entonces acercándose sus discípulos, le rogaron, diciendo: Despídela, pues da voces tras nosotros. ²⁴El respondiendo, dijo: No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel. ²⁵Entonces ella vino y se postró ante él, diciendo: ¡Señor, socórreme! ²⁶Respondiendo él, dijo: No está bien tomar el pan de los hijos, y echarlo a los perrillos. ²⁷Y ella dijo: Sí, Señor; pero aun los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos. ²⁸Entonces respondiendo Jesús, dijo: Oh mujer, grande es tu fe; hágase contigo como quieres. Y su hija fue sanada desde aquella hora.

Marcos 7.24–30

²⁴Levantándose de allí, se fue a la región de Tiro y de Sidón; y entrando en una casa, no quiso que nadie lo supiese; pero no pudo esconderse. ²⁵Porque una mujer, cuya hija tenía un espíritu inmundo, luego que oyó de él, vino y se postró a sus pies. ²⁶La mujer era griega, y sirofenicia de nación; y le rogaba que echase fuera de su hija al demonio. ²⁷Pero Jesús le dijo: Deja primero que se sacien los hijos, porque no está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perrillos. ²⁸Respondió ella y le

dijo: Sí, Señor; pero aun los perrillos, debajo de la mesa, comen de las migajas de los hijos. ²⁹Entonces le dijo: Por esta palabra, ve; el demonio ha salido de tu hija. ³⁰Y cuando llegó ella a su casa, halló que el demonio había salido, y a la hija acostada en la cama.

Cuando Jesús llegó a la región de Tiro, Él [entró] **en una casa**, con el fin de mantener en secreto Su presencia, pero **no pudo esconderse** (Mr 7.24). Vimos anteriormente que las nuevas del ministerio de Cristo habían llegado incluso a «los alrededores de Tiro y de Sidón» (Mr 3.8). Por lo tanto, el Señor no tardó en ser interrumpido por alguien que buscaba Su ayuda: **Porque una mujer, cuya hija tenía un espíritu inmundo, luego que oyó de él, vino y se postró a sus pies. La mujer era griega, y sirofenicia de nación** (Mr 7.25–26a). La expresión «griego» o «griega» es usada a menudo en el Nuevo Testamento para hacer referencia a los gentiles en general. La expresión «sirofenicia» distinguía a los fenicios de otros ciudadanos de la provincia de Siria.

La mujer clamó diciendo: **¡Señor, Hijo de David, ten misericordia de mí!** (Mt 15.22a). La expresión «Hijo de David» era un término mesiánico israelita. La esperanza judía se había filtrado a las naciones que rodeaban a los judíos. (Compare esta frase con el uso que hace la mujer samaritana de la palabra «Mesías» en Juan 4.25). Ella dijo a Jesús: **Mi hija es gravemente atormentada por un demonio** (Mt 15.22b). Marcos subrayó que ella **le rogaba que echase fuera de su hija al demonio** (Mr 7.26b; énfasis nuestro). Según Mateo, ella daba voces (Mt 15.23). Esta era una insistente madre *ruidosa*. Su hijita necesitaba ayuda y deseaba que todo el mundo lo supiera.

El diálogo que resultó entre Jesús y la mujer es uno de los más dramáticos y desconcertantes de los evangelios. A primera vista, parece que Cristo la insultó deliberadamente.

Al comienzo, no le prestó atención, y los discípulos trataron de despedirla (Mt 15.23). Esta era la «solución universal» que ellos aplicaban a todo problema molesto (vea Mt 14.15). A la luz de Mateo 15.24, podrían haber estado insinuando que Jesús le diera a ella lo que deseaba para quitársela de encima y dejarlos en paz. Cuando por fin Él le habló, le dijo: **No soy enviado sino**

a las ovejas perdidas de la casa de Israel (Mt 15.24).

No había nada que disuadiera a esta madre desesperada. Ella continuó rogando con estas palabras: **¡Señor, socórreme!** (Mt. 15.25). Jesús le respondió diciendo: **Deja primero que se sacien los hijos, porque no está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perrillos** (Mr 7.27). La expresión «los hijos» en la anterior aseveración, se refiere obviamente a los judíos; de modo que «los perrillos» se referiría a los gentiles. La palabra «primero» indica que los gentiles tendrían su oportunidad *más adelante*, lo cual, en efecto, ocurrió. Ella, en vez de enojarse, respondió sagazmente, diciendo: **Sí, Señor; pero aun los perrillos, debajo de la mesa, comen de las migajas de los hijos», las migajas «que caen de la mesa de [los] amos** (Mr 7.28; Mt 15.27).

Una sonrisa debe de haber aparecido en el rostro de Jesús mientras decía: **Oh mujer, grande es tu fe; por esta palabra, ve; hágase contigo como quieres; el demonio ha salido de tu hija** (vea Mt 15.28a; Mr 7.29). Mateo escribió que **su hija fue sanada desde aquella hora** (Mt 15.28b). Marcos consignó que cuando ella volvió a casa **halló que el demonio había salido, y a la hija acostada en la cama** (Mr 7.30). No hay duda de que estaba cansada por la traumatizante experiencia.

Aunque dramática y fascinante, la historia no deja de ser desconcertante. Los comentaristas se esfuerzan por reconciliar las palabras que usó Jesús con lo que conocemos de Su carácter y propósito. Hay quienes indican que las palabras de Cristo se pueden tomar en sentido literal. Él realmente había sido enviado «a las ovejas perdidas de la casa de Israel» (Mt 10.6). Más adelante, «otras ovejas que no [eran] de este redil [esto es, los gentiles]» serían llamadas, de modo que tanto judíos como gentiles pudieran formar «un rebaño» bajo el cuidado del Buen Pastor (Jn 10.16). Entre tanto, recalcan estos comentaristas, Jesús había resuelto que nada le apartaría de su propósito primordial (Mt 10.5). Creo que Su preocupación por cumplir ese propósito fue un factor que influyó en la respuesta inicial de Cristo, pero esto, por supuesto, no lo explica todo. Jesús ya había respondido favorablemente en una ocasión anterior a una mujer gentil que clamó pidiendo ayuda (Mt 8.5–13). Además, después que dejó la región de Tiro, sanó a muchos gentiles. Al considerar por qué dijo Cristo

tales palabras, debemos descartar que tuviera prejuicio contra los gentiles. Jesús *no* adolecía del prejuicio normal que los judíos tenían contra las demás razas (vea Lc 2.32; Mt 8.10–12; 12.18, 21). Cada vez que Jesús ayudaba a un gentil, Él estaba plantando la idea que Dios también está interesado en los no judíos.

Otros recalcan el hecho de que no sabemos *cómo* fue que Cristo dijo las palabras dirigidas a la mujer. Nos recuerdan que, como regla general, Jesús adaptaba Su forma de hablar al carácter de la persona a quien hablaba. (Contraste la forma como habló al dirigente judío en Juan 3, con la forma como habló a la mujer samaritana en Juan 4.) Ellos explican, por lo tanto, que esta fue una animada conversación sostenida a propósito entre el Señor y una mujer con una mente ágil y con sentido del humor. Para mí no es difícil imaginarme a Jesús hablando con un brillo en Sus ojos. Debió de haber tenido una sonrisa en Su rostro al final de la conversación. Con todo lo anterior, hay más que decir en relación con este suceso.

Permítame proponer otra explicación de la respuesta que dio Jesús a la petición de la mujer. En vista de que al final del relato, se cuenta que Jesús sanó a la joven, creo que esta fue Su intención en todo momento. Además, el propósito de Sus palabras parece relacionarse con el elogio que hace Él de la fe de la madre al final del relato: «Oh mujer, grande es tu fe» (Mt 15.28a). B. S. Dean escribió: «La fe de ella, tan humilde, tan inconquistable, debió de haber traído alivio refrescante después de la hipocresía de los fariseos y la inconstancia de los galileos».¹⁰ Fueron sólo dos veces que Jesús elogió de tal manera la fe de alguien; y en ambos casos se trató de personas gentiles: esta mujer sirofenicia y un centurión romano (Mt 8.10; Lc 7.9). En otras palabras, uno de los propósitos que pudo haber tenido Jesús para decir las aparentemente duras palabras puede haber sido demostrar a Sus discípulos la profundidad de la fe de la mujer. Tenga presente que el Señor conocía el corazón de ella (Jn 2.25) y por lo tanto su fe. Considere también esta posibilidad: Jesús convirtió una molesta interrupción en una provechosa oportunidad al

¹⁰B. S. Dean, «Bosquejo de historia del Nuevo Testamento», *La Verdad para Hoy*, p. 19.

usar la ocasión como una lección ejemplarizante para los apóstoles, sobre la clase de fe que ellos necesitarían en el futuro. Él conocía los problemas que esperaban a los doce (Mt 10.17–18, 21–22, 24–25). La única manera como podían ser victoriosos era por medio de tener la clase de fe que tenía la mujer: una fe que rehusaba entrar en desánimo o abandono de su objetivo (1 Jn 5.4). Cada uno de nosotros necesita esta lección.

JESÚS EVITA PASAR POR EL TERRITORIO DE HERODES (MT 15.29; MR 7.31)

Mateo 15.29

²⁹Pasó Jesús de allí y vino junto al mar de Galilea; y subiendo al monte, se sentó allí.

Marcos 7.31

³¹Volviendo a salir de la región de Tiro, vino por Sidón al mar de Galilea, pasando por la región de Decápolis.

Cuando Jesús y Sus discípulos por fin salieron de la región de Tiro, ellos no volvieron inmediatamente a Galilea. En lugar de ello, siempre evitando pasar por territorio de Herodes, se trasladaron hacia el norte, a Sidón, luego al este, pasando por los montes y la cabecera del río Jordán y al final hacia el sur, bordeando la costa oriental del mar de Galilea, hasta llegar a un sitio desierto (Mr 8.4) en «la región de Decápolis» (Mr 7.31; vea el mapa «Palestina durante la vida de Cristo» en el apéndice).

En algunas armonías se considera que esta es «la segunda ocasión» en que Jesús sale de Galilea y en otras, que es la tercera, a pesar del hecho de que no fue de Galilea a Decápolis y por lo tanto, no «salió». No importa que haya sido o no una «salida», ni que haya sido la segunda o la tercera. Basta con saber que, durante este período, Cristo evitó pasar por territorio de Herodes.

**MUCHOS SON SANADOS,
INCLUYENDO A UN HOMBRE SORDO
(MT. 15.30–31; MR. 7.32–37)**

Mateo 15.30–31

³⁰Y se le acercó mucha gente que traía consigo a cojos, ciegos, mudos, mancos, y otros muchos enfermos; y los pusieron a los pies de Jesús, y los sanó; ³¹de manera que la multitud se maravillaba, viendo a los mudos hablar, a los mancos sanados, a los cojos andar, y a los ciegos ver; y glorificaban al Dios de Israel.

Marcos 7.32–37

³²Y le trajeron un sordo y tartamudo, y le rogaron que le pusiera la mano encima. ³³Y tomándole aparte de la gente, metió los dedos en las orejas de él, y escupiendo, tocó su lengua; ³⁴y levantando los ojos al cielo, gimió, y le dijo: Efata, es decir: Sé abierto. ³⁵Al momento fueron abiertos sus oídos, y se desató la ligadura de su lengua, y hablaba bien. ³⁶Y les mandó que no lo dijese a nadie; pero cuanto más les mandaba, tanto más y más lo divulgaban. ³⁷Y en gran manera se maravillaban, diciendo: bien lo ha hecho todo; hace a los sordos oír, y a los mudos hablar.

Cuando el Señor llegó a Su destino, subió al monte y se sentó allí (Mt 15.29), con el propósito, sin duda, de enseñarles a Sus discípulos. En aquellos tiempos, los maestros se sentaban para enseñar (Mt 5.1–2). Pero una vez más fue interrumpido: **se le acercó mucha gente que traía consigo a cojos, ciegos, mudos, mancos, y otros muchos enfermos; y los pusieron a los pies de Jesús** (Mt 15.30a). En el texto original se lee: «los arrojaron». Esto no significa que maltrataron a los enfermos. Lo que se quiere indicar con esto es la inquietud y la preocupación que les producía la condición de ellos.

Esta era más o menos la misma región donde Jesús había sanado a dos endemoniados y donde se le pidió que se fuera de aquellos contornos (Mr 5.17). Cristo había mandado a uno de los hombres sanados que diera a conocer cómo el Señor había

tenido misericordia de él (Mr 5.19). Inmediatamente, el hombre «comenzó a publicar en Decápolis cuán grandes cosas había hecho Jesús con él», y todos los que lo oyeron se maravillaron (Mr 5.20). La eficacia del mensaje del hombre se observa en los millares (Mr 8.9) que ahora venían de toda la región, en busca de ayuda (Mr 8.3). Anteriormente, los hombres de esa región habían dicho: «¡Vete!». Ahora la gente le rogaba, diciendo: «¡Ayúdanos!».

Si a Cristo le frustraban estas continuas interrupciones, era algo que no lo mostraba. En esta ocasión, convirtió la interrupción en una oportunidad para indicarles el camino al Dios vivo y verdadero a los corazones de un grupo de oyentes mayormente gentiles. Esta multitud estaba compuesta por gente diferente de la que se había reunido anteriormente sobre la ribera oriental del mar (los cinco mil), la cual había seguido a Jesús desde Capernaum y habría sido mayormente judía. La multitud de los cuatro mil hombres había venido de la región y habría estado compuesta mayormente por gentiles. ... **y los sanó; de manera que la multitud se maravillaba, viendo a los mudos hablar, a los mancos sanados, a los cojos andar, y a los ciegos ver; y glorificaban al Dios de Israel** (Mt 15.30b–31). En el texto original se lee que los «mutilados» fueron restaurados hasta quedar enteros. En la Living Bible se refleja la idea con esta paráfrasis: «a los que habían perdido brazos y piernas, se les dieron nuevos miembros». ¿Se imagina qué podría suceder si tomara usted a un hombre que le falte un brazo, a uno de los llamados «servicios de sanidad» de hoy? La frase «el Dios de Israel» es prueba adicional de que se trata de un grupo de oyentes mayormente gentiles.

Marcos consignó un suceso concreto: la sanidad de **un sordo y tartamudo** (Mr 7.32). Aparentemente, la tartamudez del hombre no se debía solamente a que era sordo. Marcos 7.35 dice que tenía una «ligadura de su lengua».

Y tomándole aparte de la gente, metió los dedos en las orejas de él, y escupiendo, tocó su lengua; y levantando los ojos al cielo, gimió, y le dijo: Efata, [una palabra aramea] es decir: Sé abierto (Mr 7.33–34).

En algunas versiones, los traductores añaden la expresión «con la saliva». El texto griego dice literalmente que «escupiendo, tocó su lengua». El texto original no dice en *qué dirección* escupió Cristo, y tampoco dice qué hizo con la saliva (si es que hizo algo). ¿Por qué metió Jesús Sus dedos en las orejas del hombre? ¿Por qué escupió? No se nos dice. En vista de que estas acciones no se repiten en sanidades similares, se consideran que no guardan relación con lo que hizo.

Por otro lado, el hecho de que «gimió» levantando los ojos al cielo, es significativo: Nos informa de que el Señor no sanaba mecánicamente, sin sentimiento; Su corazón se conmovía ante toda persona que tenía problemas con males físicos o espirituales. Un autor dijo que Cristo pudo haber gemido «porque pensó en los millones que había de sordos y mudos en este mundo que jamás oírían ni hablarían».¹¹

Después que Jesús dijo: «Sé abierto», al momento **fueron abiertos** [los oídos del hombre], **y se desató la ligadura de su lengua, y hablaba bien** (Mr 7.35). La gente se maravillaba en gran manera, diciendo: **bien lo ha hecho todo** (Mr 7.37).

Para el tiempo en que Jesús salió de aquella región, quedaron personas cuyos corazones estaban dispuestos a recibir el evangelio. Cuando la iglesia fue esparcida a raíz de la persecución ocurrida en Jerusalén (Hch 8.1–4), los cristianos fueron por toda la región de Palestina (Hch 8.2, 5; 11.19). Los corazones de muchos de los habitantes de esta estaban receptivos debido al trabajo hecho anteriormente por Juan el Bautista, y por Jesús y los apóstoles. Si uno reacciona de forma correcta a las interrupciones, estará mostrando el espíritu del Señor, y esto puede abrir la puerta a la enseñanza del evangelio a los que nos interrumpen.

¹¹McGarvey y Pendleton, 403. La referencia que hizo McGarvey fue a Frederic W. Farrar, *The Life of Christ (La vida de Cristo)* (New York: Cassell & Co., 1885), 229–30.

**ALIMENTACIÓN DE CUATRO
MIL HOMBRES
(MT. 15.32–39; MR. 8.1–9)**

Mateo 15.32–39

³²Y Jesús, llamando a sus discípulos, dijo: Tengo compasión de la gente, porque ya hace tres días que están conmigo, y no tienen qué comer; y enviarlos en ayunas no quiero, no sea que desmayen en el camino.³³Entonces sus discípulos le dijeron: ¿De dónde tenemos nosotros tantos panes en el desierto, para saciar a una multitud tan grande? ³⁴Jesús les dijo: ¿Cuántos panes tenéis? Y ellos dijeron: Siete, y unos pocos pececillos. ³⁵Y mandó a la multitud que se recostase en tierra. ³⁶Y tomando los siete panes y los peces, dio gracias, los partió y dio a sus discípulos, y los discípulos a la multitud. ³⁷Y comieron todos, y se saciaron; y recogieron lo que sobró de los pedazos, siete canastas llenas. ³⁸Y eran los que habían comido, cuatro mil hombres, sin contar las mujeres y los niños. ³⁹Entonces, despedida la gente, entró en la barca, y vino a la región de Magdala.

Marcos 8.1–9

¹En aquellos días, como había una gran multitud, y no tenían qué comer, Jesús llamó a sus discípulos, y les dijo: ²Tengo compasión de la gente, porque ya hace tres días que están conmigo, y no tienen qué comer; ³y si los enviare en ayunas a sus casas, se desmayarán en el camino, pues algunos de ellos han venido de lejos. ⁴Sus discípulos le respondieron: ¿De dónde podrá alguien saciar de pan a éstos aquí en el desierto? ⁵El les preguntó: ¿Cuántos panes tenéis? Ellos dijeron: Siete. ⁶Entonces mandó a la multitud que se recostase en tierra; y tomando los siete panes, habiendo dado gracias, los partió, y dio a sus discípulos para que los pusiesen delante; y los pusieron delante de la multitud. ⁷Tenían también unos pocos pececillos; y los bendijo, y mandó que también los pusiesen delante. ⁸Y comieron, y se saciaron; y recogieron de los pedazos que habían sobrado, siete canastas. ⁹Eran los que comieron, como cuatro mil; y los despidió.

Anteriormente, Jesús había mandado a un hombre sanado que le dijera a todo el mundo lo que había sucedido con él (Mr 5.19). Esta vez, «les mandó [a Sus oyentes] que *no* lo dijeren a nadie» (Mr 7.36a; énfasis nuestro); debido a que Su propósito no había cambiado. Ahora necesitaba más tiempo a solas con Sus discípulos.

Como era costumbre, Su petición no fue atendida, y Su fama se propagó por toda la región (vea Mr 7.36b). Los números crecieron hasta que hubo otra vez **una gran multitud** (Mr 8.1a), de unos **cuatro mil hombres, sin contar las mujeres y los niños** (Mt 15.38). Es probable que entre ocho y doce mil estuvieran presentes, algunos de los cuales habían venido **de lejos** (Mr 8.3).

Una vez más, Jesús se portó amablemente al ser interrumpido; aun cuando la interrupción se prolongó durante tres días (Mt 15.32, Mr 8.2). No se nos dan los detalles acerca de los tres días, pero no hay duda de que Él siguió enseñando y sanando. (Compare esto con lo que Él hizo anteriormente con los cinco mil; vea Mr 6.34; Mt 14.14.)

A diferencia de los que habían seguido a Cristo desde Capernaum (vea Mt 14.13, 14; Mr 6.32–34; Lc 9.10, 11), los que formaban parte de esta multitud habrían venido preparados con provisiones; pero después de tres días, se les habían acabado las reservas. En ese momento, la naturaleza de la interrupción cambió. Tenían la urgente necesidad de comer.

En consonancia con Su naturaleza, el Señor convirtió nuevamente una molesta interrupción en una provechosa oportunidad. Para reforzar una lección anterior, Él presentó primero el problema a Sus discípulos (Mt 15.32; Mr 8.1–3). Estos, en efecto, dijeron: «No tenemos idea de cómo resolver este problema» (Mt 15.33; Mr 8.4).

A algunos comentaristas les cuesta entender que los apóstoles hubieran olvidado tan rápidamente la alimentación de los cinco mil. Llegan a la conclusión de que el relato de la alimentación de los cinco mil y el de la alimentación de los cuatros mil no son más que variaciones de un mismo evento. No hay justificación para tal conclusión:

En primer lugar, Mateo y Marcos consignaron *ambos* eventos; y ellos no estaban escribiendo historias transmitidas de década

en década. Mateo escribió como testigo presencial, en vista de que él era uno de los apóstoles. El relato de Marcos se basaba en el testimonio de un testigo presencial (el testimonio de Pedro, uno de los apóstoles).

En segundo lugar, Jesús se refirió más adelante a *ambos* durante una reprensión que hizo a Sus discípulos (Mt 16.9–10; Mr 8.19–20).

En tercer lugar, aunque hay semejanzas entre uno y otro evento, también hay diferencias:

1) El lugar era diferente. El lugar donde ocurrió el primer milagro de alimentación milagrosa estaba situado cerca del extremo norte del mar de Galilea; el segundo estaba cerca del extremo sur.

2) La multitud era diferente. La primera se componía principalmente de judíos; mientras que la segunda se componía principalmente de gentiles.

3) El tamaño de la multitud era diferente: cinco mil hombres frente a cuatro mil hombres.

4) El tiempo que se ocupó fue diferente. La primera había estado allí sólo un día; mientras que la segunda había estado allí tres días.

5) La razón para la necesidad de alimento era diferente. La primera multitud no había traído alimento; mientras que a la segunda se le había acabado.

6) Los recursos disponibles eran diferentes. La primera vez había cinco panes y dos pececillos disponibles; mientras que la segunda vez hubo siete panes y unos pocos pececillos en juego.

7) Los instrumentos usados fueron diferentes. En el primer suceso se usaron doce cestas pequeñas; mientras que en el segundo se usaron siete canastas grandes. En relación con la segunda alimentación se usa una palabra griega diferente, (*σπυρίς*, *spuris*), para referirse a los recipientes. La palabra **canasta** en la alimentación de los cuatro mil se refiere a un recipiente grande, y a veces tan grande que podía caber un hombre.

Se podrían hacer notar otras diferencias: la primera multitud se recostó sobre la hierba (Mt 14.19; Mr 6.39), mientras que la segunda se recostó en tierra (Mt 15.35; Mr 8.6). La primera mul-

titud trató de hacer rey a Jesús; la segunda multitud no respondió del mismo modo. Quienquiera que crea que la Biblia es inspirada, deberá concluir que se trata de dos sucesos diferentes. Siendo cierto lo anterior, ¿cómo podemos explicar la respuesta de los apóstoles?

El hecho es que por lo general fue necesaria más de una oportunidad para que los discípulos entendieran una nueva verdad. J. W. McGarvey escribió que «no esperar un milagro, a pesar de la experiencia anterior, era algo que había ocurrido frecuentemente en la historia de Israel y de los doce [vea Nm 11.21–23; Sal. 78.19–20]»¹² Considere también que el hambre no era desconocida para Cristo y Sus apóstoles; como regla general, Jesús no saciaba el hambre con un milagro (vea Jn 4.6, 8, 31). Además, los doce pueden haber tomado la fuerte reprensión del Señor después de alimentar a los cinco mil (Jn 6.26–27) como señal de que Él no volvería a llevar a cabo tal milagro. Al tomar todos estos factores en consideración, la respuesta de ellos no es tan extraña como al principio nos pareció.

Una vez más, Jesús alimentó milagrosamente a las masas (Mt 15.34–38; Mr 8.5–9). Tenga presente que Él no hizo esto con el único objetivo de saciar el hambre, sino también para enseñar a los doce una lección necesaria.

Jesús no renunció a Su deseo de estar a solas con Sus discípulos. Después de alimentar al pueblo, los despidió y viajó por barca hacia la ribera occidental del mar (Mt 15.39; Mr 8.9–10). Sin embargo, de dos cosas puede usted estar seguro: Una, que habría más interrupciones (Mt 15.39; 16.1; Mr 8.10–11), y dos, que Cristo siempre convertiría las molestas interrupciones en provechosas oportunidades.

OTRA RETIRADA DEL TERRITORIO DE HERODES

Hemos visto que Jesús salió varias veces de Galilea: hacia la ribera oriental del mar de Galilea, y también hacia la región de Tiro y de Sidón, en Fenicia. Ahora veremos una más de las salidas de Cristo, en la cual se aleja bastante hacia el norte, pues va

¹²Ibíd., 405.

a la región montañosa de Cesarea de Filipo.

Cada salida ha tenido sus puntos culminantes. En una de ellas, por ejemplo, el Señor alimentó a cinco mil, y después anduvo sobre el agua. No obstante, en ninguna de las anteriores hubo tantos eventos trascendentales como en esta. En el transcurso de una semana, todos estos eventos ocurrieron: se declaró la buena profesión; se reveló el plan de Cristo de edificar Su iglesia; se hizo el primer anuncio claro e inequívoco de la muerte, la resurrección y la segunda venida de Jesús y se llevó a cabo la transfiguración. La mayoría de los comentaristas coinciden en que este fue un tiempo extraordinario para el Señor: un período cimero, y un lapso decisivo en Su ministerio.

Este debe de haber sido un tiempo de emociones extremas para Jesús (vea Mr 18.2a). Al ser Alguien totalmente humano, Cristo era semejante a nosotros «en todo» (He 2.17): Él podía alegrarse (Lc 10.21) y entristecerse (Lc 19.41; Jn 11.35). Durante los eventos que se abarcan en esta parte de nuestro estudio, Jesús pasó de los valles de la desilusión a las cumbres del entusiasmo, y luego volvió a los valles.

En Galilea: otro ataque de los enemigos de Jesús seguido de otra retirada (Mt 15.39—16.12; Mr 8.10—21)

Mateo 15.39—16.12

³⁹Entonces, despedida la gente, entró en la barca, y vino a la región de Magdala.

¹Vinieron los fariseos y los saduceos para tentarle, y le pidieron que les mostrase señal del cielo. ²Mas él respondiendo, les dijo: Cuando anochece, decís: Buen tiempo; porque el cielo tiene arreboles. ³Y por la mañana: Hoy habrá tempestad; porque tiene arreboles el cielo nublado. ¡Hipócritas! que sabéis distinguir el aspecto del cielo, ¡mas las señales de los tiempos no podéis! ⁴La generación mala y adúltera demanda señal; pero señal no le será dada, sino la señal del profeta Jonás. Y dejándolos, se fue.

⁵Llegando sus discípulos al otro lado, se habían olvidado de traer pan. ⁶Y Jesús les dijo: Mirad, guardaos de la levadura

de los fariseos y de los saduceos.⁷Ellos pensaban dentro de sí, diciendo: Esto dice porque no trajimos pan. ⁸Y entendiéndolo Jesús, les dijo: ¿Por qué pensáis dentro de vosotros, hombres de poca fe, que no tenéis pan? ⁹¿No entendéis aún, ni os acordáis de los cinco panes entre cinco mil hombres, y cuántas cestas recogisteis? ¹⁰¿Ni de los siete panes entre cuatro mil, y cuántas canastas recogisteis? ¹¹¿Cómo es que no entendéis que no fue por el pan que os dije que os guardaseis de la levadura de los fariseos y de los saduceos? ¹²Entonces entendieron que no les había dicho que se guardasen de la levadura del pan, sino de la doctrina de los fariseos y de los saduceos.

Marcos 8.10–21

¹⁰Y luego entrando en la barca con sus discípulos, vino a la región de Dalmanuta.

¹¹Vinieron entonces los fariseos y comenzaron a discutir con él, pidiéndole señal del cielo, para tentarle. ¹²Y gimiendo en su espíritu, dijo: ¿Por qué pide señal esta generación? De cierto os digo que no se dará señal a esta generación. ¹³Y dejándolos, volvió a entrar en la barca, y se fue a la otra ribera.

¹⁴Habían olvidado de traer pan, y no tenían sino un pan consigo en la barca. ¹⁵Y él les mandó, diciendo: Mirad, guardaos de la levadura de los fariseos, y de la levadura de Herodes. ¹⁶Y discutían entre sí, diciendo: Es porque no trajimos pan. ¹⁷Y entendiéndolo Jesús, les dijo: ¿Qué discutís, porque no tenéis pan? ¿No entendéis ni comprendéis? ¿Aún tenéis endurecido vuestro corazón? ¹⁸¿Teniendo ojos no veis, y teniendo oídos no oís? ¿Y no recordáis? ¹⁹Cuando partí los cinco panes entre cinco mil, ¿cuántas cestas llenas de los pedazos recogisteis? Y ellos dijeron: Doce. ²⁰Y cuando los siete panes entre cuatro mil, ¿cuántas canastas llenas de los pedazos recogisteis? Y ellos dijeron: Siete. ²¹Y les dijo: ¿Cómo aún no entendéis?

La última vez que vimos a Jesús y a Sus discípulos, ellos estaban en el lado oriental del Mar de Galilea. Ellos se subieron a una barca y cruzaron al lado occidental del mar, a **la región de Magdala y Dalmanuta** (Mt 15.39; Mr 8.10). Este lugar pudo haber estado cerca de la aldea de Magdala, que se encontraba a unos

seis o siete kilómetros al norte de Tiberias (vea el mapa «Palestina durante la vida de Cristo» en el apéndice).

Cuando Cristo llegó, Sus antiguos adversarios, los fariseos, aparecieron y **comenzaron a discutir con él** (Mr 8.11a). Aunque parezca extraño, estaban acompañados por los saduceos (Mt 16.1). Hemos hablado acerca de los saduceos anteriormente en nuestros estudios, pero esta es la primera vez que se les menciona en los evangelios. Normalmente, los fariseos y los saduceos eran enemigos a muerte; pero como los dos grupos consideraban a Jesús una amenaza, hicieron una alianza para destruirlo. Al igual que en la política, el odio puede producir extraños contubernios.

En esta ocasión, los fariseos repitieron un desafío que habían presentado anteriormente: Le pidieron a Cristo **señal del cielo, para tentarle** (Mr 8.11b; vea Mt 12.38–42; 16.1; Jn 2.18). En vista de que El señor había hecho cientos de milagros, incluyendo el de resucitar a los muertos, sería difícil decir qué era exactamente lo que deseaban. Tal vez tiene que ver algo la frase «del cielo». El texto griego original significa «proveniente del cielo». Esto se podría traducir por «proveniente del firmamento», en lugar de «proveniente de Dios». En Mateo 16.2–3 se usa la palabra griega que se traduce por «cielo» (οὐρανός, *ouranos*) para dar a entender «firmamento». Puede ser que los fariseos estuvieran desafiando a Jesús a detener el sol y la luna como lo había hecho Josué (Jos 10.12–13), a hacer que cayera fuego del cielo como lo había hecho Elías (1 R 18.38) o a hacer algo parecido.

Según Marcos, la confrontación de los fariseos y los saduceos hizo que Cristo gimiera **en su espíritu** (Mr 8.12). Él sabía que no había milagro, por más espectacular que fuera, que los dejara satisfechos. Eran como el ciego que decía: «Muéstrenme el color púrpura, y *entonces* creeré que existe tal color». Los ojos de ellos estaban cerrados; sus corazones estaban endurecidos; no había manera de que se convencieran.

Jesús les dio una respuesta breve. Dijo que ellos podían ver el cielo y pronosticar qué tiempo haría. Existe un antiguo dicho, que dice: «Un cielo rojo de noche es deleite para el pastor; un cielo

rojo en la mañana, es advertencia para el pastor.»¹³ Sin embargo, debido a su corazón prejuiciado, eran incapaces de ver a Jesús y Su ministerio y entender quién era Él (Mt 16.2–3). La frase **las señales de los tiempos** se refiere a «las señales» (esto es, los milagros) que Jesús estaba haciendo, y que probaban que habían llegado «los tiempos» que los judíos habían estado esperando por siglos: la llegada del Mesías y Su reino. *No* se refiere a «las señales» de la segunda venida de Cristo, como algunos insinúan.

Jesús concluyó diciendo: **La generación mala y adúltera demanda señal; pero señal no le será dada, sino la señal del profeta Jonás** (Mt 16.4a). Esta fue una referencia encubierta a la máxima prueba de Su deidad: Su resurrección (vea Ro 1.4). Así como Jonás estuvo tres días dentro del gran pez, Cristo estaría tres días dentro del sepulcro (Mt 12.40).

Si Jesús hubiera planeado pasar tiempo en Galilea, la pronta llegada de Sus enemigos impidieron que así fuera. Abruptamente, [los dejó, y] **se fue** (Mt 16.4b). Entró en una barca con Sus discípulos, y una vez más se dirigió a la ribera oriental del mar de Galilea (Mr 8.13), viajando esta vez a los alrededores de Betsaida.

Durante el viaje, Cristo les hizo una advertencia a Sus discípulos, diciéndoles: **Mirad, guardaos de la levadura de los fariseos y de los saduceos** (Mt 16.6). También dijo: **guardaos [...] de la levadura de Herodes** (Mr 8.15); que probablemente se refería a los herodianos que ya estaban tomando consejo con los fariseos para destruir a Jesús (Mr 3.6).

La figura de «la levadura» se usa a menudo en las Escrituras para referirse a la influencia, especialmente la influencia negativa. Es probable que Cristo estuviera pensando en las nociones parcializadas que enseñaban estos grupos, nociones que les impedían recibirlo como Mesías. Aun los discípulos tenían problemas con sus propias ideas preconcebidas acerca del Mesías y Su reino. La advertencia del Señor se puede poner en estas palabras: «Guardaos de ser influenciados por ideas preconcebidas que pueden impedirles ver la verdad».

¹³William Barclay, *The Gospel of Matthew (El evangelio de Mateo)*, ed. rev., vol. 2., The Daily Study Bible Series (Philadelphia. Westminster Press, 1975), 129.

Los apóstoles no tenían idea de qué era lo que estaba hablando Cristo. La referencia a «la levadura» los puso a pensar en el pan. La salida de Jesús había sido tan repentina que sólo habían traído un pan consigo (Mr 8.14). Interpretaron las palabras del Maestro como una reprimenda por no haber hecho provisiones adecuadas para el viaje (Mt 16.7; Mr 8.16).

A Jesús le molestó la falta de entendimiento de ellos, al llamarlos **hombres de poca fe** (Mt 16.8). Estaban cerca del sitio donde Él había alimentado recientemente a los cinco mil (Lc 9.10–17), y no lejos del lugar donde había alimentado a los cuatro mil (Mr 7.31; 8.1–9; vea el mapa «Palestina durante la vida de Cristo» en el apéndice). Si había alimentado a millares con escasas provisiones (Mt 16.9–10), ellos debían haber entendido que para Él no sería problema alimentar a Su pequeño grupo con un pan, si fuera necesario, y que Él, por lo tanto, no estaba pensando en el pan material. Los apóstoles al final **entendieron que no les había dicho que se guardasen de la levadura del pan, sino de la doctrina de los fariseos y de los saduceos** (Mt 16.12; énfasis nuestro).

En Betsaida: Un hombre ciego es sanado (Mr 8.22–26)

Marcos 8.22–26

²²Vino luego a Betsaida; y le trajeron un ciego, y le rogaron que le tocara. ²³Entonces, tomando la mano del ciego, le sacó fuera de la aldea; y escupiendo en sus ojos, le puso las manos encima, y le preguntó si veía algo. ²⁴El, mirando, dijo: Veo los hombres como árboles, pero los veo que andan. ²⁵Luego le puso otra vez las manos sobre los ojos, y le hizo que mirase; y fue restablecido, y vio de lejos y claramente a todos. ²⁶Y lo envió a su casa, diciendo: No entres en la aldea, ni lo digas a nadie en la aldea.

Como por lo general sucedía, Cristo tenía múltiples propósitos para salir de Galilea: Quería distanciarse de Sus enemigos (vea Mt 16.4b; Mr 8.13), pero también deseaba pasar tiempo a solas con Sus discípulos. Este último propósito llegaba a ser cada vez más importante, a medida que el momento de Su muerte

se acercaba (Mr 8.31). Decidió dirigirse hacia el lejano norte, hacia la región de Cesarea de Filipo, donde habría un mínimo de distracciones.

Emprendieron la marcha en esa dirección y llegaron a **Betsaida** (Mr 8.22a). Esta era Betsaida-Julias, que estaba sobre la ribera nororiental del mar (vea el mapa «Palestina durante la vida de Cristo» en el apéndice). Cuando ellos llegaron al pueblo, los habitantes de este **trajeron un ciego** a Jesús (Mr 8.22b) para que le sanara. Cristo no rehusó concederles la petición. Como siempre, tuvo compasión; pero estaba resuelto a evitar que se reuniera una multitud, porque una gran cantidad de seguidores les habría demorado el viaje. Se llevó al ciego fuera de la aldea para sanarlo (Mr 8.23a) y después le dijo a este, en otras palabras, que se fuera directo a casa sin decirle a nadie (Mr 8.26).

Sólo Marcos relata la sanidad milagrosa de este ciego, que hace Jesús. Este es uno de los dos milagros exclusivos de Marcos. (El otro es la sanidad de un sordo, sanidad que se recoge en Mr 7.31–37.) Este caso de sanidad tuvo varias características que se salían de lo común. Sólo era en ciertas ocasiones que Jesús tocaba a los que sanaba. Sólo una vez, además de esta, usó saliva en relación con la sanidad (Mr 7.33–34). El aspecto que más se sale de lo común de este suceso, sin embargo, es que este es el único milagro hecho en dos etapas. A menudo se dice que este milagro fue «gradual», pero usar esa terminología puede dar una impresión equivocada. Lo más que se invirtieron fueron unos minutos. Esto es muy diferente de los llamados «milagros graduales» de hoy, que se dice que requieren días, semanas o meses para realizarse. En vista de que se encuentra intercalado entre dos relatos en los cuales se narra que los discípulos tenían problemas con el entendimiento y la fe, se ha insinuado que es una lección práctica para enseñar que la fe no llega toda de una sola vez, sino que por etapas. En realidad no sabemos cuál fue el propósito de Jesús.

Hemos visto que características tales como tocar, escupir e incluso el aspecto único de las dos etapas de este milagro, fueron todas incidentales. Cristo usó varios métodos para recalcar que el poder no estaba en el procedimiento, sino en la Persona.

**Cerca de Cesarea de Filipo: La buena profesión
(Mt 16.13–20; Mr 8.27–30; Lc 9.18–21)**

Mateo 16.13–20

¹³Viniendo Jesús a la región de Cesarea de Filipo, preguntó a sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre? ¹⁴Ellos dijeron: Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías, o alguno de los profetas. ¹⁵El les dijo: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? ¹⁶Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente. ¹⁷Entonces le respondió Jesús: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. ¹⁸Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella. ¹⁹Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos. ²⁰Entonces mandó a sus discípulos que a nadie dijiesen que él era Jesús el Cristo.

Marcos 8.27–30

²⁷Salieron Jesús y sus discípulos por las aldeas de Cesarea de Filipo. Y en el camino preguntó a sus discípulos, diciéndoles: ¿Quién dicen los hombres que soy yo? ²⁸Ellos respondieron: Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, alguno de los profetas. ²⁹Entonces él les dijo: Y vosotros, ¿quién decís que soy? Respondiendo Pedro, le dijo: Tú eres el Cristo. ³⁰Pero él les mandó que no dijiesen esto de él a ninguno.

Lucas 9.18–21

¹⁸Aconteció que mientras Jesús oraba aparte, estaban con él los discípulos; y les preguntó, diciendo: ¿Quién dice la gente que soy yo? ¹⁹Ellos respondieron: Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, que algún profeta de los antiguos ha resucitado. ²⁰Él les dijo: ¿Y vosotros, quién decís que soy? Entonces respondiendo Pedro, dijo: El Cristo de Dios.

²¹Pero él les mandó que a nadie dijiesen esto, encargándose lo rigurosamente.

De Betsaida-Julias, Cristo y Sus seguidores continuaron su viaje, hasta que por fin llegaron a los alrededores de Cesarea de Filipo. Aquí Jesús les haría preguntas a Sus apóstoles, para comprobar si ellos realmente habían entendido quién era Él. Era esta una prueba crucial para los discípulos.

Después que Jesús oró (Lc 9.18), Él llamó a Sus discípulos y les preguntó: **¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?** (Mt 16.13). Ellos respondieron: **Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías, o alguno de los profetas** (Mt 16.14; vea Mr 6.14–16; Lc 9.7–8). Cada uno de estos hombres había sido un destacado siervo de Dios. Puede que parezca un cumplido, pero no lo era. Era un rechazo. Se rechazaba a Jesús como el Mesías.

Luego Jesús hizo la pregunta de suma importancia: **Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?** (Mt 16.15; énfasis nuestro). Sus apóstoles lo habían seguido inicialmente porque creían que era el Mesías anunciado (Jn 1.41, 49); pero Él no había cumplido las expectativas nacionales en cuanto al Mesías. Por un tiempo, grandes multitudes le siguieron, pero luego la corriente de la opinión popular se volcó contra Él (Jn 6.66). En vista de todo lo anterior, ¿creían todavía los discípulos en Él? ¿Estaban todavía seguros, firmemente seguros, de que Él era el Mesías?

Pedro levantó la voz, para expresar lo que se ha llegado a conocer como «la buena profesión», diciendo (vea 1 Ti 6.12, 13): **Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente** (Mt 16.16). «Cristo» es la forma griega de «Mesías». Pedro estaba afirmando que él realmente creía que Jesús era Aquel que había sido anunciado por los profetas, el que la nación judía había estado esperando.

No es difícil imaginar el entusiasmo en la voz de Jesús cuando dijo: **Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia** (Mt 16.17–18a). Esto no significa que Pedro hubiera recibido una revelación especial que otros no hubieran recibido. Antes, este es un reconocimiento en el sentido de que la fuente de la verdad acerca de Jesús es Dios, no el hombre. La *forma* como Dios reveló esto a Pedro, fue por medio de la vida y las enseñanzas de Jesús.

Ha habido una encendida polémica en torno a las palabras «Pedro» y «roca». Los católicos sostienen que el versículo 18 enseña que la iglesia fue edificada sobre Pedro. Mateo 16.18 es la «prueba» primordial de ellos en el sentido de que Pedro fue el primer papa. Es cierto que la palabra griega *petra* (πέτρα) que se traduce por «Pedro» significa «roca»; sin embargo, Jesús usó dos palabras diferentes para «roca» en el versículo 18. La palabra que se traduce por «Pedro» es *petros*, mientras que la palabra que se traduce por «roca» es *petra*. No solamente se usan diferentes palabras, sino que también la primera se encuentra en el género masculino, mientras que la segunda se encuentra en el género femenino. Además, los significados de las palabras son diferentes. W. E. Vine escribió esto: «*Petra* denota una masa de roca, en distinción a *petros*, una piedra o peñasco sueltos, o una piedra que se pueda arrojar o mover con facilidad».¹⁴ A veces se afirma que Jesús habría hablado en arameo, idioma que no tiene dos palabras separadas para referirse a «roca», pero esto no es más que conjetura. Lo que bien sabemos es que el texto inspirado que nos habla del evento, se encuentra en griego, y que usa dos palabras diferentes.

Cristo estaba usando un juego de palabras. Me lo imagino lanzando una piedra en Sus manos cuando, en otras palabras, decía: «Tú eres Pedro, una piedra». Luego, apuntando hacia el saliente rocoso sobre el cual estaba fundada Cesarea de Filipo, dijo: «Pero sobre una roca como *aquella* edificaré Mi iglesia».

¿Cuál *era* la roca sobre la cual el Señor había de edificar Su iglesia? La mayoría de los comentaristas no católicos coinciden en que se trataba de la verdad fundamental que Pedro acababa de confesar. J. W. McGarvey, por ejemplo, señaló lo siguiente:

... en vista de que Jesús mismo ocupa la posición de edificador en la metáfora, y Simón Pedro la de portador de las llaves, no es apropiado considerar ni a uno ni a otro como el fundamento. El fundamento, por lo tanto, debe de ser la confesión que Pedro acababa de hacer, en vista de que es lo único que queda sujeto a tal aplicación.¹⁵

¹⁴Vine, 974.

¹⁵McGarvey y Pendleton, 412.

Algunos comentaristas protestantes señalan que Efesios 2.20 dice que los cristianos están «edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo». A partir de este pasaje, ellos concluyen que [en Mt 16.18] Cristo *estaba* diciendo que Su iglesia se edificaría en un sentido sobre Pedro; excepto que no fue edificada *solamente* sobre Pedro, sino también sobre todos los apóstoles. Esta interpretación no es nociva (responde al argumento católico en el sentido de que la iglesia fue edificada exclusivamente sobre Pedro), pero dos comentarios serían indicados: (1) Las figuras de Mateo 16 y Efesios 2 son diferentes y no se deben confundir. (2) Aun en Efesios 2.20, el significado tendría que ser que la iglesia fue edificada sobre las *enseñanzas* de los apóstoles y profetas; enseñanzas que se centraban en Jesús (vea 1 Co 2.2; Gá 6.14).

Es una lástima que la polémica por Pedro y la roca haya ensombrecido el verdadero significado de la ocasión. Alentado por la confesión de Pedro, Jesús creyó que Sus discípulos estaban preparados para que se les mostrara el futuro. Así, Él primero hizo la sorprendente aseveración en el sentido de que había venido a establecer una *iglesia*, Su iglesia (vea Ef 1.22–23; 2.16; 3.10–11; 4.4; Col 1.18). Califico de «sorprendente» esta afirmación porque debió de haber sido completamente inesperada. No concordaba con el concepto judío de un reino tangible o material.

Al hacer este anuncio, Cristo no abandonó totalmente la terminología relacionada con el reino y el Mesías, con la cual estaban familiarizados Sus discípulos (vea Mt 16.19); pero sí estaba, en otras palabras, anunciando que Su reino no sería de naturaleza material, sino espiritual. Él no tenía interés en establecer una institución política; era Su *iglesia* lo que edificaría.

Esta es la primera vez que se usa la palabra «iglesia» en el Nuevo Testamento, pero ciertamente no la última. La palabra «iglesia» se encuentra más de cien veces en el Nuevo Testamento. Después de la resurrección de Jesús y el establecimiento del reino, esto es, de la iglesia, esta palabra llegó a convertirse en el vocablo predominante para describir a los seguidores de Cristo como grupo.

Volvamos a las palabras que dijo Jesús a Pedro en Mateo 16.18–19. Daniel había profetizado que el reino mesiánico sería

indestructible (Dn 2.44a). Cristo declaraba ahora que el reino, o la iglesia, jamás sería destruido: **las puertas del Hades no prevalecerán contra ella** (Mt 16.18b). El «Hades» es «el mundo invisible» de los muertos, y para cada persona, la «puerta» que lleva al mundo del Hades es la muerte. La muerte de *Jesús* no destruiría la iglesia: Aparentemente, el diablo pensó que estaba frustrando los planes de Dios cuando puso a Jesús sobre una cruz, pero esa muerte era esencial para la existencia de la iglesia (Hch 20.28; Ef 5.23, 25). Ni siquiera la muerte de *miembros de la iglesia* la destruiría. Si se diera muerte a todos los miembros de la iglesia, todavía no estaría destruida esta, porque la **simiente** de la iglesia, o del reino, es la Palabra (Lc 8.11). En vista de que la Palabra es indestructible (1 P 1.23–25), la iglesia *siempre* existirá, por lo menos en forma de simiente. Más adelante, Satanás daría inicio a la persecución contra los cristianos, pero su tiranía sirvió más bien para propagar la iglesia, y no para destruirla (Hch 8.1–4).

Luego Cristo galardonó con una promesa a aquel apóstol que habló con tanta apertura, diciéndole: **Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra habrá sido atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra habrá sido desatado en los cielos** (Mt 16.19; NASB¹⁶).

La segunda parte de esa promesa, atar y desatar, no fue prerrogativa exclusiva de Pedro; la promesa se amplió más adelante para abarcar a todos los apóstoles (Mt 18.18). Note cómo se lee en el texto: «... todo lo que atares en la tierra *habrá sido atado* en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra *habrá sido desatado* en los cielos» (énfasis nuestro). Pareciera que se ha expresado con poca fluidez, pero es una traducción literal. Debido a la poca fluidez, la mayoría de las traducciones evitan traducir literalmente el versículo; sencillamente usan «será» atado o «será» desatado. Aun la NASB fue cambiada para que se leyera «será» en una de las revisiones, pero la más reciente revisión volvió a la traducción literal.

Jesús sí le dio un privilegio especial a Pedro: la primera parte de la promesa: «te daré las llaves del reino de los cielos». El propósito primordial de las llaves es abrir y permitir la entrada.

¹⁶N. del T.: En la Reina-Valera se lee «será atado» y «será desatado».

Pedro fue el primero en decirles tanto a los judíos como a los gentiles cómo ser salvos (Hch 2.14–43; 10.24–43, 47; 15.7), y de este modo les dijo también cómo entrar en el reino, o la iglesia. Por supuesto que decirle a la gente cómo ser salvos no fue un privilegio exclusivo de Pedro; pues todos los apóstoles predicaron el evangelio salvador. El galardón especial dado a Pedro consistió en que él fue *el primero* en hacer esto.

Había sido un día emocionante. Los discípulos todavía tenían mucho que aprender, pero la fe de ellos estaba intacta. Jesús tenía que estar satisfecho; pero **mandó a sus discípulos que a nadie dijese que él era [...] el Cristo** (Mt 16.20). Llegaría el tiempo cuando se realizaría la audaz proclamación de aquella verdad (vea Hch 2.36), pero ese momento no había llegado todavía.

Cerca de Cesarea de Filipo.

Jesús anuncia Su muerte

(Mt 16.21–28; Mr 8.31–38; Lc 9.22–27)

Mateo 16.21–28

²¹Desde entonces comenzó Jesús a declarar a sus discípulos que le era necesario ir a Jerusalén y padecer mucho de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas; y ser muerto, y resucitar al tercer día. ²²Entonces Pedro, tomándolo aparte, comenzó a reconvenirle, diciendo: Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca. ²³Pero él, volviéndose, dijo a Pedro: ¡Quítate de delante de mí, Satanás!; me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres.

²⁴Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. ²⁵Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará. ²⁶Porque ¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma? ²⁷Porque el Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno conforme a sus obras. ²⁸De cierto os digo que hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte, hasta que hayan visto al Hijo

del Hombre viniendo en su reino.

Marcos 8.31–38

³¹Y comenzó a enseñarles que le era necesario al Hijo del Hombre padecer mucho, y ser desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, y ser muerto, y resucitar después de tres días. ³²Esto les decía claramente. Entonces Pedro le tomó aparte y comenzó a reconvenirle. ³³Pero él, volviéndose y mirando a los discípulos, reprendió a Pedro, diciendo: ¡Quítate de delante de mí, Satanás! porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres.

³⁴Y llamando a la gente y a sus discípulos, les dijo: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. ³⁵Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará. ³⁶Porque ¿qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ³⁷¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?

³⁸Porque el que se avergonzare de mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, el Hijo del Hombre se avergonzará también de él, cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles.

Lucas 9.22–27

²²Y diciendo: Es necesario que el Hijo del Hombre padezca muchas cosas, y sea desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, y que sea muerto, y resucite al tercer día.

²³Y decía a todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame. ²⁴Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, éste la salvará. ²⁵Pues ¿qué aprovecha al hombre, si gana todo el mundo, y se destruye o se pierde a sí mismo? ²⁶Porque el que se avergonzare de mí y de mis palabras, de éste se avergonzará el Hijo del Hombre cuando venga en su gloria, y en la del Padre, y de los santos ángeles. ²⁷Pero os digo en verdad, que hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte hasta que vean el reino de Dios.

En vista de que Jesús pensaba que Sus discípulos estaban preparados para enterarse acerca del futuro, Él anunció el establecimiento de Su iglesia. No obstante, a ellos les iba a resultar difícil recibir el anuncio adjunto. No podría haber iglesia sin Su muerte. La iglesia sería el cuerpo de personas salvadas por Su sangre (Ef 5.23, 25; vea Hch 20.28). Había llegado el momento de decirles a Sus apóstoles que Él debía morir.

Cristo se había referido anteriormente en forma encubierta a Su inminente muerte (Mt 9.15; 10.38; 12.38–40; Jn 2.19–22; 3.14–15), pero ahora dejaba el lenguaje figurado. Mateo escribió: **Desde entonces comenzó Jesús a declarar a sus discípulos que le era necesario ir a Jerusalén y padecer mucho de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas; y ser muerto, y resucitar al tercer día** (Mt 16.21). La frase «los ancianos [...] los principales sacerdotes y [...] los escribas» equivalía al Sane-drín, y se refería a tres de los principales componentes de este. Subraye en su mente la palabra «necesario»: Jesús estaba *comprometido* con el cumplimiento de los planes y propósitos de Dios (Jn 6.38.)

El evangelio de Marcos dice que Cristo **comenzó a enseñarles que le era necesario al Hijo del Hombre [...] ser muerto, y resucitar después de tres días. Esto les decía claramente** (Mr 8.31–32a; énfasis nuestro). La claridad de la aseveración de Jesús no facilitó a los discípulos que la entendieran ni que la recibieran. Todas sus vidas se les había enseñado que el reino del Mesías sería de naturaleza política. Por lo tanto, las palabras de Cristo acerca de morir no tenían sentido alguno para ellos. Si usted es de los que fue criado en el error religioso, pero después llegó a entender la verdad, podrá apreciar la dificultad con que tropezaban ellos.

Entre ellos, Pedro fue el que especialmente tuvo problemas con el anuncio del Señor. Después de todo, ¡acababa de declarar a Jesús como el Cristo, como el Mesías! ¡En su mente, también estaba declarando que confiaba totalmente en que Jesús iría adelante y establecería Su reino: un reino *material*! En lo que al apóstol se refería, la idea de un Mesías muerto era irreconciliable con el concepto de un Mesías que reinaba. Cristo había añadido que «después de tres días» Él resucitaría, pero tales palabras tam-

bién carecían de sentido para los apóstoles (vea Mr 9.10). Por lo tanto, se dio a la tarea de corregir a Cristo.

Como no deseaba avergonzar al Maestro delante de los demás discípulos, Pedro [le tomó] **aparte**. Cuando estuvieron solos **comenzó a reconvenirle, diciendo: Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca** (Mt 16.22). La audacia de Pedro en esta ocasión es casi incomprensible, pero siempre ha habido personas que profesan seguir al Señor, que sin embargo creen saber más que Él.

La reprensión de Jesús fue la más severa que Él alguna vez dio a aquel apóstol que con tanta franqueza hablaba, pues **volviéndose, dijo a Pedro: ¡Quítate de delante de mí, Satanás! me eres tropiezo...** (Mt 16.23). Poco tiempo atrás, le había llamado «Pedro», Su piedra de confianza; ahora le llamaba «Satanás», Su adversario demoníaco. El significado literal de la palabra «Satanás» es «adversario». Cristo estaba diciendo que, al tratar de apartarlo de Su destino, Pedro se había convertido en instrumento del diablo.

El problema de Pedro era que estaba mirando la cruz con ojos humanos, y no desde el punto de vista divino. Jesús le dijo: ... **no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres** (Mt 16.23).

El Señor estaba abrumado mentalmente por Su muerte verdadera (Mt 26.38–39). A esta carga se sumaba la incapacidad de Sus discípulos para entender la verdadera naturaleza de Su reino y de Su reinado. Estaban pensando en términos de diademas y no de muerte, de coronas y no de cruces, de alabanzas y no de persecuciones.

Jesús llamó a todos los discípulos y les dijo:

Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará. Porque ¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma? (Mt 16.24–26; vea también Mr 8.34–37; Lc 9.23–25).

Él añadió: **Porque el que se avergonzare de mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, el Hijo del Hombre se avergonzará también de él, cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles** (Mr 8.38). Estas palabras tienen aplicación general, pero tenga presente que Pedro recién se había «avergonzado» de las palabras que Jesús había hablado en relación con Su muerte.

En Su reprensión, Cristo había mencionado que vendría «en la gloria de su Padre con los santos ángeles». Ahora les aseguraba a Sus oyentes, diciéndoles: **«Porque el Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno conforme a sus obras** (Mt 16.27; énfasis nuestro). Esta fue la primera vez que claramente anunció la Segunda Venida. ¡A los apóstoles, los pensamientos debieron de haberles dado vuel-tas en sus cabezas debido a toda esta nueva revelación!

El Señor concluyó asegurándoles a Sus discípulos que el anuncio de Su muerte no significaba que Él había abandonado Sus planes de establecer Su reino: **De cierto os digo que hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte hasta que hayan visto el reino de Dios venido con poder** (Mr 9.1; vea también Mt 16.28; Lc 9.27). Preste mucha atención a la frase «con *poder*». Antes que Cristo ascendiera al Padre, Él les diría a los apóstoles que «[recibirían] *poder*» cuando viniera sobre ellos el Espíritu Santo (Hechos 1.8; énfasis nuestro), y que ellos debían quedarse en Jerusalén hasta que fueran «investidos de *poder* desde lo alto» (Lc 24.49; énfasis nuestro). Diez días después de la ascensión, en la fiesta judía de Pentecostés, el poder del Espíritu Santo vino sobre ellos (Hch 2.1–4) y Jesús cumplió Su promesa de edificar Su iglesia o reino. (Lea Hch 5.11; 8.1; Col 1.13; Ap 1.6, 9.)

Los que creen que Jesús no ha establecido Su reino todavía (tal como los premilenalistas) tienen dificultad con Marcos 9.1. Una manera como evaden la dificultad es diciendo que el pasaje se refiere a la transfiguración. J. W. McGarvey escribió lo siguiente: «Los que refieren esta expresión a la transfiguración con toda seguridad se equivocan, pues en ese momento no se

estableció ningún reino visible.»¹⁷

¿Entendieron los apóstoles lo que Cristo dio a entender cuando habló del reino que vendría con poder dentro del tiempo en que ellos estarían vivos? No lo entendieron, como tampoco entendieron su anuncio acerca del establecimiento de la iglesia y Su segunda venida; pero la simiente se había plantado.

**Cerca de Cesarea de Filipo (¿sobre el monte Hermón?):
la transfiguración (Mt 17.1–13; Mr 9.2–13; Lc 9.28–36)**

Mateo 17.1–13

¹Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan su hermano, y los llevó aparte a un monte alto; ²y se transfiguró delante de ellos, y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz. ³Y he aquí les aparecieron Moisés y Elías, hablando con él. ⁴Entonces Pedro dijo a Jesús: Señor, bueno es para nosotros que estemos aquí; si quieres, hagamos aquí tres enramadas: una para ti, otra para Moisés, y otra para Elías. ⁵Mientras él aún hablaba, una nube de luz los cubrió; y he aquí una voz desde la nube, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd. ⁶Al oír esto los discípulos, se postraron sobre sus rostros, y tuvieron gran temor. ⁷Entonces Jesús se acercó y los tocó, y dijo: Levantaos, y no temáis. ⁸Y alzando ellos los ojos, a nadie vieron sino a Jesús solo.

⁹Cuando descendieron del monte, Jesús les mandó, diciendo: No digáis a nadie la visión, hasta que el Hijo del Hombre resucite de los muertos. ¹⁰Entonces sus discípulos le preguntaron, diciendo: ¿Por qué, pues, dicen los escribas que es necesario que Elías venga primero? ¹¹Respondiendo Jesús, les dijo: A la verdad, Elías viene primero, y restaurará todas las cosas. ¹²Mas os digo que Elías ya vino, y no le conocieron, sino que hicieron con él todo lo que quisieron; así también el Hijo del Hombre padecerá de ellos. ¹³Entonces los discípulos comprendieron que les había hablado de Juan el Bautista.

¹⁷McGarvey y Pendleton, 417.

Marcos 9.2–13

²Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan, y los llevó aparte solos a un monte alto; y se transfiguró delante de ellos. ³Y sus vestidos se volvieron resplandecientes, muy blancos, como la nieve, tanto que ningún lavador en la tierra los puede hacer tan blancos. ⁴Y les apareció Elías con Moisés, que hablaban con Jesús. ⁵Entonces Pedro dijo a Jesús: Maestro, bueno es para nosotros que estemos aquí; y hagamos tres enramadas, una para ti, otra para Moisés, y otra para Elías. ⁶Porque no sabía lo que hablaba, pues estaban espantados. ⁷Entonces vino una nube que les hizo sombra, y desde la nube una voz que decía: Este es mi Hijo amado; a él oíd. ⁸Y luego, cuando miraron, no vieron más a nadie consigo, sino a Jesús solo.

⁹Y descendiendo ellos del monte, les mandó que a nadie dijese lo que habían visto, sino cuando el Hijo del Hombre hubiese resucitado de los muertos. ¹⁰Y guardaron la palabra entre sí, discutiendo qué sería aquello de resucitar de los muertos. ¹¹Y le preguntaron, diciendo: ¿Por qué dicen los escribas que es necesario que Elías venga primero? ¹²Respondiendo él, les dijo: Elías a la verdad vendrá primero, y restaurará todas las cosas; ¿y cómo está escrito del Hijo del Hombre, que padezca mucho y sea tenido en nada? ¹³Pero os digo que Elías ya vino, y le hicieron todo lo que quisieron, como está escrito de él.

Lucas 9.28–36

²⁸Aconteció como ocho días después de estas palabras, que tomó a Pedro, a Juan y a Jacobo, y subió al monte a orar. ²⁹Y entre tanto que oraba, la apariencia de su rostro se hizo otra, y su vestido blanco y resplandeciente. ³⁰Y he aquí dos varones que hablaban con él, los cuales eran Moisés y Elías; ³¹quienes aparecieron rodeados de gloria, y hablaban de su partida, que iba Jesús a cumplir en Jerusalén. ³²Y Pedro y los que estaban con él estaban rendidos de sueño; mas permaneciendo despiertos, vieron la gloria de Jesús, y a los dos varones que estaban con él. ³³Y sucedió que apartándose ellos de él, Pedro dijo a Jesús: Maestro, bueno es para nosotros que estemos aquí; y hagamos tres enramadas, una para ti, una para Moisés, y una para Elías; no sabiendo lo que decía. ³⁴Mientras él decía esto,

vino una nube que los cubrió; y tuvieron temor al entrar en la nube. ³⁵Y vino una voz desde la nube, que decía: Este es mi Hijo amado; a él oíd. ³⁶Y cuando cesó la voz, Jesús fue hallado solo; y ellos callaron, y por aquellos días no dijeron nada a nadie de lo que habían visto.

Los evangelios no nos informan de lo que ocurrió durante los pocos días que siguieron. Sólo podemos imaginar la tensión creciente que se suscitó entre los discípulos al tratar estos de reconciliar las palabras de Jesús con lo que hasta ese momento se les había enseñado en sus vidas. Al final de ese período, es probable que el Señor estuviera preparado para otra experiencia cumbre; y de hecho tuvo tal experiencia sobre una cumbre literal.

Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan su hermano, y los llevó aparte a un monte alto; y se transfiguró delante de ellos, y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz. Y he aquí les aparecieron Moisés y Elías, hablando con él (Mt 17.1-3).

Lucas consignó el tema de la conversación entre Moisés, Elías y Cristo: **hablaban de su partida, que iba Jesús a cumplir en Jerusalén (Lc 9.31)**. En lugar de «partida», lea usted «muerte». Los discípulos tenían dificultad con la idea de que el Mesías moriría, pero aquellos héroes antiguotestamentarios sí entendían cuán necesaria era Su muerte para los fieles de todas las eras (He 9.15).

Abrumado por la experiencia, y no sabiendo qué decir (Mr 9.6), Pedro dejó escapar lo primero que se le ocurrió, diciendo: **Señor, bueno es para nosotros que estemos aquí; si quieres, hagamos aquí tres enramadas: una para ti, otra para Moisés, y otra para Elías (Mt 17.4)**. Mientras él aún hablaba **una nube de luz los cubrió; y he aquí una voz desde la nube, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd (Mt 17.5)**. Después que la voz habló, **cuando miraron, no vieron más a nadie consigo, sino a Jesús solo (Mr 9.8)**.

Esta visión fue para beneficio de los discípulos: confirmaba la confesión que había hecho Pedro, y confirmaba el anuncio hecho por el Señor acerca de Su inminente muerte en Jerusalén. Recalcaba a los apóstoles que ellos debían «[oírlo] a él», les dijera *lo que les dijera*.

Este evento sin precedente también fue para beneficio de Jesús. Los doce no entendían la importancia de Su muerte, pero Moisés y Elías sí. Puede que los hombres lo hubieran desechado, pero Dios no. El Señor había hablado desde el cielo en el momento del bautismo de Cristo, poniendo Su sello de aprobación sobre Sus treinta años de preparación. Ahora le daba la aprobación a Su ministerio personal. Así preparaba el cielo a Jesús para la prueba que le aguardaba.

Cuando descendieron del monte, Jesús les mandó, diciendo: No digáis a nadie la visión, hasta que el Hijo del Hombre resucite de los muertos (Mt 17.9). En el anuncio relacionado con Su muerte, Cristo había mencionado Su resurrección (Mt 16.21), pero ahora usaba este evento como una referencia temporal. Una vez más, Sus discípulos estaban desconcertados; discutían **qué sería aquello de resucitar de los muertos** (Mr 9.10). En vista de que el Señor a menudo les hablaba en parábolas (Mt 13.35), evidentemente pensaron que estaba usando lenguaje figurado.

No le pidieron a Jesús que les explicara qué quiso dar a entender con «resucitar de los muertos», pero sí le preguntaron acerca de algo que les había inquietado. Acababan de ver a Elías, pero el profeta se había manifestado hacia el final del ministerio de Cristo, no al comienzo. Por lo tanto, le preguntaron: **¿Por qué, pues, dicen los escribas que es necesario que Elías venga primero?** (Mt 17.10; énfasis nuestro).

Cristo había recalcado anteriormente que las profecías relacionadas con la venida de Elías se habían cumplido en el ministerio de Juan el Bautista (Mt 11.14; Lc 1.17), pero la aparición del mismo Elías sobre el monte confundió a los apóstoles. Jesús explicó nuevamente que Elías ya había venido (Mt 17.12). **Entonces los discípulos comprendieron que les había hablado de Juan el Bautista** (Mt 17.13).

APLICACIÓN:
«VIMOS SU GLORIA»
(MT 17.1–8; MR 9.2–8; LC 9.28–36)

Imagínese que hubiera sido usted uno de los apóstoles que anduvo tres años con Jesús y considere todos los maravillosos portentos que habría presenciado. Habría estado allí cuando Jesús alimentó a los cinco mil, cuando anduvo sobre el agua, cuando calmó la tempestad y cuando resucitó a los muertos. Una pregunta interesante que se podría plantear es esta: «De todo lo que hubiera visto, ¿qué me habría impresionado más?». No sé qué respuesta le daría usted a esta pregunta, pero sí sé de cierto evento que dejó una huella indeleble en los apóstoles que tuvieron el privilegio de presenciarlo: el evento de la transfiguración. Uno de los que estuvieron presentes dijo más adelante:

... habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad. Pues cuando él recibió de Dios Padre honra y gloria, le fue enviada desde la magnífica gloria una voz que decía: Este es mi Hijo amado, en el cual tengo complacencia. Y nosotros oímos esta voz enviada del cielo, cuando estábamos con él en el monte santo (2 P 1.16–18).

Otro que estuvo presente escribió:

En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios (Jn 1.1).

Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad (Jn 1.14).

Es probable que el autor de los últimos dos pasajes estuviera tomando en cuenta otros eventos además de la transfiguración (vea Jn 2.11); sin embargo, no hay duda de que este memorable evento estaba incluido en la frase «vimos su gloria» (vea Lc 9.31–32).

Al estudiar acerca de la transfiguración de Jesús,¹⁸ usaremos Mateo 17 como el texto principal; pero consultaremos Marcos 9 y Lucas 9 para buscar detalles complementarios. Que esta presentación nos ayude a todos a «ver Su gloria».

El incidente importante

(Mt 17.1–2; Mr 9.2–3; Lc 9.28–29)

Así comienza diciendo el texto: «*Seis días después*, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan su hermano, y los llevó aparte a un monte alto» (Mt 17.1; énfasis nuestro). También en Marcos se lee «*seis días después*» (Mr 9.2), pero en Lucas se lee «como *ocho días después* de estas palabras» (Lc 9.28). Mateo y Marcos contaron los días intercalados entre los dos sucesos, mientras que Lucas incluyó los días de los sucesos. Hoy en mi país diríamos: «una semana después». ¿Qué había sucedido seis días atrás?

Casi una semana antes, Pedro había hecho la buena profesión y Cristo había anunciado que edificaría Su iglesia (Mt 16.16, 18). En esa ocasión había revelado que debía morir para cumplir tal anuncio. Esto es lo que leemos: «Desde entonces comenzó Jesús a declarar a sus discípulos que le era necesario ir a Jerusalén y padecer mucho de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas; y ser muerto...» (Mt 16.21). En lugar de ir a Jerusalén a establecer un reino terrenal, como Sus discípulos imaginaban, iría a Jerusalén a morir.

Los discípulos no entendieron las palabras de Cristo; la muerte del Mesías no coincidía con el concepto que tenían ellos del reino. «Entonces Pedro, [tomando a Jesús] aparte, comenzó a reconvenirle, diciendo: Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca» (Mt 16.22). Cristo reprendió a Pedro y luego a todos los apóstoles (Mt 16.23–27; vea Mr 8.38; Lc 9.26).

Imagine usted la tirantez que probablemente existió entre Jesús y Sus seguidores durante aquellos seis largos días. No hay constancia de nada que sucediera durante esos días. Finalmente, seis días después, Jesús llevó a tres de los apóstoles «a un monte

¹⁸La fuente primordial para este sermón fue G. Campbell Morgan, *The Crises of the Christ (Las crisis del Cristo)* (New York: Fleming H. Revell Co., 1936), 215–67. Morgan incluyó tres capítulos sobre la transfiguración.

alto», incluyendo a aquel Pedro que acostumbraba decir lo que tenía en mente.

No se nos dice por qué Jesús tomó a estos tres; sin embargo, hubo varias ocasiones en que Él los llevó aparte de los demás apóstoles (Mr 5.37; 9.2; 14.33). Puede que haya actuado así porque estaba previendo las necesidades que tales apóstoles tendrían en el futuro. Pedro, por ejemplo, necesitaba madurar para llegar a ser un líder y Jacobo necesitaba prepararse para el martirio (Hch 12.2). Tal vez actuó de esta manera porque creía que estos tres constituían el mejor medio para influenciar a los otros nueve. Es posible incluso que, al igual que nosotros, Jesús, por Su condición humana, necesitara amigos íntimos. No es de extrañar, entonces, que a Juan, que se encontraba entre los tres, se le conociera como «el discípulo amado» (Jn 21.20; vea 13.23; 19.26; 20.2).

Tampoco se nos dice a cuál monte subieron. Pedro lo llamó simplemente «el monte santo» (2 P 1.18). Una tradición no inspirada dice que se trataba del monte Tabor, de Galilea; no obstante, es más probable que fuera el monte Hermón, que no está lejos del lugar donde Pedro hizo la buena profesión. El monte Hermón es el más alto de Palestina; sus «cumbres cubiertas de nieve» se elevan hasta alcanzar «casi tres mil trescientos metros sobre el nivel del valle».¹⁹

El motivo de Jesús para subir al monte no era transfigurarse, sino más bien tener comunión con Su Padre. Lucas escribió que «tomó a Pedro, a Juan y a Jacobo, y subió al monte a orar» (Lc 9.28). Puede que hubiera hecho esto con el propósito de ayudar a los apóstoles a fortalecerse en la práctica de la oración; pero, como a menudo sucedía, estos se durmieron durante el servicio (Lc 9.32; vea Mt 26.40, 43, 45).

Entonces, repentinamente, «entre tanto que oraba», «se transfiguró delante de ellos» (Lc 9.29a; Mt 17.2a). La palabra griega μεταμορφώω (*metamorphoo*), que se traduce por «transfiguración», es la misma de la cual obtenemos «metamorfosis», una palabra que da a entender un cambio radical. No hay palabras para describir la magnificencia de la transformación. Los auto-

¹⁹Gordon Powell, *Difficult Sayings of Jesus (Palabras difíciles de Jesús)* (S. I.: Fleming H. Revell Co., 1962), 63.

res de los evangelios trataron de describir el efecto mediante términos comparativos.

... y se transfiguró delante de ellos, y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz (Mt 17.2).

Y sus vestidos se volvieron resplandecientes, muy blancos, como la nieve, tanto que ningún lavador en la tierra los puede hacer tan blancos (Mr 9.3).

Y [...] la apariencia de su rostro se hizo otra, y su vestido blanco y resplandeciente (Lc 9.29).

He aquí una posible manera de reflexionar sobre lo que ocurrió: Jesús era Dios y a la vez Hombre (Mateo 1.23), pero al andar sobre esta tierra, la mayoría de las personas sólo veían Su humanidad. En esta ocasión especial, no obstante, Su divinidad pudo brillar a través de Su humanidad. Pedro, Jacobo y Juan recibieron un vislumbre de Su deidad que a pocos se les ha dado.

La intención impresionante (Mt 17.3–8; Mr 9.4–8; Lc 9.30–36)

A medida que avanzamos en el estudio, deseamos preguntar: «¿Cuál fue el propósito de la transfiguración?». Permítame insinuar cuatro posibles motivos para que ocurriera este evento fuera de lo común.

Humanidad coronada

De vez en cuando, en la vida de Cristo, hubo eventos dramáticos que culminaron el pasado y prepararon el camino hacia el futuro. Su bautismo fue uno de tales eventos. En esa ocasión, Dios anunció que daba Su aprobación a los treinta años en que Jesús se había estado preparando y el Espíritu Santo vino sobre Cristo con el fin de prepararlo para Sus tres años de ministerio público (Mt 3.16–17). La transfiguración fue otro momento culminante. En esta ocasión Dios le puso Su «sello de aprobación», no sólo a los años de preparación de Jesús, sino también a Sus

años de ministerio (Mt 17.5).

Cristo era lo que Dios había deseado que la humanidad fuera cuando puso al ser humano sobre la tierra. La gente había pecado (Gn 3.5; Ro 3.23), pero Jesús no (He 4.15). En el momento de la transfiguración, Cristo pudo haber regresado a la presencia del santo Dios justo en la condición en que se encontraba; si no hubiera habido otro motivo para Su venida. Por supuesto que había otro motivo, el cual lleva a un segundo propósito de la transfiguración.

«Éxodo» confirmado

Lucas escribió: «Y Pedro y los que estaban con él estaban rendidos de sueño; mas permaneciendo despiertos, vieron la gloria de Jesús...» (Lc 9.32). El autor deseaba que entendiéramos que Pedro, Jacobo y Juan no estaban soñando; sino que se hallaban totalmente despiertos cuando la apariencia de Jesús los deslumbró.

Pronto hubo más eventos que les asombraron: «Y he aquí dos varones que hablaban con [Cristo], los cuales eran Moisés y Elías» (Lc 9.30). Moisés y Elías eran dos de los más grandes héroes de la fe judía (He 11.23–29; Stg 5.17). Pedro, Jacobo y Juan pudieron haber escuchado historias acerca de ellos estando en el regazo de sus padres. También habrían oído a los rabinos alabar sus nombres. Moisés fue el gran dador de la ley y Elías fue el que llamó a la gente a volver a la ley.

No se nos dice por qué fue que a estos dos se les concedió el privilegio de aparecer junto al Señor en el monte de la transfiguración. Tal vez se debió a que ambos estaban relacionados con el Mesías en las profecías del Antiguo Testamento (Dt 18.15; Mal 4.5–6). Muchos suponen que la razón por la que estos dos fueron elegidos es que Moisés representaba la Ley, mientras que Elías representaba a los profetas: dos de los grandes testimonios de la deidad de Jesús (Jn 1.45; vea Lc 24.44). Se han insinuado otros posibles nexos con la vida de Jesús: Los tres tuvieron significativas experiencias cumbre, y el fin de la vida de los tres fue inusual (respecto de Moisés, vea Dt. 34.6; tocante a Elías, vea 2 R 2.11).

Jesús, Moisés y Elías tenían mucho en común, así que había

muchos temas sobre los que podrían haber hablado. A Moisés no se le había permitido entrar en la Tierra de Promisión (Nm 20.12), y en el caso de Elías, hacía siglos que este había andado sobre las verdes llanuras de Galilea; es probable que se habrían dado gusto hablando con Jesús acerca de Sus viajes por el país. Los tres habían conocido las dificultades que conlleva la responsabilidad del liderazgo; por lo tanto, podrían haber comentado sobre lo agotador que es tratar de comunicar aun las verdades más básicas. De haberse dado tal conversación, me imagino cómo pudo haberse desarrollado: «Jesús dijo: “Déjenme contarles sobre mis discípulos *con problemas de aprendizaje*”. Moisés dijo: “¡Permítanme contarles sobre los tercios israelitas!”. Y Elías dijo: “¡Eso no es nada! ¡Déjenme que les cuente acerca de Acab y Jezabel!”». No obstante, la conversación no giró alrededor de estos temas ni alrededor de temas parecidos.

Según Lucas, ellos «hablaban de su partida, que iba Jesús a cumplir en Jerusalén» (Lc 9.31). La palabra griega que se traduce por «partida» (ἔξοδος, *exodon*) es la misma que se traduce por «éxodo». «Éxodo» es una palabra compuesta, que combina la palabra griega para «camino» o «vía» (ὁδός, *odos*) con la preposición «fuera» (ἐξ, *ek* o *ex*); significa literalmente «la vía que lleva fuera». Relación con el Éxodo de Egipto: cuando los hijos de Israel dejaron este país para ir a la Tierra de Promisión. En Lucas 9 la palabra «éxodo» abarca la muerte, la resurrección y la ascensión del Señor. Describe gráficamente que Cristo partiría de esta vida y por último de este mundo.

¿Por qué supone usted que el tema de la inminente crucifixión de Jesús ocupaba las mentes de Moisés y Elías? Ellos pudieron haber tenido un interés relacionado con su *ocupación*: los años que le dedicaron a su labor apuntaron hacia este evento. El propósito de la ley dada por Moisés era llevar a la gente a Cristo (Gá 3.16, 19, 24–25). Elías había sido uno de los profetas que trabajaron para preparar un pueblo por medio del cual pudiera venir el Mesías. De conformidad con los profetas, cuando el Mesías-Cristo viniera, Él había de morir por el pueblo (Is 53.4–6).

No obstante, lo más probable es que Moisés y Elías tuvieran una razón más *personal* para interesarse por la muerte de Jesús: ¡No podían ir al cielo a menos que Él muriera por los pecados

de ellos! El Antiguo Testamento habla de personas que eran perdonadas, pero este era un perdón provisional, que anticipaba el máximo sacrificio de Cristo.

Una ilustración que se usa a veces es la del Buen Samaritano, que dio dinero al mesonero y le dijo: «Cuídamele [al herido]; y todo lo que gastes de más, yo te lo pagaré cuando regrese» (Lc 10.35). Cuando el herido se recuperó y se disponía a salir, si hubiera preguntado cuánto debía, el dueño de la posada habría dicho algo como esto: «No se preocupe. Ya está pago». Sin embargo, la deuda sólo había sido saldada *como anticipo* del regreso del samaritano para terminar de pagarla.

El autor de la epístola a los Hebreos dijo que Jesús «es mediador de un nuevo pacto [el Nuevo Testamento], para que *interviniendo muerte para la remisión de las transgresiones que había bajo el primer pacto [el Antiguo Testamento]*, los llamados reciban la promesa de la herencia eterna» (He 9.15; énfasis nuestro). A los predicadores colonizadores les encantaba decir que «la sangre de Jesús fluyó tanto para atrás como para adelante».

Moisés y Elías tenían, por lo tanto, un interés personal en la muerte de Cristo. Hicimos notar que Jesús podía haber regresado al cielo y que podía haberlo hecho justo en la condición en que se encontraba, sin embargo, de haberlo hecho, no habría habido en el cielo ningún otro que hubiera habitado en un cuerpo humano. Debía morir para que Moisés fuera al cielo. Tenía que morir para que Elías pudiera ir al cielo. Esta conversación fue, por lo tanto, de suma importancia para estos dos ilustres personajes antiguotestamentarios.

El diálogo también fue importante para el Señor. Sus discípulos habían tratado de disuadirle de ir a la cruz (Mt 16.22). No hay duda de que Moisés y Elías le animaron a no permitir que nada le impidiera cumplir el plan de Dios para la salvación de la humanidad. De esta forma, la transfiguración no sólo culminó el pasado, sino que también ayudó a preparar a Jesús para el futuro, esto es, para la crucifixión.

Autoridad definida

Además de los anteriores dos propósitos primordiales, deben mencionarse otras dos razones para la transfiguración.

Una tercera razón es que se definió la autoridad de Cristo en esa ocasión.

Los discípulos se alarmaron por lo que vieron (Mr 9.6); pero, estuviera temeroso o no, siempre se podía contar con Pedro para decir *algo*. Y esto fue lo que se le ocurrió decir: «Señor, bueno es para nosotros que estemos aquí; si quieres, hagamos aquí tres enramadas: una para ti, otra para Moisés, y otra para Elías» (Mt 17.4). Marcos dijo que Pedro «no sabía qué responder» (Mr 9.6; NASB), mientras que Lucas consigna que habló «no sabiendo lo que decía» (Lc 9.33). Pedro no sabía qué decir; y después que lo dijo, no supo qué había dicho.

Pedro no sabía qué estaba diciendo cuando especificó el lugar: «Señor, bueno es para nosotros que estemos *aquí* [...] hagamos *aquí* tres enramadas...». En otras palabras, esto es lo que el apóstol le estaba diciendo a Jesús: «¡Lucas exactamente como el Mesías que había imaginado! Así que olvídate de ir a Jerusalén, donde te aguarda la muerte. Quedémonos *aquí* sobre el monte, donde estás rodeado de gloria». No entendía que si Cristo se hubiera quedado allí, no habría muerto por nuestros pecados (1 Co 15.3), y todos estaríamos perdidos (He 9.22b.)

Además, Pedro no sabía qué estaba diciendo cuando propuso que se hicieran unos toscos refugios: «...hagamos aquí tres enramadas: una para ti, otra para Moisés, y otra para Elías». En vista de que no faltaba mucho para la fiesta de los tabernáculos (Jn 7.2), algunos autores creen que Pedro estaba proponiendo celebrar esa fiesta sobre el monte, en vez de ir a Jerusalén. J. W. McGarvey propuso como explicación que Pedro no podía dejar que Moisés y Elías «se fueran sin hacer un esfuerzo por retenerlos, aunque el mejor incentivo que podía ofrecer fuera construirles tres enramadas o quioscos, hechos de ramas de árboles, para que se alojaran ellos y Cristo». ²⁰ Imagínese qué inútil sería esto: ¿Qué uso le hubieran dado estos seres espirituales a unos quioscos de broza?

Particularmente, Pedro no sabía qué estaba diciendo cuando puso a Moisés y a Elías en pie de igualdad con el Señor: «... hagamos aquí tres enramadas: *una para ti, otra para Moisés, y otra para*

²⁰McGarvey y Pendleton, 419.

Elías». Muchos cometen el mismo error hoy. A su parecer, Jesús es sólo uno más entre muchos grandes maestros y líderes espirituales. Les encantaría construir múltiples tabernáculos para honrar a Jesús, a Mahoma, a Buda, y a otros por el estilo. Necesitan oír la respuesta de Dios a la propuesta de Pedro: «Mientras él aún hablaba, una nube de luz los cubrió; y he aquí una voz desde la nube, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd» (Mt 17.5).

Las palabras de Dios constituían una identificación divina: «Este es mi Hijo amado». Indicaban una aprobación divina: «en quien tengo complacencia». Contenían un mandato divino: «a él oíd». En otras palabras: «No oigan a Moisés, no le hagan caso a Elías; ¡sólo oigan a *Jesús!*». Hoy podríamos añadir: «¡No oigan a ninguno que se haga llamar vocero especial de Dios!».

Apóstoles preparados

En cuarto lugar, las palabras de Dios que se recogen en Mateo 17.5 debieron de haber tenido un significado especial para los apóstoles. Ellos habían estado resistiéndose a aceptar el anuncio de Cristo acerca de Su inminente muerte (Mt 16.21–22). En el contexto, esto es lo que las palabras de Dios para Pedro significaban: «Oigan a Jesús aun cuando no entiendan, aun cuando no estén de acuerdo. *Él* sabe lo que conviene». El camino que a nosotros *parece* derecho» podría realmente ser «camino de muerte» (Pr 14.12; 16.25; énfasis nuestro). Nuestra sabiduría siempre es limitada; necesitamos aprender a confiar en la «sabiduría de Dios» (Ef 3.10).

Cuando la voz salió de la nube, los discípulos «se postraron sobre sus rostros, y tuvieron gran temor» (Mt 17.6). Jesús se les acercó, tiernamente los tocó, y dijo: «Levantaos, y no temáis» (Mt 17.7). Al levantar ellos la vista «a nadie vieron sino a Jesús solo» (Mt 17.8).

Los apóstoles no entendieron todas las implicaciones de lo acaecido, pero habían visto la deidad de Jesús. Habían oído a Moisés y a Elías confirmar que Jesús debía morir en Jerusalén. El Espíritu Santo les recordaría más adelante todas las cosas (Jn 14.26); entonces, todas las piezas del rompecabezas encajarían. Entretanto, por lo menos estaban un poco mejor preparados para

lo que vendría.

Conclusión

¿No habría sido emocionante ver al Señor glorificado sobre aquel monte? Jamás tendremos tal experiencia; pero, si somos fieles a Él, ¡algún día le *veremos* en Su gloria! Esto es lo que dice la Escritura: «... sabemos que cuando él se manifieste [...] le veremos tal como él es» (1 Jn 3.2). Incluso podremos ver a Moisés y a Elías algún día, en el cielo.

La sanidad de un muchacho endemoniado (Mt. 17.14–21; Mr. 9.14–29; Lc. 9.37–43)

Cuando Cristo llegó al pie de la montaña, Él inmediatamente se encontró en otro valle emocional, ocasionado por la inhabilidad de Sus discípulos de curar al muchacho endemoniado (Mt 17.14-16).

Durante los últimos días de Su ministerio terrenal, Jesús se dedicó a preparar a Sus apóstoles para Su partida. Cuando viajaba, «no quería que nadie lo supiese. Porque enseñaba a sus discípulos...» (Mr 9.30b, 31). En la paráfrasis de la Living Bible se lee: «Trataba de evitar toda publicidad, con el fin de poder pasar tiempo con Sus discípulos, enseñándoles». Un tema que se repite en esta enseñanza podría expresarse como «Lo que significa ser Mi discípulo». Los apóstoles necesitaban estas lecciones, y nosotros también.

Mateo 17.14–21

¹⁴Cuando llegaron al gentío, vino a él un hombre que se arrodilló delante de él, diciendo: ¹⁵Señor, ten misericordia de mi hijo, que es lunático, y padece muchísimo; porque muchas veces cae en el fuego, y muchas en el agua. ¹⁶Y lo he traído a tus discípulos, pero no le han podido sanar. ¹⁷Respondiendo Jesús, dijo: ¡Oh generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo he de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo os he de soportar? Traédmelo acá. ¹⁸Y reprendió Jesús al demonio, el cual salió del muchacho, y éste quedó sano desde aquella hora. ¹⁹Viniendo entonces los discípulos a Jesús, aparte, dijeron: ¿Por qué nosotros no pudimos echarlo fuera? ²⁰Jesús les dijo: Por vuestra poca fe;

porque de cierto os digo, que si tuviereis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: Pásate de aquí allá, y se pasará; y nada os será imposible. ²¹Pero este género no sale sino con oración y ayuno.

Marcos 9.14–29

¹⁴Cuando llegó a donde estaban los discípulos, vio una gran multitud alrededor de ellos, y escribas que disputaban con ellos. ¹⁵Y en seguida toda la gente, viéndole, se asombró, y corriendo a él, le saludaron. ¹⁶El les preguntó: ¿Qué disputáis con ellos? ¹⁷Y respondiendo uno de la multitud, dijo: Maestro, traje a ti mi hijo, que tiene un espíritu mudo, ¹⁸el cual, dondequiera que le toma, le sacude; y echa espumarajos, y cruje los dientes, y se va secando; y dije a tus discípulos que lo echasen fuera, y no pudieron. ¹⁹Y respondiendo él, les dijo: ¡Oh generación incrédula! ¿Hasta cuándo he de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo os he de soportar? Traédmelo. ²⁰Y se lo trajeron; y cuando el espíritu vio a Jesús, sacudió con violencia al muchacho, quien cayendo en tierra se revolcaba, echando espumarajos. ²¹Jesús preguntó al padre: ¿Cuánto tiempo hace que le sucede esto? Y él dijo: Desde niño. ²²Y muchas veces le echa en el fuego y en el agua, para matarle; pero si puedes hacer algo, ten misericordia de nosotros, y ayúdanos. ²³Jesús le dijo: Si puedes creer, al que cree todo le es posible. ²⁴E inmediatamente el padre del muchacho clamó y dijo: Creo; ayuda mi incredulidad. ²⁵Y cuando Jesús vio que la multitud se agolpaba, reprendió al espíritu inmundo, diciéndole: Espíritu mudo y sordo, yo te mando, sal de él, y no entres más en él. ²⁶Entonces el espíritu, clamando y sacudiéndole con violencia, salió; y él quedó como muerto, de modo que muchos decían: Está muerto. ²⁷Pero Jesús, tomándole de la mano, le enderezó; y se levantó. ²⁸Cuando él entró en casa, sus discípulos le preguntaron aparte: ¿Por qué nosotros no pudimos echarle fuera? ²⁹Y les dijo: Este género con nada puede salir, sino con oración y ayuno.

Lucas 9.37–43

³⁷Al día siguiente, cuando descendieron del monte, una gran multitud les salió al encuentro. ³⁸Y he aquí, un hombre

de la multitud clamó diciendo: Maestro, te ruego que veas a mi hijo, pues es el único que tengo;³⁹ y sucede que un espíritu le toma, y de repente da voces, y le sacude con violencia, y le hace echar espuma, y estropeándole, a duras penas se aparta de él.⁴⁰ Y rogué a tus discípulos que le echasen fuera, y no pudieron.⁴¹ Respondiendo Jesús, dijo: ¡Oh generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo he de estar con vosotros, y os he de soportar? Trae acá a tu hijo.⁴² Y mientras se acercaba el muchacho, el demonio le derribó y le sacudió con violencia; pero Jesús reprendió al espíritu inmundo, y sanó al muchacho, y se lo devolvió a su padre.⁴³ Y todos se admiraban de la grandeza de Dios.

Y maravillándose todos de todas las cosas que hacía, dijo a sus discípulos.

Jesús, Pedro, Jacobo y Juan descienden del «monte santo» (2 P 1.18), donde el Señor se había transfigurado. Cuando Moisés descendió del monte después de recibir los Diez Mandamientos, se encontró con el desorden de la desobediencia (Ex 32); cuando Cristo descendió del monte después de transfigurarse, se encontró con el caos de la incredulidad.

Un hombre había traído a su hijo poseído del demonio, para ser sanado por Jesús, pero los discípulos del Señor no pudieron echar fuera al demonio. Los siempre presentes y siempre críticos escribas estaban aprovechándose de la situación para difamar el ministerio de Cristo. La falta de fe en todos los presentes (los escribas, la multitud, el padre del niño y aún los discípulos de Jesús) le destrozó el corazón a Cristo (Mt 17.17; Mr 9.19; Lc 9.41). No obstante, Él se mostró fiel a pesar de la falta de fe de ellos, y sanó al muchacho (Mt 17.18; Mr 9.25, 26; Lc 9.41; vea 2 Ti 2.13).

Más adelante, cuando el Señor y Sus apóstoles estuvieron a solas, estos le preguntaron, diciendo: **¿Por qué nosotros no pudimos echar [al demonio] fuera?** (Mt 17.19; Mr 9.28). Él les dijo: **Por vuestra poca fe; porque de cierto os digo, que si tuviereis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: Pásate de aquí allá, y se pasará; y nada os será imposible** (Mt 17.20). El relato de Marcos añade: **Este género con nada puede salir, sino con**

oración y ayuno (Mr 9.29). Al igual que el padre del relato (Mr 9.24), los discípulos creían, pero no creían verdaderamente (Mt 17.20). Al igual que a nosotros, les estaba costando tener fe.

Muchos autores opinan que los apóstoles no pudieron echar fuera al demonio porque estaban confiando en su *propia* capacidad como exorcistas. Pablo escribió que «no [confiamos] en nosotros mismos, sino en Dios» (2 Co 1.9). Hace mucho tiempo, David dijo: «Ofreced sacrificios de justicia, y *confiad en Jehová*» (Sal 4.5; énfasis nuestro). El Sabio se hizo eco de este sentimiento, cuando escribió: «Fíate de Jehová de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia» (Pr 3.5).

Un verdadero discípulo reconoce sus propias deficiencias (Ro 3.10). Confía en que el Señor le dará la fortaleza que necesite (vea 2 S 22.31; Sal 9.10; 37.3, 5; 40.3–4; 115.10–11; Is. 26.4; Fil 2.24).

APLICACIÓN.

«AYUDA MI INCREULIDAD»

(MT 17.14–20; MR 9.14–29; LC 9.37–43)

Muchos personajes bíblicos tuvieron dificultad en su andar con Dios. Elías se desanimó (1 R 19.10). Jeremías lloró y sintió que su labor había sido mayormente infructuosa (Jer 9.1, 13.17). Pedro a menudo habló antes de pensar (Lc 9.33). Podemos identificarnos con el padre del muchacho endemoniado que dijo a Jesús: «Creo; ayuda mi incredulidad» (Mr 9.24). Cuando este hombre le pidió al Señor que sanara a su hijo, Cristo respondió: «al que cree todo le es posible» (Mr 9.23). Ese fue el momento en que el hombre clamó, diciendo: «Creo; ayuda mi incredulidad».

No hay tema más importante para el cristianismo que el tema de la fe, y no hay necesidad más crucial que la de fortalecer la fe. En relación con esto, Pablo escribió:

Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego. Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela *por fe y para fe*, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá (Ro 1.16–17; énfasis nuestro).

En la NVI se lee: «una justicia que es por fe *de principio a fin*» (énfasis nuestro). En la New Century Version dice que la justicia de Dios «comienza y termina con fe».

«Sin fe es imposible agradar a Dios» (H 11.6a). «Por gracia» somos «salvos por medio de la fe» (Ef 2.8a). Es «por fe» y «no por vista» que andamos por la senda cristiana (2 Co 5.7). La fe es el escudo que nos protege del diablo (Ef 6.16). La fe es «la victoria que ha vencido al mundo» (1 Jn 5.4b). El «fin» último de la fe es «la salvación» de nuestras almas (1 P 1.9).

Al considerar la importancia de la fe, nosotros también podemos ser tentados a clamar, diciendo: «¡Creemos, ayuda nuestra incredulidad!». En este estudio sobre el hombre que primero hizo tal petición, consideraremos factores que debilitan la fe. Sobre todo, deseamos aprender cómo puede fortalecerse la fe.

Una prueba de fe

(Mt 17.14–18; Mr 9.14–27; Lc 9.37–43)

Al comienzo del relato, Jesús, Pedro, Jacobo y Juan recién habían descendido de la cumbre de la paz al valle del conflicto. Así es la vida, así ha determinado Dios que sea. Al igual que Pedro, puede que prefiramos morar en la cumbre con el Señor (Mt 17.4), pero la vida debe vivirse donde están las personas y los problemas.

Cuando Cristo y su trío de acompañantes llegaron al lugar donde habían dejado a los otros nueve apóstoles, «[vieron] escribas que disputaban con ellos» (Mr 9.14). Es probable que los escribas estuvieran cuestionando las credenciales de Jesús y la legitimidad de Su ministerio. Observaba la disputa una turba de curiosos, la clase de mirones morbosos que hoy acuden en tropel a ver los accidentes automovilísticos y otros desastres.

Marcos 9.15 dice que cuando la gente vio a Jesús «se asombró». Tal vez no deberíamos imaginar que se asombraron porque hubiera algo acerca de la apariencia de Cristo que revelara que se había transfigurado (como el rostro de Moisés, que resplandecía cuando bajó del monte). Decimos esto porque lo ocurrido en el monte de la transfiguración había de permanecer en secreto por el momento (Mr 9.9). El asombro de la gente pudo haberse debido entonces a que no esperaban que Jesús volviera

tan pronto.

Un muchacho debilitado

Jesús preguntó cuál era el problema (Mr 9.16), no porque no conociera la situación, sino porque deseaba que la atención de la gente dejara de centrarse en Sus humillados discípulos y se volviera sobre Él. En ese momento, de la multitud salió un hombre, que se postró a los pies de Cristo y clamó, diciendo: «Señor, ten misericordia de mi hijo» (Mt 17.15a).

El hijo de aquel hombre, su único hijo (Lc 9.38), sufría tremendamente: no podía oír ni hablar (Mr 9.17, 25). Estaba poseído por un demonio (Mt 17.18; Lc 9.39, 42). El demonio lo arrojaba en tierra, donde yacía retorciéndose, crujiendo los dientes y echando espumarajos (Mr 9.18; Lc 9.39). El demonio también hacía que cayera en el fuego o en el agua (Mt 17.15; Mr 9.22). La mayoría de las casas tenían hogueras en medio del piso, y muy pocos arroyos tenían puentes. Por lo tanto, habría sido sencillo para el demonio echar al joven en el fuego y en el agua. El padre dijo que la intención del demonio era matar a su hijo (Mr 9.22); pero es más probable que el propósito del espíritu maligno fuera atormentarlo. Aparentemente los demonios necesitaban un huésped vivo en el cual habitar.

El padre dijo que su hijo era «lunático» (Mt 17.15; texto original), un calificativo que se debe a una antigua superstición en el sentido de que, en cierta forma, los ataques eran causados por la luna. En vista de que la palabra «lunático» se usa actualmente para hacer referencia a alguien demente, algunas traducciones la han sustituido por la palabra «epiléptico». Es probable que los traductores hicieran esto porque muchos de los síntomas se parecen a los de un severo episodio de ataque epiléptico. No obstante, es importante entender que en el caso que Jesús estaba tratando, los síntomas no eran provocados por la «actividad eléctrica anormal del cerebro» propia de los ataques epilépticos,²¹ sino por una posesión demoníaca (Mt 17.18; Mr 9.25; Lc 9.42). Si bien

²¹Charles B. Clayman, ed. médico, *The American Medical Association Home Medical Encyclopedia* (*Enciclopedia médica para el hogar de la Asociación Médica Estadounidense*), vol. 1, s.v. "Epilepsy" («Epilepsia»).

una multitud supersticiosa pudo haber malinterpretado la naturaleza exacta de la aflicción del niño, hay que tomar en cuenta que fueron hombres inspirados los que dijeron que el muchacho tenía un demonio. Cualquier duda de que esto fuera así queda resuelta para los que creemos en la inspiración.

Un maestro frustrado

Al Señor le molestó la escena que se encontró: la fastidiosa multitud, los beligerantes escribas, los desconcertados discípulos y el perplejo padre. Se nos presenta un singular vislumbre del lado humano de Jesús cuando Este exclamó diciendo: «¡Oh, generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo he de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo os he de soportar?» (Mt 17.17a; vea Nm 14.27; Dt 32.5, 20; Sal 95.10). Cuando lo oímos preguntar, diciendo: «¿Hasta cuándo he de estar con vosotros?», nos hacemos partícipes del peso que le significaba andar en la carne y partícipes de Su anhelo por volver a Dios. Cuando lo oímos preguntar, diciendo: «¿Hasta cuándo os he de soportar?», percibimos Su frustración al tratar de comunicarse con humanos atados a la carne y cegados por el prejuicio.

Hay quienes consideran que la expresión «generación incrédula y perversa» se refiere a un segmento del grupo al cual hablaba Cristo. No veo razón para no incluir a los demás presentes: los escribas que no tenían fe, la multitud de fe ambivalente, los discípulos de fe vacilante y el padre cuya fe había sido sacudida. Todos eran típicos de aquella «generación incrédula» y del mundo en que vivimos hoy. El único que estaba presente y que creía en Cristo sin lugar a dudas era el demonio... pero todavía no hablamos de él.

Jesús respondió a la petición del padre, pero no lo hizo «en proporción a la poca [...] fe del hombre, sino en proporción a las riquezas de Su gracia»²² (vea Ef 1.7). Por lo tanto, dijo al padre: «Trae acá a tu hijo» (Lc 9.41b; vea también Mt 17.17b; Mr 9.19b).

²²R. Alan Cole, *The Gospel According to Mark (El evangelio según Marcos)*, ed. rev., Tyndale New Testament Commentaries (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co.), 216.

Un padre vacilante

Cuando traían el muchacho a Jesús, el demonio lo arrojó en tierra haciéndolo convulsionar. El joven «se revolcaba, echando espumarajos» (Mr 9.20). El Señor le preguntó al padre por la condición del muchacho (Mr 9.21), pero no lo hizo porque necesitara saber, sino porque el padre necesitaba entender que sin Cristo no tenía esperanza. La respuesta del padre concluyó con estas palabras: «pero si puedes hacer algo, ten misericordia de nosotros, y ayúdanos» (Mr 9.22b).

No creo estarme saliendo mucho del texto si digo que los ojos de Cristo brillaron cuando repitió las palabras del hombre, al decir: «Si puedes...» (Mr 9.23a). Aparentemente, el padre se había acercado con fe, esperando que el Señor sanara a su hijo. No obstante, el fracaso de los discípulos, seguido del ataque de los escribas, había disipado su fe. Su petición estaba contaminada de duda, pues dijo: «*si* puedes...».

Jesús le dijo: «Al que cree todo le es posible» (Mr 9.23b). Deben hacerse dos observaciones acerca de esta poderosa aseveración. Por un lado, la mayoría de las personas entienden que hay ciertas salvedades que hacer en cuanto a tal aseveración. Sería disparatado afirmar que los hombres de fe tienen poderes ilimitados e incondicionales. Por otro lado, no debemos minimizar lo que un hombre de fe puede lograr. Sobre esto, William Barclay escribió: «emprender algo sin esperanza lo convertirá en un caso perdido; emprender algo con fe lo convertirá en una posibilidad».²³ Él propuso la necesidad de tener «una sensación de lo posible».²⁴

Después que Cristo dijo que «al que cree todo le es posible», «inmediatamente el padre del muchacho clamó y dijo: Creo; ayuda mi incredulidad» (Mr 9.23b, 24). Implícita en estas palabras está esta ferviente petición: «Es cierto que mi fe no es lo que debería ser, pero no hagas pagar a mi hijo por ello. ¡Por favor, por favor, ayúdale!».

²³William Barclay, *The Gospel of Mark (El evangelio de Marcos)*, ed. rev. (Philadelphia: Westminster Press, 1975), 218.

²⁴Ibíd. Barclay citó al líder político italiano Camillo Benso di Cavour (1810-1861), que dijo que los estadistas tienen necesidad de esa sensación.

Una demostración que inspira fe

Jesús se volvió al muchacho y «reprendió al espíritu inmundo, diciéndole: Espíritu mudo y sordo, yo te mando, sal de él, y no entres más en él» (Mr 9.25). Marcos 9.25 dice que Jesús hizo esto «cuando [...] vio que la multitud se agolpaba». Esto podría indicar que Él tomó al hombre y al muchacho aparte, con el fin de evitar publicidad excesiva. Otros creen lo contrario: que Cristo hizo el milagro para infundir fe en la multitud que se agolpaba.

El demonio no se fue tranquilamente. Clamó y «sacudió [al joven] con violencia» (Mr 9.26a). R. Alan Cole llamó a esto «la furia impotente de [un] enemigo derrotado».²⁵ Por último, de mala gana, el demonio «salió» (Mr 9.26b). El mandato «no entres más en él» debe de haber sido un consuelo para el padre: La tragedia no se repetiría.

El muchacho, maltratado y exhausto, yacía inmóvil en el suelo. Parecía «como muerto, de modo que muchos decían: Está muerto» (Mr 9.26c). «Pero Jesús, tomándole de la mano, le enderezó; y se levantó» (Mr 9.27). Luego llegó el momento conmovedor cuando Cristo «lo devolvió a su padre» (Lc 9.42). Los hombres habían fracasado, pero Jesús no. Esto fue lo que Burton Coffman escribió:

He aquí una profecía de todos los tiempos para la eternidad. Podrán levantarse las generaciones y desechar al Señor, los incrédulos podrán volverse más osados y arrogantes, e incluso los discípulos del Señor podrán, por su propio descuido de las cosas espirituales, llegar a verse impotentes para hacer frente a los problemas de la vida; pero a pesar de todo, Cristo y su santa fe siempre tendrán éxito. «Las puertas del Hades» no prevalecerán...²⁶

Una vez más Cristo glorificó a Su Padre: La gente se maravilló y «todos se admiraban de la grandeza de Dios» (Lc 9.43).

²⁵Cole, 216.

²⁶James Burton Coffman, *Commentary on Luke (Comentario sobre Lucas)* (Abilene, Tex.: ACU Press, 1975), 186.

El poder de la fe **(Mt 17.19–21; Mr 9.28–29)**

Cuando Jesús y sus discípulos estuvieron a solas, estos le preguntaron, diciendo: «¿Por qué nosotros no pudimos [echar al demonio] fuera?» (Mt 17.19; vea Mr 9.28). Tenían que haber estado verdaderamente desconcertados. Cristo les había dado «autoridad sobre los espíritus inmundos, para que los echaran fuera», y les había mandado concretamente que «[echaran] fuera demonios» (Mt 10.1, 8; vea Mr 6.7). Esto era algo que habían estado haciendo; Marcos consigna que «echaban fuera muchos demonios» (Mr 6.13a). Por lo tanto, cuando se presentó aquel afligido padre, probablemente no esperaban tener problemas. Me lo imagino hablando con confianza y diciendo: «Jesús no está aquí en este momento, pero no hay problema, ¡nosotros nos haremos cargo! ¡Tráiganos a su hijo!». También los percibo cada vez más apenados al tratar una y otra vez de echar fuera el demonio sin lograrlo.

Falta de fe

Jesús les explicó por qué los esfuerzos de ellos habían sido infructuosos. Les dijo: «Por vuestra poca fe» (Mt 17.20a). Algo de fe tenían los apóstoles, pues de lo contrario no hubieran hecho el intento de sanar al muchacho; pero de algún modo la fe de ellos no era suficiente. El Señor les siguió diciendo: «porque de cierto os digo, que si tuviereis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: Pásate de aquí allá, y se pasará; y nada os será imposible» (Mt 17.20b). Jesús acababa de descender de un monte. Es probable que estuviera señalando ese monte en el momento que dijo: «este monte». La KJV (y la Reina-Valera, N. del T.) añade el versículo 21, que no se halla en la mayoría de los manuscritos más antiguos: «Pero este género no sale sino con oración y ayuno». Abarcaremos la parte central de esta aseveración cuando estudiemos Marcos 9.29 más adelante en este sermón.

La ilustración acerca del monte, que presentó Cristo, ha fascinado y extrañado a muchos. Más adelante usará la misma ilustración para recalcar la importancia de orar con fe (Mt 21.21–22; Mr 11.22–24). Esto me recuerda a la anciana que tenía que ir hasta el otro lado de un cerro para llegar al pozo de donde sacaba

el agua. Después de leer estos pasajes ella oró, diciendo: «Dios, ¡yo creo! Así que por favor, ¡quita ese cerro!». Cuando levantó la mirada exclamó, diciendo: «¡Tal como lo esperaba! ¡Aún está allí!». No hay ni que decirlo: la oración de la anciana difícilmente fue una oración de fe.

No obstante, no sería un tratamiento justo del pasaje considerar que está hablando de peñas en el sentido literal, material, del término. No hay indicios de que Jesús y Sus discípulos trataran alguna vez de mover un monte material. Sería un milagro con un propósito muy pobre en el programa espiritual del Señor.

En los tiempos de Cristo era frecuente que los montes se usaran como figuras retóricas. Un monte era probablemente el objeto más grande que la gente conocía. Nosotros también hacemos uso de un simbolismo parecido cuando hablamos de estar «sepultados bajo una montaña de trabajo».

Entre los judíos, la expresión «mover un monte» era una figura retórica conocida que hacía referencia a superar obstáculos (vea Is 40.4; 49.11 y 54.10). Los rabinos usaban la frase para referirse a quitar barreras que parecían insuperables.²⁷ Es casi seguro que este es el sentido en que se usa en Mateo 17. Hay que tomar en cuenta que deshacerse de montes de tierra y de roca, es juego de niños, en comparación con deshacerse de algunos de los «montes» que la vida nos atraviesa en el camino. Si me dieran maquinaria apropiada para movimientos de tierra, personal que pudiera operarla y un generoso plazo de entrega, yo podría mover casi cualquier monte material. Pero en cuanto a los montes de dificultad que proliferan sobre el paisaje de la humanidad, no estoy tan seguro de que podría hacer lo mismo.

Los apóstoles harían frente más adelante a abrumadores montes de dolor y de persecución (vea Mt 5.11; Hch 8.1, 3). No necesitaban seguridad en cuanto a poder deshacerse de las ondulaciones rocosas que se elevan por encima del terreno. Lo que sí necesitaban era la seguridad de que, con la ayuda del Señor, ellos podrían superar los montes que Satanás motivara y el hombre levantara con el fin de desanimarlos.

²⁷Un análisis de la frase se presenta en Barclay, *The Gospel of Matthew (El Evangelio de Mateo)*, 167.

Cristo les estaba asegurando a Sus seguidores que ellos podían vencer cualquier dificultad, pero debían entender que había *una condición*, y esta era que tuvieran fe como un grano de mostaza. Jesús a menudo usó el grano de mostaza, una de las más pequeñas de todas las semillas, como símbolo de lo que es extremadamente pequeño (Mt 13.31; Lc 13.19; 17.5–6). Lo que se presenta en Mateo 17.20 es un contraste entre lo más pequeño (un grano de mostaza) y lo más grande (un monte) que conocían Sus oyentes. El Señor recalca así el extraordinario poder de la fe.

Sin embargo, no era solamente el tamaño lo que Cristo estaba considerando al usar el grano de mostaza como ilustración. De hecho, aunque en algunas traducciones se lee: «fe del tamaño de un grano de mostaza», la palabra «tamaño» no aparece en el texto original. En el texto griego se lee: «fe *como* un grano de mostaza» (vea la KJV; énfasis nuestro).²⁸ Este grano tiene varias cualidades que se relacionan con la fe que debemos tener. Por ejemplo:

Es pequeño, pero eficaz.

Es pequeño, pero tiene vida, así como debe tenerla nuestra fe (vea Stg 2.26).

Es pequeño, pero tiene un gran potencial (vea Lc 13.19).

Es pequeño y frágil, pero recibe de buena gana la fuerza de la tierra que le rodea.

La cuarta cualidad es la más crucial. El *tamaño* de nuestra fe no es ni con mucho tan importante como *el objeto* de ella. Pablo dijo: «Todo lo puedo...» (Fil. 4.13a). Esta expresión se parece bastante a la que dice: «Al que cree todo le es posible» (Mr 9.23b). Sin embargo, preste atención usted a la manera como concluye Pablo su aseveración: «Todo lo puedo *en Cristo que me fortalece*» (Fil 4.13; énfasis nuestro). No es tanto nuestra fe la que nos fortalece como sí lo es Aquel en quien creemos. Para ilustrar esto, imagínesse que transita usted por un camino hasta llegar a un puente que se extiende sobre un caudaloso río. Ahora, usted no cruzará

²⁸N. del T.: En la Reina Valera se lee igual que en la KJV.

este río a menos que *crea* que el puente aguantará su peso. Sin embargo, cuando se encuentra usted a mitad del puente, ¿acaso será su fe en el puente lo que le estará sustentando? ¿No será más bien el puente en sí? Espero que comprenda lo que le estoy haciendo ver: No le demos tanta importancia al tamaño de nuestra fe como sí se la debemos dar a aquello en que creemos (o a aquel en quien creemos).

La aseveración de Jesús en el sentido de que «al que cree todo le es posible», debe considerarse al lado de la aseveración que hizo posteriormente en el sentido de que «*para Dios* todo es posible» (Mt 19.26; énfasis nuestro). No hay poder aparte de la Fuente de la cual emana ese poder. Pablo escribió: «... sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso...» (2 Ti 1.12). De la siguiente manera tradujo Hugo McCord la primera parte del versículo: «Conozco a *aquel* en quien he confiado...». ²⁹

Un lapso en oración

Tenga presente todo lo anterior al considerar la respuesta que dio Jesús a los apóstoles, según lo consigna Marcos. Según narra este autor, cuando los discípulos preguntaron por qué no pudieron echar fuera el demonio, el Señor respondió, diciendo: «Este género con nada puede salir, sino con oración» (Mr 9.29). Algunos autores creen que la frase «este género» indica que algunos demonios eran más poderosos que otros. Una cosa es segura: El demonio que poseía al muchacho no salió tan dócilmente como los de pasajes que estudiamos anteriormente.

Si aisláramos Marcos 9.29, daría la impresión de que los apóstoles no pudieron echar fuera al espíritu maligno porque no oraron en el momento que trataron de echarlo. Sin embargo, si usted repasa el relato, observará que *Jesús* no oró antes de exorcizar al demonio; pero sí había pasado una noche en comunión con Dios, en el monte (vea Lc 9.28) antes de mandar al espíritu que saliera del niño.

Lo más probable es que la referencia a la oración sea una

²⁹Hugo McCord, *McCord's New Testament Translation of the Everlasting Gospel* (Traducción neotestamentaria del evangelio eterno, de McCord) (Henderson, Tenn.: Freed-Hardeman University, 1988), 207. (Énfasis nuestro.)

señal de que los discípulos se habían descuidado en su práctica de la oración en general. La oración no consiste en decir «palabras mágicas» que hacen que sucedan maravillas; la oración consiste en reconocer que dependemos del Creador del universo. Muchos autores están convencidos de que los apóstoles fracasaron porque dejaron de tener fe en Dios y comenzaron a tenerla en la propia capacidad de ellos para echar fuera demonios. John Franklin Carter insinuó que ellos estaban «excesivamente confiados en sí mismos, antes que conscientemente confiados en Dios».³⁰ Al igual que Sansón, salieron a la batalla sin saber que ya no contaban con el poder de Dios (Jue 16.20).

Esto puede fácilmente sucederle a cada uno de nosotros. Dios nos da dones y bendice nuestros esfuerzos, y no ha pasado mucho tiempo cuando ya estamos creyendo en *nuestro* poder para razonar, en *nuestra* sabiduría para tomar decisiones y en *nuestra* capacidad para actuar. Cuando esto sucede, es inminente el fracaso espiritual.

Para que una hoguera se mantenga ardiendo, debe ser alimentada constantemente. Para que una batería pueda seguir suministrando energía, debe recargarse una y otra vez. Para que la vida espiritual de una persona se mantenga sólida, ¡ella debe renovar regularmente su relación con el Señor! Santiago dijo: «Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros» (Stg 4.8a). El profeta Isaías escribió que «los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán» (Is 40.31).

La fuente de fe

Después de haber repasado el relato, tomemos algunos momentos para hacer una aplicación personal.³¹

Fuentes de duda

Lo primero que notamos al leer este relato es que varios pro-

³⁰John Franklin Carter, *A Layman's Harmony of the Gospels (Armonía de los evangelios por un laico)* (Nashville: Broadman Press, 1961), 176.

³¹Parte del material de esta última sección se basa en Rick Atchley, "Down in the Valley" («En el valle»), sermón predicado en la iglesia de Cristo de Southern Hills, Abilene, Texas, el 11 de septiembre de 1988.

tagonistas de la situación estaban teniendo problemas con su fe, y entre ellos se incluyen el padre y los apóstoles. Hoy también, la gente tiene problemas con la fe. En el texto podemos encontrar algunas de las razones por las que se llega a tener duda.

El problema de la maldad. Es probable que la razón número uno para que la gente dude es que han visto que a las personas buenas les suceden cosas malas. En el suceso que estamos estudiando, no encontramos indicios de que el muchacho hubiera hecho algo para merecer tan tremenda desgracia. No se puede dar una respuesta rápida a la pregunta de por qué suceden cosas malas a las personas buenas; sin embargo hay dos aspectos dignos de hacer notar: (1) Al final todo resultó para bien y (2) Jesús usó la ocasión para glorificar a Su Padre (Lc 9.43).

La inutilidad de los discípulos. Los apóstoles fracasaron en lo que debían haber tenido éxito. A veces la gente se desilusiona por las deficiencias de los cristianos y dejan que esto influya en su fe en Dios. Necesitan entender que nuestra confianza no debe depositarse en los hombres, que siempre nos decepcionan, sino en Aquel que jamás desampara a los que le buscan (Sal 9.10).

Los ataques del mundo. La fe del padre se debilitó no sólo por el fracaso de los discípulos, sino también por el ataque de los escribas. Por cada púlpito que proclama la fe, Satanás tiene miles de maneras de expresar duda, y esto afecta adversamente a las masas. Debemos aprender a cerrar los oídos a mensajeros de escepticismo y a abrirlos a evangelistas de certeza.

La realidad de uno mismo. La reprensión de Jesús obligó al padre a examinarse a sí mismo, haciéndolo reconocer la debilidad de su fe. Si somos sinceros con nosotros mismos, reconoceremos que no somos lo que deberíamos ser. Esta realidad nos estorba a algunos de nosotros más que todos los demás factores juntos. El desánimo puede llevar a la desesperanza, la cual puede producir duda. Subraye una aseveración hecha anteriormente: Jesús no respondió al padre en proporción a la poca fe de este, sino en proporción a las riquezas de Su gracia. Abrácese a esta verdad cuando usted esté desanimado.

Los factores anteriores y otros que no se mencionan minan la fe de muchos. Quizás hasta nos hayan afectado a nosotros. El autor John Westerhoff hizo una descripción de cuatro estilos de

fe, que podríamos considerar como niveles de fe. Al primero de estos lo constituye la *fe por experiencia*, que es la fe de los niños, la fe que proviene de los padres y demás personas que influyen en ellos. El segundo nivel lo constituye la *fe por afiliación*, que es la fe de niños mayores y de muchos adultos, la medida de fe que proviene de afiliarse a los que tienen fe. El tercer nivel lo constituye la *fe del que busca*, que es la fe del que hace preguntas, la fe del que lucha por llegar a tener una fe personal. El cuarto nivel lo constituye la *fe propia*, que es la fe personal, la fe del que ha cultivado con éxito una fe que supera el nivel tres. Se ha insinuado que el setenta por ciento de las personas jamás sobrepasa el nivel dos. También se ha insinuado que si una persona no supera el nivel dos, en algún momento de su vida le sucederá algo que le sacudirá su fe y hará que desista de su relación con el Señor.³²

Esté usted de acuerdo o no con las anteriores conclusiones, podemos estar de acuerdo en que la fe debe crecer, y en que a muchos de nosotros aún nos falta camino por recorrer. Todavía nos persiguen las palabras del padre, cuando dijo: «Creo; ayuda mi incredulidad».

Fuentes de fe

¿Cómo se puede ayudar la «incredulidad»? ¿Qué hará que nuestra fe aumente? El punto de partida es reconocer nuestra necesidad como lo hizo el padre, pero una vez allí, ¿para dónde cogemos? Usemos el texto bajo estudio para buscar fuentes de fe.

El conocimiento. Un fin que perseguía Jesús al echar fuera el demonio era contrarrestar la incredulidad que se encontró. Cuando el muchacho fue sanado «todos [se admiraron] de la grandeza de Dios» (Lc 9.43a). Ya Cristo no anda haciendo milagros en medio de nosotros hoy; sin embargo, todavía tenemos los relatos inspirados en que se da cuenta de Sus asombrosas obras. Esto fue lo que Juan escribió:

³²John H. Westerhoff III, *Will Our Children Have Faith? (¿Irán a tener fe nuestros hijos?)* (New York: HarperCollins Publishers, 1976), 89–99. Tomé prestados los términos de este autor, pero no su punto de vista.

Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. *Pero éstas se han escrito para que creáis* que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre (Jn 20.30–31; énfasis nuestro).

La respuesta más autorizada a la pregunta sobre cómo llegar a tener fe es «estudiar la Palabra, especialmente la palabra acerca de Jesús». La noche anterior a Su muerte, Cristo oró por los apóstoles y «por los que [habían de creer en Él] *por la palabra de ellos*» (Jn 17.20; énfasis nuestro). Pablo escribió: «Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Cristo» (Ro 10.17; NASB). La expresión «la palabra de Cristo» puede estar dando a entender «el mensaje *acerca de Cristo*». En la New Century Version se lee: «les informa *acerca de Cristo*» (énfasis nuestro). Si usted desea aumentar su fe, lea y estudie diariamente la Palabra de Dios (vea Hch 17.11; 2 Ti 2.15).

La acción. No obstante, no basta con tener una cabeza llena de conocimiento. Si la fe ha de ser verdadera y ha de estar viva (recuerde el grano de mostaza), debe accionar. Santiago enseñó que la fe se perfecciona por las obras (Stg 2.22). Él escribió que «la fe sin obras es vana» (Stg 2.20; NASB) y que «como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta» (Stg 2.26).

Se debe tener cuidado de no estar usando como excusa que la fe es débil para no hacer nada. Aunque seamos «siervos inútiles» (Lc 17.10), siempre debemos servir (Mt 20.26). Aunque no sepamos «qué hemos de pedir como conviene» (Ro 8.26), siempre debemos orar (1 Ts 5.17). Del mismo modo, aunque nuestra fe sea limitada, siempre debe actuar. Es por el ejercicio que los músculos crecen, y es por la acción que nuestra fe aumenta.

Alguien insinuó que cuando hagamos frente a un desafío, debemos preguntar: «¿Qué haría la fe ante esta situación?», y luego *actuar* de conformidad. Comience cada día afirmando: «¡Hoy viviré como un creyente!».

Evitar y confiar. Hay otras sugerencias que podrían hacerse: Debemos evitar lo que destruye la fe y cultivar lo que la fomenta.

Esto incluye relacionarnos con personas que nos edifiquen la fe (vea 1 Co 15.33; 2 Ti 1.5) y llenar nuestra mente con pensamientos que nos la aumenten (Fil 4.8). Como ya se dijo, debemos hacer todo lo posible por acercarnos a Dios (Stg 4.8) y aprender a confiar en Él (Sal 37.5). Esto requiere fortalecer nuestra práctica de la oración (Ef 1.18; Jud 20). Los textos de la lección insinúan la relación entre la fe y la oración (Mt 17.20; Mr 9.29). Debemos aprender el antiguo arte de meditar en las Escrituras. Debemos dedicar tiempo a pensar en la Palabra (Sal 1.2) y en lo que Dios ha hecho (Sal 143.5) por nosotros y por los demás. La lista no se agota.

Conclusión

Tarde o temprano, todos bajamos de la cumbre de la armonía al valle del caos. No espere hasta que su vida se des controle para cultivar una sólida fe personal. El momento para cultivarla es *ahora*. Nuestra oración del uno para el otro debería ser la misma de Cristo por Pedro: ruego «que tu fe no falte» (Lc 22.32).

El regreso a Galilea

(la muerte de Jesús es anunciada de nuevo)

(Mt 17.22–23; Mr 9.30–32; Lc 9.43–45)

Mateo 17.22–23

²²Estando ellos en Galilea, Jesús les dijo: El Hijo del Hombre será entregado en manos de hombres, ²³y le matarán; mas al tercer día resucitará. Y ellos se entristecieron en gran manera.

Marcos 9.30–32

³⁰Habiendo salido de allí, caminaron por Galilea; y no quería que nadie lo supiese. ³¹Porque enseñaba a sus discípulos, y les decía: El Hijo del Hombre será entregado en manos de hombres, y le matarán; pero después de muerto, resucitará al tercer día. ³²Pero ellos no entendían esta palabra, y tenían miedo de preguntarle.

Lucas 9.43–45

⁴³Y todos se admiraban de la grandeza de Dios.

Y maravillándose todos de todas las cosas que hacía, dijo a sus discípulos: ⁴⁴Haced que os penetren bien en los oídos estas palabras; porque acontecerá que el Hijo del Hombre será entregado en manos de hombres. ⁴⁵Mas ellos no entendían estas palabras, pues les estaban veladas para que no las entendiesen; y temían preguntarle sobre esas palabras.

Jesús y los doce volvieron de «la región de Cesarea de Filipo» (Mt 16.13; vea Mr 8.27) a Galilea (Mt 17.22; Mr 9.30). El momento exacto cuando regresaron a Galilea es incierto. La mayoría de los comentaristas creen que la transfiguración y la sanidad del muchacho poseído por el demonio ocurrieron cerca de Cesarea de Filipo, y que, *después* de estos eventos, Jesús regresó a Galilea. Algunos creen que Jesús y los doce ya habían ido a Galilea antes que la transfiguración y la sanidad ocurrieran. Unos cuantos comentaristas creen que el viaje a Galilea tuvo lugar *entre* la transfiguración y la sanidad.

A diferencia de lo sucedido en recorridos anteriores, Cristo evitó las multitudes cuando viajaron por la provincia. Como se indicó anteriormente, [él] **no quería que nadie lo supiese. Porque enseñaba a sus discípulos...** (Mr 9.30b, 31).

Un tema al cual Él volvía constantemente era el de Su inminente muerte: **...enseñaba a sus discípulos, y les decía: El Hijo del Hombre será entregado en manos de hombres, y le matarán; pero después de muerto, resucitará al tercer día** (Mr 9.31; vea Mt 17.22–23; Lc 9.44b).

Según el relato de Lucas, Él comenzó este anuncio diciendo **Haced que os penetren bien en los oídos estas palabras** (Lc 9.44a). Esta es una forma gráfica de decir «¡Escuchen, escuchen con mucho cuidado! ¡Escuchen y piensen en ello! ¡Escuchen y recuerden lo que digo! ¡Escuchen y entiendan!». No es lo mismo oír que escuchar. Cada vez que el Señor hable, necesitamos dejar que Sus palabras nos *penetren* bien en nuestros oídos y en nuestras mentes, de modo que se manifiesten en nuestras vidas.

Los discípulos **se entristecieron en gran manera** (Mt 17.23)

por lo que había dicho Jesús, pero una vez más **no** [entendieron] **esta palabra** (Mr 9.32a). No entendieron lo que dijo acerca de Su muerte porque la idea de un Mesías moribundo era contraria a sus esperanzas mesiánicas. No entendieron lo que dijo acerca de Su resurrección porque tal concepto era contrario a lo que la experiencia les había enseñado (vea Mr 9.10).

Los apóstoles todavía tenían en mente un reino físico, terrenal y político. Poco después de este anuncio de la muerte de Jesús, los apóstoles comenzaron a discutir sobre quién sería el mayor en el reino (vea Lc 9.45–46). En Juan 12.33–34 encontrará usted un ejemplo sobre cómo las enseñanzas de Jesús sobre Su muerte confundieron a otros judíos que tenían los mismos conceptos que los apóstoles.

A pesar de no haber entendido, [tuvieron] **miedo de preguntarle** para recibir información adicional (Mr 9.32b). Tal vez tuvieron miedo porque creían que sus preguntas podían ser consideradas como una muestra de falta de fe. Tal vez tuvieron miedo de ser reprendidos como lo fue Pedro (Mt 16.23). Tal vez sólo era que estaban indecisos acerca de dar a conocer su ignorancia. En mi caso, hace mucho tiempo aprendí que la única manera de adquirir nuevos conocimientos es reconocer mi ignorancia. Es doloroso, pero necesario.

El relato que hace Lucas de este suceso añade un detalle extraño: **Mas ellos no entendían estas palabras, pues les estaban veladas para que no las entendiesen...** (Lc 9.45; énfasis nuestro). ¿Quién o qué les pudo haber ocultado el significado a los discípulos? Pudo haber sido el Señor quien lo hiciera, debido a que la aseveración de Jesús los habría abrumado si la hubieran entendido. Pudo haber sido Satanás quien ocultara el significado, porque, después de todo, él siempre está procurando quitar la Palabra del corazón de las personas (Lc 8.12). Me parece, no obstante, que Burton Coffman estaba en lo cierto cuando afirmó que «La ocultación no se debía a los designios de Dios [yo añadiría «ni del diablo»] sino a las limitaciones de los hombres».³³ Es probable que el agente que les ocultaba el significado lo constituyera la preconcepción que tenían los apóstoles acerca

³³Coffman, 187.

del reino.

Se debiera a tal preconcepción o no, lo cierto es que a los discípulos les costaba aceptar lo que el Señor les decía sobre la muerte, sepultura y resurrección que Él pronto experimentaría. Una cualidad esencial de un verdadero discípulo consiste en aceptar lo que el Señor dice, aun si no coincide con las ideas ni el razonamiento personales. Pablo hizo hincapié en la inutilidad de confiar en la sabiduría humana cuando escribió:

Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios. Pues está escrito: Destruiré la sabiduría de los sabios, y desecharé el entendimiento de los entendidos. ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba? ¿Dónde está el disputador de este siglo? ¿No ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo? Pues ya que en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación (1 Co 1.18–21).

Un verdadero discípulo no confía en el razonamiento humano (Pr 3.5), sino en la revelación divina (2 Ti 3.16–17).

PREGUNTA SOBRE EL TRIBUTO PARA EL TEMPLO (MT 17.24–27)

²⁴Cuando llegaron a Capernaum, vinieron a Pedro los que cobraban las dos dracmas, y le dijeron: ¿Vuestro Maestro no paga las dos dracmas? ²⁵El dijo: Sí. Y al entrar él en casa, Jesús le habló primero, diciendo: ¿Qué te parece, Simón? Los reyes de la tierra, ¿de quiénes cobran los tributos o los impuestos? ¿De sus hijos, o de los extraños? ²⁶Pedro le respondió: De los extraños. Jesús le dijo: Luego los hijos están exentos. ²⁷Sin embargo, para no ofenderles, ve al mar, y echa el anzuelo, y el primer pez que saques, tómallo, y al abrirle la boca, hallarás un estatero; tómallo, y dáselo por mí y por ti.

Mateo, que anteriormente había sido recaudador de impuestos, fue el único que consignó el incidente del impuesto del templo. Cuando Jesús y Sus acompañantes viajaban por Galilea, llegaron a la ciudad que le había servido de sede al Señor durante Su ministerio en esa provincia. **Cuando llegaron a Capernaum, vinieron a Pedro los que cobraban las dos dracmas, y le dijeron: ¿Vuestro Maestro no paga las dos dracmas?** (Mt 17. 24). La dracma era una moneda griega más o menos equivalente al denario romano con el cual ya nos hemos encontrado en estos estudios (vea Lc 7.41; Jn 6.7), y del cual dijimos que era el salario que se ganaba en un día un obrero raso (vea Mt 20.2).

En el texto original no se encuentra la palabra «impuesto» en el versículo 24, pero Jesús sí usó el término en el versículo 25.³⁴ El impuesto del cual se trataba era el tributo que se pagaba al templo. La Ley de Moisés estipulaba que todo varón judío mayor de veinte años debía pagar medio siclo para el mantenimiento del templo y los gastos de la adoración (Ex 30.11–16; vea 2 R 12.12; 2 Cr 24.5–9; Neh 10.32). Un siclo era más o menos equivalente a cuatro denarios o cuatro dracmas, de modo que medio siclo equivalía a dos denarios o dos dracmas.

Los recaudadores del impuesto no eran romanos, sino que deben de haber sido oficiales judíos del templo. El impuesto se pagaba generalmente en la primavera, y este cobro se estaba efectuando a comienzos del otoño, pero hay que entender que ya habían pasado varios meses en los que Cristo estuvo fuera de Capernaum (Su «domicilio»). Cuando los recaudadores del impuesto se enteraron de que Él había regresado a la ciudad, fueron a buscarle. Puede ser que hubiera una cuota con la cual debían cumplir, pero es probable que estuvieran más interesados en recoger pruebas que incriminaran a Jesús.

Cristo se quedaba a menudo en casa de Pedro cuando estaba en Capernaum (vea Mr 1.29–30; 2.1), de modo que a ese lugar fueron los oficiales a buscarle. Al encontrarse con Pedro fuera de la casa, le preguntaron: «¿Vuestro Maestro no paga las dos

³⁴N. del T.: El autor se refiere al texto de la NASB, donde la palabra «impuesto» («tax») aparece en el versículo 24 y en el 25. La Reina-Valera refleja lo que el autor dice del texto griego.

dracmas?» (Mt 17.24b). (En vista de que Pedro [entró] **en casa** [Mt 17.25] después de hablar con los oficiales, él debió de haber estado fuera de la casa durante la conversación.) El apóstol a quien nunca le faltaban palabras con qué expresarse dijo que **Sí** (Mt 17.25a). Puede ser que dijera que «Sí» porque el Señor ya había pagado el impuesto en otras ocasiones. Puede ser que diera esa respuesta porque sabía que Cristo enseñaba a obedecer la Ley. También podía ser que, como a menudo sucedía con Pedro, este sencillamente dijo lo primero que se le vino a la cabeza.

Cual haya sido el motivo de Pedro, lo cierto es que el Señor, que estaba al tanto de lo ocurrido, vio esto como una oportunidad para enseñar una vital lección. «Y al entrar [el apóstol] en casa», antes de tener oportunidad de contar lo ocurrido, **Jesús le habló primero, diciendo: ¿Qué te parece, Simón? Los reyes de la tierra, ¿de quiénes cobran los tributos o los impuestos? ¿De sus hijos, o de los extraños?** (Mt 17.25b). Para Pedro no fue problema contestar esta pregunta. Respondió, diciendo: **De los extraños** (Mt 17.26a). Jesús le contestó: **Luego los hijos están exentos** (Mt 17.26b). Lo que estaba insinuando obviamente era que, al ser el Hijo del Rey (Dios), Cristo estaba exento de pagar impuestos a la casa (el templo) de Su Padre. Jesús no estaba necesariamente diciendo que Pedro también estaba exento; pero sea que el apóstol estuviera exento o no, la conclusión de Cristo fue la misma: El impuesto debía pagarse. Expresado de otra forma, Él estaba en Su derecho de no pagar el impuesto; no obstante, Pedro necesitaba aprender que un discípulo no exige sus derechos si, al exigirlos, hace daño a la causa de su Señor.

Jesús continuó diciendo: **Sin embargo, para no ofenderles, ve al mar, y echa el anzuelo, y el primer pez que saques, tómallo, y al abrirle la boca, hallarás un estatero;**³⁵ **tómallo, y dáselo por mí y por ti** (Mt 17.27). Como pescador para comercio, Pedro normalmente usaría una red (Mt 4.18), pero las redes atrapan cientos de peces. En esta ocasión todo lo que Pedro requería era un

³⁵N. del T.: En la Reina-Valera se lee «estatero» en lugar se «siclo». Tanto el estatero como el siclo equivalen a cuatro dracmas.

pez. La palabra griega que se traduce por «siclo» es *στατήρ* (*stater*), una moneda griega que equivalía a cuatro dracmas, que era exactamente lo que se necesitaba para pagar el impuesto de dos hombres. Este es el único versículo del Nuevo Testamento en el que se menciona esta moneda de cuatro dracmas. Richard Rogers escribió: «¡Qué paradoja! Un Rey demasiado pobre para pagar el impuesto anual del templo que no pasaba del medio siclo».³⁶

El milagro que proponía Cristo era insólito. Es el único que tuvo que ver con dinero, el único que le benefició personalmente, el único de cuyo resultado no se nos informa y, sin lugar a dudas, el más extraño de los milagros que hizo el Señor. Es inevitable que veamos cierto toque de humor en las palabras de Jesús al decirle a *un pescador* —que a menudo abría *la boca* sin pensar lo que decía— que buscara la solución de su problema en *la boca de un pez*.

No obstante, tengamos el cuidado de no permitir que lo novedoso del milagro opaque las palabras clave que estaban incluidas en las instrucciones de Jesús, cuando dijo: «para no ofenderles». La palabra griega *σκανδαλίζω* (*skandalizo*), que se traduce por «ofender», es la misma de la cual obtenemos «escandalizar». A Cristo no le preocupaba herir la susceptibilidad de los oficiales; lo que le preocupaba *era* hacer algo que pudiera dar una mala imagen de Su ministerio. Deseaba que Pedro entendiera que hacer lo correcto tiene prioridad sobre exigir los derechos personales.

Esta idea es «palabra dura» (Jn 6.60). Tenemos la tendencia natural a exigir que se respeten nuestros derechos. Exigimos que se nos dé lo que merecemos. Luchamos contra todo el que nos prive de lo que nos pertenece legítimamente. Jesús nos llama a elevarnos por encima de ese impulso natural y a siempre considerar de qué manera nuestras acciones afectarán Su causa. Expresado en las mismas palabras del texto, si al exigir que se respeten nuestros derechos se produciría «un escándalo» que afecte a la causa de Cristo, es mejor renunciar a tales derechos. Pablo

³⁶Richard Rogers, *Behold Your King (Book of Matthew) (He aquí vuestro Rey [El libro de Mateo])* (Lubbock, Tex.: Sunset Study Series, s. f.), 22.

escribió dos extensos argumentos sobre la necesidad de renunciar a los derechos personales dadas ciertas circunstancias (Ro 14; 1 Co 8—10).

Jesús no sólo enseñó esta clase de renuncia a Sus propios derechos, sino que también la practicó. Vimos una demostración de ello al comienzo de Su ministerio terrenal: Él tenía el derecho de no ser bautizado por Juan, ya que era «libre de pecado» (He 4.15; vea Mt 3.14), pero renunció a ese derecho «[para cumplir] toda justicia» (Mt 3.15). Veremos otra demostración al final del ministerio de Cristo: tenía el derecho de no morir, porque no había hecho nada digno de muerte (Lc 23.4), pero renunció a ese derecho para que nosotros pudiéramos ser salvos (1 Co 15.3).

Un verdadero discípulo no se preocupa tanto de sus derechos como sí se preocupa de que el Señor sea glorificado y de que la causa de Este sea fomentada.

ENSEÑANZA SOBRE LA NECESIDAD DE HACERSE COMO NIÑOS (MT 18.1–14; MR 9.33–50; LC 9.46–50)

Mateo 18.1–14

¹En aquel tiempo los discípulos vinieron a Jesús, diciendo: ¿Quién es el mayor en el reino de los cielos? ²Y llamando Jesús a un niño, lo puso en medio de ellos, ³y dijo: De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. ⁴Así que, cualquiera que se humille como este niño, ése es el mayor en el reino de los cielos. ⁵Y cualquiera que reciba en mi nombre a un niño como este, a mí me recibe.

⁶Y cualquiera que haga tropezar a alguno de estos pequeños que creen en mí, mejor le fuera que se le colgase al cuello una piedra de molino de asno, y que se le hundiese en lo profundo del mar.

⁷¡Ay del mundo por los tropiezos! porque es necesario que vengan tropiezos, pero ¡ay de aquel hombre por quien viene el tropiezo! ⁸Por tanto, si tu mano o tu pie te es ocasión de caer, córtalo y échalo de ti; mejor te es entrar en la vida cojo o manco,

que teniendo dos manos o dos pies ser echado en el fuego eterno. ⁹Y si tu ojo te es ocasión de caer, sácalo y échalo de ti; mejor te es entrar con un solo ojo en la vida, que teniendo dos ojos ser echado en el infierno de fuego.

¹⁰Mirad que no menospreciéis a uno de estos pequeños; porque os digo que sus ángeles en los cielos ven siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos. ¹¹Porque el Hijo del Hombre ha venido para salvar lo que se había perdido.

¹²¿Qué os parece? Si un hombre tiene cien ovejas, y se descarrija una de ellas, ¿no deja las noventa y nueve y va por los montes a buscar la que se había descarriado? ¹³Y si acontece que la encuentra, de cierto os digo que se regocija más por aquélla, que por las noventa y nueve que no se descarriaron. ¹⁴Así, no es la voluntad de vuestro Padre que está en los cielos, que se pierda uno de estos pequeños.

Marcos 9.33–50

³³Y llegó a Capernaum; y cuando estuvo en casa, les preguntó: ¿Qué disputabais entre vosotros en el camino? ³⁴Mas ellos callaron; porque en el camino habían disputado entre sí, quién había de ser el mayor. ³⁵Entonces él se sentó y llamó a los doce, y les dijo: Si alguno quiere ser el primero, será el postrero de todos, y el servidor de todos. ³⁶Y tomó a un niño, y lo puso en medio de ellos; y tomándole en sus brazos, les dijo: ³⁷El que reciba en mi nombre a un niño como este, me recibe a mí; y el que a mí me recibe, no me recibe a mí sino al que me envió.

³⁸Juan le respondió diciendo: Maestro, hemos visto a uno que en tu nombre echaba fuera demonios, pero él no nos sigue; y se lo prohibimos, porque no nos seguía. ³⁹Pero Jesús dijo: No se lo prohibáis; porque ninguno hay que haga milagro en mi nombre, que luego pueda decir mal de mí. ⁴⁰Porque el que no es contra nosotros, por nosotros es. ⁴¹Y cualquiera que os diere un vaso de agua en mi nombre, porque sois de Cristo, de cierto os digo que no perderá su recompensa.

⁴²Cualquiera que haga tropezar a uno de estos pequeños que creen en mí, mejor le fuera si se le atase una piedra de molino al cuello, y se le arrojase en el mar. ⁴³Si tu mano te fuere ocasión de caer, córtala; mejor te es entrar en la vida manco, que

teniendo dos manos ir al infierno, al fuego que no puede ser apagado, ⁴⁴donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga. ⁴⁵Y si tu pie te fuere ocasión de caer, córtalo; mejor te es entrar a la vida cojo, que teniendo dos pies ser echado en el infierno, al fuego que no puede ser apagado, ⁴⁶donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga. ⁴⁷Y si tu ojo te fuere ocasión de caer, sácalo; mejor te es entrar en el reino de Dios con un ojo, que teniendo dos ojos ser echado al infierno, ⁴⁸donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga. ⁴⁹Porque todos serán salados con fuego, y todo sacrificio será salado con sal. ⁵⁰Buena es la sal; mas si la sal se hace insípida, ¿con qué la sazonaréis? Tened sal en vosotros mismos; y tened paz los unos con los otros

Lucas 9.46–50

⁴⁶Entonces entraron en discusión sobre quién de ellos sería el mayor. ⁴⁷Y Jesús, percibiendo los pensamientos de sus corazones, tomó a un niño y lo puso junto a sí, ⁴⁸y les dijo: Cualquiera que reciba a este niño en mi nombre, a mí me recibe; y cualquiera que me recibe a mí, recibe al que me envió; porque el que es más pequeño entre todos vosotros, ése es el más grande.

⁴⁹Entonces respondiendo Juan, dijo: Maestro, hemos visto a uno que echaba fuera demonios en tu nombre; y se lo prohibimos, porque no sigue con nosotros. ⁵⁰Jesús le dijo: No se lo prohibáis; porque el que no es contra nosotros, por nosotros es.

Jesús había identificado Su Reino mesiánico con la iglesia que había de edificar (Mt 16.18–19). Trataba constantemente de convencer a Sus seguidores de que el Suyo sería un reino espiritual; no un reino terrenal, ni carnal, ni político. Este estaría en el corazón de los hombres, no en un mapa del mundo. Sus discípulos fueron completamente incapaces de entender esta verdad. La falta de entendimiento de ellos se pone de manifiesto en el evento que se consigna a continuación.

Cierto día que viajaban de un lugar a otro, los doce empezaron a discutir sobre «quién de ellos sería el mayor» «en el reino»

(Lc 9.46; vea Mt 18.1; Mr 9.34). Su discusión pudo haberse motivado por la promesa que Jesús hizo a Pedro (Mt 16.19), o por el hecho de que el Señor sólo tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan para llevarlos al monte (Mt 17.1). No se nos dan los detalles, pero no hay razón para pensar que alguno de los apóstoles se mantuviera al margen de la discusión; ni siquiera Pedro, Jacobo o Juan, los cuales probablemente daban por sentado que el Señor los estaba tomando en cuenta para altos cargos en un reino terrenal. (Mire más adelante en Mt 20.21 y en Mr 10.37.)

Cuando llegaron a su destino, Cristo les preguntó: **¿Qué disputabais entre vosotros en el camino?** (Mr 9.33). (Aparentemente habían hecho un recorrido más grande por Galilea, después de lo cual volvieron a Capernaum.) Al principio no respondieron (Mr 9.34) y es posible que se haya debido a que estaban apenados. Sin embargo, cuando se percataron de que Jesús sabía exactamente qué habían estado disputando (Lc 9.47), preguntaron: **¿Quién es el mayor en el reino de los cielos?** (Mt 18.1; énfasis nuestro).

J. W. McGarvey escribió: «Si Jesús hubiera deseado enseñar la [supuesta] superioridad de Pedro, no se habría encontrado mejor oportunidad para hacerlo que esta».³⁷ En lugar de hacer tal cosa, Cristo usó el momento para enseñar una lección sumamente necesaria: **Si alguno quiere ser el primero, será el postrero de todos, y el servidor de todos; porque el que es más pequeño entre todos vosotros, ése es el más grande** (Mr 9.35; Lc 9.48b).

Para que se entendiera bien este mensaje, el Gran Maestro usó una ayuda visual viviente, pues esto es lo que leemos: **Y llamando Jesús a un niño, lo puso en medio de ellos** (Mt 18.2). También leemos: **Y [tomando al niño] en sus brazos** (Mr 9.36), les dijo a Sus discípulos: **De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Así que, cualquiera que se humille como este niño, ése es el mayor en el reino de los cielos** (Mt 18.3–4).

Hay muchas verdades que pueden sacarse de las palabras de Cristo. Por ejemplo, se pone en evidencia el error de la doc-

³⁷McGarvey y Pendleton, 430–31.

trina del pecado original: la creencia de que el niño nace «completamente depravado» debido al pecado de Adán; creencia que es contraria a lo dicho por Jesús en el sentido de que más bien debemos hacernos *como* niños para entrar en el reino de los cielos. Otro error que revelan las palabras del Señor, es el que constituye el llamado bautismo de niños; error que se pone de manifiesto al darse a conocer por tales palabras que los niños están preparados para el reino en la condición que se encuentran, y que por esta razón no requieren de ceremonias estipuladas por el hombre para prepararlos.

No obstante, Cristo estaba centrándose en una verdad de Su ilustración: es necesario ser humildes, es necesario estar dispuestos a servir y no a ser servidos. La verdadera humildad se encuentra en la virtud mencionada en la sección anterior: la capacidad para renunciar a sus propios derechos. Por lo general, los niños pequeños no se clasifican entre ellos mismos bajo categorías tales como «grande» o «insignificante». En aquellos tiempos, a los niños se les ubicaba cerca del último lugar de la escala social. Hoy es al contrario, pues a menudo son los primeros en ser servidos, pero en ese entonces por lo general eran los últimos. El Señor estaba tratando de hacer que Sus discípulos entendieran que, para ser útiles en Su reino, debían estar dispuestos a ocupar un puesto humilde. En los días siguientes, Jesús previno a menudo a los discípulos contra la ambición egoísta (vea Mt 23.8–12; Lc 22.24–27).

La necesidad de ser humildes se enseña por todo el Nuevo Testamento. (Vea Lc 14.11; 18.14; Hch 20.19; Ef 4.2; Col 3.12; Stg 4.6; 1 P 3.8.) Pablo dijo «Nada hagáis por contienda o por vanagloria, antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo» (Fil 2.3). Pedro escribió:

... y todos, sumisos unos a otros, revestíos de humildad; porque: Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes.

Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo (1 P 5.5–6).

Para ser el primero, debemos ponernos de último. Para ser

grande, debemos hacernos el más pequeño. Estos principios eran difíciles de ser entendidos para un público del siglo primero, y mucho menos podían ser recibidos. Hoy son doblemente difíciles para este orgulloso mundo de adulación y de promoción de sí mismo. Si usted es como yo, las palabras de Cristo le moverán a orar en su corazón diciendo: «Dios, ayúdame a ser más humilde. Ayúdame a hacerme más como los niños».

La demostración visual que hizo Jesús sirvió de introducción para un discurso con enseñanzas variadas que se relacionaban directa o indirectamente con los niños (Mt 18.5–14; note especialmente los versículos 5, 6, 10 y 14). A medida que se desarrolló el mensaje, el término «pequeñitos» se expandió para incluir no sólo a niños, sino también a discípulos que tuvieran fe como la de un niño (tal vez con énfasis especial en los recién convertidos). Mateo 18.6 se refiere a los pequeños *que creen*. Marcos 9.37 parece equiparar el acto de recibir a un pequeño con el de dar un vaso de agua fría a *un discípulo*. La referencia a la oveja *que se descarría*, en Mateo 18.12–13, parece referirse especialmente a los **pequeños** (Mt 18.14). La mayoría de las lecciones son igualmente aplicables a los niños pequeños y a los discípulos que son como niños.

Cristo comenzó esta parte de Su sermón diciendo que debe recibirse a los «pequeños»: **El que reciba en mi nombre a un niño como este, me recibe a mí; y el que a mí me recibe, no me recibe a mí sino al que me envió** (Mr 9.37). Jesús usó anteriormente las mismas palabras para referirse a las personas que reciben a Sus discípulos (Mt 10.40; vea también Jn 13.20).

Los niños son especiales. El potencial que tiene cada uno —para el bien o para el mal— es enorme. Jamás debemos considerarlos un fastidio que se ha de tolerar. Debemos amarlos, criarlos y tratar de protegerlos. Debemos entender que cada uno de ellos constituye la personificación de una oportunidad. Debemos hacer todo lo posible por enseñarles e instruirles en el camino derecho (Pr 22.6).

Las palabras que dijo Jesús sobre recibir a las personas y el uso que Él hizo de la frase «en mi nombre» le recordó a Juan un evento reciente durante el cual él *no* recibió a alguien que estaba haciendo algo en el nombre de Cristo. Como a veces

hacen los estudiantes, interrumpió a su Maestro, diciéndole: **Maestro, hemos visto a uno que echaba fuera demonios en tu nombre; y se lo prohibimos, porque no sigue con nosotros** (Lc 9.49).

¿A quién se refería Juan cuando dijo «hemos visto a uno»? El texto no lo dice. En vista de que ese personaje evidentemente estaba echando fuera demonios, no parecía ser un impostor, como sí lo eran otros que más adelante tratarían de usar el nombre de Jesús para llevar a cabo exorcismos (Hch 19.13–16). Tenga presente que Jesús tenía otros discípulos además de los doce (Lc 6.13) y que los apóstoles no fueron los únicos a quienes el Señor impartió poderes milagrosos durante su ministerio terrenal (vea Lc 10.1, 17).

Las palabras clave de la declaración de Juan probablemente sean estas: «... no sigue con nosotros». En otras palabras, no era uno de los apóstoles que estaban viajando con el Señor en ese tiempo. Recuerde que el marco de esta conversación lo constituía la ambición llena de envidia de los apóstoles. Los doce pudieron haber tenido envidia de otro discípulo de Jesús que, sin ser apóstol, tenía la fe que se necesitaba para hacer lo que ellos habían sido incapaces de hacer poco antes (Mt 17.16, 19–20).

Esto fue lo que Jesús le contestó a Juan: **No se lo prohibáis; porque ninguno hay que haga milagro en mi nombre, que luego pueda decir mal de mí. Porque el que no es contra nosotros, por nosotros es** (Mr 9.39–40). La idea básica del Señor parece clara. Esto es lo que en otras palabras estaba diciendo: «Necesitamos todos los amigos que podamos conseguir. Hay tantos hoy que hablan mal de mí, que es alentador saber que al menos hay uno que no lo hará».

Lamentablemente, algunos usan el versículo 40, que dice: «Porque el que no es contra nosotros, por nosotros es», para enseñar que Cristo recibe a quienquiera que afirme que es «por» Él y que haga buenas obras en Su nombre. Insisten, por lo tanto, en que debemos recibir a personas que así hagan, obedezcan o no los mandamientos de Jesús. Tal interpretación haría que el versículo entrara en contradicción con Mateo 7.21–23, donde se lee:

No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el

reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, *y en tu nombre echamos fuera demonios*, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad. (Énfasis nuestro.)

Marcos 9.40 es la otra cara de una verdad anunciada anteriormente por el Señor: «El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama» (Mt 12.30). Cuando los dos pasajes se ponen el uno junto al otro, ellos declaran la imposibilidad de permanecer neutrales en cuanto a Jesús.

En Marcos 9.41 Jesús volvió al tema de recibir, sólo que ahora lo aplicó a Sus apóstoles: **Y cualquiera que os diere un vaso de agua en mi nombre, porque sois de Cristo, de cierto os digo que no perderá su recompensa** (Mr 9.41). Cuando el Señor hizo esta aseveración, Él no estaba metiendo todos los requisitos para la salvación en un solo versículo y un solo acto. Si hubiera estado haciendo así, podríamos prescindir de la invitación a creer y bautizarse (Mr 16.15, 16; Gá 3.26–27); podríamos simplemente darles vasos de agua a las personas e instarles a que les den el agua a los cristianos. Jesús estaba simplemente aseverando que Dios se agrada cuando la gente anima a los que llevan Su nombre.

Cristo volvió luego al tema de los «pequeños», diciendo: **Y cualquiera que haga tropezar a alguno de estos pequeños que creen en mí, mejor le fuera que se le colgase al cuello una piedra de molino de asno, y que se le hundiese en lo profundo del mar** (Mt 18.6; vea Mr 9.42). La palabra griega *μύλος* (*mulos*), que se traduce por «piedra de molino de asno», se refería a una piedra de moler tan grande que un asno debía hacerla girar. Sería una tragedia que un peso tan grande le hundiera a uno en el fondo del mar,³⁴ pero no una tragedia tan grande como la que aguarda a los que hagan tropezar a los «pequeños».

La enseñanza es la misma, sea que apliquemos el término «pequeños» a niños, a recién convertidos o a cristianos en general: Debemos esforzarnos por jamás hacer algo que influya en

otro para hacer lo malo (vea Ro 14.13, 21). Se pronuncia un **ay** sobre el hombre por quien venga el tropiezo (Mt 18.7).

Las palabras de Jesús requieren que hagamos examen de nosotros mismos, que nos preguntemos, diciendo: ¿Estamos abrigando algo que nos haría daño a nosotros y a otras personas? Si la respuesta es afirmativa, debe arrancarse de nuestra vida.

Si tu mano te fuere ocasión de caer, córtala; mejor te es entrar en la vida manco, que teniendo dos manos ir al infierno, al fuego que no puede ser apagado, donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga. Y si tu pie te fuere ocasión de caer, córtalo; mejor te es entrar a la vida cojo, que teniendo dos pies ser echado en el infierno, al fuego que no puede ser apagado, donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga. Y si tu ojo te fuere ocasión de caer, sácalo; mejor te es entrar en el reino de Dios con un ojo, que teniendo dos ojos ser echado al infierno, donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga (Mr 9.43–48).

Jesús usó una terminología parecida anteriormente en el Sermón del Monte (vea Mt 5.27–30). El Señor no estaba fomentando la mutilación del cuerpo, sino el aleccionamiento del alma. Cualquiera cosa que incite al mal en nuestra vida, por más preciosa que sea, debe extirparse sin miramientos.

Es obvio que Jesús está usando lenguaje figurado para describir el infierno (*γέενναν*, *geennan*): en un fuego literal no viven gusanos literales. Hay acuerdo generalizado en el sentido de que las figuras de los gusanos y el fuego se derivan del vertedero de basura que estaba al sur de Jerusalén y que se conocía como el valle de Hinom, o Ben-hinom (vea 2 Cr 28.3; 33.6; Neh 11.30; Jer 7.31–32; 19.2, 6; 32.35). Es probable que la figura de los gusanos se refiera al tormento eterno de una conciencia culpable (Lc 16.25–28), mientras que la figura del fuego se refiere a la angustia de estar eternamente separados de la presencia de Dios (2 Ts 1.9).

A propósito del infierno, Jesús añadió estas insospechadas palabras: **Porque todos serán salados con fuego (Mr 9.49).** Ante-

riormente había usado la figura de la sal (Mt 5.13) para referirse a un agente *que conserva*. Es probable que sea la idea de la conservación la que también se tenga presente aquí: Los impíos serán «conservados» en el fuego del infierno; esto es, jamás morirán. La promesa de ser conservados en el cielo es un pensamiento glorioso; la idea de ser conservados en el infierno es un horror que escapa a toda comparación.

En el siguiente versículo, Cristo le dio otro giro a la imagen de la sal: **Buena es la sal; mas si la sal se hace insípida, ¿con qué la sazonaréis? Tened sal en vosotros mismos; y tened paz los unos con los otros** (Mr 9.50). El Señor estaba repitiendo la idea que enunció en el Sermón del Monte (Mt 5.13), a la cual añadió esta aplicación práctica: Si seguían disputando entre ellos (Lc 9.46), se harían insípidos, y no podrían ser «la sal de la tierra». Necesitaban aprender a «[tener] paz los unos con los otros», ¡del mismo modo que nosotros necesitamos aprender a tener paz los unos con los otros.

Una vez más, Jesús volvió a Su tema de los «pequeños», diciendo: **Mirad que no menospreciéis a uno de estos pequeños; porque os digo que sus ángeles en los cielos ven siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos** (Mt 18.10). La palabra griega *καταφρονέω* (*kataphroneo*), que se traduce por «menospreciar», combina las palabras «abajo» (*κατά, kata*) y «mente» (*φρονέω, phroneo*). Significa lo que damos a entender con la expresión «considerar inferior» a otra persona. Jamás debemos considerar inferiores a los niños... ni a los recién convertidos... ni a ningún hijo de Dios. Todos son muy estimados ante los ojos de Dios.

La última parte del versículo 10 es fascinante y a la vez desconcertante, pues esto es lo que leemos: «sus ángeles en los cielos ven siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos». Estas breves palabras han dado lugar a las miles de páginas que se han escrito sobre los «ángeles guardianes». La Biblia ciertamente enseña que los ángeles son «espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación» (He 1.14). Aún más, para citar a McGarvey, este versículo insinúa que «la ministración que llevan a cabo los ángeles no sólo es general, sino que también especial, al encargarse-

les a ciertos ángeles el cuidado de ciertas personas». ³⁸ Cualquier enseñanza que no esté contenida dentro de estas verdades generales, es conjetura.

El hecho de que todos los días mueren niños, y que muchos mueren de modo espantoso, debe ser suficiente para convencernos de que los «ángeles guardianes» no están autorizados para hacer a un lado las leyes naturales de Dios. De hecho, el tenor general de la Palabra de Dios insinuaría que su interés primordial no es la salud física, sino el bienestar espiritual. Es probable que haríamos bien en considerar Mateo 18.10 como simplemente otra prueba de que Dios cuida de los que son Suyos, y no sacar más conclusiones que esta (1 P 5.7; vea Ez 34.12).

El Señor terminó su enseñanza sobre los «pequeños» con una ilustración conocida para la mayoría de nosotros:

¿Qué os parece? Si un hombre tiene cien ovejas, y se descarria una de ellas, ¿no deja las noventa y nueve y va por los montes a buscar la que se había descarriado? Y si acontece que la encuentra, de cierto os digo que se regocija más por aquélla, que por las noventa y nueve que no se descarriaron. Así, no es la voluntad de vuestro Padre que está en los cielos, que se pierda uno de estos pequeños (Mt 18.12–14).

Jesús más adelante presentó la figura de una oveja perdida junto con las de una moneda perdida y un hijo perdido, para dar lugar a uno de los capítulos más memorables de la Biblia: Lucas 15. El asunto principal que presenta aquí es el mismo que recalca en ese capítulo de Lucas: Dios «no [desea] que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento» (2 P 3.9).

Una vez más, se puede hacer aplicación a una variedad de «pequeños»: los niños crecen y se descarrian en los montes del pecado (Ro 3.23); necesitamos traerlos dulcemente de vuelta al Señor. Un recién convertido —o uno antiguo— puede «deslizarse» de la fe (He 2.1); necesitamos «[restaurar al que así haga] con espíritu de mansedumbre» (Gá 6.1; vea Stg 5.19–20).

³⁸Ibíd., 434.

**ENSEÑANZA FINAL EN GALILEA:
LOS PROBLEMAS ENTRE
LOS HERMANOS
(MT 18.15–35)**

¹⁵Por tanto, si tu hermano peca contra ti, ve y repréndele estando tú y él solos; si te oyere, has ganado a tu hermano. ¹⁶Mas si no te oyere, toma aún contigo a uno o dos, para que en boca de dos o tres testigos conste toda palabra. ¹⁷Si no los oyere a ellos, dilo a la iglesia; y si no oyere a la iglesia, tenle por gentil y publicano. ¹⁸De cierto os digo que todo lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo. ¹⁹Otra vez os digo, que si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquiera cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos. ²⁰Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos.

²¹Entonces se le acercó Pedro y le dijo: Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete? ²²Jesús le dijo: No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete.

²³Por lo cual el reino de los cielos es semejante a un rey que quiso hacer cuentas con sus siervos. ²⁴Y comenzando a hacer cuentas, le fue presentado uno que le debía diez mil talentos. ²⁵A éste, como no pudo pagar, ordenó su señor venderle, y a su mujer e hijos, y todo lo que tenía, para que se le pagase la deuda. ²⁶Entonces aquel siervo, postrado, le suplicaba, diciendo: Señor, ten paciencia con-migo, y yo te lo pagaré todo. ²⁷El señor de aquel siervo, movido a misericordia, le soltó y le perdonó la deuda. ²⁸Pero saliendo aquel siervo, halló a uno de sus consiervos, que le debía cien denarios; y asiendo de él, le ahogaba, diciendo: Págame lo que me debes. ²⁹Entonces su consiervo, postrándose a sus pies, le rogaba diciendo: Ten paciencia con-migo, y yo te lo pagaré todo. ³⁰Mas él no quiso, sino fue y le echó en la cárcel, hasta que pagase la deuda. ³¹Viendo sus consiervos lo que pasaba, se entristecieron mucho, y fueron y refirieron a su señor todo lo que había pasado. ³²Entonces, llamán-

dole su señor, le dijo: Siervo malvado, toda aquella deuda te perdoné, porque me rogaste. ³³¿No debías tú también tener misericordia de tu conservo, como yo tuve misericordia de ti? ³⁴Entonces su señor, enojado, le entregó a los verdugos, hasta que pagase todo lo que le debía. ³⁵Así también mi Padre celestial hará con vosotros si no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas.

El último discurso que Jesús pronunció en Galilea fue provocado por una acalorada disputa que se suscitó entre los discípulos, sobre quién de ellos sería el mayor en el reino (Mt 18.1; Lc 9.46). La primera parte de la respuesta de Jesús tenía que ver con ser como niños, y la segunda se centró en llevarse bien con los demás.

Ya Jesús había hablado acerca de pecar contra otra persona (Mt 18.6; Mr 9.42). Ahora se disponía a tratar el otro aspecto de la cuestión: ¿Qué hacer si otra persona peca contra uno? El versículo clave es Mateo 18.15, donde se lee: **Por tanto, si tu hermano peca contra ti, ve y repréndele estando tú y él solos; si te oyere, has ganado a tu hermano.**

La frase «contra ti» no se encuentra en los mejores manuscritos, pero transmite el mensaje de esta sección. (Una frase parecida se encuentra seis versículos más adelante, en el versículo 21.) Entienda, sin embargo, que aun si la frase no se encontrara en el versículo 15, la aplicación del pasaje trasciende los desaires personales. Cada vez que un hermano se enrede en pecado que pueda condenar su alma, es responsabilidad de todos nosotros ir a él con amor.

En el Sermón del Monte, Jesús explicó lo que usted puede hacer si sabe que un hermano tiene algo en contra suya: Usted debe ir a él (Mt 5.23–24). Aquí, Él dice lo que usted debe hacer si tiene algo contra un hermano: Debe ir a él. Si las dos partes de la disputa se portan como cristianos, los dos irán... y se encontrarán en algún lugar a mitad de la distancia que los separa. No obstante, si una de las partes no hace lo que debería, eso no justifica a la otra: Sea usted el ofendido o el ofensor, debe ir a la otra persona y tratar de resolver el asunto.

Destaque la frase «estando tú y él solos»; es la frase que apa-

rece en el texto original (en otras versiones se traduce por «en privado»). Cuando alguien haga algo que nos ofenda, no debemos exagerarlo ni divulgarlo; antes, debemos minimizarlo y localizarlo. Gayle Oler³⁹ lo expresó en estos términos: «Antes de quejarse con su esposo o esposa, con sus amigos o familiares, con los ancianos o el predicador, o incluso con su perro, uno debe ir *primero* a hablar con esa persona».

Puede que objetemos diciendo que es difícil hacer eso. Sí, lo es, pero también es necesario hacerlo. La obediencia a este mandamiento apaciguará la mayoría de las situaciones explosivas. Por el contrario, si hacemos caso omiso de los mandatos de Cristo, si no resolvemos el asunto, sino que contaminamos con nuestro descontento a todos los que nos rodean, la gente comenzará a tomar bandos. Cuando esto ocurre, es un gran daño el que se le hace al cuerpo de Cristo.

Si un cristiano va con la actitud debida a un hermano que ha pecado contra él (Gá 6.1), por lo general podrá resolver el problema, pero no siempre. En este caso, siga las instrucciones de Jesús sobre el siguiente paso: **Mas si no te oyere, toma aún contigo a uno o dos, para que en boca de dos o tres testigos conste toda palabra** (Mt 18.16). La necesidad de dos o tres testigos es recalcada tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento (Dt 19.15; 2 Co 13.1). Estos podrían ayudar a entender mejor lo ocurrido anteriormente, tal vez podrían facilitar la reconciliación y podrían ciertamente dar testimonio más adelante de lo sucedido en la reunión. El versículo 17 da a entender que los testigos no van simplemente a escuchar. **Si no los oyere a ellos**, significa que dirán algo y que tratarán de resolver los asuntos entre las partes divididas.

¿Qué hacer si tomar consigo a uno o dos no produce el resultado deseado? Jesús dijo: **Si no los oyere a ellos, dílo a la iglesia; y si no oyere a la iglesia, tenle por gentil y publicano** (Mt 18.17). El uso que hace Cristo de la palabra «iglesia» en este versículo es digno de hacerse notar. Dos capítulos atrás, anunció

³⁹Gayle Oler fue el superintendente del Hogar de Niños Boles, en Quinlan, Texas, durante muchos años. Lo escuché hacer esta aseveración hace bastante tiempo, en la iglesia de Cristo de Eastside, en Midwest City, Oklahoma.

que edificaría Su iglesia (Mt 16.18). Ahora presenta a la iglesia como un cuerpo de personas autorizadas por el Señor para incluir o excluir miembros de su comunidad. La palabra «iglesia» se encuentra sólo en dos pasajes en los evangelios: en Mateo 16 y en Mateo 18. En el primer caso, se refiere a la iglesia en el ámbito mundial; en el segundo, a la congregación local.

Jesús no precisó *cómo* hemos de «[decirlo] a la iglesia». A veces sería mejor dar a conocer tal información en una reunión especial de miembros, en lugar de hacerlo durante una reunión para la adoración colectiva. Si una congregación tiene ancianos, estos pueden determinar la mejor manera de manejar tales asuntos.

Lo que más interesa es la frase: «y si no oyere a la iglesia». Esto podría significar que el pecador no acatara una decisión tomada por la iglesia (vea 1 Co 5.12b). Si tomamos la expresión «la iglesia» por su significado básico (los salvos por la sangre de Jesús) e interpretar el versículo de esta forma: «si no oyere a todos sus hermanos y hermanas en Cristo, que vienen a él con amor...». ¿Qué tal si, cuando un hermano pecó, todos los miembros de la congregación vinieran a él y le rogaran con lágrimas que se vuelva al Señor? ¿Qué impacto tendría esto? Una persona tendría que estar totalmente endurecida por el pecado para resistir tal torrente de amonestaciones hechas con amor.

¿Qué hacer si ni siquiera eso logra hacer volver al pecador? Entonces, dijo Jesús, la iglesia debe dejar de tener comunión con él: «tenle por gentil y publicano» (Mt 18.17). La expresión «[tenerle] por gentil y publicano» es una forma metafórica de decir: «trátelo como si no fuera cristiano». Hay otros pasajes que aclaran que el propósito primordial de esta acción no es castigar, sino más bien hacer que la persona vuelva en sí y sea restaurada al Señor (vea 2 Ts 3.14–15). La disciplina llevada a cabo con el espíritu que se debe, no es una expresión de odio ni de rencor, sino de amor y de preocupación (vea He 12.6).

Jamás es agradable disciplinar a un hijo, y tampoco lo es disciplinar a un hermano o hermana en Cristo. Jesús lo sabía; así que, para animar a Sus oyentes, les aseguró que si una congregación ponía en práctica estas directrices, Dios estaría con ellos (Mt 18.18–20).

Él dijo, **Otra vez os digo, que si dos de vosotros se pusieren**

de acuerdo en la tierra acerca de cualquiera cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos (Mt 18.19).

La promesa del versículo 18 es igual a la que se hizo anteriormente a Pedro en la última parte de Mateo 16.19. Dado que Cristo estaba hablando directamente a los apóstoles en Mateo 18.18, la mayoría de los comentaristas consideran que esta promesa se hizo primordialmente a ellos. Sin embargo, como el contexto es el tema de la disciplina en la iglesia, se puede hacer una aplicación general a la acción congregacional. Si una congregación «ata» como el cielo ha atado (es decir, sólo hace lo que el cielo ha autorizado), entonces su acción es agradable a Dios. (No deberíamos tomar 18.19 como una promesa sin límites en el sentido de que dos cristianos pueden pedir cualquier cosa que deseen y que Dios la concederá [1 Jn 5.14].)

El versículo 20 es un pasaje conocido: **Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos**. Podemos hacer aplicaciones generales de esta alentadora promesa, y de hecho las hacemos, pero tenga presente que, en el contexto, Cristo se estaba refiriendo a la congregación de dos o tres en Su nombre con el fin de ejercer disciplina en la iglesia.

La enseñanza de Jesús acerca de ir a un hermano pecador provocó que Pedro se preguntara cuán a menudo debía él perdonar a tal hermano. Preguntó, diciendo: **Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete?** (Mt 18.21). Es probable que creyera que estaba siendo generoso; pues los rabinos sólo exigían tres veces. No me cabe duda de que le sorprendió la respuesta de Cristo, cuando Este dijo: **No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete** (Mt 18.22). En otras palabras, el perdón no debe tener límites.

El Señor pasó entonces a relatar la parábola de «El siervo inmisericorde», en la cual un siervo, a quien se le perdonó una gran deuda, rehusó perdonarle a un consiervo una miserable suma que este le debía (Mt 18.23–35). La aplicación obvia es que como Dios nos ha perdonado tanto, nosotros debemos estar dispuestos a perdonar a los demás.

Las enseñanzas del Señor que se recogen en Mateo 18.15–35 son de urgente necesidad en las relaciones con nuestros hermanos, o con cualquier otra persona, en realidad. Él insinuó dos prin-

EL MINISTERIO DE CRISTO DE LA TERCERA PASCUA
HASTA SU ARRIBO A BETANIA: EN GALILEA

cipios que nosotros debemos seguir: (1) Cuando uno tiene algo en contra de alguien, en lugar de quejarse con todo el mundo, debe ir a esa persona, y (2) uno no debe guardarle rencor a nadie, sino que debe estar dispuesto a perdonar.

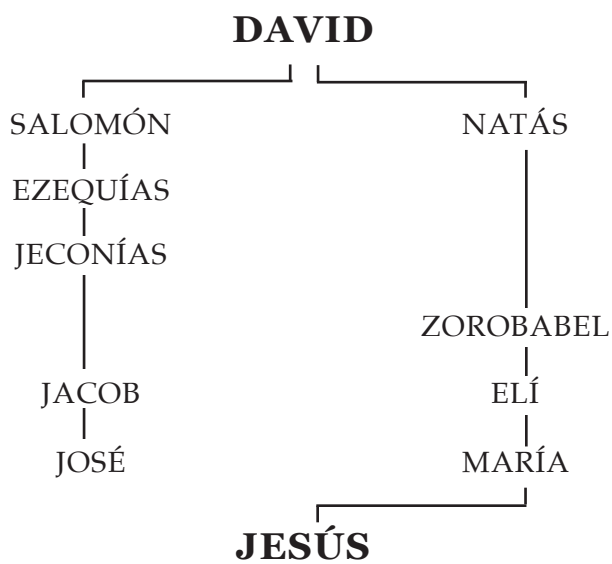
Hemos iniciado la transición del final del gran ministerio de Galilea de Cristo al comienzo de Su ministerio final en todas las partes de Palestina. El ministerio final duró alrededor de seis meses, desde la fiesta de tabernáculos hasta la siguiente pascua. Un versículo central para este ministerio es Lucas 9.51: Cuando se cumplió el tiempo en que él había de ser recibido arriba, [enmarcando Su muerte, entierro, y resurrección] afirmó su rostro para ir a Jerusalén. Veremos a Jesús viajando a Judea y Perea, pero siempre Sus pensamientos estaban centrados en Su muerte inminente en Jerusalén. La nube de maldad que se acumulaba no lo desalentó; Él marchó con resolución al oscuro evento.

APÉNDICE

TABLAS, LISTAS Y MAPAS

1. Linaje de Jesús a partir de David	609
2. Las fiestas de los judíos	610
3. Apóstoles	612
4. Listas de los apóstoles en las escrituras	614
5. Profecías neotestamentarias que podemos verificar	615
6. Los milagros de Jesús	616
7. Palestina durante la vida de Cristo	618
8. La ciudad de Jerusalén y el área que la rodea	620
9. El Templo	621

LINAJE DE JESÚS A PARTIR DE DAVID



LAS FIESTAS DE LOS JUÍOS										
NOMBRE DE LA FIESTA	CÓMO SE CALIFICA	MES EN QUE SE OBSERVABA	MES DEL AÑO SAGRADO	MES DEL AÑO CIVIL	EQUIVALENTE MODERNO APROXIMADO	DURACIÓN DE LA FIESTA	DÓNDE SE OBSERVABA	PRINCIPAL CARACTERÍSTICA DE SU OBSERVANCIA	SIGNIFICADO	OTROS NOMBRES
Pascua	Gran fiesta	Nisán o abib	1º	7º	abril	1 semana	Jerusalén	Se comía el cordero pascual	La muerte pasó por encima y ellos salieron de Egipto	Panes sin levadura
Pentecostés	Gran fiesta	Siván	3º	9º	junio	1 día	Jerusalén	Se ofrecían dos panes, que representaban las primicias del trigo	La ley fue dada en el monte Sinaí	Semanas; primicias; siega del trigo
Tabernáculos	Gran fiesta	Tisrí o ethanin	7º	1º	octubre	1 semana	Jerusalén	Se vivía en cabañas	La vida en el desierto	

LAS FIESTAS DE LOS JUÍOS (CONT.)										
NOMBRE DE LA FIESTA	CÓMO SE CALIFICA	MES EN QUE SE OBSERVABA	MES DEL AÑO SACRADO	MES DEL AÑO CIVIL	EQUIVALENTE MODERNO APROXIMADO	DURACIÓN DE LA FIESTA	DÓNDE SE OBSERVABA	PRINCIPAL CARACTERÍSTICA DE SU OBSERANCIA	SIGNIFICADO	OTROS NOMBRES
Trompetas	Fiesta menor	Tisrí o ethanin	7°	1°	octubre	1 día	Cualquier lugar	Se sonaban trompetas	Día de año nuevo	
Dedicación	Fiesta menor	Quisleu	9°	3°	diciembre	8 días	Cualquier lugar	Regocijo, cánticos, se encendían luces y antorchas	Rededicación del templo, después de recuperarlo del paganismo	Luces
Purim	Fiesta menor	Adar	12°	6°	marzo	2 días	Cualquier lugar	Lectura del libro de Ester	La reina Ester salvó a los judíos	

Reimpresión de *Training for Service (Preparación para el Servicio)* por Orrin Root © 1964. Revisado por Eleanor Daniel © 1983, Standard Publishing. Usado con permiso.

APÓSTOLES

◆ **Pedro:** Conocido también como Simón. Su nombre fue cambiado a Cefas, que significa «piedra». Él llevó a cabo su trabajo de evangelismo entre los judíos y escribió 1º y 2º de Pedro. Puede que también haya ayudado en la escritura del evangelio de Marcos.

◆ **Andrés:** Él era el hermano de Pedro, y fue el que lo presentó a Jesús (Jn. 1.40—42). Estos hermanos eran pescadores de Betsaida.

◆ **Jacobo:** Él era el hermano de Juan. Ambos eran hijos de Zabedeo y Salomé y trabajaban para su padre en Betsaida. Llamado a veces «el Mayor», Jacobo a veces predicaba en Jerusalén y Judea. Él fue decapitado por Herodes en el 44 d. C., llegando a ser el primer mártir apostólico.

◆ **Juan:** Él era el hermano de Jacobo. Ambos eran pescadores, junto con su padre (Mr. 1.19, 20). Jesús llamó a los dos hermanos «Hijos del trueno» (Mr. 3.17). Juan trabajó entre las iglesias de Asia Menor, especialmente en Éfeso. En el 95 d. C., fue exiliado a Patmos, donde escribió Apocalipsis. Sus escritos incluyen también el evangelio de Juan y las epístolas de 1º, 2º, y 3º de Juan.

◆ **Felipe:** Él era de Betsaida. Él le contó a Natanael sobre Jesús (Jn. 1.44—46).

◆ **Bartolomé:** Él era probablemente el Natanael del evangelio de Juan (Jn. 1.44—46). Él era de Caná de Galilea.

Los apóstoles fueron mensajeros especiales del Señor, nombrados por El, que podían dar testimonio personal de Su vida y resurrección. Cuando Judas Iscariote fue reemplazado, el nuevo apóstol había de ser uno que hubiese estado con Jesús y los seguidores de Este durante todo Su ministerio terrenal (Hch. 1.21). Más adelante, Cristo apareció a Pablo para facultarlo como el apóstol de los gentiles (vea 1 Co. 15.8). Parte de la información que se da aquí fue tomada de Frank L. Cox, "The Glorious Company of the Apostles" («La gloriosa compañía de los apóstoles») *The Minister's Monthly* (February 1960): 254.

APÓSTOLES (cont.)

- ◆ **Tomás:** También era llamado Dídimos («el gemelo») (Jn. 11.16; 20.24; 21.2). Era de Galilea. Es aclamado por los cristianos en Siria como el fundador de la iglesia en ese país; puede que también haya establecido iglesias en Persia e India.
- ◆ **Mateo:** Él era también conocido como Leví, hijo de Alfeo (Mt. 9.9; Mr. 2.14). Él era de Capernaum y servía como cobrador de impuestos para el gobierno romano.
- ◆ **Jacobo:** A veces llamado «El menor», este Jacobo era hijo de Alfeo y María (Mt. 10.3; 27.56). (¿Puede que Jacobo y Mateo y Mateo fueran hermanos? No lo sabemos.) Él era de Galilea y fue el autor del libro de Santiago (otro nombre que se le da a Jacobo).
- ◆ **Tadeo:** Un hijo de Jacobo. También llamado Judas (Mt. 10.3; Lc. 6.16). Él era galileo.
- ◆ **Simón el cananita:** También conocido como el zelote. Simón era de Galilea.
- ◆ **Judas Iscariote:** «Iscariote» parece indicar que era de Queriot en Judea. Traicionó a Jesús y después se suicidó.
- ◆ **Matías:** Después de la muerte de Judas Iscariote, Matías fue elegido por suertes, para reemplazarlo (Hch. 1.26). Según se desprende de Hechos 1.22, Matías había estado con Jesús y Sus discípulos «desde el bautismo de Juan hasta el día en que [Jesús] fue recibido arriba.
- ◆ **Pablo:**— Saulo, que después fue llamado Pablo, había sido perseguidor de la iglesia, fue llamado para servir de apóstol especial a los gentiles (Ro. 11.13; 1 Co. 1.1; 1 Ti. 2.7). Jesús se le apareció en el camino a Damasco. Escribió gran parte del Nuevo Testamento.

LISTAS DE LOS APÓSTOLES EN LAS ESCRITURAS			
<p><i>Mateo 10.2 – 4</i> Simón Pedro Andrés Jacobo Juan ----- Felipe Bartolomeo Tomás Mateo</p>	<p><i>Marcos 3.16–19</i> Simón Pedro Jacobo Juan Andrés ----- Felipe Bartolomeo Mateo Tomás</p>	<p><i>Lucas 6.13–16</i> Simón Pedro Andrés Jacobo Juan ----- Felipe Bartolomeo Mateo Tomás</p>	<p><i>Hechos 1.13</i> Pedro Juan Jacobo Andrés ----- Felipe Tomás Bartolomeo Mateo ----- Jacobo el hijo de Alfeo Simón el cananista Judas el hermano de Jacobo</p>
<p>Jacobo el hijo de Alfeo Tadeo Simón el cananista ----- Judas Iscariote</p>	<p>Jacobo el hijo de Alfeo Tadeo Simón el cananista ----- Judas Iscariote</p>	<p>Jacobo el hijo de Alfeo Simón el cananista Judas el hermano de Jacobo ----- Judas Iscariote</p>	<p>Judas Iscariote</p>

*La líneas punteadas indican los agrupamientos comentados en la p 217.

PROFECÍAS NEOTESTAMENARIAS QUE PODEMOS VERIFICAR		
<i>Profecía</i>	<i>Profetizada en</i>	<i>Cumplimiento</i>
Un ángel dijo que Jesús sería grande y sería llamado hijo de Dios.	Lucas 1.32-35	Aunque nació de una mujer pobre en una remota aldea, Jesús es conocido por muchos como el gran hijo de Dios.
María dijo que todas las generaciones la llamarían bienaventurada.	Lucas 1.48	María todavía es llamada bienaventurada.
Jesús profetizó que pocos entrarían al camino que lleva a la vida.	Mateo 7.13, 14	Los verdaderos creyentes siguiendo a Jesús son pocos.
Jesús profetizó que Él es más grande que Salomón.	Mateo 12.42	La historia ha probado que esto es cierto.
Jesús profetizó que el Hades no prevalecería contra la iglesia.	Mateo 16.18	Su iglesia todavía existe.
Jesús dijo que donde el evangelio se predicara, que la mujer que lo ungió sería mencionada.	Mateo 26.13	A ella todavía se le menciona donde el evangelio se predica.
Jesús dijo que Sus palabras jamás pasarían.	Mateo 24.35	Su palabra continúa a través de las edades.
Jesús dijo que el evangelio sería predicado en todas las naciones.	Marcos 13.10; Lucas 24.47	Se está predicando en todas las naciones.
Jesús dijo que atraera sí mismo a todos los hombres, dando a entender a todas las naciones	Juan 12.32	Personas de todas las naciones han sido atraídas a Jesús.

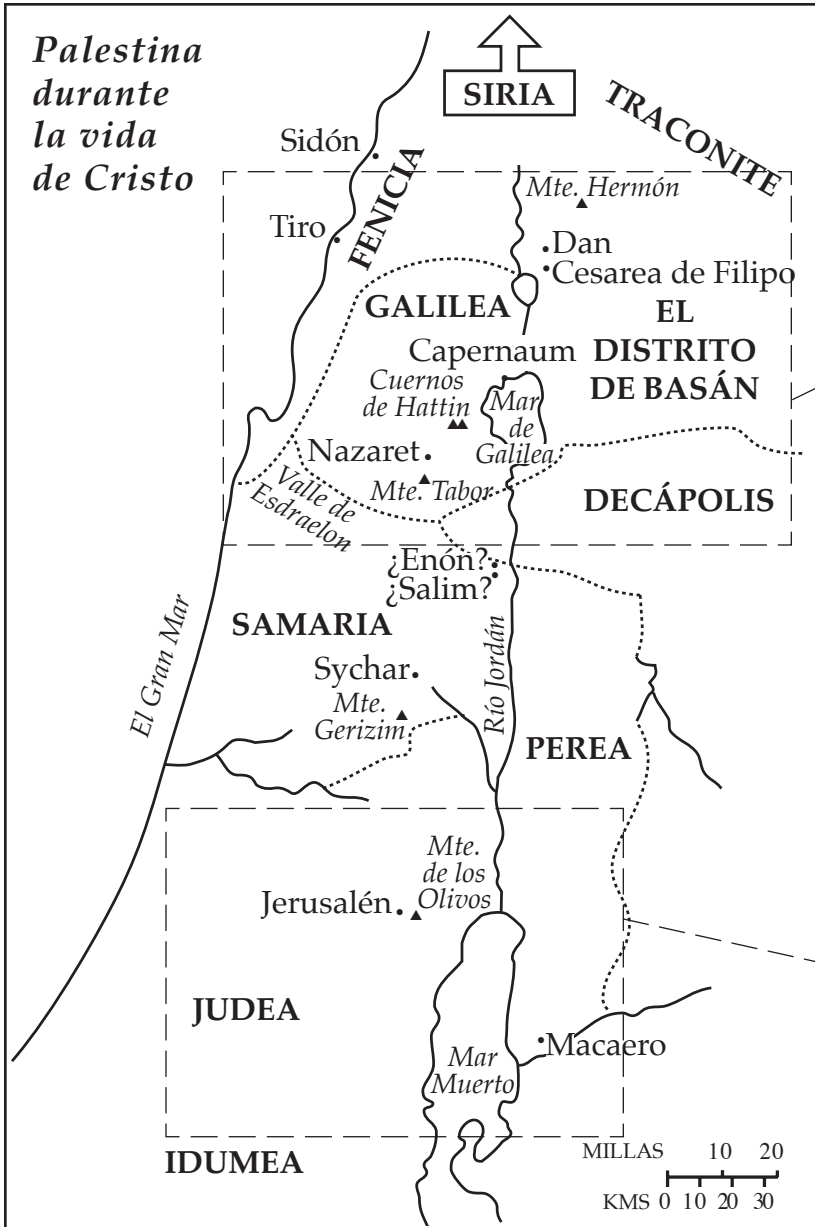
—compilado por Owen Olbricht

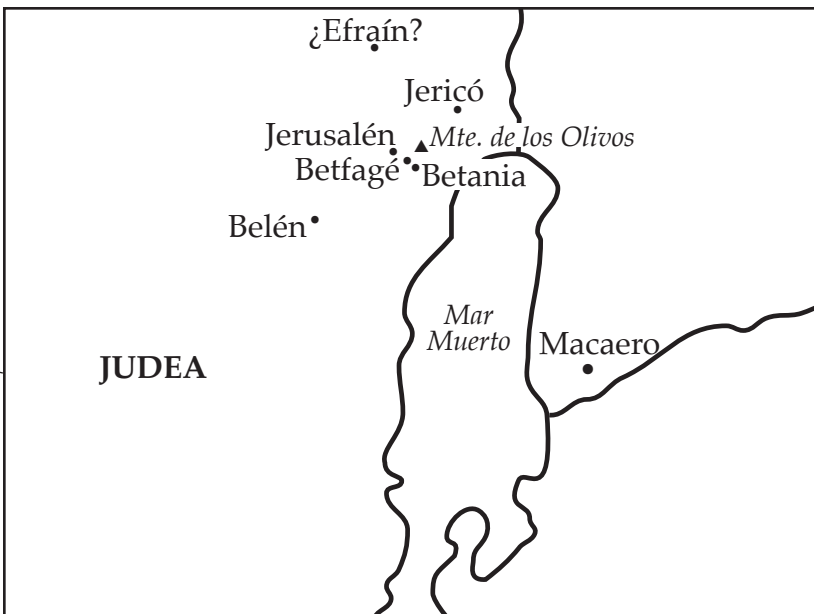
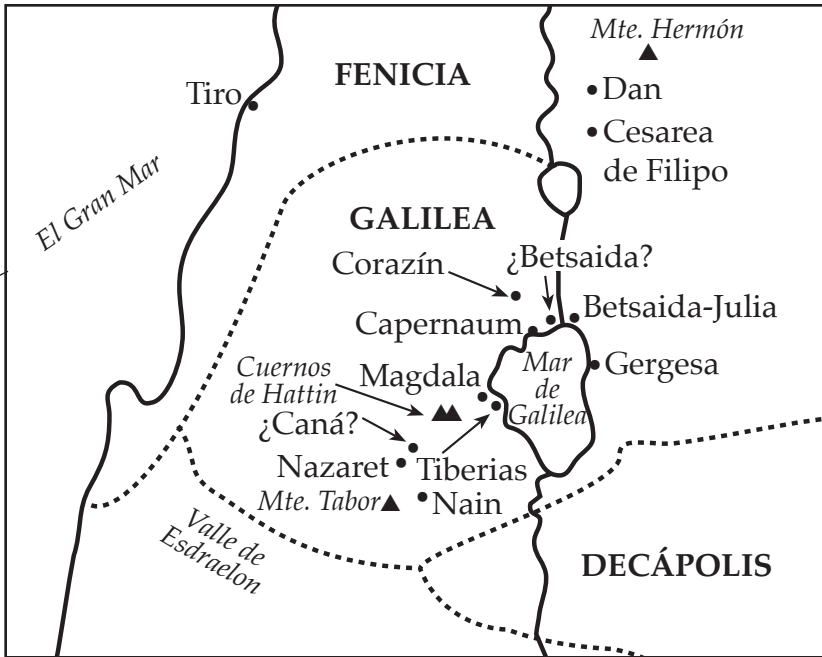
LOS MILAGROS DE JESÚS

	<i>Mateo</i>	<i>Marcos</i>	<i>Lucas</i>	<i>Juan</i>
Convierte el agua en vino				2.1-11
Echa fuera un demonio en Capernaum			4.33-35	
Sana a la suegra de Pedro	8.14-17	1.23-26 1.29-31	4.38, 39	
Provee una pesca milagrosa			5.1-11	
Sana a un leproso	8.2-4	1.40-45	5.12-16	
Sana a un paralítico	9.1-8	2.1-12	5.17-26	
Restaura una mano seca	12.10-13	3.1-5	6.6-11	
Sana al siervo de un centurión	8.5-13		7.1-10	
Resucita al hijo de una viuda			7.11-17	
Calma una tempestad	8.23-27	4.37-41	8.22-25	
Sana a los endemoniados gadarenos	8.28-34	5.1-20	8.26-39	
Sana a una mujer con flujo de sangre y resucita a la hija de Jairo	9.18-26	5.21-43	8.40-56	
Sana a dos hombres ciegos	9.27-31			4.46-54
Sana a un mudo	9.32, 33			5.1-9
Sana al hijo de un oficial				6.1-14
Sana a un lisiado				
Alimenta a los cinco mil	14.15-21	6.35-44	9.10-17	

APÉNDICE: TABLAS, LISTAS, Y MAPAS

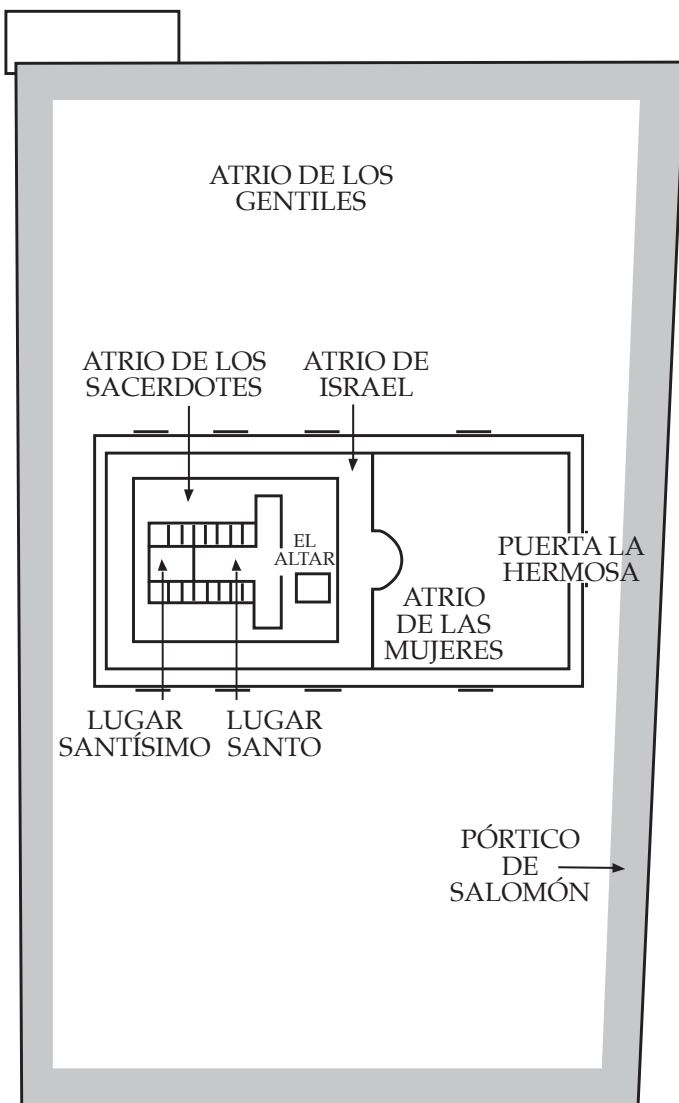
	<i>Mateo</i>	<i>Marcos</i>	<i>Luas</i>	<i>Juan</i>
Anda sobre agua	14.25-33	6.48-52		6.16-21
Alimenta a los cuatro mil	15.32-39	8.1-9		
Obtiene dinero para los impuestos de la boca de un pez	17.24-27			
Echa fuera un demonio	12.22, 23		11.14	
Sana a la hija de una mujer cananea	15.21-28	7.24-30		
Sana a un hombre sordo		7.31-37		
Sana a un hombre ciego		8.22-26		
Sana a un muchacho endemoniado	17.14-18	9.14-29	9.37-43	
Sana a una mujer lisiada			13.11-17	
Sana un hidrópico			14.1-6	
Sana a diez leprosos			17.11-19	
Sana a un hombre ciego de nacimiento				9.1-7
Resucita a Lázaro				11.1-45
Saba a dos ciegos	20.29-34	10.46-52	18.35-43	
Maldice una higuera	21.18-22	11.12-14		
Restaura la oreja de Malco			22.50, 51	
Provee una pesca milagrosa				21.1-14







FORTALEZA
ANTIONIA



El templo

DEL EDITOR

¿QUÉ ES LA ESCUELA MUNDIAL DE MISIONES DE LA VERDAD PARA HOY?

¿Qué tipo de obra misionera realiza La Escuela Mundial de Misiones de La Verdad para Hoy? Aquellos que estudian cuidadosamente el evangelismo misionero y la edificación señalan dos luchas constantes en el campo misionero.

PREOCUPACIONES DESAFIANTES

El primer desafío incluye educar al hombre local. De gran importancia para el misionero es educar y madurar al cristiano local para que pueda predicarle a su propio pueblo en su propio idioma. Dar este tipo de asistencia a los predicadores locales refinará nuestros esfuerzos misioneros, haciendo que estos predicadores sean más autosuficientes, más auténticos y más duraderos. Apreciamos que uno de los nuestros nos predique, así igual lo aprecian otras personas. Cuando pensamos en la obra como «nuestra obra», la abordaremos con mayor cuidado y sacrificaremos más por ella. Este principio es válido en prácticamente todas las culturas.

El cristianismo puede florecer en cualquier nación y cultura, en cualquier momento o circunstancia, si permitimos que se convierta en una obra más autóctona. Al utilizar predicadores locales, es mucho más probable que una obra misionera crezca en su entorno nacional que cuando se ha vuelto totalmente dependiente del sostenimiento estadounidense.

Después de que comenzó el Movimiento de Restauración en los Estados Unidos, los primeros predicadores y maestros no tardaron en darse cuenta de que tenían que enseñar a los jóvenes a

predicar para que el movimiento perdurara. Se establecieron escuelas muy temprano en la historia del Movimiento de Restauración. La sabiduría sugería ese enfoque.

Los cristianos están agradecidos por cada esfuerzo misionero que se lleva a cabo, como campañas de evangelización, misiones médicas y otros tipos de presentaciones. Sin embargo, no debemos pasar por alto el valor incomparable de brindar oportunidades educativas en el extranjero que ayudarán a los cristianos locales a poder predicarle eficazmente a su propia gente. Esta es una preocupación vital para el éxito continuo de los esfuerzos misioneros generales de la iglesia.

Proporcionar literatura bíblica, que es de gran valor, es el segundo desafío. El evangelismo misionero debería tener incorporado el componente de poner a disposición literatura bíblica que proporcione una comprensión de la Biblia al nivel de las personas. Aquellos a quienes el misionero está tratando de enseñar deben tener sus propias copias de la Biblia y se les debe guiar a una fe en Dios que se base en las Escrituras (vea Ro 10.17). Tienen que tener las ayudas de estudio adecuadas que les ayuden en su estudio de las Escrituras. Sin duda, el crecimiento en Cristo se ve facilitado por el alimento de la Palabra y la oración. Una obra misionera tiene una base sólida cuando manifiesta una comprensión clara y precisa de la Biblia y un compromiso devoto a la oración (vea Hch 6.4; 8.30, 31).

Cuando Tex Williams, el ex director de la Escuela Bíblica Mundial, estuvo en el campus de la Universidad de Harding, les habló a los estudiantes sobre la Escuela Bíblica Mundial. Le recordó a una clase de misiones que la literatura cristiana es una de las mayores necesidades de África. «Sin esta literatura», dijo, «simplemente no pueden hacerse cristianos y alcanzar la madurez cristiana como deberían». La literatura bíblica tiene un lugar vital en el crecimiento espiritual de cualquier persona. Cuando los nuevos convertidos viven en la presencia y la enseñanza de hombres de fe y el conocimiento bíblico, es seguro que habrá crecimiento en Cristo. Sin embargo, muchos lugares de la tierra carecen de este tipo de enseñanza. La Escuela de Misiones Mundiales de La Verdad para Hoy busca enviar estudios y comentarios bíblicos necesarios a lugares donde las personas están desesper-

¿QUÉ ES LA ESCUELA MUNDIAL DE MISIONES DE LA VERDAD PARA HOY?

adas por ellos. Hasta 32.000 hombres en 140 naciones del mundo reciben nuestros correos mensuales, que se envían en trece idiomas diferentes.

Estas dos exigencias misioneras singulares: la necesidad de levantar hombres locales y la necesidad de cubrir la tierra con literatura bíblica deben recordarse y abordarse. Nuestros esfuerzos siempre tienen que estar diseñados para lograr estos objetivos. No seguirlos es ignorar los sólidos resultados de la investigación que se ha realizado sobre estrategias misioneras.

UNA ESCUELA ÚNICA

La Escuela Mundial de Misiones de La Verdad para Hoy (EMMLVH) se estableció como una escuela de ministerio impreso en 1990. Desde sus inicios, ha sido inspirada, alentada y apoyada por la iglesia de Cristo de Champions en Houston, Texas. EMMLVH ha demostrado ser una manera exitosa de combinar dos métodos de evangelización y ministrar eficazmente a grandes porciones de la tierra.

EMMLVH es una escuela impresa de predicadores y maestros. La labor comenzó con 1.460 predicadores nacionales que estaban haciendo su labor en 110 naciones. En la actualidad, la literatura se envía por correo a muchos miles de nacionales en varias naciones más. Las recomendaciones para estos hombres nos llegan de maestros de la Escuela Bíblica Mundial, misioneros, y realizadores de campañas y de los mismos predicadores locales. La escuela impresa de predicadores ha disfrutado de un crecimiento fuerte y continuo.

EMMLVH utiliza tanto la página impresa como la electrónica. Cada tres meses, los hombres inscritos reciben el equivalente a 450 páginas de estudios expositivos de las Escrituras. Se cree que el tipo de estudio expositivo cruza culturas mejor que otros tipos de estudio. Los materiales enviados dan un trato completo del libro del Antiguo o Nuevo Testamento que se está estudiando. Poco después de la publicación, las lecciones también están disponibles en nuestro sitio web (www.biblecourses.com).

Se proporciona una escuela en línea de estudios bíblicos para aquellos que pueden acceder a ella. ThroughTheScriptures.com

fue lanzado el 1° de septiembre del 2015. En su debut, abarcaba todos los libros del Nuevo Testamento y el 70 por ciento de los libros del Antiguo Testamento en inglés. Los cursos se basan en la serie de comentarios de La Verdad para Hoy. EMMLVH se dedica a poner toda la escuela en veintitrés idiomas para que un porcentaje cada vez mayor de personas en el mundo tenga la oportunidad de tomar los cursos que ofrece. El estudiante tiene que tener una computadora o un teléfono inteligente con conexión a Internet y poder utilizar uno de los idiomas ofrecidos. Las becas están disponibles para quienes se encuentran fuera de los Estados Unidos.

Los correos mensuales brindan al hombre local la oportunidad de fortalecerse para predicar y enseñarle a su propia gente en su propio idioma. Dado que este trabajo se realiza en gran medida por medio de la página impresa, cumple parcialmente la demanda de literatura cristiana que tienen estos maestros y predicadores. La página siempre estará con nosotros. Puede que sea entregada electrónicamente, pero es una de las formas más efectivas de transmitir la verdad del evangelio en todo el mundo.

ARGUMENTOS SOLIDOS

Este enfoque de envío por correo misionero tiene varios argumentos sólidos. *Para empezar, proporciona una educación continua de bajo costo para los hombres locales.* Los materiales expositivos pueden enviarse al extranjero de una manera rentable. Cada revista enviado a los locales puede durar hasta diez años. Por tanto, este tipo de apoyo misionero es muy útil. De esta manera, EMMLVH ofrece una educación continua a cientos de hombres locales que gasta, comparativamente hablando, una pequeña cantidad de dinero misionero.

Mediante esta labor, los nacionales reciben un estímulo literario mientras realizan su labor en sus propios países. Traer a estos hombres a los Estados Unidos para una educación conlleva dos problemas. Primero, es muy caro. Además, cuando el hombre local prueba las bendiciones de los Estados Unidos, a menudo decide quedarse en los Estados Unidos y no regresar a su propia tierra. Es mucho más práctico y asequible proporcionar una educación

¿QUÉ ES LA ESCUELA MUNDIAL DE MISIONES DE LA VERDAD PARA HOY?

continua para el predicador nacional en su propio país, si se puede lograr.

Estos correos pueden llegar rápidamente a miles de hombres nacionales. Estos hombres desean asistencia inmediata y, por medio de EMMLVH, ¡la reciben todos los meses! Para nuestro tiempo y financiamiento, las páginas impresas y electrónicas constituyen quizás la forma más práctica disponible que tenemos para ayudar a miles de predicadores y maestros locales en todo el mundo.

Los hombres locales pueden recibir una educación de calidad durante un período de tiempo. La palabra clave es «calidad». Con el debido cuidado, las publicaciones periódicas enviadas pueden quedar en poder de ellos durante muchos años. Las entregas mensuales de estudios les permiten a los locales tener tiempo para comprender y asimilar las lecciones. Pueden almacenar fácilmente los libros para leerlos y volver a leerlos en el futuro. Pueden compartir las verdades bíblicas que se encuentran en las lecciones con otros en su área.

UNA GRAN VISION

Visualizar estos correos nos inspira a imaginarnos a miles de hombres bien preparados en la mayoría de las naciones del mundo saliendo a predicar a su propia gente en sus propios idiomas. Hemos entrado en sus labores y los hemos apoyado con estos estudios bíblicos. Estos hombres están comprometidos con Cristo y conocen la importancia de predicar y enseñar la Palabra. Es posible que nunca tengan la oportunidad de estudiar en una escuela de predicadores o maestros (o cualquier otro tipo de escuela) que les permita predicar con mayor precisión y fidelidad. Al menos, es posible que no tengan el privilegio de estudiar en una escuela como la que tenemos en los Estados Unidos. Tienen pocos libros, si es que tienen alguno. Para ellos, los materiales que enviamos son casi tan valiosos como el oro puro.

A nosotros nos cuesta imaginarnos cómo reaccionan estos hombres cuando reciben materiales sobre varios libros del Antiguo y Nuevo Testamento. EMMLVH ha contribuido a aumentar la eficacia de los locales en su labor de llevar almas a Cristo y edificar a los que se han hecho cristianos.

EVANGELISMO PERSONAL

Con el fin de enseñar a aquellos que nunca han escuchado el evangelio, EMMLVH diseñó un libro especial en 2001. Este libro, con el título *Cómo llegar a ser un cristiano verdadero*, contiene más de trescientas páginas sobre cómo hacerse cristiano. Al lector del libro se le presenta a Dios, a Cristo y el Espíritu Santo; La Biblia; la vida terrenal de Jesús; la muerte, sepultura y resurrección de Jesús; el establecimiento de la iglesia; y cómo se puede vivir hoy para Cristo como miembro de Su iglesia. Las últimas doscientas páginas del libro contienen una copia completa del Nuevo Testamento (Reina-Valera).

Dos millones de estos libros en diecisiete idiomas diferentes se han enviado a África, los países de Europa del Este, India, América Latina y otras naciones. La tasa de éxito ha sido muy alta, sorprendentemente alta, de hecho. El libro reúne el mensaje que cualquier cristiano querría transmitir a alguien que no ha tenido el privilegio de escuchar el evangelio.

NOS MANTENEMOS FORTALECIDOS

Juntos, mantengamos este impulso misionero que se ha convertido en uno de los esfuerzos de alcance más efectivos de la iglesia. *Hábleles a otros sobre esta labor*. Ayúdeles a ver las oportunidades de estudiar toda la Biblia. *Estudie la Biblia en ThroughTheScriptures.com, que es una manera maravillosa de progresar en el conocimiento del texto bíblico*. Este es probablemente el estudio más completo de la Biblia disponible en línea. Actualmente, en este sitio web hay cuatrocientos cursos en varios idiomas. Cuando una persona toma cursos por medio de esta escuela en línea, se equipa con una mejor comprensión de la Biblia.

Que Dios nos bendiga para que hagamos el mejor uso de estos maravillosas oportunidades a medida que crecemos en el Señor.

Eddie Cloer

